

UNA TRAGEDIA EUROPEA
1630-1648

Peter H. Wilson

LA GUERRA DE LOS TREINTA AÑOS

Volumen II

DESPERTA FERRO EDICIONES

LA GUERRA DE LOS TREINTA AÑOS

UNA TRAGEDIA EUROPEA 1630-1648

Volumen II

Peter H. Wilson

DESPERTA FERRO EDICIONES

La Guerra de los Treinta Años, volumen II. Una tragedia europea 1630-1648.
Wilson, Peter H.
La Guerra de los Treinta Años, volumen II. Una tragedia europea 1630-1648 / Wilson, Peter H. [traducción de Hugo A. Cañete].
Madrid: Desperta Ferro Ediciones, 2020. – 560 p. ; 23,5 cm – (Historia Moderna) – 1.ª ed.
ISBN: 978-84-122079-0-3
94(460).04/05 341.37 341.24
94.4 "1630/1648" 355.013

LA GUERRA DE LOS TREINTA AÑOS. Volumen II
Una tragedia europea 1630-1648
Peter H. Wilson

Título original:
Europe's Tragedy. A New Story of the Thirty Years War
Original English language edition first published by Penguin Books Ltd, London

La primera edición del original en lengua inglesa lo ha publicado Penguin Books Ltd, London

ISBN: 978-0-141-00614-7

Desperta Ferro Ediciones SLNE
Paseo del Prado, 12 - 1.º derecha
28014 Madrid
www.despertaferro-ediciones.com

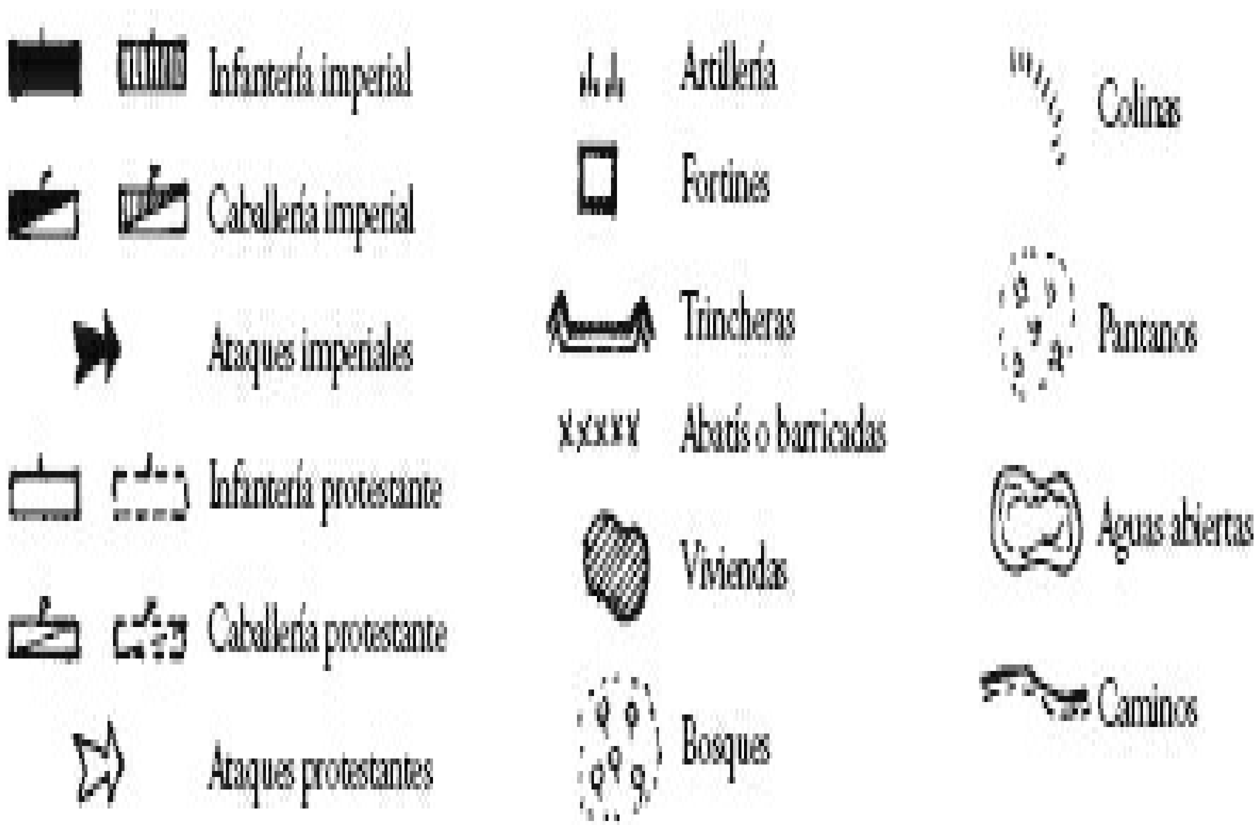
ISBN: 978-84-122079-0-3

Traducción: Hugo A. Cañete
Diseño y maquetación: Raúl Clavijo Hernández
Coordinación editorial: Isabel López-Ayllón

Primera edición: junio 2018

Índice

LEYENDA GENERAL DE LOS MAPAS



PARTE 3

Una guerra general

CAPÍTULO 1

El León del Norte, 1630-1632

INTERVENCIÓN SUECA

La preparación sueca

Pocos podrían haber predicho que el desembarco de Gustavo Adolfo en Usedom, frente a la costa pomerana, el 6 de julio de 1630 prolongaría la guerra otros dieciocho años. Suecia tenía la competencia técnica y los efectivos necesarios para su invasión, pero no los recursos para sostenerla. Gustavo Adolfo estaba apostando el destino de su país a la posibilidad de triunfar donde Cristian de Dinamarca había fracasado y en marchar hacia el sur desde su cabeza de puente. Los 80 000 hombres sujetos a conscripción desde 1621 representaban ya una merma considerable de la población sueca. En 1630 había 43 000 suecos y finlandeses en el ejército y la marina, además de otros 30 000 mercenarios, pero no había dinero. Los 4000 jinetes de caballería presentes todavía en Prusia se negaron a ponerse en marcha hasta recibir las pagas atrasadas de los últimos dieciséis meses. Gustavo Adolfo y Oxenstierna calculaban que necesitaban unos 75 000 hombres para conquistar la costa septentrional alemana, y otros 37 000 para proteger los dominios suecos. Planearon atacar con 46 000 hombres, pero la falta de transporte redujo esta cantidad a 13 600, que se unieron a los 5000 que ya estaban en

Stralsund. En verano llegó una segunda oleada de 7000 efectivos, a los que se unieron también algunos reclutas alemanes, pero incluso en noviembre, el ejército apenas alcanzaba los 29 000 hombres, de los que una tercera parte estaban enfermos. [1]

Eran más efectivos de los que Gustavo Adolfo había mandado hasta entonces, pero si con anterioridad se había enfrentado a los polacos en superioridad numérica, ahora se enfrentaba a 50 000 hombres de las tropas imperiales y de la Liga en el norte de Alemania, y a unos 30 000 más en el oeste y el sur. Incluso sin Wallenstein y en las deficientes condiciones en las que se hallaban, constituían un formidable oponente. Esta disparidad ayuda a explicar por qué, aunque preocupados, el emperador y los electores reunidos en Ratisbona no estaban excesivamente alarmados ante su llegada. Gustavo Adolfo estaba todavía por alcanzar la fama, y esta ha nublado el hecho de que estaba asumiendo un gran riesgo. La gran sucesión de victorias conseguidas desde septiembre de 1631 sugiere que el éxito era inevitable, y ha llevado a muchos historiadores militares a concluir que el ejército sueco era inherentemente superior. No cabe duda de que la moral era alta. Para los suecos y los finlandeses, acostumbrados a las duras condiciones del teatro de operaciones polaco, Alemania les parecía la tierra de la abundancia, a pesar de los doce años de guerra. Los contingentes finlandeses y escoceses tenían ya una temible reputación. Los relatos de viajeros sobre los extraños escandinavos habían despertado un interés que continuó creciendo una vez Gustavo Adolfo hubo desembarcado. Los archivos de Hamburgo hablan de un contingente de feroces lapones montados en renos. A los finlandeses se les conocía como «Hackapells», [*] por su grito de guerra «¡Segadlos!». Se decía que poseían poderes mágicos para alterar el clima, o para cruzar los ríos sin necesidad de utilizar vados. Gustavo Adolfo se aprovechó de esto y siempre llevó en sus apariciones un destacamento de caballería finlandesa, además de a la por igual exótica infantería escocesa. Su propaganda afirmaba que sus hombres estaban acostumbrados al frío, que nunca se amotinaban ni salían corriendo, que subsistían con raciones mínimas y que trabajaban hasta derrumbarse. [2]

Gustavo Adolfo todavía tenía que enfrentarse a un oponente «occidental». Su reorganización y tácticas se habían desarrollado para combatir a los polacos, contra los que el éxito había sido irregular. No fue un innovador, sino que se aprovechó de prácticas ya existentes, en especial de las neerlandesas. [3] La de Kircholm (1605) y otras derrotas a manos de los

polacos llevaron a los suecos a combinar infantería, caballería y artillería en un apoyo cercano mutuo. Las célebres piezas de artillería ligera de cuero diseñadas para acompañar a la infantería no eran nuevas, ya existían desde el siglo XIV. Tampoco es que hubieran sido particularmente exitosas, por lo que se abandonaron a partir de 1626 a favor de cañones de bronce más duraderos montados en cureñas ligeras con un peso total de unos 280 kilos y que disparaban una bala de entre 1,5 y 2 kilos a unos 800 metros de distancia. Estos cañones los podían arrastrar tres hombres o un caballo y mantener el ritmo de marcha de la infantería, lo que incrementaba su potencia de fuego. [4] La infantería se desplegaba en brigadas de entre tres y cuatro unidades (llamadas escuadrones) de cuatrocientos hombres cada una, integradas por piqueros y tiradores, que formaban en cuadros escalonados con el objeto de prestarse apoyo mutuo. También se enviaban destacamentos de mosqueteros en apoyo de la caballería, acompañados también en ocasiones por cañones ligeros. Autores posteriores hacen hincapié en la velocidad y la decisión, aunque en realidad estas tácticas eran defensivas, desarrolladas para repeler a la superior caballería polaca. Los destacamentos de mosqueteros debían ayudar a la caballería a romper el ataque enemigo mediante la potencia de fuego y solo entonces replicaría la caballería con una contracarga. Ya en 1631 la infantería estaba adiestrada para disparar en salvas o en una descarga general concebida para maximizar el impacto psicológico sobre el enemigo antes de iniciar el contraataque. Las formaciones de caballería e infantería se adelgazaron a solo seis hileras, para incrementar la potencia de fuego y extender su frente a fin de evitar intentos de flanqueo. La mayoría de estas tácticas todavía no habían sido probadas y los suecos llegaron a Alemania después de haber sido derrotados en Stuhm, su último enfrentamiento de importancia.

Estrategia y objetivos

La retrospectiva distorsiona también la evaluación de la estrategia sueca y de sus objetivos. El principal biógrafo de Gustavo Adolfo presenta la expansión sueca por Alemania como una maniobra que siguió fases planeadas con mucho cuidado y que pretendían culminar en una invasión de las tierras hereditarias de los Habsburgo. Pero la realidad es que el rey desembarcó con un mapa que se prolongaba solo hasta la frontera sajona, y cuando llegó allí tuvo que ordenar a sus cartógrafos que confeccionasen uno nuevo que

cubriese el territorio que se extendía más al sur. [5]

Los propósitos también fueron improvisados. Sin duda, hacía tiempo que Gustavo Adolfo se había resuelto a ir a la guerra, de modo que ignoró de forma deliberada cualquier posibilidad de evitarla. Se consideró llevar a cabo la intervención en Alemania en 1627, cuando Oxenstierna logró persuadir al rey para que cerrase primero la cuestión polaca mediante la apertura en febrero de unas negociaciones que concluyeron con la Tregua de Altmark. Se enviaron dignatarios a la conferencia de Lübeck, pero no se les permitió participar debido a que Suecia no era parte en la guerra que libraba Dinamarca con el emperador. No obstante, Dinamarca buscó la mejora de las relaciones sueco-imperiales y el emperador envió representantes a Danzig en abril de 1630. Suecia se mostró dispuesta a hablar con la intención de forzar a Francia a mejorar los términos de la alianza ofrecida, así como para demostrar su supuesta voluntad de alcanzar la paz. De hecho, Oxenstierna había hablado ya abiertamente de «la campaña venidera» al embajador inglés, sir Thomas Roe, en enero de 1630. [6] El Consejo de Estado acordó, vacilante, una guerra ofensiva en abril, y aceptó la exigencia de Gustavo Adolfo según la cual era necesario vengar la humillación sufrida por sus dignatarios en Lübeck. El rey dio largas también a los daneses y al emperador con diversas excusas para retrasar las conversaciones de Danzig antes de presentar unas demandas del todo inaceptables, en junio, que asegurasen una negativa justo antes de que sus tropas desembarcasen.

Gustavo Adolfo esperaba que el emperador se retirase del norte de Alemania sin que él tuviese que evacuar Stralsund. Lo que pudiese querer más allá de esta cuestión sigue siendo todavía una mera conjetura, ya que nunca entregó a Fernando unos términos precisos. Las declaraciones públicas, como su famoso manifiesto, no eran demandas debidamente sustanciadas sino propaganda encaminada a justificar la intervención. Escrito por Salvius y publicado en alemán y latín en Stralsund en junio de 1630, se imprimieron veintitrés ediciones del manifiesto en cinco lenguas antes de que el año llegase a su fin. Había pequeñas diferencias, aunque significativas, entre las distintas versiones, lo que reflejaba la manera en que Suecia deseaba presentarse a sí misma ante los diferentes países. Gustavo Adolfo y Oxenstierna efectuaban declaraciones contradictorias según cuál fuese su audiencia y se cuidaban de no comprometerse. Las ideas se presentaban, a menudo, en un modo jocoso en apariencia, a fin de alarmar o tantear la reacción de aliados y enemigos, como la sugerencia de que Luis XIII podría

convertirse en emperador y Richelieu en papa. [7] Las motivaciones económicas percibidas por algunos historiadores posteriores son difíciles de encontrar. Se hicieron pocos esfuerzos por integrar las conquistas alemanas en un mercado bajo control sueco. [8]

El protestantismo se destacó en la propaganda doméstica, pero se omitió del manifiesto debido a que la intervención debía presentarse como confesionalmente neutral para no enemistarse con Francia. Tras las decepciones de Federico V y Cristian IV, los militantes protestantes depositaron sus esperanzas en Gustavo Adolfo como su nuevo salvador. Un panfleto impreso poco después de su desembarco muestra cómo el rey posa heroico, con la armadura completa, mientras sus tropas desembarcan en Pomerania. Asimismo, la mano de Dios sale de una nube para darle la espada de la justicia divina con la que podrá aniquilar a la tiranía católica. Muchos católicos lo creyeron. La abadesa Juliane Ernst del convento de Santa Úrsula, en Villingen, estaba convencida de que el duque de Wurtemberg y otros príncipes protestantes habían invitado a Gustavo Adolfo «para que les ayudase a recuperar de nuevo los monasterios». [9] No era esto lo que pretendía Gustavo Adolfo. Oxenstierna admitiría con posterioridad que la religión era un mero pretexto, mientras que Gustavo Adolfo declaró que de haber sido esa la causa entonces le hubiese declarado la guerra al papa.

El primer motivo verdadero declarado en público fue el de la «seguridad» (*Assecuratio*). Todas las amenazas citadas en el manifiesto se estaban desvaneciendo: la marina imperial se había retirado a puerto; Fernando se había mostrado proclive a dialogar y estaba en proceso de cesar a Wallenstein y de reducir su ejército. Lo que Gustavo Adolfo quería era cerciorarse de que el emperador no volviera a estar nunca más en posición de suponer, de nuevo, un peligro. De este modo, la seguridad sueca residía en una revisión de la constitución para neutralizar al emperador, y revertir el flamante resurgir del poder de los Habsburgo, en especial en el norte de Alemania. Los detalles fueron cambiando con la naturaleza y extensión de la involucración sueca. En un inicio, Gustavo Adolfo se abstuvo de criticar a Fernando y no declaró la guerra.

En su lugar, la intervención se presentó con el argumento humanista de asistencia a los reprimidos. Esta era una posición en extremo débil, ya que a pesar de todos los esfuerzos de sus enviados, Gustavo Adolfo no logró persuadir a ningún otro alemán más que a los habitantes de Stralsund para que solicitasen su ayuda. [10] Su pretensión ante la dieta sueca de que existía un

estado de guerra desde el ataque deliberado de Arnim a Stralsund ocultaba que sus enviados habían obligado al consejo de la ciudad a solicitar ayuda en primer lugar.

Para contrarrestar la declaración de Fernando de que se trataba de una agresión no provocada, Gustavo Adolfo se convirtió en el campeón de las libertades alemanas. La propaganda sueca desarrolló la idea de que el equilibrio interno del Imperio era esencial para la paz europea. De este modo, Suecia actuaba en aras del mayor interés para Europa, con la pretensión de restaurar la constitución imperial a su estado «apropiado». Pagaban con generosidad a los escritores alemanes con el fin de articular este concepto. El más influyente era Bogislav Philipp von Chemnitz, más conocido por su seudónimo Hippolithus a Lapide. Su acceso a documentos confidenciales suecos hace que su historia de los acontecimientos a partir de 1630 siga siendo valiosa aún hoy día. Sin embargo, su interpretación de la constitución era deliberadamente parcial; el Imperio se presentaba como una aristocracia en la que el emperador apenas era un primero entre iguales. No sorprende, por tanto, que su libro fuese prohibido y quemado como símbolo por el verdugo de Fernando. [11]

Los suecos eran mucho más reticentes en relación a su segundo objetivo, el de la «satisfacción» (*Satisfactio*), o recompensa por sus nobles esfuerzos. Estas ambiciones territoriales estaban presentes desde el principio, aunque su alcance variase con los éxitos militares. Tan pronto como abandonaron los imperiales el sitio de Stralsund, Oxenstierna renegoció la posición de Suecia en dicha localidad y la convirtió en un protectorado formal. En mayo de 1630, el Consejo de Estado decidió conservar la ciudad de modo indefinido. Tras haber desembarcado en julio, Gustavo Adolfo marchó a Stettin y le comunicó al duque Bogislav, sin descendientes, que Pomerania era suya por derecho de conquista. Esta pretensión descansaba en el reciente y provechoso libro de Hugo Grocio que implicaba que los suecos podían hacer lo que deseasen ya que trataban a la gente conquistada con humanidad. [12] Gustavo Adolfo le dijo a Bogislav que aceptase en su lugar una alianza como muestra de un favor especial. El duque capituló el 20 de julio y aceptó el control sueco de su ducado y de las tasas e impuestos marítimos. El artículo 14 del acuerdo permitía a Suecia confiscar Pomerania tras la muerte del duque, aunque solo de modo nominal si los otros pretendientes (sobre todo Brandeburgo) se negaban a llegar a un acuerdo amistoso. Aunque las dietas pomeranas todavía esperaban recuperar su autonomía, el ducado había sido

anexionado de modo efectivo.

El tercer objetivo era el *contentamiento* del Ejército, pues empezaba a ser obvio que Suecia no podía firmar la paz sin medios adicionales con los que pagar a sus tropas. Aunque no había sido previsto en 1630, estaba incluido ya en esencia en el deseo de hacer la guerra a costa de Alemania. Como manifestó un miembro de la dieta, «es mejor atar la cabra en la puerta del vecino que en la propia». [13]

Alianza con Francia

Gustavo Adolfo se había decidido por la guerra mucho antes de concluir su alianza con Francia. Esta alianza le daba a Suecia acceso a la influencia francesa en Alemania, además de unos subsidios anuales de 400 000 táleros. El acuerdo era funcional. El interés francés en Suecia había sido escaso hasta 1629. Suecia tenía lazos más estrechos con España, la cual todavía era un importante mercado para su madera y minerales, y se negó a convertirse en contendiente al lado de Francia en su guerra con España a partir de 1635. Sin embargo, la coalición franco-sueca duró hasta finales del siglo XVIII y extendió la influencia cultural extranjera en una Suecia antes dominada por los protestantes alemanes y los británicos.

Richelieu había presionado para conseguir la alianza en contra del mejor juicio de su enviado Charnacé, el cual sabía que Francia no podría controlar al león sueco una vez lo lanzaran sobre Alemania, pero Richelieu quería un contrapeso para sustituir a Dinamarca en la contención de los Habsburgo. Necesitaba a Suecia para crear una diversión, pero quería mantener a Francia al margen de la destrucción que esto pudiese causar. También le preocupaba la salvaguarda del catolicismo e insistió en que Gustavo Adolfo garantizase la libertad de culto en cualquier territorio alemán que conquistase, cuestión que no se contemplaba en el Tratado de Altmark, al que había seguido la supresión del catolicismo en los territorios de Livonia y Prusia ocupados por los suecos.

El verdadero interés de Richelieu radicaba en Baviera, no en Suecia. La ayuda francesa a la hora de concluir la Tregua de Ulm (1620) y el apoyo al nuevo título electoral de Maximiliano crearon una impresión favorable en Múnich. Richelieu veía a Maximiliano como potencial sucesor del emperador Fernando y quería una alianza con la Liga a fin de neutralizar el sur y el oeste de Alemania, y evitar que Austria ayudase a España. La reticencia de

Maximiliano a romper con los Habsburgo convenció a Richelieu de que tendría que entenderse con Suecia en su lugar. No quería quemar sus naves con Baviera e insistió a Gustavo Adolfo en la promesa de no atacar a los miembros de la Liga. Gustavo Adolfo se mostraba renuente a tener limitaciones, pero su fracaso a la hora de salir de Pomerania lo obligó a aceptar los términos de Richelieu en el Tratado de Bärwalde del 23 de enero de 1631. Francia financiaría a Suecia durante cinco años, en los que Gustavo Adolfo tendría que respetar las condiciones de Richelieu y no acordar la paz sin consultarle. [14]

Maximiliano ya se había asegurado de que Francia le garantizara la defensa de su título electoral en el tratado firmado con los enviados de Richelieu durante el congreso de Ratisbona en noviembre de 1630. Richelieu lo ratificó, de mala gana, en el Tratado de Fontainebleau el 31 de mayo de 1631, aun cuando obligaba a Francia a defender a Baviera de todos sus enemigos, incluida Suecia, al tiempo que liberaba a Maximiliano de apoyar a Francia contra los Habsburgo. Ambas partes reconocían que el tratado era inejecutable, pero lo consideraron una declaración mutua de buenas intenciones.

ENTRE EL LEÓN Y EL ÁGUILA

La Convención de Leipzig

Tomar Stettin era algo sencillo comparado con escapar de Pomerania. El ducado era demasiado pequeño y pobre para sostener a un gran ejército, y demostró que era imposible que reclutara efectivos suficientes para atravesar el cordón de tropas imperiales que repelió los ataques a lo largo del Óder hacia el este y de Mecklemburgo hacia el oeste en lo que restaba de 1630. El éxito dependía por completo de los príncipes protestantes alemanes que se hallaban ahora atrapados entre el león sueco y el águila imperial. Gustavo Adolfo era un gran desconocido, se sabía muy poco sobre Suecia. Los rumores acerca de sus habitantes semibárbaros parecían confirmarse debido a las duras demandas de Gustavo Adolfo. Como le dijo a su cuñado de Brandeburgo: «no quiero oír hablar de neutralidad. Su excelencia deberá ser mi amigo o mi enemigo… Esto es una lucha entre Dios y el Diablo. Si Su excelencia está con Dios, debe unirse a mí, si está con el Diablo, debe combatirme. No hay una tercera vía». [15]

Y, sin embargo, era la vía intermedia la deseada por la mayoría de los protestantes. A pesar de su horror ante el Edicto de Restitución, la mayoría esperaban persuadir a Fernando para que moderase sus demandas sin recurrir a la violencia. Sajonia y Maguncia habían continuado sus conversaciones y conseguido el permiso del emperador para que se reuniese en Fráncfort un «congreso paritario» multiconfesional. Entre tanto, Juan Jorge convocó a los protestantes a una convención paralela en Leipzig que abrió el 16 de febrero de 1631. Todos los grandes territorios enviaron dignatarios salvo Darmstadt, que apoyó a Fernando, y Pomerania, que estaba bajo control sueco. A pesar del patrocinio de Sajonia de una fervorosa conmemoración anticalvinista en la celebración de la Confesión de Augsburgo el año anterior, Brandeburgo continuó apoyando a Juan Jorge. El nuevo canciller brandeburgués, Sigismund von Götz, le dijo a la convención «el sueco es un rey extranjero que no tiene relación con el Imperio». [16]

El ultraluterano Hoë von Hoënegg no dio pábulo a su anterior crítica a los calvinistas e incluso insinuó la necesidad de resistir. Esto no era una llamada a la guerra santa, a pesar de las posteriores pretensiones en ese sentido. [17] El 12 de abril, el manifiesto de conclusión de la convención preveía un ejército de 40 000 hombres financiado mediante el desvío de los pagos acordados en Ratisbona para el Ejército imperial en el mes de noviembre anterior. No se trataba de una alianza confesional. No había referencias a una actuación bajo la autoridad superior de Dios. Era más bien «en defensa de las leyes básicas, la constitución imperial y las libertades alemanas de los estados evangélicos». En realidad no se trataba de un «plan estúpido». [18] Al aglutinar a los protestantes en un bloque neutral, Juan Jorge incrementó su peso colectivo. Maximiliano supo apreciarlo y el congreso de la Liga en Dinkelsbühl acordó en mayo moderar la implantación del Edicto, mientras los delegados en Fráncfort continuaban discutiendo la sugerencia de Darmstadt de suspenderlo por un periodo de cincuenta años.

Sin embargo, la línea legitimista de Juan Jorge le costó muchas simpatías de aquellos que todavía debían soportar los alojamientos de las tropas imperiales y de la Liga. El desembarco sueco significaba cancelar la reducción de tropas acordada en Ratisbona, y aunque su fuerza efectiva era todavía inferior a la que tenía en tiempos de Wallenstein, el ejército continuaba siendo caro de mantener. Mucho dependía de la respuesta de Fernando, pero ofreció poco. El discreto desempeño de los suecos desde su desembarco propició un exceso de confianza que se sostuvo por la

expectativa del regreso de unidades de Mantua que debían reforzar a Tilly. La obstinada negativa de Fernando a aceptar la salida ofrecida por Juan Jorge agravó el error que ya suponía el Edicto.

La falta de concesiones convenció a algunos de que no tenían otra elección que unirse a Suecia. Estos activistas eran los sospechosos habituales: los duques fugitivos de Mecklemburgo, Guillermo y Bernardo de Weimar, Wurtemberg, Hesse-Kassel y el margrave Federico V, hijo del proscrito paladín Jorge Federico de Baden-Durlach. Hesse-Kassel estaba en bancarrota y abocado a desintegrarse, ya que los caballeros locales llegaron a acuerdos con Fernando para escapar a su jurisdicción. El manifiesto de Leipzig proporcionaba una cobertura adecuada para reclutar tropas. Junto con los hermanos de Weimar, el landgrave Guillermo V reunió 7000 hombres en sus fortalezas de Kassel y Ziegenhain. Cesó el pago de las contribuciones a las ahora muy reducidas fuerzas de ocupación de la Liga y bloqueó provisiones destinadas a la guarnición de Tilly en el arzobispado de Bremen, lo que la llevó al borde del motín. El regente Julio Federico de Wurtemberg puso a salvo a los jóvenes a su cargo, el duque Everardo III y sus dos hermanos alejándolos, y envió a su madre al castillo de Urach para su seguridad, mientras su milicia comenzaba a desalojar a las guarniciones imperiales. Entabló conversaciones con sus vecinos de Franconia, que reunieron 2600 hombres, en especial en Núremberg. [19]

Todos actuaron con cautela, reacios a mostrarse abiertamente del lado de Gustavo Adolfo hasta que demostrase que podía defenderlos del castigo imperial. Además, la mayoría todavía esperaba que el elector Juan Jorge asumiera una postura más firme y obligase a Fernando a aceptar sus demandas sin tener que unirse a un invasor extranjero.

El sitio de Magdeburgo

Solo Cristian Guillermo, el desahuciado administrador de Magdeburgo, se declaró a favor de Suecia. Logró escabullirse entre los centinelas imperiales al interior de Magdeburgo y asaltó el ayuntamiento de la ciudad el 27 de julio de 1630 con un puñado de partidarios. Los canónigos de la catedral y los burgomaestres de la ciudad habían depositado sus esperanzas en Sajonia. La llegada de Cristian Guillermo los obligó a cambiar de parecer y acordar una alianza con los suecos. Para asegurase de que no se desdecían, Gustavo Adolfo envió al coronel Falkenberg, disfrazado de barquero, al interior de la

ciudad, donde tomó el mando en octubre. Los imperiales de Gottfried Heinrich Pappenheim persiguieron pronto a la guardia cívica y a la milicia hasta obligarlas a refugiarse en el interior de las murallas de la ciudad, pero con solo tres mil infantes no podía iniciar un sitio. [20]

Tilly deseaba montar una ofensiva para echar a Gustavo Adolfo al mar, pero Maximiliano se negó, ya que eso implicaría la lucha de unidades de la Liga contra los suecos, un claro desafío al Tratado de Bärwalde de enero que, por esta razón, el rey había publicado deliberadamente. [21] En su lugar envió 7000 hombres de refuerzo a Pappenheim para que apretase el cerco de Magdeburgo. Gustavo Adolfo no podía permitirse que cayese la ciudad, pues eso podría disuadir a potenciales aliados. Planeó disponer de 100 000 hombres para comienzos de 1631, pero lo cierto es que solo pudo reunir una fuerza de maniobra de 20 000 hombres, un tercio de los cuales estaban enfermos, además de otros 18 000 en guarniciones. Este déficit solo se podía compensar con reclutas alemanes, que no se le unirían a menos que consiguiera un gran éxito. El 5 de enero, tuvo lugar una ofensiva sueca por sorpresa, que expulsó a los imperiales de Gartz y Greifenhagen, lo que aseguraba el bajo Óder. Sin embargo, la guarnición brandeburguesa de Küstrin (en la actualidad, Kostrzyn nad Odrą) bloqueó su avance aguas arriba mientras Tilly se apresuraba con 7500 hombres de refuerzo desde Halberstadt, cubriendo 320 kilómetros en diez días, a fin de levantar el ánimo de las desmoralizadas tropas imperiales.

Desbaratadas sus intenciones, Gustavo Adolfo volvió sobre sus pasos, evitando cuidadosamente Brandeburgo, para dirigirse hacia el oeste, a través de Pomerania, al interior de Mecklemburgo, donde tomó Demmin el 25 de febrero. Tilly se apresuró a perseguirlo y atacó Nuevo Brandeburgo el 19 de marzo. Una tercera parte de los 750 defensores suecos murieron durante el asalto. Con el propósito de cambiar la corriente de opinión en la Convención de Leipzig, los propagandistas lo presentaron como una masacre durante la celebración de una misa. [22] Consciente de que sus tropas eran superadas en número, Tilly se retiró a Magdeburgo, lo que elevó el número de los sitiadores a 25 000 hombres. Otros 5000 fueron apostados en el puente de Dessau, mientras Fernando de Colonia reclutaba 7000 hombres de refuerzo en Westfalia y Maximiliano y otros miembros de la Liga reunían otros 8000 en Fulda. La paz en Italia permitió a Fernando ordenar el regreso de los 24 000 hombres desplegados allí, que comenzaron el cruce de los Alpes en mayo.

El elevado número de estos efectivos impedía cualquier intento de socorrer a Magdeburgo, así que Gustavo Adolfo dejó unos pocos hombres para ayudar a los duques de Mecklemburgo en el asedio de las guarniciones imperiales restantes en su ducado y marchó de nuevo hacia el este, al Óder, con unos 18 000 soldados. Asaltó Fráncfort del Óder el 13 de abril, y mató a 1700 de los 6400 hombres que componían la guarnición en represalia por las supuestas atrocidades cometidas en Nuevo Brandeburgo. Landsberg fue tomada dos semanas más tarde, lo que aseguraba el control sueco de Pomerania oriental y el bajo Óder. [23]

Tilly no quiso que lo distrajeran de su sitio de Magdeburgo, que iba por el buen camino después de que lograse tomar las fortificaciones exteriores el 1 de mayo. Los barrios extramuros cayeron dos semanas más tarde. Los defensores solo tenían 2500 soldados regulares apoyados por 5000 ciudadanos armados, de los que solo 2000 eran adultos. La población, que ascendía a unas 25 000 personas, había mermado debido a la aparición de una epidemia de peste cinco años antes, así como por el largo declive económico que sufría la ciudad. Muchos de los burgomaestres se mostraban displicentes respecto de la alianza sueca y presionaron a Falkenberg para que aceptase las reiteradas ofertas de Tilly de una rendición honorable. Falkenberg continuó insistiendo en que Gustavo Adolfo estaba en camino, aunque aún se hallaba en Potsdam, a noventa kilómetros de distancia, cuando Tilly lanzó su asalto final a las siete de la mañana del martes 20 de mayo. Pappenheim había distribuido una ración de vino a los sitiadores para levantar la moral. A una señal preestablecida, 18 000 soldados imperiales y de la Liga convergieron contra la ciudad desde cinco direcciones.

Lo que sucedió a continuación está bien documentado por varios testimonios fascinantes de testigos presenciales. Estos deben ser tratados con cautela. El más conocido es el de Guericke, un burgomaestre ansioso por culpar a Falkenberg y al clero, y exonerar a sus colegas, que más tarde se hicieron con el poder. [24] A Falkenberg le sorprendió, pues esperaba que Tilly continuase con las negociaciones y aún debatía con los burgomaestres en el ayuntamiento cuando los imperiales irrumpieron en el lugar alrededor de las ocho de la mañana. Varios burgomaestres abandonaron el edificio en busca de sus familias. La defensa contó con escasa munición, pero los que estaban en las murallas ofrecieron una enconada resistencia. Dos compañías de croatas cabalgaron sobre la orilla poco profunda del río hasta deslizarse por una puerta lateral del pobremente fortificado frontal del Elba, lo que hizo

cundir el pánico. El abominable incendio comenzó en este lugar, lo que dio lugar a una controversia que llameó durante mucho tiempo y casi con tanta intensidad hasta casi el siglo XX. Algunos propagandistas protestantes crearon el mito de la doncella de Magdeburgo que se inmoló antes de rendirse, mientras que otros se limitaron a culpar a los comandantes católicos. Gronsfeld, que no tenía intereses personales, informó de que Pappenheim le dijo que había ordenado que se incendiase una casa para sacar de allí a algunos mosqueteros que impedían que sus hombres entrasen en la ciudad. Otros presentan historias similares y parece cierto que el incendio se originó por accidente, en especial porque el propósito del sitio era capturar la ciudad intacta. [25] El fuego se expandió con rapidez una vez que alcanzó la casa de un boticario empleada para almacenar pólvora, de modo que a las diez de la mañana un gran incendio se había apoderado de toda la ciudad.

La resistencia se derrumbó en el frente norte, lo que permitió que la columna de Pappenheim entrase en el interior. Una vez dentro de la ciudad, los otros sectores se derrumbaron también. Falkenberg murió bastante pronto. Los habitantes comenzaron a atrincherarse en sus casas tan pronto como vieron que los defensores abandonaban las murallas. Tilly entró en la ciudad y ordenó a sus hombres que cesase el pillaje y extinguiesen los incendios. Buena parte de sus tropas estaban fuera de control, pero quedaban los suficientes como para salvar la catedral, en cuyo interior se habían refugiado mil personas. De igual manera, los premonstratenses protegían a seiscientas mujeres en su monasterio, que también escapó de las llamas, pero resultó imposible salvar a más gente debido a que el viento alimentó los incendios, que destruyeron 1700 de los 1900 edificios de la ciudad. Incluso los testimonios católicos admiten que la violencia continuó durante varios días. Los monjes vieron a seis soldados violar a una joven de doce años en su claustro. A pesar de su muerte estaban demasiado aterrorizados para denunciarlo, hasta que por fin uno fue a ver a Tilly; en cualquier caso resultó imposible identificar a los autores. [26]

El burgomaestre Daniel Friese escapó al ponerse ropas viejas y no ser identificado como un hombre rico al que apresar para pedir un rescate. No obstante, su casa sí fue saqueada. Algunos soldados se contentaban con encontrar un simple par de zapatos nuevos, pero otros se ponían violentos si no podían encontrar nada de más valor. Friese sobrevivió escondido con su familia en el ático hasta que su criada trató de unirse a ellos desde su escondrijo en el cobertizo del carbón justo cuando aparecía una partida de

saqueadores. Para entonces no quedaba nada a la vista que llevarse y los hombres comenzaron a golpearlo hasta que su hijo pequeño se aproximó a un soldado y le ofreció el dinero que llevaba encima. Según su hijo mayor, el soldado «cambió de inmediato su comportamiento cruel y se volvió hacia nosotros de una manera amistosa. Nos miró a nosotros, los niños que estábamos frente a él, y dijo: Sí, ¡qué buenos muchachos sois!». El soldado los ayudó a escapar al campamento imperial, donde su propia esposa se mostró visiblemente molesta porque los había traído a ellos en lugar de botín. La familia había logrado llevar consigo algunos objetos de valor y pagaron su salida del campamento tres días más tarde. [27] No fue este un caso aislado entre el horror, y otros soldados ayudaron a civiles, incluidos clérigos, a escapar.

Fallecieron alrededor de 20 000 defensores y civiles, junto con al menos 300 sitiadores que murieron durante el asalto, en el que otros 1600 soldados resultaron heridos. Había demasiados cadáveres para enterrar, así que la mayoría fueron arrojados al río. Casi todos habían muerto en el incendio o se asfixiaron escondidos en sus sótanos. Un censo reveló la existencia de solo 449 habitantes en febrero de 1632, y una gran parte de la ciudad permaneció en ruinas hasta 1720. Este desastre se convirtió en uno de los acontecimientos definitorios de la guerra y determinó su interpretación posterior como ejemplo de brutalidad. Solo en 1631 aparecieron unos 205 panfletos que describían la caída de la ciudad, y las masacres posteriores, incluidas las atrocidades cometidas por Cromwell en Drogheda y Wexford en 1649, fueron comparadas de inmediato con Magdeburgo.

El fin de la neutralidad

Fernando se movilizó contra los demás militantes protestantes antes de la caída de Magdeburgo. Un decreto imperial anuló el manifiesto de Leipzig el 14 de mayo y ordenaba a los firmantes que disolvieran sus tropas. Las unidades que regresaban de Italia estaban ya en el lago Constanza, dispuestas a asegurar su cumplimiento. Tomaron rápidamente Wurtemberg antes de que llegasen las tropas de Franconia. Superado en número, el regente de Wurtemberg se rindió el 24 de julio y se avino a reanudar el pago de las contribuciones a una guarnición imperial. Franconia capituló poco después, a la llegada de Aldringen con la fuerza principal procedente de Wurtemberg. La caída de Magdeburgo dejó las manos libres a Tilly para revolverse contra

Hesse-Kassel, pero esperó a recibir una autorización imperial. El landgrave Guillermo mintió cuando lo instaron a que disolviese a sus hombres, pero lo salvó Gustavo Adolfo, cuyo avance a través del Elba obligó a Tilly a replegarse el 19 de julio. Como su negativa a desarmarse lo situaba claramente contra el emperador, Guillermo se declaró a favor de Suecia el 27 de julio.

Poco importaba su apoyo a menos que Gustavo Adolfo pudiese conquistar Brandeburgo y Sajonia, lo que le supondría el prestigio necesario para que otros le siguiesen. Mientras las tropas de Tilly asaltaban Magdeburgo, los hombres de Gustavo Adolfo bloquearon a los brandeburgueses en Küstrin y avanzaron sobre Köpeneck, a fin de obligar a Jorge Guillermo a negociar. Como Wurtemberg había sido invadida y Hesse-Kassel se hallaba amenazada, Gustavo Adolfo reunió 26 000 hombres a las afueras de Berlín e hizo practicar a su artillería contra el palacio electoral. Jorge Guillermo capituló el 20 de junio, y tras consentir pagar las contribuciones habituales permitió que los suecos ocupasen la mayor parte de Brandeburgo. Gustavo Adolfo presionó también a Jorge Guillermo para que casase a su hijo Federico Guillermo con la princesa Cristina, pero el elector se mostró reacio, consciente de que se trataba de una maniobra para usurpar sus pretensiones sobre Pomerania. [28]

El rey envió a Åke Tott con 8000 hombres para que completara la conquista de Mecklemburgo, y a continuación concentró 16 000 hombres en un campamento fortificado en Werben. Tilly se aproximó después de incorporar a las unidades que había dejado alrededor de Magdeburgo. Maximiliano, entonces, fue incapaz de impedir enfrentamientos entre las unidades de la Liga y los suecos, y esto proporcionó una excusa a Gustavo Adolfo para ignorar las limitaciones de Richelieu. Tilly se llevó la peor parte en las escaramuzas bajo el sol abrasador de finales de julio y primeros de agosto, pero sus pérdidas fueron solo una fracción de las 7000 reclamadas por Gustavo Adolfo, que se vio obligado a magnificar los escasos éxitos en su implacable campaña para conseguir aliados. Aun tenía menos de 24 000 hombres en su ejército principal cuando llegó Furstenberg desde el sur de Alemania para elevar el número de efectivos de Tilly a 35 000, además de otros 24 000 que venían en camino y de los hombres que se estaban reclutando en Colonia.

El desencadenamiento llegó cuando el elector Juan Jorge, tras esperar hasta el último momento posible, abandonó su neutralidad. Fernando y

Maximiliano se habían abstenido de condenar los preparativos militares sajones que ahora totalizaban 18 000 hombres y dieron instrucciones a Tilly para que no violase el territorio sajón. Incluso la acción contra Hesse-Kassel se había retrasado en consideración a Juan Jorge, y la vanguardia de Tilly en vez de atacar a las tropas del landgrave apenas si había saqueado la frontera. Entre tanto, los diplomáticos imperiales trataron de ganarse a Sajonia mediante el ofrecimiento de concesiones en Lusacia. Maximiliano se hallaba también dispuesto a aceptar concesiones tácticas respecto del Edicto y apoyó el congreso paritario de Fráncfort, que estaba todavía reunido. [29] En última instancia, Tilly recibió autorización para avanzar hasta la frontera sajona y exigir provisiones para dar peso a la diplomacia. Cuando esta medida fracasó, las tropas imperiales iniciaron la invasión y desarmaron a la guarnición electoral en Merseburgo el 5 de septiembre. La falta de pago de los impuestos de guerra por parte de los protestantes desde abril causó problemas considerables. Con el crecimiento de su ejército como consecuencia de los refuerzos, era imperativo para Tilly abandonar el área devastada de los alrededores de Magdeburgo e internarse en la fértil Sajonia. Avanzó sobre Leipzig, que se rindió el 15 de septiembre. Aunque había comenzado a quemar localidades sajonas, todavía esperaba alcanzar un acuerdo, pero el elector había optado ya por Suecia el día 12.

La decisión fue aplaudida por los observadores protestantes. Los panfletos que habían estado circulando con la imagen de Gustavo Adolfo fueron reeditados para mostrar al elector a su lado. Sin embargo, esta maniobra representó un cambio en las tácticas, no en la política. El elector no sentía entusiasmo por los grandiosos planes del rey y se negó a verlo como una guerra religiosa. Su alianza solo pretendía incrementar la presión sobre Fernando de cara a firmar la paz sobre la base del *statu quo* anterior a la guerra. A pesar de su predisposición a dialogar, los católicos no habían cedido lo suficiente. Su intransigencia le costaría cara al Imperio, porque no había duda de que estaban cerca de alcanzar un acuerdo. A mediados de noviembre, seis teólogos consultados por Fernando admitieron que sería preferible anular el Edicto que arriesgarse a la ruina del Imperio. Sin embargo, para entonces, ya era demasiado tarde. [30] No está claro si los suecos eran conscientes de la distancia que los separaba de las pretensiones sajonas. En cualquier caso, la alianza fue crucial y le garantizaron al elector una autonomía mucho mayor que la concedida a cualquier otro socio alemán.

La batalla de Breitenfeld

Gustavo Adolfo cruzó el Elba en Wittenberg y se dirigió al sur a unirse con el elector en Düben, al nordeste de Leipzig. Los 16 000 sajones presentes iban resplandecientes con sus nuevos uniformes e incluían a 1500 hombres de la nobleza local y a sus sirvientes. Eclipsaron a los 23 000 suecos que «tras haber pasado la noche en una parcela de terreno arado, estaban tan polvorientos que parecían mozos de cocina, con sus sucios trapos». [31] Los suecos eran «viejos veteranos experimentados», mientras que los sajones solo llevaban ejercitándose desde abril. Su comandante, Arnim, una vez se unió a su señor natural, Jorge Guillermo de Brandeburgo, aceptó también la alianza sueca en junio. La fuerza combinada era la más grande que había logrado reunir Gustavo Adolfo y estaba resuelto a asestar un golpe decisivo que esperaba que persuadiese al fin a los alemanes protestantes a unirse a él. De la misma forma, Tilly se mostraba decidido a luchar, libre, a la postre, de poder llevar a cabo la estrategia ofensiva por la que había abogado desde comienzos de año. [32] Sus superiores también estaban resueltos, tras reconocer que solo una victoria aplastante disuadiría a otros de seguir el ejemplo de Brandeburgo y Sajonia.

Los dos contendientes convergieron en una llanura bastante amplia junto a la villa de Breitenfeld, justo al norte de Leipzig, donde tendría lugar la segunda mayor batalla de la guerra y una de las más importantes. Tilly disponía de unos 37 000 hombres con 27 cañones, lo que significaba que estaba en inferioridad numérica (por unos 1000 hombres) y con una artillería menos poderosa (unas 29 piezas menos). Los 7000 imperiales a las órdenes de Furstenberg acababan de llegar y estaban cansados, pero la moral era alta, ya que los hombres «mostraban un coraje invencible, en la creencia de que resultarían victoriosos». [33] Tilly dispuso a sus tropas en una suave pendiente que se extendía de este a oeste a lo largo del confín de la llanura. La infantería se desplegó en doce grandes bloques, agrupados de a tres con otros dos batallones apostados en cada flanco en apoyo de la caballería. Unos 4000 jinetes de esta última se hallaban a las órdenes de Pappenheim, que contaba con la flor y nata de los coraceros imperiales. En la derecha, Furstenberg mandaba alrededor de 3100 jinetes de la caballería pesada de la Liga y 900 croatas. Otros 1000 hombres se habían dejado de guarnición en Leipzig.

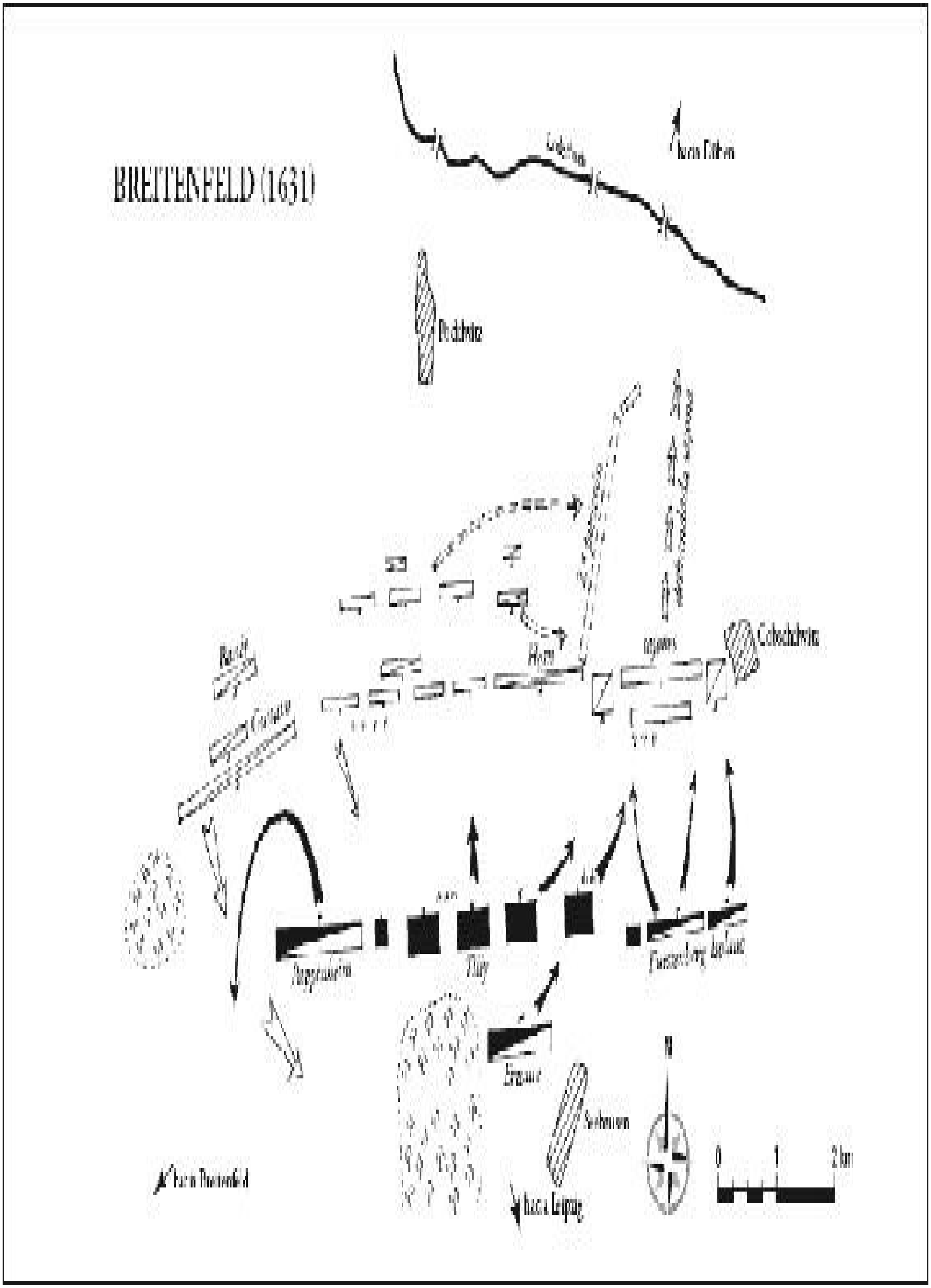
Los suecos y los sajones habían acampado a unos ocho kilómetros al norte y se habían saltado el desayuno para iniciar el avance a primera hora del 17

de septiembre con el sol de la mañana en sus caras. Les llevó varias horas cruzar un riachuelo pantanoso y llegar a distancia de tiro de cañón de Tilly, por lo que no fue hasta mediodía cuando la artillería sueca comenzó a responder a los cañones imperiales que ya habían abierto fuego desde sus posiciones adelantadas a la infantería. El duelo artillero se prolongó durante dos horas y causó un mayor número de bajas en las profundas formaciones imperiales. Gustavo Adolfo mantuvo a su propio ejército separado de los bisoños sajones, que se habían desplegado en una formación bastante profunda al este del camino de Leipzig-Düben. Los suecos formaron hacia el oeste, con el general Gustav Horn al mando de la caballería junto al camino, a continuación siete brigadas de infantería en dos líneas, y Gustavo Adolfo y el resto de la caballería en el extremo derecho frente a Pappenheim.

Gustavo Adolfo extendió sus tropas más al oeste con la intención de flanquear a los imperiales. Al ver esto, Pappenheim cargó alrededor de las dos de la tarde pero fue repelido por una salva general efectuada por 2500 jinetes suecos apoyados por 860 mosqueteros. Los coraceros de Pappenheim cargaron en otras siete ocasiones, llegando a tiro de pistola, y en cada una de ellas se llevaron la peor parte. Entre tanto, Furstenberg se arrojó sobre los sajones, mientras enviaba a los croatas de Isolano a rebasar el flanco enemigo. A pesar del castigo que habían recibido en el bombardeo de la artillería, los sajones ofrecieron alguna resistencia inicial, hasta que los bisoños de los nobles echaron a correr. Solo quedaron dos regimientos de caballería con los soldados más experimentados del elector, que se unieron a Horn. El resto huyó, arrastrando en la desbandada a Juan Jorge y perdiendo 3000 hombres, la mayoría durante la persecución.

Para entonces se hacía cada vez más difícil ver lo que sucedía a causa de la densa mezcla del humo de los cañones y el polvo levantado por miles de pies y pezuñas. Furstenberg fue incapaz de reagrupar a sus jinetes, muchos de los cuales habían iniciado la persecución de los sajones o habían comenzado a saquear su bagaje. Su rápido avance había dejado atrás a la infantería, que no llegó a la antigua posición sajona hasta eso de las tres y media de la tarde. Horn tuvo tiempo de reagruparse junto al camino en ángulo recto respecto a la primera línea del ejército, con lo que reforzó su frente con infantería de la segunda línea del centro. La infantería imperial y de la Liga fue enviada hacia delante de forma gradual, mientras la caballería fresca de Horn dispersaba en poco tiempo a los agotados jinetes de Furstenberg. Y lo que es peor, la derecha de Tilly tuvo que desplazarse hacia el este para hacer frente a la

nueva posición de Horn, lo que abrió una brecha entre el centro y Pappenheim. Tras dos horas de ataques infructuosos los hombres de Pappenheim estaban agotados. El posterior contraataque de Gustavo Adolfo acabó por doblegarlos, lo que dejó expuesto el sobreextendido centro imperial. Este se vio atacado alrededor de las cinco de la tarde, justo en el momento en que la derecha de Tilly comenzaba a colapsar. La maltrecha infantería se retiró en buen orden para ofrecer una última resistencia en el bosque que había a espaldas de su posición original. Esta se desmoronó al anochecer, una vez que los suecos trajeron su artillería a distancia de tiro. Alrededor de 6000 hombres fueron hechos prisioneros en el campo de batalla y otros 3000 fugitivos se rindieron en Leipzig al día siguiente. Más de 7000 yacían muertos, mientras que muchos de los que escaparon iban heridos, incluido el propio Tilly. Otros desertaron y Tilly no logró reagrupar a más de 13 000 supervivientes en Halberstadt pocos días más tarde. Los suecos perdieron


BREITENFELD (1631)
Podelwitz
Göbschelwitz
Horn
Tilly
Seehausen
hacia Leipzig
hacia Breitenfeld
0
1
2 km
N

2100 hombres, que cubrieron de sobra al obligar a los prisioneros imperiales a formar parte de su ejército.

Gustavo Adolfo había conseguido, por fin, la gran victoria que le había estado eludiendo desde su desembarco. Los propagandistas protestantes lanzaron, raudos, trompetas al viento e hicieron una llamada general a las armas, tildando la victoria de un castigo divino por el saco de Magdeburgo. Breitenfeld fue la primera gran derrota de las fuerzas católicas desde el comienzo de la guerra y cimentó la fe de los militantes en que Gustavo Adolfo era su salvador. Comentaristas posteriores lo han justificado como el resultado inevitable de un supuesto sistema militar superior. [34] No cabe duda de que las formaciones más profundas de Tilly contribuyeron a la mayor cantidad de bajas en el bando imperial, pero los verdaderos errores estuvieron en el mando y control de una cantidad tan grande de tropas que fue lo que originó la oportunidad para que Gustavo Adolfo pudiese lanzar su contraataque decisivo.

EL IMPERIO SUECO

Un nuevo Alejandro

La batalla de Breitenfeld transformó la imagen del rey sueco. El estado de opinión protestante perdió su anterior cautela y asumió un tono más militante; para mediados del año siguiente solía presentarse como un nuevo Josué. El culto al héroe se extendió entre los devotos. Sir Thomas Roe se dejó crecer la barba y el bigote para copiar el estilo del rey. Sin embargo, muchos mostraban su decepción por que no aprovechase la oportunidad para negociar la paz. [35] Un trasfondo pagano insinuaba sus verdaderos motivos. Mientras Gustavo Adolfo llegaba al sur de Alemania surgieron especulaciones sobre que cruzaría los Alpes y saquearía Roma como habían hecho los godos en 410 d. C. Suecia ya había puesto todo el énfasis en su herencia gótica para presentarse a sí misma como un imperio igual al de cualquier monarquía europea. La seudohistoria humanista afirmaba que los suecos descendían de los hebreos y que el país había sido fundado por el nieto de Noé después del diluvio, lo que lo hacía el más antiguo del mundo. En 1617, Gustavo Adolfo aparecía en un torneo que celebraba su coronación vestido como un godo. Algunos fueron más lejos hasta asegurar que era un nuevo Alejandro, lo que implicaba que, lejos de restaurar las libertades alemanas, perseguía su propio

Imperium Macedonicum .

Tilly se retiró de inmediato hacia el oeste a través de Westfalia y luego al sur por Hesse hasta adentrarse en Franconia con el objeto de reunirse con sus largamente esperados refuerzos, lo que elevó sus efectivos a 40 000 hombres. Otros 20 000 imperiales se estaban concentrando en Silesia, y algunos más estaban todavía en su camino de regreso de Italia. La persecución directa había dejado de ser una opción para Gustavo Adolfo, y una incursión que subiera por el curso del Óder hasta llegar a Austria estaba descartada. Sin ser todavía bienvenidos en buena parte de la Alemania protestante, los suecos sabían que sería casi imposible operar en las tierras hostiles de los Habsburgo. Gustavo Adolfo decidió marchar hacia el sudoeste en su lugar, a través de Turingia, con el objeto de hacerse con la mayor cantidad de territorio posible antes de la llegada del invierno. Esto permitiría a Guillermo de Hesse-Kassel reunirse con él, y posiblemente también a Wurtemberg y a otros alemanes del sur.

Contra todo pronóstico, la oposición resultó ser débil. Érfurt cayó el 2 de octubre. Wurzburgo fue la siguiente tras capitular el 15 de octubre. Capital del rico obispado de ese nombre, Wurzburgo era en particular poderosa gracias a la fortaleza de Marienberg, ubicada en lo alto de una escarpada colina al otro lado del Meno y de la localidad. Durante el asalto, las súplicas de piedad de la guarnición se respondieron con los gritos de «el cuartel de Magdeburgo». [36] Tras un breve descanso, Gustavo Adolfo apareció en el curso bajo del Meno y tomó Fráncfort; a continuación cruzó el Rin en Oppenheim y tomó Maguncia el 23 de diciembre. Buena parte del Bajo Palatinado situado a la derecha del Rin fue conquistado en las dos semanas siguientes, incluida Heidelberg. Un segundo ejército de menor tamaño completó entre tanto la conquista de Mecklemburgo, antes de cruzar el Elba e internarse en las tierras de los güelfos.

Los aliados de los suecos

Estas conquistas determinaron la estructura de la presencia de Suecia en Alemania hasta el final de la guerra mediante el establecimiento de cuatro elementos: los aliados, la cabeza de puente del Báltico, las bases estratégicas y los colaboradores alemanes. Los aliados eran esenciales pero representaban un vínculo débil. Gustavo Adolfo insistió en una «dirección absoluta» sobre sus socios, pero descubrió que esto era difícil de mantener. Los sajones eran

los más importantes. Su pobre desempeño en Breitenfeld restaba a su potencial. Tras reagrupar a sus tropas dispersas, Juan Jorge continuó con la recluta y reunió a 24 000 hombres en 1632. Estos recibían el apoyo de 13 000 brandeburgueses y de unos pocos miles de soldados de caballería levantados por los 200 exiliados bohemios y moravos que se habían unido a Suecia desde 1630. Incluso sin tener en cuenta las guarniciones se trataba de una potente fuerza. [37] Arnim se internó en Bohemia el 1 de noviembre de 1631 y entró en Praga dos semanas más tarde en una maniobra que facilitó el victorioso avance de Gustavo Adolfo, al obligar a Fernando a ordenar el regreso de 18 000 hombres del ejército de Tilly.

Este despliegue sajón de beligerancia no pretendía otra cosa que obligar a Fernando a negociar. Como Juan Jorge sabía que cualquier paz viable se quedaría corta respecto a las expectativas de los militantes protestantes, quería negociar desde una posición de fuerza. Por esta vía, las concesiones a expensas de los protestantes aparecerían como un gesto magnánimo. Estas intenciones se mantuvieron en secreto, pero la elección de Arnim como comandante ya había levantado las sospechas de los suecos. Cuando los exiliados bohemios destruyeron uno de los castillos de Wallenstein, Arnim escribió a su antiguo jefe para disculparse. Los contactos se llevaron a cabo a través de Kinsky y otros bohemios menos vengativos y continuaron hasta la muerte de Wallenstein. [38] Las distintas partes tuvieron cuidado de no comprometerse y, a menudo, lo que plasmaron por escrito no fueron más que maniobras para comprometer al oponente. Esto hace que sea imposible identificar las verdaderas motivaciones de los protagonistas. Hay quien ha especulado que Wallenstein sentía ya un gran descontento por su cese y que saboteó de forma deliberada el mando de Tilly al retener grano en Mecklemburgo y Friedland. Aunque no hizo mucho por ayudar a Tilly, parece poco probable que su motivación fuese la venganza. [39] Dirigidos por el conde Thurn, los exiliados estaban dispuestos a aceptar que conservase sus tierras patrimoniales e incluso a coronarlo rey de Bohemia si eso los ayudaba a recuperar sus antiguas posesiones. Wallenstein les siguió la corriente porque esto ofrecía al emperador una valiosa vía directa con Sajonia y Suecia. Francia y Suecia alimentaron el debate sobre una posible corona bohemia en 1633 con el fin de tentarlo para que se pasara a su bando, así como para reunir suficientes pruebas incriminatorias en caso de que decidiese permanecer leal. Con la negativa de Suecia a negociar una paz, Wallenstein puso sus esperanzas en un entendimiento con Sajonia a través de Arnim y los

exiliados. Fernando estaba al tanto de estas conversaciones, aunque no estuviese en el detalle de las mismas. Llegar a un acuerdo con Sajonia había sido su objetivo durante todo este tiempo y es, en este marco, en el que debemos contemplar los amplios poderes concedidos a Wallenstein tras su nuevo nombramiento como comandante imperial a finales de 1631 (*Vid.* , págs. 39-40).

Las noticias de los contactos de Arnim se filtraron después de que se reuniera con Wallenstein en varias ocasiones, a lo que hay que añadir que el antiguo ayudante de Wallenstein, Francisco Alberto de Lauenburgo, llegó a Dresde a principios de 1631. Gustavo Adolfo se alarmó lo suficiente como para prohibir cualquier mediación ulterior de los príncipes alemanes, pero esto no detuvo la correspondencia clandestina de Juan Jorge. Las operaciones sajonas continuaron dando peso a las negociaciones. Arnim quedaría, en apariencia, estático durante meses, solo para efectuar una maniobra súbita y agresiva si la posición de Juan Jorge se deterioraba. Había poco que Gustavo Adolfo pudiese hacer. Una crítica abierta haría añicos la fachada de la unidad protestante y lo enemistaría con Brandeburgo que, aunque mucho más débil, era su rival en lo tocante a Pomerania. El rey había asumido un riesgo considerable al avanzar hasta el Rin, porque esto dejaba la defensa del Óder y las líneas de comunicación con el Báltico en manos de los dos tibios electores.

Por el contrario, Hesse-Kassel se mostraba más comprometida con la causa sueca debido a que la intransigencia de Fernando no le había dejado a Guillermo V otra alternativa. Gobernante del mayor principado secular no electoral, el landgrave era ambicioso y apoyaba el plan de Gustavo Adolfo de revisar la constitución imperial. Guillermo proponía la redistribución de los tres títulos electorales eclesiásticos entre príncipes seculares, ya que, a todas luces, esperaba ser uno de los beneficiarios. Con capacidad para desplegar unos 10 000 hombres, Guillermo tenía algún peso como aliado, pues ya había ayudado a tomar Maguncia y era el único al que Gustavo Adolfo había prometido extender sus territorios. A cambio de ceder Marburgo a Darmstadt, cuya neutralidad aceptaba Gustavo Adolfo, Guillermo debía recibir la mayor parte de las tierras eclesiásticas de Westfalia. [40] Los riesgos de un acuerdo de esta naturaleza se hicieron pronto evidentes, ya que los de Hesse se concentraron en la conquista de estas áreas en lugar de ayudar a los suecos.

Gustavo Adolfo trató al Palatinado con mucha menos consideración. Al igual que Dinamarca, lo veía como una forma de obtener la asistencia

británica. El fracaso de la expedición de Ré y el posterior asesinato de Buckingham empeoró la crisis doméstica de ese país. El nacimiento del príncipe de Gales –el futuro Carlos II– restó importancia al imperativo dinástico de apoyar a la Reina de Invierno y a sus hijos, ya que Carlos I tenía ahora su propio heredero. Este regresó a la política de su padre mediante el restablecimiento de las buenas relaciones con España en noviembre de 1630 con la esperanza de que esto produjera al menos una restauración parcial en el Palatinado. Su hermana se mostraba cada vez más impaciente y urgía a colaborar con Suecia: «si no se aprovecha esta oportunidad no habrá ya esperanza de recuperar nada, puesto que nunca se hará por la vía del tratado».[41]

Carlos se involucró en las típicas medias tintas de los Estuardo, pues se enemistó con los Habsburgo al enviar una fuerza expedicionaria, pero en calidad de auxiliar y sin obligar a Gustavo Adolfo a comprometerse a una restauración del Palatinado. El mando fue confiado al inexperto marqués de Hamilton, que ha pasado a la historia militar como el Capitán Desafortunado.[42] Las noticias de que 20 000 ingleses iban a desembarcar en el Weser supusieron una seria distracción para Tilly en 1631. En realidad, Hamilton solo trajo 6000 hombres y desembarcó en Stettin en agosto, subiendo el curso del Óder para vigilar a los imperiales en Silesia. Con el temor de que pudiera establecer allí una presencia palatina autónoma con los exiliados, Gustavo Adolfo redirigió a Hamilton a través de Sajonia para que apoyara las operaciones suecas en las tierras de los güelfos. La amenaza inglesa fue debilitándose a medida que la fuerza de Hamilton se desvanecía a causa de la deserción, la desnutrición y la enfermedad, con lo que solo quedaron 500 supervivientes en diciembre.

La intervención sueca en el Imperio había sido bienvenida por los neerlandeses, al reducir la probabilidad de que el Imperio ayudase a España. Sin embargo, los líderes de la república rechazaron la noción de una guerra religiosa y solo pagaron unos subsidios limitados en 1631 y 1632 para inducir a Gustavo Adolfo a desechar sus planes de monopolizar el comercio de grano en el Báltico. Se negaron a apoyar a Federico V más allá de hacerse cargo de sus gastos en el viaje que le llevó a unirse a Gustavo Adolfo en el Rin en enero de 1632. La presencia del elector le vino bien a Gustavo Adolfo, ya que suponía una presión para el duque Maximiliano, que pensó que Suecia restauraría a Federico en sus tierras. Sin embargo, Gustavo Adolfo condicionó la restauración a que Inglaterra enviase otros 12 000 hombres y

satisficiese la cantidad de 25 000 libras mensuales. A cambio, Federico podría recuperar sus dominios, aunque solo como feudo de la corona sueca. Estos términos lo hubiesen reducido a una «marioneta», así que fueron debidamente rechazados en marzo. Federico abandonó disgustado el séquito del rey en septiembre. Ya enfermo por entonces, murió en Maguncia el 30 de noviembre, lo que debilitó aún más la causa palatina. [43]

La cabeza de puente báltica

El primer interés sueco descansaba en la consolidación de su dominio de la costa báltica. Stralsund formaba el núcleo inexpugnable que, como cuestión de prestigio, Suecia se negaba a abandonar. Gustavo Adolfo pretendía sin duda conservar el resto de Pomerania y el puerto de Wismar en Mecklemburgo, que había servido como base naval imperial. El interés en Bremen y Verden se suscitó a raíz del temor a que Dinamarca pudiese intervenir en nombre del emperador. El administrador luterano de Bremen, Juan Federico de Holstein, creía que Fernando llegaría a un acuerdo a sus expensas y se declaró a favor de Suecia a finales de 1631. El arzobispado no solo dominaba el Weser, sino que su fortaleza de Stade ejercía también el control del curso bajo del Elba. La situación se hizo más acuciante cuando las tropas danesas intercambiaron algunos disparos con los suecos a las afueras de Bremen en la primavera de 1632. Los suecos veían al administrador como un medio para mantener a los daneses al norte del Elba y lo ayudaron a expulsar a la pequeña guarnición de la Liga y a conquistar Verden, al sur. Sin embargo, la muerte de Jorge Federico en 1634 y la posterior defección de los güelfos en 1635 convencieron a Oxenstierna de prescindir de aliados locales poco fiables, aunque no fue hasta 1645 cuando Suecia conquistó Bremen y Verden para añadirlas a su lista de demandas territoriales (*Vid.* Capítulo 6 de este volumen). Junto con Pomerania, estas tierras conectaban a Suecia con sus ejércitos en Alemania. Estaban guarnecidas por unidades nativas suecas y finlandesas a las órdenes de comandantes de probada valía y recibieron el grueso de los conscriptos enviados a partir de mediados de la década de 1630.

Bases estratégicas

La cabeza de puente se expandió mediante bases estratégicas avanzadas en centros operacionales en cada región. La primera y más importante era Érfurt,

una población que pertenecía a Maguncia pero que tenía una larga tradición de autonomía y aspiraciones a emanciparse y constituirse en una ciudad imperial. Érfurt controlaba los caminos entre Magdeburgo, Sajonia, Hesse y Franconia, de modo que aseguraba la ruta desde Pomerania al interior de Alemania central. La vecina Magdeburgo también sirvió como base después de ser tomada a primeros de 1632. Sin embargo, su estado ruinoso, junto con la pretensión de Juan Jorge de que su hijo fuese el administrador, disminuyó su utilidad. Wurzburgo aseguraba Franconia, en especial, porque Bamberg, aguas arriba del Meno, era difícil de defender. Maguncia se convirtió en la principal base de Renania y la capital oficiosa del imperio alemán de Suecia. Una inmensa fortaleza, la Gustavsburg, se construyó en el territorio de Darmstadt al otro lado del río frente a la ciudad y suponía un refugio seguro si el ejército tenía que retirarse del sur de Alemania. [44] El resto de las bases eran ciudades imperiales persuadidas para unirse a Suecia. Una guarnición en Fráncfort guardaba el curso bajo del Meno y Núremberg complementaba a Wurzburgo en Franconia. Augsburgo era una base en Suabia, pero su proximidad a Baviera la hacía vulnerable.

Aunque Érfurt estuvo en manos suecas durante toda la guerra, las otras se habían perdido para 1635. El hecho de que las bases fueran casi todas territorios católicos implicó un factor adicional para que la presencia sueca fuese allí más provisional que en la cabeza de puente. La práctica católica representó un desafío para los ocupantes y los clérigos militantes la alentaron allí donde fue posible. Los suecos expulsaron a la mayoría de los sacerdotes, pero Gustavo Adolfo se vio obligado a dejar algunas iglesias en manos católicas por consideración a Francia. Los suecos y los alemanes designados por ellos se enfrentaban a una fuerte presión de las minorías protestantes locales, que se inclinaban a la venganza. Las, en particular, vengativas medidas de regeneración católica en Augsburgo fueron suspendidas en 1632. Además, los suecos apenas se esforzaron por ocultar las iniciativas locales, como la expulsión de los capuchinos en Fráncfort, o los intentos de los condes de Hohenhole de imponer el protestantismo en las áreas conquistadas. [45] En el resto de los lugares resultó más difícil promover el protestantismo. Maguncia era plenamente católica y la congregación luterana quedó confinada a la guarnición sueca. La universidad se quedó desierta después de que huyesen los profesores y los estudiantes. Por el contrario, las escuelas católicas permanecieron abiertas y muchos funcionarios locales mantuvieron sus puestos porque los ocupantes carecían de suficientes protestantes leales

cualificados para reemplazarlos.

Las bases permitieron a Suecia aprovechar los recursos alemanes para sostener su esfuerzo de guerra. Gustavo Adolfo había desembarcado con el dinero justo para cubrir una semana de paga. Las expectativas iniciales de que fuese la guerra la que pagase resultaron exageradamente optimistas. El coste anual completo de mantener a un soldado oscilaba alrededor de los 150 táleros, que era el triple de lo esperado. Mientras que se había estimado que 1,9 millones de táleros serían suficientes para sostener un año de campaña, el gasto militar total ya excedía los 10 millones en 1631, sin incluir la comida requisada y otros pagos en especie. Suecia gastó 2,3 millones de táleros de su propio dinero en el lanzamiento de la invasión, pero redujo sus gastos propios a otros 3,2 millones en los tres años siguientes. Los impuestos prusianos proporcionaron otros 3,7 millones entre 1629 y 1635, pero las recaudaciones de Pomerania resultaron en unos decepcionantes 171 000 táleros, apenas equivalentes al exiguo subsidio neerlandés. Los pagos de Francia eran más sustanciosos y permitieron a Suecia pedir préstamos en Hamburgo y Ámsterdam a través del agente de Gustavo Adolfo en aquella plaza, Johan Adler Salvius. Con un total de once millones, estas fuentes de financiación no cubrían más que un treinta por ciento del coste que le suponía a Suecia la guerra alemana. [46]

Con la búsqueda del resto en Alemania, Gustavo Adolfo copió el sistema de contribuciones de Wallenstein. Una razón crucial para la búsqueda de aliados alemanes por parte de Suecia era el desvío de sus impuestos a fin de mantener el ejército sueco. Pomerania, Mecklemburgo, Brandeburgo y Magdeburgo pagaron todos sumas considerables, pero Gustavo Adolfo tenía unas expectativas poco razonables acerca de la riqueza alemana. En 1632, exigió 240 000 táleros a Augsburgo, cuando los impuestos que solía recaudar no excedían los 50 000. [47] Los suecos siempre querían grandes sumas y de inmediato, lo que perturbaba el delicado equilibrio entre tributos y producción. Las comunidades se vieron obligadas a pedir prestado, lo que las dejó sumamente endeudadas. La situación era peor en las áreas conquistadas, donde los suecos eran menos comedidos. A Wurzburgo se le ordenó pagar 150 000 táleros en octubre de 1631, seguidos de otros 200 000 solo nueve meses más tarde. Múnich pagó 100 000 en metálico y 40 000 en joyas en 1632, pero los suecos querían otros 160 000 y para ello tomaron 42 rehenes. Uno escapó, pero cuatro murieron antes de que el resto fuese liberado tres años más tarde. A Maguncia, le dieron un plazo de solo doce días, en

diciembre de 1631, para recaudar 80 000, es decir, una cantidad dieciocho veces mayor a su recaudación normal. Los suecos aceptaron a regañadientes un pago de 1500 táleros semanales, pero este cesó en junio cuando sus habitantes se quedaron sin dinero. Entre tanto, la comunidad judía pagó 20 000 para salvar su propia sinagoga.

Como con Wallenstein, el carácter descentralizado de las contribuciones originaba espacio para la corrupción y la ineficiencia. El coronel Wolfgang Baudissin levantó sospechas de haberse embolsado 50 000 táleros del dinero recaudado en Turingia en el otoño de 1631, y el comisionado de Gustavo Adolfo aceptó 6000 táleros de Wurzburgo a cambio de reducir a la mitad la exigencia inicial. [48]

La situación cambió cuando hubo indicios de que Suecia mantendría sus conquistas. Los ingresos se recuperaron cuando se abandonaron las contribuciones en Maguncia a favor de la estructura impositiva electoral anterior que recaudaba el ochenta por ciento de lo que se pretendía. El dinero alemán no solo pagó los mercenarios que comprendían entre tres cuartas partes y nueve décimas partes del total del ejército, sino que cubrieron también el 51 % del millón de riksdáleres anuales gastados en el contingente sueco y finlandés entre 1630 y 1648.

Colaboradores alemanes

El capital humano alemán fue crucial cuando Gustavo Adolfo descubrió que sus soldados morían en el Imperio con la misma rapidez que en Polonia. A pesar de que tenía fama de ser robustos, el 46 % de aquellos que desembarcaron en julio de 1630 estaban muertos seis meses más tarde, en su mayoría debido a infecciones causadas por gérmenes a los que sus cuerpos no estaban acostumbrados. Había perdido 50 000 hombres a finales de 1631, cuando su ejército en Alemania solo contenía a 13 000 suecos y finlandeses. La tasa de desgaste normal en un año entre conscriptos era, por tanto, de uno de cada cinco, pues no sobrevivía ninguno más de cuatro años desde su llegada a Alemania. [49] La experiencia importaba, igual que el número. Muchos oficiales nativos no estaban a la altura de sus responsabilidades. Åke Tott, un veterano finlandés con una temible reputación ganada en las campañas prusianas, resultó ser incapaz de manejar un pequeño ejército enviado a conquistar Baja Sajonia. Baudissin, un oriundo de Lusacia que lo sustituyó en mayo de 1632, no fue mucho mejor.

Los colaboradores alemanes comenzaron a levantar y mandar tropas. A diferencia de los suecos, tenían un conocimiento local y, a menudo, sus pequeños territorios eran capaces de proporcionar hombres y dinero. La conquista de Wurzburgo convenció a muchos príncipes y nobles de que Breitenfeld no había sido un éxito aislado y acudieron a saludar al héroe conquistador. Nadie obtuvo la amplia autonomía concedida a Sajonia o la libertad *de facto* permitida a Hesse Kassel. En su lugar, los colaboradores tuvieron que rendir sus fuertes y tropas a la dirección absoluta de Suecia y desviar sus ingresos para contribuir a la financiación de la guerra. [50] Se les otorgaron cargos y, si tenían suerte, pequeños adelantos en metálico para levantar más regimientos. Suecia creó casi quinientos nuevos regimientos alemanes en el transcurso de la guerra, con lo que tenía hasta cien operativos en todo momento. Estas unidades formaron los nuevos ejércitos regionales. A Guillermo de Weimar le asignaron la defensa de Érfurt y a su hermano menor, Bernardo, le tocó defender Franconia, para lo que ambos emplearon sus propios regimientos y unidades facilitadas por Núremberg, los caballeros de Franconia y la milicia de Sajonia-Coburgo. Wurtemberg y Baden-Durlach formaron un ejército suabo con su milicia en mayo de 1632. Los condes de Nassau y Wetterau reunieron una fuerza renana para operar desde Maguncia. En Baja Sajonia se formó un ejército más variopinto con unidades levantadas por los duques de Mecklemburgo y el administrador de Bremen. A estos se les unieron el duque Jorge de Luneburgo, que renunció a su comisión de oficial imperial, y Federico Ulrico de Wolfenbüttel.

Ninguno de estos ejércitos era del todo fiable. Con alrededor de cinco mil hombres cada uno, eran demasiado pequeños para conseguir algo sin ayuda adicional. Se les agregaron unidades y oficiales suecos, en especial en Baja Sajonia y en Renania, aunque como una suerte de asesores, ya que también ellos, a menudo, eran vulnerables. El duque Jorge llevó a cabo su propia guerra para tomar Hildesheim, mientras que Federico Ulrico se concentró en tratar de recuperar Wolfenbüttel. Las unidades suecas se pegaron a ellos para evitar que se quedasen solos a la hora de enfrentarse a las fuerzas locales de la Liga. En general, el número de soldados se dobló a comienzos de 1632 y se elevó en otros 40 000 soldados hasta alcanzar su cota más alta de 140 000 a mediados de año. Sin embargo, la fuerza de ataque real continuó siendo bastante pequeña. A principios de 1632, Gustavo Adolfo solo tenía 16 000 hombres en Maguncia y Horn unos 10 000 en Franconia.

Las unidades alemanas juraron lealtad a Suecia, pero esta siguió

condicionada a un éxito continuado. Algunos colaboradores se habían involucrado ya de manera irrevocable en la Causa Protestante, lo que les dejaba poca alternativa. Los dos comandantes del ejército renano, el ringrave Otto Luis de Salm-Kyrburg y el príncipe Cristian de Birkenfeld, eran paladines veteranos. El príncipe Kraft de Hohenloe, nombrado gobernador de Franconia en mayo de 1632, era un antiguo miembro de la extinta Unión Protestante, mientras que su hermano Jorge Federico había sido mariscal de campo bohemio. Como ilustran estos ejemplos, los colaboradores de Suecia provenían en gran medida del estamento de príncipes menores, condes y caballeros del Imperio. Eran protestantes, muchos de ellos calvinistas, una confesión que Suecia se negaba a reconocer. Y lo que era aún más significativo, pertenecían a los segmentos a los que habían, en parte, privado de derechos en virtud de la constitución imperial. Como Hesse-Kassel, esperaban beneficiarse de los cambios previstos. El conde Felipe Reinhard de Solms, otro paladín que se había unido a Suecia en 1627 tras haber luchado con los daneses, propuso abolir la posición del emperador y convertir el Imperio en un *status aristocraticus* .

De manera más inmediata, todos esperaban recibir tierras eclesiásticas confiscadas de sus vecinos. Esta práctica, conocida de forma eufemística como «donaciones», se inició en 1630 con el objeto de alimentar al monstruo bélico sueco. Las propiedades pertenecientes al duque Bogislav en Pomerania fueron incautadas y vendidas a Stralsund por cien mil táleros. Los jesuitas y otras órdenes religiosas fueron blanco de medidas punitivas al mismo tiempo que los suecos avanzaban hacia el sur en 1631, y aquellos que huían veían incautados sus bienes de forma automática. Solo las apropiaciones en Fráncfort representaron una suma de 800 000 florines. [51] Las expropiaciones empezaron a ser sistemáticas a partir de 1633, cuando Kraft de Hohenlohe recibió el rico priorato de Ellwangen y la abadía de Schöntal, y a su hermano se le hizo entrega de las propiedades del conde Fugger y algunos terrenos de Maguncia y Wurzburgo.

Como beneficiarios de la restitución, muchos descubrieron que las donaciones eran un caramelo envenenado. Kraft de Hohenlohe no obtuvo Ellwangen hasta que pagó 18 000 táleros al coronel Klaus Sperreuter, cuyas tropas lo habían tomado. Descubrió que Oxenstierna había dado ya muchos de los bienes de los prioratos a otros oficiales. Se habían perdido documentos fundamentales y en el gobierno local reinaba el caos. Con la población católica poco cooperativa, Kraft se tuvo que apoyar en forasteros que eran

incapaces de cumplir con las demandas suecas respecto de las contribuciones habituales. Tras haber levantado tres regimientos para Gustavo Adolfo, Kraft reconoció que el negocio le había costado 100 000 táleros para cuando los imperiales recuperaron el priorato en 1634. De igual manera, las donaciones levantaron expectativas poco realistas, lo que hizo inevitable un sentimiento de desilusión en cuanto a servir a los suecos. Cristian Guillermo quedó decepcionado al no haber sido restaurado en Magdeburgo y Halberstadt tras su conquista en febrero de 1632, y después de ser capturado por tropas imperiales enseguida se convirtió al catolicismo. Entre tanto, el gobernador sueco, Luis de Anhalt-Köthen, trató de incorporar ambas sedes a su propio principado pero fue obligado a desistir en julio de 1635. [52]

¿Un nuevo Augusto?

Las donaciones fueron un recurso que, sin duda, revelaban los planes de Gustavo Adolfo para el Imperio. Un diplomático veneciano afirmó que «Gustavus» [versión latina de Gustavo Adolfo] era un anagrama de «Augustus», el nombre del primer emperador romano. [53] Gustavo Adolfo manifestó la pretensión imperial de sus ambiciones mediante la cuidadosa escenificación de una entrada triunfal en Fráncfort el 17 de noviembre de 1631. A sus contemporáneos no se les escapaba que «ahora se sentaba […] en la misma habitación en la que se entretenían los emperadores el día de su Coronación. Podría ser una señal de buena suerte en el sentido de que tal vez no fuera esta la última vez en la que debiera sentarse allí». [54] Tal especulación no tiene en cuenta que él no tenía intención de dejar intacta la constitución existente. Invocando el derecho de conquista, Gustavo Adolfo declaró las áreas ocupadas como feudos suecos, que fueron distribuidos entre partidarios con la condición de que debían revertir a Suecia si sus nuevos gobernantes morían sin herederos. Esta condición fue aplicada incluso en áreas «liberadas» como Mecklemburgo y el Bajo Palatinado. Los aliados que escaparon a la conquista, como los güelfos o Hesse-Kassel, tuvieron que aceptar, no obstante, la protección sueca, que suplantaba los vínculos existentes con el emperador. Lo mismo se incluyó en los acuerdos con las ciudades imperiales, mientras que a poblaciones como Magdeburgo, Rostock y Érfurt se les prometió el estatus de ciudad solo si aceptaban el señorío sueco.

Los territorios aliados y conquistados recibieron instrucciones a principios

de 1632 de ignorar los mandatos imperiales y de pagar las obligaciones feudales a Gustavo Adolfo en su lugar. Para junio, Gustavo Adolfo hablaba de convertir sus alianzas militares en un *corpus politicorum* permanente, como es natural, bajo su «dirección absoluta». Esta emplearía elementos de la constitución existente. La estructura de círculos habría de quedar para agrupar aliados y colaboradores desde un punto de vista regional. Sin embargo, la imposición de gobernadores en Franconia y Suabia, además de en Turingia, que no era un círculo, sugiere que este elemento de la constitución fue empleado por mera conveniencia. Los gobernadores recibieron el encargo de hacer valer la soberanía sueca y no tenían intención alguna de permitir que las asambleas de los círculos los llamasen a consultas. [55]

Los límites territoriales y las jurisdicciones no fueron respetados. Las poblaciones y distritos fueron tomados de un territorio y asignados a otro de acuerdo con el propio sistema sueco de castigos y recompensas. La familia Thurn und Taxis fue privada de su monopolio postal imperial, que a su vez fue confiado a funcionarios protestantes para que distribuyesen la propaganda sueca. [56] Las disputas se someterían al arbitraje de la Reichskammergericht, pero esta debía ser reorganizada a fin de excluir a los católicos, que debían permanecer fuera del nuevo *corpus evangelicorum* . No quedaba todavía claro como había de relacionarse este corpus con el Imperio. Gustavo Adolfo se refirió a ello como «un cuerpo dentro de otro cuerpo», pero parece poco probable que él mismo se mostrase dispuesto a subordinarse al emperador. Había ya una especulación considerable después de la toma de Maguncia respecto a que Oxenstierna se instalaría allí como su nuevo elector y canciller imperial. Aunque lo más probable es que los detalles nunca llegaran a decidirse, la clara dirección de la política alemana de Suecia era usurpar la autoridad imperial y la partición del Imperio, así como limitar la influencia de los Habsburgo a sus tierras hereditarias. [57]

Las ambiciones de Gustavo Adolfo distaban de ser populares entre los miembros de su círculo íntimo. Gabriel Oxenstierna, hermano menor de Axel y jefe de la justicia del país, urgió a acordar una paz moderada basada en la restauración de un equilibrio ideal entre las diferentes partes del Imperio. Cualquier otra cosa, argumentaba, alienaría a los amigos de Suecia y arrastraría al país a una guerra interminable. Incluso Axel dudó de lo oportuno de extender la guerra al sur de Alemania, pues, en retrospectiva, reconocía que eso solo acabaría granjeando la enemistad del emperador que

se prolongara la guerra. La oposición era aún mayor en Alemania. Juan Jorge guardó con celo su posición de liderazgo en Alta Sajonia y los güelfos resistieron los intentos suecos de manipular la asamblea de Baja Sajonia. La presencia de numerosos católicos impidió el empleo de las instituciones suabas, pero el fracaso de Suecia en Franconia es más notable, ya que la oposición estaba dirigida allí por el margrave luterano Cristian de Bayreuth, que era coronel del círculo. Se negó a agregar su milicia al ejército regional de Bernardo de Weimar y obligó a los suecos a llegar a acuerdos individuales con colaboradores en lugar de establecer una alianza exhaustiva con los círculos. [58]

LLAMADAS A LA RESISTENCIA

Pánico católico

El rápido avance sueco hizo cundir la alarma en toda la Alemania católica. Las fuerzas de Tilly estaban desorganizadas y desmoralizadas. Breitenfeld había destruido su confianza y eludieron la batalla. Mientras los suecos descansaban en los territorios eclesiásticos recién conquistados, las tropas de Tilly se hacinaban en el interior de Baviera y en unos pocos puestos avanzados de Westfalia. Los efectivos se habían reducido más aún con la llegada del invierno y el impacto provocado por la peste que se trajeron las unidades que regresaron de Italia.

Los nobles católicos y los clérigos tuvieron que enfrentarse al dilema de quedarse para proteger sus propiedades o huir para salvar la vida. María Ana Junius, una monja dominica del convento de Heiligengrab, a las afueras de Bamberg, creyó a pies juntillas las noticias de que la sangre se derramaba por las murallas de la vecina Wurzburgo cuando los suecos masacraron a la guarnición mientras sus miembros –pensaba ella– rezaban en la capilla de la ciudadela. [59] Registró su llegada, cada vez más próxima, con un miedo creciente, mientras su madre superiora buscaba con desesperación consejo sobre si debían abandonar su hogar. Ellas se quedaron, pero otros huyeron, muchos ataviados con ropas de civil para evitar que los capturaran. Algunos lograron llevarse objetos de valor con ellos, como la abadesa de Buchau, que escapó con veintisiete caballos y un rebaño de vacas. Los que pudieron se marcharon a otras sedes de sus respectivas órdenes en Suiza o Austria, pero estas quedaron enseguida desbordadas y, en raras ocasiones, admitieron más

refugiados. Constanza, el Tirol y Salzburgo se mostraron más hospitalarios. Los de Franconia y los renanos se dirigieron en su mayoría a la ciudad de Colonia, que pronto sería el hogar de los electores de Maguncia y Colonia, de los obispos de Wurzburgo, Worms y Osnabrück, del duque del Palatinado-Neoburgo y de otros.

En algunas ocasiones, los temores fueron infundados. Junius recuerda con cierto pudor el caballeroso comportamiento de los oficiales suecos al caer Bamberg en febrero de 1632. Muchos mostraban curiosidad por la vida en un convento y llevaron a sus esposas a visitar a las monjas. Con posterioridad, Junius y sus hermanas entretuvieron a Bernardo de Weimar con sus cánticos durante una visita de los oficiales suecos. Cuando los suecos partieron para hacerse cargo de otra ocupación, las hermanas le dieron un regalo a un agradecido centinela que había protegido la puerta del convento. Estas relaciones civilizadas restaron resentimiento entre los habitantes de Bamberg, que ya estaban furiosos por la precipitada huida de su obispo. Para la mayor parte de la gente, con independencia de su confesión, la rápida extensión de la guerra trajo las enfermedades, las penurias y la incertidumbre.

La intransigencia imperial anterior en lo relativo a la restitución fue lamentada con amargura. Maximiliano se unió a Maguncia en el apoyo al infatigable landgrave Jorge de Darmstadt, que todavía trataba de conseguir un compromiso basado en la suspensión del Edicto. [60] Las propuestas fueron bienvenidas por Juan Jorge de Sajonia, pero el momento no era el más adecuado viendo la actual hegemonía de Suecia. Con el grueso del ejército imperial replegado en Bohemia y Silesia, y habiendo sido muchos de sus estados miembros ocupados, la Liga se sintió expuesta. El papa Urbano sentía tanto temor de que Maximiliano pudiese llegar a un acuerdo de paz que, de inmediato, reanudó el envío de los subsidios papales a la Liga a finales de 1631. El importe era mínimo y Maximiliano trató de encontrar un apoyo más sustancial, para lo que recurrió, en primer lugar, al duque Carlos IV de Lorena. [61]

Lorena

Lorena era formalmente parte del Imperio, pero disfrutaba de una amplia autonomía y sus gobernantes estaban muy involucrados en los asuntos franceses. La esposa de Maximiliano, Isabel Renata, era tía de Carlos, y la familia había dirigido la militante Liga Católica durante las Guerras de

Religión francesas. Carlos buscó en repetidas ocasiones unirse a la Liga en la década de 1620 pero nunca dio el paso por temor a enemistarse con Francia. Era una señal de la desesperación de Maximiliano el que este pidiese ahora colaboración. Lorena era en sí misma un ente de alta volatilidad para las relaciones entre los franceses y los Habsburgo y las actividades de Carlos acercaron de forma inconsciente a estas dos potencias a un estado de guerra. En parte tendría la culpa su propio carácter. Aunque podía ser encantador y generoso, sus incesantes intrigas le ganaron una reputación de veleidad. Su corte en Nancy se convirtió en refugio de exiliados contrarios a Richelieu, incluida la gran intrigante Madame de Chevreuse. Sus filas se vieron incrementadas después del Día de los Engañados por nada menos que el hermano del rey, Gastón de Orleans. [62] Su presencia atrajo la atención española ya que, como hermano real, era considerado un aliado más apropiado que los hugonotes rebeldes con los que flirteó Olivares durante un breve espacio de tiempo en 1625. Lorena continuó su apoyo a los exiliados una vez que Gastón se reunió con su madre, que había huido a Bruselas en junio de 1631. El complot siguió adelante hasta que los principales conspiradores fueron derrotados en 1641. Los detalles varían, pero Gastón buscó en esencia un mayor papel en Francia. Se resintió de la negativa de su hermano a que contrajese matrimonio, una estratagema encaminada a impedir que engendrase un potencial heredero al trono, pues Luis XIII no tuvo hijos hasta 1638. Gastón se casó en secreto con la hermana menor de Carlos, Margarita de Lorena, en enero de 1632.

El duque pretendía neutralizar la influencia francesa que impregnaba todo su ducado gracias al protectorado de aquel país sobre los obispados de Metz, Toul y Verdún. Al elegir relacionarse con los dos últimos, Carlos pretendía neutralizar la influencia del primero, la principal base francesa en la región. Tras su invitación en febrero de 1630, 2700 imperiales tomaron los enclaves de Vic y Moyenvic de Metz, que se hallaban a cada lado del camino principal que comunicaba a Francia con Alsacia a través de los Vosgos. Al producirse en el punto cumbre de la crisis de Mantua, Richelieu malinterpretó estos movimientos como la vanguardia de una gran fuerza de invasión y reunió un ejército en Champaña, justo al oeste.

De hecho, el emperador Fernando no tenía intención de ir más allá, pero Olivares estaba dispuesto a financiar a Carlos para que ayudase a Gastón a invadir Francia. Con la pretensión de distraer a Francia de su ayuda a los neerlandeses la cosa pasó a mayores. [63] Gastón se dirigió a Mömpelgard, una

posesión de Wurtemberg entre Alsacia, Basilea y Lorena. Tras su llegada en septiembre de 1631, reunió 2500 caballos para mayo de 1632, mientras Carlos reunía otros 15 000 hombres. Incapaz de mantenerlos, y por temor a que su presencia pudiese dar pie a una invasión del ejército francés que todavía se hallaba en Champaña, Carlos cruzó el Rin en octubre de 1631 para ayudar a Tilly. Su fuerza quedó diezmada a causa de las fiebres y en particular no pudo impedir que los suecos se apoderasen del Bajo Palatinado. En un mes, los aproximadamente 7000 supervivientes díscolos estaban de vuelta a este lado del Rin.

Su ausencia temporal permitió a los franceses invadir Lorena, y la, ahora muy reducida, guarnición imperial rindió Vic y Moyenvic a finales de diciembre. Un breve intento de neutralizar la influencia francesa fue castigado con una segunda invasión en mayo de 1632, que llevó al Tratado de Liverdun el 20 de junio. Carlos rindió ciudades y puentes clave, lo que permitió a Francia conectar los enclaves conquistados con los tres obispados y asegurarse así una ruta hasta Alsacia. Con la habitual pobre gestión de los tiempos, Gastón invadió su país tres días más tarde con solo cinco mil hombres. Aunque se le unió el gobernador de Languedoc, los hugonotes y la alta nobleza habían aprendido la lección y no se alzaron para ayudarle. Gastón escapó, pero la ejecución del desafortunado gobernador proporcionó una cabeza de turco y permitió una reconciliación real temporal entre hermanos en octubre de 1634. [64]

España

La ayuda española resultó ser igual de problemática e inefectiva. La archiduquesa Isabel pensaba que el avance sueco acabaría forzando a la Liga a ceder en su oposición de ayudar a España. Ofreció unos tres mil hombres como guarnición para Colonia, pero la ciudad declinó la oferta cortésmente. Había unos nueve mil españoles en el Bajo Palatinado cuando Gustavo Adolfo llegó al Rin, pero todos estaban en la vertiente occidental del río. Solo cuatrocientos llegaron para reforzar Maguncia y eran alemanes descontentos que entraron al servicio sueco una vez se rindió la ciudad. [65] Maximiliano aún desconfiaba de España y rechazó el ofrecimiento de Isabel.

El emperador había buscado mejorar las relaciones con España después de los fracasos del Plan Báltico y de la Guerra de Mantua. El archiduque Fernando había contraído matrimonio con la infanta española María Ana en

febrero de 1631, pero no fue hasta un año más tarde cuando el embajador español prometió 24 000 hombres y 200 000 escudos mensuales para contener a los suecos. España incrementó, por un tiempo, su fuerza en el Bajo Palatinado hasta alcanzar los 18 000 hombres y envió subsidios y otras ayudas indirectas por un total de 2,59 millones de florines entre 1630 y 1633. Sin embargo, el tratado de febrero de 1632 nunca fue ratificado, porque Fernando transfirió Alsacia, Austria Exterior y el Tirol como posesiones hereditarias a su hermano menor Leopoldo de Passau. Esto originó una tensión interna sobre la sucesión austriaca, y contravenía el Tratado de Oñate de 1617 que prometía la entrega de Alsacia a España.

Francia

Para horror de Fernando, Maximiliano se aproximó a Francia como recurso alternativo para obtener ayuda. Pese a lo problemática que pudiese ser Lorena, Richelieu no pretendía castigar a Carlos con tanta dureza. La inesperada llegada de los suecos al Rin lo obligó a actuar. Al desembarcar en Pomerania, Gustavo Adolfo cumplió el requerimiento de Richelieu de impedir que el emperador ayudase a España. Su posterior algarada a través de los territorios católicos de Alemania era una cuestión muy diferente que cambiaba todo el equilibrio de poder en Europa central. Richelieu había iniciado ya las negociaciones en octubre de 1631 para convertir su entendimiento vigente con Baviera en una alianza plena. Su opción preferida era que la Liga se declarase neutral e hiciese de barrera entre la guerra hispano-neerlandesa y la sueco-imperial. Si eso fracasaba, entonces negociaría tratados de protección individuales con príncipes enclavados en posiciones estratégicas.

Al avance francés al interior de Lorena en diciembre de 1631 lo acompañó una invitación abierta a todos los príncipes católicos a protegerse tanto de Suecia como de España. La toma de Vic y Moyenvic mejoró esta oferta al permitir a las tropas francesas llegar a Alsacia. El elector Sötern de Tréveris aceptó la oferta de Richelieu el 23 de diciembre. Pese a ser un clérigo serio y veterano miembro de la Liga, estaba desilusionado porque los españoles habían vulnerado su propiedad en los Países Bajos y eran incapaces de protegerlo ahora. [66] Maximiliano vaciló. Estaba sometido a una gran presión por parte de Gustavo Adolfo, que consideraba que la resistencia de las unidades de la Liga desde marzo de 1631 había dejado sin valor su obligación

de tratar a Baviera como neutral. El sueco dio a Maximiliano dos semanas para aceptar su conquista de las tierras eclesiásticas y reducir las fuerzas de la Liga a doce mil hombres, o enfrentarse a una invasión. [67]

Las negociaciones se complicaron por la distracción de Richelieu con el complot de Gastón y el hecho de que Maguncia y el conde Franz von Hatzfeldt, obispo de Wurzburgo, iniciasen conversaciones separadas con los franceses en Metz. La incapacidad de Richelieu para obligar a Gustavo Adolfo a mejorar sus términos persuadió a Maximiliano de que Francia no podía domar al león sueco. También vaciló a la hora de arriesgar sus nuevas tierras y título si rompía con Fernando. En febrero de 1632, Maximiliano trabajaba duro para reparar sus relaciones con Viena y retiró las objeciones a la restitución de Wallenstein. Una vez que no hubo duda de que Maximiliano mantendría su lealtad, Fernando le ofreció ayuda militar. Además, tanto Fernando como España prometieron recuperar Maguncia para su elector. Estas garantías persuadieron a otros príncipes eclesiásticos de no abandonar el barco imperial, aunque hiciese aguas, por el bote salvavidas francés.

El regreso de Wallenstein

Con Lorena, España y Francia incapaces de acudir al rescate de la Alemania católica, Baviera y otros principados vieron que no había otra alternativa que unirse al emperador y continuar la lucha. Todos eran conscientes de que esto solo sería posible si volvía Wallenstein. Muchos soldados imperiales habían perdido la confianza en Tilly y no querían seguir a sus órdenes. Fernando inició conversaciones con su antiguo general después de la caída de Fráncfort del Óder en abril de 1631. Las negociaciones se intensificaron en noviembre y corrieron paralelas a los contactos de Wallenstein con Arnim y a sus debates con Cristian IV encaminados a que Dinamarca se aliase con el emperador. [68] Fernando lo nombró «jefe» (*General Capo*) durante tres meses el 15 de diciembre, y mantuvo una renegociación continua mientras la situación seguía deteriorándose. Una vez que Maximiliano dio muestras de acuerdo, Fernando formalizó el convenio en Göllersdorf, al norte de Viena, el 13 de abril de 1632. La copia original se ha perdido, es probable que se destruyera junto con otros documentos que pudieran haber incriminado a Fernando tras el asesinato de Wallenstein, lo que nos obliga a reconstruir los términos a partir de varias versiones impresas cuasicontemporáneas. [69]

Además de un generoso salario y de la garantía de sus dominios,

Wallenstein se aseguró poderes sin restricciones y plenipotenciarios *in absolutissima forma* . Con esto se pretendía poner fin a la fricción con Viena, que Wallenstein pensaba que había llevado a su cese. Fernando lo aceptó porque pensaba que Wallenstein era el único hombre que podía subsanar la situación. Aunque algunos afirman que el tratado hacía de Wallenstein un dictador, permaneció subordinado al emperador, cuya aprobación era necesaria para que la firma de cualquier tratado fuese vinculante. Wallenstein podía dar ahora patentes para levantar tropas y nombrar coroneles, pero todos los ascensos de oficiales de alta graduación quedaban sujetos a que el emperador los aprobase. Se le permitió beneficiarse de los recursos de las tierras hereditarias de los Habsburgo, pero no resulta sorprendente dado que los imperiales habían sido expulsados del resto de Alemania. El nuevo nombramiento de Wallenstein aumentó la autoridad de Fernando al poner fin a la estructura dual de mando concedida a Maximiliano en 1630. La muerte de Tilly el 30 de abril de 1632 eliminó cualquier otra dificultad potencial sobre qué general era de mayor graduación. Maximiliano asumió el mando de sus propias tropas en Baviera asesorado por Aldringen, mientras que Pappenheim obtuvo al fin un mando independiente sin interferencias sobre las guarniciones imperiales y de la Liga dispersas en el noroeste de Alemania.

A pesar de sus nuevos poderes, Wallenstein continuaba aislado. La muerte de su suegro, el conde Harrach, y la dimisión de Eggenberg lo privaron de sus principales apoyos en Viena. Algunos de sus anteriores colaboradores ya no estaban, o bien se habían pasado al otro bando, como Arnim, o se hallaban incapacitados, como Conti, enfermo terminal de tuberculosis. Se apoyó mucho en Gallas y Aldringen, a los que ascendió en diciembre de 1631. Otros subordinados fueron reclutados de entre los coroneles existentes, en particular Bönninghausen, un miembro de la nobleza menor de Westfalia que destacaba por su habilidad para levantar caballería, y el barón Götz, un luterano de Luneburgo que desertó de los restos del ejército de Mansfeld en 1626 y que fue ascendido a general en 1633. El coronel Hendrik Holk había abandonado Dinamarca en marzo de 1630 y ya había conseguido el empleo de mariscal de campo imperial en diciembre de 1632. Todos estos hombres eran competentes y experimentados. Sin embargo, resulta sorprendente que Wallenstein favoreciese ahora a su cuñado Adam Erdmann Trčka, que ascendió de coronel a general en solo dos años. También ascendió a Cristian Ilow, un adulador de la baja nobleza de Brandeburgo cuyas maneras chismosas y excitables había despreciado con anterioridad, y que ahora se

veía ascendido y convertido en su principal subordinado tras la muerte de Holk en septiembre de 1633.

La bastante veloz reconstrucción del ejército imperial a partir de diciembre de 1631 se vio favorecida por la presencia de hombres desempleados por las reducciones llevadas a cabo el año anterior, además de la llegada de reclutas de las tierras de los Habsburgo deseosos de alistarse por solo la mitad de la prima de enganche anterior. [70] Los regimientos eran, en general, más pequeños que los de la década de 1620, en parte por necesidad, pero también como reflejo del nuevo pensamiento táctico que favorecía unidades de entre quinientos y mil hombres en lugar de los tercios de mayor tamaño. La infantería se desplegaba ahora de siete a diez hileras en fondo, lo que era aproximadamente la mitad de la profundidad anterior, con el fin de maximizar su potencia de fuego, reducir su vulnerabilidad al fuego de la artillería y mejorar el mando y control de la tropa. Tanto la infantería de la Liga como la imperial estaban adiestradas para disparar en salvas, e iban acompañadas de cañones regimentales al modo sueco. Se pretendía que los regimientos de caballería tuviesen mil efectivos, pero, a menudo, anduvieron por debajo de esa cifra. En el campo de batalla se agrupaban en escuadrones de entre cien y cuatrocientos hombres, en el que los jinetes sin experiencia eran más dados a formar unidades de mayor tamaño, mientras que los veteranos se desplegaban en menor número. Los escuadrones formaban en cuatro o cinco filas, como los neerlandeses, lo que suponía todavía una fila más que los suecos. La experiencia continuaba siendo el factor decisivo en el campo de batalla y la caballería imperial que huyó en Lützen (1632) y en Hessisch-Oldendorf (1633) lo hizo porque estaba compuesta por tropas bisoñas, no porque su organización o despliegue fuesen inferiores a los de los suecos.

CÉNIT

La expansión y regionalización de la guerra

La guerra entró entonces en su fase más destructiva y ambos contendientes desplegaron alrededor de cien mil hombres cada uno. La campaña de 1632 marcó el cenit del poder sueco en Alemania y fue la más exigente de toda la guerra, ya que Gustavo Adolfo pretendía consolidar su imperio. Se libraron cinco grandes batallas campales: la de Bamberg, la de Lech, Steinau, Alte

Veste y Lützen, además de numerosos enfrentamientos menores. La localización de estas acciones indica la gran dimensión del conflicto, pero también su creciente carácter regional, que dictaba la geografía física y política del Imperio. Las dificultades logísticas de concentrar un gran número de tropas en un lugar se añadieron a la dependencia de los suecos y del emperador hacia los aliados alemanes para dispersar a los ejércitos rivales por todo el imperio, lo que estableció un patrón estratégico que persistió, con algunas modificaciones importantes, hasta 1648.

Llegados a este punto, cada bando desplegaba varios ejércitos de maniobra de forma simultánea, lo que contribuyó a la frecuencia con que tuvieron lugar grandes batallas. A medida que decreció el total de tropas, a partir de 1635 cayó también el número de ejércitos en campaña, al principio a dos por bando, y más tarde, en 1647, a uno por bando. Las operaciones regionales persistieron porque la rápida extensión de las hostilidades en 1631 y 1632 dejó guarniciones de los distintos beligerantes por todo el Imperio. Estos puestos avanzados, a menudo reforzados con varios regimientos, llevaron a cabo sus propios enfrentamientos a nivel local en pos del dominio regional contra sus rivales. Sobrevivieron mediante la imposición de contribuciones en las áreas de los alrededores, lo que originó el surgimiento de lo que los contemporáneos denominaron «guerra pequeña», incursiones y sitios encaminados a obtener más recursos y apropiarse de más territorio enemigo. Las guarniciones proporcionaban bases para los ejércitos principales en caso de que necesitasen operar en una región determinada. La infantería podía emplearse como refuerzo temporal y la artillería se traía de grandes fortalezas para formar el tren de sitio. Más tarde, en especial desde 1638, a medida que las fuerzas en campaña se reducían, se podían improvisar ejércitos a partir de retales con la infantería de las guarniciones, nuevos reclutas y cualesquiera regimientos que hubiese disponibles.

El principal esfuerzo imperial se concentraba en la defensa de las posesiones hereditarias del emperador contra los ataques suecos y sajones. Este continuó siendo el principal teatro de operaciones imperial, aparte de una recuperación temporal entre 1634 y 1638, cuando el ejército principal se dirigió al Rin y a continuación al Elba. La capacidad del comandante en jefe imperial de enviar ayuda a cualquier lugar dependía de la seguridad de Bohemia y Silesia, más aún cuando estas proporcionaban buena parte del dinero que sostenía a los imperiales. El principal ejército de la Liga se redujo a regimientos bávaros que defendían su propio territorio y que se internaban

en Franconia y Suabia cuando era posible. El resto de las unidades de la Liga se concentraron en Westfalia. Algunas fueron desplegadas al oeste del Rin, a fin de protegerlo de posibles incursiones neerlandesas, mientras que el grueso, que ascendía a unos 10 000 hombres a principios de 1632, se encontraba disperso en posiciones situadas al este e incluía a los imperiales que defendían Wolfenbüttel.

Los de Westfalia se enfrentaban a más de 50 000 hombres levantados por los colaboradores de Gustavo Adolfo en Baja Sajonia y Hesse, cuya rivalidad mutua los dividió en seis cuerpos con agendas divergentes. Gustavo Adolfo empeoró las cosas al tratar de dirigir las operaciones mediante correos y luego llamar a 20 000 soldados a que se reuniesen con él en Franconia a mediados de año. Pappenheim llevó a cabo una brillante campaña, en la que se valió de la difusión del rumor de que avanzaba con 10 000 hombres en vez de los 3000 que pudo sacar de sus guarniciones. En una apresurada marcha hacia el este en enero rescató a los 3500 hombres que resistían en Magdeburgo, retiró los mejores cañones, arrojó el resto al Elba, voló las fortificaciones y escapó a Wolfenbüttel entre la niebla. Tras haber sorprendido a los suecos y hessianos en Höxter en marzo, repitió el golpe al evacuar a la guarnición de Stade. A continuación, pasó el verano desplegando anillos alrededor de sus oponentes, que no lograron combinarse para hacer frente a sus tropas. [71]

Las unidades imperiales que permanecían en el sudoeste de Alemania pasaron a la, ahora autónoma, administración tirolesa en Innsbruck. Unas pocas guarniciones aisladas le disputaron el control de Alsacia a un ejército mucho mayor de los condes renanos que operaba desde Maguncia. El resto se aferró a las rutas estratégicas de los alrededores de la Selva Negra. Una fuerte guarnición guardaba el puente sobre el Rin en Breisach y protegía la menos defendible capital provincial de Friburgo. Otros destacamentos constituían las guarniciones de las cuatro Poblaciones del Bosque (*Waldstädte*) de Rheinfelden, Laufenburg, Sächingen y Waldshut, que controlaban el curso alto del Rin entre Basilea y el lago Constanza. Este era el único camino factible desde Alsacia por la linde sur de la Selva Negra, donde se dividía la ruta. Un ramal partía hacia el nordeste en dirección a las fuentes altas del Danubio alrededor del enclave de Tuttlingen, perteneciente a Wurtemberg y, a continuación, a Baviera. Esta ruta se hallaba dominada por el inexpugnable castillo ducal de Hohentwiel, que se alzaba de un volcán extinto a 263 metros de altura sobre la llanura circundante. El otro ramal se dirigía hacia el este a

través de las poblaciones de Überlingen, Lindau y Radolfzell por la orilla norte del lago Constanza hasta el Bregenzer Klause, el paso que daba acceso al Tirol y a La Valtelina. El área comprendida entre el lago, el Danubio y la frontera bávara estaba tachonada de ciudades imperiales amuralladas, en especial Ravensberg, Kempten, Memmingen, Ulm y Augsburgo. El emperador rara vez pudo dedicar recursos de importancia a la defensa de estas posiciones, a pesar de su transcendencia estratégica, que creció con la intervención francesa de 1635. La defensa se dejó en gran medida en manos de la milicia local, en especial en Villingen y en la ciudad imperial de Rottweil, que guardaba la puerta trasera de Wurtemberg a través de la Selva Negra hasta Breisach.

Tras la muerte del archiduque Leopoldo en septiembre de 1632 las responsabilidades para con sus tierras austriacas y tirolesas pasaron a su viuda, la indomable princesa Claudia de Toscana, en calidad de regente del hijo de ambos. Era muy inteligente y llevó a cabo su propia estrategia diplomática y militar, a menudo, con poca ayuda de Viena. [72] Como en Westfalia, la defensa regional se veía favorecida por la desunión de sus oponentes. Wurtemberg hubiese preferido la neutralidad y continuó las conversaciones con los suabos católicos y con Baviera hasta mayo de 1632, cuando la presión sueca obligó al regente Julio Federico a firmar una alianza ofensiva. Gustavo Adolfo no solo restauró los monasterios perdidos en la restitución, sino que prometió a Wurtemberg el principado secular católico de Furstenberg con estatus de feudo sueco. Julio Federico no esperaba retener territorio adicional, pero vio estas ganancias temporales como bazas de negociación que intercambiar por la renuncia católica a la restitución. De igual forma que los güelfos, libraba su propia guerra, en gran medida sin apoyo sueco y con una vaga y limitada cooperación de su vecino Baden-Durlach al otro lado de la Selva Negra. Las fuerzas de Wurtemberg ascendían a unos 6200 hombres, pero eran sobre todo milicia y carecían de una artillería de sitio adecuada. Solo se lanzaron a la acción una vez que el pánico católico remitió. Aunque las poblaciones habían caído como fichas de dominó después de Breitenfeld, la población católica aprendió pronto que la rendición acarreaba consigo la expropiación, persecución y extorsión.

La nueva determinación se demostró en varios episodios después de que Horn rompiese la tregua con Baviera al atacar la ciudad de Bamberg el 10 de febrero. Abandonados por los soldados regulares de la Liga, los ciudadanos de Bamberg y la milicia resistieron durante nueve horas hasta quedarse sin

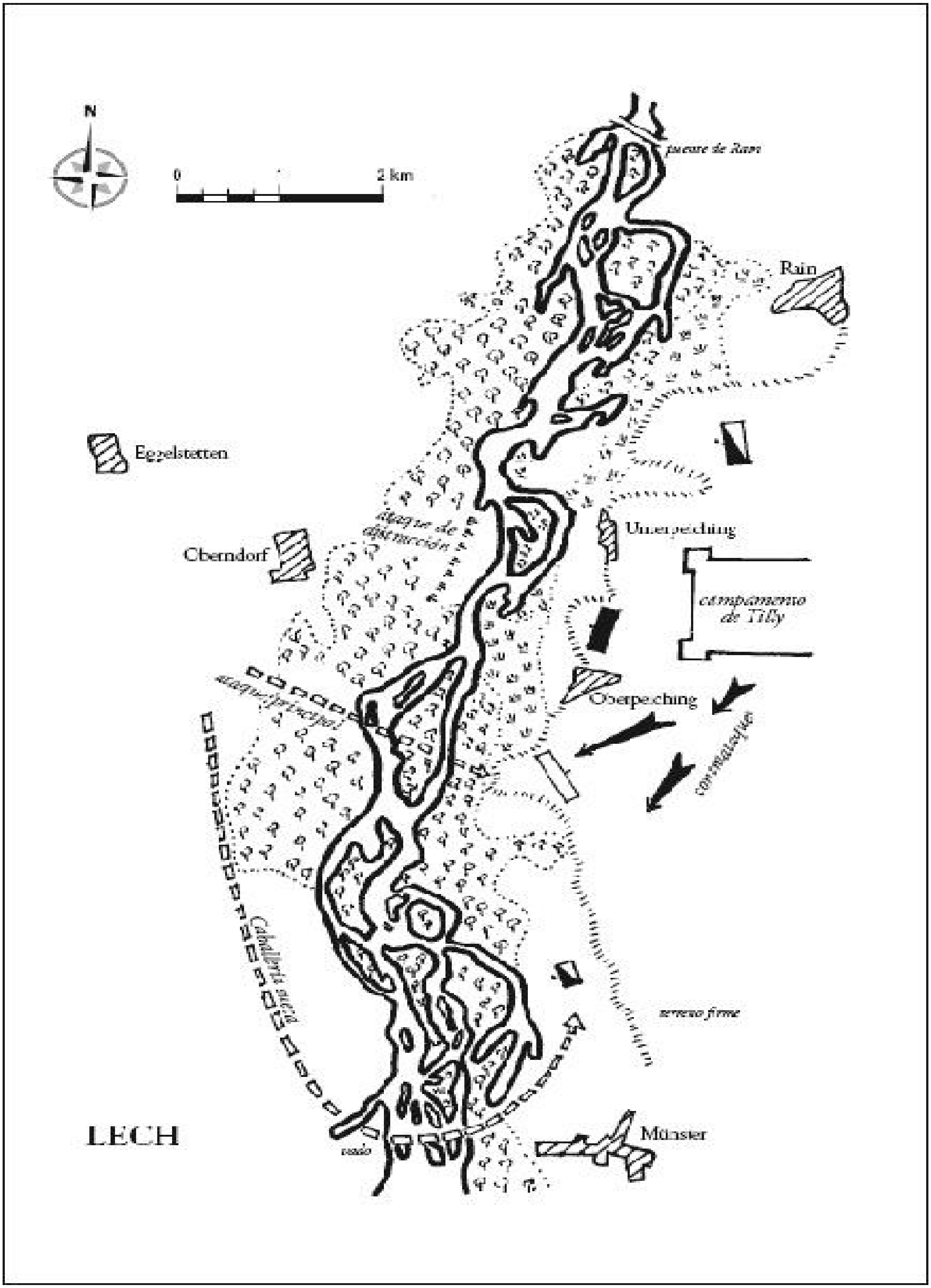
munición, a lo que siguió la rendición. De ser reforzada por unos pocos profesionales, la milicia podía desafiar incluso a fuerzas de gran tamaño. Pero, entonces, a pesar de mantener la capital, los suecos nunca tuvieron el control del resto de Bamberg debido a que las dos pequeñas poblaciones fortificadas de Kronach y Forchheim repelieron todos los intentos de ser tomadas en el transcurso de la guerra. Aunque Rottweil cayó en manos de Wurtemberg en enero de 1633, Villingen también resultó ser inexpugnable y los campesinos tiroleses repelieron el intento de Bernardo de Weimar de tomar el Bregenzer Klause, en julio de 1632.

Las batallas de Bamberg y del Lech

El ataque de Horn sobre Bamberg reanudó la guerra. Tilly recogió guarniciones del Alto Palatinado, llamó a 8000 hombres de la milicia bávara y avanzó hacia el norte desde Nördlingen con 22 000 hombres y sorprendió a Horn en la ciudad en la tarde del 9 de marzo. Solo había presentes dos regimientos suecos, mientras que el resto de los 12 000 hombres eran reclutas alemanes reunidos por los exiliados bohemios y por los nuevos colaboradores locales de Gustavo Adolfo. La vanguardia de la Liga tomó los puestos avanzados de caballería al sudeste de la ciudad. En su huída, los jinetes provocaron el pánico de los defensores que se hallaban en sus fortificaciones a medio terminar en el arrabal situado al este del río Regnitz. Los imperiales irrumpieron en el convento de Heiligengrab, donde la hermana Junius vio como un croata «mataba a un sueco de un tajo en nuestros terrenos […] mientras le partía la cabeza de atrás a delante y le dejaba una oreja colgando». [73] Los defensores fueron pronto arrollados, pero se desarrolló una feroz lucha en el puente que daba acceso a la parte principal de la ciudad por el oeste. Después de que dos de los regimientos de infantería de Horn tomasen el puente, Tilly emplazó dos cañones pesados en la terraza exterior de una cervecería con el objeto de disparar a través del río. El primer disparo dejó, en apariencia, herido de muerte al conde Solms-Laubach, un veterano de la Montaña Blanca. «El siguiente atravesó una casa y dos paredes de la siguiente donde dormía un niño en su cuna, sin provocarle ningún daño aparte de esparcirle un poco de polvo». El enfrentamiento continuó hasta la medianoche, cuando la retaguardia sueca abandonó la ciudad una vez hubo escapado el resto del ejército. Horn perdió un tercio de sus tropas, debido en gran parte a la deserción, y se retiró a Schweinfurt.

Tilly estaba demasiado débil para explotar su victoria y Gustavo Adolfo tenía que actuar para mantener el impulso de su éxito: Wurtemberg mostraba ya vacilación a la hora de firmar una alianza debido a la derrota de Horn. El rey marchó desde Maguncia y recogió a Horn y otras unidades con la intención de entrar en Núremberg, donde fue aclamado como el vengador «león de la medianoche» dos semanas más tarde, el 31 de marzo. En una semana había tomado Donauwörth, aunque el éxito quedó deslucido por la indiscriminada masacre de los soldados católicos rendidos y la bienvenida de los burgueses protestantes. [74] La posterior llegada de refuerzos elevó sus efectivos a 37 000 hombres y 72 cañones, suficientes para atacar Baviera.

Gustavo Adolfo se enfrentó al dilema plantando cara a todos los invasores. El Danubio dividía al electorado en dos, con solo unos pocos puentes en Ingolstadt, Kehlheim, la gran ciudad imperial


N
0
2 km
puente de Rain
Rain
Eggelstetten
Unterpeiching
Oberndorf
campamento de Tilly
Oberpeiching
terreno firme
Münster
LECH
vado

de Ratisbona, y finalmente en Straubing y Passau, más al este. No podía atacar a la vez al norte y al sur sin dividir su ejército, así que decidió invadir la parte sur, ya que allí se encontraba la rica capital de Múnich. Para ello necesitaba cruzar el Lech, que fluía desde las montañas de Alta Baviera hasta la frontera suaba para desembocar en el Danubio entre Donauwörth e Ingolstadt. El principal puente en Augsburgo aún continuaba defendido por 5000 bávaros, mientras que otros protegían el otro punto de cruce en Rain, donde el Lech desembocaba en el Danubio. Tilly y Aldringen se habían atrincherado junto a 21 000 hombres y 20 cañones en terreno firme al sur de Rain. El Lech se dividía en una serie de corrientes rápidas paralelas de entre sesenta y ochenta metros de anchura cada una. Las fuertes lluvias de primavera y el deshielo de la nieve de las montañas habían incrementado el caudal hasta alcanzar una profundidad de unos cuatro metros, mientras que la mayor parte de la orilla bávara se componía de zonas boscosas semisumergidas o de pantanos. Cruzar este obstáculo iba a ser uno de los grandes logros de Gustavo Adolfo.

La única ruta practicable se hallaba a cinco kilómetros al sur de Rain, donde había una isla separada de la orilla occidental por un profundo canal, pero desde donde era posible vadear hasta la orilla oriental. El 14 de abril, Gustavo Adolfo se desplegó en campo abierto justo en frente del campamento de Tilly y dio inicio a un bombardeo de artillería que sugería que trataría de cruzar por aquel lugar. Entre tanto, otras tropas maniobraron por el interior de los bosques que había frente a la isla y tendieron un puente sobre el canal. Los mosqueteros se concentraron en la isla a la mañana siguiente. Ocultos por una cortina de humo hecha mediante la combustión de paja mojada y pólvora, 334 finlandeses motivados por la promesa de una paga extra de cinco mensualidades, remaron hasta la orilla bávara. Las secciones prefabricadas de pontones fueron entonces arrojadas al agua y conectadas, lo que permitió al resto del ejército comenzar el cruce protegido por otras baterías de artillería ocultas en los bosques en la orilla occidental y en la isla.

Tilly despachó tropas tan pronto tuvo noticias del cruce y se produjo un feroz combate al sur del campamento de la Liga. Sin embargo, sin que lo supiese Tilly, dos mil soldados de élite de la caballería sueca habían vadeado el Lech dos kilómetros más al sur y llegaron cuando la lucha alcanzaba su clímax a las cuatro de la tarde. Aldringen quedó cegado por un momento a causa de una pequeña bala de cañón que le había rozado la cabeza, y el muslo

derecho de Tilly quedó destrozado por una bala de tres libras, que le hizo perder la consciencia y que le provocaría la muerte dos semanas más tarde. El mando volvió al bravo aunque inexperto elector bávaro, el cual ordenó la retirada. Ambos bandos habían perdido unos dos mil hombres, pero la retirada provocó la captura de otros mil soldados bávaros e imperiales. La derrota desmoralizó a la guarnición de Augsburgo, que aceptó una rendición honrosa y se marchó diez días más tarde. [75]

Maximiliano reforzó las guarniciones de Ingolstadt y Ratisbona y se retiró al norte del Danubio. El 3 de mayo, Gustavo Adolfo perdió casi tantos hombres como en el Lech en un fútil asalto a Ingolstadt. No podía continuar hacia el interior de Austria con Maximiliano situado en su flanco, así que devastó la mitad sur del electorado en un esfuerzo por obligar a Maximiliano a pedir la paz. Acompañado por Federico V, Gustavo Adolfo entró en Múnich el 17 de mayo, y permaneció allí diez días desenterrando los 119 cañones que habían sido sepultados por órdenes de Maximiliano y apoderándose de cualquier cosa que los bávaros no hubiesen conseguido llevarse a las montañas. Su asistencia a una misa católica no convenció a nadie de su tolerancia. Los campesinos católicos llevaron a cabo una dura guerrilla contra los invasores que se extendió al interior de Suabia y que pretendía evitar el pillaje sueco. [76] Maximiliano continuó desafiante. Gustavo Adolfo permaneció en los alrededores de Augsburgo hasta que obligó a Wurtemberg y a los demás suabos a unirse a él y, a continuación, marchó hacia el norte a través de Donauwörth con el objetivo de enfrentarse al nuevo ejército de Wallenstein.

Las batallas de Steinau y Alte Veste

Wallenstein había atraído, de nuevo, al ejército imperial, a unos 65 000 efectivos. A finales de abril, avanzó desde Znaim al interior de Bohemia con casi la mitad de esa cifra. La resistencia sajona colapsó. Los sajones y los exiliados bohemios se habían ganado la enemistad de los bohemios por sus pillajes, de modo que hasta los protestantes se alegraban de verlos cruzar de vuelta las montañas a mediados de junio. Wallenstein se decantó por no invadir Sajonia. Tras dejar tropas que protegiesen Bohemia y Silesia se dirigió hacia el oeste para unirse con Maximiliano en Eger el 1 de julio. Ambos hicieron un esfuerzo por llevarse bien. Maximiliano tuvo el cuidado de dar a Wallenstein el tratamiento de duque de Mecklemburgo, y le prestó

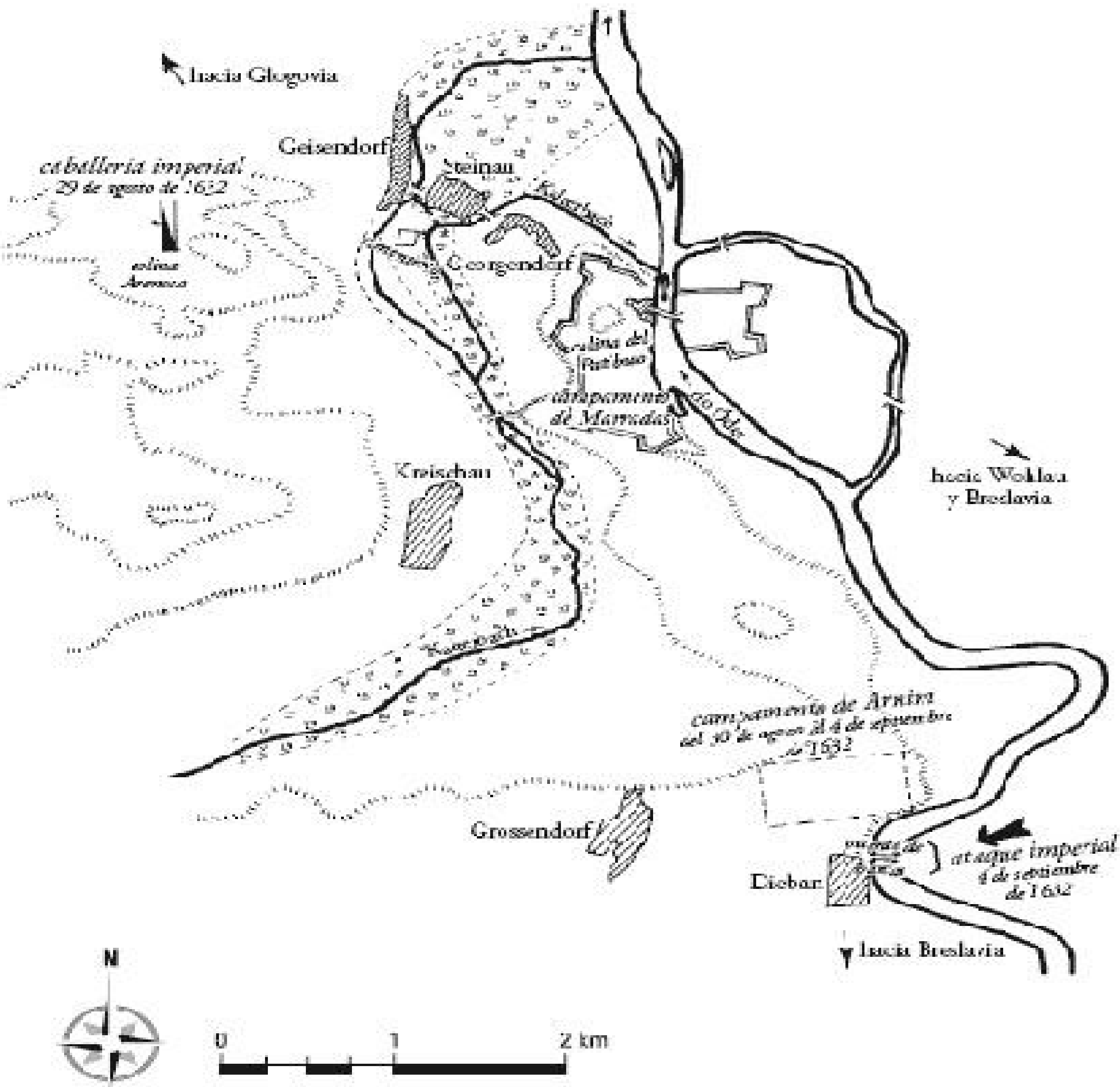
300 000 florines para que comprase provisiones.

Gustavo Adolfo había dejado que Juan Jorge luchase solo. Sabía que el elector estaba todavía en negociaciones con Wallenstein y temía que este pudiese abandonar la causa. Se dirigió hacia el norte y se atrincheró en Núremberg el 16 de junio cuando supo que ya había destacamentos imperiales en marcha que trataban de interceptarlo. Hubiera sido más seguro dirigirse hacia el noroeste hasta Wurzburgo y así estar más cerca de sus otros ejércitos en Baja Sajonia y Renania, pero Gustavo Adolfo no se podía permitir perder una ciudad protestante tan prominente como Núremberg. Reclutó a seis mil campesinos para excavar una enorme zanja alrededor de la ciudad y emplazar trescientos cañones sacados del arsenal de la misma. La caballería quedó fuera para garantizar las comunicaciones mientras Gustavo Adolfo aguardaba a que se uniesen a él sus otros ejércitos.

Tras llegar el 17 de julio, Wallenstein decidió no repetir el error de Tilly en Werben y se resolvió a rendir por hambre a los suecos en vez de atacar sus posiciones fortificadas. Construyó su propio campamento al oeste de la ciudad, en Zirndorf, que tenía un diámetro de unos dieciséis kilómetros y que implicó la tala de 13 000 árboles y el desplazamiento del equivalente a 21 000 camiones modernos de tierra. [77] Las guarniciones imperiales de Fürth, Forchheim y otras poblaciones dominaban los caminos a Núremberg, y la caballería patrullaba la campiña. Gustavo Adolfo estaba atrapado. Tenía 18 000 soldados pero se enfrentaba a unos problemas logísticos infranqueables, ya que a los 40 000 habitantes de la ciudad había que sumar los 100 000 refugiados. Los imperiales quemaron todos los molinos que había fuera de las posiciones fortificadas y los defensores vieron pronto sus raciones reducidas a la mitad.

Al inicio, la situación fue mucho mejor en el campamento de Wallenstein, ya que recibió provisiones de lugares tan remotos como Bohemia y Austria. Sin embargo, las cosas empeoraron con las altas temperaturas de agosto. La concentración de 55 000 soldados y unos 50 000 acompañantes del ejército producía no menos de cuatro toneladas diarias de excrementos humanos, a lo que había que añadir los desperdicios de los 45 000 caballos de guerra y de los trenes de bagaje. El campamento estaba infestado de ratas y moscas, que extendían la enfermedad. Wallenstein se había convertido en una víctima de su propia estrategia y, a mediados de agosto, su ejército dejó de estar plenamente

STEINAU (1632)



operativo después de que los suecos capturasen un convoy de suministros. Fue incapaz de interceptar a una fuerza de socorro de 24 000 hombres y 3000 carros de provisiones que había enviado Oxenstierna para que se unieran a Gustavo Adolfo.

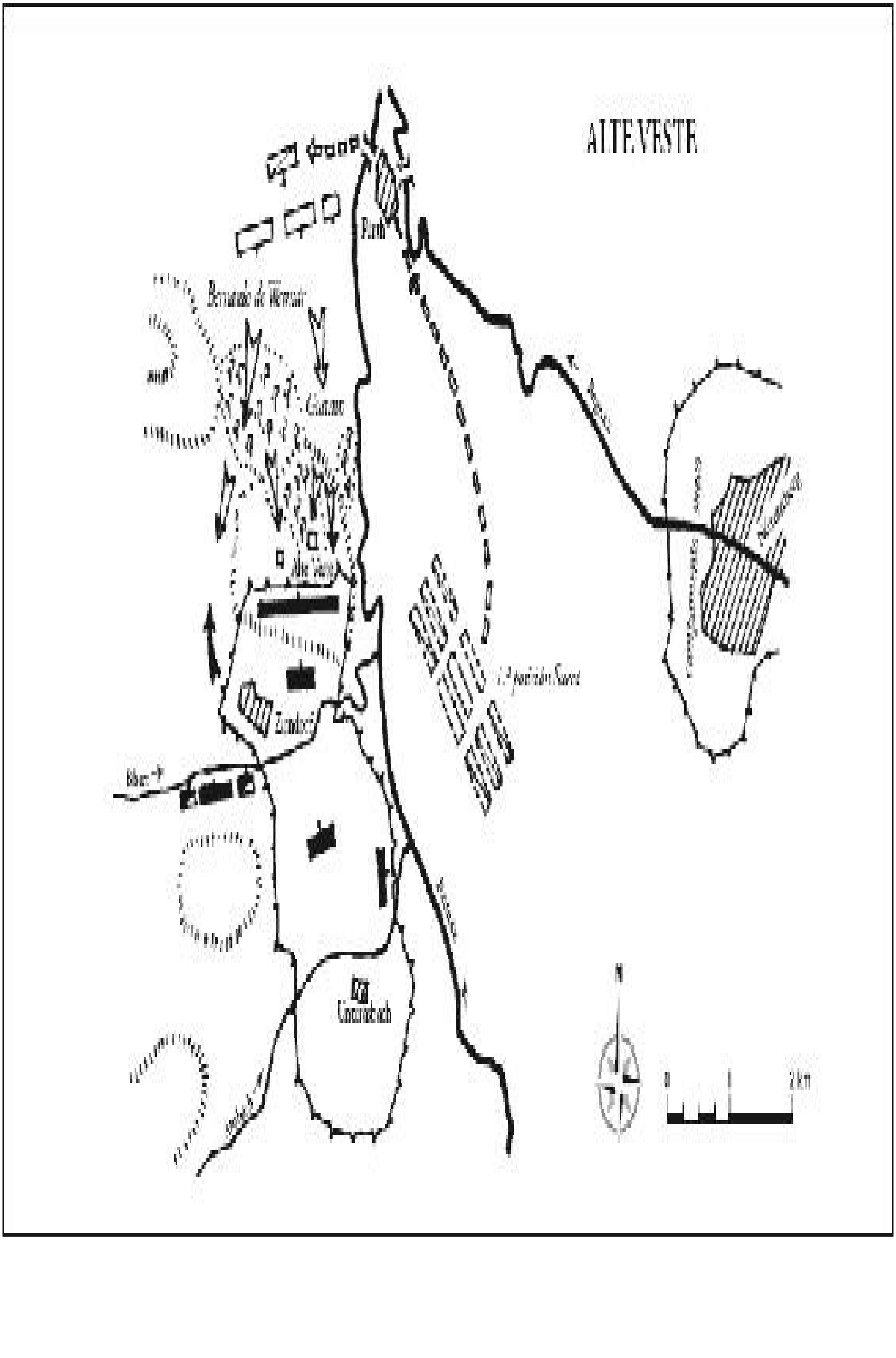
Mientras se incrementaba la tensión en Franconia, Juan Jorge trataba de mejorar su posición negociadora con el envío de Arnim para que invadiera Silesia. La hagiografía que rodea a la figura de Gustavo Adolfo ha ensombrecido estos acontecimientos que involucraron a importantes contingentes de tropas y que son muy reveladores de la tensión en el seno de la alianza sueca. Arnim tenía 12 000 sajones, además de 3000 brandeburgueses y 7000 suecos. Estos últimos se hallaban bajo el mando de Jacob Duwall, nacido MacDougall en Escocia, que había servido a Suecia desde 1607, levantado dos regimientos alemanes que formaban el grueso de su cuerpo y cuya presencia debía garantizar que Arnim continuaba siendo leal. [78] Duwall era un hombre de una energía considerable pero, como muchos oficiales profesionales, había caído en el alcoholismo.

Se enviaron refuerzos imperiales desde Bohemia para unirse a las guarniciones silesias a las órdenes del veterano Marradas, el cual reunió 20 000 hombres en Steinau, un importante punto de cruce del Óder entre Glogovia y Breslavia. Se atrincheró en la colina del Patíbulo, al sudeste de Steinau, entre esta y el río, y apostó la caballería en la colina Arenosa, al oeste de la localidad, con el fin de observar la aproximación. Los mosqueteros ocuparon el arrabal de Geisendorf al oeste y cerca del camposanto. La vanguardia, a las órdenes del intrépido Duwall, llegó a mediodía del 29 de agosto y de inmediato entabló combate con la caballería imperial. Tras dos horas de escaramuza, los imperiales se retiraron al pantanoso valle de Kalterbach, al sur de Steinau. La artillería sajona acababa de llegar a la colina Arenosa y obligó a la caballería a retirarse aún más hacia el campamento de Marradas, lo que dejó expuestos a los mosqueteros. El hermano menor de Duwall se puso al frente de los mil mosqueteros suecos y brandeburgueses que asaltaron el arrabal y el cementerio. Los imperiales prendieron fuego a la población para prevenir cualquier ataque ulterior, lo que la dejó casi destruida. Duwall quería continuar pero Arnim se negó. Apenas si se hablaban, y Duwall estaba convencido de que Arnim se hallaba todavía en negociaciones con el enemigo en la colina del Patíbulo.

En vez de asaltar el campamento al día siguiente, Arnim marchó hacia el sur hasta Dieban, corriente arriba, donde construyó un puente con la

pretensión de cruzar y dejar aislado a Marradas desde el otro lado. Marradas atacó Dieban demasiado tarde, fue repelido el día 4 de septiembre, y tuvo que retirarse, tras dejar un pequeño destacamento en el puente de Steinau con el objeto de retrasar la persecución. Las bajas aliadas fueron ligeras, pero los imperiales perdieron seis mil hombres, en su mayoría prisioneros o soldados que huyeron durante el enfrentamiento inicial. Las pérdidas indican el continuo mal estado de las secciones que componían el ejército imperial, en especial cuando eran dirigidas con vacilación. Arnim continuó adelante y tomó Breslavia y Schweidnitz, donde suspendió las medidas de reintroducción del catolicismo. Los imperiales fueron obligados a retroceder hasta las montañas. Arnim había conquistado Silesia con menos tropas y ante mayores dificultades de lo que lo había hecho Federico II de Prusia en su célebre invasión de 1740.

Wallenstein decidió castigar a Sajonia y ordenó a Holk que partiese de Forchheim con diez mil hombres para acometer la invasión de la región de Vogtland, que formaba la esquina sudoeste del territorio de Juan Jorge. Mientras Holk iniciaba un saqueo sistemático a fin de intimidar al elector, Gustavo Adolfo se veía cada vez más presionado a salir de Núremberg. Los refuerzos enviados por Oxenstierna llegaron el 27 de agosto, lo que le hizo disponer así del mayor ejército que tuviese nunca bajo su mando: 28 000 infantes, 17 000 caballos y 175 piezas de artillería de campaña. Las enfermedades y el destacamento de Holk habían reducido las fuerzas de Wallenstein a 31 000 infantes y 12 000 caballos. Las perspectivas no estaban todavía a favor de Gustavo Adolfo, sobre todo si se considera que Wallenstein se hallaba atrincherado en un terreno elevado sobre el río Rednitz a unos seis kilómetros del campamento de Gustavo Adolfo. El río impedía un ataque desde el este, mientras que los laterales más despejados hacia el sur y el oeste eran los más alejados de Gustavo Adolfo, lo que hacía que fuese más difícil llegar allí sin exponer su flanco. Esto solo dejaba al norte, defendido por las unidades de la Liga a las órdenes de Aldringen y que era el lugar más fuerte y de más altura de todo el puesto. Las posiciones fortificadas estaban cubiertas con abatís, el equivalente del siglo XVII de las alambradas de espino de la Primera Guerra Mundial, hechas con estacas afiladas, obtenidas mediante la tala y poda de árboles, que apuntaban hacia el enemigo. El castillo en ruinas que daba su nombre a la posición (Alte Veste) constituía una posición fortificada adicional.


ALTE VESTE

Sorprenderlos era imposible. Las intenciones de Gustavo Adolfo quedaron al descubierto una vez que tomó Fürth, con la pretensión de cruzar el Rednitz, en la madrugada del 1 al 2 de septiembre. Hay indicios de que Gustavo Adolfo solo atacó porque pensó que Wallenstein se estaba retirando, aunque es muy posible que esto se difundiese con el único propósito de excusar la debacle. [79] . El rey planeó fijar a Wallenstein con fuego de artillería desde la orilla oriental del Rednitz mientras él y Guillermo de Weimar atacaban a Aldringen, y Bernardo de Weimar se abría camino dando un rodeo con la intención de atacar el más débil lado occidental. Un bombardeo preliminar no logró silenciar a la artillería imperial. Gustavo Adolfo continuó adelante a pesar de todo, y envió a su infantería por la boscosa ladera norte en las primeras horas del 3 de septiembre. Una lluvia fina había hecho que el terreno estuviese resbaladizo y resultó imposible subir los cañones regimentales con la paulatina intensificación de los aguaceros a lo largo del día. El asalto se reanudó en repetidas ocasiones durante la noche, pero solo se lograron tomar algunos elementos fortificados en el lateral occidental. Gustavo Adolfo se dio por vencido. Se retiró cubierto por su caballería tras haber sufrido unos 1000 muertos y 1400 heridos graves. Al general Johan Banér, sus heridas lo dejaron incapacitado para lo que restaba de año. Y lo que es peor, la desmoralización impulsó a 11 000 hombres a desertar. En total, murieron unas 29 000 personas en el campamento de Gustavo Adolfo durante el prolongado punto muerto, y las pérdidas de animales hicieron que solo dispusiese de 4000 jinetes montados al final del mismo.

Incapaz de permanecer en Núremberg, Gustavo Adolfo se marchó el día 15 de septiembre. Esperó una semana en Windsheim, al oeste, antes de decidir que Wallenstein ya no suponía una amenaza inmediata y marchar hacia el sur con la intención de pasar el invierno en Suabia. Wallenstein había perdido menos de mil hombres pero su ejército estaba enfermo. Habían muerto tantos caballos que tuvieron que abandonar mil carros de suministros cuando incendió su campamento el 21 de septiembre. Se dirigió al norte y conquistó el resto de Franconia y Turingia, mientras Gallas marchaba por el nordeste de Bohemia a fin de reforzar a los incursores de Holk en su presión a Sajonia. Los imperiales ocuparon Meissen y despacharon a los croatas hacia Dresde con el mensaje de que Juan Jorge ya no iba a necesitar velas en sus banquetes puesto que los imperiales le proporcionarían ahora luz con el incendio de las poblaciones sajonas.

Maximiliano y Wallenstein se separaron en Coburgo a mediados de

octubre. El elector estuvo de acuerdo en que Pappenheim y la fuerza de maniobra de la Liga se uniesen a Wallenstein desde Westfalia a cambio de Aldringen y la cesión de catorce regimientos imperiales que reforzasen el contingente bávaro. El acuerdo no resultó satisfactorio y la acritud resultante evidenció la continua tensión entre Maximiliano y el emperador. Wallenstein se quejó de que Pappenheim no llegaba con la suficiente rapidez e hizo hincapié en que tuvo que enviar las órdenes varias veces antes de que el general pusiese fin a su mando independiente y se dirigiese a Sajonia. [80] Maximiliano se ofendió con Aldringen al ver que aún obedecía órdenes de Wallenstein, el cual ya había llamado de vuelta a algunos regimientos a finales de noviembre. Maximiliano regresó al sur para proteger Baviera, mientras Wallenstein marchaba hacia el nordeste al interior de Sajonia y ordenaba que cesasen los saqueos, ya que tenía la intención de pasar el invierno en el electorado.

La batalla de Lützen

Gustavo Adolfo se dio cuenta de su error. Wallenstein no solo amenazaba a su principal aliado, sino que además ponía en peligro las comunicaciones con la cabeza de puente báltica. En contra del consejo de Oxenstierna, se dirigió a marchas forzadas hacia el norte, cubriendo 650 kilómetros en diecisiete días al coste de 4000 caballos. Durante el trayecto se cruzó con Maximiliano, que iba en dirección contraria. Los ejércitos estuvieron a solo veinticinco kilómetros de distancia, aunque sin ser conscientes el uno de la presencia del otro. El principal ejército sajón se hallaba aún con Arnim en Silesia. Juan Jorge tan solo disponía de cuatro mil hombres, además de dos mil hombres de Luneburgo a las órdenes del duque Jorge que seguían a Pappenheim a través de Baja Sajonia. Leipzig se rindió por segunda vez a los imperiales y su comandante fue ejecutado por el furioso elector que, a continuación, hizo pagar a su viuda los costes del consejo de guerra. [81]

Pappenheim se unió a Wallenstein el 7 de noviembre, mientras los sajones se retiraban a Torgau y Gustavo Adolfo descansaba en Érfurt tras su larga marcha. En ese momento, hacía ya mucho frío. Wallenstein dispersó a sus tropas para que buscaran comida y envió al coronel Von Hatzfeldt con 2500 hombres a vigilar Torgau. Pappenheim se mostraba impaciente y quería regresar a Westfalia, donde se sabía que los suecos se estaban apoderando de sus guarniciones. Enfermo de gota, Wallenstein carecía de la energía

suficiente para discutir y lo dejó marchar con 5800 hombres. Gallas, por su parte, recibió órdenes de que acudiera desde la frontera bohemia para sustituirlo, pero pasaría algún tiempo antes de que llegase.

Gustavo Adolfo se había desplazado al este bajando el Saale, donde tomó Naumburgo el 10 de noviembre. Decidió forzar una batalla con la esperanza de que otro Breitenfeld restaurase su reputación, maltrecha desde Alte Veste. A medida que se aproximaba a los imperiales supo por los campesinos lo débil que era Wallenstein y aceleró la marcha a fin de sorprenderlo. El general Rodolfo de Colloredo, que mandaba un destacamento de dragones y croatas, lo bloqueó el 15 de noviembre en el cenagoso riachuelo Rippach, al este de Weissenfels, y lo retrasó durante cuatro horas. Ya era demasiado tarde para la batalla, así que Gustavo Adolfo se vio obligado a acampar para pasar la noche. [82]

Wallenstein abandonó su retirada a Leipzig cuando le llegaron las noticias de Colloredo y se detuvo en Lützen, a veinte escasos kilómetros de su destino final. Solo tenía 8550 infantes, 3800 caballos y 20 cañones pesados. Su derecha estaba protegida por el cenagoso riachuelo Muhlgraben. El trayecto que va de Weissenfels a Leipzig lo cruzaba en Lützen, una población de 300 casas y un viejo castillo rodeado de un lienzo de muralla. Wallenstein adivinó de modo correcto que Gustavo Adolfo no trataría de realizar otro asalto frontal, sino que cruzaría más al sudeste con el objeto de flanquearlo. En consecuencia, se desplegó de inmediato al nordeste de la población en paralelo al camino. Los mosqueteros pasaron la noche en el ensanche de las cunetas a ambos lados del camino, mientras Holk supervisaba el despliegue del ejército principal con candiles encendidos que guiaban a las unidades a sus posiciones predeterminadas. Cuatrocientos mosqueteros fueron apostados en Lützen a fin de asegurar la derecha, y se emplazaron trece cañones en la pequeña elevación de la colina del Molino de Viento, justo al norte de la población. Alrededor de la mitad de la caballería formó detrás y el resto en la izquierda. La infantería formó en el centro en dos líneas, con otros siete cañones a su izquierda y 420 mosqueteros alineados delante en las cunetas. No había caballería suficiente para cubrir el hueco entre el ala izquierda y el arroyo Flossgraben, que cortaba el camino más allá de la posición de Wallenstein. Los 600 croatas de Isolano fueron apostados como una pantalla a lo largo de este hueco con los acompañantes del ejército y el bagaje, concentrados en la retaguardia mientras enarbolaban sábanas como si fuesen banderas para crear la impresión de que había poderosas fuerzas detrás. Se

esperaba que aguardasen allí hasta que los sustituyese Pappenheim, el cual había sido convocado la madrugada anterior.

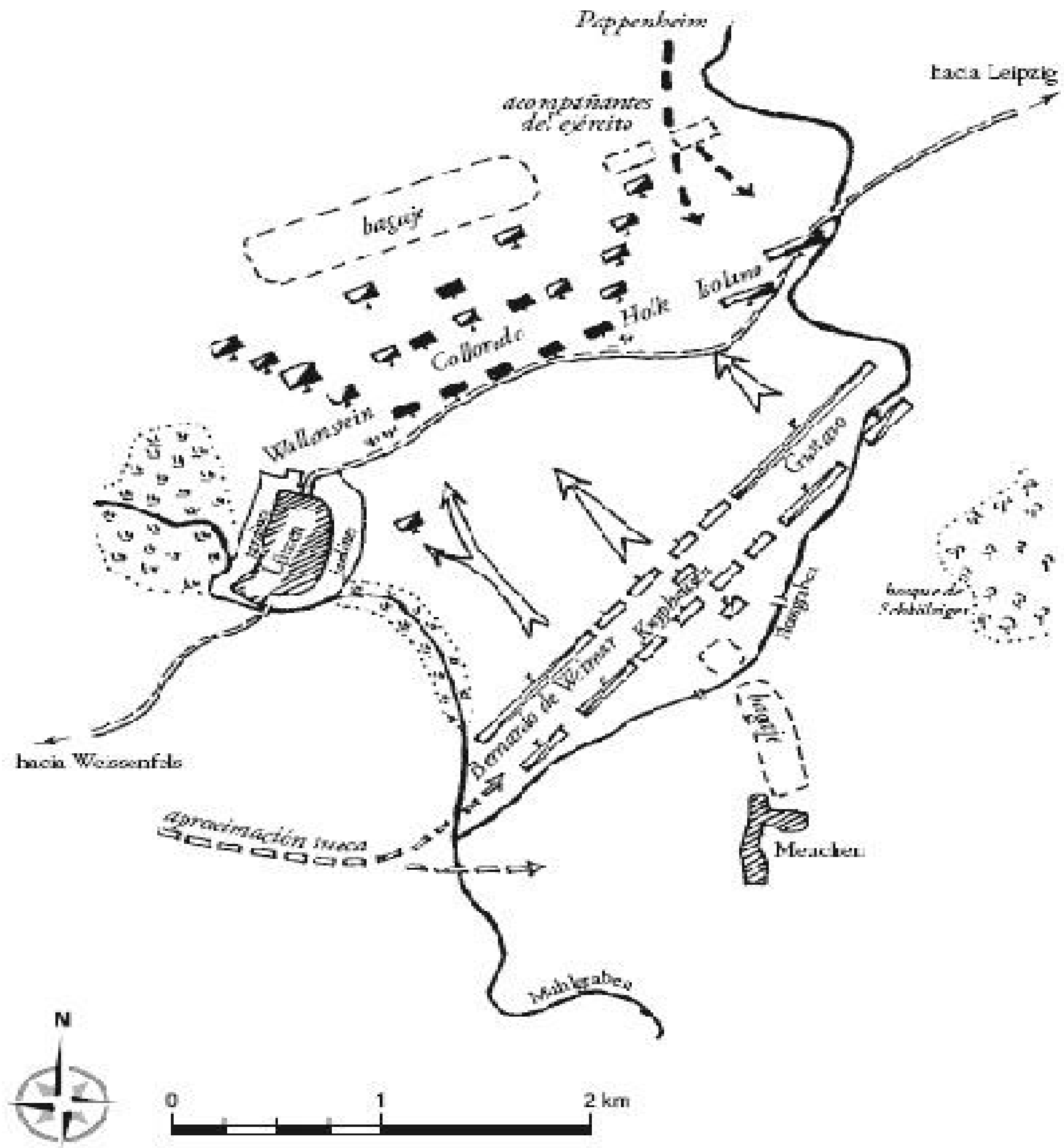
Juan Jorge se negó a enviar refuerzos desde Torgau, pero Gustavo Adolfo tenía casi 13 000 infantes, 6200 caballos y 20 cañones pesados, lo que lo hacía permanecer confiado. El ejército se desplegó a primeras horas del 16 de noviembre, en mitad de una densa niebla a unos 3000 metros al oeste, a fin de escuchar la inspiradora arenga de su rey. Como Wallenstein predijo, Gustavo Adolfo avanzó hacia al este a través del Muhlgraben y luego hacia el norte sobre el Flossgraben con el objeto de desplegarse alrededor de las diez de la mañana frente a él. La acción comenzó después de que la niebla se levantase un poco casi una hora más tarde, cuando los suecos efectuaron un avance general hacia las posiciones imperiales. Gustavo Adolfo empleó su habitual despliegue en dos líneas, con la caballería en los flancos reforzada por destacamentos de mosqueteros. La mejor infantería se hallaba en la primera línea y el rey se puso al mando de la mayor parte de la caballería sueca y finlandesa en la derecha, mientras que Bernardo de Weimar dirigía a los 3000 jinetes, en su mayoría alemanes, del ala izquierda.

Los croatas no tardaron en dispersarse, lo que provocó que las supuestas tropas que hacían de señuelo en la retaguardia se diesen a la fuga. Sin embargo, Gustavo Adolfo se vio contenido por los mosqueteros ocultos en la cuneta. Los informes ampliamente difundidos que decían que Wallenstein se pasó el día transportado en una litera son fruto de la propaganda sueca. A pesar del dolor que le causaba la gota, montó en su caballo y llevó a cabo una enérgica defensa. Lützen fue incendiada para impedir que los suecos entrasen y envolviesen su flanco. El viento llevó la humareda contra los enemigos y, como en Breitenfeld, enseguida fue imposible ver lo que sucedía. Los hombres de Bernardo de Weimar no lograron tomar ni Lützen ni la colina del Molino de Viento. La verdadera oportunidad se hallaba en el otro flanco, donde Gustavo Adolfo tenía más espacio para tratar de flanquear el extremo de la línea imperial. Wallenstein mandó caballería de su ala derecha con el fin de contener el avance del rey.

Pappenheim llegó poco después del mediodía con 2300 caballos, tras haber cabalgado treinta y cinco kilómetros durante la madrugada. Su llegada alentó a los croatas a regresar y juntos hicieron retroceder a los suecos al otro lado del camino. La veterana infantería sueca también sufrió muchas bajas y comenzó a replegarse tras su fracaso a la hora de romper el centro imperial. La escolta de Guillermo de Weimar huyó y aterrorizó al personal del bagaje

sueco, que también se dio a la fuga. Varias unidades imperiales se habían roto también y

LÜTZEN



Pappenheim
hacia Leipzig
acompañantes
del ejército
bagaje
Holk
kolona
Colloredo
Wallenstein
Gustavo
Bernardo de Weimar
Kniphausen
Lützen
hacia Weissenfels
aproximación sueca
Meuchen
Mühlgraben
N
0
1
2 km

ambos ejércitos comenzaban a perder cohesión. Pappenheim había caído muerto a causa de los disparos en los primeros estadios de este ataque; la orden de Wallenstein que lo conminaba a acudir se retiró, después, de su cadáver, impregnada de sangre. La batalla se desintegró en ataques aislados llevados a cabo por diversas unidades.

Parece que Gustavo Adolfo se perdió cuando cabalgaba en busca de su maltrecha infantería para reagruparla y recibió un disparo, efectuado probablemente por un cabo de la infantería imperial. Su séquito trató de ponerlo a salvo, pero volvió a meterse en la confusa melé de caballería que aún combatía a la derecha entre el humo y volvió a recibir otro disparo, esta vez efectuado por el teniente Mauricio Falkenberg, un pariente católico del defensor de Magdeburgo, que a su vez fue abatido por el caballerizo mayor sueco. [83] El disparo fatal quemó la cara de Francisco Alberto de Lauenburgo, quien acompañaba al rey en calidad de voluntario. Este, al ser atacado, no pudo sostener por más tiempo al rey sobre su silla de montar y el monarca cayó muerto a tierra. Los suecos nunca perdonaron al duque por abandonar el cuerpo de su monarca, el cual fue, más tarde, apuñalado y desvalijado por los saqueadores. Los rumores de la muerte del rey se sumaron al creciente abatimiento en las filas suecas. Knyphausen, que mandaba la infantería, insistió en que Gustavo Adolfo solo estaba herido y el capellán real, Jacob Fabricius, organizó un canto de salmos para elevar la moral. Ajeno a lo que había sucedido, Bernardo continuó con sus infructuosos ataques sobre Lützen.

La lucha amainó alrededor de las tres de la tarde. Knyphausen aconsejó la retirada, pero Bernardo, al tanto ahora de la situación, urgió a realizar otro asalto que por fin se hizo con la colina del Molino de Viento. El fuego cesó dos horas más tarde, ya anochecido. Los tres mil infantes de Pappenheim llegaron una hora más tarde. Wallenstein estaba exhausto y horrorizado por la pérdida de no menos de tres mil hombres entre muertos y heridos, incluidos muchos oficiales superiores. Decidió retirarse y abandonó su artillería y a otros 1160 heridos, que fueron dejados en Leipzig mientras él se replegaba al interior de Bohemia. Los suecos perdieron seis mil hombres y estaban también casi a punto de retirarse cuando un prisionero les reveló que los imperiales ya se habían ido.

La disparidad de las pérdidas, magnificada por la presencia de Gustavo Adolfo entre los muertos, alimentó la controversia sobre quién había obtenido en realidad la victoria. La propaganda protestante y la presencia continua de

Gustavo Adolfo en los planes de estudios de los profesores universitarios han asegurado que Lützen sea generalmente aclamada como «una gran victoria sueca». [84] Wallenstein demostró unas dotes de general muy superiores, mientras que Gustavo Adolfo se valió de un poco imaginativo asalto frontal con superioridad numérica. Los suecos pudieron reclamar la victoria porque Wallenstein perdió los nervios y se retiró y, en gran medida, debido a que no tuvo la certeza hasta el 25 de noviembre de que Gustavo Adolfo había muerto. Es muy probable que Wallenstein lamentara ese error. De lo que no cabe duda es de que descargó su furia sobre las unidades que se habían dado a la fuga durante la batalla e insistió en ejecutar a once hombres, aunque también distribuyó primas entre los heridos y recompensó con generosidad a aquellos que se distinguieron, como Holk y Octavio Piccolomini.

La verdadera importancia de Lützen recae en la muerte de Gustavo Adolfo. Los suecos continuaron la lucha y en enero ayudaron a los sajones a expulsar de su electorado a los imperiales que quedaban. Pero su objetivo había cambiado y Oxenstierna buscó, aunque con poco éxito, sacar a su país del conflicto en las mejores condiciones posibles.

NOTAS

1. Había otros trece mil soldados de tropas de guarnición en las poblaciones pomeranas, Glete, J.: *War and the State in Early Modern Europe…* , 34-35, 179-180. Ver también Lorentzen, T., 8-12; Erickson, L.: «The Swedish army and navy during the Thirty Years War», I, 301-307. Este último resume la literatura sueca y es una buena fuente para conocer el tamaño del ejército durante toda la guerra.

2. *Vid.* Ruffer, H. y Zickermann, K.: «German reactions to the Scots in the Holy Roman Empire during the Thirty Years War», 271-293. Ver también Pleiss, D. H.: «Finnen und Lappen in Stift und Stadt Osnabrück 1633-1643», 41-94, en 46-49 y su «Finnische Musketiere in fränkischen Garnisonen 1631-1634», 1-52, en especial 6-7.

3. William Guthrie tiene razón al poner una nota de cautela en su evaluación de las tácticas suecas, en *Battles of the Thirty Years War* , 14.

4. *Vid.* Heilmann, J.: *Das Kriegswesen der Kaiserlichen und Schweden zur Zeit des Dreißigjährigen Krieges* , 64-67, 286-288.

5. *Vid.* Roberts, M.: *Essays in Swedish History* , 72-74. En lo relativo a cartografía ver Gäfvert, B.: «Maps and war: the Swedish experience during the Thirty Years War», I, 309-317.

6. *Vid.* Roberts, M.: *Gustavus Adolphus* , II, 409. Ver también Ringmar, E., 113-118; Findeisen, J. P.: *Axel Oxenstierna. Architekt der schwedischen Großmacht-Ära und Sieger des Dreißigjährigen Krieges* , 141-150; Goetze, S. S., 53-59.

7. *Vid.* Findeisen, J. P.: *Axel Oxenstierna. Architekt der schwedischen Großmacht-Ära und Sieger des Dreißigjährigen Krieges* , 198. La versión inglesa del manifiesto está publicada en Symcox, G. (ed.): *War, Diplomacy, and Imperialism, 1618-1763* , 102-113.

8. En relación a estos intentos ver Rieck, A., 265-273.

9. Cita extraída de Ernst, J.: «Ein gleichzeitiger Bericht über das württembergische Kriegsvolk vor der österreichischen Stadt Villingen vom Jahre 1631 bis 1633», 129-137, en 130. Ver también Piirmäe, P.: «Just war in theory and practice. The legitimation of Swedish intervention in the Thirty Years War», 499-523.

10. Las medidas suecas para asegurar las invitaciones incluían también el subsidio de periódicos antiimperiales y el soborno de pastores para que diesen sermones incendiarios, en Böttcher, D.: «Propaganda und öffentliche Meinung im protestantischen Deutschland 1628-1636», 325-367, en 327-331. Ver también Roberts, M.: *Gustavus Adolphus* , II, 432-434.

11. *Vid.* Goetze, S. S., 240-257. Ver también Stolleis, M., I, 203-207.

12. *Vid.* Meumann, M.: «Die schwedische Herrschaft in den Stiftern Magdeburg und Halberstadt», 241-269, en 264-267.

13. Cita extraída de Ringmar, E., 130. D. P.: *Richelieu, Weidenfeld and Nicolson* , 250-257; Burckhardt, C. T., II, 364-368; Albrecht, D.: *Maximilian I. von Bayern 1573-1651* , 647-661, 719-730. C., 83-90.

14. *Vid.* Hallendorff, C., 438-442. Para las negociaciones, ver O›Connell,

15. Cita extraída de Jessen, H., 242. Para amenazas similares, ver Deinert,

16. Cita extraída de Nischan, B.: «Brandenburg’s Reformed Räte and the Leipzig Manifesto of 1631», 365-380, en la 375. Para una lista de territorios que asistieron a la convención, ver Watts, W.: *The Swedish*

Intelligencer , I, 19a.

17. *Vid.* Kaufmann, T.: «The Lutheran sermon during the war and at the time of the peace agreement», 245-250, en especial 248.

18. *Vid.* Guthrie, W. P.: *Battles of the Thirty Years War* , 2. Para profundizar, ver Kaiser, M.: *Politik und Kriegführung. Maximilian von Bayern, Tilly und die Katholische Liga im Dreißigjährigen Krieg* , 362-372.

19. *Vid.* Keim, W.: «Landgraf Wilhelm V. von Hessen-Kassel vom Regierungsantritt 1627 bis zum Abschluss des Bündnisses mit Gustav Adolf 1631», 141-222, en 146-204. Ver también Schott, T.: «Württemberg und Gustav Adolf, 1631 und 1632», 343-402, en 349-351.

20. *Vid.* Lohmann, K., 48-63.

21. *Vid.* Kaiser, M.: *Politik und Kriegführung. Maximilian von Bayern, Tilly und die Katholische Liga im Dreißigjährigen Krieg* , 313-315, 328-333. Esta obra es la que mejor trata los acontecimientos diplomáticos y militares de 1631. Para las operaciones suecas, ver también Swedish General Staff: *Sveriges Krig 1611-1632* , vols. V y VI.

22. *Vid.* Monro, R., 148-151. Los suecos mataron a la mayoría de los imperiales enfermos que quedaron en la ciudad cuando se retiró Tilly.

23. *Ibid.* , 159-169. Ver también Watts, W.: *The Swedish Intelligencer* , I, 51a-54a.

24. Además de los testimonios (incluido el de Guericke) publicados en K. Lohmann, verlos también en Neubauer, E.: *Magdeburgs Zerstörung 1631* ; Ackermann, J.

25. *Vid.* Lahrkamp, H.: «Die Kriegserinnerung des Grafen Gronsfeld (1598-1662)», 77-104, en 93. Zacharias Bandhauer que, como superintendente del monasterio católico, estaba en el interior de la ciudad, dice que Pappenheim había ordenado que se incendiase la casa con la intención de crear una cortina de humo para que sus hombres pudiesen saltar la muralla, mientras que el capitán Ackermann del regimiento de Pappenheim afirma que se incendiaron dos casas para alentar a los burgueses que todavía resistían a abandonar las murallas e ir a sofocar las llamas.

26. Sobre Bandhauer, en Lohmann, K., 170-171.

27. El testimonio de Friedrich Friese en Lohmann, K., 197-213. Para tratar la

. violencia y su recepción, ver Schilling, M.: «Der Zerstörung Magdeburgs in der zeitgenössichen Literatur und Publizistik», 93-111; Medik, H., 23-48; Kaiser, M.: «"Excidium Magdeburgense". Beobachtungen zur Wahrnehmung von Gewalt im Dreißigjährigen Krieg», 43-64, y su «Die "Magdeburgische Hochzeit" 1631», 196-213. Ver también las contribuciones de Pühle, H.

28. *Vid.* Kreztschmar, J.: «Die Allianz-Verhandlungen Gustav Adolfs mit Kurbrandenburg in Mai und Juni 1631», 341-382. Ver también Buckley, V., 51-53. Jorge Guillermo mantuvo Küstrin y tres mil hombres a las órdenes del coronel Burgsdorff.

29. *Vid.* Kaiser, M.: *Politik und Kriegführung. Maximilian von Bayern, Tilly und die Katholische Liga im Dreißigjährigen Krieg* , 388-396. Ver también Zizelmann, S., 126-131; Albrecht, D.: *Maximilian I. von Bayern 1573-1651* , 768-790.

30. *Vid.* Frisch, M., 166-168.

31. *Vid.* Monro, R., 189.

32. *Vid.* Guthrie, W. P.: *Battles of the Thirty Years War* , 23, se hace eco de la vieja historia de que Tilly se mostraba reacio y que se vio obligado a entrar en batalla por Pappenheim, el cual estaba convencido de que los sajones eran chusma y los suecos débiles. No obstante, la predisposición de Tilly resulta evidente en su correspondencia con Maximiliano. Ver Kaiser, M.: *Politik und Kriegführung. Maximilian von Bayern, Tilly und die Katholische Liga im Dreißigjährigen Krieg* , 447-454. Se pueden encontrar útiles testimonios contemporáneos de la batalla, en Monro, R., 190-198; Barker, T. M. *The Military Intellectual and Battle. Raimondo Montecuccoli and the Thirty Years War* , 174-181; Watts, W.: *The Swedish Discipline* , s. p.

33. *Vid.* Ackermann, J., 18.

34. *Vid.* Parker, G. *The Military Revolution: Military Innovation and the Rise of the West 1500-1800* , 23.

35. *Vid.* Beller, E. A.: «The mission of Sir Thomas Roe to the conference at Hamburg 1638-1640», 61-77, en especial 61. Ver también Paas, J. R.: «The changing image of Gustavus Adolphus on German broadsheets, 1630-1633», 205-244; Böttcher, D.: «Propaganda und öffentliche Meinung im protestantischen Deutschland 1628-1636», 345-356. Para

profundizar, ver Ringmar, E., 156-164.

36. *Vid.* Engerisser, P., 22-25. Algunos testimonios contemporáneos del bando sueco confirman la masacre y se pueden encontrar en Monro, R., 207-209; Watts, W.: *The Swedish Intelligencer* , II, 13a-16a.

37. *Vid.* Schuster, O y Francke, F. A., I, 25-46. Ver también Jany, C., I, 67-73.

38. Buena parte de la documentación que ha pervivido está publicada en Irmer, G., 1888-1891.

39. Como ha argumentado Ernstberger, A.: «Wallensteins Heeressabotage und die Breitenfelder Schlacht», 41-72. Ver también Pekar, J., 77-180; Watson, F., 321-322, 327-329.

40. La redistribución propuesta de títulos electorales se puede encontrar en la correspondencia de Guillermo V a Gustavo Adolfo, del 5 de marzo de 1632, en Irmer, G., I, 124-133. Gustavo Adolfo prometió lo siguiente: Münnster, Paderborn, Höxter, Corvey, Fulda, el enclave de Eichsfeld, perteneciente a Maguncia, y algunas partes del electorado de Colonia. Ver Tacke, C.: «Die Eindringen Hessen-Kassels in die Westfälische Stifter», 175-187.

41. Isabel a Carlos I, el 17 de octubre de 1631, en Baker, L. M., 81-82. Ver también Sharpe, K., 70-97.

42. *Vid.* Rubenstein, H. L. Ver también Weiss, E., 108-116.

43. Cita extraída de Goetze, S. S., 78, 219-220.

44. *Vid.* Müller, H. D., 155-166. Ver también Kahlenberg, F. P., 104-116.

45. La política religiosa de Suecia la aborda desde una perspectiva protestante Deinert, C., 112-128, 146-150, y desde una perspectiva católica Weber, R., 64-81. Se pueden consultar más ejemplos en Kleinehagenbrock, F., 47-52, 271; Rieck, A., 204-215; Hock, B. J., 59-87; Roeck, B.: *Als wollt die Welt schier brechen. Eine Stadt im Zeitalter des Dreißigjährigen Krieges* , 244-262; Müller, H. D., 167-183.

46. *Vid.* Krüger, K.: «Dänische und schwedische Kriegsfinanzierung im Dreißigjährigen Krieg bis 1635». Ver también Lundkvist, S.: «Schwedische Kriegsfinanzierung 1630-1635», 298-323.

47. *Vid.* Roeck, B.: *Als wollt die Welt schier brechen. Eine Stadt im Zeitalter des Dreißigjährigen Krieges* , 256-257. Más ejemplos en Findeisen, J. P.:

Axel Oxenstierna. Architekt der schwedischen Großmacht-Ära und Sieger des Dreißigjährigen Krieges , 213-214, 223; Lorentzen, T., 23-24. Para profundizar, ver Müller, H. D., 132-134, 153-156; Dobras, W.: «Die kurfürstliche Stadt bis zum Ende des Dreißigjährigen Krieges (1642-1648)», 227-263, en 259-261.

48 . *Vid.* Monro, R., 206-207. Ver también Kopp, W., 43.

49 . *Vid.* Lindegren, J.: «The politics of expansion in seventeenth- century Sweden», 169-194.

50 . Los detalles de los acuerdos se pueden encontrar en Droysen, G.: «Die niedersächsischen Kreisstände während des schwedisch-deutschen Krieges 1631 und 1632», 362-383, en 366-377. Ver también Findeisen, J. P.: *Axel Oxenstierna. Architekt der schwedischen Großmacht-Ära und Sieger des Dreißigjährigen Krieges* , 166-167, 180-181.

51 . *Vid.* Rieck, A., 229-252. Ver también Langer, H.: *Stralsund 1600-1630* , 250-251.

52 . *Vid.* Schumm, K.: «Die Hohenlohische Herrschaft über Ellwangen 1633/34», 102-135.

53 . Las inscripciones romanas empleaban la «v» en lugar de la «u». Para profundizar, ver Duchhardt, H.: *Protestantisches Kaisertum und Altes Reich* , 151-162. Ver también Goetze, S. S., 77-88; Roberts, M.: *Essays in Swedish History* , 85-105.

54 . *Vid.* Watts, W.: *The Swedish Intelligencer* , II, 24b.

55 . *Vid.* Böhme, E., 263-267. Ver también Magen, F., 408-460.

56 . *Vid.* Rieck, A., 280-283. Ver también Müller, H. D., 150-152.

57 . El intento de Günter Barudio de exonerar al rey basándose en sus afirmaciones públicas y de presentarlo como defensor de la libertad es poco convincente dado el carácter imperial de sus acciones, lo que se puede encontrar en su obra *Gustav Adolf der Große. Eine politische Biographie* , 492-502.

58 . *Vid.* Sticht, E.

59 . *Vid.* Junius, M. A.: «Bamberg im Schweden-Kriege», 1-168, sobre todo en 18. Para más evidencias sobre el creciente pánico, ver Friesenegger, M., 14-17; Schindler, N.: «Krieg und Frieden und die "Ordnung der Geschlechter". Das Tagebuch der Maria Magdalena Haidenbucherin

(1609-1650)», 393-452; Henggeler, R.: «Die Flüchtlingshilfe der schweizerischen Benediktinerklöster zur Zeit des Dreißigjährigen Krieges», 196-221.

60. *Vid.* Albrecht, D.: *Maximilian I. von Bayern 1573-1651* , 790-792. Ver también Müller, H. D., 48-50; Frohnweiler, K. H.: «Die Friedenspolitik Landgraf Georg II von Hessen-Darmstadt in den Jahren 1630-1635», 1-185, en especial 30-88.

61. Urbano envió 223 000 florines a la Liga y 570 000 florines al emperador. Todos los pagos cesaron a partir de la batalla de Nördlingen (1634) y el papado dejó de proporcionar ayuda en todo lo que restó de guerra.

62. *Vid.* Babel, R. Ver también Martin, P.; Dethan, G., 83-106; Prawdin, M.

63. *Vid.* Elliott, J. H.: *The Count-Duke of Olivares* , 379-381, 434, 473-474.

64. *Vid.* O'Connell, D. P.: *Richelieu, Weidenfeld and Nicolson* , 244-249. Ver también Burckhardt, C. T., II, 76-90.

65. No los dos mil hombres que afirma Monro: ver Müller, H. D., 44, 52. Para las negociaciones con España, ver Bartz, C., 73-77, 148-149, 161-162; Ernst, H., 18-54.

66. *Vid.* Weber, H.: *Frankreich, Kurtrier, der Rhein und das Reich* . Para profundizar más, ver Weber, R., 98-120; Müller, H. D., 75-78; Albrecht, D.: *Die Auswärtige Politik Maximilians von Bayern 1618-1635* , 320-343.

67. La tregua se acordó el 20 de enero de 1632. Texto en Watts, W.: *The Swedish Intelligencer* , II, 39a-41b.

68. Más detalles en Polišenský, J. & Kollmann, J., 226-238. Ver también Suvanto, P.: *Wallenstein und seine Anhänger am Wiener Hof zur Zeit des zweiten Generalats 1631-1634* , 97-107, 123-137.

69. *Ibid.* , 138-162. Es probable que los textos se encuentren en Lorenz, G. (ed.): *Quellen zur Geschichte Wallensteins* , 228-239.

70. *Vid.* Krebs, J.: *Aus dem Leben des kaiserlichen Feldmarschalls Grafen Melchior von Hatzfeldt 1632-1636* , 3-13.

71. *Vid.* Lahrkamp, H.: «Lothar Dietrich Frhr. von Bönninghausen», 239-366, en 259-267. Ver también Droysen, G.: «Das Aufreten Pappenheims in Norddeutschland nach der Schlacht bei Breitenfeld», 401-428, 601-622.

72. Hay alguna información en Schennach, M.: «Das Verhältnis zwischen

. Tiroler Landbevölkerung und Militär von 1600 bis 1650», 41-78.

73. Esta cita y la siguiente están extraídas de Junius, M. A.: «Bamberg im Schweden-Kriege», 56, 60-61. Más detalles en Engerisser, P., 46-50; Reichenau, W., 39-42.

74. *Vid.* Monro, R., 244.

75. Para la batalla, ver Watts, W.: *The Swedish Intelligencer* , II, 79a-84a; Reichenau, W., 44-49; Engerisser, P., 57-60.

76. Los testimonios contemporáneos que relatan los saqueos y las represalias del campesinado se pueden encontrar en Monro, R., 254-256. Ver también Friesenegger, M., 17-28.

77. *Vid.* Mahr, H.: «Strategie und Logistik bei Wallensteins Blockade der Reichsstadt Nürnberg im Sommer 1632», 29-53, en especial 35.

78. A Duwall con frecuencia se le identifica, aunque es inexacto, como irlandés o francés. Para profundizar más, ver Taeglichbeck, F., 2-30; Schubert, H., 62-64, 153-154. Me gustaría expresar mi agradecimiento a Ralph Morrison por encontrar una copia del libro de Schubert en la biblioteca de Breslavia.

79. Sugerido por el protestante Monro, R., 278. Un buen testimonio de la batalla se halla en Engerisser, P., 108-116.

80. *Vid.* Droysen, G.: «Der Krieg in Norddeutschland von 1632», 245-255, 289-312, 376-400, en 391-397. Ver también Albrecht, D.: *Maximilian I. von Bayern 1573-1651* , 838-840.

81. *Vid.* Rudert, O.: «Der Verat von Leipzig»,, 68-87.

82. Para un testimonio ilustrado y excelente de la inminente batalla, ver Brzezinski, R. La bibliografía antigua la ha revisado Seidler, J.: «Khevenhüllers Bericht über die Schlacht bei Lützen 1632», 33-50. Los útiles testimonios de testigos presenciales incluyen, para los suecos, la carta del coronel Johann Dalbier que se encuentra en The National Archives, London, SP81/39 part 2, f° 250-253. Para los imperiales, ver los informes de Wallenstein y Holk en Lorenz, G. (ed.): *Quellen zur Geschichte Wallensteins* , 251-256, y el testimonio del oficial bávaro Augustin Fritsch, en Lohmann, K., 254-256.

83. *Vid.* Ritter von Srbik, H.: «Zur Schlacht von Lützen und zu Gustav Adolfs Tod», 231-256 que descarta la vieja creencia de que fue el mayor

Pier Martelini el que efectuó el disparo fatal.

84 . *Vid.* Dupuy, T. N., 147.

---

* N. del T.: del finlandés *hakkaa päälle.*

CAPÍTULO 2

Sin Gustavo Adolfo, 1633-1634

LA LIGA DE HEILBRONN

Estabilización de la Corona sueca

El Gobierno sueco presentó la muerte de su monarca como una emergencia nacional y animó a la población a cerrar filas y a asegurar un resultado satisfactorio de la guerra. El material destinado a la opinión pública extranjera lo describía muriendo por la Causa Protestante y buscaba perpetuar su memoria como un recordatorio a los alemanes del sacrificio que había hecho Suecia por ellos. La paz no se contempló, ya que el Gobierno temía que se interpretasen las negociaciones como un signo de debilidad que apuntase a que el poder sueco había descansado únicamente en el rey. [1]

Gustavo Adolfo dejaba una hija de ocho años, Cristina, y una constitución que no preveía que pudiese haber un gobierno sin un rey. Su viuda, María Leonor, fue incapaz de ejercer el poder. Perturbada por las noticias, se encerró con su hija en sus aposentos y cerró las ventanas. Cuando el cuerpo embalsamado de su marido llegó por fin a Nyköping en agosto de 1633 ordenó que el ataúd quedase abierto para que pudiese ir a verlo todos los días. Oxenstierna logró que el cadáver fuese sepultado en la iglesia de Riddarholmen en Estocolmo diez meses más tarde, pero tuvo que apostar

guardias después de que ella tratase de desenterrarlo. Este dolor sugiere algún tipo de desequilibrio mental, aunque también podría haberse tratado de un intento de posponer su inevitable pérdida de influencia, ya que el control de Cristina era el único activo que le quedaba a María Leonor. Oxenstierna, al final, liberó a Cristina de los melancólicos aposentos de su madre cuando desterró a la reina a la isla de Gripsholm en 1636. Cuatro años más tarde, huyó disfrazada a Dinamarca y pasó siete años de miseria en Brandeburgo antes de que su hija consintiera en verla de nuevo. [2]

El vacío político fue ocupado con diez consejeros de estado que asumieron la responsabilidad de la regencia hasta que Cristina fuese declarada mayor de edad en 1644. El Riksdag ratificó estos acuerdos a primeros de 1633 y fueron confirmados por reformas constitucionales redactadas por Oxenstierna el año siguiente. Los regentes, en su mayoría aristócratas, no eran una piña en derredor de Oxenstierna pero todos reconocieron que era imprescindible y fue confirmado como gran canciller de Suecia y legado en Alemania en enero de 1633. Recibió amplios poderes, pero «allí donde el rey se hubiese limitado a ordenar, el canciller debía persuadir y convencer». [3] Continuó siendo la cabeza visible y dirigiendo la política en gran medida por iniciativa propia, ya que las cartas tardaban más de un mes en llegarle desde Estocolmo. Mantuvo relaciones cordiales con la precoz Cristina, la cual, en un principio, lo admiraba, pero que pronto comenzó a resentirse de su tutela. Se mantuvo firme tras su mayoría de edad y apoyó de modo notable a aquellos consejeros más inclinados a hacer concesiones para obtener la paz. Sin embargo, para entonces, la política sueca se había asentado con firmeza y había poco que ella pudiese hacer para cambiarla, además de que existían escasos indicios de que, en realidad, quisiese hacerlo. Sus simpatías culturales francófilas y su interés por el catolicismo la inclinaron hacia el principal aliado de Suecia. Su delicado estado de salud y su renuencia a contraer matrimonio resultaron más preocupantes, ya que dejaban abierta la cuestión de la sucesión y alimentaban las esperanzas polacas de recuperar la corona.

La cuestión del mando

Si el frente doméstico resultó ser poco problemático, Oxenstierna se enfrentaba a dificultades mucho mayores en Alemania, donde la prioridad principal era asegurar la lealtad del ejército. Servir en el Ejército sueco continuaba siendo atractivo gracias al prestigio asociado a las victorias de

Gustavo Adolfo, y oficiales competentes continuaron solicitando el ingreso en el mismo después de su muerte, pero había pocos generales nativos con experiencia y reputación suficientes como para ser respetados. Oxenstierna fue el primero en reconocer que él no podía liderarlo, ya que sus capacidades como estratega eran muy inferiores a las que poseía como hombre de estado y que carecía del carisma personal necesario para mantener la autoridad en el campo de batalla. Su opción preferida fue su yerno, Gustav Horn, él mismo consejero de estado desde 1625. Horn era un comandante cauto, incapaz de imponerse a los demás. Johan Banér, de carácter más enérgico, tenía que ponerse a prueba todavía y solo llegó a lo más alto después de que Horn fuese capturado en 1634. La estrella en alza de Gustavo Adolfo, el general de la artillería Lennart Torstensson, había sido capturado en Alte Veste. Aunque fue liberado en un intercambio de prisioneros, en 1633, su salud se había deteriorado a causa de las pobres condiciones en la prisión de Ingolstadt y no estuvo en disposición de regresar al servicio activo hasta 1635.

Aun en el caso de que hubiese habido un sueco disponible, es poco probable que Oxenstierna hubiera podido imponérselo a los generales alemanes. Nunca tuvo la intención de dar el mando a Juan Jorge de Sajonia, de quien Oxenstierna desconfiaba y a quien detestaba tildándolo de «borracho insignificante». [4] Guillermo de Weimar era el siguiente en el escalafón como segundo oficial al mando de Gustavo Adolfo, pero este había dejado el ejército después de Alte Veste alegando mala salud para ocultar su decepción por no haber obtenido ninguna de las tierras conquistadas. Tras haberse excluido de forma efectiva de la primera posición trató de recuperar influencia mediante la organización de su propio ejército como gobernador sueco de Érfurt. Sin embargo, ya le había eclipsado su ambicioso hermano menor Bernardo, quien se convirtió en el principal problema de Oxenstierna. Los historiadores alemanes del siglo XIX han trazado distintas interpretaciones de Bernardo, al que presentan como una alternativa protestante nacional tanto al emperador como a los suecos. [5] Con un coraje y entusiasmo propios se ganó la lealtad de sus hombres, que acabaron siendo conocidos como «bernardinos». Podía efectuar movimientos audaces y repentinos que desconcertaban a sus oponentes, aunque a menudo acababan siendo cercanos al desastre. También cambiaba de opinión con frecuencia y malgastaba el tiempo en marchas en diferentes direcciones con poco efecto. Esto, y su posterior defección a Francia en 1635, lo convirtió en una figura controvertida, pero fue su ambición política la que causó las mayores

dificultades. Como benjamín de los hermanos Weimar (que eran once), se resintió de su posición respecto a sus hermanos mayores. Las disposiciones de su padre de 1605, que les confiaba el gobierno a todos en conjunto, dejaban poco margen a Bernardo para actuar como un príncipe imperial pleno. Estaba determinado a que Suecia lo recompensase con su propio principado e insistió en ser nombrado comandante.

Oxenstierna era muy consciente de las ambiciones de Bernardo y se esforzó por evitar un compromiso firme que complicase de modo inevitable su misión de persuadir al emperador y a otros príncipes de que aceptaran las demandas territoriales de la propia Suecia. La situación era precaria, porque la «propiedad» del ejército no estaba del todo clara. Los oficiales alemanes habían levantado regimientos en virtud de contratos firmados con Gustavo Adolfo. Su muerte suscitó dudas sobre la continuación de sus obligaciones para con Suecia y además se les adeudaba una cantidad considerable en pagas atrasadas. Existía el peligro de que Juan Jorge convenciese a los alemanes de que sus opciones pasaban por unirse a Fernando a cambio de una amnistía y de concesiones menores.

El asunto fue debatido por un comité especial en Viena que informó el 28 de enero de 1633 de la condena de las políticas de restitución. Tanto Maximiliano von Trauttmansdorff como Stralendorf y Wallenstein urgieron a hacer la paz, pero Fernando no había aprendido las lecciones de los dos años anteriores y vio el resurgir de la situación militar como una oportunidad para volver a la línea dura. Sin embargo, la muerte de su rival sueco permitió a Cristian IV de Dinamarca reanudar su oferta de mediación, con el envío de emisarios a Sajonia y a Wallenstein. Animado, Juan Jorge todavía temía las represalias suecas y permaneció discretamente a la sombra del landgrave Jorge de Darmstadt, que continuó con su proposición de suspender el Edicto de forma temporal. Sajonia mantuvo contactos directos con los representantes imperiales durante un breve periodo de tiempo en Leitmeritz en marzo de 1633, pero no pudo persuadir a Brandeburgo de que abandonase a los suecos.[6] Fernando cedió y autorizó en julio a Trauttmansdorff el ofrecimiento de una suspensión del Edicto y una revisión con 1612 como año de referencia, lo que salvaría por tanto a los administradores luteranos. Dinamarca podía recuperar Bremen y Verden, pero Magdeburgo y Halberstadt quedarían reservados para el hijo menor del emperador, el archiduque Leopoldo Guillermo.

Oxenstierna se movió con rapidez a fin de neutralizar la amenaza. Rechazó la petición de Bernardo de combinar todos los ejércitos bajo su mando con el

objeto de asestarle un golpe decisivo al emperador. En su lugar, Bernardo fue envidado a hacerse cargo del mando en Suabia y Franconia, y Horn, que debía unirse a Bernardo desde Alsacia, recibió instrucciones de no perderlo de vista. Banér, mientras tanto, estaba muy ocupado con el honor de llevar el cadáver de Gustavo Adolfo de regreso a Suecia. El duque Jorge de Luneburgo y el landgrave Guillermo V quedaron con sus respectivos mandos independientes en Baja Sajonia y Westfalia respectivamente. Las mejores unidades suecas fueron retiradas para guarnecer Mecklemburgo y Pomerania, aunque Oxenstierna todavía esperaba obtener Bremen, Verden y Maguncia, así que también dejó guarniciones en estas. Unos pocos regimientos mandados por exiliados alemanes y bohemios recibieron órdenes de ayudar a Sajonia y Brandeburgo y de evitar que abandonasen la causa. El mando en Silesia se le confió a Thurn. Oxenstierna sabía que era un general poco competente, pero necesitaba una figura prominente para contrarrestar a Arnim. El verdadero mando lo ejercía Duwall, que se negó a recibir órdenes del duque Francisco Alberto, al que Juan Jorge había ascendido a mariscal de campo sajón. El pequeño contingente de Duwall, formado en su mayor parte por tropas alemanas, era el seguro de vida de Oxenstierna en el Óder por si Sajonia decidía cambiar de bando. [7]

La Liga de Heilbronn

Tras haber asegurado el ejército por el momento, Oxenstierna se anticipó al intento de Juan Jorge de aglutinar a los aliados alemanes de Suecia en un partido neutral mediante el impulso en enero de 1633 del *corpus politicorum* protestante planeado por Gustavo Adolfo. Era vital moverse con rapidez, porque Richelieu consideraba la posibilidad de abandonar Suecia y patrocinar a la más controlable Sajonia. [8] Los pagos de los subsidios franceses se habían ralentizado ya durante 1632 y se detuvieron por completo a partir de la muerte de Gustavo Adolfo. Richelieu envió al marqués de Feuquières a evaluar quién había de ser el mejor socio para Francia. Oxenstierna abrió en marzo su congreso en la relativamente segura ciudad imperial protestante de Heilbronn, donde recibió un fuerte apoyo de los condes y príncipes menores ya comprometidos como colaboradores suecos. Por el contrario, la reunión rival de Juan Jorge en Dresde obtuvo un poder de convocatoria muy escaso. La ansiosa Francia, temerosa de no quedarse ni con uno ni con otro hizo que Feuquières renovase el Tratado de Bärwalde el 19 de abril. De modo

significativo, Francia acordó continuar con el pago de subsidios a Suecia en vez de a la nueva alianza que Oxenstierna había negociado con los colaboradores alemanes en Suabia, Franconia y el Alto Rin. Esto permitió a Oxenstierna retener la posición de mando en la organización, que fue formalmente constituida como la Liga de Heilbronn el 27 de abril de 1633. Los alemanes acordaron proseguir la lucha hasta que Suecia asegurase una compensación «apropiada» por sus esfuerzos, mientras Oxenstierna prometía presionar al emperador para que restaurase al Imperio a su estatus de preguerra, lo que se convirtió entonces en la posición negociadora oficial de la nueva Liga. Aceptaron a Oxenstierna como director de la misma con un poder de veto absoluto en asuntos militares. Este debía ser asesorado por diez consejeros, tres de los cuales serían suecos y los demás colaboradores veteranos en su mayoría, como el conde de Solms-Hohensolms, u otros entusiastas como el canciller de Wurtemberg, el doctor Jacob Löffler.

La formación de la Liga fue un logro notable dadas las circunstancias. La efectividad de la organización dependía, sin embargo, de un éxito militar continuado que persuadiese a sus miembros de permanecer a bordo. Estos prometieron hacer contribuciones regulares para mantener a 78 000 soldados, pero la organización no era lo bastante grande como para generar el dinero necesario que satisficiese de modo apropiado los sueldos de estos hombres. Como mucho, las aportaciones de los miembros podían reunir unos 2,5 millones de táleros al año, mientras que el coste real del ejército era de 9,8 millones. Richelieu tampoco estaba contento con la autonomía de Suecia y ordenó a Feuquières que minara la autoridad de Oxenstierna como director. Feuquières mantuvo la oferta de cambiar los subsidios franceses a la Liga si sus miembros aceptaban la protección de dicho país. Esta política era contradictoria. Francia necesitaba a la Liga como recurso provisional mientras reunía a los alemanes en un gran bloque neutral y multiconfesional, pero tendría que destruir a la organización para conseguir dicho objetivo.

Oxenstierna tenía que ganarse a los sajones tanto de la Alta como de la Baja Sajonia, incluida Sajonia y Brandeburgo, para que su nueva Liga fuese de verdad efectiva. Feuquières estuvo cerca de persuadir a Jorge Guillermo de Brandeburgo de los méritos de la Liga en su primer congreso general celebrado entre julio y septiembre de 1633. Sin embargo, Brandeburgo se limitó a unirse a una alianza francosueca el 28 de octubre, no a la Liga, ya que esto hubiese supuesto el reconocimiento de que Suecia podía quedarse con Pomerania. Oxenstierna obligó a Darmstadt a pagar contribuciones

mediante una amenaza de invasión, pero las visitas a Baja Sajonia y Berlín tropezaron todas con la roca pomerana, en la que «naufragó toda la política alemana» del canciller. [9]

El motín sueco

El deterioro de la situación militar dificultaba que se obtuviera un apoyo más amplio. A comienzos de 1633, Aldringen había aprovechado la confusión que siguió a Lützen para despejar el sur de Alemania de guarniciones suecas. Horn contraatacó desde Alsacia con el ejército renano, mientras que Bernardo avanzó a través de Turingia con los restos del ejército real y recogió a las unidades presentes allí y en Franconia. Tras haber cruzado el Danubio en Donauwörth se unió a Horn en Augsburgo el 9 de abril, lo que elevó la fuerza combinada a 42 700 hombres. Estos superaban en número a los bávaros y a los imperiales en el sur de Alemania en una proporción de dos a uno, pero cualquier posibilidad de aprovechar esta oportunidad quedó arruinada por el estallido de un motín el 30 de abril, justo cuando el ejército combinado entraba en Baviera.

Los soldados no habían recibido sus pagas completas desde 1631 y se les debían los meses de batalla prometidos después de Breitenfeld y Lützen. La disciplina decaía, como demostró la truculenta marcha de Bernardo a través de Franconia y los cuatro días de saqueo de Landsberg en el Lech, donde fueron ejecutados 300 miembros de la guarnición junto con 154 habitantes, entre los que se incluían niños. Muchos han llegado a la conclusión de que los oficiales habían perdido el control y que la posterior destrucción durante la guerra se debió a la insubordinación de los soldados ordinarios. [10] En realidad, todos los grandes motines fueron orquestados por oficiales superiores, que manipularon o atrajeron el descontento de los soldados y lo utilizaron en su propio beneficio.

El motín reveló lo mucho que había hipotecado Suecia su política con los oficiales alemanes. El sentimiento de servir a un gran líder victorioso se había tornado en descontento ya en vida de Gustavo Adolfo. En cualquier caso estaban cansados de esperar, en especial cuando las noticias sobre la Liga de Heilbronn y la reanudación de los subsidios franceses sugerían que Suecia podría pagar con facilidad los tres millones de táleros que les adeudaban. No fue este el caso, ni era el dinero el único problema. Bernardo aprovechó el respiro en las operaciones oficiales para tratar de acometer sus propias

conquistas e invadió Eichstätt en mayo con las tropas nominalmente amotinadas.

Oxenstierna claudicó cuando Bernardo llegó a Heilbronn a exponer sus demandas. Gustavo Adolfo había donado monasterios y distritos particulares con el cuidado de mantener la reserva de la soberanía sueca en aras a expandir su imperio. El canciller abandonó este programa político y asignó territorios al por mayor a fin de satisfacer a los oficiales. Los obispados de Eichstätt y Augsburgo se vendieron al coronel Christoph Brandenstein, junto con cuatro grandes señoríos y una abadía, por 800 000 táleros y la promesa de otro millón en dos años a cambio del obispado de Constanza, todavía por conquistar. Brandenstein era un oportunista. Antiguo oficial sajón, se pasó a los suecos a pesar de que el emperador lo había nombrado conde. Como miembro de la nobleza menor le era imposible pagar estas sumas de dinero de su propio bolsillo, así que le aceptaron el pago mediante las contribuciones. A fin de legitimar esta licencia para el saqueo, Brandenstein fue nombrado tesorero de la Liga de Heilbronn. El acuerdo era un ejemplo del tipo de medidas que socavaban ahora el esfuerzo de guerra de Suecia, ya que se trataba de una mera transferencia de activos a un oficial a cambio de un dinero que el ejército hubiese recaudado de todas formas. [11] Se distribuyeron los monasterios y los distritos entre los coroneles y los consejeros de guerra de la Liga. Como hijo ilegítimo de Gustavo Adolfo, el coronel Gustavsson fue, en especial, bien recompensado con la ciudad de Osnabrück. La mayoría dudaba de la capacidad de Suecia a largo plazo para mantener estas tierras recién adquiridas y vendieron sus nuevas posesiones a precio de saldo. En total, se efectuaron 250 donaciones en el periodo comprendido entre 1631 y 1635, incluidas 92 en Suabia. Solo las de Franconia se valoraron en 4,9 millones de táleros.

De lejos, la más significativa fue la transferencia de Bamberg y Wurzburgo a Bernardo en junio de 1633 en calidad de posesiones hereditarias con el título de duque de Franconia. Debía pagar 600 000 táleros en un periodo de cuatro años además de las contribuciones esperadas de sus territorios en su calidad de miembros de la Liga. Tuvo poco tiempo para disfrutar de su nuevo estatus. El gobierno se le confió a su hermano Ernesto, el cual tuvo que enfrentarse a la creciente oposición local y a la hostilidad del resto de habitantes de Franconia. Su hermano Guillermo fue recompensado con Eichsfeld en agosto. Horn había recibido ya la sede de la Orden Teutónica en Mergentheim el año anterior y se opuso al motín, lo que agravó las

desavenencias entre él y Bernardo.

TENSIÓN A LO LARGO DEL RIN

Tréveris y Maastricht, 1632-1633

Bernardo y Horn no reanudaron las operaciones hasta julio de 1633, momento en el que el panorama general había cambiado de modo decisivo en contra de Suecia. Para entenderlo, necesitamos analizar qué había sucedido a lo largo del Rin desde que Gustavo Adolfo tomase Maguncia a finales de 1631. Las crecientes dificultades de Suecia la descartaron como una posible competidora de Francia en Renania. A partir de esta fecha, Richelieu continuó su precaria estrategia de mantener a Suecia inmersa en el conflicto con el Imperio mediante la ayuda secreta a los neerlandeses, la extensión de la protección a los católicos alemanes y la neutralización de Lorena, todo ello sin provocar represalias por parte de España. Aunque este esquema continuó funcionando hasta 1634, tuvo éxito solo porque Suecia permanecía victoriosa en Alemania, mientras que España sufría ulteriores reveses. Estos acontecimientos fueron vistos con gran recelo por parte de la Liga, la cual se convenció después del destino sufrido por Tréveris de lo acertada que había sido la decisión de 1632 de rechazar la protección francesa.

La nueva alianza del elector Sötern con Francia no era popular entre los canónigos de su catedral, que habían permitido la entrada de tropas españolas en el interior de las ciudades de Tréveris y Coblenza antes de que llegasen los franceses en abril de 1632. El teniente coronel Bamberger, comandante de la fortaleza de Philippsburg, de Sötern, se pasó al emperador, lo que privó a Francia de un importante puente sobre el Rin que daba acceso a la ruta que bordeaba el extremo norte de la Selva Negra. D’Effiat avanzó en mayo desde Lorena con un ejército francés, según se dice, de 23 000 efectivos, con el fin de expulsar a los españoles de Tréveris, y cooperó por poco tiempo con las tropas suecas en la toma de la fortaleza de Ehrenbreitstein, que dominaba el lugar de cruce en Coblenza. Tréveris y Coblenza cambiaron de nuevo de manos durante un breve periodo de tiempo cuando los franceses fueron distraídos por el levantamiento de Gastón y la muerte de D’Effiat, pero los galos regresaron y las aseguraron en agosto. [12] Estos cambios de manos tuvieron su importancia porque situaron a las fuerzas francesas y suecas en las proximidades de las españolas justo cuando las tropas neerlandesas de

Federico Enrique atacaban Maastricht. De nuevo parecía que las hostilidades en Europa podían desencadenar otra guerra generalizada.

Federico Enrique había puesto sus esperanzas en provocar un levantamiento en las provincias del sur de los Países Bajos, de las que pensaba que estaban cada vez más descontentas por la continua carga de la guerra. El conde Hendrik van den Bergh, que sustituyó a Spínola como comandante en Flandes en 1628, estaba convencido de que el conflicto no podía ganarse y huyó a Lieja, en teoría, neutral. Mientras una columna neerlandesa hacía una diversión en Amberes, Federico Enrique avanzó con 30 000 soldados por el curso del Mosa arriba, a través de Lieja, con el objeto de atacar Maastricht, la segunda ciudad del obispado, el 8 de junio de 1632. El ataque violaba la neutralidad acordada con Fernando de Colonia, que era también obispo de Lieja. Los neerlandeses no tenían ningún deseo de verse envueltos en la guerra del Imperio; sin embargo, su ataque venía dictado por un razonamiento estratégico, ya que la posesión de Maastricht ayudaría a cortar las comunicaciones entre las dos mitades de los Países Bajos españoles. El Gobierno de Bruselas pidió ayuda. A pesar de la crítica situación en Alemania, Pappenheim tomó ocho mil hombres del ejército de Westfalia y cruzó el Rin para socorrer la ciudad a cambio de los muy necesitados subsidios españoles. [13]

El sitio de Maastricht abrió una brecha entre los dos grandes conflictos, al obligar a los españoles a salir de Tréveris y llamar a la mayor parte de sus hombres apostados en el Bajo Palatinado. Un ataque combinado con las tropas de Pappenheim fracasó a la hora de atravesar las líneas de asedio exteriores neerlandesas el 17 de agosto. Tres días más tarde, los ingenieros neerlandeses hicieron estallar minas bajo los muros y los españoles capitularon el 23 de agosto. Limburgo, al sudeste, se rindió después de una escasa resistencia el 5 de septiembre. El resto de las guarniciones españolas situadas más al este, en el Bajo Rin y en Westfalia, habían quedado aisladas de las provincias del sur.

La crisis obligó a Isabel a permitir que fuesen convocados los Estados Generales de los Países Bajos en la que sería su última sesión bajo dominio español. Ella ya se había mostrado a favor de la paz e inició las negociaciones en noviembre, mientras los Estados enviaban también su propia delegación. [14] Muchos esperaban que esto llevase a una pacificación general en toda Europa noroccidental. Richelieu se alarmó lo suficiente como para enviar a Charnacé a reforzar la determinación neerlandesa en enero de 1633. Entre tanto,

Federico Enrique continuó con sus operaciones, dirigidas a obligar a Isabel a mejorar los términos mediante el lanzamiento de otra ofensiva a lo largo del Mosa y el Bajo Rin en abril de 1633 con dieciséis mil hombres. Estos reaprovisionaron a la guarnición de Maastricht y tomaron los puntos de cruce del Rin en Rheinberg y Orsay, lo que redujo las posesiones españolas a la propia Jülich, a Düren y a algunas poblaciones situadas al oeste del río. La campaña completó la reorganización de las guarniciones, ya iniciada cuando España abandonó la mayoría de sus puestos avanzados alemanes en 1630 (*Vid.* Capítulo 13 del volumen I, págs. 503-504). Las fuerzas de la Liga que ocupaban Lingen desde 1630 la abandonaron, entonces, para evitar el contacto con el avance de las tropas neerlandesas. Estas habían evacuado ya sus enclaves en los ducados de Jülich y Berg, y devolvieron los de Mark al control de Brandeburgo en abril de 1632, lo que les permitió concentrar sus fuerzas en el ducado de Cleves, más cercano a su territorio. Las fuerzas suecas en el curso medio del Rin se habían incrementado hasta los 19 000 hombres en junio de 1632, pero 8000 fueron llamados de nuevo a reunirse con Gustavo Adolfo en Alte Veste el mes siguiente. Aunque Horn se internó en Alsacia y tomó el fuerte del obispo de Estrasburgo en Benfeld en noviembre, carecía de los hombres necesarios para conquistar el resto de la provincia. Las guerras continuaron separadas gracias a que los intereses de los beligerantes divergían y a que no tenían la más mínima intención de crearse nuevos enemigos.

Lorena, 1633-1634

En 1633, las noticias de que España enviaba un nuevo ejército a Alsacia impulsaron a Richelieu a llegar a un acuerdo con el duque de Lorena. Carlos IV se movía ya libre de las limitaciones que le habían impuesto en junio de 1632 y había reconstruido su ejército, que ascendía a nueve mil hombres en agosto de 1633. Esta nueva fortaleza mejoró sus credenciales como potencial protector de los renanos, y el gobernador Habsburgo de Alsacia lo había invitado a instalar guarniciones en Haguenau y Saverne, en diciembre de 1632. Richelieu concibió una ruptura entre Francia y Lorena al demandar a Carlos que aceptase la jurisdicción francesa sobre su ducado subsidiario de Bar y, justo a continuación, lo declaró rebelde en julio cuando, como era de prever, este se negó. Los franceses esperaron entonces a que Carlos se adentrase en Alsacia con la mayoría de su ejército para liberar Haguenau, que

estaba siendo asediada por el ejército sueco del Rin de Cristian de Birkenfeld, integrado por ocho mil efectivos. [15] Birkenfeld sorprendió al duque en Pfaffenhofen el 11 de agosto y derrotó al ejército lorenés en una batalla que le costó mil quinientos hombres.

Tres días más tarde, ahora que tenía las manos libres para atacar, Richelieu ordenó al mariscal Jacques La Force que ocupase Bar. Reforzado hasta los 30 000 hombres, La Force procedió a la conquista de la mayor parte de Lorena y capturó Nancy el 25 de septiembre, donde tomó como rehén a Nicole, la esposa de Carlos. Este logró evadir la persecución francesa y se retiró al Franco Condado con mil seguidores. Su hermano, el cardenal Nicolás Francisco, aceptó en un inicio los términos franceses, pero logró escapar de Nancy disfrazado de criado a la vez que su hermana Margarita lo hacía ataviada de soldado. Esto proporcionó a Richelieu la excusa para ocupar el resto de Lorena, cuya última posición fortificada fue tomada en agosto de 1634. Los renanos se plegaron a las nuevas condiciones y los franceses fueron admitidos en Mömpelgard, Haguenau, el obispado de Basilea y las posesiones alsacianas del conde de Hanau en enero de 1634. [16]

La batalla de Hessisch-Oldendorf, 1633

Suecia también perdió influencia en el noroeste de Alemania, donde sus aliados locales se negaron a unirse a la Liga de Heilbronn. Oxenstierna trató de imponer de nuevo el control sueco sobre ellos con el anuncio de las concesiones territoriales prometidas por Gustavo Adolfo, pero esto no hizo más que alentar la fragmentación, al centrarse cada uno en sus propias conquistas. Los hessianos, al mando de Melander, irrumpieron en Westfalia y trataron de tomar Münster, mientras que el duque Jorge y los de Luneburgo pusieron sitio a los últimos puestos avanzados imperiales de Corvey, Höxter y Hamelín. El duque Federico Ulrico se negó a la cooperación conjunta y esperó que las negociaciones con el emperador le asegurasen el regreso a Wolfenbüttel. Las pocas unidades suecas todavía a las órdenes de Knyphausen eran demasiado reducidas para imponer cualquier mando centralizado.

Esta dispersión de fuerzas suecas y aliadas permitió al comandante regional de la Liga, Gronsfeld, reconstruir su ejército a partir de unas pocas unidades que había dejado Pappenheim cuando marchó a Lützen. Fue reforzado con 4000 valones reclutados por Merode con dinero proporcionado

por los príncipes católicos fugitivos en Colonia. Con estos repelió un intento del ejército sueco del Rin de avanzar corriente abajo desde Maguncia a principios de 1633. En junio, había reunido 10 800 infantes, 3900 caballos y 15 cañones, y marchó hacia el este para liberar Hamelín. En una extraña muestra de solidaridad, Melander y Knyphausen caminaron a marchas forzadas para unirse al duque Jorge en Hessisch-Oldendorf, veinte kilómetros al noroeste de Hamelín, donde llegaron el 7 de julio para sumar 7000 infantes, 6000 caballos y 37 cañones. [17]

La batalla del día siguiente fue la mayor acción en Westfalia durante la guerra y, como Steinau (1632), permite una valiosa comprensión de la relativa flexibilidad de las tácticas del siglo XVII. Los aliados se desplegaron de madrugada en una meseta elevada al norte de la población y orientados hacia el noroeste, con su izquierda, al mando de Knyphausen, anclada en Oldendorf y la derecha, a las órdenes de Melander, frente a la villa de Barksen, donde el terreno se elevaba bruscamente hasta las colinas del Weser. Jorge mandaba la infantería y la artillería del centro, y toda la línea estaba protegida por un arroyo cenagoso. Esto impedía que pudiese cruzarlo, pero también neutralizaba a los más numerosos efectivos de infantería de Gronsfeld. Este se desplegó a unos quinientos metros de distancia, con su izquierda, a las órdenes de Geleen, protegida en gran medida del enemigo por otros dos arroyos y un bosque que se extendía desde las colinas. Su infantería era algo superior en número pero muchas de las tropas eran bisoñas. Por otra parte, su caballería estaba en inferioridad numérica. Propuso conservar las posiciones y fijar al enemigo mientras Bönninghausen se escabullía tras las líneas enemigas y liberaba Hamelín, que se encontraba bloqueada por apenas cien mosqueteros enemigos. Merode y los demás oficiales objetaron que podían acusarles de cobardía y pensaban que perderían la oportunidad de aplastar al enemigo de un solo golpe.

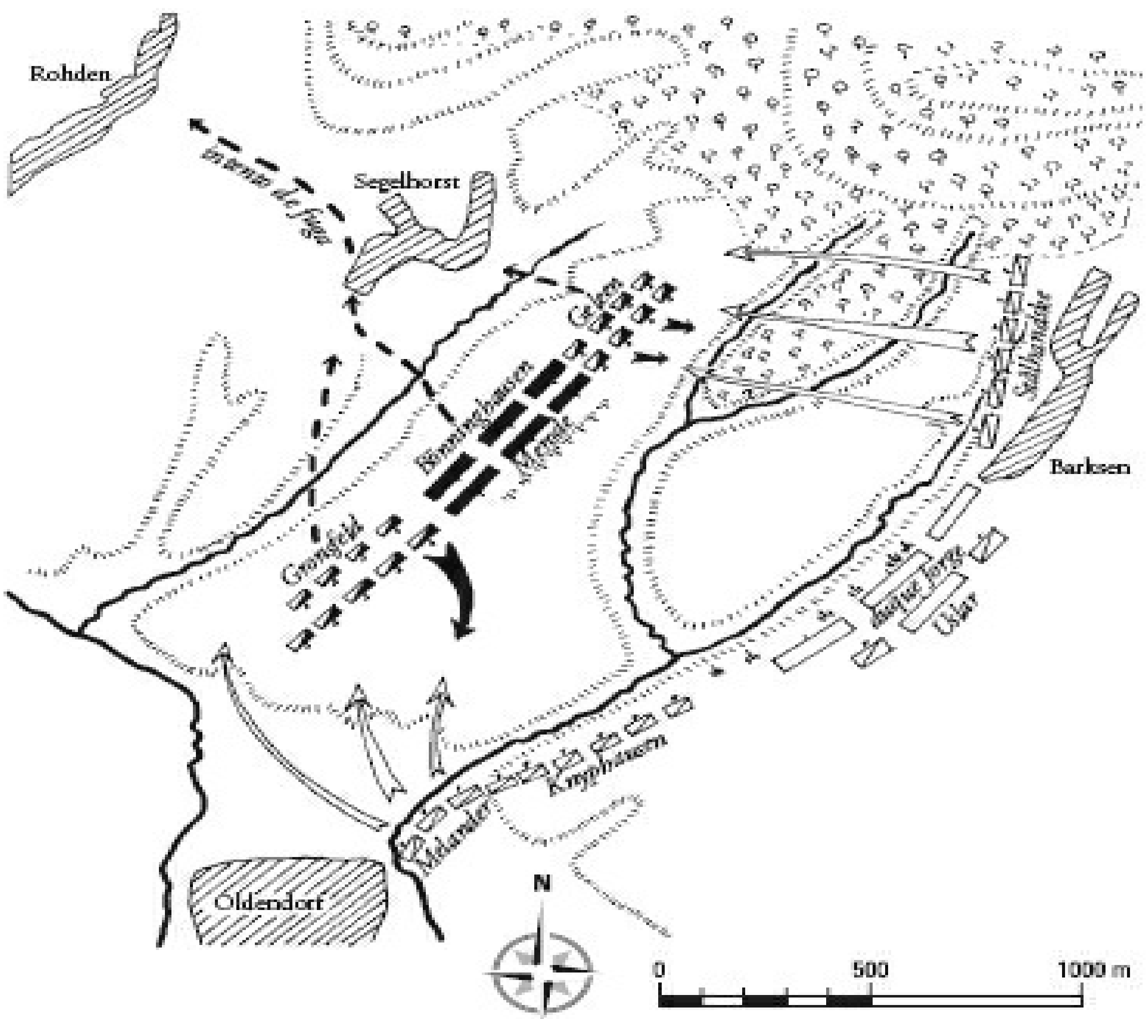
La acción comenzó a las siete de la mañana con la habitual preparación artillera, mientras las partidas de mosqueteros de ambos contendientes se disputaban el control del bosque. Los cañones regimentales y la caballería de Melander apoyaron a su infantería, cabalgando a primera línea en pequeños destacamentos para dar superioridad local contra la infantería de Geleen. Por el contrario, los oficiales de caballería imperiales y de la Liga se negaron a llevar a sus unidades a primera línea, argumentando que se desordenarían entre los árboles. Geleen perdió el bosque y retrocedió, lo que dejó expuesto el centro, que empezaba a ser ahora objeto de un fuego creciente en su flanco

y de los cañones de Jorge en su frente.

Entre tanto, Knyphausen dirigió a novecientos jinetes a través del arroyo contra la derecha imperial. Gronsfeld cargó, con la esperanza de repelerlos y expulsarlos de la meseta, pero fue él a quien repelieron, lo que permitió que pudiesen desplegarse más tropas suecas. Los ataques sucesivos fueron también rechazados y pronto Knyphausen logró flanquear la derecha imperial, que colapsó y se dio a la fuga. Los jinetes de Geleen cedieron en esos mismos instantes y dejaron sola a la infantería. Esta luchó con bravura hasta las dos de la tarde, pero fue rodeada y destruida. Solo lograron escapar 4200 hombres, en su mayor parte de la caballería, mientras que al menos 6000 murieron en los últimos compases y durante la persecución. Los aliados perdieron alrededor de 300 hombres. Fue una de las victorias más completas de la guerra.

Hamelín se rindió el 18 de julio, seguida de Osnabrück en octubre. Esta última continuó como base principal sueca en la región hasta 1643 debido a la negativa de Oxenstierna a cedérsela al duque Jorge.

HESSISCH-OLDENDORF



También retiró cinco de los regimientos de Knyphausen a Franconia en agosto, lo que debilitó el ejército y frustró los planes de Hesse y de Luneburgo de conquistar más tierras al oeste del Weser. Desalentado, Knyphausen dimitió el 26 de febrero de 1634 y dejó a las unidades suecas supervivientes sin un liderazgo efectivo.

La política de Hesse

La debilidad sueca suscitó temores en Hesse, cuyas operaciones en Westfalia iban encaminadas a conquistar los obispados y, por tanto, a establecer un pasillo terrestre con la República de las Provincias Unidas. Hacía tiempo que se buscaba la ayuda neerlandesa y el landgrave Guillermo V redobló entonces sus esfuerzos, con la esperanza de que la república fuese un socio más fiable que Suecia. Oxenstierna apoyaba la diplomacia de Hesse como elemento de atracción de los neerlandeses a la Liga de Heilbronn. Melander y 1000 jinetes hessianos y 2600 suecos se habían unido al ejército de Federico Enrique en agosto de 1633. Al igual que los anteriores avances suecos sobre Tréveris y Colonia, este amenazaba con fusionar ambas guerras. Sin embargo, Federico Enrique se molestó por la llegada tardía de los de Hesse y pensó que solo se habían presentado porque ya habían agotado todos los recursos alimenticios de Westfalia. A finales de octubre los envió de vuelta junto con los suecos al otro lado del Rin. Los hessianos comenzaron a levantar cada vez más las suspicacias de los neerlandeses, que empezaron a verlos como rivales, en especial después de que tomasen Lippstadt en diciembre, se dispusiesen a conquistar toda la línea del río Lippe y procediesen a la ocupación de los puestos que los neerlandeses acababan de devolver a Brandeburgo. Con otros enclaves fortificados se hicieron con la mayor parte de la mitad occidental de Münster, próxima a la frontera neerlandesa. [18]

Melander pretendía entrar en negociaciones con el objeto de conseguir una alianza con las Provincias Unidas en 1635, y llegó a estar cerca de un acuerdo en 1634, cuando la república ofreció un subsidio y 3500 auxiliares. Su propósito era valerse de los hessianos para que extendiesen una barrera a lo largo de la frontera oriental neerlandesa y aislasen así a la república de la guerra alemana. El éxito dependía de que Hesse lograse tomar la ciudad de Münster, aún defendida por los imperiales. Los de Hesse no eran lo bastante fuertes para ello y los güelfos rechazaron cualquier tipo de ayuda, pues preferían poner sitio a Hildesheim y Minden en su lugar, poblaciones que al

final tomaron en junio y noviembre de 1634 respectivamente.

Las campañas de 1634 y 1635 establecieron un equilibrio regional que perduró con modificaciones menores hasta 1648. Los suecos quedaron confinados a Osnabrück hasta que conquistaron Bremen y Verden en 1645. Los güelfos conservaron Minden y Hoya en Westfalia nororiental, además de Hildesheim y Baja Sajonia al sur del Elba. Las conquistas de Hesse cortaron las posiciones imperiales y de la Liga en dos, y aislaron al resto de guarniciones situadas en el valle del Ems, en Münster oriental, de las posiciones principales en Colonia, su ducado asociado de Westfalia y Paderborn. Los imperiales habían perdido Baja Sajonia en su mayor parte, pero Wolfenbüttel continuó conservando una poderosa guarnición como punto de apoyo en caso de que el ejército principal necesitase atravesar la región. Algunos intentos periódicos de conquistar el valle del Lippe resultaron contraproducentes, ya que dejaron buena parte de la región devastada.

El fracaso a la hora de expulsar a los hessianos desvaneció las esperanzas de Westfalia de establecer una posición neutral. Fernando de Colonia había rechazado de forma deliberada la oferta de ayuda de la archiduquesa Isabel contra Federico Enrique en 1633 para no molestar a los neerlandeses. La dieta de su ducado de Westfalia y otros microterritorios católicos hicieron un pacto ese mes de agosto con sus condados calvinistas vecinos para mantener la neutralidad de buena parte del área situada al sur del Lippe. Entre tanto, la retirada parcial neerlandesa en 1632 animó a Wolfgang Wilhelm del Palatinado-Neoburgo a declarar neutrales a Jülich y Berg. Las dietas de estos dos ducados renovaron su alianza con sus contrapartes en Cleves y en Mark con el mismo fin.

Estos prometedores acontecimientos quedaron frustrados por la ruptura de las conversaciones belga-neerlandesas tras la muerte de Isabel el 1 de diciembre de 1633. Hacía tiempo que Olivares desconfiaba de los esfuerzos de la archiduquesa, y el gobernador interino, el marqués de Aytona, disolvió la asamblea de los Estados de las provincias del sur y ayudó a arrestar a sus negociadores con la sospecha de que estaban compinchados con el conde Van den Bergh. La política neerlandesa se movió en una dirección similar cuando Federico Enrique se alineó con el belicista Partido Gomarista. Aunque Richelieu se negó a firmar una alianza abierta, el 15 de abril de 1634 acordó incrementar el subsidio pagado desde 1630 a la república de un millón a 2,3 millones de libras a cambio de que los neerlandeses suspendiesen las

conversaciones.

Desalentado, Fernando de Colonia no vio otra opción que reanudar los esfuerzos encaminados a expulsar a los hessianos. Estos, por su parte, se atrincheraron, alegando que las áreas conquistadas no solo sostenían a su ejército sino que eran bazas negociadoras en caso de que su propio estado fuese conquistado. Ambas partes estaban escasas de hombres y dinero y veían en los territorios de Wolfgang Wilhelm del Palatinado-Neoburgo el único objetivo fácil que quedaba. Consciente del peligro, el duque expandió su ejército hasta unos efectivos (sobre el papel) de 7365 hombres para defender cincuenta y dos castillos y poblaciones. Esto apenas si sació el apetito de Fernando y de los hessianos, que esperaban incorporar sus soldados a sus propias fuerzas. Fernando envió a Bönninghausen a una incursión a Berg, mientras los hessianos tomaban Elberfeld en noviembre de 1633, desarmaban a la guarnición del Palatinado-Neoburgo y obligaban a los hombres a desnudarse, dándoles a continuación retazos de su bandera como ropa con la intención de humillarlos. Entre tanto, el emperador apoyó la negativa de la dieta a pagar a los soldados del duque, con la esperanza de que esta le devolviese su dinero. Sin paga y desmoralizados, los soldados del Palatinado-Neoburgo desertaron en masa, pero el duque se aferró a su neutralidad. [19]

Hemos tratado estos acontecimientos con algún detalle porque en general suelen pasarse por alto. Demuestran el peligro que supuso la irrupción inicial de los suecos en el Rin, que aplastaron el dominio imperial y de la Liga, que había prevalecido desde 1622, y que creó un vacío que, cada vez más, ocupaba Francia. Esta y España se dirigían a la guerra, pero los conflictos de Europa continuaron separados. La solidaridad confesional resultó insuficiente para forjar una alianza entre los neerlandeses, los suecos y los alemanes protestantes. Estos últimos continuaron desunidos, en busca de sus propios objetivos casi al margen de Suecia y sin lograr capitalizar su superioridad numérica. El fracaso relativo alimentó la rivalidad y el resentimiento ante la supuesta falta de apoyo de Suecia, lo que contribuyó a la predisposición a pasarse al emperador en 1635.

ESPAÑA INTERVIENE

La diplomacia secreta de Wallenstein

La paz era imposible en tanto que la potencia sueca en Alemania central y meridional permaneciese inalterada. La tarea de expulsar a los suecos volvió a Wallenstein y un ejército imperial que ascendía a 72 000 hombres en Bohemia y Silesia, con otros 30 000 dispersos en guarniciones por toda Alsacia, Westfalia, el lago Constanza y el Danubio. [20] La estrategia de Wallenstein se basaba en persuadir a Sajonia y Brandeburgo para que abandonasen a Suecia, lo que expondría así la cabeza de puente báltica y aislaría el resto de bases suecas. Lo que pretendía, a continuación, sigue siendo un misterio, pero parece probable que buscase un compromiso genuino que incluyese una revisión parcial del Edicto de Restitución y la cesión de, al menos, parte de Pomerania a Suecia a fin de permitir a Oxenstierna retirarse con honor. Este negoció con Wallenstein porque lo prefería a la mediación danesa, que continuaba siendo del todo inaceptable. Wallenstein mantuvo informado a Fernando, comunicándole incluso el empleo de exiliados bohemios como intermediarios y facilitándole alguna información de los términos tratados. [21]

Muchos se opusieron al compromiso, empezando por Brandeburgo, que se veía avocada a perder Pomerania. Apenas hay evidencias de que Wallenstein hubiese confirmado también las demandas de los exiliados bohemios, ya que él y sus parientes más próximos eran beneficiarios directos del reparto de tierras. Sus conversaciones con ellos levantaron sospechas en Viena, que crecieron a consecuencia de su costumbre de ofrecer a cada socio términos diferentes. Estas inconsistencias se hicieron más obvias, a medida que los distintos partidos intercambiaron pareceres y comenzaron a difundirse los rumores. Por ejemplo, los suecos interceptaron la carta de Wallenstein al duque de Lorena en octubre de 1633, que sugería que el primero pretendía excluirlos de toda Alemania. [22]

Aunque envió algunas unidades para reforzar a Aldringen en Baviera a comienzos de 1633, Wallenstein desaprovechó la oportunidad que se le presentó con el motín sueco. Su error de no salir de las tierras hereditarias de los Habsburgo hizo que estas tuvieran que soportar la carga financiera del ejército. Ya en enero de 1632 había exigido 200 000 florines por adelantado, seguidos de otros 100 000 mensuales. Recibió, al menos, 1,3 millones para comprar artillería y equipo. Parte del coste se recuperó con una segunda ronda de confiscaciones tras la expulsión de los sajones y los exiliados de Bohemia en mayo de 1632, cuando incautaron propiedades por valor de tres millones de florines a 16 señores, 126 caballeros y 190 plebeyos. [23] Este

beneficio inesperado se agotó pronto, mientras Wallenstein esperaba que Bohemia y Silesia alimentasen, alojasen y vistiesen a sus tropas durante 1633. Apaciguó a sus más distinguidos críticos con la exención de sus propiedades de tener que alojar soldados. Esto no hizo más que trasladar la carga a los señores medianos y pequeños, cuyos campesinos acabaron huyendo, lo que inició un círculo vicioso de más demandas de aportaciones para alimentar a sus hambrientas tropas cuando la agricultura comenzó a frenarse en seco.

En lugar de moverse, Wallenstein envió emisarios a Arnim y Thurn en abril. El momento era oportuno, ya que la creación de la Liga de Heilbronn creó consternación en Sajonia, pero sin los otros protestantes Juan Jorge se sentía demasiado débil para abandonar Suecia. Arnim urgió al elector a expandir el ejército para trazar una senda más independiente, pero no había dinero. Seguía sospechando de Wallenstein, cuyas tropas superaban a las suyas en una relación de dos a uno. En cualquier caso, los rumores de estas conversaciones alertaron a Oxenstierna, que ordenó a Banér que permaneciese en Pomerania para hacerse con el mando de las fuerzas sajonas en caso de ser necesario. Se enviaron oficiales de confianza a Silesia para asegurar que el pequeño cuerpo de Brandeburgo desplegado allí servía a las órdenes del mando sueco y no del sajón.

Wallenstein se puso en marcha, a mediados de mayo con 25 000 hombres y 28 nuevos cañones (fundidos con las campanas de las iglesias de Praga) para unirse a Gallas, que tenía un número de tropas similar en Alta Silesia. Ampliamente superado en número, Arnim se retiró hacia el norte, a Langenöls (en la actualidad, Olszyna), cerca de Schweidnitz. Los dos ejércitos se acercaron a distancia de tiro de cañón pero Wallenstein ofreció una tregua el 7 de junio de 1633 que se prolongó durante dos semanas, a fin de poder celebrar otra ronda de conversaciones. Wallenstein finalizó la tregua el 2 de julio, y trató de sorprender a la guarnición aliada de Schweidnitz, de 1800 hombres, dos días más tarde, pero fue repelido y tuvo que replegarse a Wilkau, mientras Arnim se atrincheraba en los alrededores, casi en el mismo terreno que ocupó Federico el Grande en Bunzelwitz (hoy Bolesławice) en 1761. El 11 de agosto, Wallenstein ordenó a Holk que se dirigiese con 10 000 soldados desde Eger a efectuar incursiones en Sajonia para presionar al elector. Holk se retiró después de dos semanas y, cumpliendo nuevas órdenes de Wallenstein, reanudó las conversaciones con Arnim, que por entonces había ido a visitar a Juan Jorge. Los dos generales se sentaron a cenar cuando

Holk se sintió mal de repente. Por temor a que fuera veneno, aunque intentaron convencerlo de lo contrario, se marchó en su carruaje para consultar a sus subordinados. Para entonces, era obvio que había contraído la peste y se negaron a recibirlo. Murió solo, en la cuneta del camino, después de que su cochero se hubiera marchado en busca de un sacerdote.

El comportamiento de Wallenstein comenzaba a ganarse el disfavor de los españoles, que en un principio habían visto con buenos ojos su vuelta al mando. Olivares estableció un contacto oficioso con el general a través de Diego de Quiroga y una serie de enviados especiales que desde mayo de 1632 llevaron subsidios que llegaron a totalizar un millón de florines a finales de 1633. Las intenciones de España eran claras. El dinero debía propiciar una rápida conclusión de la guerra alemana, de modo que Wallenstein pudiese atacar a los neerlandeses. Olivares le ofreció el título de duque de Frisia occidental, territorio que aún estaba pendiente de ser reconquistado a la república, como compensación por la pérdida de Mecklemburgo. Wallenstein rechazó la oferta con la consideración de que los problemas de España eran distintos a los del Imperio. [24]

La decisión de enviar a Feria

Las conversaciones se prolongaron hasta enero de 1634, pero desde el mes de febrero anterior Olivares había concebido un plan alternativo, determinado a intervenir de forma sustancial en el Imperio y así revertir el deterioro de la situación en el Rin. La decisión representaba un cambio de rumbo significativo y evolucionó a medida que Olivares trató de armonizar varios objetivos en parte contradictorios. Uno era dar continuidad a la política existente de reforzar al emperador, pero ahora a través de medios distintos a los de Wallenstein. Diego de Saavedra fue enviado a Múnich a resucitar los planes archivados en 1630 de elegir al archiduque Fernando como Rey de los Romanos. Esto no llegó a ningún lado y dificultó aún más que España obtuviese apoyos para el plan de Olivares de fortalecer el Ejército de Flandes mediante el envío de refuerzos por el Camino Español, bloqueado desde 1632.

Feria, gobernador de Milán, recibió instrucciones en mayo de 1633 de que reuniera un ejército con el que cruzar los Alpes y reabrir el Camino. Esta expedición cumpliría otro objetivo al escoltar al hermano menor de Felipe IV, Fernando, para que sustituyera a la entonces enferma archiduquesa Isabel

como gobernadora de los Países Bajos españoles. Con el declive de capital humano a lo largo y ancho de la Monarquía Hispánica, los agentes de Olivares pagaron al gobierno tirolés para que reclutase a 6000 alemanes, a la vez que se levantaban otros 4500 borgoñones en el Franco Condado. Una vez que Feria se reuniese con ellos debería contar con 4000 caballos y 20 000 infantes. Este poderoso *Ejército de Alsacia* contendría a los franceses y restauraría la hegemonía española en toda Renania. [25]

Al estar Fernando enfermo, Feria partió sin él a la cabeza de 11 000 españoles e italianos en agosto de 1633 en lo que había de ser el primer cruce de La Valtelina en diez años. [26] Richelieu lo había dispuesto todo para impedir semejante movimiento, y pagaba desde 1631 a los estados libres de Recia para que mantuviesen a una pequeña fuerza a las órdenes del antiguo líder hugonote Enrique de Rohan. Sin embargo, esto se volvió en contra del cardenal. Al sospechar que Rohan conspiraba con los suizos protestantes, ordenó la disolución de todos los regimientos pagados con dinero francés salvo uno a finales de 1632. Las noticias de la marcha de Feria provocaron órdenes apresuradas para que Rohan los reagrupase de nuevo, pero era demasiado tarde y la vanguardia española se hallaba ya en el interior del valle.

La llegada de Feria transformó la situación en Alemania. Bernardo y Horn habían reanudado las operaciones contra Baviera en julio, mientras que Wallenstein permanecía inexplicablemente inactivo en Silesia. Fernando apeló a Felipe IV para que desviase a Feria al interior de Alemania una vez hubiese cruzado los Alpes. Para entonces, el emperador estaba muy preocupado por la inactividad de Wallenstein, a la que culpaba de los reveses sufridos en otros lugares. Al presidente del Consejo de Guerra, Heinrich Schlick, lo enviaron a averiguar qué estaba haciendo Wallenstein y por qué se mostraba tan contrario a la marcha de Feria. Schlick llegó a Silesia el 22 de agosto para descubrir que Wallenstein acababa de acordar otra tregua de cuatro semanas que al final se extendió hasta octubre. Fernando rompió el acuerdo de Göllersdorf con Wallenstein, por el que este había obtenido el mando único del ejército imperial después de que el emperador pusiese el destacamento imperial de Baviera mandado por Aldringen a las órdenes de Maximiliano el 18 de septiembre. Esto persuadió al elector de que consintiera la intervención española y el acuerdo quedó confirmado cuando España garantizó un pequeño subsidio a Baviera por espacio de un año. [27]

El sitio de Constanza

La llegada de Feria impulsó a Bernardo y a Horn a separar sus fuerzas. El primero continuó las operaciones contra Aldringen y los bávaros de Werth, pero fue derrotado y expulsado de la mayor parte del terreno anteriormente conquistado, incluida Eichstätt. Entre tanto, Horn se dirigió al sur el 18 de agosto con la intención de tomar Constanza y bloquear la salida de los pasos tiroleses al sudoeste de Alemania. La (entonces austriaca) población de Constanza se hallaba en un pequeño promontorio que sobresalía de la parte sur del lago. Solo se podía llegar a ella cruzando el cauce alto del Rin y marchando por territorio suizo para poder atacarla desde el sur.

Algunos grupos de suizos se unieron a los suecos a título individual, pero los cantones protestantes se habían resistido siempre a la posibilidad de forjar una alianza, sabedores de que esto al final dividiría a la Confederación. El proyecto de imperio de Gustavo Adolfo contradecía los ideales republicanos y además estaban distanciados por su hostilidad hacia la religión calvinista. Horn se arriesgó a infringir la neutralidad suiza con la esperanza de que la toma de Constanza persuadiría a los cantones protestantes de unirse a él y bloquear los pasos alpinos para siempre. Tras dejar infantería y lanchas cañoneras vigilando la población en la orilla norte, cruzó el Rin en Stein el 7 de septiembre y al día siguiente se dispuso a bombardear Constanza. Disponía de unos diez mil hombres, y quizá hubiese logrado entrar en la ciudad de haber atacado de inmediato, porque la población, confiada en la neutralidad suiza, había dispuesto sus defensas orientadas al lago. Solo había mil doscientos defensores, la mitad de los cuales pertenecían a la milicia. El obispo y los clérigos habían huido en barca a Lindau, al otro lado del lago, pero el comandante de la plaza mostró más resolución. Los huecos en las defensas de la parte sur de la ciudad fueron sellados apresuradamente con tierra mientras se transbordaba infantería y milicia a través del lago para elevar la guarnición a unos tres mil efectivos.

Aunque Bernardo y otros se aproximaban en ayuda de Horn, la situación se hizo crítica cuando llegaron noticias de que Feria había dejado atrás las montañas. Francia ofreció una mediación con la esperanza de conseguir el objetivo de Horn mediante la persuasión de los líderes de la ciudad para que aceptasen la neutralidad con la entrada de una guarnición suiza. Algunos habitantes se mostraron dispuestos, pero las autoridades se negaron. Solo Zúrich mostró connivencia con la presencia de Horn, hecho que el resto de

suizos consideraron peligroso para su neutralidad. Desesperado, Horn lanzó una serie de costosos asaltos contra la población, pero Feria y sus 9200 hombres se unieron a Aldringen y a otros 12 000 en Ravensburg el 29 de septiembre y marcharon hacia Überlingen, cerca del extremo occidental del lago, con la intención de atrapar a los suecos en el interior de Suiza. Después de no lograr tomar la ciudad en un asalto final, Horn se retiró el 2 de octubre, escapando justo a tiempo.

Los franceses afirmaron que se había retirado por cortesía para con los suizos, pero nadie se lo creyó. El episodio debilitó la influencia de los militantes protestantes en el seno de la Confederación e impulsó a los cantones católicos a renovar con España el acuerdo de tránsito de 1587, que había expirado en 1626. La Confederación incorporó también a su neutralidad al Franco Condado español en marzo de 1634. [28]

Desastre

El inesperado y repentino colapso de Lorena ante la invasión francesa ese mes de septiembre había transformado la situación en el Rin para cuando Aldringen y Feria llegaron, lo que hacía peligroso marchar a través de Alsacia con el poderoso ejército de La Force al otro lado de los Vosgos. Horn había cruzado ya el Rin y se había unido a Birkenfeld en el norte de Alsacia, lo que confinaba a Aldringen y a Feria al sur. Entre tanto, Bernardo volvió sobre sus pasos con 12 000 hombres, sorprendió al pequeño destacamento bávaro de Werth y tomó Ratisbona el 14 de noviembre después de un sitio de apenas diez días. La pérdida de una ciudad imperial tan prestigiosa supuso un gran golpe para el emperador y permitió a Bernardo saquear áreas de Baviera oriental todavía intactas.

Aldringen se vio obligado a enviar su caballería de vuelta a Baviera en ayuda de Maximiliano, lo que debilitaba aún más al ejército combinado que se hallaba en el Rin. A las puertas del invierno y sin comida, Feria y Aldringen volvieron a cruzar el Rin acosados por Horn. Las fuerzas de los Habsburgo, debilitadas por la peste, comenzaron a desintegrarse. Maximiliano se negó a dejarlas entrar en Baviera y Fernando accedió de mala gana a que una parte pudiese invernar en Baja Austria y el resto lo hiciese en Salzburgo. El prior Maurus Friesenegger informó «que era un espectáculo. Muchas compañías reducidas a la mitad de sus efectivos, caras negras y amarillas, cuerpos demacrados, medio cubiertos de harapos o ataviados con

ropas de mujer robadas, la viva imagen del hambre y la necesidad. Y, pese a todo, los oficiales que los acompañaban eran apuestos e iban magníficamente vestidos». [29] El arzobispo de Salzburgo también se negó a facilitar alojamiento y al final los supervivientes tuvieron que reunirse con sus camaradas en Austria en enero de 1634, momento en el que Feria ya había fallecido.

La rápida expansión de la guerra a partir de 1631 y la llegada de la peste desataron un amplio descontento que supuso una importante, aunque poco estudiada, cuestión de la guerra. Mientras que la rebelión cívica de Westfalia de 1622-1623 (*Vid.* Capítulo 10 del volumen I) y la rebelión de Alta Austria de 1626 (*Vid.* Capítulo 12 del volumen I) contenían agravios políticos y religiosos, el nuevo malestar se vio alimentado en gran medida por el resentimiento de los soldados y la disrupción de la vida cotidiana. El movimiento fue sobre todo rural y adoleció de una pobre coordinación. Los campesinos emboscaban a las partidas de forrajeo y a los rezagados, o resistían ante incursiones contra sus villas. Recibieron ayuda de las autoridades en áreas donde la presencia militar imperial era escasa y fueron los suecos el objetivo principal sobre el que descargar la furia popular. En enero de 1633 se levantaron los campesinos católicos contra los suecos en Sundgau, una posesión Habsburgo del sur de Alsacia, mientras que a los de Westfalia se les unieron nobles locales y la caballería imperial de Bönninghausen para hostigar a los hessianos. Los campesinos de Alta Suabia y de Bamberg ayudaron a la milicia oficial en las incursiones efectuadas contra los puestos avanzados suecos, mientras que los bávaros ofrecieron resistencia ante la invasión de Horn y Bernardo durante el verano de 1633. Las represalias suecas no tardaron en llegar. Al menos cuatro mil personas fueron asesinadas solo en Sundgau, y numerosas poblaciones se entregaron al fuego sin que nunca se lograse suprimir del todo a las guerrillas. [30]

No obstante, en el descontento también subyacía un fuerte elemento de protesta contra las autoridades que fracasaban en su deber de preservar la paz. El descontento bávaro se revolvió contra el mal comportamiento de las unidades imperiales que había dejado Aldringen para que defendieran el electorado cuando partió a unirse con Feria en septiembre de 1633, y se concentró en el área situada entre el Isar y el Inn, donde estos tenían su base, y no más al oeste hacia el Lech, donde operaban los suecos. Las protestas crecieron hasta involucrar a casi veinte mil personas cuando las tropas de los Habsburgo, infestadas por la peste, trataron de entrar en el electorado a

finales de año. Dichas tropas tuvieron que hacer frente a una gran asamblea en Ebersberg el 18 de enero y atacaron cuando se percataron de que el armamento de los campesinos era muy deficiente. Murieron alrededor de doscientos y las autoridades sometieron a juicio a cien supuestos cabecillas. Las autoridades locales aceptaron el argumento de que habían actuado en defensa propia. Al final, incluso persuadieron a Maximiliano de que aprobara las sentencias relativamente indulgentes. Uno fue decapitado por rebelión, cinco ejecutados por haber asesinado a soldados y once fueron desterrados durante tres años, pero el resto fueron liberados. [31]

La agitación intermitente que tenía lugar en Alta Austria desde 1630 se agudizó a partir de 1632 pero, a diferencia de 1626, se limitó a aquellos que más sufrían los trastornos sociales de la guerra. Las presiones fiscales acabaron con la benevolencia patrimonial desde el momento en el que las autoridades dejaron de estar preparadas para permitir cierta manga ancha a familias apuradas que no podían hacer frente a los impuestos. Esto explicaría por qué el descontento en Alta Austria fue expresado en términos místicos y religiosos cuando su líder, Michael Aichinger, llamado Laimbauer, afirmó tener visiones de un futuro mejor. Vivió de modo clandestino, cobijado por sus simpatizantes hasta que una fuerza mixta de mil mercenarios, autoridades locales y civiles católicos armados lo acorraló en las ruinas de la iglesia de Frankenberg. Solo sesenta de sus trescientos seguidores iban armados, el resto eran mujeres y niños. Se supone que lo encontraron bajo las faldas de dos de sus seguidoras y lo ejecutaron cruelmente junto con otros seis, incluido su hijo de cuatro años, el 20 de junio de 1636. [32]

WALLENSTEIN, EL ACTO FINAL

La segunda batalla de Steinau

La misma epidemia que borró del mapa a Holk y Feria diezmó a los ejércitos en Silesia, agravados sus efectos por la disentería en el campo imperial y el hambre en el sajón. La fuerza efectiva de Wallenstein cayó en 9000 hombres hasta los 36 000, mientras que Arnim perdía casi un tercio de sus 25 000 hombres. [33] Wallenstein puso fin a la tregua en última instancia el 2 de octubre de 1633 y envió a Piccolomini con un pequeño destacamento hacia el oeste a través de Lusacia. Este difundió rumores de que era la vanguardia del ejército principal y engañó a Arnim, que marchaba detrás de él. Wallenstein

lo siguió para asegurarse de que los sajones se habían ido y entonces envió a Isolano y a siete regimientos croatas para que continuaran la persecución mientras él volvía sobre sus pasos con 30 000 hombres hacia el nordeste en dirección al Óder. Pretendía tomar Steinau y así aislar a los 6000 suecos y sajones que defendían las fortalezas silesias situadas más al sur. Thurn y Duwall solo lograron reunir a 2400 infantes en el antiguo campamento de Marradas, junto a la población carbonizada, con 2300 soldados de caballería dispersos por las villas situadas al este del río. [34]

Thurn ignoró las advertencias de sus puestos avanzados de que ocho mil jinetes de la caballería imperial a las órdenes de Schaffgotsch habían cruzado aguas abajo en Köben (hoy Chobienia). Estos marcharon hacia el sur a primera hora del 11 de octubre, mientras Wallenstein y la infantería avanzaban hacia la colina Arenosa, al oeste de la población. Los suecos afirmaron que los oficiales que mandaban los puestos avanzados habían ordenado deliberadamente a sus hombres que no disparasen contra los jinetes de Schaffgotsch cuando cruzaban. Ni que decir tiene que ambos coroneles entraron más tarde al servicio imperial. Duwall era un alcohólico incapaz de proferir una orden de mando. Thurn, por su parte, se rindió, e incluyó todas las guarniciones en la capitulación, lo que como era de esperar incrementó las sospechas suecas de traición. Wallenstein mantuvo a Thurn y a Duwall a su lado cuando conminó a las fortalezas a aceptar los términos. Glogovia y Liegnitz aceptaron, pero las otras se negaron, y Duwall escapó y organizó una enérgica defensa desde Breslavia hasta que murió, probablemente debido a una insuficiencia hepática, en abril de 1634.

Jorge Guillermo de Brandeburgo reforzó su guarnición de Küstrin por si se diera el caso de que Wallenstein decidiera descender por el curso del Óder, pero once mil imperiales lo sobrepasaron y tomaron Fráncfort y Landsberg en el Varta antes de dispersarse a ambos lados para conquistar buena parte de Pomerania oriental y Brandeburgo. Oxenstierna envió llamamientos desesperados a Bernardo para que marchase desde el sur de Alemania y amenazase Bohemia desde el Alto Palatinado. Bernardo tardó demasiado tiempo y obedeció una vez hubo tomado Ratisbona. Su sitio había causado ya una gran alarma en Múnich y Viena, lo que obligó a llamar a Wallenstein para que marchase en su ayuda. Este había dejado destacamentos para barrer cualquier resto de tropas aliadas en Silesia y se hallaba ya de camino cruzando Bohemia cuando cayó Ratisbona. Dejó que su vanguardia de dos mil jinetes continuase sobre las montañas de Passau, pero él regresó con la

fuerza principal y se dirigió a sus cuarteles de invierno en los alrededores de Pilsen.

El complot contra Wallenstein

El comportamiento de Wallenstein ya no parecía el de una persona racional, la gente encontraba su inactividad inexplicable. Muchos observadores atribuían ahora su comportamiento a una supuesta obsesión por la astrología. Es cierto que estaba fascinado por esta rama de las artes mágicas que sus contemporáneos asociaban tanto con la medicina como con la astronomía y es célebre el hecho de que encargase a Kepler la preparación de su horóscopo en 1608 y, de nuevo, una vez que fue nombrado comandante en jefe, en 1625. De hecho, el astrónomo entró formalmente a su servicio en 1628, aunque el militar consultó también a otros más adelante, en especial a Gianbattista Senno, de Génova, el cual había sido ayudante de Kepler. Wallenstein poseía un astrolabio y un amuleto, y le había pedido a Arnim que averiguase la fecha de nacimiento de Gustavo Adolfo para leer su horóscopo. No obstante, era consciente de que la Iglesia condenaba la astrología como si de una blasfemia se tratara y se cuidó, como en todos los asuntos, de ocultar sus verdaderos pensamientos. Sin embargo, su interés era ya conocido en 1627, cuando aparecieron panfletos que afirmaban que sus decisiones estaban guiadas por las predicciones de los astrólogos. Se trató de una maquinación deliberada y propagada por Maximiliano como parte de su campaña para que cesasen al general, y estaba calculada para apelar a la piedad de Fernando. Esta maquinación se difundió rauda a través de los informes diplomáticos y, en 1633, había adquirido un amplio crédito, lo que supuso una ayuda en los planes de aquellos que, de nuevo, pretendían su cese. [35]

Aunque la presión externa había sido decisiva en el primer cese de Wallenstein, la oposición llegó esta vez desde el seno de la monarquía Habsburgo, donde Fernando había contemplado la inactividad de Wallenstein con un recelo cada vez mayor. Maximiliano trabajó con discreción para intensificar las dudas de Fernando, pero no exigió el cese de Wallenstein hasta el 18 de diciembre y no tuvo una implicación directa en los acontecimientos. Lamormaini y los jesuitas también se opusieron al general, pero tampoco fueron esenciales en su caída. La presión española fue más significativa. Aunque Quiroga admiraba a Wallenstein y todavía redactaba informes favorables, Oñate detectó de inmediato el cambio de ánimos en

Viena a su llegada en noviembre después de haber acompañado al ejército de Feria. [36] Que la facción moderada favorable a una paz de compromiso, en las líneas sugeridas por Wallenstein, hubiera dejado de confiar en que él la obtuviese, resultó crucial. La oposición se convirtió en una cuestión personal, no política, cuando los moderados cerraron filas con los militantes y todos argumentaron que el comportamiento de Wallenstein socavaba la autoridad y el prestigio imperiales. La aversión de Wallenstein a la vida de la corte acabó pasándole factura. No había hablado con Fernando desde 1628, y en 1632 no había aprovechado intencionadamente las negociaciones que se llevaron a cabo en la cercana Göllersdorf para visitar Viena. Allí no quedaba casi nadie que lo defendiese. Estaba muy extendida la creencia de que había dicho a los exiliados bohemios que Fernando era demasiado dependiente de los clérigos como para hacer las concesiones necesarias que trajesen la paz, y que él mismo acordaría los términos y emplearía al ejército a fin de forzar al emperador a aceptarlas. Esto equivalía a cometer traición. Tras haber conferenciado con Trauttmansdorff y el obispo Anton Wolfradt, Gundakar von Liechtenstein envió a Fernando un memorando formal el 11 de enero de 1634 en el que recomendaba la «liquidación» de Wallenstein. [37]

El distanciamiento de Wallenstein respecto al ejército hizo que esto fuese factible. Había pasado la mayor parte de 1633 en Silesia, alejado de otros oficiales superiores a los que había dejado, en buena medida, abandonados a su suerte. Su pasividad causó preocupación. La inactividad dañaba la moral y la salud del ejército, al tiempo que no ofrecía oportunidades para que los oficiales se distinguiesen y ganasen ascensos. Reacios a encararse a su jefe por miedo a su notorio temperamento , discutieron los asuntos entre ellos, lo que los convirtió cada vez más en conspiradores, hasta el punto de que en agosto de 1633 se escribían en clave. Piccolomini se erigió en su líder. A pesar de los continuos ascensos conseguidos gracias al favor de Wallenstein, Piccolomini presintió el creciente disgusto del emperador con el general y cabe la posibilidad de que esperase ser elegido nuevo comandante imperial. [38] Uno de los subordinados de Piccolomini, Fabio Diodati, redactó un panfleto anónimo conocido como el *Bamberger Schrift* que resumía el resentimiento del ejército hacia su general.

Fernando envió a Trauttmansdorff a reunirse con Wallenstein después de que Schlick regresase de Silesia en agosto sin una explicación satisfactoria de su conducta. Trauttmansdorff se encontró con el general en Pilsen el 28 de noviembre, después de que hubiese cancelado su marcha sobre Ratisbona.

Wallenstein estaba al tanto de las críticas y se defendió respondiendo, por ejemplo, a la furia de Fernando por haber liberado a Thurn de su cautiverio, con la afirmación de que sería más provechoso tener al incompetente conde al mando de un ejército enemigo que en prisión. También escribió al emperador y le explicó que no quería arriesgar el ejército en una campaña de invierno, argumento que volvió a repetir a finales de diciembre. [39]

Estas cartas sellaron definitivamente su destino, al proporcionar evidencia de una desobediencia directa de las órdenes imperiales. Wallenstein parecía no ser consciente de las consecuencias; menos aún porque, en realidad, había buenas razones para no continuar la marcha al interior de Baviera, que empezaba a estar atestada con las tropas de Aldringen y Feria que se retiraban desde el Rin. Sin embargo, la llegada de sus negativas tras mostrar un comportamiento sospechoso durante meses parecía confirmar ahora que planeaba pasarse al enemigo. Agravó la situación que tratara de asegurar la lealtad de sus subordinados al convocar a sus coroneles en Pilsen y amenazarlos con dimitir. De los presentes, cuarenta y nueve firmaron el 12 de enero un manifiesto de lealtad personal conocido como el Primer Juramento de Pilsen. Wallenstein ordenó a Schaffgotsch que se asegurase de que firmaban los oficiales que aún se hallaban en Silesia, y el general Scherffenberg recibía las mismas instrucciones respecto de Alta Austria. La mayoría firmó porque pensaban que una dimisión o un cese de Wallenstein precipitaría otro desmoronamiento de su reputación que, como ocurriese en noviembre de 1630, los arruinaría a título personal y destruiría la cohesión del ejército.

Entre tanto, Piccolomini presentó su propia crítica condenatoria de Wallenstein el 10 de enero. Esta tuvo su peso en Viena, donde se le consideraba el fiel subordinado del comandante, además de que las noticias del Juramento de Pilsen parecían confirmar sus acusaciones. Fernando se reunió con Trauttmansdorff, el obispo Anton y Eggenberg en la mansión de este último a mediados de enero y acordaron que Wallenstein debía ser apresado vivo o muerto. La implicación de Eggenberg indica el absoluto aislamiento de Wallenstein. Cuando Piccolomini recibió la noticia de esta decisión el 22 de enero, ya había establecido contacto con un pequeño grupo de oficiales escoceses e irlandeses dispuestos a asesinar al general. Walter Butler era coronel de un regimiento de dragones alemán cuyo cuadro de oficiales estaba formado en su mayoría por compatriotas irlandeses, incluido el mayor Robert Fitzgerald y los capitanes Walter Devereux, Dennis

MacDonnell y Edmond Boorke. John Gordon, escocés, era la excepción, al ser calvinista cuando todos los demás eran católicos. Este era teniente coronel del regimiento de infantería de Trčka y comandante de la guarnición de Eger, asistido por su amigo el mayor Walter Leslie. [40]

Es probable que las altas instancias de los Habsburgo estuviesen al tanto de esto. Con Wallenstein considerado ahora un notorio rebelde no había necesidad de celebrar un juicio formal. El 24 de enero Fernando firmó una patente por la que eximía a todos los oficiales del deber de obediencia a Wallenstein, y les ordenaba que se pusiesen a las órdenes de Gallas hasta que fuese nombrado un nuevo comandante. Una segunda patente más dura, firmada el 18 de febrero, acusaba directamente a Wallenstein de conspiración y era en esencia una sentencia de muerte. No fue publicada de inmediato, ya que todos estaban convencidos de la necesidad de mantener el secreto para evitar que el ejército se dividiese. Todavía no estaba claro cuántos oficiales seguirían a Wallenstein. En ese momento, había 54 000 imperiales en Bohemia, Silesia y las regiones orientales de Brandeburgo y Pomerania. Menos de un tercio se hallaban dispersos en los alrededores de Pilsen, mientras que había otros veinte mil hombres a las órdenes de Aldringen en Austria, de Wolfgang Rudolf von Ossa en el Tirol y de Gronsfeld en Westfalia. Piccolomini firmó el Juramento de Pilsen para no levantar sospechas. Regresó con Gallas a Pilsen, siguiendo las órdenes de Wallenstein de acudir a consultas, pero consiguieron marcharse el 15 de febrero. Se distribuyeron copias de la primera patente del emperador entre los oficiales leales para que estos las publicasen en sus unidades. Las dietas de Alta y Baja Austria se reunieron en una sesión de emergencia y acordaron votar fondos adicionales para mantener contentos a los soldados.

Los acontecimientos se sucedieron con rapidez después de que Scherffenberg, el aliado de Wallenstein, fuese arrestado en Viena el 17 de febrero. Al día siguiente, Fernando ordenó que se reforzara la guarnición de Praga y que Aldringen reuniese tropas leales para capturar a Wallenstein. Otras unidades se concentraron en Budweis y el Alto Palatinado para detenerlo si decidía escapar. Wallenstein no sospechó nada hasta que el coronel Diodati dejó Pilsen con su regimiento en la madrugada del 17 al 18 de febrero. Despachó una serie de mensajeros a Viena con cartas que desmentían los rumores que había contra él, mientras el resto de oficiales eran convocados para firmar una segunda declaración el 20 de febrero. Solo treinta lo hicieron esta vez, los cuales fueron enviados a reunir a sus unidades

y a concentrarlas en Praga. Cuando comenzaron a desertar los soldados de los regimientos que todavía se hallaban en Pilsen, Wallenstein fue consciente de que ya no podía confiar en el Ejército. Tras pasar la noche empaquetando sus pertenencias, se marchó el 22 de febrero y se dirigió al oeste en dirección a Eger, desde donde podía unirse a los sajones o a los suecos. Francisco Alberto de Lauenburgo todavía ejercía de intermediario en las conversaciones secretas con Sajonia y se lo envió para que le dijera a Bernardo que se reuniese con Wallenstein en el Alto Palatinado.

No hay pruebas de que esta defección hubiese sido planeada. Juan Jorge todavía daba instrucciones a Arnim, en fecha tan tardía como el 18 de febrero, para que continuase las conversaciones y, si los rumores eran ciertos, para que convenciese a Wallenstein de que no desertase. La segunda tregua de agosto-octubre de 1633 había convencido a Oxenstierna de la doblez de Wallenstein. Arnim no logró persuadir al canciller, en una reunión de cinco horas celebrada el 11 de septiembre, de que Wallenstein buscaba genuinamente la paz. La muerte en octubre de Lars Tungel, el enviado sueco en Dresde, privó a Oxenstierna de la principal fuente de información y acrecentó sus sospechas respecto a Sajonia. Ahora buscaba el hundimiento de Wallenstein para evitar que Sajonia firmase una paz por separado, de modo que difundió rumores a través de los periódicos de Fráncfort, que se cebaban con la conocida oposición de Wallenstein a la marcha de Feria, a fin de sembrar la disensión en Viena.

El baño de sangre de Eger

Wallenstein dejó atrás a la mayor parte de la lenta infantería y artillería que todavía permanecían con él en Pilsen y se marchó con unos 1300 hombres, comunicándole a Butler que se le uniese con sus 900 dragones. Este envió a su confesor, Patrick Taafe, para que le asegurara a Piccolomini que él seguía siendo leal y que solo actuaba por coacción. Los conspiradores habían esperado un prolongado enfrentamiento y se vieron alentados por la rapidez con que se produjo la desafección del ejército respecto de Wallenstein. El coronel Johann Wangler se hizo con la guarnición de Praga y las unidades se precipitaron al interior de la ciudad desde sus alojamientos de la periferia para declarar su lealtad a Fernando. Piccolomini partió para perseguir a Wallenstein con dos mil caballos y le cortó el paso a su retaguardia a las afueras de Mies. Piccolomini se detuvo allí y, más tarde, aduciría que sus

hombres estaban demasiado cansados para continuar, aunque lo más probable es que lo hiciese para distanciarse de la masacre en ciernes.

El cada vez más reducido grupo de Wallenstein llegó a Eger a última hora de la tarde del 24 de febrero. Gordon le cedió sus propios aposentos en la casa de Pachabel, un elegante edificio de tres plantas en la plaza principal requisado a un ciudadano luterano que vivía en el exilio. La mayor parte de las tropas se vieron obligadas a acampar a las afueras de la población, ya que esta estaba ocupada por los mil doscientos infantes de Gordon. Ilow, el fiel segundo al mando de Wallenstein, mantuvo una serie de reuniones al día siguiente con Gordon, Leslie y Butler que pretendían persuadirlos de que permaneciesen leales a su jefe. Los tres tuvieron que lidiar con sus conciencias. Las declaraciones de lealtad religiosa y dinástica reverberan en sus testimonios posteriores, pero no cabía duda de que las perspectivas de promoción personal fueron un factor clave. También eran conscientes de que habían ido ya demasiado lejos: si no ejecutaban a Wallenstein iban a quedar implicados en sus crímenes. Acordaron en privado separar a Wallenstein del círculo íntimo que le quedaba: Ilow, Trčka, Kinsky y el capitán Heinrich Niemann, que mandaba su guardia. Asumieron el riesgo calculado de invitar a los cinco a una cena en el castillo, adivinando que Wallenstein se excusaría. La velada comenzó después de las seis de la tarde con Gordon como anfitrión. Leslie se excusó un momento de la sala con la intención de dejar entrar en el castillo a MacDonnell y a una partida de dragones de Butler. Tras haber regresado a la mesa, esperó hasta que entró un criado y asintió con la cabeza, lo que indicaba que todo estaba listo. Seis dragones irrumpieron en la sala y gritaron, «¿Quién es un buen imperial?». Gordon, Leslie y Butler se levantaron de un salto y gritaron «¡Larga vida a Fernando!». Kinsky fue ejecutado en su silla y los otros fueron masacrados tras una violenta pero breve lucha en la que la mesa quedó patas arriba. Butler se precipitó entonces a la casa Pachabel, a la que llegó alrededor de las diez de la noche. Fitzgerald aseguró las puertas mientras Devereux corría escaleras arriba y mataba a un paje que encontró en su camino. Al haber roto su espada, agarró una media pica e irrumpió en el dormitorio de Wallenstein. El general se había quitado la espada, las botas y la casaca y estaba a punto de acostarse. Tras un momento de vacilación, Devereux lo atravesó. Arrastró el cuerpo escaleras abajo, lo metió en un baúl y lo llevó al castillo. [41]

Los asesinos pasaron el día siguiente asegurándose la lealtad de los soldados. Leslie marchó a Viena a informar, mientras Butler, que debía tener

un detallado conocimiento de los planes de Wallenstein, envió una partida de dragones a capturar al desprevenido Francisco Alberto mientras cabalgaba de vuelta tras encontrarse con Bernardo. Como golpe extra, también trataron de secuestrar a Arnim mediante el envío de una carta falsa rubricada con el sello del anillo de Kinsky, pero los rumores del asesinato ya se habían difundido extramuros. Los sajones se habían mostrado sinceros al creer que Wallenstein se disponía a desertar, pero Bernardo sospechó que sus llamamientos eran otro truco.

La situación siguió siendo confusa. Ajeno a lo que había sucedido, el comandante de la plaza de Troppau se declaró a favor de Wallenstein el 1 de marzo, pero se vio obligado a rendirse cuando sus hombres aceptaron una amnistía imperial. Las guarniciones imperiales en Suabia ofrecieron poca resistencia y Horn aprovechó la situación para alistar a tres mil hombres en su ejército. [42] Bernardo no dejó Ratisbona hasta el 1 de marzo, cuando se enteró del asesinato y se apresuró hacia el norte, donde esperaba tomar Eger e integrar a las descontentas unidades imperiales en las fuerzas aliadas, pero ya era demasiado tarde.

Recompensas y encubrimiento

No obstante, continuó el descontento, ya que la reputación se desmoronó tal y como se había temido y la conspiración dividió al cuerpo de oficiales. Los impulsores eran italianos y los escoceses y los irlandeses habían cometido el crimen. Las víctimas eran bohemios, silesios o alemanes septentrionales. Melchior von Hatzfeld calificó su nombramiento como miembro del consejo de guerra que debía revisar los acontecimientos como una artimaña de Gallas para que fuese un alemán el que tuviese que llevar a cabo una tarea tan desagradable. Logró esquivar este cometido, pero el resentimiento prevaleció, en especial hacia el antipático Piccolomini. [43] La propaganda protestante, en un principio hostil a Wallenstein, se reorientó para fomentar las tensiones y desestabilizar al ejército.

El emperador actuó con rapidez y el 27 de abril anunció que su hijo el archiduque Fernando era el nuevo comandante en jefe, con Gallas como segundo al mando. Este volvió a asumir la responsabilidad de nombrar coroneles, a los que se prohibió entonces que pudiesen ostentar el mando de más de dos regimientos de forma simultánea. Se hicieron otros intentos para mejorar la disciplina y racionalizar la artillería, pero en general el Ejército y

su financiación permanecieron inalterados. [44] Las finanzas y la lealtad se apuntalaron mediante la aceleración de la confiscación de las propiedades de Wallenstein y de sus colaboradores, ya autorizada el 20 de febrero, con unos activos netos estimados en trece millones de florines. [45] Butler, Leslie y Gordon recibieron propiedades. Butler no las disfrutó por mucho tiempo, al morir a causa de la peste en diciembre de 1634, y Gordon dejó pronto el servicio imperial para ingresar en el ejército neerlandés, probablemente porque con su arrogancia se ganó la enemistad de sus camaradas. Por el contrario, Leslie se convirtió en un personaje rico e influyente después de abandonar cualquier actividad ulterior de mando de tropas. Los autores materiales del asesinato recibieron dinero en metálico y honores más modestos, pero continuaron desempeñando puestos de pequeña importancia. Devereux murió cinco meses más tarde con el grado de coronel. Los verdaderos beneficiarios fueron los principales conspiradores, como Piccolomini, Gallas y Aldringen, que recibieron extensas propiedades a modo de recompensa, aunque también como compensación por los atrasos adeudados de sus sueldos.

La prensa coetánea informó de veinticuatro ejecuciones. [46] En realidad, solo se ejecutó al comandante de la plaza de Troppau, al igual que al general Schaffgotsch, a pesar de la falta de pruebas. Otros siete fueron privados de sus regimientos y algunos más encarcelados por un tiempo, incluido Francisco Alberto, que fue liberado en agosto de 1635 después de que Sajonia cambiase de bando. Una serie de informes concluyeron en julio de 1634 que los dos Juramentos de Pilsen fueron constitutivos de motín y justificaban el asesinato sobre el argumento de «rebeldía flagrante». Las pesquisas se publicaron más tarde en octubre como justificación oficial. La búsqueda de pruebas continuó, pero poco se pudo desentrañar más allá de una confesión de Jaroslav Rasin, uno de los intermediarios bohemios de Wallenstein.

Fernando no deseaba una caza de brujas, en especial una vez que las investigaciones iniciales confirmaron que, en gran medida, Wallenstein había actuado en solitario. Al igual que Maximiliano, se sintió aliviado de que el peligro hubiese pasado y quiso que el asunto se olvidase cuanto antes. No cabe duda de que documentos en potencia incriminatorios como el acuerdo de Göllersdorf fueron destruidos para silenciar una posible crítica al emperador. Los familiares de Wallenstein no protestaron y, con posterioridad, se dispuso que su viuda viviese en una de sus propiedades.

Solo Eggenberg mostró una verdadera desazón que le hizo dimitir de su cargo como consejero privado, pero su muerte poco después minimizó el impacto de dicho gesto.

Wallenstein pasó con rapidez de la polémica de rabiosa actualidad a la literatura y el drama; una obra de teatro sobre él se estrenó en Londres en fecha tan temprana como 1640. El interés menguó hacia 1700, pero resurgió con la trilogía de Schiller a finales del siglo XVIII, que suscitó de nuevo el debate sobre su verdadera importancia. Quizá la verdadera tragedia fuese que ya empezaba a ser irrelevante en el momento de su asesinato. Con los sajones buscando la paz de forma activa suponía más un obstáculo que una ayuda. La conclusión general es que Wallenstein fue el último de los condotieros, o grandes capitanes mercenarios que surgieron en el Renacimiento italiano. [47] Hay quien piensa que tales figuras representan una transición en el devenir histórico en cuanto a recursos empleados por los estados hasta que los Gobiernos tuvieron capacidad para organizar sus ejércitos por sí mismos. Esto es engañoso. El fracaso de Wallenstein a la hora de asegurarse la lealtad de sus subordinados indica el relativo poder del estado Habsburgo. Los oficiales reconocían que, en última instancia, era el emperador, no Wallenstein, el que garantizaba sus pagas y legitimaba sus acciones. Wallenstein podría haberse ganado apoyos si hubiese actuado como portavoz de los agravios de los oficiales, como Bernardo había hecho durante el motín sueco. El Primer Juramento de Pilsen sugiere este extremo. Sin embargo, los acontecimientos demostraron que muy pocos estaban dispuestos a seguirlo en un acto de deslealtad política.

LOS DOS FERNANDOS

Reanudación de la intervención española, 1634

El asesinato de Wallenstein despejó el camino para que Olivares recuperase su estrategia de 1633 de combinar la restauración de la hegemonía española en el Rin con la presión al emperador para que le prestase ayuda contra los neerlandeses. No esperaba que Fernando declarase la guerra a la República pero sí que una mejora de su posición en el seno del Imperio llevase al emperador a enviar a parte de su ejército a Flandes. Las cosas allí se estaban deteriorando tras la muerte de Isabel en diciembre de 1633 y con las nuevas evidencias de la conspiración del conde Van den Bergh. Se estaba formando

un nuevo ejército en Milán que debía escoltar a Fernando, el hermano de Felipe, hasta los Países Bajos españoles. Este recogería a los supervivientes de la expedición de Feria, que se encontraban todavía en Baviera, restauraría la situación en el sur de Alemania, despejaría el Camino Español y proporcionaría un poderoso refuerzo a las fuerzas presentes en Flandes. Oñate recibió instrucciones de ofrecer subsidios más sustanciosos, que se harían efectivos una vez el emperador Fernando ofreciese, en reciprocidad, ayuda militar. [48]

Oñate se reunió con los principales consejeros bávaros e imperiales en Viena a finales de abril de 1634 para ultimar las disposiciones necesarias y planear la liberación del sur de Alemania. Con el apoyo bávaro persuadió a los imperiales para que permaneciesen a la defensiva frente a Sajonia y dirigiesen su esfuerzo principal contra Bernardo y Horn. El archiduque Fernando y Gallas se pusieron en marcha desde Pilsen con 25 000 hombres, un mes más tarde, con la intención de unirse a Aldringen, que tenía 3000 imperiales, 7500 bávaros y 4000 españoles supervivientes en el Danubio. Rodolfo de Colloredo quedó en Bohemia con 25 000 hombres, mientras que su hermano Jerónimo tenía 22 000 en Silesia y a lo largo del Óder. Había otros 6000 en Breisach y en el resto de puestos avanzados de los alrededores del lago Constanza, mientras que las unidades de la Liga en Westfalia ascendían a un total de 15 000 efectivos. [49]

Eran, sin duda, contingentes de una cantidad considerable e indicativos de la dimensión del esfuerzo imperial, capaz de mantener varios ejércitos grandes de forma simultánea. Con Wallenstein fuera de la partida el mando fue también más coherente, en contraste con los suecos, que permanecían desunidos. Horn continuaba empantanado en el sitio de Überlingen, en un esfuerzo por cerrar la ruta del lago Constanza al cardenal infante Fernando. Bernardo se hallaba todavía en Franconia y no pensó que los imperiales intentaran nada hasta que llegasen los españoles, lo que le daba tiempo para reanudar los infructuosos ataques sobre Kronach y Forchheim, que debían asegurar su posesión de Bamberg.

Esta dispersión de los dos principales ejércitos suecos dejó expuesta a Ratisbona, su presa principal del año anterior. Las fuerzas imperiales y bávaras pusieron sitio a la ciudad el 23 de mayo. Lars Kaage llevó a cabo una enérgica defensa con su poderosa guarnición de 4000 efectivos, aunque no podía resistir de forma indefinida. Horn y Bernardo se unieron en las inmediaciones de Augsburgo el 12 de julio, pero sus campañas habían

reducido la fuerza combinada a solo 22 000 hombres. Marcharon hacia el este al interior de Baviera y derrotaron a una fuerza de bloqueo en Landsberg, en el Lech, el 22 de julio, donde murió Aldringen. Desperdiciaron una semana antes de reanudar su avance y para entonces era demasiado tarde, ya que Ratisbona se rindió el 26 de julio. Kaage cayó en desgracia y fue llamado a Suecia, pero había hecho bien su trabajo y había debilitado a los sitiadores, que tuvieron 8000 bajas y 6000 desertores. El carácter estático de los asedios propiciaba la aparición de enfermedades y hambre, lo que los hacía a menudo más costosos que las batallas. Las pérdidas imperiales se vieron agravadas por las malas noticias provenientes de las tierras hereditarias de los Habsburgo, donde una combinación de capacidad de mando deficiente y un número insuficiente de efectivos había impedido que se pudiesen explotar las ganancias que siguieron a la segunda batalla de Steinau.

Oxenstierna estaba resuelto a eliminar la amenaza contra Pomerania y a distraer a Juan Jorge de sus conversaciones de paz. Alexander Leslie recuperó Landsberg, en el Varta, el 16 de marzo, mientras Jerónimo de Colloredo bloqueaba Breslavia más al sur. No fue hasta mayo cuando Banér reconstruyó el maltrecho ejército de Thurn y lo elevó a 14 000 efectivos. Jorge Guillermo envió 3000 brandeburgueses y Arnim llegó con 14 000 sajones. El ejército combinado derrotó a Colloredo en Liegnitz el 8 de mayo en una dura batalla que se decidió gracias a la mayor disciplina de la infantería sajona. El ejército imperial se desintegró y perdió más de cinco mil hombres. Colloredo fue procesado en un consejo de guerra y encarcelado por un breve espacio de tiempo. Para mediados de junio, Banér había recuperado las posiciones del curso medio del Óder, incluida Fráncfort. A continuación, se viró al oeste junto a Arnim con la intención de invadir Bohemia, y apareció ante Praga el día que calló Ratisbona.

El archiduque Fernando marchó por el Danubio a Bohemia pero se detuvo el 2 de agosto cuando llegaron noticias de que Arnim se había retirado ya con la excusa de falta de suministros, un pretexto para dejar a Banér. Once regimientos siguieron adelante para reforzar a Rodolfo de Colloredo, mientras que el resto de los hombres del archiduque dieron la vuelta y se dirigieron a tomar Donauwörth el 16 de agosto. La crisis de los imperiales había pasado, aunque alarmó a España lo suficiente como para que diese instrucciones al cardenal infante Fernando de que se desviase de la ruta y prestase ayuda a los imperiales en Franconia.

Los 11 700 españoles e italianos que cruzaron La Valtelina en julio fueron

el contingente más grande y el último en emplear esta ruta. La marcha se vio retrasada por una subida del nivel de las aguas en el lago de Como a la entrada del valle, pero lograron reunirse con los restos del ejército de Feria en agosto, lo que elevó entonces sus efectivos a 3892 caballos y 18 700 infantes.[50] Entre tanto, el archiduque Fernando avanzó un poco hacia el noroeste con el objeto de poner sitio a Nördlingen, defendida únicamente por quinientos hombres, y envió caballería a liberar Forchheim, que estaba todavía bloqueada por unos cuatro mil hombres a las órdenes de Johann Philipp Cratz. El avance al interior de Franconia fue un golpe en el corazón de la Liga de Heilbronn. Oxenstierna trató de mantener un apoyo menguante en el segundo congreso de la Liga, que se celebraba en aquellos momentos en Fráncfort. Nördlingen tenía poco valor estratégico, pero Oxenstierna no se podía permitir perderla y dirigió todas sus fuerzas disponibles a liberarla.

La batalla de Nördlingen

Tras haberse replegado a Suabia para reagruparse, Horn y Bernardo se reunieron en Ulm y marcharon hacia el este a través de Aalen y Bopfingen, pero llegaron demasiado tarde para impedir que el archiduque Fernando pusiese sitio a Nördlingen el 18 de agosto. Horn se negó a atacar a través del río Eger contra un enemigo que les superaba en número. Sabía que los españoles venían de camino, pero esperaba que los refuerzos organizados por Oxenstierna llegasen primero. Tras poner en fuga a los croatas que patrullaban los alrededores de la población el 24 de agosto, Horn logró meter en la plaza doscientos cincuenta mosqueteros y prometió socorrer a los defensores en seis días. Unos siete mil hombres llegaron el 28 de agosto, pero se trataba en gran medida de milicia de Wurtemberg, de valor limitado. Bernardo y Horn oyeron el sonido de las celebraciones a la llegada del cardenal infante Fernando al campamento enemigo el 3 de septiembre. El encuentro de los dos Fernandos fue conmemorado en una pintura de Rubens. Los dos primos se cayeron muy bien, aunque el mando efectivo lo ostentaron sus experimentados lugartenientes, Gallas y el yerno de Spínola, Diego Mesía, marqués de Leganés. El fugitivo duque de Lorena llegó como comandante en jefe bávaro tras la muerte de Aldringen.[51] Los españoles ya venían infestados de una epidemia de peste que había matado a 4000 hombres desde su llegada a Baviera, pero el ejército combinado era todavía poderoso y contaba con 15 000 caballos, 20 500 infantes y, al menos, 52

cañones. De estas tropas, 15 000 eran «españoles», 8500 bávaros, 10 000 imperiales y 2000 croatas.

Nördlingen fue sometida a un intenso bombardeo y casi sucumbió a un asalto el 4 de septiembre. Alertados por bengalas de socorro, Horn y Bernardo conferenciaron a medianoche. Horn quería aguardar a Solms, cuya llegada con 6000 hombres se esperaba en seis días, pero Bernardo pensaba, y estaba en lo cierto, que la plaza no podría aguantar tanto tiempo, y además argumentó que la llegada de Cratz desde Forchheim al día siguiente les daría ya unos 16 000 infantes, 9700 caballos y 70 cañones. Es probable que no fueran conscientes de sus verdaderas posibilidades y no cabe duda de que solo tenían una idea aproximada del terreno que había más allá del río porque los croatas imperiales y los dragones impidieron que se efectuase un reconocimiento efectivo. Decidieron marchar hacia el oeste como si se retirasen a Ulm, pero cruzaron el Eger aguas arriba en Bopfingen y luego se dirigieron al sur con el objeto de tomar una línea de colinas a dos kilómetros al sur de Nördlingen y flanquear de este modo a los dos Fernandos. Tras partir a las cinco de la mañana recogieron a Cratz, dejaron su bagaje en Neresheim, protegido por tres mil wurtemburgueses, y se dirigieron al este a través de las boscosas colinas del Jura. Horn y Bernardo se habían estado alternando en el mando de la vanguardia de manera que ninguno de los dos se sintiese subordinado al otro. Era el turno de Bernardo de encabezar el avance y continuó con el mismo, aunque muy despacio, por el estrecho camino.

Fue descubierto por los piquetes imperiales alrededor de las cuatro de la tarde. Leganés y Gallas reaccionaron de inmediato con la intención de asegurar la línea de colinas que había a su izquierda. Estas discurrían de noroeste a sudeste desde el Eger y estaban separadas del Jura por el cenagoso riachuelo Retzenbach. Las tropas de Bernardo aparecieron por la colina de Himmelreich al oeste poco después de las cuatro de la tarde y comenzaron a escaramuzar con los piquetes españoles e imperiales, incluidos los dragones de Butler. [52] Le siguió un enfrentamiento cuando Bernardo quiso despejar las colinas una tras otra de oeste a este. Sus tropas aún salían del Jura y cruzaban el Retzenbach, pero después de tres horas había tomado en sucesión la colina de Himmelreich, la loma boscosa de Ländle y la despejada y más baja Lachberg. El tiempo permitió a los mosqueteros españoles e imperiales reagruparse en la boscosa colina de Heselberg, donde continuaron la resistencia apoyados por la caballería. Horn llegó después de las diez de la noche para relevar a las agotadas tropas de Bernardo y Heselberg cayó

finalmente cuatro horas más tarde.

El retraso resultó crucial y permitió a 6600 infantes españoles y a 1500 bávaros ocupar la loma de Albuch, en el extremo oriental de las colinas, que era la clave de toda la posición, debido a que bloqueaba el paso de flanqueo hasta la retaguardia de los Habsburgo. Las tropas pasaron la noche cavando tres pequeños sistemas de trincheras para 14 cañones, mientras 2800 jinetes borgoñones e italianos formaban en las inmediaciones. El resto del ejército se desplegó a lo largo de otra línea de colinas que iba hacia el norte hasta Nördlingen, lugar en el que fueron apostados dos mil infantes en las posiciones de asedio para evitar una salida.

Los Habsburgo esperaban que el enemigo cruzase el Himmelreich y se desplegase en la llanura de Herkheimerfeld, entre su posición y el Eger. Bernardo y Horn no tenían intención de efectuar una maniobra tan peligrosa. En su lugar, las agotadas tropas de Bernardo aguardarían en el Ländle y el Lachberg mientras los hombres de Horn, algo más descansados, atacaban Albuch desde el Heselberg y el valle del Retzenbach. Horn tenía unos 4000 caballos y 9400 infantes, aunque 3000 de estos últimos eran milicia de Wurtemberg. Atacó al amanecer del 6 de septiembre, probablemente de forma prematura, porque su comandante de caballería malinterpretó un reconocimiento y lanzó un asalto hacia lo alto de la pronunciada ladera. La caballería fue repelida, pero la infantería escocesa y alemana de élite de la primera oleada doblegaron pronto la línea de frente de los Habsburgo, compuesta en gran parte por alemanes levantados ese invierno al servicio de España. Los protestantes culparon de la posterior debacle al estallido de un carro de pólvora, que sembró temporalmente la confusión entre la victoriosa infantería. Es más probable que fuesen sorprendidos por un repentino contraataque del tercio viejo español de Idiáquez, que había estado al acecho detrás de las posiciones fortificadas.

Cada uno de los asaltos posteriores fue efectuado con un entusiasmo menguante, mientras que los españoles podían nutrir su frente de tropas frescas a partir de las reservas situadas al nordeste de la colina. Los españoles también sabían cómo lidiar con la temida salva sueca, agachándose cada vez que el enemigo se disponía a disparar. Tan pronto como las balas silbaban sobre sus cabezas, los españoles se levantaban y efectuaban su propia descarga. Bernardo envió en apoyo dos brigadas de infantería y llevó a su propia caballería a la llanura para distraer a los Habsburgo y disuadirlos de reforzar Albuch. Los infantes frescos fueron pronto detenidos a los pies de la

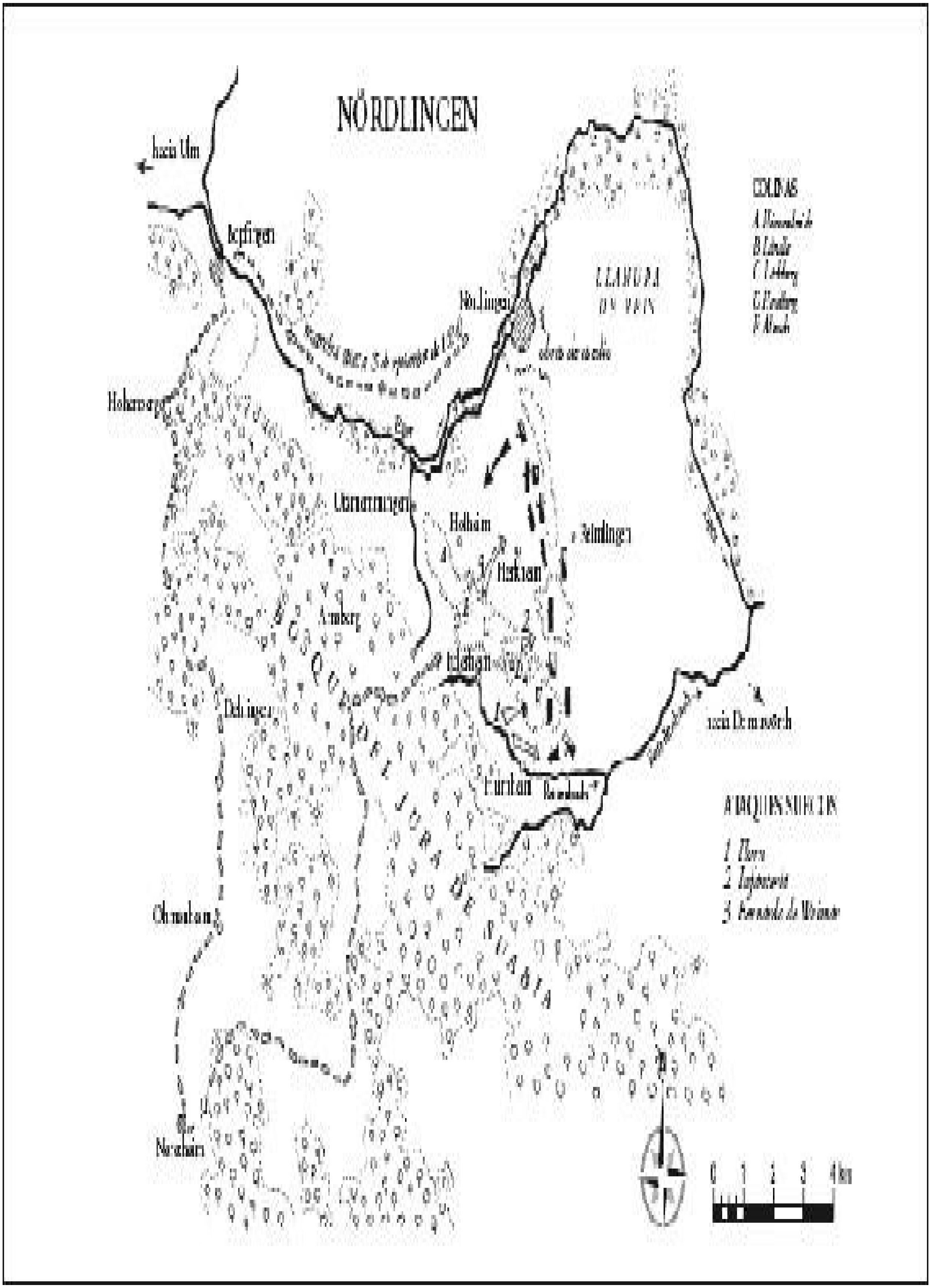
ladera por la mosquetería española y luego atacados por la caballería italiana que aguardaba hacia el norte. Se produjo un feroz choque de caballería cuando Horn envió a sus propios jinetes al rescate mientras el duque Carlos, aburrido de estar inactivo al otro extremo de la línea, cabalgó hasta ese punto y organizó un contraataque. El estruendo de la batalla llegó a escucharse hasta en Andechs, a ciento veinte kilómetros de distancia. [53]

Horn cedió alrededor de las diez de la mañana y dejó expuestas a las otras unidades de infantería que todavía esperaban en el Lachberg. Reforzados por más bávaros, los españoles se apoderaron del Heselberg y dispersaron a las últimas tropas de Horn, que trataron de escapar a través del Retzenbach. Entre tanto, los croatas se habían abierto camino por el Eger hasta atravesar la colina de Himmelreich, rebasando el flanco de Bernardo. Incluso él se dio cuenta de que la situación era desesperada y trató de huir de la llanura. «Los españoles acabaron con todos». [54] Bernardo escapó gracias a que un dragón le dejó su caballo fresco. Horn fue capturado junto con otros cuatro mil hombres. Los prisioneros bávaros e imperiales obligados a servir con Suecia regresaron a sus unidades, al igual que hicieron muchos de los hombres capturados pertenecientes a los regimientos de la Liga de Heilbronn. Alrededor de ocho mil resultaron muertos, incluidos dos mil wurtemburgueses, que fueron masacrados cuando los croatas capturaron el bagaje, apostado en Neresheim. Solo quedaban unos catorce mil hombres cuando Bernardo llegó a Heilbronn unos días más tarde. Admitió ante Oxenstierna que «la desgracia es tan grande que no podría ser mayor». [55]

Suecia pierde el sur de Alemania

Frente a lo anterior, la pérdida de dos mil hombres de los Habsburgo parecía escasa y les permitió proclamar un gran triunfo. Tras una larga sucesión de derrotas, Nördlingen se alzó como la exoneración por el asesinato de Wallenstein y consolidó la influencia de Gallas y Piccolomini, que habían quedado asociados a la victoria. Como en Breitenfeld, la magnitud fue amplificada por la desmoralización del ejército enemigo. Las noticias de la derrota llegaron a Fráncfort el 12 de septiembre junto con una marea de refugiados. Los delegados que quedaban en Heilbronn huyeron al día siguiente. Oxenstierna trató de improvisar una nueva línea de defensa a lo largo del Meno con el objeto de circunscribir la derrota al sur. Nadie cooperó. Juan Jorge no lanzó el ataque de diversión que le solicitaron contra Bohemia,

y el duque Jorge se negó a marchar al sur a defender el curso medio del río. Guillermo de Weimar abandonó Franconia y se replegó con cuatro mil hombres a su base de Érfurt, lo que dejaba expuesto el curso alto del Meno a Piccolomini e Isolano, que se aproximaban con trece mil hombres desde Nördlingen y el noroeste de Bohemia. Piccolomini tomó Schweinfurt e Isolano destruyó los talleres de fabricación de armas de Suhl, que habían suministrado a los suecos la mayoría de armas individuales y municiones desde 1631. Isolano y seis


NÖRDLINGEN
hacia Ulm
Holheim
Ohmenheim

mil croatas barrieron a continuación el curso bajo del Meno en noviembre, y arrasaron la posesión hessiana de Hersfeld.

El ejército imperial principal se dirigió al oeste y, tras rebasar Ulm, entró en Stuttgart el 19 de septiembre. El duque Everardo III huyó a Suiza y la última fortaleza de Wurtemberg se rindió en noviembre. Solo continuó la resistencia la aislada Hohentwiel en el curso alto del Danubio. Mientras los imperiales volvían a la normalidad, los españoles continuaron hacia el oeste y los bávaros, ahora al mando de Werth, tomaron Heidelberg el 19 de noviembre, aunque su castillo continuó la resistencia. A la cabeza de su caballería, Werth hostigó a los restos del ejército de Bernardo mientras este se retiraba a Fráncfort. Los comandantes del ejército sueco del Rin se negaron a unirse a él con el argumento de que esto provocaría la desmoralización de sus propias tropas. Birkenfeld abandonó Heilbronn y se retiró a la cabeza de puente de Kehl, frente a Estrasburgo. Sus esperanzas de sustituir a Bernardo quedaron truncadas por Oxenstierna, que pensó que carecía de una alternativa realista al derrotado general. La muerte del conde Salm-Kyrburg de peste el 16 de octubre permitió a Bernardo incorporar a su mando a las antiguas unidades alsacianas.

Tras dejar que Werth y el duque Carlos completasen la conquista del Bajo Palatinado, el cardenal infante Fernando continuó su marcha por el Rin, cruzándolo en Colonia el 16 de octubre para llegar a Bruselas diecinueve días más tarde. Entre tanto, el conde Felipe de Mansfeld reunió a los westfalianos en Andernach, acompañados, parece ser, de cien carros cargados con las pertenencias de señores y clérigos católicos impacientes por recuperar sus propiedades. [56] A medida que Felipe marchaba hacia el sur parecía que Bernardo fuese a ser aplastado entre el martillo de Mansfeld y el yunque de Gallas.

La situación mostraba muchos paralelos con la de 1631, solo que esta vez eran las áreas protestantes las afectadas, a medida que colapsaba el gobierno tras la estela de la precipitada huída de los colaboradores alemanes de Suecia. También hubo un sufrimiento generalizado, ya que la peste dificultó la cosecha y causó desolación por doquier. Había indicios de que el emperador Fernando había aprendido la lección de 1629, pues se hicieron esfuerzos por contener a los católicos más entusiastas e intervino para detener los castigos que había impuesto el obispo Von Hatzfeldt a los caballeros de Franconia por haber colaborado con los suecos, y a los jesuitas se les denegó la solicitud de hacerse cargo de la universidad de Wurtemberg en Tubinga. No cabe duda de

que las consideraciones políticas influyeron en ello, puesto que Viena no quería arriesgar las prometedoras negociaciones con Sajonia. La presencia del archiduque Fernando fue otro factor moderador. Sin embargo, a menudo resultó imposible impedir que oficiales y administradores se aprovechasen de la situación a fin de lucrarse personalmente o con el objeto de encontrar dinero en metálico con el que satisfacer las pagas atrasadas del ejército imperial. [57] El gobierno católico reanudó su actividad con relativa rapidez en Wurzburgo, a pesar de que las guarniciones suecas resistieran en Marienberg y Königshofen hasta enero y diciembre de 1635 respectivamente.

Oxenstierna trabajó frenéticamente con el objeto de salvar la situación, en la medida de lo posible, y volvió a convocar el congreso de la Liga de Heilbronn en Worms el 2 de diciembre. Aunque algunos miembros deseaban continuar la lucha, la mayoría prefirió buscar una salida a través de la mediación de Sajonia. El 24 de noviembre, los enviados de Sajonia y de Darmstadt acordaron redactar un borrador con los términos de la paz conocido como la Nota de Pirna. Oxenstierna trató de contener la deserción mediante la publicación de todo lo que pudo descubrir sobre dichos términos de paz, en particular sobre la sugerencia de 1627 como nuevo año de referencia, lo que aseguraría muchas de las ganancias católicas. [58]

La intervención francesa

La posición del canciller fue socavada por Richelieu, que vio una oportunidad de desplazar a Suecia y convertir a su Liga en un bloque neutral multiconfesional. Francia había ofrecido una alianza más estrecha a Suecia el 15 de septiembre de 1633, pero condicionó la ratificación a la entrega de Philippsburg, que en última instancia había sido tomada por Salm-Kyrburg en enero de 1634. Oxenstierna se mostró reticente a ceder la fortaleza, ya que esto situaría a Francia en el interior de Alemania. Cada vez más, los militantes que quedaban en la Liga comenzaron a ver a Francia como un socio más deseable. Todos eran conscientes de que el sultán había suspendido las operaciones contra el sur de Polonia en 1633 a fin de atacar Persia. Polonia había firmado la paz con Rusia en junio de 1634 después de un enfrentamiento de dos años, lo que le dejaba las manos libres para reanudar la guerra con Suecia una vez expirase la Tregua de Altmark en 1635. [59] Guillermo V de Hesse-Kassel había iniciado ya las conversaciones con Francia, en paralelo a sus negociaciones con los neerlandeses, y había

aceptado una pensión gala en febrero de 1634. Las tropas francesas fueron admitidas en Philippsburg el 26 de agosto, aunque la fortaleza continuó bajo el control de la Liga y al mando del duque de Wurtemberg.

El canciller de Wurtemberg, Löffler, y el enviado palatino, Streiff von Lauenstein, se dirigieron entonces a París a negociar a espaldas de Oxenstierna. Los términos que aceptaron en nombre de la Liga el 1 de noviembre son un buen indicador de los objetivos de Richelieu. Francia asumiría de manera efectiva el control de la Liga y esta prometía no firmar ninguna paz sin su consentimiento. Se haría efectivo el pago directo de un subsidio de 500 000 libras al tesoro de la Liga, con exclusión de Suecia. Además, Richelieu enviaría 12 000 hombres –que no serían franceses– con el propósito de alejar a Luis XIII del desencadenamiento de una guerra con el emperador. La Liga restauraría el culto católico en los territorios de todas sus conquistas. Por último, proporcionaría una «satisfacción» apropiada por los esfuerzos de Francia en la forma de los territorios austriacos de Alsacia, Breisach, Constanza y de todos los fuertes del Rin comprendidos entre los primeros. [60]

Algunas de estas concesiones se hallaban ya en manos francesas antes de que se secase la tinta. En el pánico y la confusión que siguieron a Nördlingen, los administradores suecos concluyeron sus propios acuerdos. Friedrich Mockel, el residente en Alsacia, rindió diecisiete ciudades a los franceses, incluidas Colmar y Schlettstàdt (actual Sélestat), el 9 de octubre, reteniendo solo Benfeld. Al tiempo que Rohan las ocupaba con 5000 hombres, La Force marchaba con 19 000 al Rin a ponerse frente a Mannheim, y otros 3000 apostados en Nancy aseguraban Lorena.

La lucha por los activos de la Liga se centró entonces en su ejército en Fráncfort, que todavía contaba con 18 000 hombres, y las guarniciones en Maguncia, Espira, Hanau y el castillo de Heidelberg. Feuquières estaba listo para secuestrar a Oxenstierna e impedirle mover las tropas al norte del Meno fuera de la influencia francesa. Los delegados de Heilbronn en Worms ofrecieron a Bernardo el mando exclusivo después de que se quedase en el sur para protegerlos. Oxenstierna le concedió a regañadientes el control absoluto del ejército el 12 de marzo de 1635 con la condición de que continuase subordinado a él como director de la Liga. Los representantes de los príncipes ratificaron el tratado de Löffler y Streiff, pero sus colegas de la burguesía y Oxenstierna se negaron. Feuquières retuvo el subsidio prometido, pero tuvo que autorizar la intervención militar cuando la situación se

deterioró debido al lento avance de Felipe, conde de Mansfeld, que subía el curso del Rin, y al estrechamiento del sitio del castillo de Heidelberg a manos de Gallas. La Force envió siete mil hombres el 22 de diciembre por el puente de pontones de Mannheim sobre el Rin para ayudar a Bernardo a liberar Heidelberg. Mansfeld llegó al Meno después que los franceses y se retiró para evitar el contacto.

Pese a todo, la presión continuó aumentando. Los imperiales lograron entrar mediante una artimaña, disfrazados de campesinos, en el interior de Philippsburg, y doblegaron a su guarnición de infantería francesa y milicia de Wurtemberg el 24 de enero de 1635. Con esta amenaza neutralizada, Werth cruzó el Rin congelado el 2 de febrero con 3700 hombres a fin de tomar Espira. Carlos de Lorena cruzó aguas arriba, en Breisach, con nueve mil bávaros e imperiales, ocupó Mömpelgard y comenzó la reconquista de Alsacia. La Force no tuvo otra elección que abandonar Heidelberg y cruzar el Rin de vuelta por Mannheim el 22 de febrero. Aunque recuperó Alsacia y Espira, la operación drenó hombres de otro ejército que Richelieu pretendía enviar a los neerlandeses en caso de necesitar ayuda. La campaña de invierno redujo los efectivos de La Force a solo 9000 combatientes, lo que lo obligó a retirarse a Metz para reunirse con 11 000 hombres de refuerzo que se concentraban bajo las órdenes del cardenal La Valette. Ambos estuvieron muy ocupados hasta julio repeliendo los intentos del duque Carlos de recuperar su ducado. [61]

El congreso celebrado en Worms se volvió a reunir el 17 de febrero de 1635 después de cuatro semanas de receso. Los miembros luteranos aceptaron la Nota de Pirna, aún rechazada por los calvinistas. El congreso cesó sus sesiones el 30 de marzo sin acuerdo, lo que disolvió la Liga de modo efectivo. La Nota de Pirna no ofrecía nada a Suecia. Oxenstierna ya había enviado a Hugo Grocio a París en febrero, pero Richelieu se negó a recibirlo. El canciller se tragó su orgullo, se compró nuevas ropas y partió acompañado de un séquito deliberadamente grande de doscientos miembros a reunirse con el cardenal en Compiègne el 27 de abril. Luis XIII entregó a Oxenstierna un anillo como símbolo de respeto, pero se negó a acordar nada que fuese más allá de un vago tratado de amistad. Para entonces, Suecia no era el único problema de Francia, ya que Richelieu y su rey estaban a punto de embarcarse en una guerra completamente diferente.

NOTAS

1. Para obtener más información sobre la propaganda y su impacto, ver Holm, J.: «King Gustav Adolf's death: the birth of early modern nationalism in Sweden», 109-130. Ver también Ping, L. L., 262-276; Paul, J.: «Gustaf Adolf in der deutschen Geschichtsschreibung», 415-429. Sobre las reticencias a negociar, ver Struck, W., 18-50.

2. *Vid.* Buckley, V., 39-64.

3. *Vid.* Roberts, M.: «Oxenstierna in Germany 1633-1636», 61-105, en 72.

4. Cita extraída de *ibid.* , 75.

5. La línea avanzada por Droysen, G.: *Bernhard von Weimar* .

6. Más detalles en Lockhart, P. D.: *Denmark in the Thirty Years War, 1618-1648: King Christian IV and the decline of the Oldenburg state* , 214-243. Ver también Frohnweiler, K. H.: «Die Friedenspolitik Landgraf Georgs II von Hessen-Darmstadt in den Jahren 1630-1635», 1-185, en 92-113; Struck, W., 63-72.

7. *Vid.* Suvanto, P.: *Die deutsche Politik Oxenstiernas und Wallenstein* , 86-90.

8. *Vid.* Öhman, J., 51-54. Para profundizar más, Kretzschmar, J.: *Der Heilbronner Bund 1632-1635* ; Langer, H.: «Der Heilbronner Bund (1633-1635)», 113-122.

9. *Vid.* Roberts, M.: «Oxenstierna in Germany 1633-1636», 82. Ver también Schieche, E.: «Schweden und Norddeutschland 1634», 99-132. A. und Buchner, V., 154-161. Ver también Junius, M. A.: «Bamberg im Schweden-Kriege», 1-168, en 107-122.

11. *Vid.* Deinert, C., 139-162.

12. *Vid.* Weber, H.: *Frankreich, Kurtrier, der Rhein und das Reich* , 225-230.

10. *Vid.* Wedgwood, C. V., 363. Para la masacre de Landsberg, ver Buchner,

13. Se suponía que Pappenheim debía traer 24 000 a cambio de 80 000 escudos mensuales. Para tratar la conspiración de Bergh, ver Waddington, A., I, 145-180.

14. *Ibid.* , I, 181–231. Ver también Elliott, J. H.: *The Count-Duke of Olivares* , 468-473; Israel, J. I.: *The Dutch Republic. Its rise, greatness and fall 1477-1806* , 516-523 para las negociaciones en 1634.

15. Birkenfeld sustituyó a Horn, que se reunió con Bernardo en Franconia. En las relaciones coetáneas inglesas se le conoce como Palsgrave por su título de Pfalzgraf. Para la invasión de Lorena, ver Babel, R., 158-187; Martin, P., 64-84.

16. . *Vid.* Stein, W. H., 160-235.

17. *Vid.* Lahrkamp, H.: «Lothar Dietrich Frhr. von Bönninghausen», 239-366, en 278-285. Ver también Kölling, F.

18. *Vid.* Tongerloo, L. van: «Beziehungen zwischen Hessen Kassel und den Vereinigten Niederlanden während des Dreißigjährigen Krieges», 199-270, en 220-223. Ver también Salm, H., esp. mapas 1-5.

19. *Vid.* Kaiser, M. «Die vereinbarte Okkupation. Generalstaatische Besatzungen in brandenburgischen Festungen am Niederrhein», 271-314. Ver también Foerster, J. F., 188-191; Fahrmbacher, H.: «Vorgeschichte und Anfänge der Kurpfalzischen Armee in Jülich-Berg 1609-1685», 35-94, en la 40; Fries-Kurze, B.: «Pfalzgraf Wolfgang Wilhelm von Neuburg», 198-227, en 209-218.

20. . *Vid.* Konze, F., 42-46.

21. *Vid.* Gaedeke, A.: «Zur Politik Wallensteins und Kursachsens in den Jahren 1630-1634», 32-42, en 34. Hay una útil cronología de las negociaciones en Wagner, G., 133-146.

22. *Vid.* Suvanto, P.: *Die deutsche Politik Oxenstiernas und Wallenstein* , 159-160.

23. *Vid.* Polišenský, J. V.: *The Thirty Years War* , 193. Para profundizar más, ver Krebs, J.: *Aus dem Leben des kaiserlichen Feldmarschalls Grafen Melchior von Hatzfeldt 1632-1636* , 38-40, 55.

24. *Vid.* , Ernst, H., 52-71. Ver también Mecenseffy, G.: «Habsburger im 17. Jahrhundert. Die Beziehungen der Höfe von Wien und Madrid während des Dreisßigjährigen Krieges», 1-91, en 24-26.

25. *Vid.* Elliott, J. H.: *The Count-Duke of Olivares* , 459-465. Ver también Ernst, H., 47-50; Jacob, K., 51-66.

26. El más reciente contingente de 11 000 hombres procedentes de Italia, que

. vinieron por el Camino Español, marcharon en 1631 por el paso de San Gotardo. Para profundizar más, ver Clarke, J. A., 187-195.

27. *Vid.* Ernst, H., 76-77. Ver también Albrecht, D.: *Maximilian I. von Bayern 1573-1651* , 849-854. Aldringen no estaba muy satisfecho con la idea, pero al final aceptó.

28. Para obtener más información sobre el asedio, ver Gallati, F.: «Zur Belagerung von Konstanz im Jahre 1633», 234-243; Beyerle, K. Para sus repercusiones, ver Gallati, F.: «Eidgenssische Politik zur Zeit des Dreißigjährigen Krieges», 1-257, en 58-107.

29. *Vid.* Friesenegger, M., 37. Ver también Heinisch, R. R.: *Paris Graf Lodron. Reichsfürst und Erzbischof von Salzburg* , 218-223.

30. *Vid.* Heydendorff, W. E.: «Vorderösterreich im Dreisigjährigen Krieg», 74-142, en 134-137. Ver también Tacke, C.: «Die Eindringen Hessen-Kassels in die Westfälische Stifter», 175-187, en 183-184.

31. *Vid.* Albrecht, D.: *Maximilian I. von Bayern 1573-1651* , 860-864. Un testimonio contemporáneo en Friesenegger, M., 35-45.

32. El conde de Arundel y el artista Wenzel Hollar presenciaron la ejecución: Springell, F. C. (ed.), 65. Más información en Rebel, H., 270-284.

33. *Vid.* Radler, L., 64-67. Ver también Urlanis, B. Z., 232.

34. La mayoría de las relaciones secundarias aceptan las cifras enormemente infladas de Wallenstein de la fuerza de Thurn. Ver su informe en Radler, L., 336-338 y el otro documento publicado en Taeglichbeck, F., 76-114.

35. *Vid.* Geiger, A., 1983.

36. *Vid.* Ernst, H., 72-79. Ver también Albrecht, D.: *Maximilian I. von Bayern 1573-1651* , 868-876. El complot lo ha desvelado Ritter von Srbik, H.: *Wallensteins Ende* ; Suvanto, P.: *Die deutsche Politik Oxenstiernas und Wallenstein* , esp. 104ff.; Kampmann, C.: *Reichsrebellion und kaiserliche Acht* , 106ff.

37. Publicado en Lorenz, G. (ed.): *Quellen zur Geschichte Wallensteins* , 364-371. Este incluye también otros documentos clave del drama en ciernes.

38. *Vid.* Barker, T. M.: «Generalleutnant Ottavio Fürst Piccolomini», 322-369, presenta una interpretación favorable de sus motivos.

39. *Doc. Bo* ., V, Nos. 222-223.

40. *Vid.* Pogrell, C. von: «The German heirs and successors of Colonel Walter Butler», 304-316. Ver también Büchler, H., 61-80; Bulloch, J. M.: «A Scoto-Austrian. John Gordon, the assassinator of Wallenstein», 20-29; Worthington, D., esp. 152, 177-178, 298-299.

41. Hay muchos testimonios coetáneos sobre el baño de sangre y todos ellos muestran ligeras variaciones. A modo de ejemplo, se puede ver Hollaender, A. E. J.: «Some English documents on the end of Wallenstein», 359-390; Irmer, G. (ed.): *Die Verhandlungen Schwedens und seiner Verbündeten mit Wallenstein und dem Kaiser* , III, 286-296.

42. *Vid.* Jacob, K., 176-178.

43. *Vid.* Krebs, J.: *Aus dem Leben des kaiserlichen Feldmarschalls Grafen Melchior von Hatzfeldt 1632-1636* , 62-67.

44. Un resumen muy útil en Tepperberg, C.: «Das kaiserliche Heer nach dem Prager Frieden 1635-1650», 113-139.

45. *Doc. Bo* ., I, No. 154.

46. *TE* , III, 283. La reacción al asesinato la analiza Ernstberger, A.: «Für und wider Wallenstein», 265-281; Ritter von Srbik, H.: *Wallensteins Ende* , 199-271.

47. Este es el subtítulo de la biografía de Georg Wagner. La interpretación habitual la ha resumido Schubert, F. H.: «Wallenstein und der Staat des 17. Jahrhunderts», 597-611. Ver también Tilly, C., 80-81.

48. *Vid.* Ernst, H., 80-92.

49. *Vid.* Pohl, J.: «Die Profiantirung der Keyserlichen Armaden ahnbelangendt», 26. Ver también Guthrie, W. P.: *Battles of the Thirty Years War* , 262, 282-284.

50. *Vid.* Jacob, K., apéndice 98, 109. Jacob proporciona una buena cobertura de la inminente batalla desde una perspectiva favorable a Horn. El menos convincente punto de vista pro-Bernardo se encuentra en Leo, E.. Más detalles en el excelente Hrnčiřík, P. y en Engerisser, P., 320-346.

51. Maximiliano no se mostraba muy entusiasta, pero nombró al duque Carlos debido a la presión del archiduque Fernando.

52. *Vid.* Poyntz, S., 109-110.

53. *Vid.* Friesenegger, M., 54.

54 . En palabras de un soldado imperial, se puede ver en Peters, J. (ed.), 62.

55 . Cita extraída de Rystad, G., 180-181. Este libro proporciona una cobertura detallada de la percepción pública de la batalla.

56 . *Vid.* Droysen, G.: *Bernhard von Weimar* , II, 46. S., 270-333.

58 . *Vid.* Kretzschmar, J.: *Der Heilbronner Bund 1632-1635* , III, 20-62.

57 . Hay ejemplos en Kleinehagenbrock, F., 186-204, 224-225; Zizelmann,

59 . Para la Guerra Ruso-Polaca, ver Porshnev, B.

60 . *Vid.* Goetze, S. S., 138-141. Ver también Droysen, G.: *Bernhard von Weimar* , II, 11-20, 53-55.

61 . Rohan había sido redirigido a La Valtelina, ver Capítulo 5 de este volumen.

CAPÍTULO 3

Por la libertad de Alemania, 1635-1636

Mientras Fernando aprovechaba Nördlingen para traer la paz al Imperio, Francia y España se precipitaban hacia la guerra. Los dos sucesos estaban relacionados, pero tenían distintos orígenes. El emperador pacificó en parte el Imperio con la Paz de Praga, con mediación de Sajonia, que dejó a Suecia aislada a mediados de 1635. Antes de analizarlo con más detalle es necesario examinar la tensión franco-española. Como indican las dos secciones siguientes, Francia no buscaba la guerra en el Imperio, pero se vio arrastrada cada vez más a ese conflicto en apoyo de Suecia y para evitar que Fernando ayudase a España. La intervención funcionó y distrajo al emperador lo suficiente como para permitir que Suecia se recuperase. En cualquier caso, la paz entre el emperador y Suecia continuó siendo posible en 1636, y es importante estar atentos a la interacción entre las operaciones diplomáticas y militares para ver por qué ambas partes desperdiciaron la oportunidad. Las tropas imperiales y bávaras se unieron a las españolas en un ataque contra Francia, pero se abstuvieron de enfrentarse a los neerlandeses. España aceptó de buena gana la asistencia de Fernando, aunque la había concebido para emplearla en su contienda contra las Provincias Unidas. La cooperación hispanoaustriaca continuó hasta 1639, pero el emperador restringió su ámbito de actuación y se negó a que los intereses españoles dictasen la política del Imperio.

RICHELIEU SE DECANTA POR LA GUERRA

La política española

Hay buenas razones para descartar la propaganda hispana que presenta a los españoles como víctimas inocentes de una agresión francesa sin provocación previa. Olivares había incrementado su hostilidad hacia Francia desde la Guerra de Mantua. Firmó un nuevo pacto secreto con Gastón de Orleans el 12 de mayo de 1634, en el que prometía seis mil auxiliares y subsidios que le permitiesen invadir de nuevo Francia. Sin embargo, es poco probable que buscase de forma activa una guerra generalizada con dicha nación con el objetivo de hacerse indispensable a ojos de Felipe IV. [1] El Consejo de Estado español había votado contra la guerra el 13 de abril y el acuerdo con Gastón fue una mera repetición del anterior, de 1631-1632, que solo pretendía mantener ocupado a Richelieu. [2]

Oñate concluyó las negociaciones con Fernando en el Tratado de Ebersdorf el 31 de octubre de 1634, que en público iba encaminado a mantener la integridad del Imperio. Los artículos secretos contemplaban la interpretación que hacía España del Tratado de Borgoña de 1548, por el que el emperador debía prestar ayuda contra los neerlandeses basándose en el argumento de que los Países Bajos eran parte del Imperio. Oñate persuadió a Fernando para que aceptase la interpretación amplia de estas obligaciones como una ayuda vinculante contra cualquier enemigo de España. No obstante, tuvo mucho cuidado de limitar su promesa a Austria, y que esta hiciese lo posible por persuadir a los demás estados imperiales para que se le uniesen. Además, quedaba claro que las dos ramas Habsburgo tenían unas ideas muy diferentes sobre cómo debía prestarse dicha asistencia. Olivares esperaba que el emperador enviase a parte del ejército imperial, mientras que Fernando solo pretendía permitir que España reclutase más soldados alemanes.

A pesar de la obligación potencial de prestar ayuda contra Francia, el acuerdo continuaba enfocado a los neerlandeses. El ejército de Fernando había marchado a Flandes, no al interior de Francia. Las operaciones imperiales a comienzos de 1635 quedaron circunscritas a la expulsión de los franceses y de los bernardinos de Espira y de otros territorios imperiales. La invasión de Lorena en abril y mayo por parte del duque Carlos fue una iniciativa propia. Además, la clave de la estrategia de Olivares desde 1633

había sido reunir suficientes tropas en Flandes como para alcanzar una superioridad decisiva que obligase a los neerlandeses a aceptar una paz honorable. El Consejo de Estado español avaló de nuevo este punto el 2 de febrero de 1635, cuando acordó prorrogar la prioridad de la guerra contra las Provincias Unidas. [3]

No obstante, la tendencia general de la política española continuó siendo hostil a Francia. Richelieu no se podía permitir dejar que España derrotase a los neerlandeses más de lo que había permitido que el emperador aplastase a Suecia. Ambas potencias protestantes eran contrapesos a la hegemonía española percibida. Y lo que es peor, el continuo deterioro de la situación en el alto Rin coincidió con la intervención española aguas abajo, que desafiaba directamente a Richelieu de forma involuntaria. El fracaso de la expedición de Feria a la hora de despejar Alsacia impulsó a Olivares a autorizar al gobernador de Luxemburgo a que expulsase a los franceses de Tréveris, para abrir así una ruta alternativa desde Alemania a los Países Bajos. Alarmados por los planes del elector Sötern de nombrar a Richelieu su coadjutor, los canónigos de Tréveris cooperaron con el gobernador de Luxemburgo, que envió a mil doscientos hombres. Estos sorprendieron a los franceses en Tréveris el 26 de marzo y apresaron a Sötern mientras los canónigos se hacían cargo del gobierno. Otros mil quinientos imperiales expulsaron a los franceses de Coblenza en abril, pero estos huyeron al interior de la fortaleza de Ehrenbreitstein y resistieron allí durante otros veintiocho meses. Olivares no tuvo nada que ver con el arresto de Sötern, que es muy posible que lo organizara el cardenal infante Fernando para precipitar lo que él consideraba un inevitable conflicto con Francia y forzar, de esta manera, al Imperio, en general, y a Austria, en particular, a cumplir con sus compromisos. [4]

La beligerancia francesa

El Gobierno francés incrementó su nivel de hostilidad a partir de 1633, alentado por un grupo proguerra formado en derredor de Abel Servien, que deseaba que Richelieu actuase con más contundencia. No cabía duda de que el cardenal se dirigía hacia un conflicto declarado con España, pero no lo quería tan rápido. La guerra con España suponía aliarse abiertamente con los neerlandeses, que seguían divididos, con una poderosa facción propaz que favorecía la reanudación de las conversaciones suspendidas en abril de 1634. Federico Enrique esquivó las instituciones formales, donde la facción propaz

conservaba la mayoría, y se valió de su influencia en las provincias, alentada por los sobornos franceses, a fin de ganar apoyos de cara a una guerra generalizada. La ayuda indirecta francesa se tradujo en una alianza ofensiva el 8 de febrero de 1635. Ambas partes se comprometieron a desplegar 30 000 hombres y 15 navíos cada una para afrontar una invasión conjunta de los Países Bajos españoles. Tras la invasión se concederían tres meses a dichos territorios para que declarasen su independencia so pena de ser repartidos entre Francia y la República. [5]

El tratado no había sido ratificado todavía cuando el 30 de marzo llegaron a París las noticias del arresto de Sötern. La acción de España fue demasiado para Richelieu. Su posición desde el Día de los Engañados había descansado sobre la base de una política internacional firme y no se podía permitir encajar la humillación que suponía el arresto del principal príncipe extranjero bajo la protección de Francia. [6] Una serie de reuniones apresuradas con Luis XIII llevaron a la decisión de ir a la guerra el 5 de abril. Entre tanto, Richelieu exigió a Bruselas que liberase a Sötern para ganar tiempo y establecer las bases de una «guerra justa» mediante la demostración de una ostensible voluntad de mantener la paz. De modo conveniente, el arresto le permitió presentar el conflicto como un enfrentamiento contra la tiranía española. El manifiesto, redactado por el padre Joseph, se cuidó mucho de incluir críticas al emperador. Las unidades francesas se disponían a entrar ya en las Provincias Unidas cuando un mensajero, ataviado con su atuendo tradicional de tabardo y sombrero emplumado, acompañado por un trompeta, cabalgó hasta Bruselas para entregar el manifiesto. El cardenal infante Fernando se negó a recibirlo y obligó al mensajero a clavarlo en el puesto fronterizo y regresar a casa. [7]

La preparación francesa

Tras casi cuarenta años desde la última guerra con una potencia extranjera, Francia estaba bastante mal preparada y solo aprovechó su verdadero potencial algunos años después de iniciado el conflicto. Se ha suscitado un debate considerable en relación al tamaño de su ejército, y aunque algunos historiadores discrepan respecto de su dimensión total, todos revisan las antiguas estimaciones a la baja. Los efectivos totales estaban, sin duda, por debajo de los 120 000-150 000 hombres, cifra estimada con frecuencia en los estudios para el primer año de la guerra. Es probable que el ejército

ascendiera a unos 49 000 a finales de 1634, elevándose a un máximo de 65 000 infantes y 9500 caballos en 1635, y a 90 000 en todo el año siguiente. [8] La mayoría de los soldados eran bisoños y sus oficiales inexpertos. El conde de Guiche, más tarde conocido como duque de Gramont, recuerda los acontecimientos de 1635:

> […] el comienzo de la campaña y todo lo demás se antojaba difícil para las tropas, e incluso para los oficiales, que habían vivido acomodadamente durante demasiado tiempo; la caballería no estaba acostumbrada al terreno accidentado y se desempeñó con torpeza […] El ejército consideraba un prodigio tener que pasar cuatro o cinco días sin pan, y su actitud desembocó casi en una sedición generalizada. [9]

Los habituales problemas financieros contribuyeron a arruinar las optimistas expectativas de Richelieu de un éxito rápido. Aunque la guerra comenzó con una ofensiva, los franceses pasaron la mayor parte de los primeros seis años operando en suelo propio. No fueron capaces de recaudar contribuciones de sus enemigos, y aunque los neutrales pagaban por «protección», las tropas estaban todavía pendientes de ser estacionadas para cumplir con esta función. El dinero se obtuvo mediante la extorsión de Lorena y Alsacia, aunque esta última fue tratada cada vez más como una provincia francesa a partir de 1643, lo que supuso cierto grado de moderación. Las unidades que operaban en Alemania (y, más tarde, en Cataluña) se mantuvieron a expensas de la población local, aunque Francia continuó también con el pago de sustanciosos subsidios a los neerlandeses, a Suecia y a otros aliados.

Los ingresos anuales se elevaron de forma significativa desde los 32,5 millones de libras en 1610 a los 57,5 millones en las vísperas de la guerra, y llegaron a los 79 millones en 1643. La inflación tuvo también algo que ver en este crecimiento, pero el resto obedeció a una carrera implacable para mantener el ritmo de la expansión del gasto militar. Este último ya ascendía a unos 16 millones de media al año en la década de 1620, y se aproximaba a los 20 millones en el conflicto de La Rochelle y Mantua, pero se disparó hasta unos 33 millones en 1635 y superó los 38 millones después de 1640. La tasa de crecimiento, con un 138 %, pulverizó la tasa de producción agraria, que solo creció un 37 %. La presión fiscal per cápita creció más del doble, y representaba el equivalente a casi cinco semanas de contribución, en comparación con la de menos de quince días que había con Enrique IV. [10] En un momento en el que el hogar medio gastaba la mayor parte de sus ingresos en alimentos, esta situación causó penurias generalizadas y precipitó una

serie de grandes revueltas a mediados del siglo.

La guerra tensó un sistema que ya funcionaba de modo imperfecto en tiempos de paz. La monarquía siempre gastó más de lo que ingresaba y eso la obligó a recurrir en gran medida a los préstamos. Como sucediese en España, las distintas fuentes de ingresos se hipotecaron con los financieros a cambio de préstamos. Esos ingresos no solo se gastaban antes de ser recaudados sino que, además, una gran parte del sistema fiscal se transfería a manos privadas, en su mayoría más allá del control del Gobierno. Solo el 49 % del gasto realizado bajo el mandato de Richelieu se sometió a la auditoría de la corona, presentándose el resto en grandes cifras sin desglose. El Gobierno reclamó condonaciones, pues esgrimía que era cuestión de seguridad nacional, pero la verdadera razón era ocultar las exorbitantes tasas de interés pagadas a los financieros. Se solicitó un total de 700 millones de libras en préstamos (*affaires extraordinaries*) entre 1620 y 1644, con un coste de 172 millones. [11] La estructura formal de la imposición ordinaria «se convirtió en poco más que una fachada detrás de la cual gestionaban los financieros sus asuntos con una estudiada indiferencia respecto del daño que hacían al Gobierno y con desprecio hacia el sufrimiento de la población en lo que se refería al pago de impuestos». [12]

Richelieu era consciente de estos problemas e hizo esfuerzos periódicos dirigidos a eliminar los peores abusos. Muchos de los impuestos enajenados a los financieros se recuperaron en 1634 mediante la introducción de un nuevo impuesto militar llamado *subsistence* . La guerra frustró las reformas y los impuestos tuvieron que hipotecarse, de nuevo, en 1642. El sistema había estado evolucionando durante casi dos siglos y existía una reticencia considerable a poner en riesgo los intereses adquiridos por aquellos que estaban encargados de recaudar y gastar el dinero. Quizá, y con mayor razón, los responsables no sintieron la necesidad. Al llegar 1635, el gobierno central estaba casi por completo en manos de la clientela de Richelieu, lo que eliminaba el aliciente de cambiar las instituciones existentes. La monarquía podía tambalearse de una crisis financiera a la siguiente, pero al menos continuaba avanzando. Los célebres inspectores nombrados por el gobierno central, llamados *intendants* , no eran agentes imparciales del absolutismo real como se llegó a pensar, mas, sin embargo, se aseguraron de que el dinero llegaba al tesoro, de que se pagaba a las tropas y de que los navíos de guerra eran aprestados. [13] Las tropas francesas continuaron adoleciendo de una pobre disciplina, pero no se amotinaron como el ejército alemán de Suecia.

LA GUERRA EN EL OESTE, 1635-1636

La cooperación militar entre los Habsburgo

La declaración de guerra francesa a España fue muy mal recibida por Fernando, el cual había esperado evitar el conflicto. El enviado imperial abandonó París en agosto, pero no fue hasta finales de diciembre cuando el emperador aprobó el inicio de las operaciones conjuntas con España, y hubo que esperar a marzo de 1636 para que el embajador francés fuese expulsado de Viena. Ni Luis XIII ni Fernando se declararon la guerra. El emperador todavía esperaba que Francia y España pudiesen resolver sus diferencias sin que se produjese un conflicto prolongado. [14] La cooperación militar con España estaba ya en camino, pero las fuerzas imperiales limitaron su participación a objetivos situados en el Imperio. El ejército del cardenal infante Fernando, que ascendía a 11 540 hombres a su llegada a Bruselas, quedó integrado en el Ejército de Flandes. El Tratado de Ebersdorf preveía la formación de un nuevo ejército de 13 300 hombres con los subsidios españoles. Fernando permitió a regañadientes que España reclutase alrededor de 8000 alemanes en febrero de 1635 y transfirió a 5000 jinetes croatas y polacos que acababan de unirse a Gallas en el Rin. Otros 9000 reclutas se enviaron al sur, en octubre, por el paso de San Gotardo, para reforzar al Ejército español de Lombardía, que tenía su base de operaciones en el norte de Italia. Fernando accedió también a que España asumiese a 10 781 hombres licenciados en septiembre del ejército polaco. Tras haber pasado el invierno en Silesia, 7000 se unieron finalmente a Gallas en octubre de 1636 y el resto reforzaron a las tropas españolas en Milán. Esto solo representaba una ayuda indirecta y llegó a un precio, ya que España pagó 910 000 florines en concepto de costes de reclutamiento entre 1635 y 1637, comparados con los 1,2 millones del subsidio directo a Austria en el mismo periodo. [15]

España retuvo 540 000 florines del subsidio prometido en 1635 con el objeto de presionar a Fernando para que proporcionase más ayuda directa. Gallas obtuvo 35 000 de los 90 000 hombres que tenía entonces el ejército imperial para llevar a cabo una diversión en el Rin. Maximiliano apoyó esta maniobra porque la interferencia francesa en el sitio de Heidelberg en diciembre de 1634 lo había llevado a rechazar la nueva oferta de protección de Richelieu. Los bávaros contaban con unos 18 000 hombres, mientras que las fuerzas de Colonia y Westfalia ascendían a unos 6000 soldados. Algunos

bávaros contribuyeron al bloqueo de los franceses en Ehrenbreitstein, y el resto cooperaron con Gallas en el alto Rin.

España intentó un acercamiento directo a Gallas, ofreciéndole el título de duque, a la vez que investigaba su pasado en busca de pruebas incriminatorias que emplear en caso de que se mostrase reacio. En cualquier caso, continuó siendo leal al Imperio y culpó a los problemas operativos de su fracaso al intentar invadir Francia. Muchas de estas dificultades fueron reales. Lo obligaron a enviar 10 000 hombres para ayudar a España a despejar La Valtelina, bloqueada poco tiempo antes por el cuerpo de ejército de Enrique de Rohan, procedente de Alta Alsacia (*Vid.* Capítulo 5 de este volumen). El fracaso absoluto de esa operación desalentó aún más a los austriacos en sus propósitos de ayudar a sus primos. Otros seis mil hombres fueron asignados para reforzar a Carlos de Lorena, que, en esencia, libraba su propia guerra en aras de recuperar su ducado. Por último, Gallas envió otros diez mil hombres a Piccolomini, que había pasado el invierno en Franconia y que regresó al Meno en junio. La fuerza de Piccolomini se elevó entonces a 22 000 hombres, pero entre ellos es probable que se incluyeran unidades imperiales a las órdenes de Mansfeld que permanecían al este del Rin en apoyo de Westfalia. [16]

Piccolomini cruzó el Rin en las inmediaciones de Andernach y avanzó hacia el oeste en dirección al Mosa. Su llegada supuso una gran ayuda para el cardenal infante Fernando, que se veía abocado a una guerra en dos frentes, como le sucediera a su distante predecesor, el duque de Parma, en la década de 1580. Las unidades debían ser destacadas en las guarniciones de las plazas de la frontera sur con Francia, además de los puestos existentes al norte, frente a los neerlandeses. Esto detrajo casi la mitad de sus setenta mil hombres, lo que lo dejó en inferioridad numérica respecto de los ejércitos de maniobra franconeerlandeses. Los franceses tenían cuatro mil efectivos menos de los prometidos a los neerlandeses porque esos hombres tuvieron que ser desviados a Alsacia en ayuda de La Force a comienzos de año. No obstante, el ejército francés bajó por el curso del Mosa desde Sedán y derrotó a una fuerza de bloqueo española a las órdenes del príncipe Tomás de Saboya en Avesnes el 22 de mayo de 1635. Tras unirse a los neerlandeses en Namur, el ejército combinado giró hacia el oeste en dirección a Bruselas y tomó Tienen (Tirlemont) el 9 de junio. A partir de ese momento, las cosas comenzaron a ir de mal en peor tras quedarse empantanados en el sitio de Lovaina. Los franceses se desempeñaron muy mal en comparación con los

veteranos neerlandeses. Los preparativos logísticos colapsaron y redujeron a los franceses a solo ocho mil efectivos, según estimación de los neerlandeses. Mientras Piccolomini avanzaba hacia Cleves, los españoles tomaron el fuerte de Schenkenschans, que dominaba el Rin aguas abajo a poca distancia de Emmerich (hoy Emmerich am Reim). Estas maniobras amenazaron con dejar a los neerlandeses en el interior de Bélgica, así que se vieron obligados a retirarse apresuradamente a la vez que los franceses se replegaban con rapidez al Mosa. La invasión franconeerlandesa frustró los planes españoles de recuperar Maastricht, pero su fracaso tensó, no obstante, las relaciones entre los dos aliados.

La campaña del Rin, 1635

Los requerimientos de una nueva guerra implicaron una nueva cuota en el capital humano. El pobre desempeño de los franceses en Flandes y las pérdidas sufridas por La Force a finales de 1634 manifestaban la importancia de los soldados veteranos. Richelieu quería evitar una ruptura de relaciones con el emperador, pero necesitaba un ejército con el que poder disputar el control de Alsacia. Se hizo imperativo adquirir el ejército de Suecia en el Rin, bien a través de la Liga de Heilbronn o mediante un acuerdo con Bernardo de Weimar. La creciente importancia de este último no se le escapaba al emperador Fernando, que envió al coronel escocés John Henderson, a finales de 1634, para que persuadiera al duque de que se pasase a sus filas. Estos esfuerzos continuarían, pero siempre naufragaron ante la negativa del emperador de garantizar las concesiones políticas y financieras exigidas por los oficiales alemanes de Suecia. [17] El énfasis de Fernando en el deber patriótico palideció en comparación con la oferta que hizo Francia a Bernardo en abril, consistente en la cesión de Alsacia como feudo francés en compensación por su pérdida de Bamberg y Wurzburgo, junto con una nueva promesa de doce mil hombres de refuerzo para su ejército. Bernardo vaciló y exigió una prueba de que Francia podía cumplir sus compromisos.

Esto parecía poco probable en un principio, ya que la situación continuaba siendo precaria en todo el alto Rin. Merece la pena seguir las operaciones en detalle, porque revelan como se desarrollaron los acontecimientos a pesar de la guerra de Francia con España y de la Paz de Praga entre el emperador y la mayoría de los protestantes alemanes. La incapacidad de los generales de Fernando para neutralizar a Bernardo no solo había intensificado la

intervención de Francia en la guerra alemana, sino que había animado a Suecia a continuar la lucha.

Las operaciones no se reanudaron en el Rin hasta que se hicieron públicas las noticias del acuerdo de Paz de Praga en junio. El archiduque Fernando llegó con refuerzos, lo que elevó de nuevo al ejército de Gallas a los veinte mil efectivos. Estos fueron empleados de forma exclusiva en apoyo de lo dispuesto en la Paz de Praga, lo que supuso el asedio del resto de puestos avanzados suecos en el Rin y un intento de aplastar a Bernardo. Mientras los bávaros de Gronsfeld reducían estos puestos en la orilla derecha, Gallas ponía sitio a Maguncia y a Saarbrücken en el oeste. Tras haber destacado 6000 hombres para que defendieran estas posiciones, a Bernardo solo le quedaron 7500, demasiado pocos para hacer algo. El castillo de Heidelberg se rindió a Gronsfeld el 24 de julio, seguido de Fráncfort (21 de agosto) y de Mannheim (10 de septiembre). Richelieu ordenó al cardenal La Valette que acudiese en ayuda de Bernardo con 10 000 de los 26 000 hombres del ejército francés de Lorena, y juntos liberaron Maguncia en agosto. [18] Gallas se retiró, pero los franceses sufrieron los mismos problemas que habían dificultado sus operaciones en los Países Bajos. Dos tercios de los efectivos del ejército de La Valette desertaron una vez hubo colapsado el sistema logístico francés. Cuando comenzó a ser obvio que los de Hesse no estaban por la labor de cooperar, el cardenal se retiró apresuradamente a Metz ese mes de septiembre. Gronsfeld cruzó el Rin con 6500 bávaros para unirse a Gallas en su avance hacia el sur desde Saarbrücken hacia el interior de Lorena. Esto suponía un claro golpe a los intereses franceses, pero la intención era restaurar el *statu quo* anterior a la invasión francesa de 1632, no atacar a Francia. El duque Carlos había lanzado a finales de junio de ese año su tercer intento de recuperar el ducado con un ataque desde Breisach a través de Alsacia, ayudado por dos regimientos de caballería bávaros. Su segunda hermana, Henriette de Phalsbourg, acompañó a las tropas ataviada con atuendo masculino y participó en la lucha.

Luis XIII se vio obligado a movilizar a su ejército de reserva de doce mil mercenarios suizos recién contratados para expulsar al duque desde el oeste, mientras La Valette, La Force y Bernardo hacían frente a la invasión de Gallas desde el norte. Los dos contendientes quedaron a la vista en campamentos fortificados cerca de Moyenvic entre el 12 de octubre y el 23 de noviembre. Ambos sufrieron terriblemente a causa de la peste y la malnutrición, igual que Wallenstein y Arnim en 1633 o los dos ejércitos en

Núremberg el año anterior. La situación se deterioró con mayor rapidez en el campamento imperial, donde la llegada del duque Carlos provocó tensiones en los recursos existentes mientras Gallas se pasaba los días borracho. Al final cedió y se retiró por los parajes nevados de Saverne tras verse obligado a dejar atrás su artillería porque los soldados se habían comido a los animales de tiro. Su ejército perdió hasta doce mil hombres, aunque las pérdidas francesas, incluidos los desertores, fueron probablemente del mismo calibre. [19] Sin embargo, Gallas había evitado que los franceses liberasen a la guarnición de Bernardo en Maguncia, que permaneció sometida al bloqueo imperial. Abandonados y obligados a comerse hasta sus botas, los mil defensores supervivientes de Maguncia capitularon en enero a cambio de un pasaje seguro a Metz. La caída de la ciudad eliminó el último enclave de importancia sueco en el alto Rin.

Aunque sus plazas fuertes en Alemania habían quedado reducidas a Hanau, en el Meno, defendida por sir James Ramsay, Bernardo sentía, no obstante, la suficiente tranquilidad, a causa de la ayuda francesa, como para firmar una alianza formal en Saint-Germain-en-Laye el 27 de octubre. [20] Transfirió su ejército a Francia con el pretexto de disolver la Liga de Heilbronn. Un artículo secreto le prometía una pensión y una parte de la Alsacia austriaca en calidad de feudo francés una vez que se hubiese obtenido el control completo de la región. Con el acuerdo, Richelieu pretendía continuar la guerra en Alsacia sin necesidad de enviar más tropas francesas, de modo que estas se podían reducir a aquellas que se encontraban en tareas de guarnición en Lorena. Fue un acuerdo poco satisfactorio para ambas partes. Aunque bajo la dirección francesa, Bernardo mantuvo su independencia y sus operaciones, como sucediese en su anterior servicio a Suecia, siguieron centradas, al menos en parte, en asegurarse el territorio prometido. Francia se había comprometido a un subsidio anual de cuatro millones de libras (1,6 millones de táleros), pero esta cantidad solo cubría un tercio del coste de los 6000 jinetes y 12 000 infantes que se suponía que debía mantener, lo que lo obligaba a extender sus operaciones en búsqueda de contribuciones. Estas siempre se quedaban cortas, y rara vez reunió más de la mitad de lo oficialmente establecido, además de que Francia retenía parte del subsidio, lo que agravaba aún más el problema. Por otra parte, la negativa de Richelieu a ceder los antiguos puestos avanzados suecos en Alsacia hicieron sospechar a Bernardo de que los franceses pretendían quedarse con la provincia.

El año de Corbie

En 1636, Olivares mantuvo la prioridad de la guerra contra los neerlandeses, que era más popular en los Países Bajos que enfrentarse a Francia. [21] El cardenal infante Fernando disponía todavía de casi setenta mil hombres, pero fue Federico Enrique el que atacó primero al recuperar Schenkenschans y otros lugares perdidos el año anterior. La ofensiva neerlandesa llegó a un punto muerto cuando la República agotó temporalmente los fondos, pero había vuelto a desbaratar los planes españoles. Entre tanto, Francia dirigió su esfuerzo principal contra el Franco Condado mientras permanecía a la defensiva en los Países Bajos y lanzaba ataques secundarios en Italia. El príncipe Enrique II de Borbón-Condé se internó con veinte mil hombres en el Franco Condado y puso sitio a su capital, Dôle, el 26 de mayo. La invasión violó la neutralidad garantizada por la Confederación Suiza, pero fue considerada esencial de cara a la eliminación del duque Carlos, que se había retirado allí a finales de 1635.

Carlos y las fuerzas españolas locales eran demasiado débiles para ofrecer resistencia. Olivares presionó a Fernando para que actuase pero, una vez más, el emperador solo accedió a prestar una ayuda indirecta. Se había concluido un nuevo tratado el 30 de diciembre de 1635 según el cual España se comprometía a concederle un subsidio mensual de cien mil táleros hasta el final de la guerra a cambio de que veinticinco mil alemanes entrasen a su servicio. Olivares retuvo el dinero y solo liberaba algunas cuotas cuando los generales imperiales hacían algo en beneficio de los intereses de España. [22] Gallas se negó a moverse de su campamento fortificado en Drusenheim, Alsacia. Todavía se hallaba en plena reconstrucción de su ejército y en mitad de unas negociaciones largas y, a la postre, poco fructíferas con Estrasburgo para poder utilizar el puente de esta sobre el Rin. Su fracaso hizo posible que Bernardo y La Valette pudiesen mantenerse en Alsacia.

La continuada falta de acción de los generales imperiales impulsó a Olivares a ordenar al cardenal infante Fernando que lanzase ataques de diversión desde los Países Bajos. Fernando y el príncipe Tomás invadieron Picardía con veinticinco mil hombres. Al fin, Piccolomini se puso en marcha hacia el oeste desde el Rin para unirse a Werth y a siete regimientos bávaros que pasaban el invierno en Lieja, y juntos atacaron Champaña con unos doce mil soldados. Los expertos saqueadores devastaron las ricas tierras de cultivo francesas. [23] Los invasores se deshicieron de una fuerza de nueve mil

franceses a las órdenes de Luis II de Soissons y tomaron en julio los pequeños fuertes fronterizos de La Capelle y Le Catelet después de encontrar una resistencia mínima. Fernando puso sitio a Corbie, en el Somme, al norte de Noyon, el 7 de agosto, mientras la caballería de Werth realizaba una incursión que llegó hasta Compiègne. Corbie cayó el 15 de agosto y Fernando se dirigió al sur a unirse con Werth, mientras otros diez mil soldados españoles cruzaban los Pirineos occidentales y tomaban San Juan de Luz.

El pánico se apoderó de la corte francesa y la política de Richelieu parecía en ruinas. Los refugiados marchaban hacia el sur en dirección a Chartres y Orleans. Luis XIII reunió a la milicia y a la guardia real. Incluso Gastón se unió a la causa, apresurándose desde sus posesiones, donde había permanecido enfurruñado desde 1634, con 4800 hombres de refuerzo reunidos apresuradamente. Federico Enrique lanzó un ataque al frente de trece mil hombres contra los Países Bajos españoles para distraer a las fuerzas de los Habsburgo, mientras Condé abandonaba su sitio de Dôle el 15 de agosto y enviaba nueve mil hombres al rey. Piccolomini quería continuar el avance hacia el interior de Francia, pero los españoles estaban sorprendidos por su éxito y no tenían recursos para explotarlo. Fernando nunca pretendió tomar París, su única intención era consolidar sus posiciones de cara a pasar el invierno en Picardía y Champaña. Se retiró cuando Luis y Gastón avanzaban desde París. Corbie fue recuperada el 14 de noviembre y la situación quedó estabilizada.

La crisis permitió que Gallas avanzase desde Alsacia por el desfiladero de Belfort hasta el interior del Franco Condado y se uniese al duque Carlos, lo que elevó las fuerzas de la región a cuarenta mil hombres. Sin embargo, cualquier posibilidad de hacer valer su superioridad numérica se fue al traste cuando apareció la peste y llegaron las lluvias de otoño. Los imperiales se replegaron hacia el este por el curso alto del Saona para finalizar el año en Breisach. El duque Carlos atacó su ducado y dio comienzo a la *guerre des châteux* , un círculo vicioso de incursiones y contraincursiones entre guarniciones a lo largo y ancho de Lorena. [24]

La invasión de Francia había sido improvisada y no había ninguna posibilidad real de obligar a Luis XIII a firmar la paz. [25] El verdadero impacto consistió en obligar a la corte francesa a aceptar que ahora se hallaba inmersa en un extenso conflicto. La cooperación entre los Habsburgo continuó siendo infructuosa, con las ramas española y austriaca persiguiendo objetivos

distintos. Las operaciones de Gallas no lograron asegurar Alsacia y no hicieron más que incrementar la determinación de Richelieu de eliminar todo aquello que veía como una amenaza para su posesión de Lorena.

LA PAZ DE PRAGA, 1635

La paz

La paz en el Imperio continuaba siendo la prioridad de Fernando. La victoria en Nördlingen le permitió negociar por fin desde la posición de fuerza necesaria para evitar concesiones que sugirieran debilidad. Adoptó lo que Konrad Repgen ha descrito como un plan en tres fases: reunir a todos los estados imperiales en su derredor; alcanzar la superioridad militar; y expulsar a los extranjeros del Imperio. [26] Esto debía conseguirse a través de una paz general con su partidarios, en gran medida católicos, y con los aliados y colaboradores alemanes de Suecia. Fernando mostró disposición a ceder algo en lo referente al Edicto de Restitución para asegurar un amplio acuerdo y aislar a aquellos reacios a aceptar sus términos. Todas las fuerzas del interior del Imperio debían unirse bajo el mando imperial para lograr el poder y la coordinación necesarias para derrotar a Suecia. A esta última también se le ofrecería la paz, aunque solo se la conminaría a aceptar los términos del emperador.

Esta estrategia, en general, se interpreta como la secularización del conflicto, que se sostenía entonces –se cree– gracias a la implicación extranjera. A la intervención francesa se le atribuye la neutralización de un intento de basar la paz en un «absolutismo imperial». [27] No cabe duda de que la guerra perdió su carácter confesional superficial en la medida en que Sajonia, Brandeburgo y la mayoría de los territorios luteranos aceptaron los términos del emperador el 30 de mayo de 1635. Activistas como Lamormaini perdieron, en gran parte, su anterior influencia política, que pasó firmemente a manos de Trauttmansdorff y otros hombres más pragmáticos. Sin embargo, la guerra nunca había sido un conflicto religioso en exclusiva y los asuntos confesionales asociados a la disputa constitucional continuaron más allá de 1635, debido a que los términos impuestos por Fernando dejaron a una minoría insatisfecha que continuó denunciando agravios religiosos junto con los objetivos políticos.

La guerra cambió de carácter, porque el emperador insistió en que los

problemas originales habían quedado solucionados y los enemigos eran ahora las malvadas coronas extranjeras dispuestas a perturbar la paz del Imperio y arrebatarle su territorio. Tuvo que argumentar de esta forma porque los términos obtenidos en Praga conseguían muchos de sus objetivos y no deseaba arriesgar estas ganancias en negociaciones posteriores. Sin embargo, fue precisamente por estos términos por los que Francia y Suecia continuaron el conflicto. La Paz no hizo de Fernando un monarca absoluto, y su intención fue la de restaurar el orden constitucional que él consideraba apropiado. [28] En cualquier caso fue una solución monárquica, concebida a través de una serie de acuerdos exclusivos con los electores y presentada a los demás estados imperiales sin más debate. Fernando argumentó que era imposible reunir al Reichstag en vista de la creciente interferencia francesa, lo que reservaba de modo conveniente la construcción de la paz como una prerrogativa real. En el espíritu de los términos del tratado de Praga subyacía un grado de autoridad imperial inaceptable para Suecia y Francia, por lo que estas acercaron posturas para acabar con el resurgir de los Habsburgo. Su constante intervención se vio facilitada por el grave error de Fernando de excluir a algunos príncipes de la amnistía ofrecida en Praga. Esto permitió que las dos coronas presentasen su intervención en clave de las «libertades alemanas», un eslogan que ocultaba su plan de mantener al emperador débil y al Imperio abierto a la manipulación externa.

Los asesores de Fernando estaban preocupados por el deterioro de su salud, que hacía ineludibles los preparativos para la elección de su hijo primogénito como Rey de los Romanos. Sin Wallenstein y con Suecia en retirada era más fácil mantener conversaciones directas con Sajonia sobre la base de la Nota de Pirna. [29] Fernando era consciente de que la paz solo funcionaría si se ganaba, además, la aprobación de sus partidarios católicos, en especial después de que el papa hubiese anunciado su oposición a las concesiones relativas a las tierras eclesiásticas. Era bastante fácil mantener a los príncipes eclesiásticos informados, ya que todavía convivían juntos en Colonia. [30] Muchos, y sobre todo Maguncia, estaban dispuestos a ceder en el Edicto de Restitución, pero Fernando quería ir más allá y disolver la Liga, tanto para aquietar los temores protestantes como para hacerse con el control de la guerra. Varios príncipes católicos mostraban su insatisfacción con las acciones de Baviera, y la Liga parecía decididamente menos atractiva desde la incapacidad mostrada por Tilly para protegerlos después de Breitenfeld. Johann Kaspar von Stadion, el Gran Maestre de la Orden Teutónica y asesor

del archiduque Fernando, era un crítico influyente que argumentó que la Liga representaba un obstáculo para la unidad de mando, que era esencial para ganar la guerra. [31] Asegurarse el visto bueno bávaro se convirtió en un prerrequisito clave para la paz. Maximiliano dio su brazo a torcer mediante concesiones especiales acordadas en el Receso de Stuttgart del 19 de noviembre de 1634, que le permitieron conservar el mando del ejército de Baviera como un cuerpo distinto en la nueva y combinada *Reichsarmada* . El acuerdo fue sellado con una alianza dinástica a la muerte de la primera esposa de Maximiliano el 4 de enero de 1635. El elector seguía sin tener descendencia y necesitaba un hijo para asegurar que sus ganancias adquirían el estatus de posesiones hereditarias. Se casó con la hija mayor del emperador, María Ana, el 17 de julio de 1635, y su matrimonio fue bendecido con el nacimiento de un niño, el futuro elector Fernando María, el 31 de octubre del año siguiente. El apoyo bávaro hizo que la persistente oposición del elector de Colonia perdiese importancia relativa. [32]

Mientras progresaban las conversaciones con Sajonia, todo lo que restaba era silenciar a los activistas que aún quedaban en Viena y aliviar la conciencia del emperador. Siguiendo instrucciones de Fernando, el cardenal Dietrichstein convocó un comité de veinticuatro teólogos en febrero. Lamormaini y los ocho jesuitas fueron desautorizados por la mayoría, que argumentaron que las concesiones estaban justificadas según la doctrina del mal menor.

Los términos

La Paz disolvió la Liga y el resto de alianzas salvo las existentes entre electores, a los que todavía se les permitía reunirse por iniciativa propia. La constitución se impuso como fundamento de la Paz, que apelaba a todos los habitantes del Imperio a «comportarse honradamente, como alemanes», con independencia de la confesión. [33] Se concedió una amnistía a aquellos que habían tomado las armas contra el emperador a partir de 1630. Se perdonó, de forma expresa, a los dos duques de Mecklemburgo y se les restauró, pero los artículos 31 y 57 excluían al elector palatino y confirmaban la posesión bávara de sus tierras y títulos. Una lista separada, acordada con Sajonia, excluía a Wurtemberg, Hesse-Kassel y otros a quienes, no obstante, se invitó a hacer una paz separada con el emperador. La Paz se inspiraba en el Edicto de Restitución a la hora de referirse a los protestantes como adheridos a la

Confesión de Augsburgo, en referencia a los luteranos, pero evitó restringirlo al texto de 1530, que hubiera excluido de modo explícito del acuerdo a calvinistas como Brandeburgo.

Aquellos excluidos de la amnistía debían conseguir la restitución total por vía del Edicto de 1629. El resto recibieron una suspensi ón de cuarenta años en lo relativo a las tierras eclesiásticas que se habían apropiado entre 1552 y el 12 de noviembre de 1627. Esta última fecha se eligió como año de referencia porque fue la que siguió al congreso electoral de Mühlhausen, que había establecido la base legal para el Edicto. En otras palabras, la legitimidad básica de la política de Fernando se confirmó, pero su implantación fue, en esencia, modificada. La Paz preveía que los esfuerzos por encontrar un acuerdo amistoso en lo relativo a la restitución debían continuar durante la suspensión. Si estas conversaciones fracasaban, el emperador podía reinstaurar el Edicto, pero solo previa consulta a una delegación de príncipes con la misma representación de católicos y protestantes. El artículo 11 afirmaba que el nuevo año de referencia de 1627 debía continuar vigente si este grupo multiconfesional no lograba llegar a un acuerdo. En la práctica, esto suponía una suspensión permanente del Edicto. El emperador concedió Magdeburgo de modo vitalicio al hijo del elector Juan Jorge, mientras que otro artículo garantizaba a Sajonia la total posesión de Lusacia. Halberstadt aún seguía reservada para el archiduque Leopoldo Guillermo, pero se redactaron salvaguardas para proteger a sus habitantes protestantes. Fernando cedió tanto porque su objetivo principal de excluir el protestantismo de las tierras hereditarias de los Habsburgo se había conseguido, aparte de algunas concesiones menores a Silesia para guardar las apariencias con Sajonia.

El artículo 42 establecía que la guerra debía ser un esfuerzo común y extendía de modo explícito la ayuda del emperador y de los católicos a los protestantes leales. Los signatarios acordaron un *conjunctis viribus* , un ejército combinado que debía prestar juramento de lealtad a la fórmula constitucional de «emperador e Imperio». El artículo 69 obligaba a todos los estados imperiales a pagar cien meses romanos en seis plazos desde el 1 de septiembre de 1635 para financiar el ejército. Los artículos 70 a 75 estipulaban que la logística y el alojamiento debían adherirse a las ordenanzas imperiales, en un intento poco realista de controlar la facultad de hacer la guerra.

La Paz se acordó entre los representantes imperiales y sajones, mientras

que el resto de estados fueron simplemente invitados a adherirse. Con el objeto de alentarlos, el emperador distribuyó copias impresas que omitían las controvertidas exclusiones de la amnistía. Tras un banquete de celebración en Praga, Trauttmansdorff escribió con aire optimista que el ejército podía limitarse ahora a concentrarse en los pocos enemigos restantes. [34]

Ganándose la aceptación

Sajonia mantuvo un importante papel como mediador entre el emperador y el resto de sus enemigos. Juan Jorge fue nombrado comisionado imperial en ambos círculos sajones para garantizar el cumplimiento de la Paz y para negociar con Suecia. Al igual que sucediese con Baviera, se le permitió tener su propio ejército como cuerpo diferenciado. Arnim se vio comprometido por su actuación contra el emperador desde 1631 y renunció al mando, retirándose finalmente a sus propiedades de Brandeburgo. Los suecos pusieron precio a su cabeza y lo capturaron en marzo de 1637, aunque logró escapar. Fue sustituido en el mando de las tropas sajonas en agosto de 1635 por Wolfgang Heinrich von Baudissin, que había dejado el servicio sueco en marzo de 1633. Los sajones evacuaron Silesia y concentraron a sus veinticinco mil hombres en Leipzig en el mes julio. [35] Los apoyaban siete mil imperiales en el bajo Óder a las órdenes del conde Rodolfo Marazzino, otro oficial italiano que había apoyado el asesinato de Wallenstein.

Brandeburgo había firmado ya una tregua con el emperador en febrero de 1635, así que enseguida aceptó la Paz. El elector Jorge Guillermo continuó preocupado por las potenciales represalias suecas, en especial porque estos aún ocupaban muchas de sus poblaciones. A la postre, cumplió con sus obligaciones militares mediante la asignación de tres regimientos puestos bajo mando sajón en octubre, aunque en lo restante trató de permanecer neutral. [36] Los colaboradores suecos de Baja Sajonia habían acordado también una tregua con el emperador en febrero y abrieron negociaciones de cara a aceptar la Paz de Praga que concluyó después de mayo. El duque Jorge de Luneburgo había emergido como la figura dominante después de que muriera sin descendencia Federico Ulrico de Wolfenbüttel, en agosto de 1634, al caerse por unas escaleras de su palacio. Jorge intimidó a sus parientes con el objetivo de redistribuir los territorios de la familia en mayo de 1636, lo que le procuró por fin su propio principado, compuesto por Calenberg, Gotinga y Hildesheim. Este último fue en concreto problemático,

ya que debía ser restaurado a Fernando de Colonia según los términos acordados en Praga. Jorge los aceptó el 10 de agosto de 1635, dimitió de su mando sueco y envió algunas unidades a cooperar durante un breve periodo de tiempo con los sajones. Sin embargo, se negó a someterse por completo a Fernando, que apenas le ofrecía un nuevo nombramiento como general imperial. Mantuvo seis regimientos en común con su hermano mayor Augusto II, que había heredado Wolfenbüttel. Su comportamiento poco cooperativo llevó a Fernando a mantener a la guarnición imperial, a las órdenes del coronel Johann Ernst Ruischenberg, en el núcleo urbano de Wolfenbüttel, como garantía para la devolución de Hildesheim. Augusto protestó alegando que la guarnición, supuestamente de siete mil personas, incluidos los miembros dependientes de los soldados, era una carga intolerable. La población de la localidad había caído de 1200 habitantes a 160, y el principado «había quedado desolado casi por completo». [37]

Brandeburgo y los güelfos escaparon de las represalias porque ni los suecos ni el emperador eran lo bastante fuertes como para forzarlos a ponerse de su lado. Su postura restringió las operaciones en los corredores del Elba y el Óder, lo que ofreció cierta protección a la cabeza de puente sueca en Pomerania. El fracaso de Fernando a la hora de recuperar Hildesheim era uno de los motivos que se ocultaba detrás de la actitud escéptica de Fernando de Colonia respecto de la Paz. Su reconciliación se logró mediante concesiones que negoció Maximiliano en su nombre en 1635 y que sumaron otra excepción a la estructura militar, al permitir que el ejército de Westfalia continuase como un cuerpo diferenciado al mando de sus propios generales. Su autonomía era más restringida que la que disfrutaban Baviera y Sajonia, sobre todo porque el ejército era de menor tamaño y dependía, a menudo, de unidades imperiales y bávaras procedentes de otros lugares que lo auxiliaban en tiempos de crisis. En cualquier caso, el acuerdo de octubre de 1635 consolidó la autonomía bávara, en especial después de que Maximiliano lograse deshacerse del duque Carlos y lo sustituyese en enero de 1636 por el conde Johann Götz como nuevo mariscal de campo.

Los demás territorios también conservaron unidades en virtud de los resquicios que ofrecían los artículos 64 y 66, que permitían a los estados imperiales mantener guarniciones en sus propios territorios. Wurzburgo, por ejemplo, mantuvo unos dos mil hombres en 1636, aunque algunos fueron enviados para reforzar al ejército imperial. [38] Sin embargo, se aplicó una presión considerable sobre Wolfgang Wilhelm del Palatinado-Neoburgo, el

único católico que se negó a cooperar bajo el sistema de Praga. El episodio ilustra el lugar central de la constitución como fundamento de la Paz. En lugar de invadirlo, el emperador procesó al duque mediante el Reichshofrat. Piccolomini todavía amenazaba con la fuerza, sobre todo porque a finales de 1635 sus hombres necesitaban alojamientos cálidos desesperadamente. Al estar impagadas, la mayor parte de las tropas del Palatinado-Neoburgo desertaron a los imperiales, con lo que solo quedaron los 870 hombres que resistían en Düsseldorf.

La cuestión de la Amnistía

La exclusión de los más prominentes miembros de la Liga de Heilbronn de los términos del tratado acabó conociéndose como «la cuestión de la Amnistía» y a la postre acabaría arruinando la Paz. El archiduque Fernando había favorecido una amnistía exhaustiva para todos aquellos que estuviesen dispuestos a aceptar la Paz, pero su padre excluyó al elector palatino, a Hesse-Kassel, Wurtemberg, Hohenhole, a numerosos condes renanos y a todos los exiliados bohemios. Algunos de estos eran prominentes calvinistas, aunque la confesión solo jugó un papel modesto en esta decisión fatídica. Juan Jorge, cierto es, siempre mantuvo que los calvinistas no estaban incluidos en la Paz de Augsburgo, que también había sido confirmada en las estipulaciones acordadas en Praga. Sin embargo, los objetivos de Fernando eran sus enemigos más recalcitrantes, cuyas posesiones ya habían sido entregadas en gran parte a sus aliados. Al elector palatino no se le podía conceder la amnistía sin contravenir los acuerdos con Baviera. Los condes de Hohenlohe fueron proscritos en 1634 por su prominencia entre los colaboradores de Suecia. Todos los condes fueron perdonados en 1635 salvo Jorge Federico, cuyo apoyo a Suecia violó los términos de su anterior amnistía tras la Revuelta de Bohemia.

La exclusión de Wurtemberg nada tenía que ver con su religión, ya que era luterana. La incautación de su archivo reveló el alcance de su colaboración con Suecia desde 1632 y proporcionó una excusa con la que emplear el ducado para satisfacer el clamor de recompensas después de Nördlingen. Baviera quería Heidenheim, los Habsburgo tiroleses codiciaban los enclaves de Wurtemberg situados en sus posiciones suabas, los prelados esperaban que les devolviesen sus monasterios, mientras que altos cargos del Imperio reclamaban su parte de los despojos. En junio y julio de 1635 se entregaron

siete distritos a Schlick, Trauttmansdorff y al obispo Wolfradt, aunque Fernando se resistió a satisfacer el resto de demandas. También rechazó los llamamientos para excluir a los caballeros imperiales de la amnistía para que Wurzburgo y otros expropiasen sus territorios. [39]

A pesar de su genuina contribución a la Paz, las expectativas de Darmstadt de recibir todo Kassel eran inaceptables por completo. Sin embargo, Fernando se sintió obligado a darle algunos distritos del Palatinado y territorios que pertenecían a los condes de Solms y de Isenburg-Büdingen. Los cuatro condados de la línea Nassau-Walram fueron distribuidos entre Maguncia, Schwarzenberg, el príncipe Lobkowitz y el duque Carlos de Lorena, mientras que se confiscó Zweibrücken tras su toma en octubre de 1635 con el pretexto de que su príncipe, Juan Casimiro, era cuñado de Gustavo Adolfo. [40]

Las decisiones eran comprensibles. Los beneficiarios eran los partidarios leales al emperador, muchos de los cuales habían sufrido a manos de aquellos cuyas tierras ahora obtenían. En cualquier caso, Fernando propició que la cuestión de la Amnistía fuese mucho más difícil de resolver al elevar el número de aquellos con un interés personal en oponerse al perdón. Y aún excluyendo a tantos, socavó el deseado carácter de Praga como una paz general. Su hijo heredó la tarea casi imposible de resolver el asunto que pronto radicó en la discrepancia entre el perdón parcial que él podía ofrecer a los gobernantes proscritos y la plena restauración que ellos y sus apoyos extranjeros exigían.

El problema de Hesse-Kassel

Los casos discutidos hasta ahora eran importantes desde el punto de vista político, pero no desde el militar, ya que los proscritos no disponían más que de unas pocas tropas que, además, se hallaban a las órdenes de Bernardo y fuera de su control. Hesse-Kassel era más peligrosa, ya que todavía poseía su propio ejército y se había atrincherado en buena parte de Westfalia. La familia gobernante estaba genuinamente preocupada por la exclusión de los calvinistas de la Paz, pero también resuelta a no salir de la guerra con las manos vacías. Como mínimo quería la antigua abadía imperial de Hersfeld, que solo llevaba en sus manos desde 1606. El landgrave Guillermo V pensaba que Fernando había tratado a su familia con una severidad innecesaria. Aseguró a Oxenstierna en julio de 1635 que permanecería leal a

Suecia, pero perdió toda esperanza una vez Bernardo se retiró al otro lado del Rin y el principal ejército sueco se amotinó de nuevo (como se verá más adelante). Tras haber dejado guarniciones en Kassel y Ziegenhain, se retiró a finales de agosto con cuatro mil hombres a las órdenes de Melander para reunirse con sus puestos avanzados de Westfalia.

Los imperiales reunieron doce mil hombres del ejército de Westfalia y de las fuerzas de Piccolomini, apostadas en el Lahn, dispuestos a invadir Hesse-Kassel, lo que obligó a Melander a acordar en octubre una tregua en nombre de Guillermo. El archiduque Fernando estaba ansioso por llegar a un acuerdo e intervino con la suspensión de las operaciones contra los hessianos que ocupaban Fulda y ofreciendo algunas concesiones. Fernando de Colonia también se mostró a favor de un compromiso, al ser la mejor manera de eliminar a los parásitos de Hesse que infestaban sus territorios de Westfalia. [41] Las perspectivas parecían buenas después de que Guillermo aceptase de forma provisional el Tratado de Praga el 12 de noviembre, pero el emperador no logró cerrar el trato y las unidades imperiales entraron en los obispados westfalianos. El emperador reanudó el contacto por mediación del obispo de Wurzburgo, pero el landgrave ya no confiaba en él y solo continuó las conversaciones con la intención de alarmar a Francia para que le hiciese una oferta mejor.

Oxenstierna envió a Alexander Leslie para que asumiera el control de los restos de las unidades suecas que habían quedado sin mando debido a la muerte de Knyphausen en enero de 1636. Más conocido en la historia británica por su título posterior de conde de Leven, Leslie era uno de los muchos oficiales escoceses competentes al servicio de Suecia, que había entrado a su servicio en 1608 y que había luchado con distinción en los ejércitos de Gustavo Adolfo. [42] De inmediato elevó la moral de los casi tres mil mercenarios alemanes que todavía defendían Osnabrück y otras guarniciones alemanas del norte. Varios regimientos del duque Jorge de Luneburgo se pasaron a sus filas en mayo, lo que le dio el control del Weser y de partes de Luneburgo para el mes de agosto. Estos acontecimientos envalentonaron a Guillermo, que renunció a la tregua en mayo de 1636. Su decisión estuvo muy influida por su esposa, Amalia Isabel, a quien, como condesa de Hanau, le preocupaba salvar su ciudad natal, todavía defendida por la guarnición bernardina de Ramsay. Junto con la reina Cristina, la archiduquesa Isabel Clara Eugenia y Claudia del Tirol, formó parte de un grupo de gobernantes femeninas que ejercieron una influencia considerable

en los acontecimientos. Aunque se la ha presentado como una pacificadora [43] , en realidad estaba más resuelta aún que su marido a obtener nuevos territorios. Las tropas hessianas marcharon hacia el sudoeste desde Hamm y se unieron a Leslie con la intención de atravesar el cordón imperial y meter provisiones en el interior de Hanau. [44]

El ejército de Westfalia aprovechó la ausencia de los hessianos para hacerse con la mayoría de sus puestos avanzados en el Lippe, lo que redujo por un tiempo su presencia a Lippstadt, Dorsten y Coesfeld. Oxenstierna se vio obligado a llamar a Leslie de vuelta al este en agosto, lo que no dejó otra alternativa a los hessianos que retirarse hacia el norte desde Hanau, y dejar expuestas de nuevo las tierras de su estado. Fernando perdió la paciencia. En octubre, proscribió a Guillermo mediante un bando imperial y comenzó a reunir tropas con las que apropiarse de Hesse-Kassel.

APELACIONES AL PATRIOTISMO

El Motín del Barril de Pólvora

El asunto de la amnistía ayudó a Oxenstierna a presentar la Paz como contraria a las Libertades Alemanas. El colapso de los aliados después de Nördlingen causó consternación en el Gobierno sueco. Salvius afirmó: «todos aquí reclaman Paz, Paz, Paz». [45] El canciller también estaba desilusionado: «La guerra polaca es *nuestra* guerra; si ganamos o perdemos es nuestra pérdida o nuestra ganancia. Esta guerra alemana no sé lo que es, solo sé que vertimos nuestra sangre allí en aras de la reputación, y no podemos esperar otra cosa a cambio que la ingratitud». [46] Los acuerdos de Praga confirmaban sus peores expectativas: «El emperador ha logrado más con esta paz que si hubiese ganado dos batallas de Nördlingen». Había una amargura general ante lo que se percibía como una traición alemana. Los propagandistas suecos publicaron documentos en la feria de otoño de Fráncfort con los que pretendían dar a entender que su política alemana era altruista. Las críticas a Sajonia se silenciaron hasta que se hizo obvio que no iban a recuperar el apoyo de Juan Jorge. Chemnitz, el principal escritor alemán al servicio de Suecia, escribió entonces un demoledor ataque personal en el que acusaba al elector de deshonrar el sacrificio de Gustavo Adolfo. Suecia trató, entonces, de apropiarse del lenguaje patriótico del emperador. «Con independencia de que seas católico o protestante –escribió Chemnitz–, siempre serás un

alemán, cuyos ancestros prefirieron la muerte a la opresión extranjera». [47] Este intento de asociar Praga con la tiranía española cayó en saco roto en vista de la costosa presencia de la propia Suecia en el seno del Imperio. De igual modo, los esfuerzos suecos por asumir la postura del derrotado partido de los activistas protestantes al exagerar los asuntos confesionales se contradecían con su alianza con Francia.

De hecho, Oxenstierna buscaba una forma honorable de salir de Alemania y se mostraba dispuesto a renunciar a sus extensas demandas anteriores y a llegar a un acuerdo a cambio de algunos puertos pomeranos simbólicos. La situación parecía desesperada en 1635. Se habían perdido por completo los ejércitos del sur y del oeste, bien destruidos, bien transferidos con Bernardo al control francés. Los sajones, brandeburgueses y luneburgueses lo habían abandonado, y se sabía que los hessianos estaban en negociaciones para hacer otro tanto. Las fuerzas en el noroeste de Alemania se reducían a nueve regimientos que ascendían a tres mil hombres a las órdenes del coronel Sperreuter varados en Baja Sajonia, y otros cuatro mil a las órdenes de Guillermo de Weimar en Érfurt. El ejército principal, a las órdenes de Banér, solo contaba con 26 000 hombres, es decir, 18 000 efectivos menos de lo prescrito. Alrededor de 11 000 soldados de este ejército se hallaban acuartelados en Pomerania, lo que reducía la fuerza de maniobra a solo 15 000 en Magdeburgo y Halberstadt. Había menos de tres mil suecos y finlandeses entre ellos. Suecia había experimentado cuatro malas cosechas seguidas. Para un país en el que buena parte de los impuestos se pagaban aún en especie fue un golpe demoledor. Oxenstierna sabía que tenía poco que ofrecer al ejército.

La paz dependía de la predisposición de Fernando a ofrecer términos realistas y de hasta qué punto su retórica patriótica induciría a desertar a los mercenarios que le quedaban a Suecia. Ambos asuntos fueron transferidos a Juan Jorge en su calidad de comisionado imperial en el noroeste de Alemania. El elector era en extremo sensible a las críticas suecas y excusó su defección en la necesidad de salvar al Imperio de la destrucción mediante una paz mucho tiempo deseada. También hizo valer el extendido resentimiento hacia el saqueo sueco. Sin embargo, el argumento principal era una nueva apelación al patriotismo preparada con inmenso cuidado para que trascendiera a las confesiones y presentase al Imperio como una patria común. Estos argumentos, al final, habrían de producir el consenso que facilitaría la Paz de Westfalia, aunque a corto plazo encontraron serias

dificultades. Juan Jorge tuvo que abstenerse de acusar de traidoras a las tropas alemanas de Suecia mientras hubo esperanzas de que desertasen, y en su lugar apeló a ellas a fin de acabar con el sufrimiento de Alemania mediante un cambio de bando. [48]

Esto dificultó la política sajona y obligó al elector a retrasar su acción militar, lo que dio a Oxenstierna un margen de maniobra crítico. Las noticias de Praga impulsaron a los oficiales alemanes del ejército de Banér a elegir un comité para negociar tanto con Suecia como con Sajonia. Estaban profundamente descontentos, en contraste con los oficiales imperiales, que todavía estaban felices por la reciente distribución de las propiedades confiscadas a Wallenstein tras su asesinato. Aquellos a los que habían pagado con donaciones suecas a partir de 1632, las habían perdido después de Nördlingen. Muchos eran súbditos de príncipes que acababan de aceptar la paz del emperador. Los llamamientos imperiales (*avocatoria*) para que dejaran de servir a Suecia en julio les dio un pretexto para abandonarla basado en una mayor lealtad al emperador. Sin embargo, un gesto de ese calado significaba la pérdida automática de las pagas atrasadas que les adeudaba Suecia. [49]

La paz se convirtió en una subasta en lo concerniente a las demandas de los oficiales. Oxenstierna negoció sobre todo de cara a la galería para no enemistarse con los alemanes, ocultando con cautela su intención de mantener al menos parte de Pomerania. Redujo a la mitad su exigencia original de ocho millones de táleros para licenciar al ejército y propuso una retirada por fases a cambio de una amnistía plena y la reinstauración del Imperio al *statu quo* de 1618. Esto era del todo irreal, pero también lo era la proposición de Juan Jorge de que Sajonia y los protestantes alemanes pagasen solo un millón de táleros a cambio de la renuncia de Suecia a todas sus ambiciones territoriales.

Con la sensación de que los enviados de Oxenstierna no representaban sus intereses, los oficiales enviaron su propia delegación para que se reuniera con el elector. [50] Este elevó la presión el 19 de agosto con el envío de un ultimátum a Banér para que abandonase Magdeburgo. Este ultimátum llegó acompañado de otros llamamientos a los oficiales que exponían los términos de Praga. Conscientes de que los suecos los habían tergiversado, los oficiales apresaron a Oxenstierna, que acababa de llegar a su campamento tras regresar a Alemania por mar después de haberse reunido con Richelieu. El resultado fue el Acuerdo del Barril de Pólvora, sonsacado al canciller el 21 de agosto

de 1635. Este se comprometió a no firmar la paz sin consultar antes a los oficiales y a incluir su «satisfacción» en los objetivos de guerra suecos. Esto último era una estratagema para inducirlos a continuar la lucha al descargar la responsabilidad de licenciarlos en el enemigo.

No obstante, aún se dudaba de su lealtad. Mitzlaff, el antiguo oficial danés de Pomerania a quien nos encontramos por última vez en 1627 y que después había entrado al servicio de Suecia, orquestó la defección del cuerpo de Guillermo de Weimar el 24 de agosto. Cuatro regimientos se unieron a los sajones y el resto fueron disueltos. Los suecos todavía conservaban Érfurt, pero Juan Jorge avanzó desde Leipzig once días más tarde para imponer su ultimátum. La noticia de que el elector de Brandeburgo había aceptado el tratado de Praga debilitó el flanco de Banér, que dejó cinco regimientos para la defensa de Magdeburgo y se retiró hacia el norte el 28 de septiembre en dirección a Stendal. Oxenstierna aprovechó la oportunidad para escabullirse y refugiarse con la más fiable guarnición de Wismar.

Juan Jorge aprovechó la renovada furia de los oficiales para abrir conversaciones directas con su delegación en Schönbeck, junto al Elba, aguas arriba de Magdeburgo. Mientras sus tropas invadían Halberstadt, el elector mejoró su oferta hasta los dos millones y medio de táleros en un pago directo a los generales. Juan Jorge no autorizó al general Baudissin a que empleara la fuerza hasta que llegara el enviado imperial, el conde Ferdinand Kurz, el 16 de octubre. El elector estaba confiado en exceso y esperaba que los regimientos alemanes permaneciesen neutrales. Tras la unión de las unidades de Brandeburgo y Luneburgo, los sajones avanzaron aguas abajo y tomaron Werben al día siguiente. Banér ya no se fiaba de sus hombres y trató de escapar por Dömitz a Mecklemburgo. Baudissin envió siete mil infantes a la orilla derecha (norte) del Elba para cortarle el paso, pero estos fueron sorprendidos y derrotados por un súbito contraataque de las unidades que aún eran leales a Banér. Los sajones perdieron cinco mil hombres y Baudissin escapó a nado por el Elba. El éxito reforzó la autoridad de Banér, que sin asumir riesgos continuó su retirada hasta Malchin, situada a espaldas de los lagos pomeranos. Juan Jorge continuó hasta Parchim, mientras Marazzino tomaba Gartz y marchaba hacia el oeste para reunirse con él.

La tregua de Stuhmsdorf

La diplomacia francesa salvó a los suecos de esta situación desesperada. Los

oficiales habían estado esperando a ver que sucedía una vez expirase ese mes de septiembre la Tregua de Altmark entre Suecia y Polonia. A Segismundo III le había sucedido en 1632 su hijo Vladislao IV, más pragmático. Después de que Suecia rechazase su oferta de renunciar a sus pretensiones a la corona sueca a cambio de una compensación, y de que hubiese alentado a Rusia a atacar Smolensko ese año, Vladislao permitió a Fernando reclutar más caballería y renovó la alianza de Polonia con los Habsburgo en 1633. A pesar de tener que enviar otro ejército a repeler las incursiones tártaras y turcas en el sur, Vladislao liberó Smolensko en septiembre de 1633 y obligó al zar a firmar la paz en mayo de 1634 y a confirmar el dominio polaco de las tierras cedidas en 1618. En la cresta de la ola debido a esta victoria, Vladislao persuadió al Sejm para que aceptase una guerra ofensiva contra Suecia una vez expirase la Tregua de Altmark.

La crisis báltica no pudo llegar en peor momento para Richelieu, pues coincidió con el comienzo de la Guerra Franco-Española, la Paz de Praga y el motín sueco. El emperador ofrecía Silesia a Polonia si Vladislao convertía su renovada alianza en una ofensiva conjunta contra Suecia. Oxenstierna embarcó a veinte mil hombres a fin de reforzar a sus tropas en Pomerania en un acto de demostración de fuerza, pero reconoció la imposibilidad de librar dos guerras de forma simultánea y aceptó una prórroga de veintiséis años a la Tregua de Altmark con mediación del enviado de Richelieu, Claude de Mesmes, conde d’Avaux, en las conversaciones mantenidas en Stuhmsdorf el 12 de septiembre. Suecia hizo grandes concesiones. Su expansión previa en el Báltico había sido gradual; conquistaba territorio mediante el empleo de la fuerza y confirmaba la ocupación inicial con una tregua para luego convertirla en una posesión plena al retomar la beligerancia. Suecia podía esperar de modo razonable anexionarse la Prusia Real (polaca) de esta manera. Renunciar a ella en Stuhmsdorf suponía un repliegue de gran envergadura, que retiraba al país de su hasta entonces principal escenario imperial para concentrarse en una incierta guerra alemana. [51]

Vladislao conservó la esperanza de aprovecharse de las dificultades de Suecia y renovó su alianza con los Habsburgo en septiembre de 1637 al contraer matrimonio con Cecilia Renata, hija de Fernando II. Sin embargo, sus súbditos habían perdido el entusiasmo por una ofensiva contra Suecia y él malogró sus relaciones con los Habsburgo al tratar de mantener conversaciones paralelas con Inglaterra y Francia y, además, se enemistó con Dinamarca tras elevar los peajes prusianos. Se mostró dispuesto a permitir

que España reclutase a treinta mil auxiliares para Flandes, pero el Sejm bloqueó esta iniciativa en 1641. [52] La tregua de Stuhmsdorf salió adelante, lo que circunscribió la Guerra de los Treinta Años al interior del Imperio.

De modo más inmediato, la tregua permitió a Oxenstierna trasladar a Lennart Torstensson y a 9700 hombres desde Prusia. Estas tropas comenzaron a llegar a Pomerania a finales de octubre de 1635 junto con la entrega de una muda de ropa nueva para el harapiento ejército de Banér, lo que supuso un aumento de la moral. Las unidades de Torstensson sorprendieron a Marazzino y obligaron a Juan Jorge a replegarse en diciembre para acometer la defensa de Berlín, mientras Banér recuperaba Werben y liberaba Magdeburgo en enero de 1636. Los sajones, hambrientos y sin recibir sus pagas, se retiraron a Halle, prácticamente al punto de partida donde habían comenzado el verano anterior.

Por qué fracasó Sajonia

El elector sajón había reanudado las negociaciones en noviembre, pero la mejora de la situación militar permitió a Oxenstierna mostrarse deliberadamente obstruccionista, exigiendo ahora que cualquier acuerdo fuese ratificado por todo el Imperio. El resultado fue muy decepcionante. El descontento continuó en el ejército de Banér hasta mayo de 1636. Desertaron, al menos, seis generales y varios coroneles experimentados, pero el rechazo generalizado a Suecia no llegó a materializarse. Por ejemplo, el coronel Sperreuter, como oriundo de Mecklemburgo, dejó de sentirse vinculado a Suecia una vez que sus propios duques hubieron aceptado la Paz de Praga. Knyphausen volvió de su retiro y se apresuró, con quince mil táleros adelantados por el embajador francés, a garantizar la lealtad de los soldados de Sperreuter: solo dieciocho hombres lo siguieron a las líneas imperiales en diciembre de 1635. [53]

Sin duda, las apelaciones al patriotismo alemán resultaron efectivas en algunos casos, pero la elección fue, por lo general, el resultado de una serie de motivos personales. El ejemplo de Augusto von Bismarck lo ilustra. Antepasado distante del que más adelante sería canciller alemán, Bismarck era hijo de un terrateniente de Brandeburgo, entró al servicio de Suecia en junio de 1631 y fue transferido a los franceses en 1635 junto con su unidad, perteneciente a las tropas de Bernardo. Su hermano le escribió que su señor, el elector de Brandeburgo, había aceptado la Paz de Praga y había hecho un

llamamiento a sus súbditos para que abandonasen el servicio a las armas enemigas. Al llegar la carta tres días después de que hubiese sido ascendido, Augustus la guardó en su bolsillo en espera de hacerla cumplir mucho tiempo más tarde, cuando su regimiento se marchó al norte de Alemania y él hubo acumulado una pequeña fortuna que le permitió retirarse a una existencia más confortable como comandante de una plaza fuerte de Brandeburgo. [54]

La esperanza de persuadir a más oficiales para que desertasen dificultó seriamente las operaciones militares sajonas en un momento en el que el empleo de la fuerza hubiese aplastado al ejército de Banér. El retraso constante minó la moral, que ya de por sí era baja, porque muchos sajones no se mostraban muy entusiastas de tener que combatir a sus antiguos aliados. Tenían poca confianza en Baudissin, su nuevo comandante. Aunque había sido un enérgico oficial, para entonces era ya un alcohólico que podía superar incluso a Juan Jorge, y que una vez se quedó dormido durante una batalla. Un oficial anotó en su diario después de otro revés menor:

> A primera hora de la mañana Baudissin se dirigió a la caballería, cuyos jinetes tenían sus caballos clavados hasta las rodillas en el fango y les dijo que debían alimentar a sus caballos porque pretendía atacar al enemigo. No me atrevo a reproducir qué tipo de insultos y alboroto provocaron estas palabras. Que la boñiga de perro alimente a la puta de su esposa, ¿es que tenemos que alimentar a nuestros caballos con fango? [55]

Serios problemas financieros contribuyeron a la confusión. Juan Jorge quería evitar reunir a su dieta para impedir a sus miembros, en especial a los caballeros, cualquier oportunidad de criticar su política. En 1618 no se había convocado ninguna dieta durante la controversia que se cernió sobre su decisión de no apoyar a los bohemios. Las asambleas se reunieron en 1622 y 1628 y subieron los tipos impositivos de los impuestos ya existentes, pero esto no fue suficiente ni para cubrir los costes de la modesta movilización de 1618-1624. Las deudas electorales se dispararon a más del doble, hasta los siete millones de florines en 1628, cuando la recaudación de impuestos comenzaba a incrementar las moras. La intervención militar plena, a partir de 1631, profundizó aún más la crisis. Una dieta se había reunido en enero de 1635, pero se limitó a prorrogar los acuerdos existentes. El electorado continuó endeudándose, lo que disparó la deuda a 25,2 millones de florines en 1657, a pesar de haber cancelado diez millones de florines en concepto de intereses atrasados el año anterior. [56]

El Tratado de Wismar de 1636

El fracaso de Sajonia reforzó la determinación de Oxenstierna. Las deserciones habían privado a Suecia de algunos oficiales experimentados, pero eso había aliviado sus pasivos, pues los atrasos adeudados se podían cancelar. Aquellos que permanecieron con Suecia eran ahora proscritos imperiales sin ninguna otra alternativa que no fuese continuar la lucha. Oxenstierna sabía que era imperativo consolidar la alianza de Suecia con Francia. Richelieu también estaba ansioso por mejorar las relaciones. El fracaso de la ofensiva francesa en el verano de 1635 realzó la importancia de Suecia, y el cardenal envió al marqués de Saint-Chamond para que se asegurase de que el canciller no firmaba una paz separada con Fernando.

Oxenstierna se reunió con el enviado en Wismar en febrero de 1636, y el 30 de marzo concluyeron un nuevo tratado que fue ratificado por Luis XIII el 11 de mayo. Francia pagó los sesenta mil táleros de atrasos reclamados por Suecia del subsidio extinguido con la muerte de Gustavo Adolfo. El dinero permitió a Oxenstierna reclutar otros cuatro regimientos británicos para reforzar su ejército. Aunque en esta ocasión se prometieron subsidios aún mayores, el canciller se negó a ratificar el tratado porque lo obligaba a no firmar la paz sin Francia. La alianza había sido anunciada, y esto servía al propósito de Oxenstierna de ejercer presión sobre el emperador y de frustrar las nuevas ofertas danesas de mediación. Francia no podía permitirse perder a un aliado, aunque fuese poco fiable, durante el desastroso «Año de Corbie», así que Richelieu liberó de mala gana los subsidios incluso a falta de la ratificación sueca. Oxenstierna logró volver por fin a su tierra natal en julio de 1636 a silenciar a sus críticos domésticos, dejando a Sten Bielke y a Salvius como representantes de Suecia en el Imperio. [57]

Las conversaciones continuaron sin ningún resultado, ya que Fernando siguió mostrando un exceso de confianza y Oxenstierna estaba cada vez más convencido de que proseguir la lucha le haría conseguir unos mejores términos. Con Baja Sajonia neutralizada temporalmente bajo el control de los güelfos y las operaciones en Westfalia suspendidas en gran parte por las conversaciones con Hesse-Kassel, la lucha siguió restringida al área comprendida entre el Elba y el Óder.

La batalla de Wittstock

El respiro en las operaciones en Westfalia permitió a Fernando enviar a diez mil imperiales de la región a las órdenes del conde Melchior von Hatzfeldt a reforzar a los sajones. Von Hatzfeldt era uno de los pocos oficiales superiores que emergieron de los regimientos levantados por los hermanos Sajonia-Lauenburgo. Había servido al emperador desde 1620, había participado en grandes batallas como Breitenfeld y Dessau, y había sido recompensado con parte de los territorios confiscados a Schaffgotsch en 1634. Había tenido una educación bastante buena y estaba bien relacionado: su hermano Franz era obispo de Bamberg y de Wurzburgo. Era un hábil estratega, pero su deseo de gestionar al detalle las batallas hizo que, a menudo, perdiese el control de sus fuerzas una vez que estas habían entrado en combate, y tenía la desagradable tendencia de culpar a sus subordinados de sus propios errores. Marginado y desalentado, Baudissin renunció el 10 de julio de 1636 y dejó el camino despejado para que Von Hatzfeldt fuese nombrado también comandante en jefe sajón.

El ejército sueco de Alemania se había visto reducido a 45 000 hombres, desplegados sobre todo en Mecklemburgo y Pomerania. El Báltico se heló durante el invierno, lo que impidió que se despacharan refuerzos desde Suecia, de modo que las fuerzas de maniobra solo contaban con seis mil hombres al mando de Leslie en Westfalia y con doce mil a las órdenes de Banér en Magdeburgo. Banér no se fiaba todavía de su ejército y se retiró a Werben el 5 de mayo. Más enérgico que Juan Jorge, Von Hatzfeldt puso sitio a Magdeburgo, en lugar de bloquearla, y la tomó el 13 de julio. La población de la ciudad era todavía de solo 2600 habitantes, pero su captura aseguraba un importante objetivo de guerra sajón garantizado en la Paz de Praga.

Con el área desolada de nuevo por la peste y con todos los pastos consumidos, Banér abandonó Werben el 12 de agosto y se dirigió al oeste a recoger a Leslie, que se replegaba a través de Baja Sajonia. Von Hatzfeldt destacó a Klitzing y a cuatro mil hombres para que protegieran Brandeburgo, que todavía no se había involucrado del todo en la guerra contra Suecia. Marazzino fue reclamado al Óder a reunirse con el ejército imperial principal, que se hallaba entonces en Tängermunde, dispuesto a invadir Pomerania occidental y Mecklemburgo. Banér se lo jugó todo en una batalla con el objeto de salvar la cabeza de puente. Marchó hacia el nordeste por el Elba para reunirse con 3800 hombres enviados desde las guarniciones pomeranas, lo que le daba un total de 17 000 efectivos. A continuación se dirigió al este, cortó las líneas de comunicación de Von Hatzfeldt y lo forzó a llamar de

vuelta a Klitzing, que debía reunirse con él en Wittstock, justo al sur de los lagos pomeranos. Banér se apresuró a atacar antes de que llegase Klitzing.

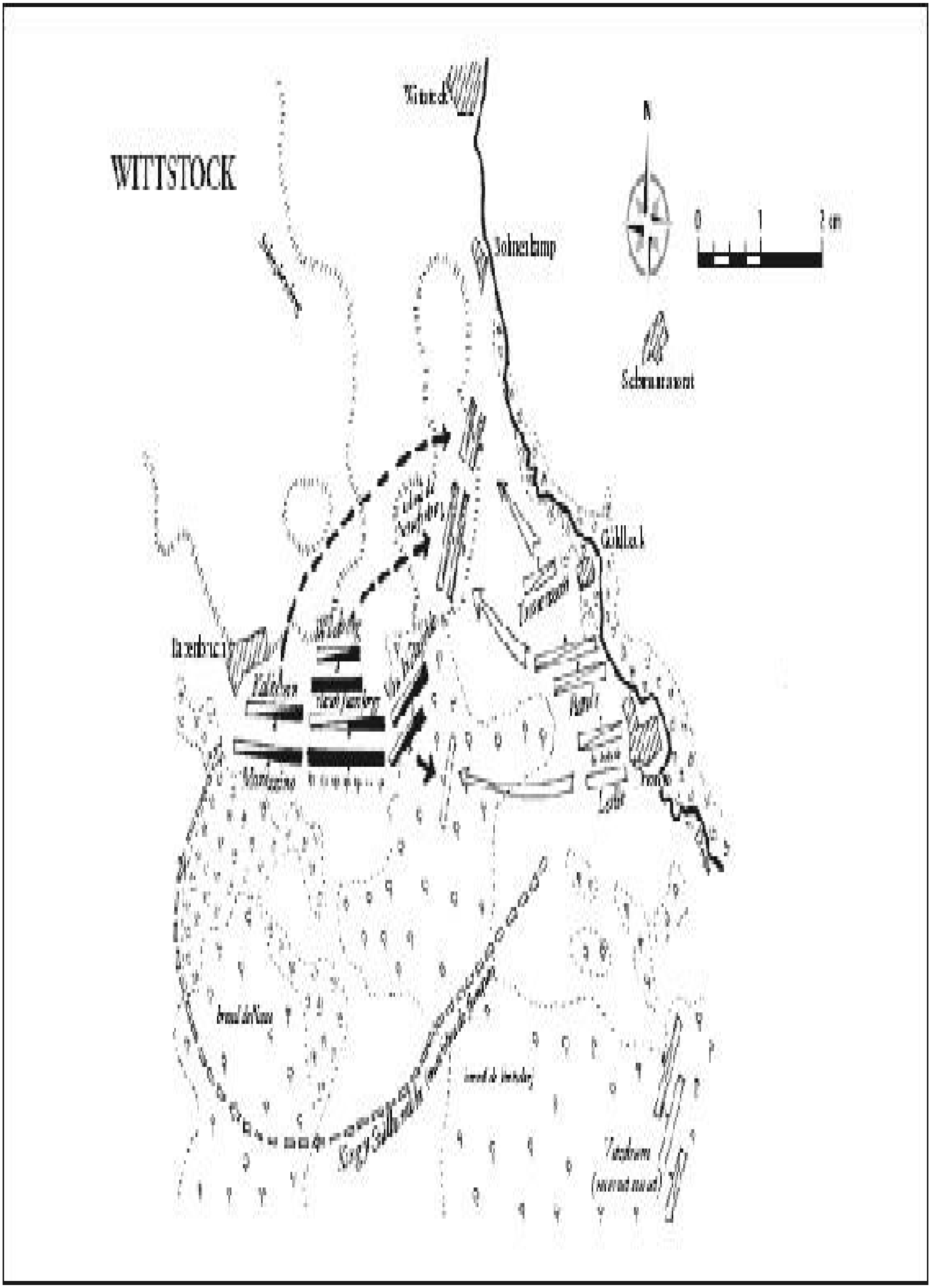
Ambos contendientes estaban bastante igualados en cuanto al número de efectivos, aunque es probable que Von Hatzfeldt dispusiese de unos mil hombres más, aparte de una posición dominante orientada hacia el sur a lo largo de todo el extremo sudeste de la cresta baja del Schreckenberg, al sudoeste de Wittstock. Su izquierda (este) estaba cubierta por el río Dosse y el frondoso brezal de Fretzdorf. La cara sur de la cresta se había fortificado con atrincheramientos y carros encadenados, lo que, en cualquier caso, entrañaba dificultad para aproximarse a través del cenagoso y frondoso brezal de Natte. La aproximación desde el oeste quedaba bloqueada por el gran bosque de Heiligengrab.

Banér tomó la única ruta posible, cruzó el Dosse temprano por el brezal de Fretzdorf el sábado 4 de octubre y avanzó por allí hacia la colina de Scharfenberg, situada entre el río y la posición de Von Hatzfeldt. De inmediato fue consciente de las dificultades, aunque se resolvió a atacar en cualquier caso, dividiendo su ejército y enviando a King y Stålhandske con 3100 caballos al oeste, a través del brezal de Natte, para envolver el otro flanco del enemigo. Leslie y 5800 hombres se dirigieron al noroeste con la intención de fijar el centro de Von Hatzfeldt, mientras Banér y el resto continuaban rodeando Scharfenberg para envolver su izquierda. Se trataba de un plan extremadamente arriesgado, ya que los tres contingentes del ejército se exponían a ser derrotados hasta las últimas consecuencias. El terreno ocultaba su aproximación inicial, pero fueron descubiertos alrededor de las dos y media de la tarde y se desencadenó una feroz lucha por la posesión de Scharfenberg. Von Hatzfeldt alimentó la línea de su izquierda con tropas del centro con la intención de reforzarla y repelió a los suecos en la colina, empujándolos al interior del bosque de Fretzdorf. Los hombres de Leslie se aproximaron a toda prisa a fin de contener el avance imperial. Se difundieron rumores de que Banér había muerto. No fue hasta las seis y media cuando King efectuó unas salvas de señales para comunicar que estaba en posición al otro lado del campo de batalla. La derecha imperial fue cogida por sorpresa y perdió su artillería, pero comenzaba a anochecer y King no tardó en suspender el ataque.

Banér había tenido al menos 3500 bajas. No está claro quién tenía la ventaja a la caída de la noche, pero el ejército sajón-imperial estaba lo bastante maltrecho y desmoralizado como para que Von Hatzfeldt y Juan

Jorge decidieran retirarse. Banér afirmó que había capturado a cinco mil hombres durante la persecución, pero eso es poco probable, ya que los sajones y los imperiales se retiraron en buen orden. Sus pérdidas totales ascendieron a unos cinco mil hombres, de los cuales dos mil eran muertos, y tuvieron que abandonar toda su artillería y bagaje. [58]

Wittstock fue una de las batallas más importantes de la guerra. Una derrota sueca hubiese destruido a su último ejército de maniobra de Alemania y hubiese empujado a Hesse-Kassel a convertir su tregua en una paz. La derrota de Von Hatzfeldt no solo evitó esto, además disuadió a los güelfos de inclinarse del lado del emperador. El pánico se apoderó de Berlín y el elector y su corte huyeron a Küstrin. Los imperiales de Von Hatzfeldt perdieron la cohesión y se entregaron al pillaje durante todo el camino hacia el oeste en dirección al Bajo Rin, mientras que los sajones regresaron a sus territorios. Banér marchó hacia el sudoeste a través de Turingia con la intención de liberar Érfurt y reabrir las comunicaciones con los hessianos, antes de virar hacia el este al interior de Sajonia y tomar Torgau en febrero.


WITTSTOCK
Bohnenkamp
N
0
1
2 km

NUEVOS ESFUERZOS PARA ALCANZAR LA PAZ

El congreso de Colonia de 1636

El papa Urbano VIII se hallaba sinceramente horrorizado por el sufrimiento imperante, pero no estaba ni preparado para contribuir a una victoria de los Habsburgo ni para sancionar concesiones a los protestantes en la obtención de la paz. Quería preservar su estatus de *padre commune* , un padre benevolente que reprendía a sus hijos católicos a fin de resolver sus pequeñas disputas y que se uniesen contra los alborotadores protestantes. Para ello, debía mantener las distancias con los Habsburgo, que parecían demasiado poderosos y que levantaban recelos en otros muchos católicos. Sus enviados ayudaron a mediar una paz en el conflicto de Mantua (*vid.* Capítulo 13 del volumen I), pero no había conseguido mucho desde entonces, pues en su lugar había estado concentrado en expandir los Estados Pontificios con la anexión de Urbino.

Sin embargo, la declaración de guerra de Richelieu a España lo obligó a actuar, en especial porque volvía a traer la lucha al norte de Italia (detallado en el Capítulo 5 de este volumen). El cardenal Marzio Ginetti fue nombrado legado papal en agosto de 1635, lo que provocó un dilema en las potencias católicas. La mediación papal no fue bienvenida, sobre todo por Fernando, que ya había aceptado la necesidad de hacer concesiones a expensas de la Iglesia imperial. Y aun con todo, no se podía rechazar de plano al pontífice. Fernando consintió entrar en conversaciones el 18 de agosto, contando con que las demás partes darían largas al asunto. [59] Como el papa se negaba a invitar a los protestantes y Francia insistía en que sus aliados debían ser incluidos, al final, Venecia se prestó a mediar entre ellos y los Habsburgo. El deterioro de la situación militar hizo más viable la celebración de un congreso que Ginetti convocó en julio y que, a la postre, llegó Colonia el 22 de octubre de 1636.

El hijo de Federico V, Carlos Luis, cumplía dieciocho años en enero de 1636 y eso lo habilitaba para gobernar en caso de ser restaurado. Carlos I de Inglaterra aprovechó la oportunidad para lanzar su propia iniciativa de paz y gastó 70 000 libras en despachar una lujosa embajada en abril encabezada por el conde de Arundel. Este subió por el curso del Rin hasta los territorios de los Habsburgo, donde fue recibido cordialmente, pero era obvio que tanto Fernando como Maximiliano consideraban zanjada la cuestión del

Palatinado. Tras efectuar una excursión por aquellas tierras que habían escapado a la destrucción, Arundel regresó a Inglaterra por la devastada región del Rin-Meno. [60]

Entre tanto, Francia consintió acudir a las conversaciones en Colonia, pero no envió representante. El enviado de Fernando llegó con retraso en abril de 1637, seguido por su colega español. Richelieu envió una serie de proposiciones. Estaba dispuesto a renunciar a Alsacia y a negociar respecto a Lorena, pero solo si Fernando reconocía el protectorado francés sobre Metz, Toul y Verdún y admitía la asistencia al congreso de los príncipes alemanes. Se trataba de unas condiciones mejores que las que, al final, aceptó el emperador en Westfalia once años más tarde. La inclusión de los príncipes representaba una importante maniobra de la diplomacia francesa, que situaba a la constitución imperial en el centro de sus exigencias públicas para legitimar su creciente intervención militar en el Imperio de socavar la Paz de Praga. En 1637 esto era del todo inaceptable para el emperador, que todavía esperaba que mejorase la situación militar. [61] Sin la inclusión de los protestantes como miembros de pleno derecho, las conversaciones de Colonia estaban abocadas al fracaso, máxime cuando la iniciativa rival danesa (en marcha desde 1633) ofrecía debates alternativos en Hamburgo. Aunque Ginetti se marchó en octubre de 1637, Urbano persistió, confiando la infructuosa tarea a una serie de dignatarios antes de encomendársela a finales de 1643 a Fabio Chigi, que había asumido el puesto de nuncio en Colonia en agosto de 1639.

El congreso electoral de Ratisbona, 1636-1637

La iniciativa papal y la misión de Arundel en el Imperio quedaron ensombrecidas por una congregación más importante: la de los electores en Ratisbona, que abrió las sesiones el 15 de septiembre de 1636 y no las clausuró hasta el 23 de enero de 1637. [62] Era la primera asamblea imperial desde 1630 y la primera después de Praga. Varios príncipes asistieron en persona, además de tres electores, mientras que muchos otros enviaron representantes, como Dinamarca, Polonia, Francia, España y el papado. Fernando estaba resuelto a conseguir apoyos tras la decepcionante campaña de 1635 y a consolidar la Paz de Praga mediante la elección de su hijo como Rey de los Romanos. España vio una oportunidad de empujar a Austria a cumplir el Tratado de Ebersdorf e incrementar su ayuda contra Francia. Oñate

financió el congreso con el pago de al menos 209 000 florines a Baviera, Maguncia , Colonia y Sajonia, que en cualquier caso iban a votar por el archiduque Fernando. No obstante, el dinero propició el rechazo a una proposición neerlandesa para que el Imperio se declarase neutral en su guerra con España. Oñate mostró también su contento al observar lo que parecía una posición firme ante Francia, a la que exigían la devolución de Metz, Toul y Verdún. Tales afirmaciones eran ya rutinarias y no eran indicativas de la existencia de un verdadero entusiasmo por enfrentarse a Francia. De hecho, los electores se inclinaron a aceptar la mediación papal y le supuso algún esfuerzo a Fernando persuadirlos de que los problemas del Imperio debían permanecer separados del conflicto franco-español.

España liberó al elector Sötern, a quien se puso bajo custodia imperial con el fin de evitar acusaciones de intromisión en los asuntos internos del Imperio. El voto de Tréveris fue suspendido. Juan Jorge y Jorge Guillermo de Brandeburgo excusaron su asistencia con el pretexto de la guerra. Bajo presión sueca, Jorge Guillermo insistió en discutir el progreso de las conversaciones de Sajonia con Oxenstierna. Sin embargo, ninguno de los electores vio otra alternativa a la propuesta de Juan Jorge de que los protestantes alemanes pagasen a los suecos para que se retiraran del Imperio. Suecia podía quedarse con los peajes y el puerto de Mecklemburgo hasta que se entregase el dinero.

Resulta paradójico que la derrota de Wittstock fortaleciera a Fernando, pues la posterior ocupación sueca de Brandeburgo convenció a su elector de que no podía esperar nada de Oxenstierna. Tras haber huido al este, a Prusia, Jorge Guillermo entabló negociaciones en noviembre de cara a una nueva alianza con Fernando como mejor modo de evitar que el emperador sacrificase Pomerania a fin de obtener la paz con Suecia. La muerte del duque Bogislav el 20 de marzo de 1637 añadió ímpetu a las negociaciones, que concluyeron el 22 de junio. A cambio de la ayuda financiera, Jorge Guillermo prometió un cuerpo de gran tamaño como refuerzo del ejército imperial. Su posición continuó siendo más débil que la de Baviera o Sajonia, porque su ejército era menor; no contaba con más de once mil hombres en junio de 1638. Pese a estar a las órdenes de Klitzing, que entró al servicio de Brandeburgo, el cuerpo carecía de la autonomía de los bávaros o los sajones, y sus soldados tenían que jurar lealtad tanto a Fernando como al elector. [63]

Una cooperación más estrecha con Brandeburgo contribuyó a asegurar los demás objetivos de Fernando. Los electores prorrogaron los acuerdos

financieros pactados en Praga durante otro año. El archiduque Fernando fue debidamente elegido Rey de los Romanos el 22 de diciembre de 1636 (justo a tiempo, porque su padre falleció un mes después de que se clausurase el congreso). Su elección fue comprada al coste de más restricciones a sus prerrogativas, de las que la más importante era la consulta a los electores antes de proscribir a alguien con el bando imperial. [64]

Sin embargo, se había desaprovechado otra oportunidad de conseguir la paz. El emperador y los electores católicos no habían hecho nada para facilitar la función de mediador de Juan Jorge. Pensaban que debían ser solo los protestantes los que pagasen a los suecos para que estos se marchasen, con el argumento de que habían sido ellos los que los habían invitado a venir al Imperio. Juan Jorge fue incapaz de ampliar su oferta a Oxenstierna y se negó a seguir con la mediación. Las negociaciones continuaron a través de otros intermediarios aunque en gran medida como mera cuestión formal. Todos habrían de comprobar que la continuación de la guerra iba a ser mucho más costosa que la paz que podrían haber conseguido en 1635-1636.

NOTAS

1. Como ha argumentado Stradling, R. A.: *Spain's Struggle for Europe 1598-1668* , 96-107, 114-117, 281. Para las negociaciones con Gastón, ver Ernst, H., 83-84.

2. *Vid.* Elliott, J. H.: *The Count-Duke of Olivares* , 472-474.

3. *Vid.* Israel, J. I.: *Conflicts of Empires. Spain, the Low Countries and the struggle for world supremacy 1583-1715* , 69.

4. *Vid.* Ernst, H., 126-133.

5. Para conocer la distribución prevista de los despojos ver el mapa en Alcalá-Zamora, J., 360-361. Las negociaciones franconeerlandesas se desarrollan en Waddington, A., I, 242-260; Israel, J. I.: *The Dutch Republic. Its rise, greatness and fall 1477-1806* , 525-527.

6. *Vid.* Parrott, D.: «The causes of the Franco-Spanish War of 1635-1659», 72-111, en 85-88.

7. Se publicó más adelante con una revisión adecuada en el *Mercure de France* : O'Connell, D. P.: *Richelieu, Weidenfeld and Nicolson* , 308-311; Weber, H.: «Vom verdeckten zum offenen Krieg: Richelieus Kriegsgründe

und Kriegsziele 1634-1635», 203-218, y «Zur Legitimation der französischen Kriegserklärung 1635», 90-113.

8. *Vid.* Parrott, D.: *Richelieu's Army. War, government and society in France 1624-1642* , en especial en 190-199. Unas cifras algo más altas en Lynn, J. A.: *Giant of the Grand Siècle. The French army 1610-1715* . Se puede obtener más información valiosa en Kroener, B. R.: «Die Entwicklung der Truppenstärken in den Französischen Armeen zwischen 1635 und 1661», 163-220.

9. Cita extraída de Lewis, W. H., 35.

10. Calculado con datos de Bonney, R.: *The King's Debts. Finance and politics in France 1589-1661* , 173 y Kriedte, P., 93.

11. *Vid.* Bonney, R.: «Louis XIII, Richelieu and the royal finances», 99-133, en 110.

12. *Vid.* Dent, J., 32. El coste anual del mantenimiento de la deuda, el pago de *rentes* (interés de los bonos del gobierno, como los *juros* españoles), y los salarios de los numerosos cargos corruptos ascendía a 45,8 millones hacia 1639-1640.

13. *Vid.* Ranum, O. A. Ver también Bonney, R.: *Political Change in France under Richelieu and Mazarin 1624-1661* , 263-283; Baxter, D. C.; Kroener, B. R.: *Les Routes et les étappes. Die Versorgung der französischen Armeen in Nordostfrankreich (1635-1661)* .

14. *Vid.* Malettke, K.: «France's imperial policy during the Thirty Years War», 177-185, en 182-183.

15. *Vid.* Ernst, H., 111-120, 166-168, 180-184, 217-219. Ver también Hrnčiřík, P., 60-73. España pagó también 280 000 florines a Baviera en 1634-1637.

16. *Vid.* Krebs, J.: *Aus dem Leben des kaiserlichen Feldmarschalls Grafen Melchior von Hatzfeldt 1632-1636* , 89, sitúa a Piccolomini en solo ocho mil, que parece un total probable para la fuerza que operaba al oeste del río.

17. Henderson tuvo una trayectoria pintoresca: es probable que tras sobrevivir a la captura en Zanzíbar, sirviera tanto en Dinamarca como en Suecia antes de entrar en al servicio imperial en 1634. Para las negociaciones ver *Doc. Bo.* , V, No. 334; Worthington, D., 155, 159, 171-

172; Droysen, G.: *Bernhard von Weimar* , II, 58-62.

18. Más detalles de estas operaciones en Noailles, A.M.R.A., vicomte de: *Episodes de la Guerre de Trente Ans. Le Cardinal de la Valette* , 132-188. Ver también Müller, H. D., 220-234; Börckel, A., 52-59; Krebs, J.: *Aus dem Leben des kaiserlichen Feldmarschalls Grafen Melchior von Hatzfeldt 1632-1636* , 89-97; Droysen, G.: *Bernhard von Weimar* , II, 118-196.

19. Hay un testimonio gráfico contemporáneo sobre las condiciones del campamento imperial en Peters, J., 63-70.

20. Traducción inglesa en Symcox, G.: *War, Diplomacy, and Imperialism, 1618-1763* , 117-121.

21. Parece que hay pocas evidencias que respalden la afirmación de R. A. Stradling de que España acordó un gran ataque a todo o nada contra Francia. Para profundizar más, Israel, J. I.: *The Dutch Republic and the Hispanic World, 1606-1661* , 250-262; también en *Dutch Republic. Its rise, greatness and fall 1477-1806* , 528-530, y en *Conflicts of Empires. Spain, the Low Countries and the struggle for world supremacy 1583-1715* , 73-79.

22. *Vid.* Ernst, H., 192-231. España pagó 2,4 millones de florines en 1636-1639, que era la mitad de lo que había prometido, y un tercio de dicha cantidad fue directa a los hombres reclutados por su ejército.

23. Ver el testimonio de un participante anónimo en Peters, J., 73-75. Más detalles en Parrott, D.: *Richelieu's Army. War, government and society in France, 1624-1642* , 119-123, 196-197; O'Connell, D. P.: *Richelieu, Weidenfeld and Nicolson* , 348-351.

24. *Vid.* Martin, P., 131-133.

25. Como ha afirmado Parker, G.: *The Thirty Years War* , 152.

26. *Vid.* Repgen, K.: «Ferdinand III. (1637-1657)», 142-167, en 157.

27. Ejemplos de este enfoque incluyen a Parker, G.: *The Thirty Years War* , 143; Bireley, R.: «The Peace of Prague (1635) and the Counter Reformation in Germany», apéndice 31-70, en 56-60; Barudio, G.: *Der Teutsche Krieg 1618-1648* , 388-391.

28. *Vid.* Wandruszka, A.: «Zum "Absolutismus" Ferdinands», 261-268. Ver también Haan, H.: «Kaiser Ferdinand II. und das Problem des

Reichsabsolutismus», 297-345.

29. Para saber más de las negociaciones, ver Frohnweiler, K. H., 1-185, en 120-162; Kaiser, M.: «Der Prager Frieden von 1635», 277-297; Gindely, A.: *History of the Thirty Years War* , II, 204-231.

30. *Vid.* Bierther, K.: «Zur Edition von Quellen zum Prager Frieden», 1-30.

31. *Vid.* Kraus, A.: «Zur Vorgeschichte des Friedens von Prag 1635», 265-299, en 269-270. Ver también Asch, R. G.: «The *ius foederis* reexamined: the Peace of Westphalia and the constitution of the Holy Roman Empire», 319-337, en 327-329.

32. *Vid.* Albrecht, D.: *Maximilian I. von Bayern 1573-1651* , 909-938. Ver también Kapser, C., 10-29.

33. Artículo 92. Texto en Schmauss, J. J. y Senckenberg, H. C. von, III, 534-548. Para un análisis más detallado, ver Wandruszska, A.: *Reichspatriotismus und Reichspolitik zur Zeit des Prager Friedens von 1635* .

34. Trauttmansdorff a Piccolomini, el 30 de mayo de 1635, *Doc. Bo* ., VI, No. 28.

35. Sobre el papel la fuerza era de 35 100, como aparecen listados en Vitzthum von Eckstädt, C., 303-386, en 309-311.

36. Tratado del 6 de octubre de 1635 en Von Moerner, T. 123-124.

37. Augusto II al emperador Fernando II, el 10 de septiembre de 1636, HHStA, KA 101 (neu).

38. *Vid.* Hagen, E., 69-203, en especial 71-73.

39. *Vid.* Zizelmann, S., 289-331.

40. *Vid.* Demandt, K. E., 415-420, 428-429.

41. Las negociaciones las trata Foerster, J. F., 125-140; Lahrkamp, H.: «Lothar Dietrich Frhr. von Bönninghausen», 239-366, en 315-318; Conrad, H. und Teske, G., 18-19, 145-163.

42. Knyphausen volvió de su retiro en diciembre de 1635 para retomar el cargo del que había dimitido en febrero de 1634. El coronel Sperreuter estuvo al mando entre estas dos fechas. Para Leslie, ver Terry, C. S.

43. *Vid.* Wunder, H.: «Frauen in der Friedenspolitik», 495-506.

44. Detalles de la operación en HHStA, KA 91 (neu).

45 . Cita extraída de Öhman, J., 67.

46 . Oxenstierna a Banér, el 28 de octubre de 1634, cita extraída de Roberts, M.: «Oxenstierna in Germany 1633-1636», 61-105, en 79. La siguiente cita procede de Öhman, J., 68.

47 . Citado en Schmidt, A., 362.

48 . *Ibid.* , 358-415.

49 . Respecto al motín, ver Chemnitz, B. von, II, 731-848; Goetze, S. S., 164-188; Öhman, J., 71-75.

50 . *Vid.* Vitzthum von Eckstädt, C., 307-308.

51 . *Vid.* Fedorowicz, J. K., 201-234. Ver también Goetze, S. S., 179-181.

52 . *Vid.* Hill, C. E., 108-109. Ver también Stradling, R. A.: *Spain's Struggle for Europe 1598-1668* , 261-262.

53 . *Vid.* Lorentzen, T., 65-66. Ver también Krebs, J.: *Aus dem Leben des kaiserlichen Feldmarschalls Grafen Melchior von Hatzfeldt 1632-1636* , 239-240.

54 . *Vid.* Bismarck, A. von, 90-105.

55 . *Vid.* Vitzthum von Eckstädt, C., 340, entrada del 9 de diciembre de 1635.

56 . *Vid.* Falke, J., 268-348. Ver también Kaphahn, F., 139-162, en especial 147.

57 . *Vid.* Kellenbenz, H., 83-107. Ver también Öhman, J., 77-88; Goetze, S. S., 198-201.

58 . Hay un buen testimonio en Krebs, J.: *Aus dem Leben des kaiserlichen Feldmarschalls Grafen Melchior von Hatzfeldt 1632-1636* , 145-155, 245-255, que se puede complementar con los contenidos de Guthrie, W. P.: *The Later Thirty Years War* , 48-58.

59 . *Doc. Bo* ., VI, No. 79. Las instrucciones de Ginetti se pueden encontrar en Repgen, K.: *Dreißigjähriger Krieg und Westfälischer Friede* , 425-457. La política del papado se aborda en Repgen, K.: *Die römische Kurie und der Westfälische Friede* .

60 . *Vid.* Springell, F. C.

61 . *Vid.* Weber, R., 324-339.

62 *Vid.* Haan, H.: *Der Regensburger Kurfürstentag von 1636/1637* . Ver

. también Weber, R., 313-324; Albrecht, D.: *Maximilian I. von Bayern 1573-1651* , 952-961; Ernst, H., 232-244, 276.

63. La recluta comenzó en marzo de 1637, pero nunca alcanzó la cifra pretendida de 17 700 infantes y 6050 caballos y dragones: Jany, C., I, 81-88; Schultze, J., IV, 261-280.

64. Más detalles en Hartung, F., 306-344, en 333-335.

CAPÍTULO 4

El punto culminante de los Habsburgo, 1637-1640

PUNTO MUERTO

El emperador Fernando III

Con solo veintinueve años de edad, el nuevo emperador había crecido con la crisis dinástica y la guerra. Su madre era la primera esposa de Fernando II, María Ana de Baviera, y, por tanto, era sobrino del elector Maximiliano. Se lo consideraba un niño enfermizo, mas sus dos hermanos mayores fallecieron antes que él. Una rutina regular de ejercicios mejoró su salud, pero la tensión de su temprana implicación en política –fue coronado rey de Hungría a la edad de diecisiete años– se cobró un precio que lo llevó a una muerte prematura en 1657. Dos de sus tres esposas y seis de sus once hijos murieron antes que él, lo que contribuyó a su predisposición natural a la melancolía. Junto con un sincero sentido del deber, también mostró un gran interés por la cultura de su tiempo y fue uno de los Habsburgo con más talento artístico. Además de construir nuevos jardines palaciegos y aumentar la ya sustancial colección de arte de la familia, era un músico talentoso y compuso varias obras respetables en el estilo barroco italiano de moda por entonces.

Pese a ser educado por los jesuitas fue más moderado que su padre y distinguió con más claridad entre la moralidad privada y el pragmatismo

público. Compartía la convicción de su padre de que el futuro de la familia dependía de mantener alejada la herejía de sus tierras heredadas. El catolicismo continuó siendo la prueba de la lealtad política. Este objetivo se había conseguido tras la batalla de la Montaña Blanca y quedó garantizado en Praga en 1635, aunque la protección de las ganancias de la dinastía en su tierra natal continuaba siendo el núcleo del programa de Fernando III, que fue mucho más flexible de cara al Imperio, donde la prioridad era defender las prerrogativas constitucionales por encima de la imposición de objetivos confesionales.

El nuevo emperador se enfrentaba a unas dificultades considerables, en especial en lo relativo a la amnistía. Sin embargo, su presencia en Nördlingen lo había asociado al éxito y, además, lo apoyaban asesores competentes. Entre ellos destacaba Maximiliano von Trauttmansdorff, que había sido jefe de su casa desde 1633 y que era el único hombre en el que Fernando depositaba su plena confianza. Honesto, leal y clarividente, era por entonces el mejor diplomático de Austria; había negociado la paz con Bethlen en 1622 e intervenido en la retirada bávara de Alta Austria y en la Paz de Praga. A partir de 1637, se alzó como la cabeza de la corte y el Gobierno. Su posición se vio fortalecida por el nombramiento de su amigo Kurz von Senftenau como vicecanciller imperial en sustitución de Stralendorf, que murió en octubre de 1637. Ambos se mostraron partidarios de la paz ahora que Suecia ofrecía unos términos aceptables.

El cambio en el Gobierno debilitó la influencia española, pero esta ya se hallaba en declive desde 1634. Olivares hizo un esfuerzo conjunto a fin de obtener el apoyo para una gran ofensiva contra Francia con el argumento de que Suecia saldría de la guerra si Francia era derrotada. El Año de Corbie supuso un buen augurio para reanudar un ataque conjunto, así que España solicitó que el contingente del Mosa de Piccolomini fuese reforzado hasta los treinta mil hombres, que otro ejército imperial atacase a través del Rin, y pidió permiso para reclutar a otros dieciséis mil alemanes. En Viena había quien todavía favorecía la cooperación con España. Incluso un año más tarde, durante la planificación de la campaña de 1638, Schlick propuso un avance sobre París y afirmó que ello provocaría la aparición de «facciones y motines» en Francia. [1] Sin embargo, el ejército imperial no estaba en condiciones de cumplir con las expectativas españolas. La fuerza principal a las órdenes de Gallas ascendía a solo 16 110 hombres en el momento de la coronación de Fernando III como emperador. [2] Como tal, Fernando ya no

podía acompañar al ejército por el daño político que implicaba que lo relacionaran con una posible derrota. No obstante, estuvo de acuerdo en enviar desde Luxemburgo a veintiséis mil imperiales y bávaros a las órdenes de Gallas, Piccolomini y Werth, aguas arriba del Mosa al interior de Champaña, mientras el duque Carlos atacaba desde el Franco Condado con doce mil hombres, la mitad de los cuales debían ser españoles. Este movimiento en pinza estaba dirigido a liberar Lorena, no a invadir Francia, y aun así tuvo que ser abortado a causa de otros acontecimientos.

Fernando III no se sentía obligado a hacer nada más, ya que Olivares todavía no había satisfecho en su totalidad el subsidio prometido. Las comisiones bancarias erosionaron el valor de las cantidades enviadas y eso agravó el recelo austriaco. Avanzado 1637, Felipe IV, debido al deterioro de las relaciones, se vio obligado a llamar de vuelta a Oñate como chivo expiatorio. [3] El cuerpo de ejército de Piccolomini continuó prestando apoyo a los españoles en Luxemburgo hasta finales de 1639, cuando su comandante y la mayoría de sus doce mil hombres fueron retirados.

La campaña del Rin

Los bávaros de Werth se replegaron de Picardía en enero de 1637 para unirse a los imperiales que habían estado bloqueando a los franceses en Ehrenbreitstein desde agosto de 1635. Francia pagó ciento diecisiete carros cargados de provisiones neerlandesas para que los hessianos de Melander los escoltasen al área de Dorsten. Este intento de socorro internacional fracasó al capturar Werth el convoy. La situación de los defensores se tornó desesperada. El vizconde Charles de Bussy-Lameth, al frente de la guarnición, afirmaba haber sobrevivido gracias a la ingesta de ochenta ratas y redujo la presión sobre las provisiones al permitir que la mitad de los miembros de la guarnición se descolgasen por los muros y escapasen. Ramsay envió barcazas por el Meno desde Hanau con más alimentos, pero fueron interceptadas en Maguncia. Sometidos a un bombardeo ininterrumpido desde el 8 de mayo de 1637, los 195 supervivientes, de la fuerza original de 2000 soldados, se rindieron el 28 de junio a cambio de su repatriación a Francia. [4] Los imperiales habían estrechado el cerco sobre el electorado de Tréveris tras contener a los hessianos al este del Rin, lejos de la ayuda francesa.

La derrota, junto con la deslucida actuación de Bernardo de Weimar en

Alsacia, impulsó a Richelieu a incrementar la intervención francesa en el Rin. Había retenido 1,6 millones de libras del subsidio de Bernardo porque el general solo disponía de 9000 hombres. En lugar de dinero, que podría hacer que Bernardo fuese independiente en exceso, Richelieu envió 5800 franceses a las órdenes de François de L'Hôpital, señor de Du Hallier. Tras haber pasado el invierno en el curso alto del Marne, Bernardo se dirigió en mayo al sudeste, al interior del Franco Condado, en buena parte porque parecía un blanco más asequible que Alsacia. [5] Se unió al duque de Longueville, que había sustituido a Condé al mando del Ejército de Borgoña, de diez mil efectivos, y en marzo había continuado el avance a través de Lorena. Juntos, derrotaron en junio a los seis mil soldados del duque Carlos en el Saona, e iniciaron una conquista sistemática de la provincia española, aunque prefirieron evitar plazas fuertes como Besanzón en favor de la toma de castillos más periféricos.

Tras dejar que el duque de Longueville completase la tarea, Bernardo se internó en Alta Alsacia a primeros de agosto, e hizo acopio de provisiones de la guarnición de Benfeld, todavía leal a Suecia. Escaso de dinero, decidió conquistar el área que había más allá del Rin con el objeto de invernar a expensas del enemigo. El momento parecía oportuno porque el principal ejército imperial, a las órdenes de Gallas, había marchado hacia el este en junio en ayuda de los sajones, dejando solo débiles destacamentos al mando del incompetente Savelli y del tránsfuga Sperreuter. Richelieu aprobó el plan con la esperanza de que ello aliviase la carga que Bernardo le suponía a Francia, al tiempo que elevaba la presión sobre el emperador. Este objetivo dominaría la estrategia francesa en la región durante los tres años siguientes.

La ciudad imperial de Estrasburgo se aferró a su neutralidad y denegó el empleo de su puente a cualquiera de los contendientes. Bernardo trató de cruzar el 6 de agosto valiéndose de las isletas de Rheinau, al nordeste de Schlettstàdt. La empresa era demasiado optimista, pues su ejército estaba demasiado débil. Tras alguna deliberación, Maximiliano dio el visto bueno al envío de Werth con siete mil bávaros, disponibles desde la toma de Ehrenbreitstein. Estos reforzaron a las unidades imperiales en Ettenheim y obligaron a Bernardo a volver a la otra orilla el 2 de septiembre. Por entonces, los bernardinos habían quedado reducidos a 6900 hombres, incluidos los soldados de Du Hallier. Se retiraron al sur, al obispado de Basilea, ignorando las protestas suizas. La población local huyó, lo que agravó una situación de avituallamiento que era ya crítica. Bernardo

sobrevivió al invierno gracias a las provisiones enviadas por la guarnición francesa de Mömpelgard.

Hesse-Kassel

El fracaso en Westfalia confirmó la experiencia de la campaña del Rin, es decir, que Francia no podía alcanzar sus objetivos en el Imperio en exclusiva a través de terceros alemanes. Richelieu había pretendido que Hesse-Kassel cumpliese en el noroeste de Alemania un papel similar al que, en apariencia, debía desempeñar Bernardo en Alsacia. Con pocas expectativas de obtener ayuda sueca, el landgrave Guillermo V había concluido una alianza con Luis XIII en el Tratado de Wesel de 21 de octubre de 1636. Estuvo de acuerdo con los términos habituales de Richelieu de no hacer la paz sin Francia y de respetar el catolicismo en las áreas conquistadas. A cambio, recibiría doscientos mil táleros anuales en concepto de ayuda a la manutención de diez mil soldados y la promesa de apoyo diplomático en la consecución de sus objetivos. [6]

Richelieu planeaba reclutar otros doce mil hombres con dinero francés en el Bajo Rin de cara a reforzar a los hessianos, que entonces podrían actuar como una barrera entre la guerra en el oeste y el conflicto de Suecia con el emperador. El hombre al que se le confió esta tarea fue el conde Josias de Rantzau, un protestante de Holstein que había servido a neerlandeses, suecos y al emperador antes de unirse a Francia en 1635. Era un favorito de la reina francesa y más tarde se rumoreó que podría ser el padre de Luis XIV. Afirmaba haber sido herido en sesenta ocasiones y, en efecto, había perdido un ojo, un pie, una mano y una oreja a lo largo de su carrera. Desde su llegada en marzo de 1637 hasta septiembre solo logró reunir mil reclutas. [7] Unido a su fracaso de liberar Ehrenbreitstein, este hecho suscitó recelos sobre la viabilidad de Francia como aliado.

Fernando III hubiera preferido negociar con Guillermo V, pero su padre había dictado ya un bando imperial en octubre de 1636 y nombrado al landgrave Jorge de Hesse-Darmstadt comisionado imperial. La falta de tropas proporcionó una excusa para entablar conversaciones de última hora, pero no lograron persuadir a Guillermo de que abandonase la guerra. Fernando III aprobó a regañadientes una invasión en abril de 1637, mas el grueso del ejército de Westfalia, a las órdenes de Götz y Von Hatzfeldt, se había marchado ya en marzo a reforzar a Gallas, dejando solo algunos débiles

destacamentos a cargo de Geleen, Joachim Christian Wahl y Alexander von Velen. Darmstadt había apoyado al emperador de un modo enérgico desde la Paz de Praga y había reclutado 5500 hombres, sin embargo, la mayoría de estos servían con los imperiales en Sajonia o vigilaban a Ramsay en Hanau. [8] Las tropas de Guillermo lograron escapar hacia el norte, al interior de Westfalia, donde ayudaron a sus camaradas a recuperar Vechta y Bielefeld en junio. La caída de Ehrenbreitstein, al final, liberó suficientes tropas imperiales como para invadir Hesse-Kassel en octubre, cuando incendiaron diecisiete poblaciones y trescientas villas para intimidar al landgrave.

Las guarniciones hessianas aguantaron todavía en Kassel y Ziegenhain, mientras Guillermo empleaba su nueva alianza francesa para reavivar las negociaciones con los neerlandeses. La República había rechazado sus propuestas de forma sistemática para mantener buenas relaciones con Colonia. Sin embargo, cuando renovó su propia alianza con Francia en octubre de 1636 percibió ventajas en el empleo de los hessianos como barrera a lo largo de su frontera oriental. Conscientes de sus anteriores dificultades con el conde de Mansfeld (*Vid.* Capítulo 10 del volumen I), los neerlandeses prepararon el terreno concienzudamente y se aseguraron el beneplácito de Emden y de las dietas de Frisia oriental para abonar 12 000 táleros mensuales a fin de mantener a 2500 hessianos. Guillermo se retiró a Frisia oriental en septiembre de 1637. El acuerdo tenía una vigencia de seis meses, pero los hessianos permanecieron allí hasta agosto de 1650. Cabe destacar que ni Fernando de Colonia ni el emperador amenazaron su presencia para no deteriorar el entendimiento tácito con la República. Götz regresó con cuatro mil hombres en noviembre a través de Turingia y expulsó a los hessianos de Paderborn y de Lemgo, pero se abstuvo de perseguirlos al interior de Frisia oriental. [9]

Guillermo V murió en Leer el 1 de octubre, con lo que dejó a su hijo pequeño a cargo de su viuda Amalia Isabel. Como pariente lejana de los Borbones, esperaba que Francia apoyase sus ambiciones. Richelieu hizo esfuerzos considerables para retener su lealtad, para lo que le envió una cruz engastada con diamantes y le transfirió a su hijo la pensión de su marido. Los temores a que el coronel Ramsay pudiese entregar Hanau, su ciudad natal, a Francia impulsaron a los imperiales a romper la incómoda tregua que había estado vigente desde la liberación hessiana en 1636. Wilhelm von Metternich, un coronel al servicio de Maguncia, asaltó la plaza el 18 de febrero de 1638 sin perder un solo hombre, mientras que Ramsay resultó

herido de muerte en la lucha. Metternich fue recompensado con el señorío bohemio de Königswart, que se convertiría en el hogar de su descendiente el príncipe Clemens, futuro hombre de estado austriaco. [10]

Amalia Isabel estaba convencida de que Francia proporcionaría poca ayuda directa incluso antes de estos acontecimientos, así que, en su lugar, se dirigió a los neerlandeses, ante los que se presentó como una pobre viuda, al igual que hiciese Isabel de Bohemia. Los tozudos burgueses le dieron alojamiento hasta 1639, pero no estaban dispuestos a sacrificar sus buenas relaciones con el elector de Colonia por ella. Se convirtió para los neerlandeses en un motivo de vergüenza, como lo había sido la Reina de Invierno. Sus tropas en Frisia oriental y Westfalia interrumpían el comercio neerlandés y oprimían a poblaciones que se mostraban amistosas con la República.

En consecuencia, el emperador aún esperaba que los hessianos acabasen cambiando de bando. España ofreció dinero y Schlick negoció con Melander, mientras los electores de Maguncia y Colonia persuadían a Fernando para que cesase al belicoso landgrave de Darmstadt de su cargo de comisionado imperial y reconociese a Amalia Isabel como regente durante la minoría de edad de su hijo. El emperador también renunció a sus pretensiones a Hersfeld y se mostró dispuesto a garantizar *de facto* la tolerancia del calvinismo, como hizo con Anhalt y Brandeburgo. A cambio, se esperaba que Amalia Isabel aceptara la pérdida de Marburgo a favor de Darmstadt. El duque Jorge de Luneburgo y otros le aconsejaron que aceptase esta generosa oferta, pero ella se valió de la supuesta hostilidad del emperador hacia el calvinismo como excusa para rechazarla. A la postre, solo accedería a la conclusión de una tregua el 3 de marzo de 1638, mientras retenía la posesión de sus guarniciones y se mantenía a la espera de que mejorase la situación general.

La última oportunidad del Palatinado

Fernando lo aceptó porque quería concentrar a la pequeña fuerza de Götz para que hiciese frente a una nueva e inesperada amenaza a manos de los exiliados del Palatinado. El fracaso de la embajada del conde de Arundel en 1636 provocó uno de los típicos vaivenes de la política de los Estuardo: Carlos I abandonó su alianza nominal con España, acordada en 1634, y firmó un nuevo tratado con Francia el 27 de febrero de 1637. A cambio de una vaga promesa de apoyo diplomático sobre la cuestión del Palatinado, Carlos se mostró dispuesto a declarar la guerra a los Habsburgo, a proporcionar treinta

navíos y a permitir que Francia reclutase seis mil hombres. Richelieu nunca ratificó el acuerdo. No tenía ninguna intención de comprometer sus relaciones con el elector Maximiliano, que continuaba siendo su socio preferido en el Imperio. La perspectiva de la ayuda francesa bastó para que Carlos enviase a sir Thomas Roe en una misión imposible a Hamburgo, donde se reunían los delegados franceses, suecos e imperiales bajo la mediación nominal danesa. Los daneses estaban todavía resentidos con los ingleses por lo que consideraban un apoyo inadecuado durante la década de 1620, mientras que los suecos no lograron entender por qué Carlos, como monarca protestante y tío de Carlos Luis, no apoyaba al Palatinado hasta sus últimas consecuencias. Su impaciencia los llevó, en julio de 1638, a vender armas a los malcontentos escoceses, cuyo desafío al rey llevó al estallido de la Primera Guerra de los Obispos, que dio comienzo así a las Guerras Civiles inglesas en 1639, lo que privó definitivamente al país de su participación activa en los asuntos europeos durante más de una década. [11]

Isabel de Bohemia hacía tiempo que había perdido toda esperanza de una restauración plena «que no fuese por la vía de las armas». [12] La expedición de su hijo resultó aún más quijotesca que las campañas de los antiguos paladines. La viuda de Knyphausen autorizó la entrada de una pequeña partida en Meppen, una ciudad arrebatada al obispo de Münster y entregada a su marido por los suecos en calidad de donación. El grupo que acompañaba a Carlos Luis incluía a su hermano menor Ruperto y a una serie de galanes ingleses devotos de la Reina de Invierno, como Spencer Compton, segundo conde de Northampton y lord William Craven. Situada en la frontera entre Münster y Frisia oriental, Meppen constituía una base desde la que reunir un ejército, marchar hacia el sur y recuperar el Bajo Palatinado. Aún contando con que habían traído cuarenta y un barriles de oro inglés, el plan era descabellado. A pesar de un largo periodo de conversaciones no lograron obtener el apoyo de Hesse, ya que Amalia Isabel no quería poner en riesgo su tregua con el emperador. [13] James King, un veterano escocés que asumió el mando de los suecos presentes en Westfalia en 1637, prometió mil hombres de su base, situada entre Minden y Nienburg, al parecer porque estaba pensando en retirarse y quería complacer a Carlos I.

Carlos Luis logró reclutar a cuatro mil hombres, incluidos algunos que habían sido licenciados recientemente por los católicos. [14] Fernando de Colonia se temió lo peor, ya que las unidades imperiales habían vuelto a ser retiradas. El mando le fue confiado a Von Hatzfeldt en marzo, con

instrucciones de reunir un nuevo ejército de 4500 hombres a partir de los hombres destacados en las guarniciones de Westfalia. Para mayo era lo bastante poderoso como para sorprender Meppen, donde capturó veinte cañones y dispersó a las fuerzas del Palatinado. Carlos Luis se reagrupó en Cleves, al sur, protegido por las guarniciones neerlandesas locales, pero solo le quedaban 1700 hombres, mientras que Von Hatzfeldt había logrado reunir 6420 para julio de 1638. [15]

Carlos Luis se unió a King y los suecos en Stadtlohn el 9 de septiembre y, a continuación, se dirigió al norte a recuperar Meppen. La plaza estaba fuertemente defendida por los imperiales; además, los frisones orientales inundaron su frontera para que los palatinos no pudiesen entrar y para que los hessianos no pudiesen salir a unírseles. Los palatinos se dirigieron al este por Osnabrück, con la esperanza de tomar Lemgo como nueva base, más cercana a los puestos suecos del Weser. La llegada de Von Hatzfeldt los obligó a abandonar el sitio y a retirarse hacia Minden. Asumieron que el general imperial se contentaría con liberar Lemgo y no esperaban que los persiguiera. Sin embargo, como disponía de 5800 hombres, en su mayor parte caballería, se apresuró hacia el este a cortarles la retirada en el puente de Vlotho el 17 de octubre.

El príncipe Ruperto y la caballería sueca trataron de huir pero él cayó prisionero de Walter Devereux, el asesino de Wallenstein, junto con otros mil doscientos hombres. King llegó a Minden con solo cinco acompañantes. Carlos Luis trató de escapar (de forma poco épica) en su coche de caballos, pero este se hundió en el Weser, en cuyas aguas se ahogaron los caballos y el cochero. Él se salvó porque pudo agarrarse a una rama de sauce de la que se valió para salir del río. Se ocultó en Minden durante dos meses antes de regresar finalmente a su exilio neerlandés. Von Hatzfeldt solo tuvo que lamentar 79 bajas y continuó explotando su éxito al tomar Vechta ese mismo mes de noviembre.

La derrota extinguió la última llama de la causa por un Palatinado independiente, situación que lo dejaba en manos de los poco escrupulosos valedores extranjeros. El comienzo de las Guerras Civiles inglesas provocó la marcha de los más entregados a la causa y el regreso a casa de numerosos británicos. España se negó a licenciar a los seis mil que servían en su Ejército de Flandes, aunque al menos treinta oficiales escoceses experimentados abandonaron las filas suecas durante 1639. No más de diez escoceses se convirtieron anualmente en oficiales suecos a partir de 1638, comparados con

los 1900 que se habían unido a la filas suecas en la década anterior. [16]

La retirada sueca

Con las negociaciones empantanadas, los imperiales hicieron un tercer intento de expulsar a los suecos al mar y, por primera vez, dieron prioridad a las operaciones contra ellos. Gallas se hizo cargo del ejército principal de veinte mil hombres y partió del Rin en junio de 1637 a reunirse con las mucho más reducidas fuerzas imperiales y sajonas, de diez mil hombres, acantonadas en Pretzsch, en el Elba, entre Wittenberg y Torgau. Otras unidades sajonas guarnicionaban Magdeburgo y Wittenberg, aislando así a los catorce mil hombres de Banér en Torgau, donde llevaban bloqueados desde marzo. Gallas tendió puentes de pontones a ambos lados de la población y se preparó para cruzar y rodear a los suecos, pero Banér logró escapar de nuevo a la destrucción, esta vez huyendo en la noche del 28 de junio tras haber distribuido trescientos mil litros del vino saqueado de las bodegas del elector. A diferencia de Mansfeld y el duque Cristian, Banér no tuvo escrúpulos a la hora de quemar su bagaje y de montar a sus infantes en los caballos de tiro con el propósito de efectuar una fuga rápida.

La ruta directa hacia el norte hasta Pomerania estaba bloqueada por los brandeburgueses, que ahora alzaban las armas en nombre del emperador. En su lugar, Banér se dirigió al nordeste, a través de Jüterbog y Lübben, hasta el Óder. Además de perseguir a los suecos directamente, Gallas envió columnas a que se les anticipasen y llegasen a Küstrin en primer lugar, lo que atraparía a Banér entre el río y la frontera polaca. Banér envió a las esposas de los oficiales, incluida la suya, y el resto del bagaje, hacia la frontera, como si pretendiese escapar por esa ruta, pero volvió sobre sus pasos hacia el oeste, cruzó el río al sur de Fráncfort y, a continuación, se apresuró hacia el norte por la orilla opuesta a reunirse con Karl Gustaf Wrangel y sus cinco mil hombres en Eberswalde. Su periplo de dieciséis días le costó cuatro mil hombres, pero el ejército estaba todavía intacto.

En cualquier caso, solo había nueve mil soldados de guarnición en Pomerania y mil doscientos en Mecklemburgo. Todos estaban faltos de pagas y desmoralizados. Las fortalezas se encontraban en pobres condiciones y las guarniciones hacía tiempo que habían consumido la madera de las empalizadas para hacer fuego. Había poco que Banér pudiese hacer para impedir que Gallas acabase con ellos. Landsberg, Gartz, Demmin y otras

poblaciones cayeron de nuevo en manos del ejército imperial, por lo que los suecos quedaron reducidos a Stettin, Stralsund, Wismar, Warnemünde, Greifswald, Anklam, Kammin y Kolberg (actual Kołobrzeg). La costosa retirada desvaneció las esperanzas suscitadas tras la batalla de Wittstock del año anterior. [17]

La situación obligó a Oxenstierna a rebajar sus demandas. Estaba dispuesto a firmar la paz a cambio de mantener algunos puertos del Báltico durante quince años si los alemanes pagaban tres millones de táleros, de los que una parte iría destinada a la disolución del ejército. Abandonó todas las iniciativas de revisión constitucional, aunque insistió en la amnistía de aquellos que habían sido excluidos de la Paz de Praga con el objeto de conservar a los aliados que le quedaban como una posible contención al poder de los Habsburgo. Incluso estaba dispuesto a aceptar como nuevos intermediarios al detestado Francisco Alberto de Lauenburgo y a sus hermanos Francisco Carlos y Julio Enrique. Fernando III envió al vicecanciller Kurz a Hamburgo en enero de 1638 a entablar conversaciones directas. Gallas era optimista, pero entonces los suecos se plantaron, alegando la negativa del emperador a negociar sobre el Palatinado y los exiliados bohemios.

Solo se trataba de una estratagema, ya que Suecia no tuvo reparos en abandonarlos en 1648 para conseguir la paz. La verdadera razón radicaba en que Oxenstierna se limitaba a ganar tiempo hasta concluir unas negociaciones que llevaba en paralelo con Francia. Con sus propias fuerzas empantanadas, Francia necesitaba a Suecia para mantener la presión sobre el Imperio y evitar la temida coalición entre los Habsburgo. Richelieu aceptó las condiciones de Oxenstierna en el Tratado de Hamburgo del 15 de marzo de 1638. El subsidio anual de 400 000 riksdáleres fue prorrogado durante otros tres años y Richelieu aceptó la no beligerancia de Suecia en su guerra contra España. Se redactaron acuerdos similares en la alianza franco-neerlandesa, renovada también en marzo, aunque Richelieu obligó a la República a no firmar una paz separada con España, mientras que Oxenstierna se limitó a consentir la coordinación de la diplomacia con Francia. [18]

La situación militar había vuelto a la del verano de 1630, solo que esta vez las cosas favorecían más a Suecia. Banér se había establecido en su cabeza de puente con Stettin como base principal. Los nuevos subsidios franceses permitieron a Oxenstierna enviar tres barcos cargados con nuevos uniformes, además de 14 000 conscriptos y 180 000 táleros en metálico en julio de 1638. Gallas, por el contrario, solo reunía 15 000, y se había visto obligado a pasar

el invierno en un extenso cordón alrededor de Mecklemburgo y Pomerania con el que pretendía contener al enemigo. Los sajones estaban ocupados con el bloqueo de Érfurt, y aunque Gallas fue reforzado por 8500 brandeburgueses, estos tenían una organización muy deficiente y estaban dirigidos por hombres ineptos como Konrad von Burgsdorff que «eran poco menos que gángsteres». [19] En cualquier caso, el esfuerzo de Brandeburgo era considerable y reflejaba la determinación del elector de reclamar Pomerania tras la muerte del duque Bogislav. El gobierno de Brandeburgo era más autoritario y estaba más militarizado bajo el conde Adam von Schwarzenberg, cuya reputación se vio injustamente oscurecida por generaciones de historiadores prusianos que glorificaron el reinado del hijo de Jorge Guillermo a partir de 1640 como el del «Gran Elector». [20] El elector confió el mando a Schwarzenberg, que reorganizó el ejército en diciembre de 1638, pero eso decepcionó a Klitzing, el cual se unió a los güelfos en el mes de mayo, mientras que otro coronel se pasaba con sus regimientos a los suecos. La fuerza efectiva cayó por debajo de los seis mil hombres y las operaciones de Brandeburgo quedaron restringidas a la defensa de sus propios fuertes.

Entre tanto, Banér rompió el cordón imperial y recuperó Gartz y, a continuación, liberó Mecklemburgo en octubre de 1638. Gallas se replegó al otro lado del Elba, saqueó Brandeburgo y envió unidades a Bohemia y a Silesia para aliviar el problema de la acuciante escasez de provisiones. [21] Había resultado imposible reunir los efectivos necesarios para aplastar las últimas defensas suecas debido a que el área comprendida entre el Elba y el Óder había quedado devastada por los combates desde 1635. Aunque no estaba claro entonces, los imperiales no volverían a tener otra oportunidad.

DESENLACE EN EL RIN

Finanzas militares imperiales

Las dificultades financieras contribuyeron al fracaso. En esencia, la Paz de Praga adoptó el sistema de financiación militar concebido en Ratisbona en 1630 para mantener a un solo ejército mediante los pagos regulares de los estados imperiales. Fijado en ochenta meses romanos anuales, estos pagos alcanzarían la suma de ocho millones de florines en el mejor de los casos, pero incluso estas estimaciones de ingresos se veían considerablemente

mermadas, ya que los suecos todavía conservaban Pomerania, Mecklemburgo y otras áreas. El fracaso a la hora de incorporar a Hesse-Kassel o a los güelfos erosionó aún más la recaudación. Gallas se quejó de que las ciudades de Hamburgo, Bremen y Lübeck prestaban millones al enemigo pero se negaban a dar alojamiento a sus exhaustas tropas. [22] Aquellos que pagaron eran en su mayoría antiguos miembros de la Liga que se consideraban ahora aliados del emperador y que esperaban ser tratados en consecuencia, al quedar eximidos de alojamientos y de cuarteles de invierno en sus territorios.

El congreso electoral aprobó la concesión de otros ciento veinte meses romanos en octubre de 1636, pero el emperador había comenzado ya a asignar regiones para que prestasen apoyo a los distintos cuerpos de sus principales aliados. Los pagos de Alta Sajonia fueron a parar directamente a las tropas de Juan Jorge, mientras que las unidades de Colonia se mantuvieron a expensas de Westfalia. Los pagos de los Círculos de Baviera, Franconia y Suabia fueron destinados en enero de 1636 al ejército de Maximiliano. La práctica erosionó la ya frágil distinción entre impuestos de guerra oficiales y el amplio abanico de pagos restantes exigidos por los distintos comandantes. Los de Franconia declararon en febrero de 1638 que estos costes adicionales equivalían a entre dos y cinco veces lo que debían en meses romanos, y trataron de compensarlo reteniendo los impuestos oficiales. También solicitaron medidas para mejorar la disciplina del ejército, reducir los pagos y permitir a los funcionarios de los círculos supervisar el tránsito por su región. [23]

Fernando III respondió a estas quejas aproximándose a los estados imperiales a través de las asambleas de los Círculos, en vez de limitarse solo a los electores, una vez que expiró en octubre de 1638 la concesión de 1636. Alta Sajonia y Brandeburgo apoyaron el llamamiento a la asamblea altosajona, pues sabían muy bien que los ciento veinte meses romanos que acordó irían a parar a sus propios soldados. Westfalia hizo otro tanto, pero los de Franconia se negaron con el pretexto de que su región ya estaba soportando a una gran parte del ejército imperial, además de las guarniciones locales. En consecuencia, el emperador asignó Suabia y Baviera a Maximiliano y se reservó Franconia y el Alto Rin para sus propias fuerzas el 20 de noviembre. [24]

Estas dificultades contribuyeron a un lento pero paulatino declive en el tamaño del ejército imperial desde sus máximos de la era Wallenstein. Los acuerdos de Praga contemplaban ochenta mil hombres, pero el ejército

ascendía todavía a más de cien mil, incluidos los bávaros y los sajones. El impacto de la peste, la falta de fondos y los crecientes problemas logísticos hicieron imposible mantener ese número de efectivos a partir de 1635. A comienzos de 1638, el Consejo de Guerra de los Habsburgo estimó que había 73 000 hombres, incluidos sajones, bávaros y algunos auxiliares pagados por España, pero se planeaba añadir otros 10 000 reclutas. La decisión de trasladar a Gallas a Sajonia en 1637 con el ejército principal supuso una seria merma para las fuerzas que permanecían en el Alto Rin a las órdenes de Savelli. Los catorce regimientos de caballería imperial allí desplegados tenían entre ochenta y doscientos hombres cada uno, mientras que los diez regimientos de infantería contaban con una media de solo doscientos hombres cada uno, salvo la unidad del coronel Reinach, acantonada en Breisach, que estaba integrada por ochocientos efectivos. El número mejoró un poco en febrero, pero los regimientos continuaron muy mermados de efectivos y en condiciones paupérrimas. Muchos de los oficiales estaban enfermos y los soldados impagados sobrevivían mediante el pillaje. Preocupado por el bienestar de sus propias unidades, Maximiliano permitió a Werth que trajese a los bávaros a áreas algo menos devastadas en Alta Suabia, Wurtemberg y Donauwörth. En términos generales, el ejército bávaro disfrutó de mejores condiciones y sus regimientos de caballería e infantería contaron con entre ochocientos y mil hombres cada uno entre 1639 y 1645. Con posterioridad a esa fecha solo mostraron un leve declive. [25]

La imposibilidad de mantener los niveles preestablecidos de efectivos en los regimientos fue causa de problemas considerables. Las unidades tenían que combinarse para alcanzar los efectivos requeridos por las formaciones tácticas. Y lo que era más grave aún, eran desproporcionadamente caras, porque los oficiales, con pagas mucho más elevadas, tenían una tasa de supervivencia mayor que la de sus hombres. Se concibieron planes en noviembre de 1638 para fusionar numerosos regimientos cortos de personal en unos pocos más grandes y efectivos. Para entonces, se calculaba que solo quedaban 29 500 hombres en los dos ejércitos de maniobra, el del Alto Rin y el de Gallas. [26] El número total de tropas estimado en 1639 ascendía a 59 000 hombres sin contar a bávaros y sajones, apenas la mitad de lo que el ejército imperial había desplegado cinco años antes.

Líderes partisanos

Las terribles pérdidas de la campaña del Rin de 1638 fueron un factor clave en este declive. Bernardo de Weimar estaba resuelto a conseguir el objetivo fijado el año anterior y poner un pie firme en nombre de Francia en el lado oriental del río. Esta vez se preparó a conciencia. Como había pasado el invierno en Mömpelgard y en el obispado de Basilea, se hallaba ya cerca del tramo del Rin que discurría por la frontera suiza hasta el lago Constanza. Esta ruta suponía una alternativa al intento del año anterior de atacar directamente a través de la Selva Negra. Aunque se le había unido Rohan en persona, que había escapado de La Valtelina (*Vid.* Capítulo 5 del volumen II), todavía tenía pocas tropas. Los imperiales de Savelli defendían Rheinfelden con quinientos hombres y tenían otras guarniciones en Waldshut, Friburgo y Philippsburg, además del regimiento de Reinach en Breisach. Estos puestos debían ser tomados si se pretendía asegurar el río. También necesitaba una base más allá de la Selva Negra con el objeto de aprovechar los más ricos recursos de Wurtemberg y del valle del Danubio.

Por fortuna, Bernardo tenía una excelente red de espionaje y sabía lo débiles que eran sus oponentes en aquellos parajes. También contaba con los servicios del coronel Johann Ludwig von Erlach, un veterano del ejército neerlandés que había sido herido en la batalla de la Montaña Blanca y que más tarde sirvió a las órdenes de Mansfeld y Suecia hasta 1627. Desde entonces, había estado al mando de la milicia de su tierra natal, el cantón protestante de Berna. Erlach se unió al ejército de Bernardo en septiembre de 1637, aunque no abandonó el servicio a Berna hasta el mes de mayo siguiente. Sus contactos con la aristocracia del cantón aseguraron que el ejército de Bernardo estuviese bien abastecido.

Erlach inició también negociaciones con el mayor Konrad Wiederhold, un hessiano que era el jefe de instrucción de la milicia de Wurtemberg y comandante de Hohentwiel, la única fortaleza del ducado que todavía resistía al emperador. Aunque, en la actualidad, se ha desvanecido del imaginario colectivo, Wiederhold ocupó un lugar prominente en el folclore patriótico suabo hasta el siglo XX. Es un ejemplo de los líderes partisanos que desempeñaron un papel cada vez más importante, a medida que la rápida escalada del conflicto dejó a numerosas guarniciones aisladas y dispersas por todo el Imperio. Estas se sostuvieron gracias a las incursiones y actuaban como bases potenciales cuando las fuerzas amigas regresaban a su área. Los suecos en Benfeld, los imperiales de Ruischenberg en Wolfenbüttel y los bernardinos de Ramsay en Hanau son tres ejemplos de ello. Otros son los

hessianos en Lippstadt a las órdenes del refugiado hugonote Daniel Rollin, barón de Saint-André y su subordinado, Jacques Mercier, de Mömpelgard, conocido como el Pequeño Jacobo, que ascendieron en las filas de los ejércitos húngaro, bohemio, ruso y neerlandés. Ambos fueron celebridades coetáneas que incorporó Grimmelshausen a su novela. Una contraparte al servicio de los Habsburgo era el aristócrata suizo Franz Peter König, ennoblecido en 1624 como Von Mohr, que se distinguió en escaramuzas en los alrededores del lago Constanza en los primeros años de la década de 1630. Como indican estos apuntes biográficos, estos hombres en general procedían de entornos bastante humildes y consiguieron reputación y fortuna mediante sus audaces logros. Nunca llegaron a mandar ejércitos y, a menudo, fueron difíciles de mantener bajo control. König fue cesado tras enzarzarse en una disputa con el muy desagradable Ossa, el comisionado militar de los Habsburgo para el sudoeste de Alemania.

Wiederhold actuaba en teoría en nombre del duque Everardo III de Wurtemberg, pero tenía su propia agenda. Con una mezcla de terror y benevolencia, ignoró los parajes de los alrededores del Hohentwiel y se concentró en incursiones de mayor alcance contra las comunidades católicas, lo que obligó a cincuenta y seis villas, monasterios y aldeas a avituallar a su guarnición, que ascendía a 1058 hombres y 61 cañones a finales de 1638. [27] También disponía de buenas fuentes de información e inteligencia que le proporcionaban los aldeanos amistosos, que participaban a menudo en sus expediciones de saqueo. Les devolvió el favor a la hora de morir, cuando dejó en su herencia una gran dotación para los pobres de la región. Sus logros se hicieron legendarios. En una ocasión, capturó al obispo de Constanza durante una cacería y le robó el caballo y la plata, y con posterioridad se apoderó de una suma de veinte mil táleros cuando capturó caudales de guerra imperiales en Bahlingen.

Al quedar bloqueado después de Nördlingen, Wiederhold se avino a permanecer neutral a partir de febrero de 1636 en el contexto de las nuevas conversaciones que pretendían incluir a Wurtemberg en la amnistía de Praga. Fernando III exigió su rendición como condición necesaria para la restauración de Everardo III en 1637, pero Wiederhold ignoró las órdenes ducales y se declaró a favor de Bernardo en febrero de 1638. De este modo, continuó siendo una espina clavada en el costado de los Habsburgo, más aún con sus incursiones en los enclaves tiroleses, y no se sometió a la autoridad ducal hasta 1650.

Las batallas de Rheinfelden

La campaña del Rin de 1638 fue un enfrentamiento épico que revela las dificultades a la hora de concentrar y mantener ejércitos. En la fase de apertura, Bernardo luchó por el control de la ruta de los Pueblos de la Selva Negra desde el Rin hasta el Alto Danubio, mientras que la segunda fase fue testigo de una feroz lucha en la Bresgovia austriaca, que podía servir de base francesa y que se convirtió en una de las demandas territoriales de Richelieu.

Bernardo avanzó con solo seis mil hombres y catorce cañones a través de territorio suizo para cruzar el Rin en Basilea el 28 de enero y sorprender a los hombres de Savelli en Rheinfelden. La guarnición resistió, lo que bloqueó su avance y obligó a Bernardo a poner sitio a la plaza con sus limitados recursos. Las principales obras de asedio se hallaban orientadas a la ciudad en la orilla sur, con dos regimientos de caballería apostados en el otro lado, frente a la puerta fortificada que protegía el puente. Se destacó un regimiento de infantería a fin de proteger el puente de Laufenburg, aguas arriba, mientras que cuatro regimientos de caballería aseguraron el transbordo en Beuggen, una casa de campo fortificada que pertenecía a la Orden Teutónica. [28]

Werth vio de inmediato la necesidad de socorrer Rheinfelden y presionó a Savelli para que lo ayudase a reunir 2600 infantes y 4500 caballos de los puestos avanzados de Brisgovia, tras lo cual debían apresurarse a través de las montañas con la munición mínima y sin artillería. Los imperiales aparecieron a primera hora del sábado 28 de febrero de 1638 a las afueras de Beuggen, pero se vieron bloqueados por los dragones de Bernardo, apostados detrás de un seto. Incapaces de desplegarse, los imperiales tomaron otro camino más difícil, paralelo al río, y se dirigieron al oeste hacia Rheinfelden. Bernardo aprovechó las cuatro horas que les llevó para transbordar a unos 600 mosqueteros y 8 cañones ligeros, además de concentrar a la caballería que ya estaba al norte del río, a las órdenes de Taupadel, en el terreno elevado que había sobre la población. Taupadel cargó cuando la caballería bávara trataba de desplegarse desde el camino en Karsau. Los bávaros fueron repelidos, pero la carga dejó heridos de muerte a Rohan y a Juan Felipe de Salm-Kyrburg, otro veterano paladín; además, el coronel Erlach fue hecho prisionero. Savelli y la infantería imperial llegaron entonces y se adueñaron de las alturas. Bernardo mantuvo su posición hasta la caída de la noche y luego se escabulló del enemigo mediante una retirada hacia el este por el río en dirección a Bad Säckingen, después de abandonar al menos tres de sus

cañones y perder ciento cincuenta hombres.

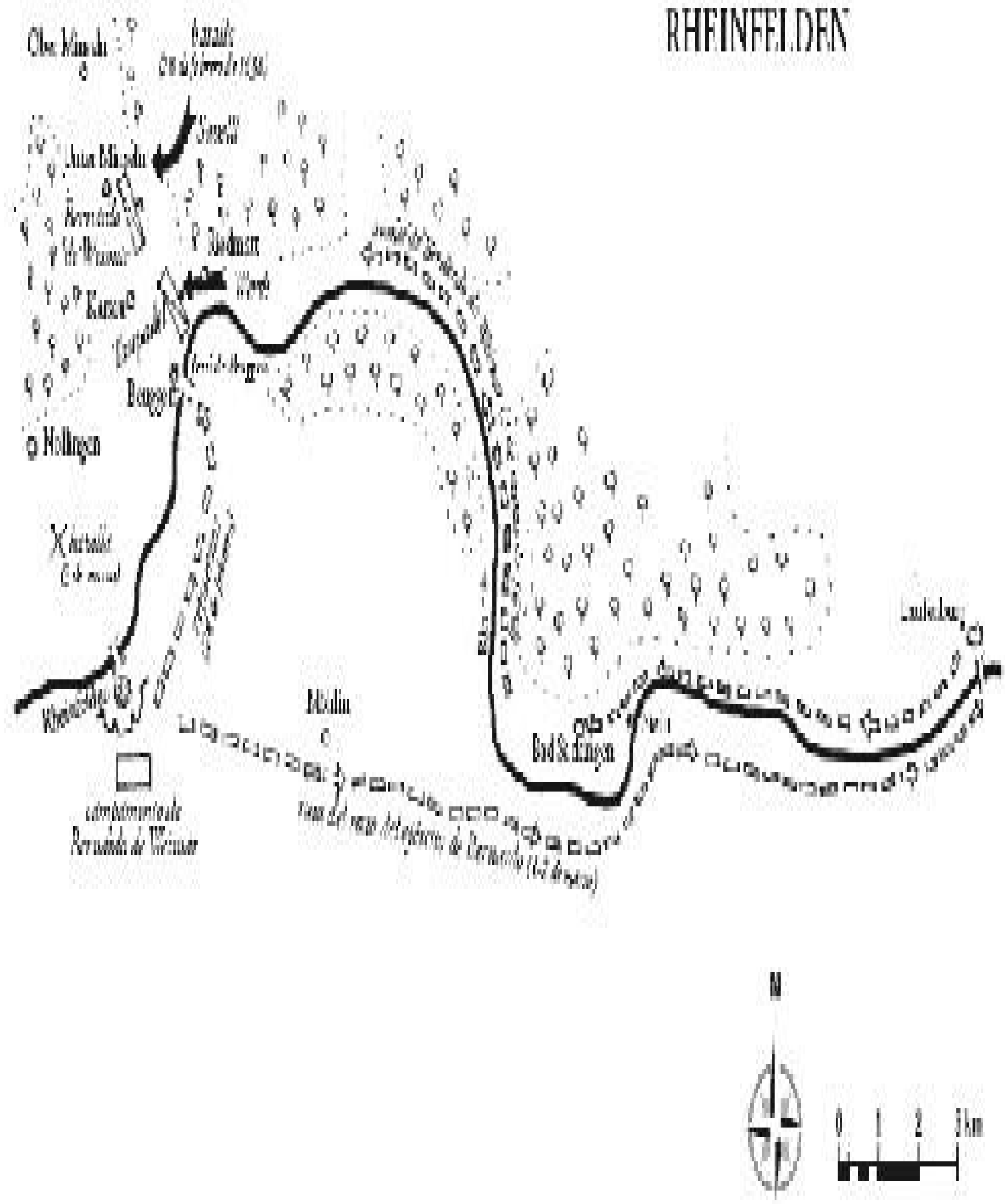
No es de sorprender que no se produjese una persecución, dado que Savelli y Werth acababan de realizar una marcha forzada a través de las montañas en pleno invierno y con escasez de víveres. Bernardo se reagrupó en Lauffenburg, catorce kilómetros aguas arriba, donde se le unió el resto del ejército el 2 de marzo desde la orilla sur. Entonces llevó a cabo uno de esos golpes audaces que lo hicieron célebre, tras iniciar, a primera hora del día siguiente, el camino de regreso por la orilla norte hasta Beuggen y recuperar allí los tres cañones, que habían pasado inadvertidos para los imperiales. [29]

Los piquetes imperiales descubrieron a Bernardo alrededor de las siete de la mañana. Werth y Savelli se desplegaron de inmediato detrás de una zanja de drenaje que transcurría en ángulos rectos hasta desembocar en el Rin, pero «antes de que hubiésemos logrado formar a nuestra gente ya habían caído muertos los primeros soldados». [30] La infantería bernardina avanzó en buen orden y disparó una salva a media distancia, apoyada por un cañón ligero. La caballería cargó en ambos flancos. La infantería imperial replicó con una salva, pero sus tiradores se hallaban todavía en plena recarga cuando sus oponentes se abalanzaron sobre ellos a través de la zanja. Se rompió la cohesión, lo que desanimó a su caballería, que trató de escapar mientras algunos jinetes arrojaban sus elementos acorazados para aligerar el peso. Werth se dispuso a defenderse frente al mejor regimiento de infantería bávara hasta que fueron obligados a rendirse. En total, hubo 500 muertos y 3000 hombres fueron capturados, incluidos Savelli, el general Adrian von Enkevort y Sperreuter. Este último fue uno de los primeros en huir ya que temía por su vida si resultaba apresado por sus antiguos empleadores, mas fue detenido en territorio de Basilea. Bernardo odiaba a Werth, que lo había acusado en público de traidor al Imperio. Para él fue una enorme satisfacción ver como Werth y Savelli se culpaban el uno al otro de la derrota en un banquete que dio a los oficiales prisioneros con motivo de la celebración de su victoria.

El comportamiento de Savelli se parece, en cierta medida, al del señor Sapo * . Pudo escapar pronto gracias a la mujer encargada de traerle comida a su celda. Por desgracia, las autoridades no fueron tan indulgentes como los personajes de la historia de Kenneth Grahame y ella fue ejecutada junto con otros siete supuestos cómplices. En realidad, Bernardo debería de haberlo celebrado, porque Savelli era más una carga que un activo para cualquier ejército, y debía su mando exclusivamente a sus contactos en la corte. Enkevort, un oficial competente que había conseguido su mando en parte

gracias a la oportuna defección de Wallenstein en 1634, continuó en manos francesas junto con Werth hasta que fueron intercambiados por generales suecos en 1641 y 1642 respectivamente. A Sperreuter lo mantuvieron como rehén en Hohentwiel con su esposa e hijo hasta 1641, cuando lo canjearon por Taupadel, que también había sido capturado en el ínterin. Su confinamiento resultó menos fácil que el de Enkevort y Werth, que solían acudir a los eventos de sociedad franceses, y su familia falleció durante el bombardeo de Hohentwiel en julio de 1639. La pérdida, aunque temporal, de tales oficiales supuso un serio contratiempo en un momento en el que la eficiencia militar estaba estrechamente ligada a la competencia y reputación de los comandantes. Rheinfelden también frustró los esfuerzos del emperador de eliminar a Hesse-Kassel, porque Götz y las unidades de la antigua Liga tuvieron que ser desviadas desde Westfalia al Alto Rin en abril.

Rheinfelden resistió con bravura durante otras tres semanas pero se vio obligada a rendirse el 24 de marzo. Aún después de nutrir sus filas con los prisioneros imperiales, la fuerza de Bernardo no subía de 12 000 hombres, la mitad de los cuales eran de caballería. Carecía de la infantería suficiente para poner sitio a otras poblaciones que todavía resistían. Teniendo en cuenta que el destacamento francés de Du Hallier había sido llamado de vuelta a finales de 1637, Richelieu tuvo que enviar


RHEINFELDEN
N
0 1 2 3 km

un contingente de 4500 infantes que debía permanecer con el ejército de Bernardo. Las tropas francesas consideraban el Rin como el río Estigia, y temían que nunca regresarían si se aventuraban en Alemania. El nuevo destacamento sufrió dos mil deserciones en cuestión de un mes, pero Richelieu estaba resuelto a que Bernardo eliminase la amenaza que se cernía sobre Alsacia y envió otros mil novecientos infantes en julio. Ambos destacamentos estaban dirigidos por oficiales excepcionales que habrían de defender los intereses de Francia en Alemania hasta el final de la guerra. Jean-Baptiste Guébriant, el de grado superior, ya conocía a Bernardo de la campaña de 1636 y se prestó voluntario para dirigir los refuerzos. Bravo y honesto, fue capaz de imponerse a sus díscolos subordinados. Le ayudaba en ello su igualmente brava esposa, ya que incluso le llevó 400 reclutas desde París en su última campaña. Su temprana muerte en 1643 evitó que pudiese llegar a los puestos más altos que alcanzaron otros generales franceses a los que la historia ha decidido conmemorar y quedó eclipsado por Turena, que mandaba el segundo destacamento. Al ser hermano menor del duque de Bouillon, la relación de Turena con el movimiento hugonote ralentizó su carrera. Como alternativa, estuvo al servicio de la República Neerlandesa hasta 1632. A pesar de su físico enclenque y de un trastorno en el habla, destacó como un comandante valiente y competente y se convirtió en el único francés al que Napoleón consideraría más tarde un verdadero general. Pronto lo trasladaron a Italia y al Rosellón, pero regresó para asumir el mando en Alemania tras la muerte de Guébriant, donde permaneció hasta 1648. [31]

El sitio de Breisach

En lugar de marchar por la ruta de los Pueblos de la Selva Negra, Bernardo se dirigió contra la Brisgovia, justo al norte. Friburgo, su centro administrativo, era de difícil defensa y cayó el 10 de abril. A continuación, concentró su infantería y artillería a las afueras de Breisach el 15 de junio, y dejó a Taupadel y a la caballería al este de la Selva Negra con el objeto de estorbar el paso de posibles refuerzos. Emplazada en una colina rocosa sobre el Rin, Breisach dominaba un puente permanente que descansaba sobre dos isletas y que estaba protegido por posiciones atrincheradas en la orilla occidental. El coronel Reinach era un experimentado oficial bávaro que había mandado la infantería de Pappenheim en Lützen y al que más tarde transfirieron a las filas imperiales. Su guarnición había sido reforzada hasta alcanzar 3000 hombres y

152 cañones. Lo que restaba de la campaña imperial de 1638 se convirtió en una serie de intentos cada vez más desesperados por liberarlo.

La tarea le fue confiada al conde Götz, uno de los muchos luteranos del ejército. Natural de Luneburgo, había servido al Palatinado y a los neerlandeses antes de unirse a las filas del ejército del Imperio. Estaba relacionado con la facción «alemana» de Wallenstein, aunque logró sobrevivir a la purga de 1634, solo para ser sometido a un consejo de guerra por su pobre desempeño en Silesia al año siguiente. Su reputación de valentía y experiencia le aseguró su nombramiento como comandante en jefe bávaro en 1636, a pesar de la tradicional antipatía de Maximiliano por los oficiales protestantes. También gozaba de la confianza de Fernando III y fue nombrado comandante imperial en el Rin en septiembre de 1638. Götz reunió 13 500 hombres en Rottweil, al este de la Selva Negra, con la pretensión de coordinar las operaciones de socorro con Carlos de Lorena, que todavía resistía con 5000 hombres en el Franco Condado contra los 13 000 hombres de Longueville.

Götz subió por las montañas para aparecer al norte de Breisach el 26 de junio. Logró meter provisiones en el interior de la plaza, pero era demasiado débil como para intentar su liberación, así que cruzó el Rin y se internó en Alsacia con la esperanza de que la toma de puestos franceses allí forzase a Bernardo a levantar el sitio. Las guarniciones francesas resultaron demasiado fuertes y Bernardo trasladó a la caballería de Taupadel al oeste del Rin para hacerle frente. Frustrado, Götz se retiró a Wurtemberg y dejó a Savelli frente a Estrasburgo. Tras recuperarse, volvió a reunirse con Savelli en Offenburg, donde sumaron una fuerza combinada total de 15 000 hombres el 7 de agosto.

La batalla de Wittenweier

Götz trató de reaprovisionar Breisach, para lo que se valió de todo su ejército como escolta de las vituallas que debían ser cargadas en barcazas en Rheinau. Bernardo llegó a la conclusión de que no podría tomar Breisach mientras Götz estuviese presente en el teatro de operaciones, así que decidió forzar la batalla. Reunió un contingente de 11 400 hombres de sus líneas de asedio y se dirigió al norte, a través de Kensingen y Lahr. Los comandantes imperiales no supieron que ya no estaba en Breisach hasta el domingo 8 de agosto, fecha en la que los exploradores informaron de su llegada. La caballería imperial de la vanguardia tuvo que retroceder y refugiarse en la villa de Friesenheim, a

unos cuatro kilómetros al norte de Lahr. Götz reaccionó con rapidez y emplazó la infantería y la artillería en una colina plantada de viñas en Schuttern, a dos kilómetros al oeste, mientras que el resto del ejército formaba detrás de una zanja que hacía de linde entre aquel lugar y Friesenheim. Bernardo envió a su infantería francesa a despejar Friesenheim, localidad que los imperiales tuvieron que incendiar. Götz reagrupó a sus tropas en la colina mientras Bernardo trasladaba su artillería a los viñedos que había enfrente. Entonces se percató de que el terreno no era adecuado para la caballería, que integraba más de la mitad de su fuerza, así que interrumpió la acción y se replegó a un terreno más despejado en Mahlberg, después de haber perdido alrededor de cincuenta hombres por ciento veinte del enemigo. Esta acción era la típica confrontación poco sangrienta entre ejércitos que no suele quedar registrada, pero que habría de convertirse en el preludio de una acción mucho más importante. [32]

Resuelto a hacer pasar su convoy de suministros, Götz le encomendó a Savelli dos tercios del ejército y lo envió a primera hora del día siguiente hacia Wittenweier a fin de que llegase a Rheinau. Götz esperaba que el gran bosque de Kaiserwald hiciese de pantalla para esta maniobra, pero Bernardo fue alertado y se dirigió al noroeste después de las oraciones matutinas con la intención de sorprender a Savelli cuando este emergiese por un claro entre los árboles. Savelli no había tomado ninguna precaución y se había adelantado demasiado respecto del tren de provisiones, que bloqueaba el camino a sus espaldas. Bernardo y Guébriant llegaron antes al claro y desplegaron la caballería a su izquierda, seguida de la infantería en el centro; Taupadel y el resto de la caballería llegaron por la derecha. La caballería de Savelli fue desordenada por 400 mosqueteros y 2 cañones que Bernardo había apostado en el bosque junto al Rin. Apenas cargó Bernardo, cedió, y algunas unidades comenzaron a huir, desorganizando la infantería y saqueando el tren de bagaje. Savelli y los demás fugitivos escaparon por el desfiladero cuando Götz llegaba con la retaguardia. Sin embargo, en la derecha, la caballería de Taupadel se enfrentaba a los mejores regimientos y fue repelida por Götz, que atacó a la infantería de Bernardo y capturó su artillería. Bernardo replicó con el empleo de los cañones abandonados por Savelli mientras dos regimientos de infantería veteranos llegaban desde la reserva. Götz efectuó repetidos ataques con su caballería hasta la medianoche, momento en el que se retiró después de que hubiesen logrado ser evacuados 3000 heridos a Offenburg. No obstante, Götz tuvo que lamentar la pérdida de 2000 muertos,

1700 prisioneros, 13 cañones y unos 3000 carros cargados de comida y municiones. Bernardo tuvo 1000 bajas, pero las compensó nutriendo sus filas con los prisioneros y los desertores enemigos.

Fue una seria derrota que evidenció la debilidad significativa de un ejército imperial que se desintegró, a continuación, durante la huída. Los regimientos seguían sufriendo escasez de efectivos y contaban con muy pocos hombres experimentados en sus filas. Solo 3000 permanecían junto a sus banderas cuando Götz llegó a Offenburg. Estaba furioso con Savelli, cuyas conexiones en la Corte le permitieron escapar de un consejo de guerra pese a que otros oficiales, entre ellos el hermano de Werth, fueron arrestados. Götz se quejó de que los burgueses de Estrasburgo trataron a sus fugitivos peor que el enemigo, y que les robaron sus ropas y los maltrataron antes de dejarlos marchar. [33]

Medidas desesperadas

Aunque herido, Götz perseveró y se reagrupó en Rottweil a la espera del general Guillaume de Lamboy y a 3900 hombres que, en un principio, se dirigían a reforzar a los españoles en Italia pero que fueron desviados en su ayuda junto con elementos sacados de guarniciones de Bohemia y Franconia. Los soldados habían perdido la confianza en su comandante y pensaban, de manera equivocada, que «en realidad no era bávaro, sino más bien weimariano ** » y que andaba en negociaciones secretas con Bernardo. [34] Un intento de entregar víveres a la guarnición de Breisach a través de la Selva Negra fracasó, pero Savelli, ahora apostado en Philippsburg, logró meter cierta cantidad por el río mediante el envío de croatas por la orilla occidental hasta la cabeza de puente de Breisach. Bernardo había visto reducidas sus fuerzas a nueve mil hombres y se veía incapaz de aislar del todo la plaza fuerte. Los campesinos podían entrar y vender comida a precios exorbitantes. En cualquier caso, la situación en el interior de Breisach se hacía desesperada. Reinach había expulsado ya a los civiles y solo le quedaban 1600 efectivos. Bernardo trató de sembrar la discordia en el seno de la guarnición con el envío de cartas que había interceptado en el equipaje de Savelli en las que sugería que los Habsburgo sospechaban de la deslealtad del comandante.

El duque Carlos puso en marcha su propia y deslucida intentona de socorro antes de que el nuevo ejército de Götz estuviese listo, al partir desde el

Franco Condado con cuatro mil hombres hacia el interior de Alta Alsacia sin interferencia de los franceses de Longueville. Bernardo adivinó que Götz no podía intervenir, así que cruzó el Rin y recogió destacamentos de la otra orilla hasta reunir 4800 hombres con los que bloquear a Carlos a las afueras de Thann, al sudoeste de Colmar, el 15 de septiembre. La caballería de Bernardo mostró una disciplina superior y, tras romper a la caballería lorenesa, regresó a la refriega con el objeto de ayudar a su infantería a aplastar a los infantes de Carlos, que lucharon durante dos horas antes de retirarse.

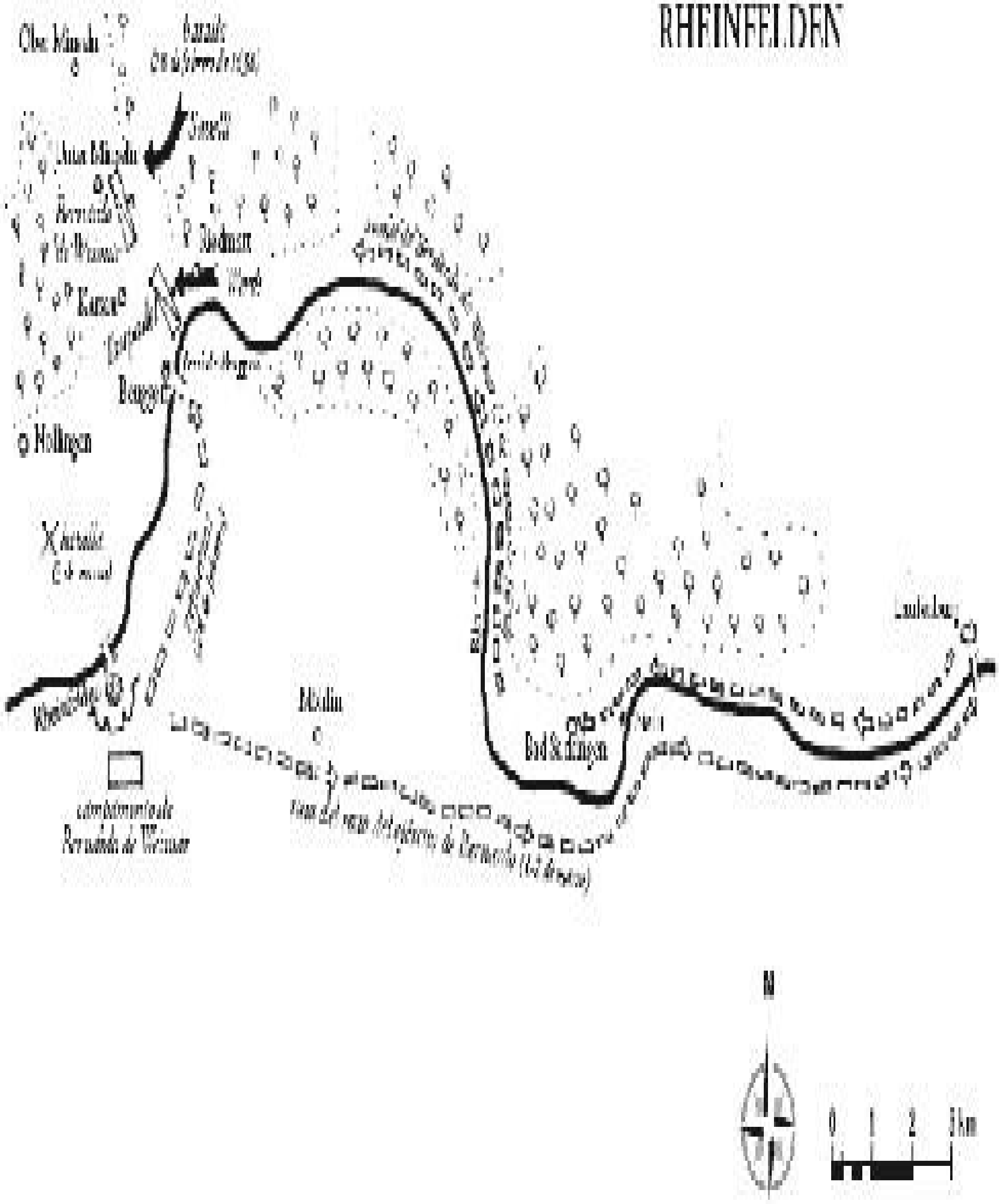
Götz no estuvo listo para reiniciar las operaciones hasta un mes más tarde, cuando subió con diez mil hombres por el valle del Glotter, pasado Friburgo, para aparecer en Breisach el 22 de octubre, donde encontró a Bernardo a salvo en sus trincheras. Tras ser repelido, Götz envió a mil mosqueteros al otro lado del Rin a despejar de sitiadores la orilla alsaciana, pero estos fueron dispersados por Turena. Desanimado, cruzó de vuelta la Selva Negra. [35] Con su ejército maltrecho, se apoyó en la milicia local para atacar los Pueblos de la Selva Negra en un último intento de liberar Breisach mediante un rodeo por el extremo sur de las montañas, mientras Carlos avanzaba de nuevo hacia Thann y Savelli salía de Philippsburg. La suma de los tres destacamentos superaba en número al ejército de Bernardo, pero cada uno de forma individual era demasiado débil para conseguir nada y la operación se abortó a finales de noviembre.

Los habitantes del lugar habían huido, lo que obligó a los imperiales a alimentarse de cardos, serpientes y de una mísera ración de pan. No tenían ni calzado ni calzas. Los caballos se morían. Los refuerzos que llegaron en octubre perdieron la mitad de sus efectivos en un mes y el número total cayó a 12 000 hombres, incluidos los de Savelli, a pesar de que se les habían unido 13 000 hombres desde agosto. [36] Götz fue arrestado como chivo expiatorio pero, a pesar de todos los esfuerzos de los amigos de Savelli en la Corte, fue exonerado y recuperó el mando en 1640.

La caída de Breisach

La guarnición había quedado reducida a cuatrocientos hombres que llevaban cuatro semanas sin pan y que sobrevivían masticando cuero de caballo y de vaca. Reinach, al final, aceptó la rendición el 19 de diciembre a cambio de paso libre. [37] Bernardo se enfureció al descubrir que treinta prisioneros de guerra habían muerto de hambre durante el asedio. Se supone que tres de

estos cadáveres habían servido de alimento a los supervivientes, lo que les dio una mala fama generalizada. Las


RHEINFELDEN
Nollingen
Beuggen
Karsau
Bad Säckingen
N
0 1 2 3 km

historias de canibalismo habían circulado desde 1629 y se habían hecho habituales a mediados de 1630. Aunque decayeron a partir de 1640, arraigaron en el folclore y resurgieron en la literatura de mediados del siglo XIX con la influencia de las historias de caníbales de la época del colonialismo europeo. En su tiempo, se creyeron a pies juntillas y se seguían citando como pruebas concluyentes un siglo más tarde. [38]

Los relatos del siglo XVII ya estaban influidos por la mitología clásica y el teatro barroco, que se valía de cuentos de madres que se comían a sus hijos para conseguir un ambiente de horror y depravación. Había numerosos testimonios de primera mano sobre gente que comía perros, ratones y otros animales menos agradables, pero los que se referían a canibalismo siempre estuvieron basados en rumores. [39] Estas narraciones fueron concebidas y, sin duda, adornadas, por la propaganda, y escritas en su mayoría por los protestantes del sudoeste de Alemania con el propósito de ganarse simpatías, o como una metáfora de la crisis moral causada por la guerra.

Como represalia ante la supuesta atrocidad, Bernardo humilló de forma deliberada a las tropas de Reinach mientras salían de Breisach. Estaba resuelto a reivindicar su triunfo montando en el caballo de Werth, capturado en Rheinfelden, a su entrada en la fortaleza. Obligó a Reinach a dejar allí el archivo gubernamental, dado que albergaba la pretensión de que Breisach fuese la capital de su propio estado. También insistió en guarnecerla con sus propios hombres y no con los franceses, que habían gastado 1,1 millones de táleros en una campaña que se había cobrado al menos 24 000 vidas. Aparecieron panfletos que mostraban a Bernardo como un Aquiles alemán que había tomado la *Porta Germaniae* *** para Luis XIII.

En realidad, Bernardo, más que abrir una puerta a Alemania lo que hizo fue cerrar una a Francia. Breisach era una valiosa cabeza de puente, pero Francia necesitaba poblaciones al otro lado de la Selva Negra para abrir una ruta al interior de Alemania. Su importancia no radicaba en el cierre del Camino Español, que ya estaba cortado, sino en el bloqueo de las incursiones imperiales al interior de Alsacia, lo que le daba a Francia una posibilidad real de quedarse con esa provincia de modo permanente. Francia cambió la administración militar por la civil y dejó de tratar a los alsacianos como extranjeros. [40] También supuso el final del duque Carlos. Thann, su último puesto avanzado en Alsacia, cayó a principios de 1639. Él escapó en febrero con su amante y 1600 hombres a través del extremo occidental de su ducado hasta Sierck, en la frontera de Luxemburgo. Para entonces solo conservaba

algunas guarniciones aisladas en Lorena y dejaba expuesto el Franco Condado. La guerra se había trasladado al interior del Imperio, ya que Bernardo podía ser ahora reforzado con el objeto de operar al este del Rin.

¿PAZ PARA EL NORTE DE ALEMANIA?

Fernando III aborda la cuestión de la Amnistía

El empeoramiento de la situación militar animó a Fernando a acometer el problema de la amnistía heredado de su padre. Se hicieron nuevos esfuerzos para atraer a Hesse-Kassel y a los güelfos a los acuerdos de Praga, y a emplear lo que restaba de inercia militar para persuadir a Suecia de que firmase la paz. Francia y Suecia respondieron con un incremento de la presión sobre los alemanes para que permaneciesen leales o, al menos, neutrales.

El emperador tenía las manos atadas por las políticas de su padre. Hildesheim había sido prometida a Colonia a cambio de su apoyo en el congreso de Ratisbona de 1636, mientras que otros cinco distritos de Wurtemberg fueron transferidos a los Habsburgo tiroleses y al canciller bávaro Bartholomäus Richel como recompensa a comienzos de 1637. A Juan Jorge de Sajonia le preocupaba que las exclusiones de la amnistía pudiesen socavar la posibilidad de alcanzar la paz, mientras que el duque Augusto de Wolfenbüttel pedía a Fernando III que diese su aprobación para que le devolviesen su capital. [41]

Fernando hizo lo que pudo. Jorge Federico, el único conde de Hohenlohe excluido de la amnistía en Praga, fue perdonado en 1637. [42] El emperador aceptó también que Everardo III no era responsable del comportamiento de Wiederhold y le permitió regresar a Wurtemberg una vez que aceptó la pérdida de los monasterios y de los distritos donados. Zweibrücken estaba incluida en estos acuerdos, que se completaron en octubre de 1638. Los cuatro condes de Nassau-Walram también fueron perdonados en 1640, pero al no serles restauradas sus tierras decidieron permanecer como pensionistas de Francia en Metz y Estrasburgo.

Wolfenbüttel entrañó una dificultad mucho mayor, ya que se convirtió en el eje de las iniciativas que pretendían neutralizar todo el noroeste de Alemania. En 1637, las tropas sajonas y brandeburguesas trataron de forzar a los güelfos a entrar de nuevo en la guerra con una invasión procedente del

este. El duque Jorge persuadió a dichas tropas para que se retirasen después de conseguir que los suecos evacuasen Luneburgo, localidad que habían ocupado desde abril de 1636.

Un nuevo tercero en discordia

Convencido de que tenía que reforzar su neutralidad, Jorge entabló negociaciones con Amalia Isabel de Hesse-Kassel después de que ella hubiese renovado su tregua con el emperador en marzo de 1638. Juntos reunían unos doce mil hombres, lo que les daba una posibilidad viable de mantener una neutralidad común. [43] La propuesta apelaba al comandante hessiano Melander, que abogaba por la ampliación de la misma para incluir a Colonia, Palatinado-Neoburgo y Hesse-Darmstadt, y formar así una nueva facción que pudiese conseguir una paz generalizada que obligara al emperador a modificar la Paz de Praga.

La iniciativa coincidió con los renovados esfuerzos daneses que pretendían proteger sus intereses en Baja Sajonia tras la renovación de la alianza francosueca en Hamburgo en marzo de 1638. Cristian IV apoyó el plan de Jorge y escribió a Banér para que le facilitase fuerzas para los ducados güelfos. [44] Esto obligó a Fernando a ordenar a Gallas que se abstuviese de exigir los alojamientos bajosajones y a enviar al vicecanciller Kurz a discutir la propuesta. Cristian también intervino en nombre del duque Augusto y solicitó que Ruischenberg evacuase Wolfenbüttel. [45] La guarnición imperial contaba entonces con 2500 hombres, sin incluir a las personas dependientes, que les costaban a los habitantes 6428 táleros mensuales y el forraje para los caballos. Los soldados talaban también valiosos árboles en los bosques de los alrededores para calentarse. El duque consideró su presencia en su hogar ancestral una afrenta a su dignidad y manifestó que turbaban el buen gobierno de su ducado. El apoyo danés resultó decisivo en la decisión de Fernando de permitir que el duque regresase a la localidad ese septiembre, pero la guarnición continuó allí. [46]

Aunque en la decisión de Fernando de conservar la guarnición influían, en buena parte, razones estratégicas, también era, desde el punto de vista político, imposible ceder Wolfenbüttel, ya que tanto Colonia como Baviera insistieron en que debía conservarse como garantía para la devolución de Hildesheim. Por desgracia, esta ciudad estaba ocupada por Jorge, no por Augusto, que no pudo persuadir a su hermano menor para que cooperase. [47]

Jorge continuó con sus planes y, en noviembre, se valió de la reclamación de los impuestos de guerra por parte del emperador como excusa para reunir a la asamblea bajosajona y debatir la neutralidad. Fernando condenó el gesto de crear una «defensa privada» como contrario a la Paz de Praga y ordenó a las tropas güelfas que se uniesen al ejército imperial. [48]

La perspectiva de una neutralidad alemana septentrional fue bienvenida en un inicio por Richelieu y, en especial, por el conde d’Avaux, que representó los intereses franceses en Hamburgo a partir de 1637. Ambos vieron una oportunidad de conseguir el tanto tiempo deseado bloque neutral alrededor de Baviera. Maximiliano invitó a los electores de Maguncia, Colonia y Sajonia a reunirse en Núremberg en junio y abrió conversaciones, en teoría secretas, con Francia, en el monasterio de Einsiedeln, en Suiza. Oxenstierna temía que esto le permitiera a Francia cesar su relación con Suecia y dejar que esta luchase en solitario. Banér, ahora confinado a su coche de caballos a causa de una enfermedad terminal, cruzó el Elba desde Mecklemburgo e invadió Luneburgo en enero de 1639. Aunque les proporcionaron provisiones, los güelfos se negaron a unirse a Suecia, lo que obligó a Banér a adentrarse en Sajonia dos meses más tarde. La asamblea bajosajona proclamó formalmente la neutralidad de su región el 22 de marzo, con el argumento de que era del interés público excluir a Suecia del área. [49]

La ofensiva de Banér

El avance de Banér al interior de Sajonia resultó un inesperado éxito, lo que lo alentó a continuar hacia las tierras hereditarias de los Habsburgo. Aunque acabó en fracaso, el ataque manifestó la primera prueba real de que el apogeo del poder imperial nacido en Nördlingen estaba en declive. Fernando III pareció vulnerable en el preciso momento en el que necesitaba persuadir a los indecisos para que se uniesen a él. Tras reunir a las tropas en Érfurt a mediados de marzo, Banér se dirigió al arzobispado de Magdeburgo con la intención de adentrarse en Sajonia con dieciocho mil hombres. Zwickau y Chemnitz no tardaron en caer, pero se empantanó ante Friburgo, donde esperaba apoderarse de la mina de plata de Juan Jorge. Los mineros reforzaron a la guarnición, que ofreció una enconada resistencia. Furioso por el retraso, Banér ordenó un asalto que le costó quinientos hombres. El gélido frío impidió que pudiesen ser enterrados y los cadáveres se congelaron.

El general Marazzino había asumido el mando de los sajones en octubre de

1638. Fusionó los regimientos más débiles pero, aun contando con las unidades enviadas por Gallas, solo pudo reunir cinco mil hombres. Tras liberar Friburgo cometió el error de perseguir a Banér a Chemnitz. Banér se dio media vuelta y derrotó a sus fuerzas con la toma de mil quinientos prisioneros el 14 de abril de 1639. Los sajones fueron aplastados y nunca volvieron a recuperarse. Fernando desautorizó la indulgencia de Juan Jorge y Marazzino fue enviado a un consejo de guerra. Banér inició un nuevo avance hacia el sudeste y tomó Pirna el 3 de mayo con la pretensión de entrar en Bohemia. Tras dejar tres mil hombres que defendieran el desfiladero se apresuró hacia el sur al interior de un territorio que no había sido asolado por la guerra desde 1634. Gallas puso a diez mil hombres bajo el mando del barón Lorenz de Hofkirchen y le ordenó detener a Banér en Melnik una vez que salió de las montañas el 29 de mayo. Contra el consejo de sus subordinados, Hofkirchen desperdició su ventaja inicial con un ataque prematuro en el que sufrió mil bajas y cuatrocientos prisioneros. [50] La posición imperial colapsó aún más cuando el general sueco Lilliehook avanzó desde Pomerania y tomó más guarniciones brandeburguesas, mientras Stålhandske, con otro destacamento, subía por el valle del Óder, derrotaba a Mansfeld y conquistaba la mayor parte de Silesia para mediados de año.

Los éxitos se debieron, en gran medida, a la debilidad de los imperiales tras su costosa campaña del Rin del año anterior. El ejército de Banér era demasiado pequeño para ocupar Bohemia y no pudo tomar Praga. [51] Sus hombres carecían de disciplina y fueron culpables del asesinato de treinta y ocho exiliados bohemios y de causar heridas a otros 153 durante el asalto de Pirna. No sorprende que muy pocos respondieran a su llamamiento, en el que prometía la libertad bohemia. Fernando mandó llamar a Von Hatzfeldt, que se hallaba en Westfalia, y retiró a la mayoría de los imperiales de Geleen del sur de Alemania. Estas fuerzas, combinadas con los restos del ejército de Gallas en Praga, elevaron los efectivos del ejército en el mes de julio a treinta mil hombres a las órdenes del hermano menor del emperador, el archiduque Leopoldo Guillermo. Sin Praga, Banér no podía permanecer en Bohemia. En octubre pasó de libertador a destructor y devastó una tercera parte del reino, lo que provocó la peor destrucción hasta la fecha en una vana esperanza de intimidar al emperador.

Competición por los ejércitos alemanes

La alianza de los güelfos con Hesse-Kassel se formalizó mediante un tratado negociado por Melander, el comandante hessiano, en abril de 1639. Melander trabajó para recabar la adhesión de otros miembros y entabló negociaciones con Sajonia a través de Arnim, que había escapado del cautiverio sueco el otoño anterior y estaba de vuelta en Dresde. Otros contactos se produjeron a través de los colegas de Melander en la Sociedad Fructífera (Fruchtbringende Gessellschaft) (*Vid.* pág. 299 original), que extendía su red por los ejércitos sueco, imperial y bávaro. [52]

Los temores de Richelieu se incrementaron cuando Melander se aproximó a Bernardo y le ofreció ser el comandante del ejército combinado de esta tercera facción en discordia. Bernardo tenía unos 14 000 hombres en abril, mientras que los hessianos disponían de menos de 11 000, la mitad de los cuales estaban en tareas de guarnición. A pesar de tomar Breisach, Bernardo había sido incapaz de mantener a su ejército en la devastada región de Brisgovia. Ese mes de enero volvió a cruzar el Rin con la intención de invadir el Franco Condado, prácticamente indefenso, y dispersó a los campesinos que trataron de impedirle el paso en el valle del Doubs. Tras establecerse en Pontarlier se entregó al saqueo, los incendios y el pillaje durante los seis meses siguientes. Su descontento con Francia iba en aumento, ya que aspiraba a ser algo más que el oficial alemán de reclutamiento de Richelieu, y exigió a la nueva facción que le concediesen Alsacia, Brisgovia y el obispado de Basilea para formar su propio estado. No había lugar para tales ambiciones en el plan de Melander, ya que los objetivos del mismo estaban enfocados a una paz de compromiso. Con el pretexto de que «una nueva alianza, una tercera facción, significaría una tercera guerra», Bernardo entabló negociaciones para reincorporarse, en cambio, a las filas de Suecia. [53]

Antes de que estas lograsen llegar a buen término falleció Bernardo el 18 de julio de 1639, es probable que a causa de la epidemia que había asolado el Franco Condado ese invierno. Al darse cuenta de que se moría reunió a sus coroneles el día anterior y nombró a Erlach, Reinhold von Rosen, Johann Bernhard Ohm y al conde Wilhelm Otto de Nassau «directores» del ejército.

Ahora había tres ejércitos sustanciales no alineados que tenían en sus manos el destino de Alemania occidental y septentrional: los hessianos en Westfalia, los bernardinos en el Rin y las tropas güelfas en Baja Sajonia. Fernando había estado negociando con Melander y, a través de Savelli, con Bernardo, desde 1637. Ofreció a Melander hacerlo conde imperial y apeló a su patriotismo con el fin de persuadirlo para que se pasase a los imperiales.

La coacción era imposible: Von Hatzfeldt se había llevado a 7600 hombres de Westfalia cuando marchó a Bohemia en abril, lo que redujo a las fuerzas imperiales allí desplegadas a 9000 hombres, incluidos los 5500 soldados de Colonia a las órdenes de Von Velen. Entonces comenzó una iniciativa coordinada, apoyada por Maguncia, Darmstadt y Baden-Baden, que pretendía persuadir a los directores bernardinos de que desertasen. [54] Se enviaron dos emisarios a ofrecer una escolta para el cadáver de Bernardo hasta Weimar con todos los honores militares. Joachim von Mitzlaff, que había desempeñado un papel vital en el soborno del ejército de Guillermo de Weimar en 1635, fue despachado con la misión de repetir la jugada.

Francia y Suecia hicieron frente a estas maniobras. Las bajas y el éxodo de los escoceses para luchar en su hogar en 1638 habían reducido el número de oficiales superiores cualificados y fiables al servicio de Suecia. Oxenstierna asumió un riesgo calculado al nombrar a Johann Christoph von Königsmarck, un alemán, como sustituto de King en el noroeste de Alemania, a pesar de su pobre desempeño en el puente de Vlotho. Königsmarck era un noble emprobrecido de Brandeburgo que se había alistado como jinete de caballería en el ejército imperial en 1620, y que en 1630, cuando se licenció, solo había llegado al grado de alférez. Sus ascensos durante su periodo de servicio en el ejército sueco a partir de 1631 fueron rápidos, y su talento se vio pronto reconocido. Ahora estaba al mando de unos cinco mil hombres, en su mayor parte restringidos a Érfurt. Eran demasiado pocos para coaccionar a los güelfos, pero representaban un refuerzo potencial en caso de que estos se declarasen abiertamente a favor de Suecia. También hicieron una demostración del poder sueco con expediciones en agosto a Bamberg, Wurzburgo y Kulmbach, en lo que sería la primera incursión al interior de Franconia desde 1634.

Mitzlaff no llegó a Weimar hasta finales de octubre de 1639. Su presencia alarmó a los duques Guillermo y Ernesto, que temieron represalias suecas y que, en cualquier caso, no tenían influencia sobre los directores bernardinos. Mitzlaff regresó con las manos vacías, tras lograr evitar por poco a setecientos jinetes suecos enviados desde las guarniciones de Zwickau y Chemnitz para capturarlo. [55] Entre tanto, Francia se movió para impedir que nadie, incluidos los suecos, se hiciese con estos ejércitos. La pensión francesa de Melander se duplicó hasta las 18 000 libras y lo nombraron segundo al mando de las tropas alemanas de Luis XIII. Otros 20 000 táleros se añadieron al subsidio de Amalia Isabel en el Tratado de Dorsten. Sin embargo, esta

última obligó a Richelieu a mantener el acuerdo en secreto hasta que Suecia ratificase su tratado con Francia, con el objeto de preservar la frágil tregua que protegía a sus guarniciones en Westfalia. [56]

Los agentes de Richelieu frustraron con facilidad un intento de Carlos Luis de reclutar a los bernardinos para la causa del Palatinado y arrestaron al desdichado príncipe cuando viajaba de incógnito a través de Francia. Entre tanto, Guébriant, a cargo del contingente francés integrado en el ejército de Bernardo, persuadió a los directores para que continuasen leales a Francia en un nuevo acuerdo celebrado el 9 de octubre. [57] Las tropas pasaron a formar parte del ejército francés como el *Armee d'Allemagne* , cuya misión era «restaurar y dar estabilidad a las Libertades alemanas». Todas sus conquistas se entregaron a Luis XIII, pero Erlach continuó siendo gobernador de Breisach y los coroneles mantuvieron el control de la gestión interna de sus unidades.

Fernando dio por perdido al tercer ejército de los güelfos. El 22 de agosto concedió de modo formal el feudo de Hildesheim al elector de Colonia y autorizó a Von Hatzfeldt a que hiciera cumplir su decisión en octubre y a obligar a las tropas güelfas a unirse al ejército imperial. [58] Piccolomini ya había partido de Luxemburgo en septiembre con sus quince mil hombres para prestar ayuda. El duque Jorge respondió mediante el fortalecimiento de su pacto de defensa mutua con Hesse-Kassel el 9 de noviembre, mientras Melander rompía la tregua hessiana a fin de tomar Bielefeld. La concentración de fuerzas imperiales al este del Rin dejó expuesta la otra orilla. Guébriant consideró que los bernardinos eran demasiado débiles como para reanudar una ofensiva a través del Rin, pero marchó hacia el norte a lo largo de la orilla occidental, seguido desde el otro lado por los bávaros, con la intención de ocupar el bajo Mosela, recién abandonado por Piccolomini. La maniobra se debió en parte a la falta de provisiones, aunque también pretendía acercar al principal contingente francés en apoyo de los hessianos. Algunos bernardinos cruzaron el Rin en Bingen con la intención de invadir el electorado de Maguncia y ocupar el Westerwald en la retaguardia de la nueva concentración imperial.

El emperador autorizó el inicio de las operaciones para expulsar a Guébriant, que volvió a cruzar al otro lado del Rin el 27 de diciembre y se retiró hacia el sur a través de Limburgo con el propósito de pasar el invierno en Haguenau y Breisach. Sin embargo, Fernando todavía prefería una solución diplomática, así que pospuso la invasión de las tierras güelfas. Se

entablaron negociaciones con Banér, al que Fernando creía autorizado por Suecia para firmar la paz. [59] Además, todavía se albergaban esperanzas de que algunos oficiales bernardinos pudiesen desertar. El emperador concedió un perdón general a todos aquellos que deseasen unirse a él en la causa de librarse del «yugo extranjero». [60] Rosen continuó beligerante, pero los otros dudaban de la sinceridad de las pretensiones francesas de luchar por *la liberté Germanique* . El coronel Ohm le dijo a un agente de Maguncia que si Francia se oponía a una verdadera paz, «que el diablo se lleve a cualquiera que empuñe una espada o una pistola para luchar contra Su Majestad Imperial. Ellos [los coroneles] están cansados de la guerra».

Como era habitual, el dinero en metálico suponía un buen elemento de cohesión. Los oficiales querían garantías del emperador de que les serían satisfechas sus pagas atrasadas. Presionado, Fernando no pudo igualar a los franceses, que canalizaban dinero a través de los banqueros de Fráncfort para mantener contentos a los coroneles. [61] Wiederhold también rechazó la generosa oferta de la archiduquesa Claudia, consistente en un perdón pleno, treinta mil florines y un puesto en las fuerzas tirolesas. En cualquier caso, Guébriant se alarmó lo bastante como para pedir a los coroneles bernardinos que reafirmasen su lealtad a Francia el 17 de agosto de 1640, y Richelieu continuó tratándolos con respeto.

La guerra se desplaza al norte

Mediante la detracción de tropas de otras regiones, Fernando III logró reunir 44 000 hombres en Bohemia en enero de 1640. [62] De estos, solo 12 400 hombres integraban el ejército de maniobra a las órdenes del archiduque Leopoldo Guillermo, reforzados por 4100, a los que mandaba Von Hatzfeldt, que habían pasado el invierno en Franconia. Piccolomini había visto reducidas sus fuerzas a 13 000 hombres en Westfalia, mientras que los sajones lograron reunir 6648 soldados, es decir, solo una cuarta parte de los efectivos que tenían cinco años antes. Los brandeburgueses habían sido noqueados de forma efectiva. Los bávaros todavía ascendían a unos 17 000 hombres, de los que la mayor parte se hallaba en el Alto Rin, quizá unos 10 000 en total, incluidos algunos elementos imperiales. El resto se encontraba en sus cuarteles de invierno de los alrededores de Donauwörth e Ingolstadt. Como se desprende de dichas cifras, en ese momento resultaba muy difícil iniciar operaciones a gran escala en más de una región al mismo tiempo.

Sus enemigos se hallaban en una posición similar. Banér quedó reducido a 10 000 efectivos, y los otros comandantes suecos apenas disponían de hombres suficientes para defender sus posiciones. A Banér no le quedó otra alternativa que evacuar Bohemia en marzo con el propósito de reunirse con Königsmarck en Érfurt, replegándose por el mismo camino que había utilizado el año anterior. Las unidades que dejó en Sajonia fueron derrotadas en Plauen el 20 de abril de 1640, lo que propició la rendición de la guarnición de Chemnitz y el abandono de la mayoría de las posiciones restantes. [63]

El desafío que esperaba a Francia y Suecia en los dos años siguientes consistía en establecer un marco viable para la cooperación política y militar que incluyera a los hessianos y a los güelfos, mientras que Fernando ponía sus esperanzas en frustrar esta maniobra mediante un último esfuerzo para reunir a todos los alemanes en derredor de los acuerdos de Praga. La predisposición del emperador a negociar la aprovecharon cruelmente los güelfos y los hessianos, que habían empleado el invierno para reunir a sus fuerzas y que ahora, en mayo de 1640, desvelaban sus intenciones. El duque Jorge lo hizo abiertamente al enviar tropas a Banér, pues contaba con la ayuda sueca para impedir una invasión de Hildesheim. En teoría había reunido 20 000 hombres, aunque de hecho tenía 6000 en Gotinga y guarniciones a lo largo del Weser, además de una fuerza en campaña de 4500 hombres a las órdenes de Klitzing. Amalia Isabel reconoció su alianza con los franceses en marzo, pero aún así prometió respetar la tregua en Westfalia. Con aprobación francesa, Melander desplazó en mayo a una fuerza de maniobra hessiana de 4000 hombres hacia el este con destino a Eichsfeld, con la que pretendía reforzar a Banér. Richelieu llamó al duque de Longueville de Italia con la esperanza de que poseyese la suficiente autoridad personal, en su calidad de duque, como para hacerse cargo del mando de los 8000 efectivos del ejército bernardino. Este bajó por el Rin para unirse a la concentración aliada.

El emperador se vio obligado a hacer frente a estas maniobras. Todavía esperaba ganarse a los hessianos, así que aceptó las garantías que dio Amalia Isabel. Sin embargo, Wahl, el nuevo comandante de Colonia, recibió una autorización para recuperar las posiciones que, al quebrantar la tregua, habían capturado las tropas de la landgravina en los dos años anteriores. Las guarniciones hessianas también se volvieron más audaces y comenzaron entonces a incursionar en Paderborn. Piccolomini siguió a Melander hacia el este y se unió a Leopoldo Guillermo en Saalfeld, al sur de Érfurt, el 5 de

mayo, se atrincheraron para bloquear el camino a Franconia. Tras dos semanas de punto muerto, Banér se replegó al noroeste hasta Baja Sajonia, lo que alarmó a los güelfos, que temieron que los abandonase. Una vez hubieron prometido otros cinco mil hombres marchó de nuevo hacia el sur, a Gotinga y Kassel. Leopoldo Guillermo lo fue siguiendo, moviéndose a través de Hersfeld hasta atrincherarse de nuevo en Fritzlar en agosto. Hizo frío durante todo el año, el verano fue húmedo y miserable, y hubo una gran escasez de comida. [64] La segunda esposa de Banér falleció y el duque de Longueville enfermó, por lo que cedió de nuevo el mando a Guébriant. El ejército de maniobra bávaro llegó procedente de Ingolstadt, lo que elevó de nuevo los efectivos de Leopoldo Guillermo a unos veinticinco mil hombres. Banér se retiró tras otras cuatro semanas de punto muerto, lo que permitió el avance del archiduque hacia el norte por el valle del Weser hasta unirse a los cuatro mil hombres de Wahl. Juntos tomaron Höxter en octubre, pero los hombres estaban agotados y carecían de disciplina. Las condiciones climatológicas empeoraron con viento y temperaturas cada vez más bajas. Leopoldo Guillermo se retiró al sur a pasar el invierno en Ingolstadt. Banér dejó siete mil hombres para bloquear Wolfenbüttel mientras el resto de su ejército se acomodaba a expensas de los habitantes de la región de los güelfos.

Aunque parezca carente de acontecimientos, esta campaña trasladó por completo el foco de la guerra al norte de Alemania, lo que reprodujo la «guerra pequeña» de puestos avanzados desde Westfalia al Alto Rin. Bajo la dirección de Erlach, las guarniciones bernardinas operaron desde Breisach y los Pueblos de la Selva Negra en conjunción con Wiederhold en Hohentwiel. Los bávaros respondieron desde Philippsburg, Heidelberg y Offenburg, mientras que los imperiales hicieron salidas desde Constanza y Villingen. Ninguno de los contendientes logró reunir a más de tres mil hombres de las guarniciones de sus fortalezas, lo que limitaba seriamente sus logros. Erlach contribuyó a frustrar los planes para poner sitio a Hohentwiel en 1640 al enviar caballería a recoger la cosecha suaba. Claudia logró reunir otro contingente en una expedición contra Wiederhold en 1641, pero la intensa nieve y la falta de comida forzó el abandono de la misma en enero de 1642. Erlach y Wiederhold alcanzaron el único éxito, cuando se unieron de modo efímero en enero para tomar Überlingen por sorpresa. [65]

Lo que ganó el sur de Alemania a modo de respiro lo perdió el norte. Los desesperados intentos de los duques de Weimar no lograron persuadir a los beligerantes para que respetasen la neutralidad de Turingia. Los neerlandeses

temieron que la llegada del Ejército francés de Alemania a sus inmediaciones pudiera fusionar las dos guerras. Sin embargo, la retirada del cuerpo de Piccolomini de Luxemburgo a finales de 1639 redujo la presencia imperial al oeste del Rin a unas pocas unidades a las órdenes de Lamboy que pasaron la mayor parte del tiempo extinguiendo los últimos resquicios de autoridad de Palatinado-Neoburgo en Jülich. Los hessianos hicieron lo mismo en Berg, al otro lado del Rin, además de tomar Kalkar en 1641, una maniobra que les supuso una cabeza de puente en la orilla izquierda del río, lo que les permitió establecer contacto con los franceses. Kalkar se convirtió en una gran fortaleza y subsistió mediante la toma de rehenes de las comunidades de los alrededores con los que asegurarse contribuciones regulares.

Aunque los hessianos se cuidaron de provocar a los españoles en Jülich, Melander había dimitido a finales de 1640 en protesta por las políticas de Amalia Isabel. Él y su hermano Jacobo fueron recompensados por Fernando en el mes de diciembre con su elevación a condes hereditarios imperiales «von Holzapfel». Melander también fue nombrado mariscal de campo en febrero de 1641, pero estaba demasiado comprometido y era demasiado valioso como diplomático para que se le entregase un mando de tropas. En cambio, Fernando lo envió en una última e infructuosa misión de mediación de una paz entre España y la República Neerlandesa hasta que sustituyó a Wahl como comandante en Westfalia en octubre de 1645. El emperador todavía controlaba la mayor parte de Alemania central y del sur, pero la pérdida del norte hacía pender ahora la situación de un hilo.

NOTAS

1. *Vid.* Frauenholz, E. von: «Zur Geschichte des Dreißigjährigen Krieges», 253-271, en 254-255. Esta fuente proporciona valiosos datos sobre los efectivos del ejército imperial.

2. *Doc. Bo* ., VI, No. 380. De estos, 3935 estaban enfermos. W. P. Guthrie da un total un poco mayor de 11 000 caballos y 8400 infantes, también para enero de 1637, en: *The Later Thirty Years War* , 94. Para profundizar más ver *Doc. Bo* ., VI, Nos. 402ff.

3. *Vid.* Ernst, H., 231, 259-273. Ver también Mecenseffy, G.: «Habsburger im 17. Jahrhundert. Die Beziehungen der Höfe von Wien und Madrid

während des Dreißigjährigen Krieges», 1-91, en 49-50.

4. *Vid.* Lahrkamp, H.: *Jan von Werth* , 69-77.

5. Sus operaciones se pueden seguir en su diario oficial de campaña, Leupold, E.: «Journal der Armee des Herzogs Bernhard von Sachsen-Weimar aus den Jahren 1637 und 1638», 253-361, en 270-295. Ver también Droysen, G.: *Bernhard von Weimar* , II, 281-335; Lahrkamp, H.: *Jan von Werth* , 80-87.

6. *Vid.* Hollenbeck, M.: «Die hessisch-kaiserlichen Verhandlungen öber die Annahme des Prager Friedens», 111-122 y Ulbert, J.: «Französische Subsidienzahlungen an Hessen-Kassel während des Dreißigjährigen Krieges», 159-174.

7. *Vid.* Parrott, D.: *Richelieu's Army. War, government and society in France 1624-1642* , 300-302. Ver también Lahrkamp, H.: «Lothar Dietrich Frhr. von Bönninghausen», 239-366, en 323-324.

8. *Vid. Abriß der Großherzogliche-Hessischen Kriegs- und Truppengeschichte 1567-1888* , 8-10. Ver también Beck, F., 6-12.

9. *Vid.* Tongerloo, L. van: «Beziehungen zwischen Hessen Kassel und den Vereinigten Niederlanden während des Dreisigjährigen Krieges», 199-270, en especial 225-234. Ver también Foken, J., 396-400; Foerster, J. F., 140-144. Los hessianos todavía conservaban Dorsten, Dortmund, Lippstadt y Coesfeld.

10. El informe de la captura está fechado el 24 de febrero de 1638 en HHStA, KA 94 (neu), fol. 105-110.

11. *Vid.* Beller, E. A.: «The mission of Sir Thomas Roe to the conference at Hamburg 1638-1640», 61-77. Ver también Murdoch, S.: *Britain, Denmark-Norway and the House of Stuart, 1603-1660* , 78-89.

12. Isabel al arzobispo Laud, el 1 de junio de 1636, en Baker, L. M., 92-93.

13. No obstante, los imperiales interceptaron una carta fechada el 11 de septiembre de 1638 de Melander que indicaba que había ofrecido ayuda: HHStA, KA 94 (neu), fol. 134-135.

14. El Consejo de Guerra imperial se quejó el 2 de septiembre de 1638 de que los palatinos habían reclutado trescientos hombres licenciados por la ciudad de Colonia: *ibid.* , KA 94 (neu).

15. Número de efectivos en Salm, H., 54-55. Foerster, J., 157-158. Ver

. también los artículos de Peter, H. y Großmann, K. sobre Vlotho en *Ravensburger Blätter für Geschichte, Volks- und Heimatkunde* , 73-86.

16 . *Vid.* Ailes, M. E., 15-16.

17 . Más detalles sobre la escapada de Banér en Englund, P., 163-168. Además de las poblaciones alemanas del nordeste enumeradas, los suecos también controlaban Érfurt, Benfeld, Osnabrück y algunos enclaves a lo largo del Weser.

18 . *Vid.* Öhman, J., 107-124.

19 . *Vid.* Redlich, F.: *The German Military Enterprizer and his Workforce* , I, 203.

20 . Wolfgang Neugebauer en su obra (en especial en las páginas 54- 59) enfatiza que el absolutismo comenzó con Jorge Guillermo y Schwarzenberg a causa de la emergencia causada por la guerra. Más detalles sobre el esfuerzo militar en Jany, C., I, 89-92.

21 . Un testimonio contemporáneo del saqueo en Bismarck, C. von: «Das Tagebuch des Christophs von Bismarck aus den Jahren 1635-1640», 67-98, en 81-88.

22 . El Consejo de Guerra al Reichshofrat, el 4 de mayo de 1638, HHStA, KA 94 (neu), fol. 66-69.

23 . *Vid.* Weber, R., 252-267, 321.

24 . *Vid.* Foerster, J., 164-167. Ver también Nicklas, T.: *Macht oder Recht. Frünezeitliche Politik im obersächsischen Reichskreis* , 235-237; Weber, R., 268-286.

25 . *Vid.* Heydendorff, W. E.: «Vorderösterreich im Dreisigjährigen Krieg», [part 1], 74-142, en 124-127. Los efectivos bávaros se han calculado con los datos contenidos en Kapser, C., 223-249 y en Weber, F.: «Gliederung und Einsatz des bayerischen Heeres im Dreißigjährigen Krieg», 400-407. Ver también nota 1.

26 . HHStA, KA 94 (neu), fol. 255-260. Estos cálculos incluyen a los sajones, pero excluyen a los bávaros y a los westfalianos, además de a la Frontera Militar de los Habsburgo.

27 . *Vid.* Von Stadlinger, L. J., 302-307. Ver también Martens, K. von.

28 . Correspondencia entre los Habsburgo y los suizos sobre la incursión de Bernardo en HHStA, KA 94 (neu). Detalles de la batalla en Leupold, E.:

«Journal der Armee des Herzogs Bernhard von Sachsen-Weimar aus den Jahren 1637 und 1638», 298-308; Droysen, G.: *Bernhard von Weimar* , II, 336-346; Lahrkamp, H.: *Jan von Werth* , 92-98.

29. *Vid.* Wedgwood, C.V., 368-370, hace marchar a Bernardo erróneamente por la orilla sur.

30. Un testimonio anónimo de un testigo presencial, en Peters, J., 81.

31. *Vid.* Noailles, A. M. R. A., vicomte de: *Episodes de la Guerre de Trente Ans. La vie de Guébriant 1602-1643* ; Anonymous: *Marshal Turenne* ; Weygand, M.

32. Testimonios coetáneos en Lohmann, K., 271-274. Ver también Leupold, E.: «Journal der Armee des Herzogs Bernhard von Sachsen-Weimar aus den Jahren 1637 und 1638», 349-353. Más detalles en Droysen, G.: *Bernhard von Weimar* , II, 426-440; Heilmann, J.: *Das Kriegswesen der Kaiserlichen und Schweden zur Zeit des Dreißigjährigen Krieges* , 72-73, 92-93.

33. Götz a Gallas, el 7 de octubre de 1638, HHStA, KA 94 (neu), fol. 152-153. E.: «Journal der Armee des Herzogs Bernhard von Sachsen-Weimar aus den Jahren 1637 und 1638», 344-345; Wetzer, L. H. von: «Der Feldzug am Ober-Rhein 1638 und die Belagerung von Breisach», 1-154, en 57-64.

34. Diario anónimo, Peters, J., 83. Para profundizar más, ver Leupold,

35. Informe sin firmar fechado el 28 de octubre de 1638, HHStA, KA 94 (neu), fol.164–5.

36. Detalles extraídos de HHStA, KA 94 (neu), fol. 259-260.

37. Copia de los términos en *ibid.* , fol. 316-317.

38. Por ejemplo por Wedgwood, C. V., 364-365.

39. Un análisis más profundo de este punto en Sreenivasan, G. P., 281-283. Ver también Julien, F.: «Angebliche Menschenfresserei im Dreißigjährigen Kriege», 37-92; Fulda, D.: «Gewalt gegen Gott und die Natur», 240-269.

40. *Vid.* Stein, W. H., 486-533.

41. Augusto a Fernando III, el 4 de abril de 1637, HHStA, KA 101 (neu), y la carta de consuelo de Fernando a Juan Jorge, fechada el 28 de agosto de 1638 en HHStA, KA 94 (neu).

42. Su carta de agradecimiento, el 1 de enero de 1638, HHStA, KA (neu), fol. 3-4. Para profundizar más ver Zizelmann, S., 332-369.

43. *Vid.* Sichart, L. von, I, 104-106.

44. Cristian IV a Banér, el 19 de octubre de 1638, HHStA, KA 94 (neu), fol. 157-158.

45. Cristian IV a Fernando III, el 13 de julio de 1638, HHStA, KA 101 (neu).

46. Decisión de Fernando del 19 de septiembre tras el consejo del Reichshofrat fechado el 26 de agosto: *ibid.*

47. Ver la correspondencia de Maximiliano, Fernando de Colonia y el consejo del Reichshofrat de octubre-diciembre de 1638, en *ibid.*

48. Orden imperial, del 17 de noviembre de 1638, HHStA, KA 94 (neu), fol. 216-219.

49. *Vid.* Hauer, K.: «Frankreich und die reichsständischen Neutralität», 91-110, en especial 94-99.

50. *Vid.* Schreiber, G., 41-42. Ver también Guthrie, W. P.: *The Later Thirty Years War* , 69-70.

51. Banér escribió a Richelieu que tenía 15 400 infantes, 15 000 caballos y 80 cañones en junio: Parrott, D.: *Richelieu's Army. War, government and society in France 1624-1642* , 61, 66. Incluso con refuerzos, es poco probable que su fuerza efectiva superase los 26 000.

52. *Vid.* Geisthardt, F.: «Peter Melander Graf zu Holzapfel 1589-1648», 36-53, en 44-45. Ver también Lorentzen, T., 97-99; Droysen, G.: *Bernhard von Weimar* , II, 539-554.

53. Cita extraída de Droysen, G.: *Bernhard von Weimar* , II, 547.

54. HHStA, MEA Militaria 11, en especial Darmstadt a Maguncia el 17 de diciembre de 1639. También se hicieron esfuerzos para persuadir a Estrasburgo de que permitiese el uso de su puente.

55. Informe de Mitzlaff fechado el 24 de noviembre de 1639, *ibid.*

56. *Vid.* Engelbert, G.: «Der Hessenkrieg am Niederrhein», 65-113, en especial 66-67.

57. Traducción al inglés en Symcox, G. (ed.): *War, Diplomacy, and Imperialism, 1618-1763* , 121-125.

58 . *Vid.* Klingebiel, T., 141-150. Ver también Foerster, J., 161-171.

59 . Estas negociaciones se pueden seguir en HHStA, KA 101 (neu), fol. 1-196.

60 . 5 de diciembre de 1639, HHStA, MEA Militaria 11. La siguiente cita proviene de un informe sobre deliberaciones a través de un intermediario anónimo con el coronel Ohm en Estrasburgo fechado el 3 de marzo de 1640 en *ibid.*

61 . Juan Jacobo Vinther al elector de Maguncia, el 28 de enero de 1640, *ibid.* Ver también Parrott, D.: *Richelieu's Army. War, government and society in France 1624-1642* , 139-144.

62 . *Doc. Bo.* , VI, No. 963. Lo siguiente procede de Schuster, O. y Francke, F. A., I, 71. Ver también Kapser, C., 224-225.

63 . *TE* , IV, 364.

64 . *Vid.* Peters, J., 91-96.

65 . *Vid.* Heydendorff, W. E.: «Vorderösterreich im Dreisigjährigen Krieg», [part 2], 13, 107-194, en 132-183.

---

* N. del T.: el señor Sapo, en inglés Mr. Toad, es un personaje de la novela *El viento en los sauces* (*The Wind in the Willows*), de Kenneth Grahame.

** N. del T.: término utilizado en la historiografía sajona para referirse a los bernardinos, las tropas de Bernardo de Weimar.

*** N. del T.: en latín, puerta de Alemania.

CAPÍTULO 5

En la cuerda floja, 1641-1643

LA ALIANZA FRANCOSUECA, 1641

La relación entre guerra y diplomacia

La meteórica ascensión de Melander de humilde campesino a las clases más altas de la aristocracia imperial encarnaba lo que parecía ser un mundo al revés. Amasó una inmensa fortuna, supuestamente de hasta un millón y medio de táleros, y le compró un señorío a su antiguo señor, el conde Juan Luis de Nassau-Hadamar. Aunque a menudo se le ha tachado de tosco patán de provincias, [1] lo cierto es que Melander tenía una buena educación, hablaba con fluidez francés (y es probable que también italiano), y ya había sido ennoblecido por patente real en 1608, lo que hace que su prominencia posterior fuese menos destacable.

Es por ello que incluso el caso de Melander manifiesta la resiliencia de las convenciones sociales establecidas. Lo mismo se aplicaba a la cultura política del Imperio. Esta se había tensado con el conflicto, pero todavía guiaba el comportamiento. Por lo general, se ha descrito que la guerra entró en su fase más destructiva y sin sentido a partir de 1640, como si descendiera a una «violencia universal y anárquica que se perpetuase a sí misma». [2] La sucesión de acontecimientos se atribuye, a menudo, a la muerte de «grandes capitanes»

como Gustavo Adolfo, Wallenstein y Bernardo, y está asociada a la supuesta internacionalización de la guerra. «Los soldados mandaban por sí solos», al actuar los oficiales subalternos por propia iniciativa con el objeto de mantener sus unidades o de enriquecerse. [3]

Buena parte de lo anterior es un mito adoptado por las autoridades territoriales de forma deliberada tras el fin de la guerra para justificar un mayor control y vigilancia de la población. Los gobernantes querían persuadir a sus súbditos de que continuasen pagando impuestos elevados a fin de mantener a los ejércitos en tiempos de paz. A estos se les consideraba necesarios para promover la dignidad principesca y la garantía de un mayor papel en los asuntos europeos. A los efectivos de la posguerra, en especial a raíz de que crecieran en número en la década de 1660, se los presentaba como a unos soldados disciplinados (*Soldaten*), en contraste con la tropa sin ley (*Soldateska*) que, en apariencia, caracterizó la era anterior a 1648. [4]

Cierto es que hubo serios problemas en la década de 1640. La rápida expansión de la guerra dislocó las estructuras económicas y sociales y truncó la administración territorial. Se complicó más la recluta, incluso en los casos en que se ofrecían recompensas. [5] Los ejércitos eran ahora más pequeños y móviles que antes de 1635. Por regla general, el número de efectivos cayó al menos en una tercera parte, y aunque las fuerzas reunidas para las distintas batallas campales eran todavía sustanciales, su composición cambió de manera significativa. La caballería, que constituía entre una tercera y una cuarta parte de los ejércitos de maniobra anteriores a 1635, pasó a conformar en torno a la mitad de los mismos. Algunos elementos de infantería comenzaron a ir montados durante la marcha para acelerar el ritmo. Con algunas importantes excepciones, en Alemania se empleó menos tiempo en los asedios, en contraste con las operaciones en Flandes, que seguían caracterizándose por prolongados enfrentamientos en los alrededores de las ciudades clave. Hay evidencias de que los comandantes de las guarniciones mostraron una mayor predisposición a rendirse, a medida que las masacres se volvieron menos comunes. Los oficiales eran, en general, liberados bajo su palabra de honor, aunque solía obligarse a los soldados ordinarios a nutrir las filas del vencedor. Esta práctica rara vez funcionó bien, y la mayoría desertaba para reunirse con sus antiguos superiores tan pronto como les era posible. La creciente escasez de soldados veteranos explica, con toda seguridad, por qué algunos pensaban que la deserción era un problema más serio que en la década de 1620. [6]

La mayor proporción de caballería respecto de la infantería en los ejércitos compensó en parte el declive de efectivos, al permitir a los comandantes ofrecer una respuesta más rápida a amenazas inesperadas en regiones con una defensa muy pobre. No obstante, esto también lo dictaban las limitaciones logísticas, ya que los jinetes podían forrajear en áreas más amplias y llevar provisiones en sus sillas de montar, lo que dio especial importancia a los reclutas rurales, ya que los ejércitos necesitaban hombres que supieran montar y cuidar de sus monturas. Las bajas entre los animales solían ser elevadas, en especial cuando se daba continuidad a las operaciones en invierno, estación en la que el forraje era escaso. Alrededor de la mitad de los efectivos de caballería iban desmontados cuando llegaba el final de una campaña, lo que a menudo contribuía a un comienzo lento durante el año siguiente, mientras se procuraban nuevas monturas y los generales esperaban a que creciesen los pastos.

El cambio en la composición de los ejércitos hace insostenible la interpretación tradicional de la evolución militar. El carácter determinista tecnológico de la mayor parte de la historia militar contempla que los cambios los dictan las armas. La proporción de piqueros se redujo de entre un 33 y un 50 % en 1618 a un 20 % o menos en la década de 1640. Esto se asocia con frecuencia a una supuesta tendencia hacia las tácticas de la guerra en línea, en la que las unidades de infantería dejaron de luchar de forma autónoma para formar largas líneas con estrechos intervalos entre los regimientos. [7] La intención era maximizar la potencia de fuego, como había sido ya el caso en las reformas orangistas neerlandesas de la década de 1590. Las tácticas de la guerra en línea se convirtieron en la norma en el modo europeo de hacer la guerra a partir de la década de 1670, cuando todos los ejércitos pusieron el énfasis en la rapidez y en un volumen de fuego de mosquetería efectuado bajo una estrecha supervisión. La proporción relativa de la caballería se redujo de nuevo a menos de un tercio en 1700. A diferencia de estos desarrollos, que se promovieron de forma consciente, los del periodo tardío de la Guerra de los Treinta Años no lo fueron en absoluto. La escasez de piqueros se tomó como una desventaja porque se les consideraba los combatientes más experimentados y necesarios en las tácticas agresivas. La creciente dependencia de la mosquetería hizo que la infantería se empleara menos en las ofensivas. A menudo, los infantes se apostaban detrás de posiciones atrincheradas o en bosques para protegerse de la artillería, ahora más numerosa.

Aunque la calidad de la tropa era desigual, no hubo un marcado declive en la competencia de los oficiales subalternos o superiores. La muerte de los generales a los que la historia militar ha elegido recordar arroja una sombra sobre aquellos que ejercieron el mando en los últimos estadios de la guerra. La presencia de Turena y el joven Condé en el ejército francés, además de los mucho menos celebrados Wrangel y Königsmarck en las fuerzas suecas, ha llevado a un autor a sugerir la inferioridad de los generales del emperador. [8] Sin embargo, hombres como Mercy, Melander, Raimondo Montecuccoli y Piccolomini estuvieron como mínimo a la altura de Wallenstein y Tilly, y del resto de generales imperiales anteriores.

La efectividad continuada de los combatientes lleva a otro punto aún más importante. La guerra todavía causó estragos, pero también permaneció firmemente controlada y dirigida. [9] Las operaciones se siguieron llevando a cabo para apoyar los objetivos políticos con los que los gobernantes trataban de mejorar sus posiciones negociadoras. En cualquier caso, la interrelación entre la guerra y la diplomacia se estrechó a medida que se hacía evidente que nadie podría alcanzar sus metas por medios, en exclusiva, militares.

El Reichstag de Ratisbona

La imposibilidad de alcanzar una victoria decisiva persuadió a Fernando III de que convocara el primer Reichstag en veintisiete años. Aunque pretendía revitalizar los acuerdos de Praga, la decisión tuvo su origen en el programa político de 1635. Su padre había tratado de gestionar la política imperial consultando únicamente a los electores, lo que privaba a los otros estados imperiales de un foro público donde someter a debate su política e imponer limitaciones. Fernando III había mostrado ya un talante más flexible, aunque seguía reservándose sus prerrogativas. El acercamiento a las asambleas de los círculos en noviembre de 1638 devolvió a los territorios menores a la actividad política formal, pero también pretendía limitar las discusiones sobre la agenda del emperador en lo concerniente al incremento de los impuestos de guerra. Estas discusiones, junto con las negociaciones sobre la neutralidad del norte, indicaban un creciente anhelo de paz. Los electores sumaron sus voces a esta llamada apelaron al ejercicio de su derecho de reunión mediante la convocatoria de un congreso propio en Núremberg en febrero de 1640. Maximiliano de Baviera ya había apoyado la iniciativa de paz del papado en 1636. Ahora mostraba su voluntad de invitar a los príncipes de los Círculos al

congreso de Núremberg. [10] El emperador decidió anticiparse al elector como el líder de la facción de la paz al convocar a todos los estados imperiales a un Reichstag en el que pudiese imponer su agenda. Esa invitación hizo que el congreso de Núremberg resultase superfluo y se clausurase el 7 de julio. Los representantes de los electores se reunieron, entonces, con los del resto de estados, en Ratisbona, el 13 de septiembre, y las sesiones se prolongaron hasta el 10 de octubre de 1641.

La agenda se parecía mucho a la del congreso electoral de 1636-1637. Se le pidió al Imperio que prorrogase los impuestos ya expirados que habían acordado en 1638 las asambleas de algunos Círculos. Todos debían aglutinarse en derredor del emperador con el objeto de derrotar a las dos coronas, Francia y Suecia, empeñadas en la supresión de las Libertades alemanas. [11] Fernando hizo algunas concesiones. Se pospuso el ataque sobre el Hohentwiel para no enemistarse con los protestantes suabos. Además, la cuestión de la amnistía se abordó con la oferta de ampliar los términos ya concedidos a Wurtemberg mediante la devolución de algunos monasterios, e incluso la extensión del perdón a Hesse-Kassel y al Palatinado siempre que se uniesen al esfuerzo de guerra imperial. Se sugirió la posibilidad de crear un octavo título electoral a fin de persuadir al elector palatino de que aceptase el nuevo estatus de su primo bávaro. Por último, Fernando insinuó que estaría dispuesto a aceptar 1627 como nuevo año de referencia, lo que permitiría a algunos administradores protestantes mantener sus obispados de modo indefinido. El nuncio papal condenó estas propuestas, aunque, a la postre, los príncipes católicos las aceptaron, incluidos aquellos que, como los electores de Maguncia y Colonia, habían de perder territorios con ello.

Las modificaciones propuestas respecto a los acuerdos de Praga se acercaban mucho a los cambios adoptados en la Paz de Westfalia. Si se hubiesen ofrecido en 1636 o incluso en 1637, el emperador podría haber conseguido el frente unido que deseaba. Ahora era demasiado tarde, pues los güelfos y los hessianos habían optado por una alianza con Suecia. El emperador renovó el mandato que llamaba a los alemanes a que cesasen en el servicio de Francia y Suecia. También se adoptó un Decreto que incorporaba las propuestas de Fernando gracias al apoyo de los electores y las ciudades, aunque treinta y uno de los cuarenta y seis representantes de los príncipes votaron en contra. Esto confirmaba el mandato y extendía los impuestos de guerra mediante la sanción retroactiva de 240 meses romanos entre 1640 y 1641. Sin embargo, su grado de cumplimiento fue escaso, ya que incluso los

territorios leales pretendían deducir el coste de los alojamientos y de los saqueos. [12]

La ofensiva de invierno de Banér, 1641

A pesar de sus resultados limitados, el Reichstag alarmó a Francia y Suecia, que recelaban de la lealtad de sus aliados alemanes. Pese a su delicado estado de salud, Banér atacó hacia el sur desde Turingia en enero de 1641 con el propósito de interrumpir las sesiones. Guébriant y Taupadel llevaron el Ejército de Alemania francés al norte de Franconia no para conquistarla, como en la década anterior, sino para conseguir contribuciones mediante la extorsión. Banér era el que debía efectuar el ataque principal en un avance rápido de doscientos kilómetros a través de Hof y Bayreuth a pesar del grosor de la nieve. El sueco confiaba en moverse más rápido que cualquier mensajero para anticiparse a posibles contramedidas, y logró llegar a Ratisbona el 20 de enero. Tres regimientos de caballería cruzaron el Danubio congelado aguas abajo, con la intención de aproximarse a la ciudad inadvertidos desde el lado sur, y sorprendieron a una partida de caza imperial. Aunque se quedaron con los valiosos halcones del emperador, este se había retrasado y se hallaba todavía en el interior de la ciudad, lo que evitó su captura. Un deshielo repentino derritió el hielo del río y obligó a los suecos a efectuar una apresurada retirada. Banér bombardeó la ciudad durante un breve periodo de tiempo, pero solo disponía de artillería ligera y el bombardeo fue una mera demostración de poder. Fernando se negó a abandonar la ciudad, lo que aumentó la reputación sobre su sangre fría bajo el fuego.

Con el presentimiento de que la expedición se estaba volviendo en su contra, Banér se dirigió de nuevo al norte. Guébriant se negó a dejarse arrastrar en operaciones contra las tierras de los Habsburgo y se retiró al noroeste hacia Baja Sajonia, dejando que los suecos se retirasen en solitario a Cham, en el Alto Palatinado. Banér esperaba descansar entre las colinas boscosas antes de internarse en Bohemia por el Eger. El emperador respondió con un vigor inesperado. El archiduque Leopoldo Guillermo, Piccolomini y Mercy reunieron veintidós mil hombres entre imperiales y bávaros en el Danubio y avanzaron hacia el norte en marzo. Banér llamó apresuradamente a sus fuerzas para que se reuniesen con él en Cham y se salvó gracias a que un destacamento a las órdenes del manco Erik Slang retrasó brevemente al

enemigo en Neunburg el 19 de marzo. El resto de los suecos escapó hacia el norte mediante penosas marchas forzadas de veinte kilómetros diarios por caminos convertidos en cenagales a causa del deshielo, para luego adentrarse por el paso de Preßnitz en el interior de Sajonia a comienzos de abril. Perdieron el bagaje y a cuatro mil hombres debido a la enfermedad y las deserciones. Otros dos mil hombres fueron hechos prisioneros. [13]

Un nuevo motín sueco

Banér falleció el 10 de mayo, poco después de que su ejército se hubiese reunido con el de Guébriant en Halberstadt. Si a ello añadimos la muerte del duque Jorge de Luneburgo, sucedida un mes antes, Suecia quedaba peligrosamente expuesta. [14] Despiadado y contundente, Banér había sido una pieza clave en la reconstrucción del ejército y en la salvación de la posición de Suecia en Alemania a partir de 1635. Las consecuencias de su ausencia quedaron al descubierto de inmediato. Se entregó el mando, de manera eventual, a tres mayores generales: un sueco, el conde Wrangel; un finlandés, Arvid Wittenberg; y, un alemán, Adam von Pfuhl. Solo 500 de los 16 000 soldados eran suecos nativos. La situación se retrotrajo a la del motín «del barril de pólvora» de 1635, dado que veintitrés de los treinta coroneles establecieron un comité encabezado por Caspar Mortaigne para la defensa de sus demandas.

Fernando aprovechó la ocasión para ofrecer una amnistía y trabajó duro para ganarse a Pfuhl. La hermana de este había sido una de las damas de honor de la reina María Leonor y la primera esposa de Banér. Estas conexiones, y su propia hoja de servicios, lo llevaron a esperar el nombramiento como sucesor de Banér. Oxenstierna no tenía intención de elegir a un alemán y nombró a Lennart Torstensson pese a su frágil salud. [15] Torstensson estaba todavía en Suecia, lo que dejó un vacío de poder que enseguida ocupó Pfuhl, el cual se puso del lado de los coroneles. Estos entablaron negociaciones con Augusto de Wolfenbüttel, quien aprovechó la oportunidad que le brindaba la muerte de su belicoso hermano para reanudar las conversaciones con el emperador. La desafección se extendió también a los oficiales alemanes del ejército de Guébriant.

Al igual que en 1635-1636, las negociaciones de paz se reanudaron y corrieron en paralelo con las conversaciones con los oficiales. Francia y Suecia no habían logrado armonizar sus objetivos a la hora de renovar su

alianza en 1638. Richelieu quería una paz universal que resolviera los conflictos de Francia a su satisfacción. Por otro lado, los objetivos de Oxenstierna continuaban limitados a Alemania y este se planteó romper con su socio de modo que pudiese afianzar una paz separada con Fernando. El resentimiento de Suecia hacia Francia se intensificó después de que Richelieu incorporase a sus filas el ejército de Bernardo en 1639. Kurz y los duques de Lauenburgo habían estado negociando en nombre del emperador, en Hamburgo, desde 1639. El ambiente en el Reichstag impulsó a Fernando a enviar una misión separada a Bruselas que reanudara la mediación entre España y los neerlandeses. Entre tanto, los duques de Lauenburgo efectuaron una oferta muy mejorada a Suecia, que incorporaba las concesiones discutidas en Ratisbona para acomodar al Palatinado, a los güelfos y a Hesse-Kassel a los términos de la Paz de Praga.

A diferencia de su padre, Fernando accedía a las pretensiones territoriales de Oxenstierna para permitir a Suecia abandonar la guerra con honor. Los suecos habían conquistado Altmark (Brandeburgo occidental) y Fráncfort del Óder en 1640. El elector Jorge Guillermo falleció ese diciembre y era obvio para su ambicioso sucesor, Federico Guillermo, que Pomerania no se iba a conseguir por la fuerza de las armas. El nuevo elector inició las conversaciones con Suecia bajo el pretexto de una embajada enviada para anunciar su sucesión. La muerte del conde Schwarzenberg, en marzo de 1641, el único católico en el consejo privado del ducado, eliminó al principal oponente de esta reconciliación. Tras presagiar, de forma acertada, que Brandeburgo estaba a punto de cambiar de bando, Fernando trató de anticiparse. Se aseguró el consentimiento bávaro y de Maguncia para ofrecer toda Pomerania a Suecia a finales de 1640. [16]

Por desgracia, los enviados de Fernando no lograron convencer a Salvius de que la oferta iba en serio. No obstante, los rumores sobre el mantenimiento de las conversaciones alarmaron a los franceses, los cuales habían estado presionando a Oxenstierna para que renovase la alianza de 1638, que expiraba en marzo de 1641. El conde d’Avaux añadió otros 80 000 riksdáleres al subsidio anual que debía satisfacerse hasta que ambas partes obtuvieran una paz provechosa. Oxenstierna pensó que bien merecía la pena sacrificar la autonomía diplomática en aras de este firme apoyo y dio su consentimiento el 30 de junio de 1641. Las dos coronas se hallaban unidas ahora en un frente común, cada una obligada a luchar hasta que ambas fuesen recompensadas.

La confirmación de la alianza con Francia mejoró la posición de Oxenstierna en el resto de negociaciones abiertas. Brandeburgo aceptó un alto el fuego de dos años el 24 de julio, y dejaba a Suecia en posesión de Gardelegen, Driesen (actual Drezdenko), Landsberg, Crossen y Fráncfort del Óder, lo que aseguraba el acceso entre Pomerania y Silesia. Federico Guillermo prometió también la entrega de 10 000 táleros y alrededor de 177 kilolitros de grano al mes. A su vez, trató de prevenir las inevitables protestas imperiales mediante la transferencia de parte de su ejército al emperador, lo que le dejaba solo 2200 hombres para la defensa de Berlín, Spandau, Küstrin y Peitz. Muchos de sus oficiales estaban furiosos. El coronel Hans von Rochow amenazó con volar Spandau y el coronel Hartmann Goldacker se pasó con su regimiento a los imperiales. Aunque Francisco Alberto de Lauenburgo, ahora mariscal de campo imperial, expulsó a un destacamento de Stålhandske de Silesia, la defección de Brandegurgo aseguraba los accesos a Pomerania y le concedía tiempo a Oxenstierna para lidiar con el motín de los oficiales.

El canciller instó a los coroneles a enviar a dos representantes a Estocolmo en julio. Ambos fueron festejados, halagados y recompensados, y el portavoz del comité, el coronel Mortaigne, fue ascendido a mayor general y se le concedieron tierras en Pomerania con cargo a la regularización de sus pagas atrasadas. Salvius financió con 60 000 táleros las reivindicaciones más apremiantes de los oficiales. El ejército se reorganizó entonces mediante la fusión de regimientos bajos de efectivos y el acuerdo de la fijación de las pagas atrasadas en 330 000 táleros, que debían ser repartidos entre las unidades supervivientes. Al final, Salvius entregó 486 260 táleros, buena parte de ellos obtenidos mediante un crédito al que había accedido poniendo los subsidios franceses como garantía. En el ínterin, Pfuhl fue sustituido por el sueco Lilliehook en el mando hasta que llegase Torstensson. Guébriant, entre tanto, persuadió a sus propios oficiales de que desistiesen de sus negociaciones con el emperador, advirtiéndoles del destino que había sufrido Sajonia desde 1635.

La batalla de Wolfenbüttel

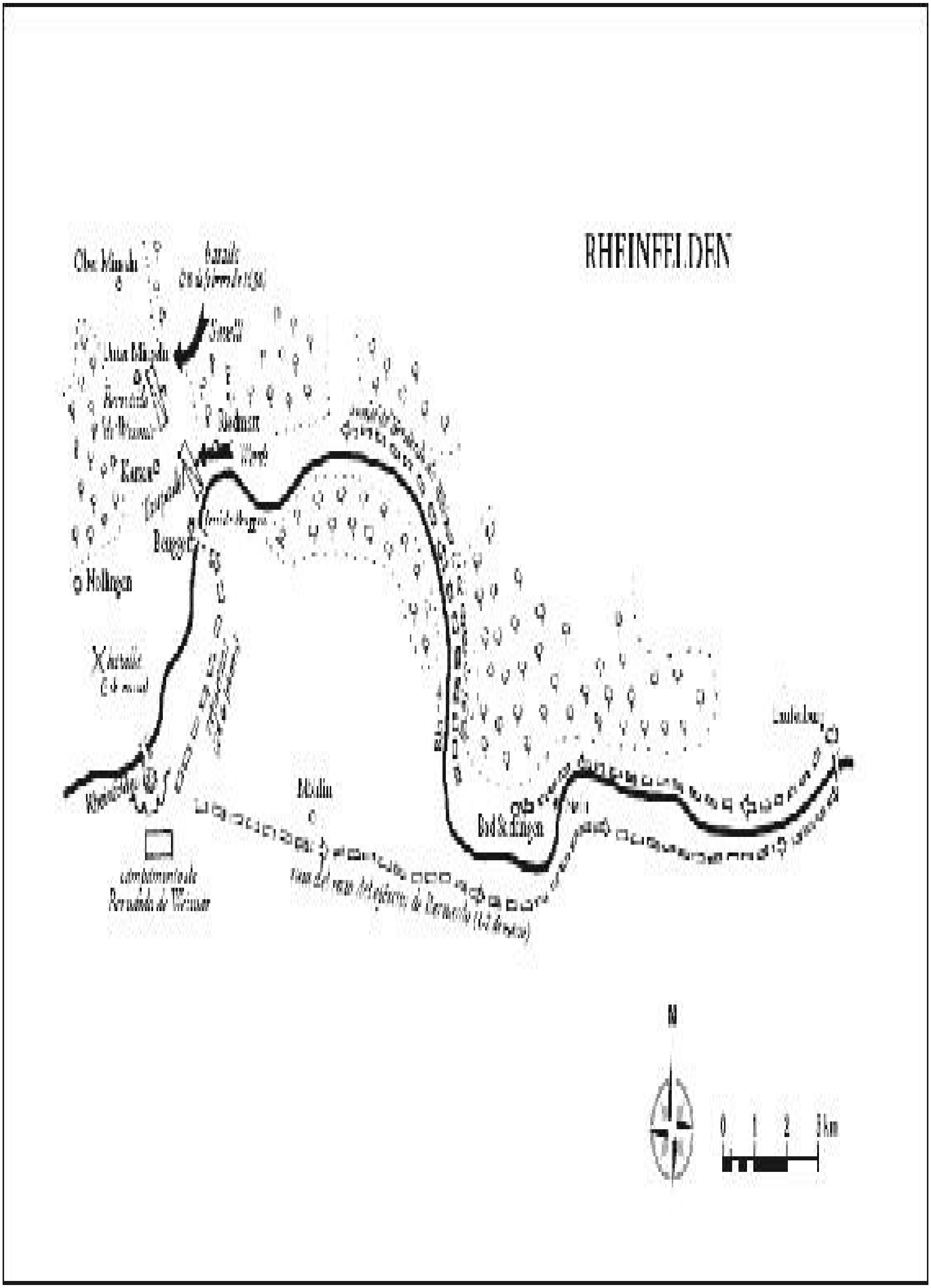
Los contactos clandestinos con el emperador continuaron entrado el otoño de 1641, pero el ejército ya había demostrado su fiabilidad con su intervención en Wolfenbüttel. Suecia necesitaba asegurarse la lealtad de los güelfos y

demostrar que podía ayudar a sus socios alemanes. Klitzing tenía bloqueada a la guarnición imperial de Ruischenberg desde el otoño, pero sus siete mil hombres eran demasiado pocos para tomar la localidad. Las fortificaciones de Wolfenbüttel se habían reforzado a la manera neerlandesa, con terraplenes de tierra que cubrían casamatas de piedra a prueba de bombas donde se refugiaban los defensores. La plaza estaba rodeada por un ancho foso de agua alimentado por canales procedentes del río Oker, mientras que un castillo independiente hacía las veces de ciudadela. Klitzing copió los métodos empleados por Pappenheim en el asedio de 1627 y reclutó campesinos para bloquear la corriente del Oker con una presa por debajo de la ciudad a partir de mediados de marzo de 1641. A pesar de las salidas de Ruischenberg, la presa estuvo terminada a finales de junio con un poderoso reducto en cada extremo. Un gran campamento fortificado protegía a los sitiadores en Thiede, al oeste del río, mientras esperaban a que el nivel de agua subiese e inundase la ciudad. [17]

El archiduque Leopoldo Guillermo y Piccolomini esperaron en Egeln, junto al Saale, a que las negociaciones con los oficiales amotinados diesen sus frutos antes de dirigirse hacia el oeste en junio, cuando la situación se volvió crítica en Wolfenbüttel. Los bávaros de Wahl fueron llamados desde Westfalia y se reunió un total de 22 000 hombres. Guébriant, Königsmarck y el resto de unidades leales suecas se dirigieron a marchas forzadas al área, donde se unieron a Klitzing el 28 de junio, justo dos horas antes de que llegasen los imperiales. Además de los 7000 güelfos había 6000 exbernardinos y 13 000 suecos. Una carroza forrada de negro llevaba el cuerpo de Banér en mitad de la formación.

La gran inundación provocada por el Oker evitó cualquier ataque por la izquierda aliada (este), y su campamento era demasiado fuerte para ser atacado frontalmente. Leopoldo Guillermo ordenó a Wahl que atravesase los bosques situados al oeste de Fümmelse con el objeto de flanquear al enemigo por el otro lado, mientras los imperiales efectuaban un ataque de diversión contra el campamento. Wahl estuvo en posición frente a los suecos a las nueve de la mañana del 29 de junio en el ala derecha aliada, pero los imperiales sufrieron retrasos a causa del terreno. Los bávaros atacaron a mediodía sin esperar a que llegasen. Se produjo un feroz enfrentamiento por la posesión de un bosque que había delante de la posición sueca, mientras Königsmarck trataba de detener la maniobra de flanqueo de Wahl. Los imperiales llegaron al fin, pero, en vez de limitarse a hacer una mera finta en

el frente enemigo, se vieron arrastrados a la lucha que se libraba en el bosque. La apretada masa de infantes quedó atrapada en un fuego cruzado entre un reducto del extremo del campamento y las tropas de Königsmarck en campo abierto. El fuego de los cañones arrancó fragmentos de árboles y provocó más bajas. Los bávaros continuaron la presión y pusieron en fuga al regimiento sueco de élite Azul Viejo y capturaron el reducto. Su caballería también consiguió pasar adelante hacia el oeste, pero todos ellos fueron repelidos por un contraataque. Guébriant y Klitzing enviaron a


RHEINFELDEN
Nollingen
Bad Säckingen
N
0 1 2 3 km

su caballería desde el campamento para amenazar a los imperiales que había hacia el este. La lucha continuó hasta la última hora de la tarde, cuando Leopoldo Guillermo ordenó a sus agotadas tropas la retirada. Habían sufrido al menos tres mil bajas.

Los aliados también habían quedado maltrechos, con unas dos mil bajas, y no mostraron interés por abandonar sus posiciones para perseguir a las tropas imperiales. La inactividad provocó desacuerdos entre los generales, mientras que el ejército imperial daba inicio a un prolongado, y a la postre, infructuoso asedio a la localidad de Gotinga, al sur. Tras romper la presa el 1 de octubre, los aliados se retiraron por fin a Sarstedt, entre Hanover y Hildesheim, donde permanecieron dos meses en espera del resultado de la reanudación de las conversaciones.

Estas se habían entablado en Goslar el 7 de octubre después de que el duque Augusto de Wolfenbüttel se disculpase ante el emperador por la batalla reciente. El sucesor del duque Jorge, Cristian Luis, un joven inexperto, no era rival para su tío, que tenía el apoyo del tercer duque güelfo, Federico de Luneburgo. Al no tener un interés directo por Hildesheim, Augusto la sacrificó para recuperar su propia capital. Wahl estableció un compromiso el 16 de enero de 1642 que fue confirmado y ampliado por varios acuerdos posteriores. Los güelfos aceptaron la Paz de Praga y restauraron los disputados distritos de Hildesheim a cambio de la promesa de Fernando de Colonia de respetar el culto luterano en aquella región durante los siguientes cuarenta años. Los güelfos fueron oficialmente perdonados y Ruischenberg evacuó Wolfenbüttel el 23 de septiembre de 1643. El Tratado de Goslar representaba una derrota para las ambiciones güelfas. Conservarían varios miles de soldados en guarniciones durante el resto de la guerra, pero habían dejado de influir en el devenir de los acontecimientos. [18] La neutralidad güelfa quebró la cooperación militar franco-sueca, pues eliminó la conexión de Baja Sajonia. Guébriant marchó hacia el oeste, a ayudar a los hessianos, y los suecos se dirigieron finalmente hacia el este al interior de Silesia.

Sin embargo, la defección de Brandeburgo y el fracaso de la reanudación de las conversaciones con los oficiales enemigos anularon el éxito imperial en Baja Sajonia. Con los estados imperiales cada vez más inquietos, Fernando hizo otro gesto encaminado a la paz. Su enviado había aceptado, en Hamburgo, los preliminares de la paz con Francia y Suecia el 25 de diciembre de 1641. Estos preveían la forma, pero no el fondo, del futuro congreso para la paz. Francia y las potencias católicas se reunirían en la

ciudad católica de Münster, en Westfalia. Suecia y los protestantes se congregarían en la cercana Osnabrück. Ambos lugares fueron declarados neutrales y se garantizó la seguridad de los enviados y los correos entre estos y sus capitales de origen. Tales términos indicaban un cambio radical respecto de la posición imperial anterior, según la cual se negociaría solo con Suecia para poner fin a la guerra en el Imperio antes de iniciar conversaciones con Francia. Ahora, Fernando ratificaba a regañadientes los acuerdos preliminares en julio de 1642, consciente de que las negociaciones con Francia podían entrañar un distanciamiento con España. No obstante, retrasó el intercambio de las credenciales necesarias para que pudiesen reunirse los delegados con la esperanza de que mejorase la situación militar. [19] Por el momento, las cosas aún pendían de un hilo.

LA GUERRA EN EL IMPERIO, 1642-1643

La batalla de Kempen, 1642

El emperador no podía permitirse una derrota, ni siquiera una menor. Tras haberse decantado por Suecia, los hessianos necesitaban una victoria antes de reanudar las conversaciones con Fernando. Reunieron a siete mil hombres a las órdenes del general Kaspar, conde de Eberstein, un pomerano que había entrado a su servicio en 1631, procedente del ejército sueco, y que había sido ascendido para sustituir a Melander. Guébriant llegó en diciembre de 1641, pero tuvo que amagar con invadir Overijssel antes de que los neerlandeses permitiesen al fin que el ejército combinado cruzase el Rin por Wesel el 12 de enero. Los doce regimientos de infantería de Guébriant contaban con un total de dos mil hombres, mientras que los doce de caballería estaban un poco mejor, con un total de tres mil quinientos. La fuerza de Eberstein había quedado ya reducida a cuatro mil hombres, la mitad de los cuales eran de caballería. [20]

Con todo, constituían una amenaza seria para el electorado de Colonia, cuyas tierras empezaron a devastar. Hubo que llamar a los nueve mil imperiales de Lamboy, que estaban con las tropas españolas y que cruzaron el Mosa para proteger Colonia mientras Von Hatzfeldt se apresuraba desde sus cuarteles de invierno de Wurzburgo con siete mil hombres de refuerzo. Este llegó al frente de sus tropas el 8 de enero y reunió botes para cruzar en Andernach. Guébriant y Eberstein, por su parte, decidieron atacar a Lamboy

antes de que llegasen los hombres de Von Hatzfeldt. Con ello, asumían un gran riesgo, ya que habían agotado los víveres, y una derrota no les dejaría otra alternativa que huir al territorio de la República Neerlandesa, como hiciesen Mansfeld y el duque Cristian entre 1622 y 1623. Un tercio de los hombres de Lamboy estaban enfermos o mal armados, y solo disponía de seis cañones frente a los veintitrés del enemigo; a pesar de todo, Lamboy se mostró confiado e ignoró las instrucciones de esperar a Von Hatzfeldt. Acampó en Hüls, un suburbio de Krefeld, y se desplegó detrás de una doble zanja sin agua no lejos de Kempen, lugar del que tomó nombre la acción.

El 17 de enero estaba todavía Lamboy desayunando cuando apareció el enemigo al otro lado de la zanja. El sino de la acción osciló en ambos sentidos hasta que los dragones y mosqueteros destacados por Guébriant aparecieron en los flancos de Lamboy tras haber cruzado por ambos extremos de su posición. Los imperiales colapsaron, lo que provocó unos dos mil muertos. Lamboy y otros cinco mil fueron capturados. Solo dos mil lograron escapar. Rechazaron los ofrecimientos de comida de los españoles por miedo a que los integrasen en el Ejército de Flandes y, al final, cruzaron el Rin con la intención de unirse a Von Hatzfeldt en el Wetterau.

Lamboy había desaprovechado una valiosa oportunidad de aplastar al Ejército francés de Alemania. Este había estado a punto de disgregrarse y no alcanzaba un éxito importante desde la toma de Breisach tres años antes. Un agradecido Luis XIII ascendió a Guébriant a mariscal de Francia y le envió 3600 reclutas británicos por mar vía Róterdam. Los neerlandeses licenciaron a tres mil hombres para ponerlos al servicio de Francia como refuerzo adicional, y Guébriant pasó los siguientes nueve meses tomando lugares de poca importancia en el electorado de Colonia, incluidos Kempen y Neuss, además de Düren, en Jülich. Sus fuerzas se apoderaron de tanta comida que los hambrientos soldados españoles e imperiales se pasaron a sus filas.

Las contramedidas imperiales son un indicio de lo difícil que empezaba a ser levantar ejércitos nuevos. El emperador envió 135 000 táleros, Von Hatzfeldt gastó 8000 de su propio bolsillo, y el elector Fernando vendió su plata para conseguir más hombres. Como el enemigo detenía a los viajeros y comerciantes para pedir rescates, la ciudad de Colonia relajó su estatus de neutralidad con el fin de proporcionar 500 hombres y 6 cañones de su guardia cívica; además, llegaron 2000 loreneses de Luxemburgo y los españoles proporcionaron 1500 hombres para que defendieran Aquisgrán. Wahl llegó con 2600 bávaros en junio, seguido dos meses más tarde por Werth, recién

liberado del cautiverio francés, que apareció a la cabeza de tres regimientos de caballería imperiales. La llegada de Werth evidenció la importancia de la personalidad: incluso los campesinos se postraban de rodillas cuando veían al célebre comandante, pues creían que él los libraría del enemigo. [21] Los imperiales reunían ahora unos 15 000 hombres, con lo que igualaban a sus oponentes, pero Von Hatzfeldt se mostraba reacio a arriesgarlos en otra batalla, en especial por la escasez que padecía de caballos y la dependencia de los españoles en cuanto a los víveres, ya que no podía permitirse los desorbitados precios exigidos por los comerciantes locales.

Los aliados ya se habían dado el atracón con las recompensas anteriores y empezaban a pasar hambre de nuevo. Guébriant y Eberstein discutían a todas horas, porque el francés se negaba a que los hessianos pusiesen guarnición en las poblaciones capturadas. Estos fueron los primeros en ceder y se retiraron al otro lado del Rin a finales de septiembre, después de que Guébriant hubiese intimidado a Amalia Isabel para que le diese mil hombres del ejército de Eberstein a cambio de la entrega de las localidades tomadas. [22] Guébriant marchó hacia el este en un infructuoso intento de evitar que los güelfos firmasen la Paz de Goslar. El electorado de Colonia había sufrido su peor devastación, pero se había restaurado el equilibrio de poder en el Bajo Rin.

La recuperación sueca

Tras abandonar el sitio de Wolfenbüttel, los suecos permanecieron inactivos en Winsen (cerca de Celle) hasta la llegada de Torstensson con siete mil conscriptos el 25 de noviembre de 1641. El nuevo comandante se retiró con el ejército al este del Elba, a una posición en las inmediaciones de Werben, donde pasó los siguientes cuatro meses restaurando la disciplina tras el motín. La derrota de Lamboy en Kempen hurtó al emperador cualquier posibilidad de explotar esta inactividad. Torstensson mostró su considerable talento estratégico al enviar a Königsmarck y a la caballería a una incursión al interior de Sajonia en abril, lo que sirvió de señuelo a las tropas imperiales allí destinadas mientras él marchaba con su fuerza principal de unos 15 000 hombres a través de Brandeburgo a unirse a los 5000 hombres de Stålhandske en el Óder.

Torstensson reconoció que la invasión de Banér de las tierras de los Habsburgo en 1639 había fracasado porque se basó sobre todo en la velocidad, sin prever la necesidad de tomar algunas fortalezas para sostener el

territorio conquistado. Él dio comienzo a su invasión de Silesia con el asalto a Glogovia el 4 de mayo y, a continuación, tomó Jauer y Striegau (actual Strzegom), a medida que avanzaba hacia el sudoeste en dirección a Schweidnitz. La provincia tenía una defensa muy débil, pero Francisco Alberto de Lauenburgo se apresuró con siete mil caballos imperiales y sajones desde Sajonia con la intención de impedir cualquier progreso posterior. El duque ignoraba que Striegau ya había caído y cometió el error de pensar que Torstensson se dirigía directo hacia el sur en dirección a Breslavia. Tampoco sabía que Königsmarck le había seguido desde Sajonia con seis mil caballos suecos. El 31 de mayo Königsmarck se mostró para engañar al duque y luego fingió una retirada, lo que atrajo a los imperiales hasta las formaciones de infantería sueca apostadas en una colina al este de Schweidnitz. Algunos regimientos imperiales huyeron a la primera de cambio, pero otros lucharon durante cinco horas antes de retirarse. Como en Kempen, la derrota supuso la práctica destrucción del ejército una vez que las unidades comenzaron a mostrar falta de cohesión. Los imperiales dejaron 1800 muertos y 2000 prisioneros sobre el campo de batalla. Entre los primeros se hallaba Francisco Alberto, que había sido herido de muerte por los furiosos suecos, todavía convencidos de que era el culpable de la muerte de Gustavo Adolfo. Schweidnitz capituló tres días más tarde, lo que completó la victoria sueca. [23]

Torstensson encomendó a Lilliehook con la mitad del ejército para que finalizase la conquista de Alta Silesia mientras él tomaba el resto y se adentraba en el interior de Moravia a través de Troppau, donde tomó Olmütz, que, en apariencia, se rindió con rapidez porque los suecos habían capturado a la esposa del comandante. [24] Banér no había penetrado tan al este en 1639 y la región estaba todavía bastante intacta. Los suecos se apoderaron de 5000 uniformes nuevos, irrumpieron en monasterios, tomaron como rehenes a los monjes para pedir un rescate y abrieron las criptas con la intención de robar los anillos de los difuntos. Más se llevaron aún de los vivos, incluidos diez mil libros que enviaron para aplacar la sed de conocimiento de la reina Cristina. Cuando abandonaron Olmütz en 1650 solo quedaban 1675 habitantes de los 30 000 que tuvo la ciudad. Los ciudadanos más ricos huyeron de inmediato, lo que provocó el pánico en Viena.

Con todo, Brieg (actual Brzeg) todavía resistía en Silesia, y los imperiales se reagrupaban en Brünn, al sur de Olmütz, donde se les unieron 2670 hombres de la milicia bohemia. Leopoldo Guillermo había reunido 20 000

hombres en julio de 1642, aunque muchos de ellos eran reclutas que deseaban marcharse a casa una vez que llegaron el frío y la humedad del otoño. [25] Mientras que una parte bloqueaba Olmütz, el resto dejó atrás Troppau con la intención de liberar Brieg y, hacia el mes de agosto, recuperó la mayor parte de Silesia. La estrategia de Torstensson dio entonces sus frutos, porque Leopoldo Guillermo fue incapaz de recuperar Glogovia, que aseguraba las comunicaciones suecas con Pomerania y que permitió que los seis mil suecos destinados a proteger el Óder pudieran reunirse con el ejército principal. Además, la incapacidad de los imperiales para recuperar Olmütz le dio a los suecos una base en las profundidades del territorio de los Habsburgo que continuó siendo una amenaza hasta el final de la guerra. Los imperiales se vieron obligados a marchar hacia el oeste a través de Lusacia, hacia el interior de Sajonia, para desesperación de su elector, que vio como sus tierras se convertían de nuevo en un campo de batalla. [26]

La segunda batalla de Breitenfeld

Torstensson persiguió al ejército imperial y puso sitio a Leipzig con el propósito de forzar a su oponente a dar batalla. Leopoldo Guillermo llegó puntual con 26 000 hombres, incluidos 1650 sajones, y los suecos se retiraron a Breitenfeld, el escenario del gran triunfo de Gustavo Adolfo once años antes. [27] Piccolomini se recelaba algo y aconsejó cautela, pero llegaron turbadores informes de que Guébriant y los hessianos estaban de camino para unirse a Torstensson, así que el archiduque decidió aceptar la batalla el 2 de noviembre. [28]

Los dos ejércitos acamparon la noche anterior en ángulo recto en relación a las posiciones adoptadas en el despliegue de 1631. Los imperiales se hallaban en la parte oriental, en Seehausen, orientados hacia el oeste, frente a Torstensson, que estaba en Breitenfeld. Entre ellos se hallaba el Linkelwald, donde la infantería de Tilly había ofrecido la última resistencia, con un estrecho valle formado por el arroyo Ritsche al sur. Torstensson se veía superado en número de modo significativo, en más de siete mil hombres, pero estaba resuelto a aplastar al último ejército que le quedaba al emperador.

Ambos ejércitos se pusieron en marcha al amanecer y Torstensson cruzó el Ritsche para desplegarse frente al Linkelwald. Leopoldo Guillermo aceptó el consejo de Piccolomini y envió dieciséis regimientos de coraceros al norte, alrededor del bosque, para que flanqueasen el ala izquierda sueca y la

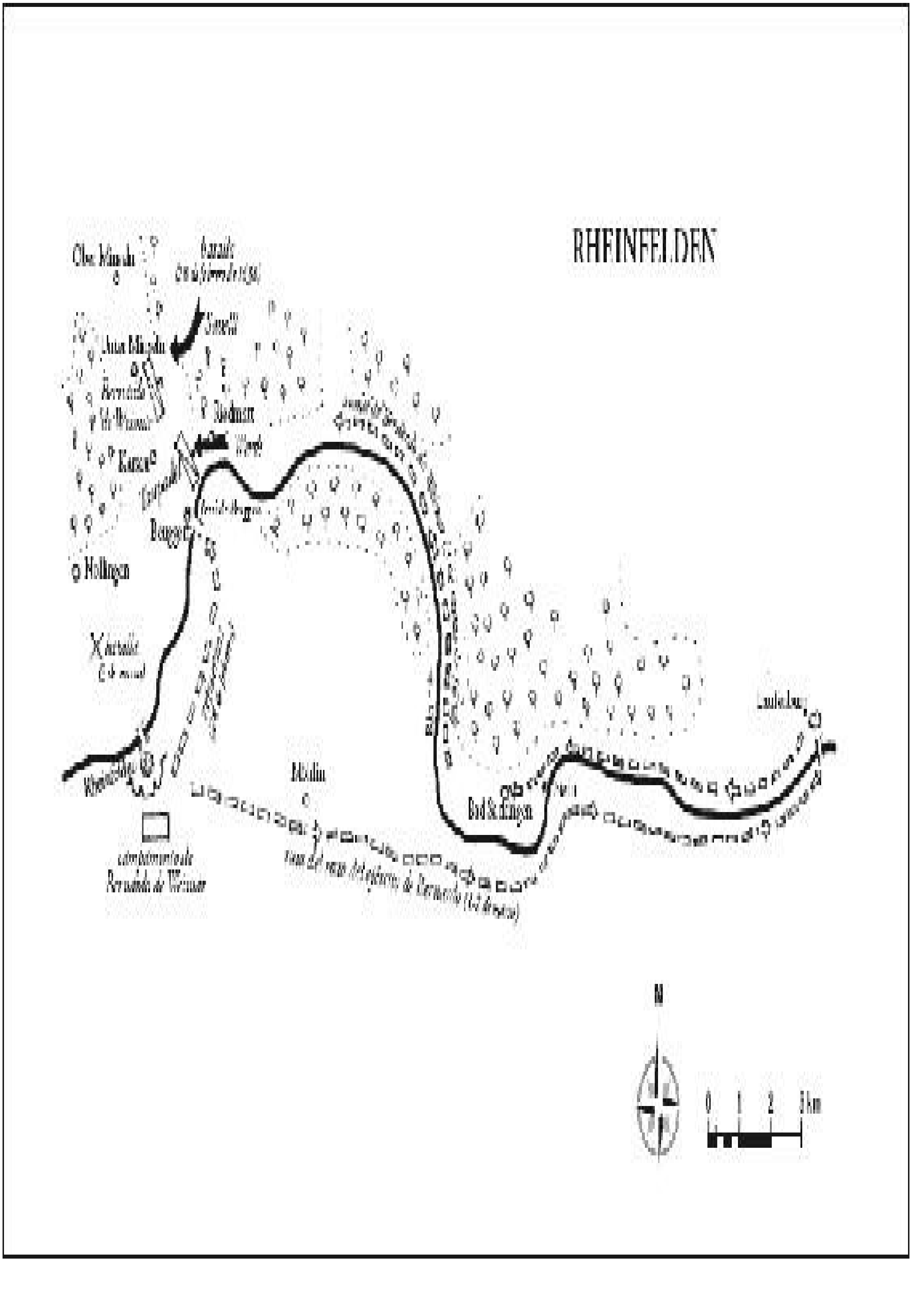
aislasen del camino de Torgau. Torstensson desvió a su ejército hacia el norte con la intención de hacer frente a esta maniobra, y la acción se generalizó a partir de las diez de la mañana. La infantería imperial quedó dividida por el bosque, pero aun así hizo algún progreso contra sus oponentes en el centro de Torstensson. Al igual que los suecos, los imperiales empleaban entonces cañones regimentales para apoyar a su infantería. Estos dispararon balas encadenadas, lo que contribuyó a que los suecos retrocediesen y a la captura de algunos de sus cañones.

En la derecha sueca, Wittenberg y Stålhandske avanzaron desde el valle del Ritsche y dejaron atrás a sus mosqueteros de apoyo. La rápida aproximación funcionó, pues no dio tiempo al general Hans Christoph Puchheim a desplegar de modo adecuado la caballería imperial. Varios regimientos de la primera línea imperial se rompieron antes de entablar contacto y arrastraron en su huida a los sajones de la segunda línea. Los demás resistieron enconadamente, pero se vieron sobrepasados por la superioridad numérica enemiga. Stålhandske inició la persecución con la mitad de la caballería sueca mientras Wittenberg dirigía el resto por detrás de la infantería de Torstensson para prestar apoyo a Slang en la izquierda. Este último había empleado la táctica de Gustavo Adolfo de avanzar con lentitud para evitar que los mosqueteros se quedasen atrás. Murió en la primera embestida imperial y sus hombres comenzaron a ceder mientras los croatas los flanqueaban por el norte. Königsmarck los reunió y resistió el tiempo suficiente hasta que llegó el general Wittenberg alrededor de mediodía. Los suecos disfrutaron entonces de la superioridad local y maniobraron para rebasar el flanco de sus oponentes, a los que empujaron a continuación contra la infantería que aún luchaba en el frente.

Leopoldo Guillermo y Piccolomini dirigieron sus unidades de la guardia en un contraataque con la intención de facilitar la huida de la infantería situada al norte del bosque. Un dragón sueco alzó la pistola contra el archiduque y disparó, pero falló. No se podía hacer nada por aquellos que se hallaban al sur del bosque; resistieron durante aproximadamente otra hora antes de rendirse. Había sido una batalla muy intensa. Los suecos habían sufrido cuatro mil bajas entre muertos y heridos graves, pero la escasa calidad de algunos elementos de la caballería de Leopoldo Guillermo le costó la batalla. Además de 3000 muertos, los imperiales sufrieron la pérdida de casi 5000 prisioneros, los 46 cañones, todo el tren de bagaje y los caudales de campaña.

El margen de la victoria fue mucho más estrecho que en 1631, pero la

acción tuvo no obstante importantes repercusiones. Las noticias de la derrota dispararon las alarmas por toda la Alemania católica, donde la población temió que se repitieran las consecuencias de la primera batalla. [29] Maximiliano convocó a su milicia bávara y se preparó para lo peor. Como era predecible, Leipzig se rindió el 7 de diciembre y satisfizo un gran pago para evitar el saqueo. Además, accedió a tener


RHEINFELDEN
Nollingen
Bad Säckingen
0 1 2 3 km

una guarnición sueca que permanecería allí hasta 1650. Los suecos liberaron su plaza de Chemnitz, que había estado aislada desde 1639, y efectuaron otro ataque infructuoso sobre Freiberg, donde perdieron 2000 hombres en febrero de 1643. Fernando se apresuró a garantizar a Juan Jorge que haría todo lo que estuviese en su mano para salvar Sajonia, y los suecos quedaron decepcionados porque el elector no firmó de inmediato la paz. [30]

La deriva a la neutralidad

Federico Guillermo de Brandeburgo no era optimista. Convencido de que el emperador sacrificaría Pomerania a los suecos para obtener la paz, el elector mejoró sus relaciones con ellos el 9 de mayo de 1643 al convertir su alto el fuego de 1641 en una tregua que debía perdurar hasta que se llegase a una paz definitiva. Oxenstierna devolvió la campiña de Brandeburgo a la administración electoral a cambio de la prórroga de las contribuciones acordadas en 1641. Como la postura de neutralidad de Brandeburgo parecía fiable, Oxenstierna devolvió también Crossen y Fráncfort del Óder en julio de 1644. Otras negociaciones con Francia a partir de septiembre de 1643 extendieron la neutralidad a las posesiones del elector en Westfalia a cambio de que los hessianos evacuasen todas sus posiciones en Cleves salvo Lippstadt. El acuerdo dio al elector una mayor autonomía, pero apenas alivió a sus súbditos, de los que se esperaba que continuasen pagando impuestos, aunque ahora al ejército algo expandido de Brandeburgo. [31]

La neutralidad de Brandeburgo contravenía el Decreto imperial de 1641, que prohibía tales acuerdos sin la aprobación expresa del emperador. Federico Guillermo se excusó, pues decía que la situación militar no le había dejado alternativa. Su estatura política y la falta de músculo militar del emperador le permitieron eludir las represalias. En el resto de lugares, los gobernantes evitaron establecer este tipo de acuerdos públicos, lo que no obstó para que se fuesen retirando del conflicto de manera gradual. Con frecuencia, los funcionarios locales negociaban acuerdos para sus distritos con el consentimiento tácito de sus superiores. La administración bávara en Heidelberg pagó contribuciones regulares a la cercana guarnición francesa para poner fin a las depredaciones en el Bajo Palatinado. [32] Tales acuerdos representaban un claro primer paso hacia el abandono de la guerra. El obispo de Bamberg y Wurzburgo firmó un tratado formal con la guarnición sueca en Érfurt el 21 de marzo de 1641, tras una serie de acuerdos locales concluidos

por funcionarios de los distritos fronterizos. El obispo no solo se comprometió a efectuar contribuciones regulares a cambio de la liberación de rehenes, sino que ambas partes acordaron colaborar para reactivar el comercio en el área. Juan Felipe de Schönborn confirmó el acuerdo cuando fue nombrado obispo de Wurzburgo en junio de 1642. Bamberg y Wurzburgo pagaron una cantidad bastante modesta de 500 florines mensuales hasta la Paz de Westfalia. Se trataba de una neutralidad encubierta, pero real. [33]

La tendencia no se circunscribió solo a las regiones clave del Imperio. Desde que Francia invadió el Franco Condado en 1636, los suizos habían trabajado para restaurar la neutralidad de todo Borgoña, que Francia y España habían acordado en 1522. Aislada de toda perspectiva de ayuda tras las derrotas del duque Carlos, la administración española de Dôle acordó una tregua local en abril de 1642 que se prorrogó en junio de 1644, con la aprobación de Madrid, hasta que se pactó la paz. Esto alivió la tensión en el Alto Rin y alentó a los franceses a devolver Mömpelgard a la administración local de Wurtemberg en 1645 a cambio de su promesa de mantener la neutralidad. [34]

Estos acontecimientos son importantes. En primer lugar, disiparon el concepto erróneo de que durante las últimas fases de la guerra la destrucción fue generalizada e ilimitada. Los esfuerzos para contener y poner freno a la violencia fueron considerables, aunque estos tuvieron la desafortunada consecuencia de canalizar la lucha a áreas que no podían escapar de ella. En segundo lugar, la tendencia a mantener la neutralidad redujo aún más los recursos disponibles para el esfuerzo de guerra imperial y desalentó al resto de los partidarios del emperador. Al tener que soportar todo el peso sin una perspectiva inmediata de victoria, poco a poco se fueron desilusionando con el liderazgo de Fernando. El Decreto imperial de 1641 había vuelto a posponer la cuestión de la reforma judicial, pero prometía una Diputación imperial para discutirla. Una Diputación era un comité formal compuesto por miembros procedentes de los tres estamentos de la Dieta imperial. Al exigir, en mayo de 1642, que se convocara la Diputación, los electores de Baviera, Maguncia y Colonia mostraron su disposición a seguir cooperando con los príncipes y las ciudades, antes que regresar a su exclusiva relación con el emperador. Fernando fue incapaz de evitar que ampliasen las competencias de la Diputación hasta incluir la disciplina militar y la paz. Ese verano se encontró con una respuesta similar cuando convocó las asambleas de los Círculos para discutir la renovación de los impuestos de guerra acordados en

Ratisbona el año anterior. [35]

La campaña de 1643

Fernando necesitaba continuar con las operaciones y evitar a su vez cualquier riesgo a fin de iniciar el ahora inevitable congreso la paz desde una posición de fuerza. Consideró imperativo reemplazar a Leopoldo Guillermo como comandante del ejército imperial. Von Hatzfeldt rechazó el ofrecimiento, pues pensaba que sus consejos habían sido ignorados en el pasado. Fernando, al final, designó a Gallas, sin saber que había caído en el alcoholismo. Piccolomini, por su parte, se sintió suplantado y aceptó la oferta de Felipe IV de asumir el mando del Ejército de Flandes. Wahl, que había quedado lisiado, fue sustituido por Mercy como comandante bávaro. La fuerza combinada continuaba siendo formidable, con más de 70 000 hombres, sin incluir las tropas destacadas en la Frontera Militar de los Habsburgo. Del total, Gallas tenía 32 000 hombres, una tercera parte de los cuales era caballería, mientras que Von Hatzfeldt recibía el mando de 15 000 hombres pertenecientes a las tropas imperiales y de Colonia, incluida la antigua guarnición de Wolfenbüttel. Los bávaros habían incrementado sus efectivos a 22 650 hombres, y los sajones habían visto reducidos los suyos a unos pocos miles, basados en su mayoría en la guarnición de Magdeburgo y en otras. Otros cuantos miles de imperiales y de tiroleses protegían todavía el Alto Rin.

Tras su fracaso a la hora de forzar a Sajonia a pedir la paz, Torstensson reanudó su invasión de las tierras de los Habsburgo en marzo de 1643 mediante un ataque a través de Lusacia, hacia el norte de Bohemia, que pretendía liberar Olmütz y recibir un potencial apoyo procedente de Transilvania. Para bloquearlo, Gallas concentró sus fuerzas en Königgrätz y envió al general Joachim Ernst Krockow y a cuatro mil caballos a efectuar una diversión en Pomerania. Krockow era uno de los muchos pomeranos que habían abandonado las filas suecas, descontentos por el tratamiento de que era objeto su tierra natal. Por desgracia, fue demasiado optimista. Aunque invadió con rapidez la mayor parte de Pomerania oriental, era demasiado débil para atacar la parte occidental, mejor fortificada, y pronto vio cortada su retirada cuando Königsmarck se apresuró a alcanzarlo con un destacamento aliado de tres mil efectivos que había quedado atrás en las tareas de ocupación de Sajonia. Krockow tuvo que hacer duras cabalgadas de cincuenta kilómetros diarios para poder escapar y llegó a Breslavia con solo

1200 supervivientes a finales de octubre. [36] La diversión evitó al menos que le llegasen refuerzos a Torstensson, el cual no fue capaz de conseguir nada aparte de la liberación de Olmütz antes de iniciar la retirada a Silesia. Los imperiales lo siguieron y, a la postre, recuperaron Schweidnitz en 1644.

Tras el poco exitoso intento de evitar que los güelfos firmasen la paz, Guébriant llegó a la frontera sajona a finales de 1642. Torstensson persuadió a los franceses para que no la cruzasen, con la vana esperanza de que este gesto indujese a Sajonia a firmar la paz. Con solo siete mil hombres y sin perspectivas de cooperación con los suecos, Guébriant corría el riesgo de quedar aislado. Marchó de nuevo al oeste, esta vez bajando por el valle del Meno hacia el interior de Wurtemberg, hasta que fue expulsado de allí por los bávaros en enero. Cuando llegó a Breisach había perdido a mil seiscientos hombres. El Ejército de Alemania francés volvía a estar en el mismo punto de partida que cinco años antes. El foco principal de la guerra se movió con él, lo que, de nuevo, alivió al noroeste de Alemania, donde los hessianos quedaron solos y aislados.

La situación militar se simplificaba de acuerdo con los nuevos objetivos franceses tras la muerte de Richelieu y el nuevo régimen de Mazarino (*Vid.* págs. 243-244). Más que cooperación directa, las dos coronas evolucionaron hacia una división de la labor militar. Los franceses atacarían a través de la Selva Negra con el propósito de golpear a Baviera, mientras los suecos caían sobre las tierras hereditarias de los Habsburgo desde sus nuevas posiciones en Sajonia, el valle del Óder y Olmütz. Los hessianos mantendrían ocupadas a las tropas de Westfalia. Fueron necesarios dos años antes de que esta estrategia estuviese lista, sobre todo porque los suecos y los hessianos debían alcanzar otros objetivos primero, pero una vez estuvo a punto en 1645 sentenció lo que restaba de guerra.

Las cosas no fueron bien para Francia al principio. Su guerra principal, contra España, la mantuvo ocupada, y no pudo empeñar recursos suficientes en Alemania. Las dificultades francesas explican por qué al final Fernando estaba dispuesto a iniciar el congreso de paz. La llegada de la esposa de Guébriant con algunos refuerzos, además de hombres recogidos de sus guarniciones, dio al francés un ejército de maniobra de once mil hombres en junio. Espoleado por Mazarino, que necesitaba éxitos para estabilizar su gobierno, Guébriant avanzó por los Pueblos de la Selva Negra hasta el Hohentwiel. Los bávaros de Mercy subieron por el valle del Danubio con la intención de bloquearlo, así que limitó sus planes a consolidar sus ganancias

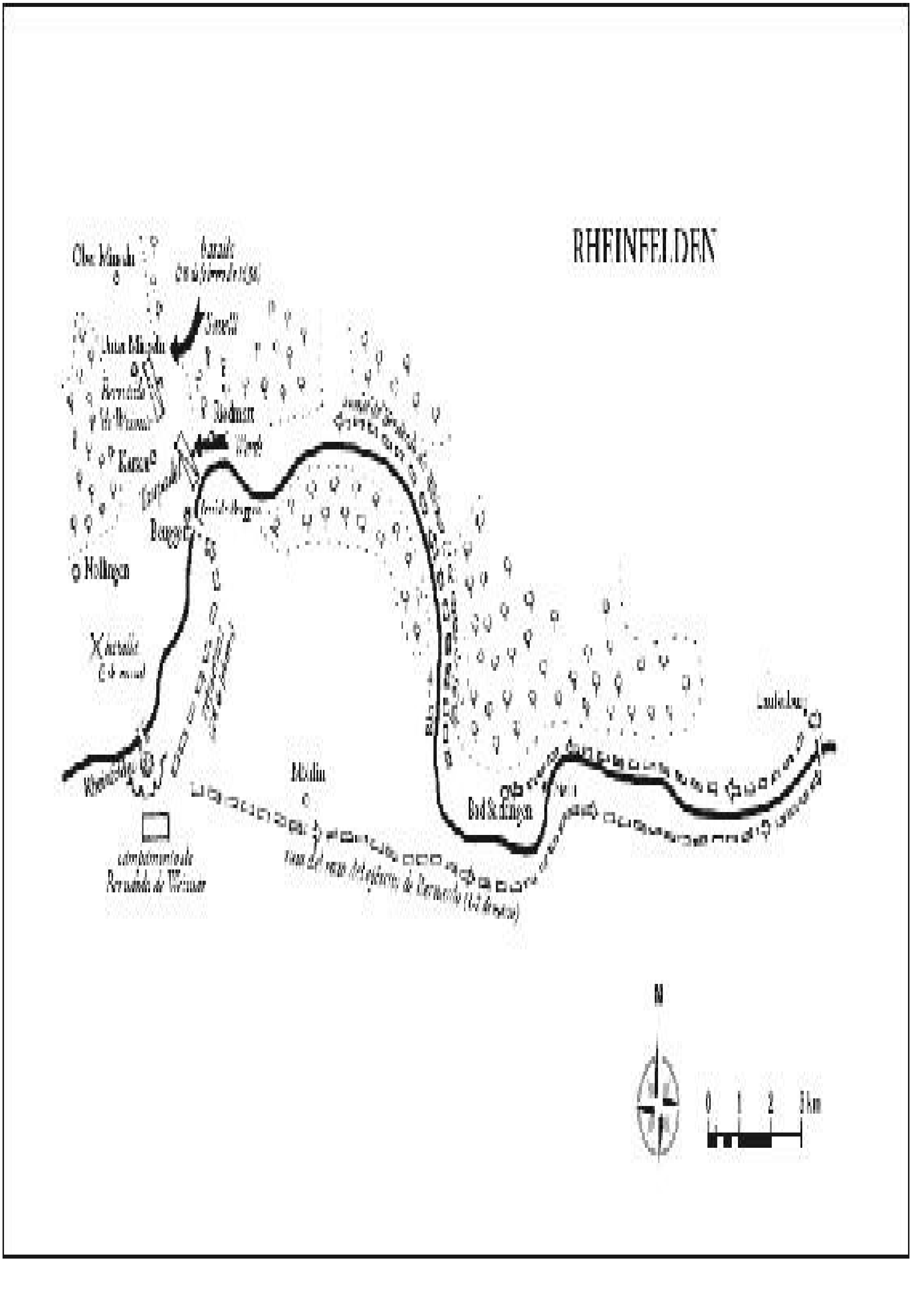
en las laderas sudorientales de la Selva Negra, listo para reanudar la ofensiva al año siguiente. Atacó Rottweil, pero de nuevo Mercy estuvo allí para socorrerla en julio. Guébriant se dio por vencido y se retiró al otro lado de las montañas, mientras Mercy marchaba hacia el extremo norte y recuperaba Baden-Durlach y algunas zonas de Baja Alsacia. [37]

La batalla de Tuttlingen

Esto no era lo que quería Mazarino. La caída de Sierck (actual Sierckles-Bains), en Lorena, en septiembre, propició el envío de otros seis mil hombres de refuerzo a las órdenes de Rantzau. Guébriant avanzó de nuevo, pero resultó herido de muerte en la toma de Rottweil el 18 de noviembre. El mando pasó al general Josias Rantzau, al cual despreciaban los coroneles exbernardinos. Este dejó a Taupadel a cargo de la defensa de Rottweil y se marchó a sus cuarteles de invierno en Tuttlingen, en la parte alta del Danubio, con destacamentos a ambos lados en Mühlingen y Möhringen.

La inactividad de Hesse permitió que el envío de Von Hatzfeldt con seis regimientos desde el Bajo Rin, mientras el fugitivo duque Carlos llegaba desde Sierck, lo que le daba a Mercy unos quince mil hombres, una fuerza casi pareja a la de Rantzau. Oriundo de Lorena, Mercy ganó una valiosa experiencia militar en el ejército imperial antes de ingresar al servicio de Baviera en 1638. Era un general sobresaliente, competente en el manejo de las tres ramas del ejército y capaz de adivinar las intenciones de sus oponentes. Mercy obtuvo la aprobación de los otros generales para realizar una audaz marcha hacia el este que bordease la Selva Negra y luego virase hacia el sur a través de Wurtemberg a fin de sorprender a los franceses. Tras haber cruzado el Danubio en Sigmaringa, marchó hacia el oeste a través de Messkirch para aproximarse a Tuttlingen desde el sudeste. El plan estaba bien concebido, ya que la ruta más directa a través de Bahlingen, al norte, hubiese expuesto su flanco a la guarnición de Taupadel en Rottweil y, además, hubiese sido necesario atacar a través del Danubio. Los bosques que había más allá de Messkirch permitieron a Mercy aproximarse a Tuttlingen en la tarde del 24 de noviembre sin ser descubierto.

Los dragones bávaros capturaron a los piquetes franceses, de modo que Rantzau fue sorprendido por completo cuando el enemigo salió de entre los árboles y capturó su parque de artillería apenas protegido a las afueras de la población. Otras unidades sorprendieron


RHEINFELDEN
Nollingen
Beuggen
N
0 1 2 3 km

a los franceses apostados en el cercano castillo de Homberg. Rosen enseguida alertó a la caballería exbernardina que se precipitó desde sus alojamientos, aguas abajo, en Mühlheim. Esta se vio pronto perseguida por Kaspar, el hermano de Mercy, que destruyó a la infantería francesa que Rosen había dejado atrás. Entre tanto, Werth y dos mil jinetes atacaron a la caballería francesa aguas arriba, en Möhringen, y atropellaron por el camino a los quinientos infantes del regimiento de infantería de Mazarino, una acción que hubo que lamentar, ya que la unidad estaba compuesta en gran parte por prisioneros de guerra españoles que hubieran visto con buenos ojos la oportunidad de un cambio de filas. La caballería francesa huyó y abandonó a los restos de su infantería, que se rindió en Möhringen al día siguiente una vez que vio como la artillería capturada apuntaba contra ella. Rantzau y los dos regimientos de infantería presentes en Tuttlingen también capitularon, seguidos, una semana más tarde, por los dos mil hombres que había en Rottweil.

Capturaron a todos los generales franceses y a las esposas de los oficiales, junto con una vajilla de plata valorada en 100 000 táleros y la soldada del mes en metálico. Los campesinos colgaron a los rezagados y apenas 4500 hombres alcanzaron las guarniciones francesas que había a lo largo del Rin. Rosen, Taupadel y unos pocos oficiales alemanes lograron escapar, pero la mayoría de los bernardinos se perdió. La Corte francesa minimizó el desastre con tal éxito que la batalla apenas se menciona en la mayoría de las obras sobre la guerra, pero supuso un gran revés. Francia había perdido un ejército veterano y aún no había avanzado desde el Rin más allá de donde estaba cinco años antes.

EL AGRAVAMIENTO DE LA CRISIS DE ESPAÑA, 1635-1643

Tuttlingen restableció de forma temporal el equilibrio en el Imperio, pero la tendencia general se estaba volviendo contra el emperador. La capacidad de Francia para reconstruir su Ejército de Alemania durante el invierno reflejó una mejora general en su posición desde los reveses iniciales contra España. Los crecientes problemas internos de esta última acabaron, a su vez, con cualquier perspectiva de asistencia futura a Fernando. A medida que España se debilitaba se hacía más difícil posponer el Congreso de Westfalia acordado en los Preliminares de Hamburgo. Para entender este devenir de los

acontecimientos, necesitamos revisar las guerras en los teatros occidentales desde mediados de la década de 1630.

La dimensión de estos conflictos había crecido de manera considerable. Francia se había convertido en un contendiente directo en la Guerra de los Ochenta Años en 1635, y los dos aliados continuaron con la coordinación de ataques contra los Países Bajos españoles. Francia comenzó también la que resultaría ser su propia guerra contra España, cuando atacó sus posesiones italianas. Después de 1637, se abrió otro frente en los Pirineos, lo que precipitó las revueltas en Cataluña y Portugal en 1640.

La guerra en Italia, 1635-1642

La intervención francesa en Italia violó la jurisdicción del emperador y turbó el equilibrio establecido por la Paz de Cherasco en 1631 (*Vid.* pág. 526 del volumen I). En consonancia con la estrategia general de Richelieu, el ataque sobre las posesiones españolas no se hizo en solitario, sino de la mano de príncipes italianos. Conocida como la Liga de Rivoli, esta alianza resultó más bien endeble. Saboya era el miembro más poderoso y desplegó un contingente de tropas profesionales de unos 12 250 efectivos a cambio del apoyo francés en sus ambiciones monárquicas y la promesa de una parte del Milanesado. Mantua se recobraba todavía de su anterior guerra y solo podía proporcionar 3000 hombres, mientras que Parma envió otros 4500. El resto de gobernantes italianos permanecieron neutrales. A pesar de las promesas a sus aliados, Richelieu consideró Italia un teatro secundario y hasta 1635 el ejército francés allí destacado no alcanzó los 12 000 efectivos. Para entonces, las operaciones habían colapsado entre los dimes y diretes de los comandantes franceses e italianos.

España no solo mantuvo su territorio de Lombardía, sino que además lanzó un contraataque anfibio y conquistó las islas de Lérins frente a la costa de Provenza en septiembre. Los intentos franceses de recuperarlas fueron repelidos en 1636 y 1637, lo que permitió a España interrumpir el flujo de ayuda a los aliados de Richelieu. Francia hizo un esfuerzo más sustancial contra Lombardía en 1636, pero aun así comenzó con un mes de retraso y solo dos tercios de la fuerza pretendida. Las tropas francesas ayudaron a repeler un ataque contra Vercelli, lo que protegió Saboya, pero la distracción permitió que España derrotase a Parma y Mantua en febrero de 1637. [38]

La lucha entrañó alguna importancia para el Imperio, ya que atrajo fuerzas

imperiales al enfrentamiento final por La Valtelina. El uso que hizo España del paso para intervenir en Alemania en 1633-1634 convenció a Richelieu de que debía cerrarlo, y el único modo de hacerlo era con la restauración del control de los protestantes recios sobre los habitantes católicos. El cardenal envió a Enrique de Rohan desde Alsacia a través del territorio suizo protestante para que se uniese a los 2000 recios que habían sido reclutados con dinero francés. La fuerza combinada de unos 7400 hombres cruzó el paso del Spluga con la nieve hasta la cintura el 27 de marzo de 1635, con la intención de sorprender a los españoles en Chiavenna, en el extremo sur del valle. Una vez tomada esta localidad, las otras guarniciones situadas más arriba quedaron atrapadas y enseguida se rindieron. Así comenzó una de las campañas más audaces y dirigidas con mayor brillantez de toda la guerra. La fuerza de Rohan era demasiado débil para mantener ambos extremos del valle de forma simultánea, así que se posicionó en las inmediaciones de Bormio, la entrada más vulnerable, y dejó a su vez destacamentos que vigilasen la parte sur.

El intento de los Habsburgo de tomar el valle dejó al descubierto la debilidad de su cooperación militar después de Nördlingen. De mala gana, Gallas destacó diez mil hombres a las órdenes de Fernemont y los envió al Tirol para que atacasen el extremo norte del valle, pero el cardenal Gil de Albornoz, el nuevo gobernador español de Milán, se temía un ataque franco-saboyano, así que se limitó a enviar de forma tardía al conde Gabriel Cerbellón con dos mil hombres al extremo sur. Fernemont inició el avance antes de que los españoles estuviesen listos. Rohan dejó que conquistase la mitad norte del valle y a continuación lo flanqueó valiéndose del Engadina y lo cogió por sorpresa, lo que lo obligó a retirarse a mediados de julio. Cerbellón acababa de ocupar la entrada sur y raudo se tuvo que replegar cuando Rohan se revolvió contra él. El fracaso de la ofensiva franco-saboyana contra Milán en octubre de 1635 envalentonó a los Habsburgo y los indujo a aprovecharse del apacible otoño para efectuar otro intento. Habían reforzado a Fernemont hasta alcanzar los 15 000 efectivos y Cerbellón reunía entonces 5000 hombres. De nuevo, los austriacos se pusieron en marcha de forma prematura y fueron derrotados, tras una dura lucha, por Rohan, cuyo superior entendimiento de la guerra de montaña le permitió flanquearlos. Los franceses se apresuraron entonces hacia el sur el 9 de noviembre para obligar a los españoles a retirarse. [39]

Rohan había sido recibido por los recios como «el Arcángel Gabriel en

persona», pero se vio en una situación poco envidiable debido a las instrucciones de Richelieu de no permitir que los recios restauraran el protestantismo en el valle. El transito español por La Valtelina entre 1629 y 1634 había llevado consigo la peste y reducido la población a la mitad. Los cuarenta mil supervivientes tuvieron que esforzarse para alimentar incluso a una fuerza tan pequeña como la de Rohan. A los recios no les interesaban los grandes objetivos franceses y se negaron a apoyar el intento de invasión de Milán de Rohan en mayo de 1636. El regreso de la guerra a los Alpes incrementó la tensión en el seno de la Confederación Suiza, donde los católicos permitieron que España enviase ese año a través del paso de San Gotardo a sus diez mil reclutas alemanes para reforzar el Ejército de Lombardía, ahora al mando de Leganés, que había sustituido a Albornoz.

Rohan quedó aislado. Le debía a su infantería recia un millón de libras en pagas atrasadas, y muchos de los oficiales compartían las sospechas de su gobierno sobre las intenciones francesas. El coronel Jörg Jenatsch, un antiguo pastor fundamentalista protestante que, por razones desconocidas, se había convertido recientemente al catolicismo, lideró un motín entre las tropas de Rohan en octubre de 1636 y acordó expulsar a los franceses a cambio de que España satisficiera las pagas atrasadas de sus soldados, mientras Austria dejaba sin vigor su prohibición del protestantismo de 1629 en las áreas de la Liga de las Diez Parroquias que estaba bajo su jurisdicción. Rohan se vio obligado a retirar al resto de sus tropas francesas en abril. La alianza con los herejes se presentó al inicio como un mal necesario, pero en 1639 España dejó de lado cualquier escrúpulo y devolvió La Valtelina al control recio a cambio de garantías de que el Estado Libre no se entrometiera en el carácter católico del valle y permitiera el tránsito español. El último requisito no tenía en ese momento mucho valor, ya que el control francés de Alsacia cortaba el Camino Español. Sin embargo, la alianza aseguraba el servicio de armas de los recios protestantes, que componían una séptima parte del ejército de Leganés en 1640.

La guerra civil de Saboya

El fracaso francés en Italia agravó las divisiones en la corte saboyana tras el resultado poco satisfactorio de la Guerra de Mantua. Aunque Saboya había adquirido la mitad norte del Monferrato se había visto obligada a ceder el Pinerolo a Francia, lo que daba a ese país acceso a Italia a su territorio. Lo

sucedido con Lorena durante los primeros años de la década de 1630 reflejaba los peligros de tal posición. La influencia francesa en el ducado continuó aumentando tras la muerte de Carlos de Gonzaga-Nevers en septiembre de 1637. Las tropas francesas tomaron posesión de su parte del Monferratto, incluido Casale, mientras que los venecianos ocuparon Mantua. La escalada de las tensiones dio paso a la guerra tras la muerte del duque Víctor Amadeo I al mes siguiente. [40]

La facción profrancesa estaba dirigida por la hermana de Luis XIII, María Cristina, la viuda del duque, que asumió la labor de regente por la minoría de edad de sus dos hijos, el primero de los cuales murió en 1638. Es posible que sintiera celos de sus hermanas, Enriqueta María de Francia e Isabel de Borbón, que eran respectivamente reinas de Inglaterra y España. No cabe duda de que sus propias ambiciones reflejaban las de la dinastía de Saboya, que ya incluía entre sus pretensiones ser de sangre real, a partir de unas supuestas relaciones con el reino de Chipre. Richelieu se aprovechó de estas ambiciones al declarar que Francia solo podría reconocer a Saboya como un reino si aumentaba su tamaño a costa de Milán. A Madame Reale, como le gustaba llamarse a sí misma, se le oponían sus dos cuñados, el príncipe Tomás de Saboya y el cardenal Mauricio, a los que había excluido de la regencia. Tomás acababa de regresar de servir en el Ejército de Flandes y había contraído matrimonio con Marie, hija del duque de Bouillon, lo que lo asociaba estrechamente con la facción anti-Richelieu en Francia. Circularon rumores de que Madame Reale había envenenado a su marido para detener el progresivo acercamiento de Saboya a España. Tomás y Mauricio también se beneficiaron del resentimiento de las provincias contra el centralismo de Turín. Aunque estos factores eran importantes, el verdadero motivo de la guerra civil saboyana fue una lucha dinástica por el control de la regencia. [41]

El conflicto entre los *madamistas* y los *principistas* socavó seriamente la posición de Francia en Italia justo cuando Richelieu quería retirar tropas para concentrarlas en otros frentes. Los franceses pocas veces habían reunido más de 10 000 hombres en el ducado, la mitad de los cuales eran necesarios para defender Casale y otras plazas fuertes. En 1638, Leganés se unió a los principistas con 13 000 españoles a fin de tomar Vercelli, Ivrea y Niza. Las relaciones francesas con Madame Reale se deterioraron cuando Richelieu aprovechó el apuro en el que se encontraba para presionarla a que cediera otras guarniciones al control francés. El emperador Fernando ejerció su jurisdicción imperial y declaró regentes a Tomás y Mauricio en marzo de

1639, al tiempo que los españoles se internaban cada vez más en Saboya. Tomás entró en la capital a la cabeza de 10 500 hombres el 27 de julio, pero Madame Reale escapó a la ciudadela con sus 2000 guardias franceses. El resto de fuerzas galas acordaron una tregua que debía durar hasta octubre, lo que permitió a los españoles extender su control por el ducado mientras Tomás bloqueaba a su cuñada.

Entonces llegó un nuevo ejército francés de 7000 hombres a las órdenes de Enrique de Lorena, conde de Harcourt y, aunque derrotó a la fuerza de maniobra española, fue incapaz de liberar la ciudadela de Turín antes de la llegada del invierno. El marqués de Leganés trató de distraer a Harcourt con el sitio de Casale a primeros de 1640 para que le diese tiempo a Tomás a tomar la ciudadela. Harcourt, por su parte, vació el resto de guarniciones francesas para incrementar sus fuerzas en campaña y levantó el sitio de Casale. Tras recibir más refuerzos, que elevaban sus efectivos a 19 000 hombres en total, apareció a las afueras de Turín en mayo. Comenzó entonces un extraordinario triple sitio. Madame Reale se defendía en la ciudadela contra Tomás y sus 12 000 hombres, que a su vez estaban sitiados en Turín por el conde de Harcourt, mientras que Leganés y 17 000 españoles rodeaban a Enrique de Lorena a las afueras de la ciudad. Tomás fue el primero en quedarse sin provisiones y tuvo que abandonar sus posiciones, lo que permitió a los franceses liberar la ciudadela en noviembre de 1640.

Como resultado, se produjo un punto muerto. Con solo 8000 efectivos en campaña, los franceses no fueron capaces de expulsar a los españoles de las ciudades conquistadas, pero las revueltas catalana y portuguesa a finales de año evitaron que le llegasen refuerzos a Leganés. Entre tanto, Madame Reale y los príncipes se dieron cuenta de que la causa por la que luchaban estaba siendo destruida en el proceso. A pesar de que España mantenía a su esposa e hijos en calidad de rehenes, Tomás abrió negociaciones con Francia. Él y su hermano fueron aceptados como corregentes en mayo de 1642 y se les concedieron pensiones sustanciosas y sus propios palacios. Tomás asumió el mando del ejército combinado franco-saboyano, que se incrementó hasta alcanzar los 20 000 hombres en los últimos años de la década de 1640. Francia devolvió Turín a Madame Reale, pero mantuvo una guarnición en su ciudadela hasta 1657, asegurándose así la lealtad del ducado durante el resto de la guerra.

El papado

El papa Urbano VIII quedó consternado por la intervención francesa en Italia a partir de 1635, pero fue incapaz de responder, ya que se apoyaba en Francia como contrapeso a España. También había quedado comprometido por su propio oportunismo. Tras haberse anexionado Urbino en 1631, se valió de la distracción de España para tratar de expandir los Estados Pontificios al atacar al pequeño ducado de Castro en octubre de 1641. Módena, Venecia y Toscana, que ya acumulaban antiguos agravios contra el papado, se unieron en agosto de 1642, al duque de Parma, a cuyo patrimonio pertenecía Castro, en un contraataque. Las fuerzas de Urbano resistieron la embestida con un éxito sorprendente, pero estaba claro que el papa se había extralimitado y aceptó una paz mediada por Francia, que devolvió Castro a Parma en marzo de 1644.

Su muerte cuatro meses más tarde supuso un fuerte golpe para la facción profrancesa en Roma, ya debilitada por la marcha de su líder, Mazarino, el cual se encontraba entonces en Francia. España estaba resuelta a recuperar su influencia cuando cincuenta cardenales se reunieron en el caluroso mes de agosto para elegir al sucesor de Urbano. Las tropas españolas se concentraron en Nápoles, al sur, mientras que las de su aliado toscano se desplazaron a la frontera norte de los Estados Pontificios. La malaria asoló Roma y los cardenales comenzaron a morir o a huir. Los parientes Barberini de Urbano y sus aliados se inclinaron por España a cambio de la promesa de protección y, con suma diligencia, eligieron al candidato español, Inocencio X, como papa. La nueva orientación del papado quedó manifiesta cuando el nuevo pontífice nombró cardenal de Retz a Jean-François de Gondi, el rival de Mazarino. La clientela romana de Francia, como los Orsini, aceptó pensiones españolas. La recuperación de su influencia en Roma devolvió a España su lugar y su poder en Italia y demostró ser un factor significativo en su capacidad para derrotar la revuelta que convulsionó Nápoles en 1647. «Si Urbano VIII hubiese estado en el poder no hay duda de que hubiese reclamado Nápoles para sí o para cedérselo a Francia». [42]

El frente de los Pirineos

La lucha continuó en la frontera entre Saboya y el Milanesado, pero la importancia estratégica de Italia entró en declive a partir de 1642, cuando Francia encontró más fácil golpear a España directamente gracias a las revueltas catalana y portuguesa. Los ataques previos a lo largo de los Pirineos

se habían empantanado frente a las defensas españolas, pero el coste que supuso repelerlos contribuyó al desencadenamiento de ambas revueltas.

Solo había dos rutas viables a través de los Pirineos. Francia podía atacar por el extremo occidental desde Gascuña hacia el interior de la Navarra española, pero este paso estaba guardado por la plaza fuerte de Fuenterrabía. En el extremo oriental, Perpiñán, en el condado del Rosellón, bloqueaba la ruta al interior de Cataluña. Varios intentos de incursión se vieron frustrados a finales de 1636 y 1637 por falta de fondos, el malestar del campesinado y la escasa coordinación entre los comandantes militares navales y terrestres. España envió, entonces, 15 000 hombres desde Cataluña contra la fortaleza francesa de Leucate, en la costa mediterránea, al norte de Perpiñán. Contra todo pronóstico el asalto fue repelido, mientras que un destacamento de 5000 hombres que había tomado San Juan de Luz, justo al otro lado de la frontera, en Gascuña, se retiró en octubre de 1637. [43]

Este modesto éxito alentó a Richelieu a desviar recursos adicionales de cara a una nueva ofensiva. En lugar de gobernadores provinciales y milicias locales, los franceses contaban ahora con Condé y un sustancial ejército de 17 000 hombres para atacar Fuenterrabía. La decisión de concentrarse en el extremo occidental de los Pirineos se debió a la creciente importancia de la fachada atlántica, ahora que la ocupación francesa de Alsacia había cortado el Camino Español. Un programa de construcción naval a gran escala hizo posible que España dispusiese de ciento cincuenta navíos de guerra, además de buques adicionales todavía en construcción en los astilleros de Vizcaya, con los que se esperaba tener cincuenta mil toneladas de registro para 1638. Se le confió el mando de un nuevo escuadrón en La Coruña a Lope de Hoces, quien había desarrollado su carrera en la fuerza corsaria de Dunkerque. Ya había transportado 5000 soldados de refuerzo a Flandes a finales de 1637, apoyado por los de Dunkerque en el último tramo. En el cruce de vuelta del Canal, capturó treinta y dos buques enemigos. [44]

El ataque francés pretendía interrumpir los preparativos españoles y evitar el desarrollo de la ruta del Canal. El protegido de Richelieu, el almirante Henri d'Escoubleau de Sourdis, condujo una flota de cuarenta y un navíos a bloquear Fuenterrabía, que se encuentra en un promontorio al norte de San Sebastián, mientras Condé la sitiaba por tierra. Sourdis destacó parte de la flota para que patrullase por la costa y destruyó los astilleros españoles, con lo que atrapó a Lope de Hoces en el pequeño puerto de Guetaria el 22 de agosto de 1638. Los españoles perdieron 11 barcos y 4000 hombres; Lope de

Hoces se salvó al nadar hasta la orilla. Sin embargo, por tierra se aproximó a las líneas de asedio francesas una fuerza de socorro española de 8000 hombres. Sourdis desembarcó marineros para reforzar al ejército que Condé lanzó contra Fuenterrabía en un desesperado intento de entrar en su interior el 7 de septiembre. Repelido, abandonó el sitio al día siguiente y se retiró a Gascuña. El fracaso del ejército frustró el éxito de la marina, lo que alimentó rivalidades personales en el seno del alto mando francés. Un general llegó a huir a Inglaterra por miedo a que lo convirtieran en el chivo expiatorio a causa del revés.

La liberación de Fuenterrabía se celebró como un gran éxito en Madrid, donde la muchedumbre irrumpió en la bodega real para brindar por Olivares como arquitecto de la victoria. Sin embargo, el año había concluido con un balance favorable para Francia. Las pérdidas en Guetaria, en especial en cuanto a oficiales experimentados, afectaron a la eficiencia de la armada española. Y lo que quizá era más preocupante, Felipe IV se había visto obligado a traer de Flandes a dos regimientos irlandeses de élite para lo de Fuenterrabía. Los contingentes de reclutas irlandeses se embarcaban ahora con dirección a España, lo que contradecía el objetivo general de concentrar los esfuerzos en Flandes contra los neerlandeses. [45]

El patrón se repitió al año siguiente cuando Francia cambió de frente para atacar el Rosellón, en el otro extremo de la cordillera. Tras dejar 6000 hombres para que defendieran la Provenza y el Languedoc, Condé atacó hacia el sur con 16 500 hombres, tomó Opoul en la frontera el 10 de junio y, a continuación, el 19 de julio, la más importante fortaleza de Salces, justo al norte de Perpiñán. El virrey, Dalmau de Queralt, conde de Santa Coloma movilizó a 11 237 milicianos catalanes, pero Condé consideró que ya había conseguido suficiente, sobre todo teniendo en cuenta que la enfermedad había reducido su fuerza a 8000 efectivos. Se retiró a territorio francés y dejó una guarnición en Salces. Los españoles contraatacaron con un ejército de 17 000 hombres a las órdenes de Felipe Spínola, hijo del gran capitán. Este perdió 2500 hombres en infructuosos asaltos mientras Condé regresaba con 24 000 hombres a socorrer a la guarnición. Tras ser repelido en las líneas de asedio españolas el 2 de noviembre, el ejército de Condé se disolvió bajo una lluvia torrencial que solo dejó a 2500 hombres bajo sus banderas. El francés se retiró por segunda vez y dejó que Salces se rindiese cuatro días más tarde.

La campaña de Salces fue más costosa aún para España que la defensa de Fuenterrabía. Los españoles perdieron 10 000 hombres y solo quedaban 2146

milicianos catalanes para cuando se recuperó la población. La mayoría de estos regresaron a casa a pasar el invierno, para gran disgusto de Olivares, que pensó que la provincia no estaba asumiendo sus deberes para con la Unión de Armas. Aunque el Rosellón pertenecía al principado de Cataluña, había sido salvado por un ejército compuesto sobre todo por castellanos, irlandeses, valones e italianos. [46] Nueve mil castellanos se alojaron en el sur del condado, lo que suscitó protestas de las autoridades catalanas acerca de que sus libertades históricas estaban siendo infringidas.

Las revueltas catalana y portuguesa

La respuesta inicial de Olivares fue bastante comedida, pero el valido comenzó a impacientarse cuando los catalanes continuaron sus protestas, que, en abril de 1640, ya se habían transformado en una resistencia armada contra las tropas que habían ido a defenderlos. Estas fueron un mero foco de un descontento popular mucho mayor, originado por años de administración corrupta. Las famosas libertades se limitaban, en esencia, a la aristocracia, que dominaba la asamblea del principado (las *Corts*) y empleaba sus privilegios para sus propios fines. Por ejemplo, se recurrió al derecho a llevar armas para encubrir un bandolerismo generalizado, originado por señores que patrocinaban a bandas que buscaban reyertas con sus propios vecinos. «Un régimen de tipo mafioso se imponía en algunas zonas de Cataluña, sostenido por la violencia y la extorsión». [47] En estas condiciones, los manifestantes no veían sus acciones como una desobediencia, sino como un intento de llamar la atención de Felipe IV para que se interesase por sus problemas.

Los campesinos, armados con guadañas, entraron en Barcelona el 22 de mayo de 1640 y abrieron las puertas de la cárcel. Alarmado, el virrey canceló la procesión del Corpus Christi del 7 de junio. Alrededor de dos mil «segadores» (*segadors*) protestaron y desencadenaron cuatro días de disturbios. [48] El virrey y un ministro de la justicia fueron asesinados y otros funcionarios huyeron o se ocultaron. Madrid y las autoridades provinciales se culparon mutuamente por el desorden que se expandía ahora por todo el principado.

La insurrección amenazó los privilegios de la aristocracia, pero estos se verían también recortados si Felipe IV tenía que aplastar la revuelta. Los aristócratas buscaron otra vía y entablaron negociaciones con Francia, con la que acordaron el 29 de septiembre abrir los puertos a los buques galos y

mantener a una fuerza de 3000 auxiliares despachados por Richelieu en su ayuda. Olivares pensó que se enfrentaba a una segunda Revuelta Neerlandesa y ordenó una leva de emergencia en todas las provincias leales. El 23 de noviembre, el marqués de los Vélez, a la cabeza de 20 000 hombres en el sur de Cataluña, juró el cargo de nuevo virrey. Recuperó Tortosa y el importante puerto de Tarragona, que era también la sede del arzobispado de Cataluña.

En un principio, Richelieu consideró la revuelta como una bienvenida distracción de la crisis de Italia en un momento en el que el sitio de Turín llegaba a su punto culminante. Estaba dispuesto a reconocer a Cataluña como una república aristocrática que pudiera servir como eficaz cortafuegos entre Francia y España. El deterioro de la situación tras el avance de los Vélez lo obligó a despachar a otros 13 000 hombres para reforzar a los rebeldes. Los realistas llegaron a Barcelona a finales de diciembre. Su aparición puso en apuros al gobierno provincial, al que se acusó de no defender el principado. Tras el asesinato de otros cinco jueces, los supervivientes se pusieron bajo la protección francesa el 23 de enero de 1641, reconocieron a Luis XIII como conde de Barcelona y cedieron el Rosellón de modo efectivo. Tres días más tarde, el ejército combinado franco-catalán derrotó a los Vélez en la colina de Montjuic a las afueras de la ciudad.

Los rebeldes habían traspasado el punto de no retorno, pero «asumieron todas las cargas del poder sin ninguno de sus frutos». [49] La mitad del esfuerzo francés se dirigió a la conquista del Rosellón, donde España todavía mantenía Perpiñán y otras fortalezas clave. Solo se envió la mitad del ejército a Cataluña y la lucha se concentró en los alrededores de Lérida (*Lleida*), al oeste de Barcelona, la ciudad que dominaba la principal ruta de comunicación entre el principado y Castilla.

A los catalanes se les unieron en diciembre de 1640 los portugueses, que abrieron un nuevo frente ibérico en la parte occidental. A partir de 1619, los portugueses habían contribuido al esfuerzo de guerra de España con la bastante modesta cifra de un millón de cruzados. La demanda de Madrid de tres millones en 1634 se antojó excesiva a las autoridades lusas. En 1637, estallaron revueltas por los impuestos en tres provincias del reino, al tiempo que el imperio portugués perdía dominios cruciales a manos de los neerlandeses. Estos problemas alentaron el resentimiento latente por la pérdida de la independencia. La supresión por parte de Olivares del Consejo de Portugal en 1638 no contribuyó a mejorar las cosas. El antihispanismo se mezcló con el antisemitismo cuando los judíos y conversos lisboetas se

integraron en el sistema financiero español a partir de 1627 para tomar el relevo en la administración de la creciente deuda ante la incapacidad de los banqueros genoveses. Este antisemitismo alentó el apoyo popular y clerical a la ruptura con España. El deseo de independencia se expresó como el mito de Sebastián, el último rey oriundo del país, que había «desaparecido» en la batalla de Alcazarquivir (al-Qasr el-Kabir), en Marruecos, en 1578, y que, al final, regresaría. A diferencia de Bohemia o Cataluña, la presencia de la dinastía nativa de Braganza constituía un núcleo poderoso para la revuelta en ciernes.

El desencadenante fue la demanda de seis mil soldados portugueses en junio de 1640 que ayudaran a sofocar la revuelta catalana. Los descontentos portugueses asaltaron el palacio lisboeta de la virreina, Margarita de Saboya, y defenestraron a su consejero, Miguel de Vasconcelos, a la manera bohemia, el 1 de diciembre. Enviaron a la virreina al otro lado de la frontera y, entonces, la resistencia española se desmoronó. Aparte de Ceuta, en el norte de África, el imperio colonial portugués reconoció al nuevo régimen en 1641. [50]

El conflicto subsiguiente se conoce en la historia portuguesa como la Guerra de Restauración (1640-1658). Aislados en gran medida, los portugueses lograron improvisar un ejército casi de retales y lanzaron una ofensiva contra España en junio de 1641. El papa Urbano recibió a su embajador, lo que implicaba su reconocimiento, en 1642, mientras los ingleses acordaban una alianza que se renovó más tarde (1660) con el matrimonio de Catalina de Braganza con Carlos II, una unión que vio como Bombay y Tánger (brevemente) pasaban a dominio inglés. Sin embargo, la lucha estuvo limitada hasta 1650, pues Olivares se concentró en combatir la revuelta catalana, ya que esta suponía la puerta de entrada a una invasión francesa. Los portugueses se oponían al Gobierno español, pero aún compartían el enemigo común neerlandés, que proseguía con sus conquistas de colonias portuguesas.

La carga fiscal militar

Las revueltas eran el reflejo de la sobreextensión imperial de España. La monarquía aún era rica, pero ya no podía afrontar el creciente coste de la guerra. El gasto en defensa se disparó de los 7,3 millones de escudos en 1635 a más de trece millones dos años más tarde debido a la nueva guerra con

Francia. La corona ya había mostrado una imprudencia financiera en la década de 1620, lo que le dejaba poco margen para afrontar nuevos gastos. El sistema fiscal había comenzado a experimentar decrementos en la recaudación a partir de 1640. El creciente uso de monedas de cobre de *vellón* por parte del Gobierno impulsó a los acreedores a demandar los pagos en plata. Las importaciones de este metal continuaban siendo altas, a pesar de las pérdidas puntuales como la captura de la flota de la plata en Matanzas, y la corona recibió una media de entre seis y ocho millones de ducados cada cinco años en el periodo comprendido entre 1618 y 1648. Pero esto no era suficiente, así que comenzó a confiscar plata privada cuando esta se desembarcaba en Sevilla y, hacia 1640, ya había incautado metal por valor de cinco millones de ducados. Los comerciantes respondieron con la falsificación de sus manifiestos y otras medidas fraudulentas, lo que afectó también a los impuestos de aduanas sobre la plata, cuya recaudación comenzó a decrecer. Entre tanto, los contribuyentes comenzaron a pagar al Gobierno en su propia moneda devaluada, lo que se tradujo en la reducción de los ingresos reales en más de una tercera parte. La corona se limitó entonces a decretar nuevos impuestos, además de imponer nuevos gravámenes sobre el azúcar, el papel, el chocolate, el pescado y el tabaco en Castilla en 1632, a la vez que doblaba los impuestos indirectos existentes conocidos como los *millones* . [51]

Las necesidades de capital humano también se incrementaron. Unos tres mil castellanos se despacharon anualmente a Flandes entre 1631 y 1639, mientras que el total de la recluta en la península ibérica es probable que fuera el triple de esa cifra. [52] Las Cortes de Castilla acordaron añadir otros 8000 hombres además de los 18 000 a los que ya pagaba en respuesta a la crisis de Fuenterrabía de 1638. Aunque el compromiso era una medida temporal, la corona propuso reclutar otros 12 000 castellanos en 1640. A pesar de que Cataluña se negó a proveer los 6000 hombres exigidos en 1637, Aragón, Valencia y Mallorca enviaban ahora una mayor cantidad tanto de reclutas como de dinero. La amenaza en los Pirineos obligó a restaurar la milicia en 1635, lo que añadió otra carga al tener esta que ser armada y mantenida a expensas de las provincias.

En total, el reclutamiento se incrementó entre seis y diez veces, según la región, entre la década de 1620 y la de 1640. El ejército alcanzó su mayor número de efectivos, de unos 200 000 hombres, a principios de la década de 1640, pero la apertura de nuevos frentes en la península ibérica significaba

que esta mayor proporción se desplegaba ahora en territorio patrio. Desde el máximo de 88 280 hombres de los primeros años de la década de 1640, el Ejército de Flandes descendió lenta pero paulatinamente hasta los 65 458 en febrero de 1647. Aunque la cifra todavía era mayor a la que había en el reinado de Felipe II, era insuficiente para luchar al mismo tiempo contra Francia y las Provincias Unidas.

Ni siquiera este nivel de efectivos podía sostenerse ya. Las tasas de bajas y de desgaste podrían haber alcanzado los 20 000 hombres a partir de 1635, y se llegó a decir que las viudas eran una sexta parte de la población de Mérida en 1646. La emigración desde la península al Nuevo Mundo creció a partir de 1621, cuando la gente comenzó a buscar una vida mejor; la población de la península se redujo probablemente en una cuarta parte entre la década de 1580 y la de 1630, mientras que la producción agraria cayó un cuarenta por ciento. Había menos habitantes para soportar la creciente carga. Los impuestos castellanos ascendieron desde el equivalente de menos de veinticinco días de jornal en 1621 a cuarenta y dos en 1640. Los retrasos se acumularon a medida que los contribuyentes entraron en mora, por lo que debían treinta y seis millones de ducados solo en concepto de *millones* en 1649. Además, cada vez resultaba más difícil pedir préstamos para cubrir el déficit. El gasto del tesoro central totalizó unos 250 millones de ducados entre 1621 y 1640. De estos, 30,5 millones fueron a parar al presupuesto civil, 44,2 millones directamente a las fuerzas armadas; y 175,8 millones a los tenedores de bonos y a los contratistas en concepto de intereses y de devolución del principal de los préstamos. [53] La corona se vio obligada a descentralizar y asignó las fuentes locales de ingresos todavía viables a gastos específicos, como las guarniciones de fortalezas, lo que dificultó la supervisión y la contabilidad. Las revueltas no hicieron más que empeorar la situación. Para 1644 la corona se quedaba sin activos que vender o empeñar, tras haber comprometido los ingresos de los cuatro años siguientes al objeto de cubrir los pasivos existentes.

El servicio militar encontró una resistencia creciente. Los soldados solo recibían un tercio de lo que ganaba un jornalero. El servicio en la milicia se resintió, en especial, debido a la obviedad de que se trataba de una forma oculta de conscripción. Solo una cuarta parte de los 11 000 hombres de la milicia castellana movilizada en 1636 pudo ser armada, mientras que a aquellos que servían en 1641 se les facilitaron hondas, e incluso aquellos que disponían de mosquete tenían solo seis balas cada uno. Por lo tanto, no

resulta sorprendente que la deserción estuviese a la orden del día. La insumisión se extendió a los grandes de España, a los que se les pidió en 1632 que reclutasen sus propios regimientos a cambio del dudoso honor de ser llamados coroneles. Cuando se repitió la solicitud en 1634, Olivares reclutó 1500 hombres, pero el resto enviaron excusas. [54]

La resistencia a la recluta y a la tributación se fundaba en algo más que el miedo a morir o a la incapacidad de pagar. Había también un sentimiento creciente de que las demandas reales ya no eran razonables. Los catalanes se sentían justificados al negarse a la conscripción no solo por la exención tradicional de que gozaban sus condados, sino porque ya contribuían de otros modos, entre los que se incluían el envío de su milicia. En los distintos estamentos de la sociedad la gente pensaba que estaba haciendo más de lo que era su obligación. No se sentían responsables por las derrotas, ya que el liderazgo estaba reservado a la monarquía. Donde la corona veía desobediencia, sus súbditos veían ineptitud e injusticia. La proliferación de juntas especiales creadas por Olivares para resolver los problemas crecientes no hizo más que desbordar el ya lento sistema administrativo, lo que proporcionaba oportunidades adicionales de ignorar órdenes no deseadas. [55]

Si se dejan a un lado las deficiencias personales, que ya se detallaron en el capítulo 11 del volumen I, la monarquía española no estaba bien preparada para responder. Su ideal de majestad requería que los monarcas guardasen las distancias para evitar cualquier asociación con fracasos potenciales. Olivares también tenía un interés personal en asegurarse de que el rey no se inmiscuyera en los asuntos cotidianos. Para mantener al monarca ocupado comenzó a expandir los aposentos reales en el monasterio de San Jerónimo, en los arrabales orientales de Madrid, a partir de 1630, con la creación del Palacio del Buen Retiro. Se encargó a los mejores artistas de la época una serie de doce enormes pinturas que conmemorasen las victorias españolas desde 1621 para decorar el Salón de Reinos, inaugurado en 1635. El proyecto entrañaba un riesgo considerable; apenas se había secado la obra maestra de Velázquez que recreaba la toma de Breda cuando los neerlandeses recuperaron la ciudad en 1637. El aumento inicial del patriotismo que siguió a la declaración de guerra por parte de Francia se desaprovechó por hallarse el rey en su palacio de placer mientras sus súbditos refunfuñaban bajo una carga opresiva. [56]

La guerra colonial

La sensación general de fracaso se magnificó por las malas noticias procedentes de las Indias, la región que había simbolizado la riqueza y el poder de la península ibérica. Los portugueses se aferraban a Goa y Mozambique, pero fueron expulsados de Japón por la oposición local en 1639. Un prolongado conflicto con el rey de Kandy por el control de Sri Lanka abrió la isla a los neerlandeses, que se unieron a partir de 1636 a la campaña local dirigida a expulsar a los portugueses. El conflicto agotó los recursos del *Estado da India* y socavó la resistencia en el resto de lugares frente a los neerlandeses, que se habían hecho con la mayoría de las islas de las especias indonesias en 1641. [57]

La situación en las Indias occidentales era, también, desalentadora. Con el botín obtenido en Matanzas, la Compañía Neerlandesa de las Indias Occidentales (WIC) aprestó 67 barcos, con 1170 cañones y 7280 hombres a las órdenes del almirante Hendrik Loncq. Esto representaba el doble de efectivos y el triple de barcos de los que se habían desplegado en la defensa de Brasil. Loncq tomó Olinda y Recife, los principales puertos de Pernambuco, en febrero de 1630. Olivares despachó al almirante español Antonio de Oquendo con 56 navíos y 2000 soldados para que recuperara las dos plazas antes de que los neerlandeses pudiesen penetrar en las tierras productoras de azúcar. Oquendo, al final, derrotó a los neerlandeses frente a la costa de Abrolhos en septiembre de 1631. Maltrechos los barcos y sin puerto donde repararlos y abastecerlos, Oquendo se vio obligado a regresar a Lisboa. [58] Los neerlandeses extendieron sus posiciones con la ocupación de la costa de la Guyana, entre el Amazonas y la actual Venezuela. La posterior toma de la isla de Curazao en 1634 aseguró el comercio de la sal, vital para la industria de salazones neerlandesa.

Un segundo intento de socorro en 1635 fracasó de la misma forma a la hora de desalojar a los neerlandeses, en contraste con la exitosa expedición de la década anterior. Los hacendistas brasileños aceptaron que tendrían que colaborar con los intrusos para salvaguardar sus ingresos. El control portugués de Brasil se desmoronó de modo dramático con la llegada del enérgico príncipe Juan Mauricio de Nassau-Siegen como gobernador neerlandés en enero de 1637. Este se ganó el apoyo local al permitir que los conventos y monasterios católicos permaneciesen abiertos, llevó a cabo el primer reconocimiento científico del área y en 1641 había extendido el control neerlandés a mil ochocientos kilómetros de costa con una fuerza de solo 3600 europeos y 1000 indios. Dos expediciones portuguesas posteriores

fueron repelidas en 1638 y 1640. Entre tanto, la toma de Elmina en la Costa del Oro de África por parte de los neerlandeses en 1637 les procuró la principal base de esclavos de Portugal. Los neerlandeses explotaron las dificultades de Portugal con la reina Nzinga para conquistar Luanda y otras posiciones de Angola en 1641. Axim, el último fuerte portugués de la Costa del Oro, cayó al año siguiente. En 1654, los negreros neerlandeses ya habían trasladado a Brasil a alrededor de 30 000 africanos. Las exportaciones de azúcar a Europa entre 1637 y 1644 ascendieron a 7,7 millones de florines y salieron, también, en barco, otros productos coloniales por valor de 20,3 millones durante el mismo periodo. [59]

El comercio transatlántico español se derrumbó entre 1638 y 1641. Ningún metal precioso llegó a Sevilla en 1640. La flota de Tierra Firme solo trajo medio millón de ducados al año siguiente y la flota de Nueva España zarpó con la estación muy avanzada, por lo que la alcanzó un huracán cuando dejaba atrás el Canal de Bahamas. Diez barcos se hundieron con 1,8 millones de ducados en su interior. El tonelaje bruto que cruzó el Atlántico en los últimos años de la década de 1640 se había reducido casi en un sesenta por ciento respecto del que había cruzado durante la Tregua de los Doce Años. La plata continuó llegando, pero poco más del cuarenta por ciento de lo que producía el Nuevo Mundo era oficialmente declarado en Sevilla, y los ingresos de la corona se habían reducido a menos de la mitad de los que tenía en la década de 1630. Parte del declive se debió al creciente coste de la defensa de las provincias de ultramar, pero buena parte también desparecía por las prácticas fraudulentas y por el hecho de que la guerra forzaba a los dominios ultramarinos a ser más autosuficientes y a desarrollar su propio comercio al margen del sistema oficial.

DE BREDA A ROCROI, 1637-1643

Los crecientes problemas de España causaron preocupación en el Imperio, ya que estos socavaban la guerra de Felipe IV contra los neerlandeses. Un éxito español en los Países Bajos permitiría a Fernando III retirar sus tropas de Luxemburgo, mientras que una derrota española dejaría las manos libres a Francia para reforzar su ejército de Alemania. Con el devenir de la guerra, Fernando urgió a su primo a llegar como mínimo a un acuerdo con los neerlandeses y a concentrarse en el conflicto con Francia. España veía los acontecimientos en el Imperio con similar impaciencia, sin llegar a entender

por qué el emperador no había sido capaz de aplastar a los suecos después de Nördlingen. Los comandantes imperiales prometieron en reiteradas ocasiones cooperar con España durante las sesiones de planificación invernal, solo para marchar en la dirección opuesta cuando se iniciaba la campaña para detener los ataques suecos contra Sajonia y Bohemia.

Los efectos comenzaron a sentirse en 1637 y disiparon el optimismo que siguió al Año de Corbie. El inesperado éxito de la invasión no planificada de Francia en 1636 alentó a Olivares a desplazar a tres séptimas partes de los entonces 65 000 efectivos del Ejército de Flandes hacia Artois y Henao a fin de llevar a cabo una ocupación de Picardía. Sin embargo, se negó a ceder el resto de puestos del Bajo Rin para obtener una paz con los neerlandeses, y fijó al grueso de las tropas restantes en guarniciones. Consciente de que la fuerza destinada a la ofensiva era insuficiente, presionó a Fernando para que efectuase diversiones a lo largo del Mosela y en Alsacia que, como hemos visto en el capítulo anterior, no llegaron a materializarse.

Mientras España se concentraba en el sur, Federico Enrique se jugó su capital político en la república a asestar un gran golpe en la frontera norte. Estaba sometido a una presión creciente para negociar. Aunque logró apartar a Adriaen Pauw, líder del partido de la paz neerlandés, al enviarlo a París como embajador en 1636, su red de apoyos se estaba desintegrando. La alianza abierta con los franceses a partir de 1635 fue objeto de división de opiniones en el seno de los militantes gomaristas, que habían sido los principales defensores de la guerra, ya que Federico Enrique había prometido a Richelieu que toleraría el catolicismo en las áreas conquistadas. Además, los comerciantes de Ámsterdam no tenían ningún interés en liberar Amberes, una ciudad que podría recuperar su antiguo esplendor como centro comercial de la región. De forma paulatina, el apoyo a la guerra se fue limitando a tres grupos. Las provincias meridionales de Zelanda, Utrecht y Güeldres todavía se sentían vulnerables y querían que Federico Enrique conquistase más territorio al otro lado del Rin como amortiguador. Estas provincias eran también el hogar de la mayoría de los refugiados calvinistas belgas, que esperaban que un éxito militar les permitiese regresar a sus hogares. Por último, estaban aquellos que se beneficiaban de la guerra desde un punto de vista económico, en especial los accionistas de la Compañía Neerlandesa de las Indias Occidentales, una organización que se reveló exitosa en extremo a la hora de atraer inversores de toda la República. [60] Estos grupos eran todavía fuertes en 1637, aunque resultaba significativo que los Estados de Holanda

decretaran su primer recorte de presupuesto desde la Tregua de los Doce Años y disolvieran los regimientos recién formados en el invierno de 1636-1637.

Federico Enrique aprovechó su oportunidad para atacar Breda el 21 de julio, mientras que los españoles concentraban sus tropas en la frontera sur. El cardenal infante Fernando tuvo que marchar al norte de nuevo. Incapaz de romper el asedio neerlandés, trató de distraer al estatúder con la toma de Venlo y Roermond. Su ausencia permitió al cardenal La Valette tomar Landrecies y Maubeuge con 17 000 franceses, lo que obligó a Fernando a desandar sus pasos hacia el sur. Breda cayó el 7 de octubre, lo que eliminó las últimas ganancias obtenidas por España en 1625, su año de las victorias. La derrota llevó a Olivares a regresar a su estrategia neerlandesa y dio instrucciones a Fernando el 17 de marzo de 1638 de que hiciera todo lo posible para obligar a la República a aceptar términos razonables en las negociaciones que se acababan de reanudar. Ya no se esperaba una victoria; el objetivo era ahora salir de la guerra con honor. [61]

El fin de la ayuda imperial, 1638-1639

La ofensiva española planeada en Artois se abortó después de que se produjeran ataques franceses y neerlandeses bien coordinados y simultáneos en las fronteras norte y sur de los Países Bajos españoles en mayo de 1638. Federico Enrique marchó con 22 000 neerlandeses sobre Amberes, al tiempo que el mariscal Châtillon se abría paso hacia Saint-Omer con 13 000 franceses, a los que daba cobertura otra fuerza de 16 000 hombres a cargo de La Force en Picardía. Los españoles estaban inmovilizados, pero Federico Enrique se retiró después de que una salida desde Amberes capturase a 2500 de sus sitiadores en Kallo, una de las peores derrotas de la guerra. El revés desalentó al estatúder, de cuyo comportamiento, cada vez más regio, comenzaban a hacerse eco los críticos republicanos. Piccolomini se vio obligado, como ya era habitual, a esperar a que se reuniesen tropas suficientes para proteger Colonia antes de marchar hacia el oeste en ayuda del príncipe Tomás de Saboya y liberar Saint-Omer en julio. Los franceses tomaron algunos puestos menores y recuperaron Le Catelet, pero Luis XIII se sentía decepcionado.

Se confió el mando francés a un pariente de Richelieu, Charles de la Meilleraye, el cual marchó sobre Hesdin con 14 000 hombres en 1639,

cubierto por Châtillon y un número similar en la frontera. Feuquières fue enviado con 20 000 hombres a neutralizar a Piccolomini en Luxemburgo y a evitar una ulterior intervención imperial con la toma de Thionville, la ciudad que daba acceso al área situada entre Namur y Coblenza. España había retenido sus subsidios para obligar al emperador Fernando a que dejase a Piccolomini en Luxemburgo. [62] Después de que se le uniera el duque Carlos de Lorena, Piccolomini apareció por sorpresa al amanecer del 7 de junio con 14 000 imperiales y españoles frente a las líneas de asedio de Feuquières en Thionville. Incapaces de desplegarse desde sus alojamientos, los franceses fueron derrotados y se hicieron 7000 prisioneros, incluidos algunos de los mejores regimientos de su ejército. La presencia de Luis XIII en el ejército principal significaba que el sitio de Hesdin no se podía ser abandonar sin sufrir una seria pérdida de prestigio y se continuó hasta que la plaza se rindió el 29 de junio. La mayor parte de las fuerzas de Piccolomini se retiraron entonces del área para hacer frente a la invasión sueca de Bohemia, lo que dio por finalizada la era de cooperación militar directa entre España y el emperador.

Las Dunas

La diversión de recursos franceses a Flandes y al extremo oriental de los Pirineos permitió a España reunir una nueva armada en La Coruña a la que se encomendó romper el bloqueo de Dunkerque y desembarcar refuerzos sustanciales para una nueva ofensiva en 1640. Se trató de una gran empresa y se abrieron negociaciones con Inglaterra en febrero para obtener asistencia naval. La flota española se componía de 70 navíos de guerra y 30 transportes, lo que sumaba un total de 36 000 toneladas de registro, con 6500 marineros, 8000 infantes de marina y 9000 soldados de refuerzo para el Ejército de Flandes. El almirante Sourdis incursionó en la costa española en junio y agosto, pero no logró interrumpir los preparativos y se retiró agotado, para dejar que los neerlandeses interceptasen a la armada cuando zarpó por fin el 27 de agosto.

Maarten Tromp atacó con diecisiete navíos el 16 de septiembre cuando los españoles entraban en el canal de la Mancha. Oquendo pecó de arrogante y no dio instrucciones adecuadas a sus subordinados. Se ciñó a las tácticas tradicionales de duelos entre barcos rivales, igual que cuando en 1631 obtuvo la victoria en la batalla frente a las costas de Pernambuco al destruir la nave

capitana neerlandesa. Tromp navegó en línea en formación cerrada, de manera que cada vez que un navío español se aventuraba a atacar se encontraba la potencia de fuego combinada de los navíos enemigos. Un experimentado oficial portugués observó que «Oquendo [era] como un toro bravo que es atacado con ferocidad por una manada de perros de caza y carga a ciegas contra los que lo atacan, de modo que, con su barco lleno de muertos, heridos y mutilados, viró con gallardía hacia aquellos que se hallaban más cerca». [63] A pesar de haber inmovilizado a Tromp y a su flota contra la costa francesa, Oquendo se dio por vencido alrededor de las tres de la madrugada debido a que su barco estaba demasiado maltrecho para continuar. Las dos flotas permanecieron en calma durante el día siguiente, pero a Tromp se le unieron otros diecisiete navíos el 18 de septiembre y reanudó la lucha hasta que se quedó sin pólvora. Con Dunkerque todavía bloqueada, Oquendo fue consciente de que no habría un puerto seguro en el que pudiera reabastecerse si navegaba más allá de Calais, así que cruzó el canal y fondeó en las Dunas, frente a Deal, en Kent, al creer que los ingleses le prestarían ayuda.

El almirante Pennington apareció con treinta barcos, pero solo para declarar la neutralidad de Inglaterra. Los ingleses ayudaron a transbordar las tropas y tres millones de escudos en metálico a Flandes en noviembre, pero aparte de vender algo de pólvora a precios exorbitantes, hicieron poco por ayudar a la armada española. La mayoría de los barcos más pequeños escaparon al bloqueo neerlandés y se refugiaron en Dunkerque, pero Tromp había sido reforzado con grandes mercantes armados por las flotas de las compañías neerlandesas de las Indias, lo que elevaba sus efectivos a 103 naves contra las 46 de Oquendo. Tromp entró en aguas inglesas para atacar en la mañana del 21 de octubre. Oquendo encalló en la playa sus barcos más ligeros y trató de abrirse camino con el resto. Su nave capitana encajó mil setecientos disparos, pero logró llegar a Mardyck. Diez de los barcos encallados fueron reflotados a principios de noviembre y también escaparon a Flandes.

Tromp sufrió severas críticas por su fracaso a la hora de capturar la nave capitana española. Oquendo se reabasteció en Dunkerque y zarpó de regreso a España a principios del año siguiente con 24 navíos. Aunque 1500 soldados habían sido interceptados, parte de la misión se había completado con éxito y el Ejército de Flandes elevó sus efectivos a 77 000 hombres en diciembre de 1639, mientras que la armada todavía conservaba 34 131 toneladas de

registro. A pesar del bloqueo continuado, España logró enviar otros 4000 reclutas a Flandes desde 1640 hasta que cayó Dunkerque en 1646. Sin embargo, la campaña costó al menos 35 barcos, unos 5000 muertos y 1800 prisioneros. Las pérdidas en el periodo 1638-1640 ascendieron a 100 barcos, 12 almirantes y 20 000 marineros, o el equivalente a diez batallas de Trafalgar. [64]

España no podía soportar ese ritmo de desgaste. El esfuerzo fue en vano, ya que toda la estrategia estaba condenada al fracaso. Como demostró de nuevo la campaña de 1640, era imposible organizar una ofensiva al norte o al sur en tanto que Francia y la República coordinaban sus ataques contra ambas fronteras. Aunque los neerlandeses fueron repelidos, los franceses tomaron Arrás el 9 de agosto tras un sitio de dos meses. Eso supuso un gran golpe, tras la derrota de la armada y el desencadenamiento de la revuelta catalana. Miles de personas huyeron a Lille mientras los franceses conquistaban el resto de Artois. Más malas noticias llegaron en noviembre cuando los franceses liberaron Turín, pero la situación empeoró más aún al estallar la revuelta en Portugal.

Los repetidos reveses alteraron el equilibrio de las relaciones hispanoaustriacas. Tras haber satisfecho la respetable cifra de 426 000 florines a Austria en 1640, España ya no estaba en posición de prestar más ayuda y solo pudo entregar 12 000 florines el año siguiente y 60 000 en concepto de préstamo en 1642. Piccolomini había sido llamado desde Luxemburgo y el emperador canceló la operación de Hohentwiel por la que España había pagado al Tirol para que levantase 4000 hombres. [65] La influencia española decayó aún más cuando su experimentado embajador, Sancho Monroy y Zúñiga, el marqués de Castañeda, regresó a Madrid en 1641, al tiempo que Fernando quedaba representado en Madrid por el mariscal de campo Francesco Grana, un carácter enérgico que compartía la opinión del emperador de que España despilfarraba sus recursos y desperdiciaba oportunidades para alcanzar la paz.

Aferrados a un clavo ardiendo

Olivares estaba cada vez más desesperado, así que reanudó el contacto con los malcontentos franceses que habían estado conspirando contra Richelieu desde 1636. Varios habían huido a Londres, donde apoyaron los infructuosos esfuerzos de España de persuadir a Carlos I para que se uniese en una alianza

contra Luis XIII. El desencadenamiento de la Guerra Civil inglesa hizo de esta una causa perdida. En 1640, Olivares ya había vuelto su atención a un grupo congregado alrededor del conde Luis II de Soissons, que había huido al ducado soberano de Bouillon, en la frontera de los Países Bajos. Alentados por el ambicioso Henri d'Effiat, marqués de Cinq Mars, pensaron que tenían el apoyo de la reina francesa, Ana de Austria, y que una demostración de fuerza impulsaría a Luis a cesar a Richelieu. Olivares consideró a los conspiradores como «el único medio de salvarse del naufragio» y les prometió ayuda. [66]

Estaba previsto que los insatisfechos exiliados en Inglaterra zarpasen con una flota reunida de improviso con la misión de levantar a los hugonotes en Guyena, pero nunca llegaron. Los detalles del complot ya habían llegado a oídos de Richelieu en abril de 1641, así que alteró su plan de campaña para hacerle frente y reunió a 12 000 hombres a las órdenes de Châtillon en Champaña para bloquear a Soissons en Bouillon. Los conspiradores fueron presa del pánico. Frédéric-Maurice de Bouillon declaró que su puesto en ese momento como comandante francés en Italia le impedía unirse a la expedición planeada por los rebeldes. No obstante, urgió a Soissons a actuar. El general Lamboy llegó a Bouillon con 7000 españoles e imperiales en junio, lo que elevó la fuerza a un total de 9500 soldados, que avanzaron hacia el sur y derrotaron a Châtillon en La Marfée el 9 de julio. Cualquier esperanza de explotar la victoria quedó arruinada por la muerte de Soissons, en apariencia autoinfligida, al levantarse el visor con una pistola cargada que se disparó por accidente. [67] La revuelta se desmoronó, lo cual permitió a Richelieu depurar a los conspiradores en el mes de junio siguiente, una vez que hubo reunido más pruebas y se hubo asegurado el apoyo de Luis XIII. El marqués de Cinq Mars fue ejecutado y Bouillon escapó de la muerte tras convertirse al catolicismo y ceder su ducado. Implicado de nuevo en una traición, Gastón, el hermano de Luis, huyó a Saboya.

Entre tanto, el duque Carlos de Lorena había aceptado las condiciones francesas el 2 de abril de 1641 para recuperar su ducado como feudo de Francia. Sin embargo, que no ayudase a Francia durante la invasión de Soissons levantó sospechas que llevaron de nuevo a su expulsión en agosto. Invadió el ducado con 5000 hombres desde Luxemburgo en abril de 1642 y consiguió algunos éxitos menores, pero careció de los medios para explotarlos y tuvo que volver a cruzar la frontera cinco meses más tarde. La situación regresó al *statu quo* anterior a abril de 1641, salvo por que el duque

había recuperado Sierck, La Mothe y Longwy. [68]

Las intervenciones de Soissons y Lorena frustraron, como mínimo, que los franceses explotaran de inmediato la toma de Arrás. Richelieu trasladó entonces los recursos a Cataluña, mientras los neerlandeses se veían distraídos por el regreso de la guerra al noroeste de Alemania a comienzos de 1642. Por fin, los españoles lograron pasar a la ofensiva, pero en vez de encaminarla a forzar a los neerlandeses a firmar la paz, las operaciones se limitaron a distraer a Francia para que no atacase a España. El nuevo gobernador de los Países Bajos españoles, Francisco de Melo, subió por el valle del Escalda hasta Artois y recuperó Lens (19 de abril) y La Bassée (11 de mayo). Los dos pequeños ejércitos franceses presentes en el área a las órdenes de Harcourt y Guiche no lograron coordinar una defensa efectiva. De Melo y 19 000 soldados sorprendieron a los 10 000 de Guiche, en la abadía de Honnecourt, el 26 de mayo, donde mataron a 3200 y capturaron a otros 3400 junto con la mayor parte del bagaje y los caudales de campaña. [69] La victoria permitió a De Melo completar la recuperación de la parte septentrional de Artois.

Cambio de Guardia en España y Francia

El éxito no ayudó mucho a Olivares, quien se había convertido en el cabeza de turco de los crecientes problemas de España. Su caída en desgracia demuestra como el ejercicio del poder en los comienzos de la Europa moderna descansaba tanto en las relaciones personales como en la política. Olivares se había ganado la enemistad de aquellos que le rodeaban a medida que su «manera de gobernar se hizo cada vez más autocrática, sus modos más carentes de tacto y sus reacciones más irracionales». [70] El poeta Francisco de Quevedo fue uno de los muchos perjudicados por el mal temperamento del conde-duque, pues tuvo que huir de su casa una noche de 1639 y se convirtió en uno de los «desaparecidos» después de pasarle al rey un poema satírico escrito en una servilleta en el que atacaba a Olivares.

La reina y otras señoras de la corte avivaron el descontento, en especial, Margarita de Saboya, la cual culpó a Olivares de no haberla apoyado en Portugal. Sus esfuerzos fueron discretamente alentados por el embajador Grana en nombre de Fernando. Felipe IV envió a Olivares una comedida y prudente carta el 17 de enero de 1643, en la que le comunicaba su cese como respuesta cortés a sus repetidas solicitudes de dimisión. Los grandes de

España se precipitaron a Madrid para asegurarse de que el rey no cambiaba de opinión y masas enfurecidas se congregaron hasta que Olivares partió por fin hacia sus tierras cinco días más tarde.

Algunos de los colaboradores más cercanos al conde-duque fueron arrestados, pero la política continuó sin cambios. Felipe pretendió gobernar él mismo. Atrajo alguna simpatía tras las muertes de su esposa (1644) e hijo (1646), pero era un monarca poco inspirador. Se apoyó cada vez más en el sobrino de Olivares, Luis de Haro, que a la postre emergió como el nuevo primer ministro a partir de 1648. Muchos de los protegidos de Olivares continuaron en sus puestos porque no se podía prescindir de su experiencia. Los problemas continuaron siendo los mismos y fueron incapaces de encontrar una alternativa a la estrategia del conde-duque basada en la *conservación* y la *reputación.*

En Francia, Richelieu falleció el 4 de diciembre de 1642, a cuya muerte siguió la de Luis XIII el 14 de mayo, el cual legó la corona a su hijo de cuatro años y medio. La reina Ana había sido ignorada durante los trece años anteriores, pues no gozaba de la confianza de su marido debido a su origen español. Ahora logró imponerse tanto a Gastón como al príncipe de Condé como única regente y distribuyó tantas recompensas para asegurarse apoyos que un cortesano bromeó, sarcástico, que el idioma francés se había reducido a cinco palabras: «La reina es muy amable». [71] El Gobierno se inundó de hombres más inclinados a la política pacifista de los *dévots* , pero la continuidad quedó simbolizada en la propia Ana, que tomó por residencia el Palacio del Cardenal, legado por Richelieu a la corona y ahora rebautizado Palacio Real. También se apoyó en su protegido Mazarino, el cual había estado involucrado en la concepción de los objetivos franceses de cara a la paz.

A pesar de haber nacido ambos en el extranjero, tanto Ana como Mazarino se identificaban con Francia y rechazaban los estímulos de Felipe IV para firmar una paz rápida. Estaban resueltos a poner de rodillas a sus oponentes mediante una guerra de desgaste hasta que lograsen una mejora de las condiciones. Mazarino era más pragmático que Richelieu y estaba dispuesto a abandonar la quimera de una paz universal y el lema de las «Libertades Alemanas» que se habían considerado esenciales para el prestigio francés. Además, estaba más interesado en obtener mayores ganancias territoriales, ya que estas eran más populares entre una opinión pública a la que debía convencer de que él era el mejor hombre para liderar la monarquía.

La batalla de Rocroi, 1643

La campaña de Flandes iba a poner a prueba a los dos nuevos regímenes. De Melo recibió órdenes de repetir su éxito del año anterior para distraer a Francia y evitar que atacase otros territorios españoles. Tras dejar 15 000 hombres como protección en la frontera norte, De Melo avanzó en cuatro columnas que convergieron en la pequeña población fortificada de Rocroi, cercana al valle del Mosa, a la que se puso sitio el 15 de mayo. Pese a la afirmación de De Melo de que era «la llave de Champaña», [72] Rocroi apenas tenía valor estratégico, aunque el ataque adquirió una gran importancia política, dado que Luis XIII había fallecido el día anterior. El nuevo régimen en Francia no podía permitirse comenzar con una derrota. El mando del ejército del norte se le había confiado al hijo de Condé, el duque de Enghien, como parte de la estrategia de Richelieu para neutralizar las amenazas de la alta nobleza mediante el reparto de prebendas. Tras haber provocado el retiro del viejo Condé por ser una carga, el cardenal persuadió a Luis XIII para que compensase a la familia con el nombramiento del inexperto hijo del príncipe en lo que se consideraba que iba a ser un frente secundario. Ahora era demasiado tarde para cambiar estas disposiciones, que solo desde la retrospectiva se antojan sabias. Enghien entró en la historia francesa como el «Gran Condé» por el título que heredó a la muerte de su padre en 1646. Cuarto en la línea de sucesión al trono, era quisquilloso y vanidoso, pero la convicción que le daba la distinción de su propio linaje le hacía tener una confianza inquebrantable. [73]

Enghien estaba resuelto a probarse en batalla e ignoró el consejo de obligar a De Melo a que levantara el sitio mediante la amenaza a sus líneas de comunicación con los Países Bajos. En su lugar, se jugó la estabilidad de Francia con un ataque directo extremadamente arriesgado. A Rocroi solo se podía llegar por caminos que atravesaban un bosque y el ejército francés estaría expuesto desde que emergiera del mismo hasta la conclusión de su despliegue en la llanura, situada al sudeste de la población. Además, Enghien tenía también una ligera inferioridad numérica, con 15 000 infantes, 6000 caballos y 12 cañones, frente a los 18 000 infantes, 5000 caballos y 18 cañones de De Melo. El ejército español incluía, asimismo, a muchos de los regimientos que habían ayudado a destruir a Guiche el año anterior.

Ya fuese por suerte o por la planificación, los franceses gestionaron bien los tiempos y aparecieron a última hora de la tarde del 18 de mayo, con el día

muy avanzado para que De Melo pudiese iniciar la batalla. Este se desplegó en la llanura frente a los franceses y envió órdenes urgentes al general Johann Beck para que la cuarta y última de las columnas se le uniese. Ambos ejércitos durmieron en la llanura, pero un desertor alertó a Enghien del despliegue de su oponente y le dijo que De Melo había apostado quinientos mosqueteros en la linde del bosque. Trescientos mosqueteros franceses sorprendieron a los españoles allí cuando estos dormían a las tres de la madrugada y los derrotaron. Entonces abrió fuego la artillería de ambos bandos, pero la visibilidad era todavía pobre, lo que dio tiempo a los dos ejércitos a ponerse en pie. Ambos comandantes situaron su infantería en dos líneas en el centro, con su artillería en el frente, y dos líneas de caballería en cada ala. [74] Los franceses disponían también de una reserva de su mejor infantería y caballería como tercer escalón a las órdenes de Sirot, detrás del centro. La línea española se extendía a lo largo de 2500 metros entre el extremo oriental del bosque y la ciénaga de Santa Ana al oeste. Los franceses tendrían que atravesar la línea enemiga si querían liberar Rocroi. La caballería española estaba todavía organizada en escuadrones independientes, mientras que los franceses sometían a los suyos a un control más estrecho al agruparlos en regimientos. Además, habían copiado la práctica sueca de acompañar a la caballería con destacamentos de mosqueteros para incrementar la potencia de fuego.

De Melo estaba dispuesto a esperar, pues contaba con la llegada inminente de Beck. Impaciente, el duque de Enghien encabezó a la caballería francesa por la derecha en un ataque efectuado alrededor de las cinco de la mañana, al que pronto siguió otro del duque de La Ferté y los jinetes del ala izquierda. Estos comenzaron su carga demasiado lejos y sus caballos se habían agotado para cuando se acercaron a la caballería alemana, a las órdenes de Isenburg, del ala derecha española. Los franceses fueron puestos en fuga y muchos huyeron al interior de la ciénaga y del bosque. La infantería francesa retrocedió y abandonó parte de su artillería. Entre tanto, el ataque del duque de Enghien se había visto quebrantado por la contracarga de Francisco Fernández de la Cueva, duque de Alburquerque, que arrolló a la mayoría de los mosqueteros de apoyo franceses. Fue entonces cuando la superior organización francesa marcó la diferencia. La caballería española se había dispersado y llevó mucho tiempo reunirla de nuevo, lo que permitió a Sirot mover a la reserva y bloquear a Isenburg el tiempo suficiente para que algunos elementos de la caballería francesa del ala izquierda regresasen y lo

ayudasen a expulsar a los jinetes alemanes del campo de batalla. De Enghien despachó a Jean de Gassion con la mitad de su caballería en un segundo ataque que finalmente obligó a retirarse a los dispersos hombres del duque de Alburquerque.

La infantería española quedó entonces expuesta. Enghien atacó el segundo escalón con la otra mitad de su caballería y acometió a los regimientos valones, que eran los primeros por la izquierda. Atacó en sucesión a cada uno ellos, empleando su número de efectivos y una combinación de cargas y de fuego de apoyo de su infantería para romper sus formaciones. Uno tras otro, los regimientos valones abandonaron el campo, seguidos por los alemanes, que se hallaban más al oeste. Los franceses se revolvieron entonces contra la más poderosa primera línea y atacaron a los italianos por su izquierda. Estos repelieron el primer asalto, pero a continuación comenzaron a abandonar el campo en buen orden, es muy probable que por iniciativa propia. Los franceses estuvieron encantados de dejarlos marchar, ya que eso dejaba aislados a los cinco tercios españoles. Tres se rompieron después de una intensa lucha, pero los otros dos repelieron tres ataques más con una salva general a cincuenta pasos. Eran ya las diez de la mañana y estaban escasos de munición. Los franceses estaban también agotados y temían la llegada de Beck. Enghien ofreció buenos términos de rendición. Un regimiento de unos 2000 hombres depuso las armas a cambio de que se les permitiese regresar a España a través de Francia. Los otros soldados continuaron desafiantes, pero toda resistencia ulterior era desesperada y no tardaron en rendirse en calidad de prisioneros de guerra. De Melo había escapado, tras arrojar su bastón de mando, para unirse a Beck al otro lado del bosque. Enghien tomó Thionville el 10 de agosto, tras un largo asedio y, a continuación, Sierck, el 2 de septiembre, lo que neutralizaba la principal base del duque de Lorena. Las ganancias eran bienvenidas, aunque apenas indicativas del colapso español.

Rocroi debe su lugar en la historia militar a la propaganda francesa, que la proclamó una gran victoria, además de a la autopromoción de Condé, pues asentó la reputación del duque de Enghien. Esto, a su vez, aseguró que influyese a generales de los siglos XVIII y XIX y se la incluyó en los planes de estudio de las escuelas de estado mayor. Estos últimos suelen citar la batalla como una demostración de la superioridad de las tácticas lineales francesas, con la combinación de la potencia de fuego de la infantería con cargas de caballería. [75] La victoria se debió en realidad a una superior capacidad de mando y control de los regimientos. La potencia de fuego

española repelió con éxito a los franceses, pero sus principales comandantes murieron o fueron heridos al principio de la batalla, a lo que habría que añadir que De Melo no logró capitalizar el éxito inicial de los primeros compases con un avance de la infantería. Las pérdidas españolas fueron serias, en especial porque incluían a muchos veteranos y porque llegaron en la humillante forma de rendición. [76] Los franceses hicieron 3862 prisioneros sin contar a aquellos a los que permitieron volver a España. La mayoría de los prisioneros se intercambiaron en julio de 1643 por los hombres capturados en Honnecourt. El resto de bajas españolas ascendía a 3500 hombres, en comparación con 4500 franceses muertos o heridos. En lo que restaba de campaña, los franceses perdieron otros 7000 hombres, debido sobre todo a enfermedades. El Ejército de Flandes continuó siendo poderoso, con unos 77 517 efectivos en diciembre, comparados con las cifras neerlandesas, que se habían hundido hasta los 60 000 hombres. La verdadera importancia de Rocroi radicó en que Francia evitó una derrota que podría haber desestabilizado la regencia de Ana y obligado al país a firmar la paz.

El éxito de Francia no fue igualado por sus aliados neerlandeses, que comenzaban a perder interés en la guerra europea. Muchos en la República comenzaron a ver que los Países Bajos españoles ya no suponían una amenaza, sino una barrera de contención frente a una Francia agresiva y expansionista. La recepción en España de enviados neerlandeses como embajadores de pleno derecho indicaba la voluntad de obtener una paz que contase con la independencia. Los Estados de Holanda obligaron a acometer otra reducción en el tamaño del ejército en 1641-1642, y para 1643 habían bloqueado los comités secretos que habían permitido a Federico Enrique dirigir la guerra y la diplomacia sin supervisión. El delicado estado de la salud del estatúder contribuyó a la creciente inclinación por la paz, y en marzo de 1644 solo Utrecht y Zelanda se oponían todavía a llegar a un acuerdo con España. El Congreso de Westfalia podía comenzar por fin.

NOTAS

1. Por ejemplo, Kraus, A.: *Maximilian I. Bayerns Großer Kurfürst* , 298. Se hace un tratamiento más amable en Höfer, E., 44-53.

2. *Vid.* Howard, M., 37.

3. Según Wedgwood, C. V., 373-376, 383, cita de la página 362. Comentarios similares en Gardiner, S. R.: *The Thirty Years War 1618-1648* , 183-184. Ver también Lorentzen, T., 76-77.

4. *Vid.* Kroener, B. R.: «Soldat oder Soldateska? Programmatischer Aufriß einer Sozialgeschichte militärischer Unterschichten in der ersten Hälfte des 17. Jahrhunderts», 100-123.

5. Un buen ejemplo en Helfferich, T.: «A levy in Liège for Marazin's army: Practical and strategic difficulties in raising and supporting troops in the Thirty Years War», 475-500.

6. El problema de la deserción lo aborda Kaiser, M.: «Ausreißer und Meuterer im Dreißigjährigen Krieg», 49-71 y «Die Lebenswelt der Söldner und das Phänomen der Desertion im Dreißigjährigen Krieg», 105-124.

7. El ejemplo más reciente de estos argumentos es Guthrie, W. P.: *The Later Thirty Years War* , 122, 221.

8. *Ibid.* , 233.

9. *Vid.* Croxton, D.: «A territorial imperative? The military revolution, strategy and peacemaking in the Thirty Years War», 253-279, en 278. Ver también «"The prosperity of arms is never continued": Military intelligence, surprise and diplomacy in 1640s Germany», 981-1003.

10. *Vid.* Albrecht, D.: *Maximilian I. von Bayern 1573-1651* , 962-978. Ver también Weber, R., 340-368. Para profundizar más ver también Bierther, K.: *Der Regensburger Reichstag von 1640/41* ; Bireley, R.: *The Jesuits and the Thirty Years War* , 215-220.

11. Como le expresó Fernando III al elector Anselmo de Maguncia, el 26 de marzo de 1640, *HHStA* , MEA Militaria 11.

12. El Decreto está publicado en Schmauss, J. J. und Senckenberg, H. C. von, III, 548-574. El mando, fechado el 1 de octubre de 1640, está en *HHStA* , MEA Militaria 11.

13. *Vid.* Englund, P., 243-252.

14. La muerte de Banér se podría haber debido muy bien al exceso de ingesta de alcohol o a comer carne podrida, pero es poco probable que hubiese sido como resultado del infausto banquete de Hildesheim el mes de noviembre anterior, en el que Juan Jorge cayó también enfermo y dos de los invitados murieron.

15. *Vid.* Öhman, J., 154-162. Ver también Lorentzen, T., 93-104; Englund, P., 269-270.

16. *Vid.* Hüttl, L., 76-87. Ver también Öhman, J., 119-153.

17. *Vid.* Elster, O., I, 63-73. Para profundizar más, ver también Englund, P., 266-268.

18. *Vid.* Aschoff, H. G.: «Das Hochstift Hildesheim und der Westfälische Frieden», 229-269, en especial 239-252. Klitzing entró al servicio de España.

19. *Vid.* Ruppert, K., 2-25. Ver también Bierther, K.: *Der Regensburger Reichstag von 1640/41* , 185-195, 249-250; Öhman, J., 175-181.

20. Para saber más, Foerster, J. F., 198-203. Ver también Engelbert, G.: «Der Hessenkrieg am Niederrhein», 161 (1959), 65-113 y 162 (1960), 35-96; Parrott, D.: *Richelieu's Army. War, government and society in France 1624-1642* , 219.

21. *Vid.* Lahrkamp, H.: *Jan von Werth* , 119-120.

22. Von Hatzfeldt al archiduque Leopoldo Guillermo, el 12 de octubre de 1642, *HHStA* , KA 110 (neu), fol. 37-40.

23. *Vid.* Radler, L., 24, 74-77. Ver también Englund, P., 274-275.

24. *Vid.* Dudik, B.: «Tagebuch des feindlichen Einfalls der Schweden in das Markgrafthum Mähren während ihres Aufenthaltes in der Stadt Olmütz 1642-1650», 309-485, en especial 312-318, 410-416.

25. Leopoldo Guillermo a Fernando III, el 6 de octubre de 1642, *HHStA* , KA 110 (neu), fol. 24-29. La mayor parte de la milicia no tardó mucho en desertar también: *Doc. Bo* ., VI, No. 1364.

26. Juan Jorge a Leopoldo Guillermo, el 14 de octubre de 1642, *HHStA* , KA 110 (neu), fol. 153-154.

27. Testimonio de Torstensson, el 3 de noviembre de 1642 (copia), en *ibid.* , fol. 153-154. Ver *ibid.* para dos testimonios de soldados imperiales (fol. 155-157, 261-263). Valioso tratamiento en Guthrie, W. P.: *The Later Thirty Years War* , 110-122, 146-147.

28. Von Hatzfeldt informó de la supuesta llegada de los aliados a Juan Jorge el 15 de octubre de 1642, *HHStA* , KA 110 (neu), fol. 61-64.

29. *Vid.* Friesenegger, M., 75.

30. Fernando III a Juan Jorge, el 8 de noviembre de 1642, *HHStA* , KA 110 (neu), fol. 174-175.

31. *Vid.* Hüttl, L., 89-99, 110-113.

32. El acuerdo duró desde marzo de 1646 a enero de 1648: Maier, F., 408-409. Otros ejemplos en Conrad, H. und Teske, G., 40-42; Wohlhage, M.: «Aachen im Dreißigjährigen Kriege», 1-64, en especial 25-37.

33. *Vid.* Weber, R., 287-288, 296. Ver también Hock, B. J., 117-118, 121, 125-129.

34. *Vid.* Stein, W. H., 24-25, 510-523.

35. *Vid.* Weber, R., 293-294, 298-301, 359-384. Ver también Magen, F.: «Die Reichskreise in der Epoche des Dreißigjährigen Krieges», 408-460, en especial 452-453.

36. Más detalles en Englund, P., 292-313.

37. Para profundizar más, ver Robert, F. des: «La Bataille de Tuttlingen», 370-443; Hebert, G.: «Franz von Mercy, kurbayerischer Feldmarschall im Dreißigjährigen Krieg», 555-594, en especial 581-583; Lahrkamp, H.: *Jan von Werth* , 131-138. Testimonios de testigos presenciales en Peters, J., 109-111; *TE* , V, 191.

38. La lucha en Italia apenas se ha tratado en la literatura en inglés. Hay un valioso resumen en Hanlon, G.: *The Twilight of a Military Tradition. Italian aristocrats and European conflicts, 1560-1800* , 122-134, 281-282. Ver también Noailles, A. M. R. A., vicomte de: *Episodes de la Guerre de Trente Ans. Le Cardinal de la Valette* , 375-541; Parrott, D.: *Richelieu's Army. War, government and society in France 1624-1642* , 116-118, 139-145, 193-195, 200-213.

39. Para profundizar más, ver Wendland, A.: *Der Nutzen der Pässe und die Gefährdung der Seelen. Spanien, Mailand und der Kampf ums Veltlin 1620-1641* , 152-354. Ver también Clarke, J.A., 199-203; Ernst, H., 166-168.

40. El duque murió en otro de los banquetes envenenados de la época que, en apariencia, también le arrebató la vida al comandante francés e invitado de honor, mariscal Crequi, mientras que un tercio de los invitados enfermaron. Para los acontecimientos en Saboya, ver Osborne, T., 43, 238-240, 258-266; Pollak, M. D., 108-148.

41. Como argumenta Quazza, G.: «Guerra civili in Piemonte, 1637-1642», 57 (1959), 281-321 y 58 (1960), 5-63.

42. *Vid.* Dandelet, T. J., 188-204, cita extraída de la página 204. Ver también Baumgartner, F. J., 153-154. La Guerra de Castro se aborda en Hanlon, G.: *The Twilight of a Military Tradition. Italian aristocrats and European conflicts, 1560-1800* , 132-139.

43. El seguimiento de las operaciones a lo largo de los Pirineos en Parrott, D.: *Richelieu's Army. War, government and society in France 1624-1642* , 71-75, 126-136, 146-153, 202, 208, 216-217. Ver también Jenkins, E. H., 23-26; Anderson, R. C.: «Naval wars in the Mediterranean», 435-451; Alcalá-Zamora, J., 399-400.

44. *Vid.* Stradling, R. A.: *The Armada of Flanders. Spanish maritime policy and European war, 1568-1668* , 99-105. España envió a 28 436 hombres a Flandes por mar entre 1631 y 1640, comparados con los 22 892 hombres mandados por tierra.

45. *Vid.* Stradling, R. A.: *The Spanish Monarchy and Irish Mercenaries: The Wild Geese in Spain 1618-1668* , 26-27.

46. *Vid.* Corteguerra, L. R., 149-151. Ver también Albi de la Cuesta, J., 272-273.

47. *Vid.* Lynch, J.: *The Hispanic World in Crisis and Change 1598-1700* , 72.

48. *Vid.* Elliott, J. H.: *The Revolt of the Catalans* , 446-451. Ver también Corteguerra, L. R., 156-181. La canción *Els Segadors* es el himno catalán.

49. *Vid.* Lynch, J.: *The Hispanic World in Crisis and Change 1598-1700* , 146.

50. *Vid.* Stradling, R. A.: *Philip IV and the Government of Spain, 1621-1665* , 181-185.

51. *Vid.* Lynch, J.: *The Hispanic World in Crisis and Change 1598-1700* , 119-130.

52. *Vid.* Parker, G.: *Spain and the Netherlands 1559-1659* , 186. Más material en Thompson, I. A. A.: «Domestic resource mobilisation and the Downing thesis», 281-306 y en Solano Camón, E.: «The eastern kingdoms in the military organization of the Spanish monarchy», 383-

403. Ver también Thompson, I. A. A.: «The impact of war and peace on government and society in seventeenth-century Spain», 161-179; Mackay, R., 46-59.

53 . *Vid.* Ernst, H., 262-263.

54 . *Vid.* White, L.: «The experience of Spain's early modern soldiers: combat, welfare and violence», 1-38. Ver también León, F. G. de: «Aristocratic draft-dodgers in 17th century Spain», 14-21.

55 . *Vid.* Mackay, R., 1-3, 25-42, 132-172. Ver también Corteguerra, L. R., 141-153.

56 . *Vid.* Brown, J. & Elliott, J. H. Ver también Úbeda de los Cobos, A.

57 . *Vid.* Newitt, M., 226-233. Ver también Boxer, C. R.: *The Portuguese Seabourne Empire 1415-1825* , 106-127.

58 . *Vid.* Boxer, C. R.: «The action between Pater and Oquendo, 12 Sept. 1631», 179-199.

59 . *Vid.* Thornton, J. K., 100-104. Ver también Frijhoff, W. & Spies, M., 42, 111-112.

60 . *Vid.* Israel, J. I.: *The Dutch Republic. Its rise, greatness and fall 1477-1806* , 527-532 y *Dutch Primacy in World Trade 1585-1740* , 187-196. A. M. R. A., vicomte de: *Episodes de la Guerre de Trente Ans. Le Cardinal de la Valette* , 316-374.

61 . *Vid.* Waddington, A., I, 291-301, 344-361. Ver también Noailles,

62 . *Vid.* Mecenseffy, G.: «Habsburger im 17. Jahrhundert. Die Beziehungen der Höfe von Wien und Madrid während des Dreißigjährigen Krieges», 1-91, en 51-52. Para los debates de Piccolomini en Bruselas ver *Doc. Bo* ., VI, Nos. 724, 756, 781.

63 . La relación de Dom Francisco Manuel de Mello está publicada en Boxer, C. R.: *The Journal of Maarten Harpetzoon Tromp* , 211. Ver también Alcalá-Zamora, J., 89, 411-457.

64 . *Vid.* Stradling, R. A.: *The Armada of Flanders. Spanish maritime policy and European war, 1568-1668* , 107.

65 . *Vid.* Ernst, H., 279. Se pagaron otros 745 000 florines para reclutas alemanes en 1641-1642. Ver también Mecenseffy, G.: «Habsburger im 17. Jahrhundert. Die Beziehungen der Höfe von Wien und Madrid während des Dreißigjährigen Krieges», 64-76. Para el Hohentwiel ver

página 625 y la correspondencia del Gobierno de Innsbruck en agostonoviembre de 1640 en *HHStA* , KA 101 (neu).

66. *Vid.* Elliott, J. H.: *The Count-Duke of Olivares* , 614. Ver también O›Connell, D. P.: *Richelieu, Weidenfeld and Nicolson* , 410-428. 53. Para la implicación de Lamboy ver *Doc. Bo* ., VI, No. 1209.

67. De acuerdo con la versión ampliamente difundida: Le Roy Ladurie, E.,

68. *Vid.* Martin, P., 146-151, 273-278.

69. *Vid.* Parrott, D.: *Richelieu's Army. War, government and society in France 1624-1642* , 147-150, 157-158, 217-218. Ver también Albi de la Cuesta, J., 227-229.

70. *Vid.* Stradling, R. A.: *Philip IV and the Government of Spain, 1621-1665* , 76-80, 119, cita extraída de la página 77. Más información valiosa en Elliott, J. H.: *The Count-Duke of Olivares* , 640-651, y de un análisis del Gobierno español en Rohrschneider, M., 92-132.

71. *Vid.* Lewis, W. H., 54. Para profundizar más, ver Treasure, G., 56-67.

72. De Melo, el 15 de mayo de 1643, *HHStA* , MEA Militaria, 11.

73. Aunque bastante hagiográfico, E. Godley continua siendo útil. Para la batalla, ver también Albi de la Cuesta, J., 40-63, y el resumen en extremo útil de Picouet, P. A.: «The battle of Rocroi», 2-20.

74. La infantería española no estaba desplegada en tres líneas como siempre se ha afirmado en la mayoría de las fuentes secundarias.

75. *Vid.* Guthrie, W. P.: *The Later Thirty Years War* , 180. Ver también Weigley, R. F., 40-42.

76. Para el impacto de las pérdidas ver conde Von Nassau-Hadamar al elector Anselmo de Maguncia, el 31 de mayo de 1643, *HHStA* , Militaria 11.

CAPÍTULO 6

Presión para negociar, 1644-1645

EL CONGRESO DE WESTFALIA

El congreso de paz de Westfalia comenzó dos años tarde y fueron precisos otros cinco para llevarlo a término, aunque acabó siendo un hito en las relaciones globales. Sus logros inmediatos fueron dispares y no llegaron a cumplir con las expectativas de sus contemporáneos. Los resultados prácticos fueron sin embargo sustanciales y, además, los ideales y los métodos de los negociadores de la paz han influido profundamente la teoría y la práctica de las relaciones internacionales hasta el presente. La decisión del emperador de participar resultó decisiva para el éxito del congreso. Fernando no ratificó los Preliminares de la Paz de Hamburgo hasta el 22 de abril de 1643. El deterioro de la situación militar y la perspectiva de que más príncipes declarasen la neutralidad persuadieron al emperador para que, al final, convocase un congreso de paz en 1643. Johann Krane llegó a Westfalia en mayo y completó las formalidades necesarias para que los delegados pudiesen reunirse en los dos escenarios designados de Münster y Osnabrück. Su colega español llegó en octubre, mientras que la delegación francesa no apareció hasta abril de 1644, seguida paulatinamente por otros, pues los neerlandeses no llegaron hasta enero de 1646. La mayoría retrasó el envío de delegados hasta que sus propias circunstancias mejoraron lo suficiente como para permitirles negociar desde una posición de fuerza. Sin embargo, algunos

vieron que la espera les suponía una desventaja y la participación española vino dictada por el deterioro de la situación y el deseo de preservar un frente unido con Austria.

El congreso se había organizado con la pretensión de traer una *pax generalis* , pero cada participante entendió esto de forma diferente y no hubo un acuerdo claro sobre qué constituía «Europa» o cómo debía interactuar dicho continente con otras partes del mundo. En la práctica no se hizo ningún intento de disminuir la tensión en el Báltico y en los Balcanes, o de llegar a una resolución sobre la Guerra Civil inglesa, cuyos participantes no estaban representados; tampoco Rusia, el Imperio otomano, ni algunos estados italianos menores como Módena. En su lugar, el congreso abordó los tres grandes conflictos de Europa central y occidental, con la Guerra de los Treinta Años como cuestión primordial. De los 194 miembros oficiales participantes, 178 procedían del Imperio. Estos incluían al emperador, los electores y otros 132 representantes de estados imperiales, además de otras 38 delegaciones como las de los caballeros imperiales y la Hansa. [1] Los otros dieciséis participantes eran estados europeos como Francia, Suecia y España. Dinamarca y Polonia estaban presentes para salvaguardar sus intereses en Alemania y no negociaron sus respectivos problemas con Suecia. Las cuestiones italianas se trataron como subsidiarias de la guerra francoespañola, igual que las revueltas catalana y portuguesa, aunque España se negó a discutir sobre estas. Los asuntos coloniales quedaron inmersos en las conversaciones hispano-neerlandesas, sin que hubiese intención de involucrar a no europeos.

A pesar de estas limitaciones, el congreso fue un acontecimiento revolucionario. Los concilios de la Iglesia medieval suponían el precedente más cercano, pero esta fue la primera reunión internacional estrictamente secular. Estableció protocolos y estilos de negociación, pero la magnitud y la complejidad de los asuntos tratados obligaron a un proceso de innovación y a la difusión de directrices comunes. La primera y más importante fue que el congreso erosionó el principio medieval de jerarquía. La presencia de tantos representantes de gobernantes de diferentes rangos requería una forma de interacción nueva y más sencilla. Se acordó que todos los reyes tuviesen el título de «majestad» y que todos los embajadores reales y electorales fueran tratados como «excelencia» y pudiesen llegar en un coche tirado por seis caballos. Tales asuntos distaban de ser triviales. Representaban un gran paso hacia el concepto moderno de un orden basado en estados soberanos que

interactúan en grado de igualdad, con independencia de cuáles sean sus formas de gobierno, recursos o potencial militar. El congreso estableció una nueva manera de resolver los problemas internacionales a través de la negociación entre todas las partes interesadas. Los intentos de resolución de las guerras europeas posteriores se basaron directamente en este precedente, en especial los congresos de Utrecht (1711-1713) y de Viena (1814-1815), y el método se extendió a la par con el orden global cambiante de la Conferencia de París de 1919 y, en última instancia, con las Naciones Unidas. [2]

Métodos de negociación

Sin embargo, la aceptación de la igualdad plena era todavía cosa del futuro. La llegada de las delegaciones pretendía causar una buena impresión como parte de una estrategia deliberada para demostrar estatus e intimidar a los rivales. En conjunto, asistieron 235 enviados y representantes oficiales, pero el número total de participantes fue mucho mayor, ya que todos iban acompañados de personal adicional. Los suecos aparecieron con un séquito de 165 personas que incluía su propio servicio médico, cocineros, un sastre y un estilista personal. [3] Los dos enviados especiales franceses llegaron con 319 asistentes, mientras que el negociador jefe, Enrique II de Orleans, duque de Longueville, tenía 139 escoltas y 54 criados de librea. Incluso las delegaciones de las ciudades imperiales podían incluir un personal de siete u ocho miembros. España y Francia gastaron cada una alrededor de medio millón de táleros en su representación, mientras que la del emperador, Suecia y la República Neerlandesa costó alrededor de un cuarto de millón cada una. El dispendio total fue de alrededor de 3,2 millones, que se gastaron sobre todo en comida y entretenimiento, más que en sobornos y otros costes. [4]

La presencia de tanta gente casi abrumó a sus anfitriones. La delegación bávara de veintinueve miembros tuvo que compartir dieciocho camas, mientras que la representación suiza se alojó en la parte de arriba de una factoría de tejedores de lana, en una habitación de madera que apestaba a salchichas y a aceite de pescado. No obstante, el congreso supuso un enorme espaldarazo para las economías locales, muy afectadas por la guerra. Los edificios se reformaron, pues las delegaciones buscaban un acomodo acorde a sus ambiciones políticas y tildaban, con desdén, a la población local de palurdos de provincia que bebían cerveza en lugar de vino y que comían pan

integral de centeno. [5] Las sesiones atrajeron un enorme interés público, que los delegados cultivaron y manipularon de forma deliberada. Al menos veintisiete periódicos en lengua alemana informaron de las negociaciones, lo que aseguró que las noticias llegasen a los rincones más alejados del Imperio. Los documentos clave, como las propuestas de paz franco-suecas, aparecían impresos enseguida, aunque con un tenor no siempre al pie de la letra. También había descripciones visuales, en su mayoría en grabados de la pintura de Gerard ter Borch de la ceremonia de juramento que selló la paz hispano-neerlandesa en mayo de 1648. [6]

El congreso alcanzó nuevas cotas de innovación cuando prescindió de un presidente oficial o mediador. Resulta irónico que Fabio Chigi, el enviado papal, dejase malparadas las pretensiones del pontífice de mediar la paz al ayudar a simplificar el protocolo. No hubo sesiones plenarias. En su lugar, las negociaciones se llevaron a cabo mediante conversaciones bilaterales, a menudo mantenidas en paralelo con múltiples partes asociadas. Las conversaciones con los suecos se celebraron en Osnabrück, mientras que las que se desarrollaron con Francia tuvieron lugar en Münster. La mediación quedó limitada a Chigi y a su capaz colega veneciano Alvise Contarini, el cual actuó como intermediario para Francia con los Habsburgo, quienes se habían negado a tener conversaciones formales directas. Esto permitió al emperador y a España mantener un frente común, aunque España podía negociar directamente con los neerlandeses, al no ser Fernando parte en ese conflicto. Las diferencias religiosas importaban poco; protestantes y católicos estaban presentes en ambas facciones. Las potencias principales, como el emperador, mantenían enviados en ambas poblaciones, y los representantes se reunían con frecuencia para entablar conversaciones más informales en Lengerich, Ladbergen y otras villas a medio camino entre dichas localidades. Tales reuniones eran esenciales para que Francia y Suecia coordinasen sus frente común en el congreso. [7] Münster se erigió como sede de las conversaciones de españoles y neerlandeses dirigidas a poner fin a su guerra. También fue testigo de las negociaciones de paz entre Francia y el Imperio. Osnabrück asumió una mayor importancia una vez que se admitió a los estados imperiales y se convirtió en la sede donde se resolvieron la mayoría de los problemas del Imperio.

El proceso se ralentizó debido a la necesidad de consultar con los gobiernos de los estados respectivos, en especial mientras la situación militar siguió abriendo nuevas posibilidades y cerrando otras. Las cartas tardaban

entre ocho y diez días en llegar a París, más en llegar a Viena y casi un mes en ser recibidas en Madrid. El servicio postal debía estar protegido. La guarnición neerlandesa de Maastricht, aislada de la República y ajena a cualquier ley salvo la suya, causó algunas interrupciones hasta que las protestas internacionales la obligaron, al final, a un mejor comportamiento a partir de 1646. Además, se produjeron otro tipo de intercepciones más encubiertas cuando los enviados trataban de descubrir las intenciones de sus oponentes. [8]

Los representantes y sus objetivos

El emperador tenía el equipo negociador más imponente, aunque Maximiliano von Trauttmansdorff, su líder, no llegó hasta noviembre de 1645, momento en el que se convirtió en la «figura prominente en el congreso». [9] Entre tanto, los asuntos los gestionó el competente conde de Nassau-Hadamar, secundado por los condes Johann Auersperg y Johann Lamberg, que fueron elegidos por su estatus social y por su experiencia en el Reichshofrat. El resto de asistentes que no pertenecían a la nobleza eran hombres de gran habilidad. Además del westfaliano Krane, que ayudó a iniciar el congreso, la otra figura clave fue el doctor Isaak Volmar, el canciller alsaciano que se había ganado la confianza tanto del emperador como de la archiduquesa Claudia del Tirol. Volmar fue un personaje desagradable que perjudicó a sus colegas para impulsar su propia carrera, pero también era un experto en la compleja situación de Alsacia y su consejo demostró tener un valor incalculable en las negociaciones con Francia. La presencia del emperador se realzó con el envío de personal adicional que lo representaba en sus obligaciones como rey de Bohemia y archiduque de Austria, además de con una delegación para el archiduque Leopoldo Guillermo en nombre de sus ocho territorios eclesiásticos.

España tenía el equipo más débil, representado nada más que por cargos de bajo nivel hasta la llegada en julio de 1645 de Gaspar de Bracamonte y Guzmán, tercer conde de Peñaranda. Protegido de Olivares, su carrera en la administración financiera no le otorgaba la preparación para una tarea que se le hizo aún más difícil por su imperfecto dominio del francés. Y lo que es peor, odiaba estar en Münster y se quejaba constantemente de que el húmedo clima de Westfalia estaba arruinando su salud y que las negociaciones lo mantenían alejado de su familia. Su amigo Castel Rodrigo fue pronto

sustituido como gobernador de los Países Bajos españoles por Leopoldo Guillermo, del que Peñaranda sospechaba, con acierto, que promovía los intereses austriacos antes que los españoles. Y, para colmo de males, Peñaranda estaba en desacuerdo con su asistente principal Saavedra, quien, como principal pensador político español, se resentía de su papel subordinado. Ambos estaban al menos unidos en su pesimismo sobre las perspectivas de España. Saavedra pensaba que su país estaba en un declive terminal. Su traslado a España en el verano de 1646 dejó a Peñaranda aún más aislado. Sin embargo, el problema real radicaba en que ninguno de los representantes españoles negoció de verdad, sino que se apoyaban en los deseos de su gobierno que, a menudo, ya habían quedado obsoletos debido a los acontecimientos militares cuando llegaban los correos.

De la misma forma, las envidias dividían a las delegaciones francesa y sueca. Oxenstierna se mostraba reacio a regresar a Alemania y había nombrado a su hijo Johan como enviado principal ya en octubre de 1641. Este esperó en Stralsund hasta que el congreso abrió sus puertas en 1643. Al contrario que su padre, era grosero y desagradable, y estaba resuelto a reafirmar el poder sueco y a sacar el máximo partido de la costosa intervención de su país en Alemania. Su presencia creó resentimiento en Salvius, veinte años mayor que él, y que había representado a Suecia en el Imperio desde que el canciller regresara a Estocolmo en 1636. Su vasta experiencia en la política imperial lo convenció de que la paz solo podría venir a través de un compromiso y mantuvo una correspondencia privada con la reina Cristina, que pensaba lo mismo y que alimentó esta vía en París a través de Grocio, el cual actuaba como su enviado. Las divisiones en el equipo francés eran más personales que políticas. Los dos negociadores principales eran, ambos, miembros de la nobleza de la administración, pero el conde d’Avaux era más rico y ostentoso, así que buscó la manera de desplazar a su colega Abel Servien. Este último gozaba del apoyo pleno de Mazarino y estaba resuelto a obtener el máximo beneficio para Francia, mientras que el conde d’Avaux era más flexible, aunque también compartía la preocupación de no asociar a Francia con concesiones a los protestantes. En junio de 1645, se envió al duque de Longueville para que pusiera fin a los dimes y diretes y actuara como cabeza visible y decisora de la delegación.

Las instrucciones francesas y españolas incluían el idéntico objetivo de conseguir «la paz para la Cristiandad» (*repos de la Chrestienté* / *reposo de la Cristiandad*). [10] Con esto no se pretendía resolver todos los conflictos

europeos en un sentido quimérico y abstracto. Lo que ambos países pretendían era poner fin a sus propios problemas mediante un acuerdo que el otro no pudiese anular más adelante. Los franceses entendieron que esta vía estaba en línea con su política general de actuar como árbitros de Europa. La paz traería una alianza favorable que garantizaría de modo colectivo el tratado y ayudaría a Francia a defenderlo en el futuro. Los españoles pensaban más en términos del tradicional dominio Habsburgo y esto explica su reticencia a que el emperador firmase una paz al margen de ellos. Por desgracia, estos objetivos eran mutuamente excluyentes, lo que condenaba a ambas potencias a continuar la lucha con la esperanza de conseguir la ventaja militar necesaria para conseguir una paz según sus términos. Sus objetivos se mantuvieron claramente en las líneas de los inicios de la Edad Moderna, a pesar de la tendencia dominante en el congreso de mirar hacia el futuro. La reputación continuaba siendo lo más importante, ya que era esencial de cara a sostener las pretensiones a ocupar la posición principal en un orden europeo que todavía se concebía como una jerarquía. Si las negociaciones fracasaban, ambas partes querían asegurarse de que la otra cargaba con la culpa. Esto alimentó un ambiente de desconfianza y las delegaciones rivales se apresuraron a acusarse las unas a las otras de emplear la religión como pretexto para conseguir una monarquía universal y hegemónica.

Las propuestas españolas se elaboraron en junio de 1643 a partir de las directrices preparadas por Olivares en 1636 para el congreso de Colonia. Reflejaban un tiempo en el que España había sido más poderosa y el objetivo principal de restaurar el *statu quo* anterior a la guerra con Francia era del todo irreal tras las revueltas catalana y portuguesa. Como mucho, Peñaranda fue autorizado a ceder algunas poblaciones que ya estaban en poder de los franceses en Artois y es posible que también el indefendible Franco Condado. Estas cesiones debían disimularse como una dote por el matrimonio entre María Teresa, la hija de Felipe IV, y el niño rey Luis XIV, de cara a preservar el prestigio español. A cambio, se esperaba que los franceses se retirasen de Lorena, Italia y Cataluña. En realidad, a España solo le quedaba una carta que jugar: una paz separada con los neerlandeses a fin de concentrar sus esfuerzos en ganar la guerra contra Francia.

Las instrucciones imperiales, a partir de julio de 1643, fueron deliberadamente vagas de cara a preservar un frente unido con Baviera y Sajonia, a las que se enviaron copias. Los enviados del emperador recibieron instrucciones de continuar la política vigente que consistía en buscar un

compromiso de paz con Suecia para aislar a Francia. Formalmente, le debían ofrecer a Suecia los mismos términos de paz que presentó Sajonia en las negociaciones de 1635, pero en secreto el emperador había dado ya su autorización para sacrificar Pomerania. No se debían otorgar tales concesiones a Francia, pues el emperador consideraba que todos los asuntos estaban contemplados ya en el Tratado de Ratisbona, que Richelieu no había ratificado en 1630. Estos asuntos internacionales debían solucionarse primero para mantenerlos al margen de los asuntos constitucionales que Fernando todavía esperaba acordar sobre la base de la Paz de Praga. Francia y Suecia ya se habían anticipado a ese movimiento al proclamarse en público defensoras de las «Libertades Alemanas» y al insistir en que los estados imperiales fuesen admitidos como miembros de pleno derecho en el congreso. Omitieron de forma deliberada sus propias demandas territoriales en ambas propuestas del 4 de diciembre de 1644, y en su segundo bloque de propuestas, más específicas, del 11 de junio de 1645, precisamente para no contrariar a la opinión alemana. Los franceses armaron mucho ruido en lo tocante a la restauración del elector de Tréveris, Sötern, cuyo arresto tanto había influido en su declaración de guerra en 1635. Además, el emperador debía garantizar una amnistía total que se extendiese a los bohemios y a restablecer la distribución de las tierras y la práctica religiosa al estado que tenían en 1618.

Hubo serios desacuerdos entre las dos coronas que las obligaron a omitir otros asuntos de sus propuestas conjuntas. Suecia apoyaba la restauración plena del Palatinado y de los exiliados de cara a preservar su estatus como defensora de las libertades constitucionales. Francia seguía cortejando a Baviera y estaba dispuesta a dar el título palatino y el Alto Palatinado a Maximiliano. Ambas querían que la otra cediese en territorios con el objeto de garantizar un compromiso con el emperador. Francia rechazó concesiones a expensas de la Iglesia imperial, mientras que los suecos se hallaban divididos respecto a Pomerania. Horn se oponía a una anexión total; Salvius se mostraba a favor de anexionar la mitad, y Johan Oxenstierna exigía la totalidad del ducado. Pero, sobre todo, a ambos aliados les resultó muy difícil reconciliar sus prioridades divergentes. Suecia necesitaba dinero para satisfacer a su ejército y cesar la lucha con honor, mientras que Francia tenía que conseguir una ruptura entre el emperador y España para solucionar su problema de luchar dos guerras de forma simultánea. Las propuestas aún no iban encaminadas a obtener la paz, sino a presentar una imagen pública

positiva y a tantear la predisposición del enemigo a negociar.

La diplomacia seguía atada a la guerra, que daría forma al congreso durante los cinco años siguientes. La primera ronda se concentró en decidir quién podía participar en las conversaciones, ya que España se opuso a la presencia de las delegaciones catalana y portuguesa, Francia se negaba a hablar con los loreneses, Suecia rechazó las pretensiones de mediación de los daneses y el emperador se esforzaba por excluir a los estados imperiales. Estos asuntos se resolvieron gracias a las campañas militares de 1644-1645, que abrieron la segunda ronda de negociaciones, en la que se discutió la disputa sobre la constitución imperial y las demandas de territorio y compensación presentadas por Francia y Suecia. Estos asuntos conformaron la mayor parte de los acuerdos de paz y se decidieron en una serie de pactos a lo largo de 1646 y 1647. El progreso se vio obstaculizado por una ansiedad persistente, debido a que todos los acuerdos continuaban siendo provisionales y podían verse revocados si la suerte de una de las partes mejoraba en el campo de batalla. El congreso parecía un lugar en construcción con equipos rivales que creaban argumentos y en el que algunos desmantelaban de forma periódica partes de la estructura sobre la que otros aún estaban trabajando. La ronda final incluyó el esfuerzo para convertir estos acuerdos provisionales en un tratado común y definitivo, así como la decisión de si algún participante debía ser excluido de la paz en 1648.

FRANCIA EN ALEMANIA, 1644

La campaña de Friburgo

La situación parecía prometedora para el emperador a comienzos de 1644. La decisión de Suecia de atacar a Dinamarca a finales del año anterior (*Vid.* págs. 269-275) eliminó la amenaza que se cernía sobre las tierras hereditarias de los Habsburgo. Las fuerzas allí destacadas se redujeron a 11 000 hombres a las órdenes del rehabilitado mariscal de campo Götz, lo que permitió a Fernando concentrar a otros 21 500 bajo el mando de Gallas, que bajó por el valle del Elba para ayudar a los daneses. Alentados por su éxito en Tuttlingen el año anterior, los bávaros de Mercy ascendían a un total de 19 640 hombres, el doble del tamaño del Ejército de Alemania francés, a pesar de que Mazarino se había gastado dos millones de libras en su reconstrucción durante el invierno. Se trataba de la primera vez, desde 1637, en la que el

emperador y sus aliados comenzaban el año con un ejército lo bastante grande como para pasar a la ofensiva en el Alto Rin.

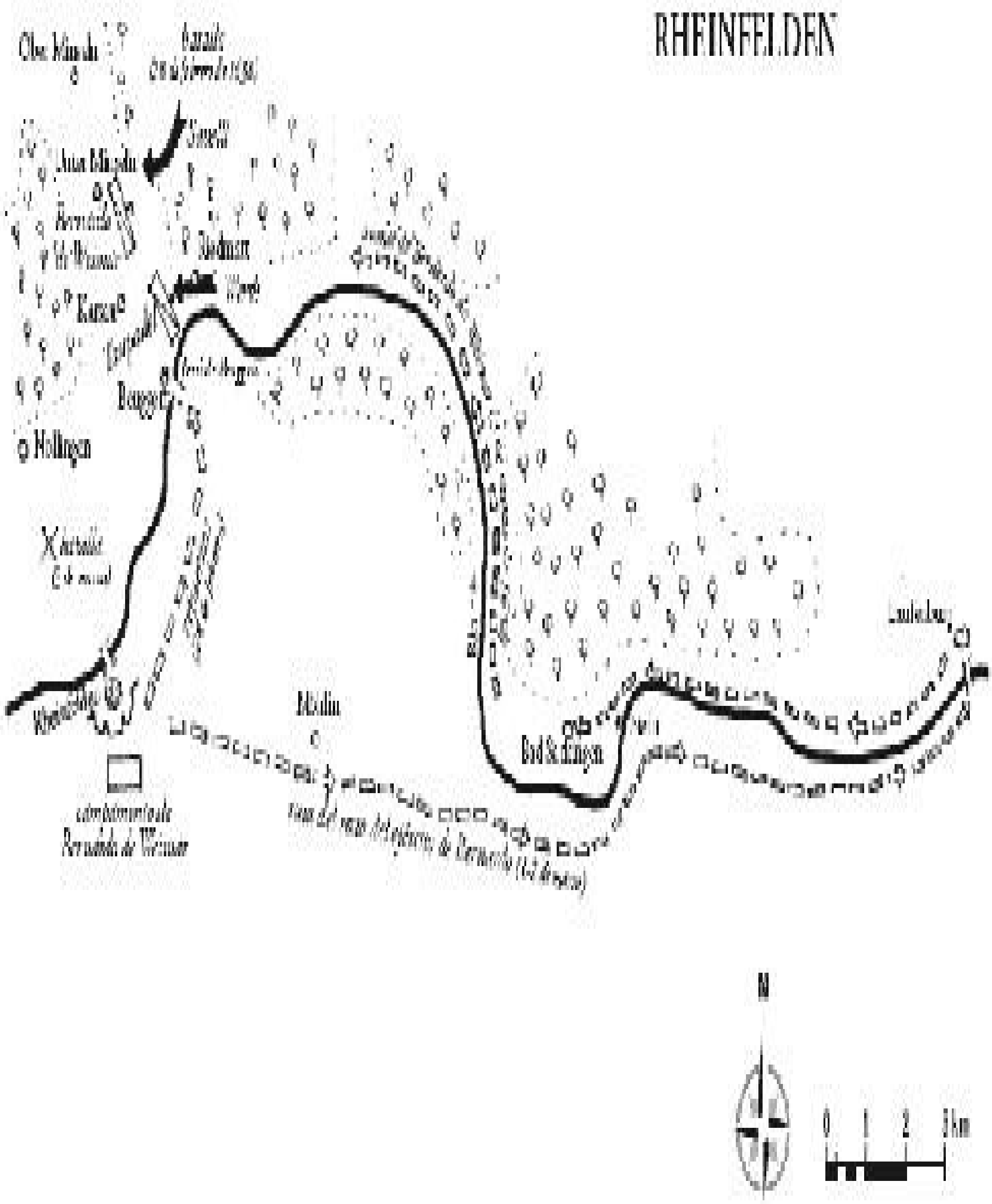
El general Turena había sido reclamado para que se hiciera cargo del mando en Alsacia, pero sus fuerzas eran demasiado débiles para cumplir las expectativas de Mazarino de conquistar territorio más allá de la Selva Negra. En su lugar atacó Mercy, que recuperó Überlingen el 10 de mayo, lo que eliminaba la última ganancia francesa de 1643.

Rechazado ante Hohentwiel, Mercy dejó a mil hombres para bloquear la guarnición de Wiederhold y cruzó la Selva Negra con la intención de recuperar las áreas perdidas en la campaña de 1638. Turena se vio, entonces, obligado a cancelar su propio avance a través de los Pueblos de la Selva Negra, regresar a Alsacia y volver a cruzar el Rin para salvar Breisach. El duque Carlos rompió otra de sus negociaciones periódicas y reanudó las incursiones en el interior de Lorena. Mazarino se vio obligado a desviar a Enghien de su cometido en la defensa de Champaña para que subsanara la situación en el Rin. A pesar de efectuar una marcha forzada de treinta y tres kilómetros diarios, el duque de Enghien llegó demasiado tarde para salvar Friburgo, que se había rendido a los bávaros tras un prolongado bombardeo el 29 de julio.

Enghien traía 4000 caballos de élite franceses y 6000 infantes, lo que daba a la fuerza combinada en Krozingen (actual Bad Krozingen), al sudoeste de Friburgo, un total de 9000 caballos, 11 000 infantes y 37 cañones. Con su habitual belicosidad, Enghien propuso un ataque inmediato para rechazar a Mercy al otro lado de las montañas. Turena manifestó la fortaleza de las posiciones enemigas en el consejo celebrado el 3 de agosto. Friburgo se encontraba cerca del extremo occidental de un profundo valle que se estrechaba más al este en las montañas hasta un paso que daba acceso a Tuttlingen y a la cuenca alta del Danubio. La entrada al valle estaba flanqueada por el escarpado y boscoso monte Schönberg en la parte sur, y el frondoso bosque de Moos al norte. Un arroyo cercano al bosque limitaba aún más el acceso y Mercy había bloqueado el otro lado con dos reductos en el monte Bohl, parte de la ladera baja del Schönberg, sobre la villa de Ebingen. A ambos los dominaba otro reducto más grande «en forma de estrella» que había más arriba, mientras que un fortín más pequeño representaba una tercera barrera detrás de aquel en la capilla de San Wolfgang. Estas posiciones estaban defendidas por cinco regimientos veteranos de infantería bávara a las órdenes de Ruischenberg, el antiguo comandante de

Wolfenbüttel. El resto del ejército estaba situado más al norte, al otro lado del arroyo y detrás de una serie de atrincheramientos entre las villas de Wendlingen y Haslach, además de trescientos cuarenta hombres en la propia Friburgo. La campaña de desgaste había menguado la fuerza de Mercy, pero todavía contaba con 8200 caballos, 8600 infantes y 20 cañones. [11]

Turena y Rosen propusieron ir al norte por el Rin y cruzar la Selva Negra a través del valle de Glotter en Denzingen, sobre Friburgo, y forzar así a Mercy a retirarse al amenazar sus comunicaciones con Wurtemberg. Tal maniobra se convertiría en una práctica habitual en


RHEINFELDEN
Riedmatt
Karsau
Beuggen
Nollingen
0 1 2 3 km

la segunda mitad del siglo XVII, pero el duque de Enghien insistió en realizar un ataque frontal. Consintió en enviar el ejército de Turena a través del paso de Bannstein, que separaba el Schönberg de la Selva Negra por el este y que llevaba a un estrecho valle a través de Merzhausen detrás de la posición principal de Mercy. Turena realizó una larga marcha desde Krozingen para llegar al paso de Bannstein, pero Enghien se empeñó en atacar ese día, así que ambos asaltos se programaron para las cinco de la tarde, lo que dejaba solo tres horas de luz para lograr la victoria. Enghien sincronizó dos relojes y le dio uno a Turena.

El duque comenzó puntual, con el envío de tres brigadas de infantería desde Ebingen al asalto de los reductos del Bohl. Los franceses sufrieron una terrible cantidad de bajas cuando, sometidos a un intenso fuego, luchaban por abrirse paso a través de estacas afiladas y otros obstáculos emplazados para ralentizar su avance. Los sucesivos ataques de las dos primeras brigadas fueron repelidos. Enghien dirigió a la tercera en su ataque, protegida por una pantalla de mosqueteros enviados por delante para proporcionar fuego de cobertura. La exhibición de una bravura implacable mostró lo mejor de Enghien. Parece que lanzó su bastón de mariscal al primer reducto y les dijo a sus hombres que lo recuperasen. Su presencia indujo a algunos soldados de las primeras dos brigadas a unirse de nuevo al ataque. Los cansados defensores habían consumido prácticamente su munición al rechazar los asaltos anteriores y huyeron cuando aparecieron algunos franceses por su retaguardia tras haberse abierto camino por los árboles. Enghien había perdido 1200 hombres, una tercera parte de su fuerza y dos veces las pérdidas bávaras. Ya había anochecido y caía un fuerte aguacero; aún quedaban por batir las principales defensas bávaras.

Turena había comenzado su ataque tres cuartos de hora antes, al enviar mil mosqueteros a despejar el paso de Bannstein, solo para descubrir que Mercy se les había anticipado y había bloqueado el valle con cinco líneas de trincheras. Un puesto avanzado en la cima del Schönberg había dado ya aviso de la llegada de Turena, lo que había permitido a Mercy desplazar cuatro regimientos de infantería desde su posición principal a reforzar al que ya estaba en el paso. Estos llegaron a tiempo para repeler la vanguardia de Turena, el cual reanudó el ataque, si bien el estrecho espacio evitó que pudiese aprovechar la superioridad numérica de sus efectivos. Rompió el contacto a las cuatro de la madrugada tras perder 1600 hombres, o cuatro veces las pérdidas del enemigo. La vieja infantería bernardina, ya diezmada

en Tuttlingen, dejó entonces de existir de forma definitiva. Sin embargo, Mercy reconoció que se quedaría aislado si otro ataque lograba atravesar el paso, así que ordenó una retirada general a la cresta de Schlierberg, situada más arriba en el valle de Friburgo. [12]

La lluvia continuó durante todo el día siguiente y convirtió el suelo del valle en un lodazal. Los franceses ocuparon Merzhausen y lo que había sido el campamento de Mercy en Uffhausen, pero estaban demasiado agotados para nada más, así que dejaron a los bávaros todo el día para que se atrincherasen en su nueva posición. Estos construyeron un reducto aún más grande para diez cañones en el extremo norte, con otros siete en la ladera sur, más elevada y conocida como Wohnhalde. En el fondo de la hondonada formada entre las dos cimas se emplazó una tercera batería más pequeña. El ala izquierda no podía girar, porque casi no había espacio entre el Wohnhalde y la cresta de la Selva Negra que se extendía hacia el norte desde el paso de Bannstein, así que Mercy concentró su caballería en su derecha, entre el Schlierberg y el río Dreisam, que fluía en dirección a Friburgo. A los franceses no les quedaba ahora otra alternativa que lanzar otro ataque frontal si querían reanudar la lucha.

Era una mañana soleada y despejada cuando, el 5 de agosto, los franceses se pusieron en posición. Enghien ordenó a Turena que efectuase el ataque principal desde Merzhausen contra el reducto de Wohnhalde, ya que toda la posición bávara tendría que ser abandonada si este caía. La aproximación de Turena quedaría protegida por el bosque de Becher, una arboleda de abetos con escaso matorral que obstaculizase el movimiento. Enghien llevaría a cabo un ataque de diversión contra el resto de la cresta para evitar que Mercy reforzase su izquierda. El deficiente trabajo de estado mayor frustró este plan. Ambos generales tuvieron que desplazarse a caballo para verificar un aviso de que los bávaros se retiraban, lo que les impidió estar en su puesto para detener al comandante de su ala izquierda, que inició un ataque por error. El sonido de los disparos llevó a que los subordinados de Turena lanzasen también el ataque que tenían planeado. Enghien se sumergió de nuevo en la refriega, reunió a la infantería del Ejército de Alemania cuando era repelida por el reducto de Wohnhalde y lideró sucesivos e infructuosos asaltos. Para la tarde había consumido la mayor parte del ejército de Turena con escaso efecto y cabalgó al norte en busca de su propia fuerza, en la izquierda, que también había sido repelida durante la mañana. El duque envió a la infantería de nuevo al ataque. La ladera allí era menos pronunciada, pero aún así, difícil

de subir a través de los viñedos bajo el fuego continuo de la batería y los mosqueteros bávaros en la cima. Fueron repelidos tres ataques, así que Enghien desmontó a su caballería y envío también a sus jinetes al ataque ladera arriba. Los bávaros se agotaban, así que el hermano de Mercy, Kaspar, dirigió a la caballería alrededor del extremo norte de la cresta en un contraataque que pretendía rechazar el avance francés.

El cielo había quedado oscurecido por completo debido al humo de la pólvora cuando, a las cinco de la tarde, se retiraron los franceses, tras haber sufrido la pérdida de otros 4000 hombres entre muertos y heridos. Se dice que un Enghien inmisercorde exclamó: «¡Bah, esos son los niños que se conciben en París en una noche!». [13] Los bávaros perdieron 1100 hombres, en su mayor parte heridos, pero Kaspar murió durante su ataque. Hay una evidencia considerable de que la muerte de su hermano dejó a Mercy sumido en la desesperación. [14] No cabe duda de que era de talante pesimista y de que estaba convencido de que se hallaba en inferioridad numérica. Su ejército estaba también agotado y los caballos demasiado débiles a causa de la escasez de forraje.

El duque de Enghien se había reforzado, en efecto, con unos 5000 hombres, sacados de todas las guarniciones de los alrededores. Sin embargo, hasta él reconoció la necesidad de aceptar el consejo de sus subordinados y partió cuatro días más tarde para rodear la posición de Mercy en una marcha a través del valle de Glotter. Mercy se dio cuenta del peligro y se apresuró hacia el este hasta el valle de San Pedro, que se cruzaba con el de Glotter en la abadía de ese mismo nombre. Su caballería aseguró la abadía esa tarde y el resto del ejército comenzó a llegar al amanecer del día siguiente; entonces, apareció Rosen con la vieja caballería bernardina. La infantería bávara deshizo la carga de Rosen con una salva efectuada en el momento preciso, y la caballería lo persiguió por el valle del Glotter. No obstante, los bávaros quedaron muy desmoralizados al tener que retirarse tras la dureza de los combates. Las monturas de su caballería llevaban ensilladas ocho días debido a las constantes alarmas. Todo el ejército francés llegó para apoyar a Rosen, el cual se llevó el mérito de la precipitada retirada de Mercy a Villingen. Los franceses saquearon el tren de bagaje abandonado, quemaron la abadía de San Pedro y se retiraron, de nuevo, a través de la Selva Negra.

La de Friburgo fue una de las batallas más largas y duras de la guerra. El daño infligido al ejército bávaro era bastante serio, pero lo que le dio verdadera importancia a la acción fue el inesperado desmoronamiento de la

posición imperial en el curso medio del Rin. Turena persuadió a Enghien de que no malgastase el tiempo en la recuperación de Friburgo, sino que continuase hacia el norte, al interior del Bajo Palatinado, que estaba prácticamente indefenso. Los franceses conquistaron Baden y los obispados de Espira y Worms y, a continuación, tomaron Philippsburg tras un asedio de tres semanas el 12 de septiembre. Esta última había permanecido en manos imperiales desde enero de 1635, pero estaba defendida por solo doscientos cincuenta hombres y el caluroso clima había secado los pantanos que la protegían. Su pérdida se vio agravada por la de Maguncia, que se rindió sin resistencia cinco días más tarde debido a que los canónigos de la catedral deseaban evitar un asedio. La ocupación por parte de franceses católicos era algo distinta a la antigua presencia protestante sueca. Los franceses establecieron una guarnición de quinientos hombres, mantenida a expensas de los ciudadanos, pero dejaron que los canónigos administrasen el electorado durante todo el periodo de ocupación hasta 1650. La rápida capitulación de la ciudad frustró las contramedidas de Mercy y sus refuerzos solo pudieron certificar, a su llegada, que los franceses se encontraban ya en el interior de Maguncia. Recuperó Pforzheim y Mannheim a primeros de octubre y arrasó las defensas de esta última para impedir que se pudiese convertir en una potencial base francesa. La derrota de Gallas (*Vid.* pág. 674) evitó que pudiese hacer más, y se retiró a pasar el invierno en Franconia, Wurtemberg y la región del lago Constanza.

La victoria táctica de Mercy en Friburgo resultó neutralizada por completo por el posterior éxito estratégico francés. Con Philippsburg, Espira y Maguncia, Francia tenía por fin una ruta viable al interior de Alemania que evitaba la Selva Negra. La guerra se trasladó de Renania a Suabia y Franconia, lo que selló el destino del duque Carlos. El emperador, Baviera y España estaban demasiado ocupados para ayudarlo. Los franceses tomaron La Mothe en 1645 y Longwy en 1646, sus dos últimas plazas fuertes en Lorena, tras lo cual se convirtió en un fugitivo en los Países Bajos.

Westfalia

Colonia también había quedado, en gran medida, a su suerte. En 1641, estaba claro que la paz implicaría concesiones a los príncipes protestantes a expensas de los territorios eclesiásticos. Aunque no era un gobernante por sucesión, Fernando de Colonia se tomó en serio su responsabilidad para con

la Iglesia imperial. El Tratado de Goslar había recuperado Hildesheim y reducido a sus enemigos más inmediatos al neutralizar a los güelfos. El comienzo del Congreso de Westfalia extendió la neutralidad a Münster y Osnabrück, que dejó de ser una base sueca. El elector amplió esta disposición al acordar en diciembre de 1643 una paga mensual de 5500 táleros a Suecia a cambio de su reconocimiento de la neutralidad de Hildesheim.

Estas maniobras aislaron a Hesse-Kassel. Amalia Isabel no tenía interés en los objetivos franceses, más amplios, y llamó de vuelta a las tropas de Eberstein, que se separó del ejército de Guébriant cuando este regresaba al Alto Rin en 1642. La landgravina tenía 4000 hombres listos para atacar a su rival de Darmstadt cuando llegaron noticias de la derrota de Francia en Tuttlingen. Las unidades tuvieron que dirigirse, entonces, a Frisia oriental en 1644 para hacer frente al conde, que estaba reuniendo sus propias tropas a fin de expulsar a la guarnición hessiana, lo que no dejaba a Amalia Isabel tropas suficientes para efectuar ninguna otra operación en lo que restaba de año. Era obvio que los hessianos eran demasiado débiles para actuar de forma unilateral.

Fernando de Colonia vio una oportunidad de deshacerse de ellos para siempre e instó a sus vecinos a reunir sus menguantes recursos y crear un ejército común bajo la autoridad colectiva del Círculo de Westfalia. Esto los liberaría de la dependencia de las unidades imperiales, que a menudo eran reclamadas en momentos delicados. El ejército expulsaría a los hessianos y, a continuación, se declararía neutral frente a todos los que llegasen. Brandeburgo se negó a cooperar y prefirió reforzar sus propias guarniciones en Cleves y Mark. Wolfgang Wilhelm del Palatinado-Neoburgo también objetó, convencido de que el plan no funcionaría. En su lugar, entabló negociaciones con Francia en el verano de 1643 en la creencia equivocada de que Mazarino contendría a los hessianos a cambio de su ayuda para frustrar los planes de Colonia. En junio de 1644, los demás westfalianos acordaron pagar sus impuestos de guerra directamente al nuevo ejército. Como el elector había perdido confianza en la capacidad de Von Hatzfeldt para detener los saqueos, se le entregó el mando a Geleen, un honesto liejense que se había formado al servicio de la Liga Católica desde su ingreso en las armas en 1618. Aunque muchos territorios menores pronto entraron en mora de sus pagos, el ejército logró reunir 15 000 hombres, solo 4000 menos de lo previsto. Fernando disponía también de las guarniciones de Colonia y Lieja, a las órdenes de Von Velen, sustituido en 1646 por Otto Christoph von Sparr. [15]

Colonia asumió el papel del emperador en la ayuda a España para defender la región del Mosela. El Gobierno de Bruselas acordó en diciembre de 1644 el pago de 260 000 táleros a cambio de 7000 hombres para la campaña venidera. Estos fueron confiados a Lamboy, que había pagado su propio rescate para escapar del cautiverio francés después de Kempen. El emperador aceptó estos acuerdos como la única manera de defender el Bajo Rin. El expandido ejército westfaliano demostraría su valía cuando regresó la guerra a la región a primeros de 1646 (*Vid.* Capítulo 7 de este volumen).

EL BÁLTICO SE HACE SUECO, 1643-1645

Una nueva guerra báltica

A primeros de octubre de 1643, Torstensson recibió una carta de Oxenstierna, fechada el 5 de junio, en la que le decía que se preparase para la guerra contra Dinamarca. El general se mostró reacio a cumplir las órdenes por temor a perder sus recientes ganancias en Bohemia y Silesia si marchaba al norte. No obstante, consolidó sus guarniciones mediante el abandono de los puestos más vulnerables y, tras anunciar que se dirigía a Pomerania, partió el 13 de noviembre de Alta Silesia y marchó a través de Brandeburgo.

En realidad, este cambio aparente en la estrategia sueca había sido planeado con mucha antelación. Oxenstierna había observado la rápida recuperación danesa desde 1629. La ajustada gestión fiscal impuesta por el consejo aristocrático del país en 1628 fue una intrusión no muy bienvenida en las prerrogativas de Cristian IV, pero estabilizó muy rápido la deuda de guerra y, junto con los dos millones de riksdáleres que Cristian heredó de su madre, devolvió la solvencia a la Corona en 1631. El rey implantó nuevos impuestos que le permitieron reconstruir el ejército a partir de una milicia de conscriptos, que se dobló en 1641 hasta proporcionar 16 000 infantes daneses y 6500 noruegos, además de 2000 caballos. Un pacto de defensa con el duque de Holstein-Gottorp ayudó a expandir el ejército regular, que alcanzó un total de 11 000 hombres en 1642, mientras que la marina se mantuvo en las 20 000 toneladas de registro con 35 navíos de guerra.

Estos preparativos mejoraron la capacidad defensiva, que no ofensiva, de Dinamarca, lo que no suponía una amenaza directa para Suecia. Lo que preocupaba a Oxenstierna eran los tenaces intentos de Cristian de interponerse como mediador en la guerra del Imperio. La mediación

proimperial le había asegurado ya Bremen y Verden para su hijo Federico en la Paz de Praga. Aunque la influencia danesa decayó a partir de ese momento, las dificultades del emperador permitieron que Cristian recuperase un papel mayor, en especial al promover la neutralidad del norte de Alemania a partir de 1638 (como ya se ha analizado en el Capítulo 4 de este volumen, págs. 181-191). El cambio en las encalladas conversaciones de Colonia con Hamburgo en 1641 llevó las negociaciones a su esfera de influencia. Los Preliminares de Paz de Hamburgo se firmaron mientras Cristian reunía 10 000 hombres en Fuhlsbüttel, a solo diez kilómetros de distancia. Con la apertura del Congreso de Westfalia se hizo imperativo para Suecia eliminar cualquier oportunidad de que el rey se impusiera como mediador. Los temores de Oxenstierna estaban justificados, ya que la delegación danesa recibió instrucciones según las cuales debía obligar a Suecia a disolver su ejército de Alemania y evitar que obtuviese ningún territorio báltico, incluida Pomerania. Un ataque a Dinamarca evitaría esta maniobra y silenciaría a los críticos con Oxenstierna, que le acusaban de ignorar los «verdaderos» intereses bálticos de Suecia. [16]

El canciller indujo con precaución a sus colegas a acordar la guerra durante un debate de siete días de duración en el consejo, el primero al que asistió la reina Cristina, de diecisiete años, a finales de mayo de 1643. La causa se presentó como una indignación nacional ante el aumento de un 2,5 % de los peajes del estrecho por parte de Cristian a finales de la década de 1630. Los navíos de guerra daneses habían bloqueado el Elba de forma temporal y habían comenzado a aplicar peajes a los barcos que abandonaban los puertos pomeranos bajo control sueco. Estas quejas se formularon en una carta redactada con minuciosidad para no levantar sospechas danesas de que Suecia estuviese planeando la guerra, pero que, a su vez, pudiese citarse más adelante como justificación de un ataque preventivo por parte de Oxenstierna. Además, el conflicto de los peajes proporcionaba un momento ideal para el ataque, ya que los neerlandeses también estaban furiosos con este incremento. La prohibición de Cristian de exportar armas a través del estrecho en 1637, promulgada como parte de sus propuestas de paz, distanció aún más a los influyentes comerciantes neerlandeses, en especial a Louis de Geer, que controlaba la mayor parte del comercio de armas y minerales con el Báltico. [17] El fracaso de Dinamarca a la hora de conseguir acuerdos con Polonia, Rusia o Inglaterra agravó su aislamiento.

Suecia estaba mejor preparada que en su última guerra danesa de 1611-

1613. A pesar del continuo desgaste militar, Suecia todavía contaba con 90 000 soldados, de los que 50 000 eran alemanes. A diferencia de los daneses, sus tropas estaban formadas por soldados veteranos y contaban con dos décadas de experiencia en la guerra continental. También poseían algo de lo que había carecido Wallenstein en la década de 1620: la superioridad naval. La rapidez en la construcción a partir 1640 había incrementado la flota a 35 000 toneladas de registro en 1645, lo que incluía 58 navíos de guerra y galeras para ataques costeros, tripulados por 6152 marineros y 3256 infantes de marina. Para asegurarse del todo, Oxenstierna contrató a De Geer a fin de que aprestase una flota mercenaria en la República, compuesta por 32 barcos tripulados por 3000 marineros mercantes a las órdenes de Maarten Thijsen, un experimentado oficial naval. [18]

El ataque por sorpresa de Suecia

El asunto de los peajes se dilucidó en el Riksdag, que al final autorizó la guerra el 26 de noviembre. Para entonces, hacía tiempo que Torstensson se había puesto en marcha, y llegó a Havelberg el 16 de diciembre. Solo entonces comunicó a sus 16 000 hombres su verdadero destino. Muchos se opusieron porque no se habían alistado para luchar fuera del Imperio y se cuestionaron qué tenía que ver una guerra contra Dinamarca con el objetivo declarado por Suecia de luchar por las Libertades Alemanas. Se los aplacó con la perspectiva de pasar el invierno en la península de Jutlandia, una región que había permanecido ajena a la guerra desde 1629. El ejército pasó a Holstein el 22 de diciembre sin una declaración formal de guerra, como si se limitara a buscar cuarteles de invierno.

Cogidos por sorpresa, los daneses enviaron a un corneta a preguntar a Torstensson cuáles eran sus intenciones, al tiempo que se despachaban otras protestas a Estocolmo. Oxenstierna había retrasado deliberadamente el envío de la declaración formal hasta el 28 de enero de 1644 para dar más tiempo a Torstensson a que explotase la confusión de los daneses. Entre tanto, los suecos asaltaron el fuerte de Christianpreis, que protegía Kiel, masacraron a los sesenta defensores y lo rebautizaron Christinapreis. La brutalidad desmoralizó a las otras guarniciones de Holstein, que acabaron por rendirse, lo que dejó expedito el camino al interior de Jutlandia. El duque Federico III de Holstein-Gottorp abandonó su pacto de defensa y pagó grandes contribuciones a Torstensson a cambio de la neutralidad. [19] Sabedores de lo

que cabía esperar después de la campaña de Wallenstein en la región, los ricos huyeron a Hamburgo o a las islas danesas. La resistencia formal colapsó, pero al igual que los imperiales, Torstensson se encontró con la resistencia de guerrillas de campesinos. Los daneses tenían también 10 000 hombres en Glückstadt y en el arzobispado de Bremen, al sudoeste.

El segundo elemento del plan de Oxenstierna topó, entonces, con dificultades. El general Horn habían sido llamado de su retiro y se le habían encomendado 10 600 conscriptos para invadir Escania, la parte meridional de Suecia en manos danesas. Horn tomó Helsingborg en febrero de 1644 y bloqueó Malmö, mientras otra fuerza más pequeña ocupaba la (entonces) provincia noruega de Jämtland. La población local estaba ya aterrorizada por las historias del comportamiento sueco en Alemania y huyó. Sin embargo, el gobernador de Escania movilizó a 8000 milicianos, detuvo el avance de Horn y comenzó a efectuar incursiones de represalia en territorio sueco. A continuación, los noruegos bloquearon Gotemburgo por su lado terrestre mientras un escuadrón danés a las órdenes de Cristian IV patrullaba en la bocana del puerto. Los suecos estuvieron atrapados hasta que su marina recuperó el control del mar.

Cristian zarpó hacia el sur desde Gotemburgo con nueve navíos para interceptar la flota auxiliar de Thijsen, a la que sorprendieron en el paso de List, entre las islas de Sylt y Rømø, en el sudoeste de la costa de Jutlandia, el 26 de mayo. Aunque superados ampliamente en número, los barcos daneses eran navíos de guerra que montaban cañones de hasta treinta y seis libras, el doble que los cañones neerlandeses más grandes. La flota de Thijsen fue vapuleada y obligada a refugiarse en los bajíos. Tras la insistencia de Torstensson, se aventuró de nuevo a salir, solo para recibir otra paliza. A continuación, su marinería amotinada lo obligó a zarpar de vuelta a los Países Bajos. La derrota volvió a la opinión pública neerlandesa contra Suecia y, durante un tiempo, De Geer, uno de los principales partidarios de la alianza, temió salir de su mansión de Ámsterdam.

Cristian dejó un escuadrón para que continuase con el bloqueo de Gotemburgo y atravesó el estrecho con la intención de unirse a su fuerza principal, a las órdenes del almirante Pros Mundt, contra la marina regular sueca en el Báltico. Su oponente, el almirante Klas Fleming, había llegado a Kiel con cuarenta y un barcos y había ayudado a Torstensson a tomar Fehmarn como primer paso para invadir las islas danesas. La llegada de Cristian permitió a la flota danesa atacar el 11 de julio y sorprender a la flota

de Fleming en Kolberger Heide, una lengua de agua en la salida oriental de la bahía de Kiel. Ningún contendiente se decidió a pasar al abordaje y en su lugar se limitaron a cañonearse a gran distancia. Cristian perdió una oreja y su ojo derecho a causa de las esquirlas de metralla, pero se negó a cancelar la acción, que continuó hasta la caída de la noche. Las bajas fueron escasas, pero Fleming decidió retirarse al interior de la bahía, lo que permitió que los daneses lo coparan.

Intervención imperial

La amenaza sobre la flota sueca expuso los riesgos de la política de Oxenstierna de comenzar una nueva guerra sin salir primero de la que ya sostenía en el Imperio. Fernando III no se dejó engañar por la nueva oferta de abrir las conversaciones, que era obvio que iba dirigida a disuadirlo de que ayudase a Dinamarca. Las relaciones con Cristian habían sido cordiales desde 1629, pero Fernando II apenas había aprovechado el potencial de cooperación que había contra Suecia. Su hijo resolvió, ahora, ayudar a Dinamarca, incluso sin la existencia de una alianza formal. [20] Gallas bajó por el curso del Elba y luego se dirigió al norte hasta Holstein, donde llegó con 18 000 hombres en julio de 1644, listo para atrapar a Torstensson en Jutlandia y a Fleming en la bahía de Kiel. Los vientos contrarios impidieron escapar a este último. Los daneses desembarcaron cañones y bombardearon a los sufridos barcos suecos, uno de cuyos disparos se llevó la pierna derecha de Fleming el 4 de agosto. El general Wrangel asumió el papel de almirante tras la recomendación de Torstensson y revitalizó el estado de ánimo de las tripulaciones. El viento cambió, y los barcos suecos, con los fanales apagados, se escabulleron a través de la flota danesa en la noche del 12 de agosto. Gallas llegó al extremo de la bahía al día siguiente, justo a tiempo para ver como sus velas desaparecían en el horizonte.

Con Gallas distrayendo a Torstensson, Cristian transbordó en septiembre a una parte de su ejército desde las islas danesas con la intención de liberar Malmö y expulsar a Horn de Escania. Un contraataque noruego había recuperado ya Jämtland en agosto. Parecía que la estrategia de Oxenstierna comenzaba a desmoronarse. Su nueva guerra tensó las relaciones con Francia justo cuando abría sus puertas el congreso de paz de Westfalia. Se necesitaba con urgencia un éxito y Wrangel lo proporcionó. La flota principal sueca había sido reparada y se había unido a Thijsen, que había regresado, en

agosto, con veintiún barcos de la flota auxiliar a través del estrecho. La fuerza combinada, formada ahora por treinta y siete naves, navegó hacia el oeste frente a la costa de Mecklemburgo con rumbo a Kiel, y sorprendió al almirante Mundt frente a la isla de Fehmarn el 23 de octubre. Los daneses no esperaban más actividad naval ese año y habían desmovilizado ya la mitad de la flota de cara al invierno. Mundt solo podía contar con diecisiete navíos escasos de tripulación, algunos de los cuales trataron de escapar sin órdenes para ello poco después de que comenzase la batalla. El almirante murió en el abordaje de su nave capitana, mientras que otros navíos se incendiaron. Mil hombres fueron capturados y solo lograron escapar tres barcos.

El desastre obligó a Cristian a renunciar a sus planes de invadir Suecia e incluso consideró la posibilidad de empeñar Islandia y Escania para obtener algunos préstamos de urgencia. La situación empeoró con la destrucción del ejército imperial a causa de las escaramuzas, el hambre y las deserciones. Gallas había tomado Kiel y Rendsburg, pero Torstensson lo superó en la maniobra y obligó a los imperiales a replegarse al otro lado del Elba, y luego a retirarse por el valle del río a través del mismo camino por el que habían venido antes aquel año. El área quedó esquilmada del todo. Torstensson se vio reforzado por el pequeño destacamento de Königsmarck y la fuerza de maniobra hessiana. Con Gallas borracho como una cuba, dos de sus subordinados, desencantados, trataron de escapar con 4000 caballos, pero fueron interceptados en noviembre. Alrededor de 3000 supervivientes de la fuerza principal llegaron al fin a Wittenberg en diciembre. En conjunto, las pérdidas no fueron tan severas como a menudo se ha afirmado, pero sí lo bastante grandes como para justificar las protestas de los soldados contra su general y considerarlo un «destructor de ejércitos». [21]

Gallas fue cesado el 24 de enero de 1645, pero el desastre no había sido del todo culpa suya. El ejército imperial no había operado en la región desde 1638 y tuvo que trasladar su base a lo largo de 750 kilómetros desde Bohemia al noroeste de Alemania. La planificación se había basado en expectativas poco realistas de que se podrían obtener provisiones en el devastado Mecklemburgo, donde los suecos mantenían las principales poblaciones. Las tropas ya habían visto su ración reducida a la mitad en agosto y la crítica escasez de animales de carga impidió que las provisiones frescas llegasen a tiempo.

El golpe definitivo llegó en enero, cuando Königsmarck y tres mil suecos se dirigieron hacia el noroeste, al interior de arzobispado de Bremen,

mientras otro destacamento inmovilizaba a las restantes unidades danesas en las áreas pantanosas del oeste de Holstein. Stade cayó el 15 de febrero de 1645 y, en marzo, Königsmarck era dueño y señor de Bremen y de Verden, y se había apropiado de las principales ganancias de la diplomacia de Cristian desde 1629. El poder danés parecía destruido. Ya en 1644 los neerlandeses pudieron enviar un convoy mercante al Báltico mediante el pago de los peajes a los precios antiguos. Su marina regresó en julio de 1645 con trescientos mercantes que no pagaron tasa alguna.

La paz de Brömsebro, 1645

En enero de 1644, Francia y la República Neerlandesa habían acordado limitar las ganancias suecas; ses mas, debido a que ninguna quería ver como Suecia desplazaba a Dinamarca como señora del Báltico, se entablaron conversaciones en Brömsebro, en la frontera de sus posesiones respectivas, al sur de Suecia, en febrero de 1645. Cristian había abandonado ya sus intenciones de mediar en Westfalia en agosto de 1644. Un año más tarde acordó la paz en Brömsebro y cedió las islas bálticas de Ösel (actual Saaremaa) y Gotland, así como las provincias noruegas de Härjedalen y Jämtland. Dinamarca cedió también durante treinta años la provincia de Halland, en la costa occidental sueca, como garantía del cumplimiento del nuevo acuerdo sobre los peajes, además de renunciar a sus pretensiones de inspeccionar los cargamentos. Las ciudades hanseáticas de Hamburgo, Bremen y Lübeck habían apoyado a Suecia en el ámbito diplomático durante la guerra y fueron incluidas en la paz. Las conversaciones posteriores obligaron a Dinamarca a cesar el cobro de peajes en Glückstadt y a aceptar la autonomía de Hamburgo (aunque no renunció a sus aspiraciones sobre la ciudad hasta 1768). [22]

Los nuevos acuerdos sobre las tasas de peaje redujeron de forma drástica los ingresos de la corona, pero permitieron a Cristian escapar de su aislamiento diplomático, al eliminar la principal fuente de fricción con otros países. Se vio obligado a hacer más concesiones a su nobleza, pero, a cambio, recibió nuevos impuestos. Su hijo y sucesor impuso en 1660 un absolutismo que duró hasta la revolución de 1849, pero mientras la monarquía recuperaba su posición, su estatus internacional entró en un declive terminal. Los intentos de recuperar el antiguo papel del país acabaron en desastre en 1679 con la pérdida de las posesiones que le quedaban en el sur de Suecia. Los

peajes del estrecho continuaron aplicándose hasta que la presión internacional consiguió su abolición en 1857.

Oxenstierna alcanzó con creces sus objetivos, no solo con la eliminación de la amenaza de la mediación danesa, sino también a través de la mejora de su posición negociadora en Westfalia con sus nuevas victorias. La delegación recibió nuevas instrucciones en noviembre de 1645, que extendían la «satisfacción» sueca a la inclusión de Bremen y Verden, además de Pomerania y Wismar.

1645: *ANNUS HORRIBILIS ET MIRABILIS*

El año 1645 resultó a la vez un «año terrible y milagroso» para Fernando III. [23] Una nueva sucesión de derrotas llevó a los suecos a las puertas de Viena en la primera amenaza a la capital imperial desde 1620, solo para ser repelidos por una tenaz resistencia austriaca. No todo estaba perdido, pero hacia finales de año quedó claro que se había alcanzado un punto de inflexión, lo que obligó al emperador a pasar de la forma al contenido en las negociaciones de Westfalia.

La batalla de Jankau

La derrota de Dinamarca y la destrucción del ejército de Gallas impulsaron al elector Maximiliano a entablar nuevas negociaciones con Francia. Con su posición en pleno desmoronamiento, el emperador convocó a sus consejeros más próximos en Año Nuevo para que le diesen su opinión sincera. [24] Ninguno pensó que la victoria fuese posible ni creyó en la estrategia de Praga para unir al Imperio y expulsar a los extranjeros. Sin embargo, no estaban dispuestos todavía a ceder las ganancias conseguidas desde 1635 y albergaban pocas esperanzas de alcanzar una paz satisfactoria en Westfalia. Aconsejaron reanudar el esfuerzo militar con el objeto de obligar a Suecia a consentir unos términos más favorables, a la vez que continuaban esperanzados, con escaso realismo, en que la elección del papa Inocencio X en 1644 facilitaría un acuerdo de paz por separado con Francia.

Las dietas austriacas ya se habían convocado y votaron que se incrementaran los impuestos y la provisión de alimentos. El emperador vendió parte de las joyas de la corona y, siguiendo su ejemplo, las iglesias cedieron su plata, a la vez que los nobles adelantaban préstamos. Fernando se

unió al ejército como parte de la estrategia para obtener el apoyo popular y divino, que culminó con su encabezamiento de una procesión religiosa en Viena el 29 de marzo. Allí anunció su intención de construir una columna conmemorativa dedicada a la Virgen como la que se había completado en Múnich siete años antes para conmemorar la batalla de la Montaña Blanca. El mando real de las tropas se confió a Von Hatzfeldt, que había pasado la mayor parte de 1644 a cargo del ejército de reserva en Bohemia y Franconia. Se persuadió a Maximiliano para que enviase a Werth con 5000 bávaros veteranos, a pesar de la crítica situación que se vivía en el Alto Rin, y Juan Jorge envió 1500 jinetes de la caballería sajona. Esto elevó la fuerza combinada a 11 000 caballos, unos 500 dragones, 5000 infantes y 26 cañones que se reunieron en Pilsen en enero. [25]

Los suecos estaban resueltos a explotar el inesperado premio que suponía la desintegración del ejército de Gallas. Tenían 43 000 hombres en Alemania en ese momento. Algunos estaban con Königsmarck completando la conquista de Bremen y Verden, mientras que otros se hallaban de guarnición en la cabeza de puente báltica y en distintas posiciones en Silesia y Moravia. La principal fuerza de ataque a las órdenes de Torstensson ascendía a 9000 caballos, 6500 infantes y 60 cañones, y se hallaba en Sajonia occidental, adonde habían llegado tras perseguir a Gallas. Torstensson ya se había puesto en marcha el 19 de enero, a fin de evitar que los imperiales tuvieran tiempo de recuperarse. Von Hatzfeldt acertó al adivinar que se dirigía a Olmütz, pero no sabía si para llegar hasta allí pasaría por el norte o por el sur de Praga. Las operaciones se interrumpieron debido a un deshielo repentino en febrero que convirtió los caminos en lodazales. Cuando regresó de nuevo el frío, Torstensson rebasó Praga por el sur y cruzó el congelado Moldava. Von Hatzfeldt se recuperó muy rápido y se dirigió al este con la intención de bloquearlo en las colinas a la altura de Jankau (actual Jankov) el 6 de marzo.

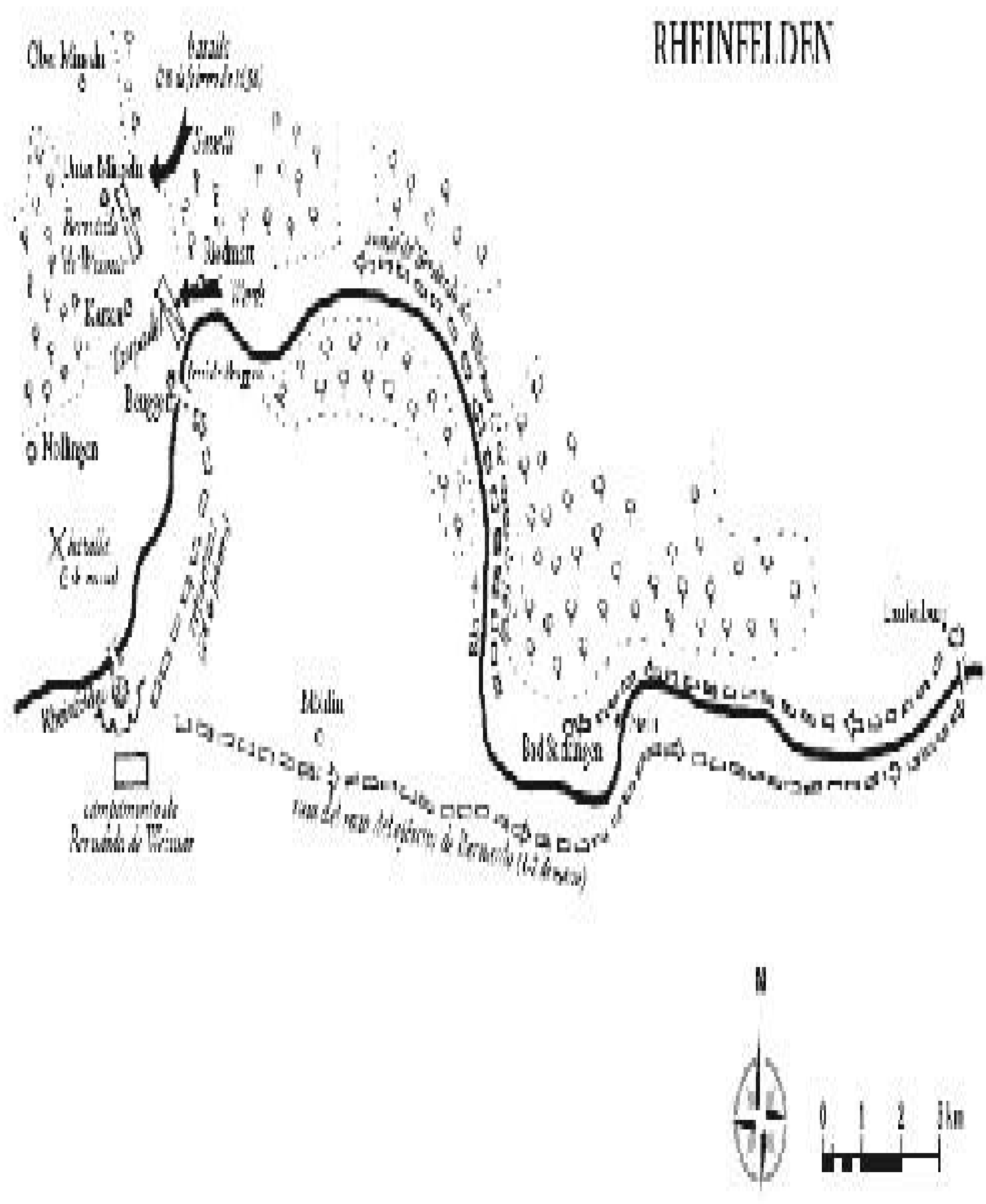
La derecha imperial estaba protegida por un terreno elevado con mucha pendiente y por frondosos bosques. La izquierda estaba más expuesta, pero el frente se hallaba todo cubierto por las aguas gélidas del arroyo Jankova y por una serie de charcas al sur del mismo. Torstensson decidió amagar contra la derecha enemiga mientras trataba de rodear su izquierda con la intención de flanquearla en una maniobra que guardaba semejanza con las tácticas empleadas por Federico el Grande en la batalla de Leuthen en 1757. Los suecos se pusieron en marcha a las seis de la madrugada, alrededor de noventa minutos antes del amanecer, en dirección a la colina de la Capilla,

una pequeña elevación que tenían que asegurar para cruzar a salvo la zona de las charcas. Von Hatzfeldt había salido a efectuar un reconocimiento, tras dejar al conde Götz con vagas instrucciones de que defendiese la colina. Por razones aún no esclarecidas, Götz movió la totalidad del ala izquierda hacia el sur, al interior del valle que llevaba a la colina. Esta maniobra se vio entorpecida por los frondosos bosques que había a ambos lados de su ruta, de modo que, a su regreso, Von Hatzfeldt se encontró a los soldados cuando trataban de pasar a través de los obstáculos con los que él pretendía estorbar el avance enemigo. Era demasiado tarde para darse la vuelta.

El terreno helado dio a los suecos un suelo firme por el que arrastrar sus cañones pesados hasta la cima de la colina de la Capilla, mientras que la artillería imperial quedó atascada en los bosques. Von Hatzfeldt movió su centro y su derecha hacia el sur en apoyo de la izquierda cuando se entabló un feroz combate que pretendía evitar que los suecos atravesasen las charcas. Werth y la caballería bávara y sajona arrollaron a dos brigadas de infantería suecas antes de que el fuego de la artillería los obligara a retirarse. Los suecos avanzaron entonces hacia el este y se adueñaron del terreno elevado situado en el flanco imperial, lo que forzó a Von Hatzfeldt a retirarse hacia el norte. Tras una hora de fuego de mosquetería, Von Hatzfeldt rompió el contacto y se retiró más allá de su posición de partida, hacia la villa de Skrýšov, donde se volvió a desplegar con el frente hacia el sur, su derecha en el Jankova y su izquierda en Hrin. Torstensson le siguió y tomó posiciones entre Jankau y Radmeritz. Había esperado que Von Hatzfeldt continuase su retirada, pero descubrió a mosqueteros imperiales atrincherados en una pequeña colina boscosa frente a Skrýšov. Von Hatzfeldt pretendía que esta actuase como un puesto avanzado mientras esperaba a que cayese a la noche para escabullirse. Una vez que los suecos hubieron desalojado a los mosqueteros se incrementaron sus temores y lanzó un contraataque que reanudó la batalla alrededor de la una de la tarde.

Werth, ahora en la derecha, encabezó otra exitosa carga, que esta vez derrotó a la mejor caballería sueca, que se había desplegado frente a él en Radmeritz. Sin embargo, sus camaradas del centro y la derecha estaban muy desmoralizados tras la derrota que habían sufrido esa mañana y se deshicieron bajo la presión provocada por la reanudación de la lucha. La caballería bávara se había dispersado a fin de iniciar el saqueo y había capturado el botín y las mujeres del ejército sueco, incluida la esposa de Torstensson. Los suecos se reagruparon y lograron expulsarlos del lugar,

además de rescatar a las mujeres. Como la caballería imperial de la derecha también había cedido, la infantería del centro quedó abandonada, como ya le sucediera a la española en Rocroi y a sus propios camaradas en ambas batallas de Breitenfeld. Lucharon hasta el amanecer. Algunos escaparon al interior de los bosques que había en la retaguardia, pero 4500 fueron capturados. Götz


RHEINFELDEN
Karsau
Beuggen
Nollingen
Bad Säckingen
0 1 2 3 km

murió junto a otros oficiales de alta graduación y 4000 hombres, muchos de ellos durante la persecución. Von Hatzfeldt fue apresado cuando su caballo se desplomó debido al agotamiento y, una vez despojado de sus pertenencias, se lo entregaron a Torstensson.

No cabe duda de que esta batalla supuso un desastre para el emperador. Una muestra de treinta y seis regimientos realizada a las afueras de Praga una semana más tarde reveló que solo quedaban 2697 hombres y oficiales. Otros 2000 fugitivos quedaron atrapados por el rápido avance sueco a través de Moravia y tuvieron que vivir como merodeadores en un conflicto permanente con los campesinos locales. La veterana caballería bávara había sido prácticamente destruida, y la pérdida de numerosos oficiales superiores dejó al ejército sin liderazgo. Fernando llamó de nuevo a Gallas para que le ayudase a reorganizar el ejército, lo que indica su desesperación. Sin embargo, las comparaciones con Rocroi o la Montaña Blanca son exageradas, ya que a la batalla no le siguió un colapso político o militar. [26]

Torstensson afirmó que había perdido solo 600 hombres, pero la posterior historia del Estado Mayor General sueco sitúa las bajas en una cifra más realista de entre tres y cuatro mil. La victoria le permitió ampliar sus objetivos más allá del mero reaprovisionamiento de Olmütz. Continuó el avance por el sur de Moravia y a través de las colinas de la frontera hacia el interior de Austria Inferior hasta llegar a las afueras de Viena con 16 000 hombres el 9 de abril. El avance resucitó la posibilidad de que Transilvania pudiese intervenir en otro asedio combinado de la capital imperial.

Transilvania vuelve a entrar en la guerra

Suecia había cortejado al nuevo príncipe transilvano, György I Rákóczi, desde 1637, y el 16 de noviembre de 1643 concluyó una alianza con él. Rákóczy estuvo de acuerdo en atacar la Alta Hungría y cooperar en Silesia a cambio de un subsidio y de 3000 infantes para reforzar su ejército de caballería. Su situación había quedado más asegurada y quería reanudar la política de expansión de Bethlen. En marzo de 1642, el sultán había acordado en Szőny una nueva prórroga de la tregua de 1606 por otros veinte años, pero Fernando había retrasado la ratificación para evitar la humillación y el gasto que suponía el pago de 200 000 florines, necesario para confirmar el acuerdo. Por tanto, el sultán se sintió libre de dar su beneplácito a Rákóczi, el cual se internó en Alta Hungría en febrero de 1644. Suecia vio el ataque como una

valiosa distracción para cubrir la retirada del ejército de Torstensson que se dirigía a la invasión de Dinamarca.

El ataque transilvano causó una alarma considerable, retrasó la salida de Gallas de Holstein e interrumpió las operaciones de Götz contra Olmütz. Sin embargo, Rákóczi encontró una resistencia inesperada en Hungría, donde, a diferencia de la década de 1620, la mayoría de los señores eran ahora católicos leales a los Habsburgo. También se mostró reacio a arriesgar toda su fuerza hasta que sus aliados le proporcionasen un apoyo concreto. Los suecos no estaban en condiciones de satisfacer esta demanda, al estar ocupados en Dinamarca. La campaña se desmoronó cuando Rákóczi aceptó la oferta de Fernando de iniciar conversaciones, y solo se reanudó en abril de 1645 a raíz de Jankau y de la promesa de subsidios franceses.

Fernando y Leopoldo Guillermo estaban en Praga cuando llegaron las noticias de Jankau. El archiduque se dirigió directamente a Viena a organizar su defensa, mientras su hermano se apresuraba a través del Alto Palatinado hasta Baviera para asegurar a Maximiliano que no todo estaba perdido. [27] A continuación, se reunió con el archiduque en Viena el 20 de marzo y mostró la misma calma con la que había obtenido adhesiones durante el bombardeo de Ratisbona a manos de Banér. Las dietas austriacas convocaron a sus milicias y 5500 ciudadanos y estudiantes reforzaron a la guarnición regular de la ciudad, integrada por 1500 soldados. Se abandonó el bloqueo de Olmütz y todas las fuerzas se reagruparon al sur del Danubio, salvo la guarnición reforzada de Brünn y los hombres que defendían Praga. Tras largas negociaciones, Leopoldo Guillermo aceptó el mando el 1 de mayo; el ejército principal se elevaba a 15 000 hombres. Otros 6000 caballos efectuaban, por entonces, incursiones contra las líneas de comunicación suecas a través de Bohemia y Silesia, una columna volante de 4000 hombres se dirigía por el paso del Elba al interior de Sajonia y otras unidades se enfrentaban a los transilvanos en Hungría.

Torstensson se enfrentaba ahora a los mismos problemas que habían provocado la derrota del conde Thurn en 1619-1620. En primer lugar, no podía cruzar el Danubio para atacar Viena. Sus zapadores finlandeses estaban acostumbrados a emplear barcas del lugar para construir sus puentes, pero se encontraron con que los imperiales las habían retirado todas a la orilla sur. Los 14 200 transilvanos que se le unieron en mayo y julio demostraron ser poco fiables, ya que demandaban unas pagas que él no podía satisfacer. Por encima de todo, a Torstensson le preocupaba lo lejos que había llegado y la

distancia que lo separaba de su cabeza de puente pomerana, dado que Olmütz era la única comunicación con los débiles destacamentos que defendían Sajonia y Silesia. Decidió tomar Brünn a fin de asegurar Moravia de cara al invierno, mientras esperaba refuerzos. La fortaleza estaba defendida por 1500 dragones, estudiantes jesuitas y burgueses poco convencidos, todos al mando de Louis de Souches, un refugiado hugonote de La Rochelle que había dejado el servicio sueco tras una disputa con Stålhandske. Torstensson amenazó con colgar a Souches por desertor si no se rendía, pero este aguantó entre el 5 de mayo y el 19 de agosto, lo que supuso el «milagro» principal de ese año para Fernando. Los suecos y los transilvanos perdieron 8000 hombres durante el asedio, la mayoría debido a un nuevo brote de la peste.

El fracaso desmoralizó a los transilvanos, que reanudaron las negociaciones con el emperador. Fernando había enviado al conde Czernin, bohemio, con un impresionante séquito de ciento sesenta personas a Constantinopla en junio de 1644. Czernin llegó en el momento crítico. Los caballeros de San Juan acababan de capturar una gran nave turca en el Mediterráneo. El sultán culpaba a los venecianos y se enfrentaba al dilema de luchar contra ellos o apoyar a Rákóczi. Czernin, entonces, maniobró con brillantez y se impuso a sus contrapartes sueca y francesa a la hora de persuadir al sultán para que aceptase la ratificación tardía de la prórroga de la tregua acordada en Szőny. Los otomanos lanzaron un asalto anfibio a Creta en abril de 1645 e iniciaron una guerra con Venecia que duraría hasta la caída de la isla en 1669. A continuación, Rákóczi se apresuró a obedecer y aceptó, en agosto, la oferta de Fernando según la cual este le otorgaba los siete condados de Alta Hungría cedidos anteriormente a Bethlen de forma vitalicia.[28]

La retirada transilvana obligó a Torstensson a levantar el sitio de Brünn, pero la Paz de Brömsebro, firmada ese mes, lo alentó a regresar al sur para llevar a cabo un segundo intento contra Viena. Los imperiales habían enviado 3000 hombres en ayuda de Sajonia y 1200 en auxilio de Baviera, pero aún conservaban unos 20 000 gracias a las nuevas reclutas. Para entonces, Torstensson se encontraba muy enfermo y apenas si podía permanecer dos horas sobre la silla de montar. Sus fuerzas se habían reducido a 10 000 hombres para octubre, momento en el que se dio por vencido y se retiró a través de Sajonia al interior de Turingia, donde entregó el mando al almirante Wrangel el 23 de diciembre. Tras haber ayudado a Maximiliano brevemente en octubre, Leopoldo Guillermo regresó con apoyo bávaro y expulsó a las

guarniciones suecas restantes de Bohemia en febrero de 1646.

Jankau, pese a ser un golpe serio, no fue decisivo y la monarquía Habsburgo demostró una resistencia y una habilidad considerables a la hora de repeler el ataque combinado sueco-transilvano. No obstante, lo que resultó crítico fue que esta maniobra impidió una ayuda efectiva a Baviera y a Sajonia durante buena parte del año, lo que llevó a derrotas que dejaron a Fernando peligrosamente aislado.

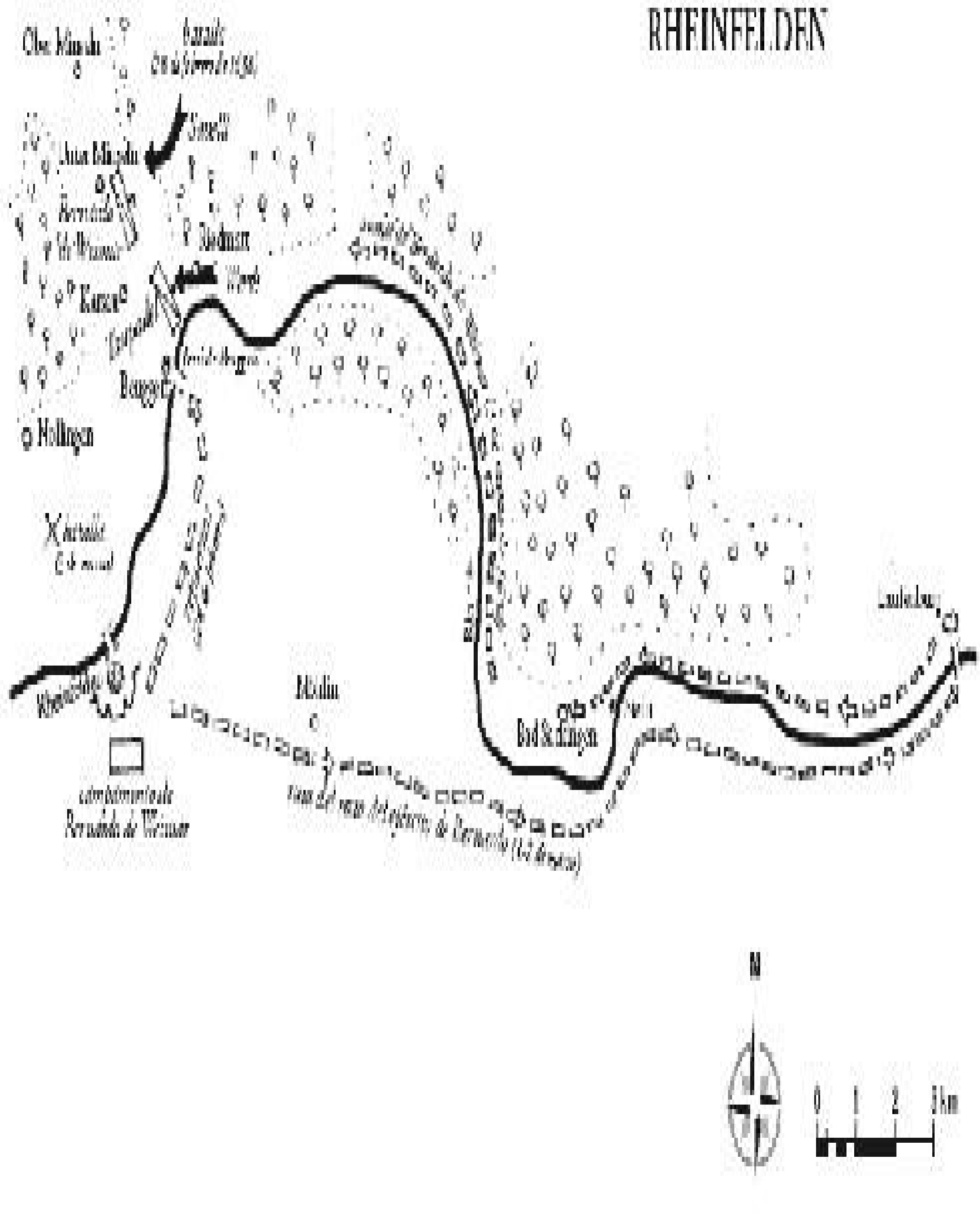
La batalla de Herbsthausen

La toma de Philippsburg y Maguncia había dado a Francia una base segura desde la que cruzar el Rin, pero el Bajo Palatinado estaba demasiado devastado como para proporcionar un apoyo adecuado que permitiese a los franceses internarse en Alemania. La tregua local descartaba el empleo del Franco Condado al sur, lo que elevaba la importancia de asegurar el territorio suabo al este de la Selva Negra con el propósito de mantener a las fuerzas francesas en el interior del Imperio. Las noticias de Jankau animaron a Mazarino a creer que había una oportunidad real de sacar a Baviera de la guerra y ordenó a Turena alcanzar dicho objetivo. [29]

Ambos bandos emplearon los primeros meses de 1645 para lanzar incursiones en el territorio del contrario a través de la Selva Negra. Turena se retrasó debido a la necesidad de reconstruir su infantería, que había quedado muy malparada en Friburgo, mientras que Mercy había destacado a Werth y a la mayoría de la caballería a Bohemia. Solo 1500 jinetes regresaron en abril. Turena logró ser el primero en atacar, después de cruzar el Rin con 11 000 hombres cerca de Espira el 26 de marzo y subir por el valle del Neckar hasta Wurtemberg, al que sometió a un exhaustivo saqueo. A continuación, avanzó hacia el nordeste y tomó Rothenburg ob der Tauber a fin de dejar expedita la incursión al interior de Franconia. Mercy se fingió derrotado y se mantuvo al sur mientras reunía a sus fuerzas. Turena actuó con precaución, pero no fue capaz de sostener a su ejército, bastante pequeño, en el valle del Tauber. En abril se dirigió a Mergentheim y alojó a su caballería en las villas de los alrededores.

Tras haber obtenido el permiso de Maximiliano para presentar batalla, Mercy inició la planificación con la intención de repetir su éxito de Tuttlingen. La llegada de Werth le daba 9650 hombres y 9 cañones en Feuchtwangen. A continuación, realizó una marcha forzada de sesenta

kilómetros con sus tropas el 5 de mayo con la intención de aproximarse a Mergentheim desde el sudeste. Una de las patrullas de Rosen alertó a Turena a las dos de la madrugada pero quedaba poco tiempo para reunir a las tropas en Herbsthausen, justo al sudeste de


RHEINFELDEN
Nollingen
N
0 1 2 3 km

la población. Turena sabía que no podía confiar en su infantería, poco entrenada en campo abierto, así que la apostó a lo largo de la linde de un bosque en un terreno elevado que dominaba el camino principal. La mayor parte de la caballería se concentró a la izquierda, lista para cargar contra los bávaros en cuanto emergieran de un gran bosque que había al sur. El francés solo tenía 3000 jinetes y un número similar de infantes, aunque no todos estaban presentes al comienzo de la batalla, y otros 3000 que estaban alojados en el área de los alrededores no lograron llegar a tiempo.

Werth apareció el primero a la cabeza de la mitad de la caballería bávara para cubrir el despliegue del resto del ejército en el otro lado del estrecho valle que había frente a los franceses. Mercy empleó su artillería para bombardear el bosque, lo que incrementó las bajas cuando las balas comenzaron a arrancar las ramas de los árboles, igual que habían hecho los suecos con los bávaros en Wolfenbüttel. Ninguno de los seis cañones franceses había llegado. Su infantería disparó una salva inefectiva a gran distancia y se replegó al tiempo que los bávaros comenzaban un avance general. Turena cargó valle abajo y puso en fuga a la caballería bávara de la izquierda, compuesta por unidades que habían sido derrotadas en Jankau. Sin embargo, un regimiento que permanecía en reserva detuvo el ataque a la vez que algunos elementos de la caballería francesa apostados en el extremo derecho de Turena eran barridos por la carga de Werth. El ejército francés se deshizo, presa del pánico, y mucha de su infantería quedó atrapada en los alrededores de Herbsthausen. Turena se abrió camino casi en solitario para unirse a tres regimientos de caballería frescos que llegaron justo a tiempo para cubrir la retirada. La posterior capitulación de Mergentheim y de otras guarniciones elevó las pérdidas francesas a 4400 hombres, frente a 600 bávaros. [30]

El éxito no fue de la magnitud del de Tuttlingen, pero sí suficiente como para eliminar el abatimiento en Múnich y Viena después de la derrota de Jankau. La secuencia de estas acciones muestra la interrelación existente entre la guerra y la diplomacia, ya que cada cambio de fortuna en la situación militar incrementaba las esperanzas de una parte de conseguir sus objetivos diplomáticos a la vez que endurecía la determinación de la otra a continuar resistiendo hasta que la situación mejorase. En este caso, Mercy era demasiado débil para explotar su victoria más allá de asegurar el área situada al sur de Maguncia. Mazarino maniobró con rapidez para restaurar el prestigio de Francia antes de que las negociaciones avanzasen en Westfalia.

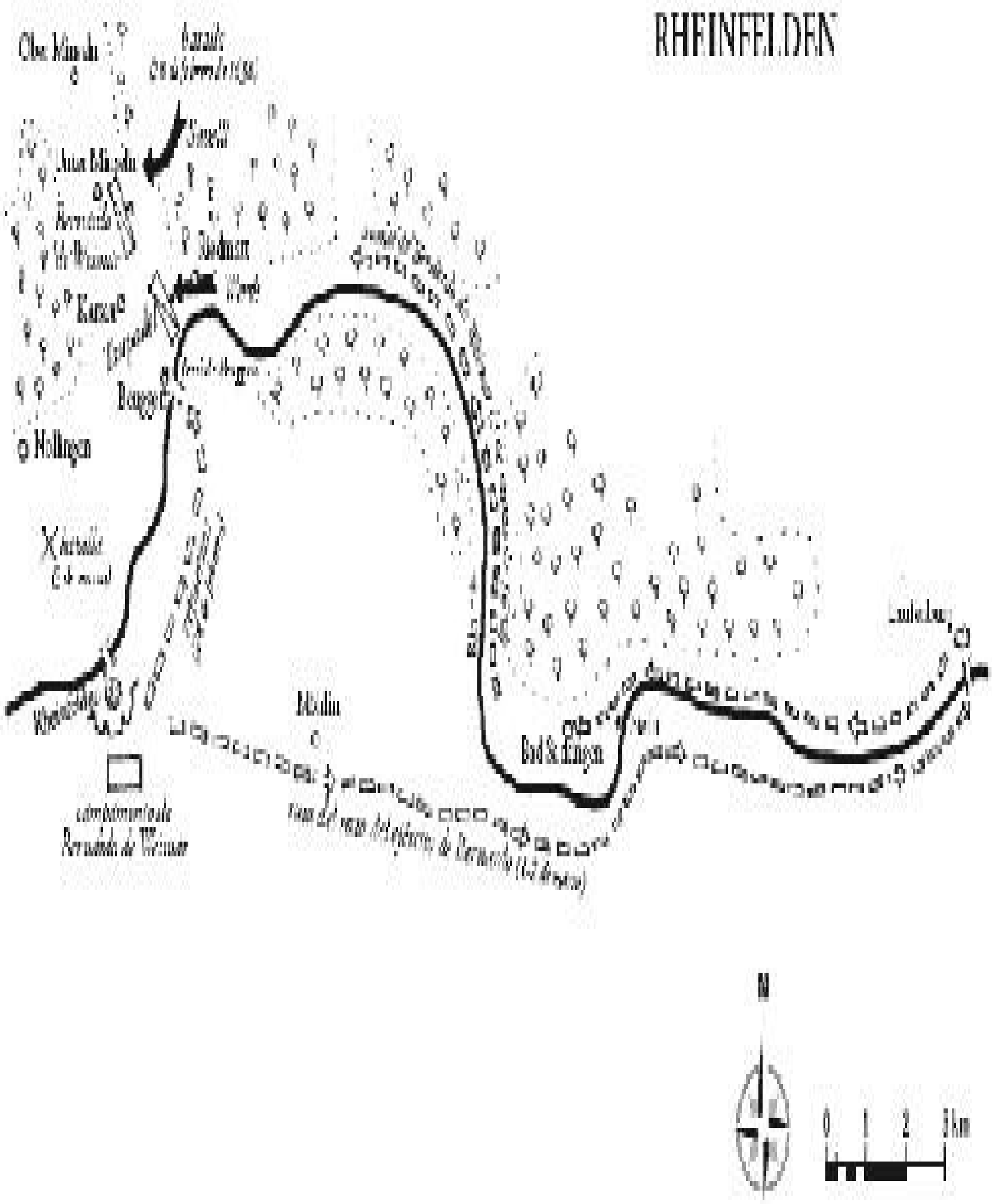
Enghien recibió órdenes de cruzar el Rin en Espira con otros 7000 hombres de refuerzo y, en una nueva muestra de determinación mutua, Suecia decidió enviar a Königsmarck desde Bremen para unirse a los franceses. Tras reforzar sus guarniciones en Meissen y Leipzig, Königsmarck llegó al Meno con 4000 hombres. El regreso de la guerra a la región del Meno permitió a Amalia Isabel reavivar los planes de ataque de Hesse sobre Darmstadt al amparo de la guerra general. La landgravina cordó aportar 6000 hombres a las órdenes de su nuevo comandante en jefe, Johann Von Geyso, que se concentró en Hanau con la intención de invadir Darmstadt en junio. [31]

La batalla de Alerheim

Fernando de Colonia envió a Geleen y a 4500 westfalianos al sur, a través del territorio de los aliados, para unirse a Mercy el 4 de julio, lo que elevó sus fuerzas a 16 000 hombres, frente a los 23 000 efectivos del enemigo. Mercy se retiró entonces hacia el sur, a Heilbronn, y bloqueó el acceso al interior de Suabia. La concentración de tropas aliadas se deshizo pronto. Tradicionalmente se ha aducido que Enghien había llegado a insultar tanto a Von Geyso como a Königsmarck. Lo cierto es que la causa real de la partida de este último, a mediados de julio, fue una orden de Torstensson de atacar a Sajonia. Las instrucciones, fechadas el 10 de mayo (calendario Juliano), se copiaron más tarde y se enviaron a Juan Jorge para presionarlo y que negociara. [32] Dada la incapacidad de Torstensson para tomar Brünn, solo había un periodo limitado de tiempo en el que intimidar a Sajonia antes de que los imperiales se recuperasen lo suficiente como para enviarle ayuda. Entretanto, Enghien recuperó el plan anterior de Turena y marchó hacia el este, atravesando el sur de Franconia en dirección a Baviera. La división del esfuerzo militar, que evolucionaba desde 1642, llegaba por fin a su perfección. Suecia eliminaría a Sajonia y atacaría al emperador mientras Francia derrotaba a Baviera y la sacaba de la guerra.

Mercy, muy hábil, frenó el avance francés al apostarse en una serie de posiciones casi inexpugnables, lo que obligó a Enghien a perder tiempo en el flanqueo de las mismas. El juego terminó el 3 de agosto en Alerheim, cerca de la confluencia de los ríos Wörnitz y Eger. Aunque también se la conoce como la segunda batalla de Nördlingen, la acción se libró en la margen del Eger opuesta a donde tuvieron lugar los combates de 1634. Mercy se había desplegado con su espalda contra el Wörnitz, entre dos pronunciadas colinas

en las que había emplazado algunos de sus veintiocho cañones. La infantería, que comprendía menos de la mitad de su ejército, se posicionó en el centro, detrás de Alerheim. El cementerio, la iglesia y algunas casas de piedra se abarrotaron


RHEINFELDEN
Nollingen
N
0 1 2 3 km

de mosqueteros, mientras que otros se aprestaron a la defensa de posiciones atrincheradas en el frente y los laterales de la población. La caballería se concentró en ambas alas: Geleen y los imperiales en la derecha (norte), que se extendía hasta Wenneberg, y Werth con los bávaros en la izquierda, junto al monte Schlossberg, llamado así por un castillo en ruinas que había en su cima. [33]

El duque de Enghien no esperaba encontrar al enemigo, pero aprovechó la oportunidad para presentar batalla a pesar de las reservas de sus subordinados. La marcha de Königsmarck lo había dejado con 6000 soldados franceses, más otros 5000 a las órdenes de Turena, los 6000 hessianos y 37 cañones. Desplegó a la mayor parte de la infantería francesa y a 800 caballos en el centro, frente a Alerheim, mientras Turena se situaba en la izquierda con los hessianos y su propia caballería. El resto de los franceses se desplegaron en la derecha (sur) a las órdenes de Gramont, frente al Schlossberg.

Para cuando estuvieron listos eran las cuatro de la tarde, pero Enghien conocía por Friburgo la rapidez con que podían atrincherarse los bávaros y no quiso concederles la noche para que ultimasen sus trabajos defensivos, así que ordenó un ataque frontal a las cinco. Pronto se empeñó por completo en la lucha por Alerheim, donde se puso a la cabeza de sucesivas oleadas de infantería contra las posiciones defensivas, que iban siendo rechazadas por unidades frescas bávaras enviadas por Mercy desde el centro. Los tejados de paja de la villa se incendiaron, lo que obligó a los defensores a refugiarse en los edificios de piedra. El comandante francés había perdido ya dos caballos a causa de los disparos y él mismo se salvó al rebotar una bala en el peto de su armadura. Mercy no tuvo tanta suerte. Cuando entraba en la población incendiada, alrededor de las seis de la tarde, con la intención de avivar la moral de los defensores, que comenzaba a flojear, recibió un disparo en la cabeza y murió al instante. Ruischenberg asumió el mando y repelió a los franceses.

Entre tanto, Werth derrotó a Gramont, que pensó que una zanja que había frente a su posición era infranqueable y permitió que los bávaros se acercasen a una distancia de cien metros. La caballería francesa ofreció una breve resistencia antes de huir y dejó que Gramont continuase la lucha con dos brigadas de infantería hasta que se vio obligado a rendirse. La caballería de Werth se dispersó en la persecución y es posible que el humo procedente de Alerheim oscureciera el campo de batalla. En cualquier caso, no se percató de

que el resto del ejército estaba al borde del colapso hasta que regresó a su posición de partida alrededor de las ocho de la tarde. Turena había salvado la jornada para los franceses con un asalto desesperado en el Wenneberg que permitió a los hessianos, las últimas tropas frescas, arrollar a la artillería bávara y atacar Alerheim por el flanco. Algunos grupos de infantería bávara quedaron atrapados en la confusión y se rindieron. Werth asumió el mando, reagrupó el ejército en el Schlossberg y se retiró alrededor de la una de la madrugada en buen orden hasta la colina de Schellenberg, que dominaba Donauwörth.

Werth fue blanco de buena parte de la culpa, en especial por parte de comentaristas posteriores como Napoleón, por no lograr explotar su éxito inicial mediante un rodeo por el flanco para colocarse detrás del centro francés y aplastar así a Turena, como había hecho Enghien con los españoles en Rocroi. Werth se defendió exponiendo las dificultades de comunicación a lo largo del frente del ejército bávaro, que es posible que se extendiera unos dos mil quinientos metros. Sus jinetes sufrían también escasez de munición y comenzaba a oscurecer en el instante en el que empezaron a reagruparse. En efecto, lo tardío del momento quizá resultó decisivo, pues limitaba la visión de Werth. Su retirada fue prudente si se tienen en cuenta estas circunstancias, lo que privó a los bávaros de la oportunidad de conseguir la victoria, pero al menos evitaron una derrota más grave que hubiese arruinado al ejército.

El duque de Enghien había tenido suerte de hacerse con la victoria; perdió al menos 4000 hombres entre muertos y heridos. La infantería, en el centro, había sido casi aniquilada, y la corte francesa quedó espantada ante la magnitud de las bajas, que incluían a varios oficiales superiores. Como en Friburgo, fue la retirada bávara la que transformó la acción en un éxito estratégico, en parte porque se capturaron al menos 1500 hombres cuando Werth se retiraba de Alerheim, además de los 2500 que habían resultado muertos o heridos. La retirada después de otra dura batalla erosionó aún más la moral. Los bávaros pagaron su furia con el desdichado prisionero Gramont, que escapó por poco de ser asesinado por un sirviente de Mercy, y que agradeció ser intercambiado por Geleen el mes siguiente.

El Armisticio de Kötzschenbroda

Las repercusiones inmediatas se consumaron con rapidez. Los franceses tomaron Nördlingen y Dinkelsbühl, pero se empantanaron frente a Heilbronn,

donde Enghien cayó enfermo. Mazarino se negó a enviar refuerzos para reemplazar las bajas sufridas, lo que dejó a Turena en inferioridad numérica cuando llegó Leopoldo Guillermo con 5300 imperiales procedente de Bohemia a principios de octubre. En diciembre, Turena estaba de vuelta en Alsacia, tras haber perdido todas las poblaciones conquistadas durante el año.

La estabilización del sur de Alemania quedó compensada por un gran golpe en el nordeste que apuntaba a que la nueva estrategia aliada estaba funcionando. Aunque los franceses habían sido incapaces de noquear a Baviera, su campaña en Franconia evitó que llegasen refuerzos a Sajonia, que había quedado sola y aislada después de Jankau. Königsmarck había avanzado a marchas forzadas por el valle del Meno y había irrumpido en el electorado a primeros de agosto. Juan Jorge apeló a Fernando y protestó por que los suecos saqueaban sus tierras de forma deliberada. El emperador replicó el 25 de agosto que había firmado la paz con Rákóczi y que ya había ayuda en camino. Era demasiado tarde. El elector había perdido toda esperanza antes de que llegase la carta; concluyó un armisticio en Kötzschenbroda el 6 de septiembre. [34]

Sajonia se aseguró un alto el fuego de seis meses en unos términos bastante favorables. Los suecos aceptaron la neutralidad del electorado, pero le permitieron seguir cumpliendo sus obligaciones con el emperador mediante la permanencia de tres regimientos de caballería en el ejército imperial. A cambio, Sajonia debía pagar 11 000 táleros mensuales para mantener a la guarnición sueca de Leipzig, la única localidad que Königsmarck se empeñó en mantener en el electorado. A los suecos se les dio derecho de paso por el territorio, aunque también se acordó de que estos levantarían el bloqueo a la guarnición sajona de Magdeburgo.

Fernando cede

Suecia y Francia no habían conseguido una hegemonía militar, pero sus éxitos en Jankau, Alerheim y Kötzschenbroda pesaban más que sus derrotas en Herbsthausen y Brünn. La guerra separada de Suecia con Dinamarca había descartado el espectro de la mediación de Cristian IV en Westfalia. La insistencia de Francia en que los portugueses y los catalanes participasen en el congreso fue una estratagema para presionar a España. Esta bloqueó la iniciativa con una demanda alternativa a favor de Lorena. Llegaron los representantes de estos tres aspirantes, pero sus credenciales no fueron

reconocidas. [35] Sin embargo, Fernando no pudo evitar la admisión de los estados imperiales. Esto consolidó la forma del congreso y permitió que las discusiones avanzasen hacia el contenido final de la paz.

Las dietas imperiales se valieron de la Diputación para exigir su acceso. Prometida en el Decreto imperial promulgado en Ratisbona en 1641 (*Vid.* Capítulo 5, 198-200), la Diputación se reunió finalmente en enero de 1643 en Fráncfort, donde los representantes de cuarenta territorios habían estado esperando desde el mes de septiembre anterior. Maguncia se valió de la prerrogativa de su archicanciller para situar el debate sobre la paz como primer punto a tratar en la agenda. [36] El emperador veía con buenos ojos que los estados participasen en el Congreso de Westfalia en calidad de observadores, pero quería preservar sus prerrogativas y denegarles cualquier derecho de negociación. Suecia y Francia barajaron la posibilidad de debilitar al emperador al involucrar a los estados en nombre de las Libertades Alemanas. Para su sorpresa, Wurtemberg devolvió sin abrir su invitación a participar. El resto también se mostró reacio a la hora de desafiar al emperador.

Amalia Isabel, oportunista, se decidió a participar y asumió el papel abandonado por el Palatinado como campeón de la interpretación aristocrática de la constitución. La posición de Hesse era incluso más radical, porque su gobernante no era un elector y tenía menos interés en la jerarquía establecida. Tras reforzar su posición con los escritos de Bodino y otros ejemplos históricos, los hessianos presionaron a las dos coronas para que apoyasen modificaciones en la constitución. Aparte de Marburgo, todas las demandas territoriales de Hesse se habían de hacer a costa de los católicos. En consecuencia, los hessianos recuperaron la vieja demanda del Palatinado de que las dietas se reuniesen como dos cuerpos confesionales (*corpora*) en vez de en los tres estamentos jerárquicos tradicionales. Suecia y Francia aceptaron el objetivo general de socavar al emperador, pero no tenían ninguna intención de apoyar pretensiones específicas de Hesse si estas iban a resultar inconvenientes más adelante. Francia estaba más acostumbrada a tratar con los electores, pero pronto abrazó el más extenso concepto de Libertades Alemanas e hizo de ellas el eje central de su primera propuesta de paz en diciembre de 1644. Las victorias de 1644-1645 propiciaron la ampliación de las demandas territoriales francesas y suecas, pero ambas partes acordaron ocultar este hecho en abril de 1645 y, en su lugar, reiteraron sus llamamientos a modificar la constitución en su segunda propuesta

conjunta el 11 de junio. Ambas coronas se alegraban de recibir consejo de los hessianos sobre la constitución imperial y veían con buenos ojos la declaración del 30 de agosto de 1645 de Amalia Isabel, que reclamaba a que todos los estados pudiesen participar incluso sin el permiso del emperador.

Suecia envió una convocatoria general a todos los estados protestantes en noviembre, seguida de una invitación similar a los católicos por parte de Francia en abril de 1644. El enviado de Hesse llegó a Osnabrück en junio de 1644, y pronto se le unió su colega de Brunswick, pero el resto no movieron ficha, ya que temían que su aceptación equivaliera a apoyar las demandas francesas. Los éxitos galos, como la toma de Maguncia (septiembre de 1644), hicieron que fuese más difícil ignorar las reiteradas invitaciones. Además, entre los delegados en Fráncfort crecía la preocupación ante la falta de progresos en Westfalia. El nuevo obispo de Wurzburgo, Juan Felipe de Schönborn, persuadió a la asamblea del Círculo de Franconia de que apoyase los llamamientos a participar en noviembre de 1644, y la de Suabia siguió su ejemplo en enero. La batalla de Jankau obligó a Fernando a asegurar de nuevo a los príncipes que iba en serio con la paz, pero sus réplicas lo urgieron a hacer concesiones para obtenerla. [37] El elector Maximiliano percibió el cambio en el ambiente y se decantó a su favor, al exigir la admisión de todos los estados, incluidas las ciudades imperiales. Al final, el emperador aceptó las razones bávaras y reconoció que la participación plena de los tres estamentos era preferible a la opción franco-sueca de dos grupos confesionales, pues podía permitir a los católicos ejercer su voto de la mayoría. Fernando ya había liberado a Sötern de Tréveris el 12 de abril para aplacar a los franceses en sus demandas, que hacían de esta cuestión una condición previa para la paz. Sin hacerse eco de la alarma creciente entre los militantes católicos, que temían que las concesiones se hiciesen a expensas de su iglesia, Fernando invitó formalmente a todos los estados imperiales al congreso el 29 de agosto. [38]

A continuación, a raíz de Brömsebro, Kötzschenbroda y el segundo ataque de Torstensson a Viena, Fernando esbozó en persona una serie de instrucciones secretas que se enviaron a Trauttmansdorff el 16 de octubre. El plenipotenciario imperial recibía al fin instrucciones para comenzar las negociaciones sobre el contenido de la paz y dejar de lado los pretextos encaminados a retrasar los asuntos con la esperanza de que el ejército pudiese subsanar la situación. Las operaciones continuarían, pero Fernando aceptó lo inevitable, tenía que hacer grandes concesiones. Estas se dispusieron con

cuidado en un orden de prioridad que el emperador pensaba que podía sacrificar para proteger sus intereses principales. Trauttmansdorff fue autorizado a hacer concesiones graduales hasta que el enemigo se mostrase dispuesto a alcanzar el acuerdo.

El primer paso implicaba ceder a Suecia el territorio báltico que ambicionaba. Fernando ya lo había aceptado en 1643, pero ahora añadía Bremen y Verden a las posibles cesiones. Se trataba de un paso significativo, ya que ambos eran territorios eclesiásticos, cuya pérdida entraba claramente en contradicción con los términos acordados en Praga en 1635 respecto del mantenimiento del programa de restitución católico. Además, debía ceder Magdeburgo y Halberstadt a Brandeburgo para compensar la pérdida de Pomerania. El segundo paso contemplaba concesiones a expensas de Austria encaminadas a apaciguar a Francia. Estas se acordaron para satisfacer a Maximiliano, que estaba convencido de que era el único modo de persuadir a Mazarino para que pusiese fin a la guerra. [39] Trauttmansdorf fue autorizado a ceder Alsacia, ya que esto era lo que Francia quería, y también porque pertenecía a los endeudados Habsburgo tiroleses, a quienes se podía convencer de que diesen su visto bueno a cambio de una compensación financiera por parte francesa. El tercer paso consideraba el abandono de la restitución, que ya estaba implícito en las concesiones a Suecia y Brandeburgo. En este punto, Fernando estaba dispuesto, de ser necesario, a restaurar el equilibrio confesional del Imperio al estado de 1618 siempre que las ganancias en las tierras hereditarias de los Habsburgo se preservaran. La cuestión del Palatinado era el siguiente punto, porque Fernando esperaba evitar todo lo que pudiese distanciarlo de Baviera, su principal aliado alemán. Se autorizó a Trauttmansdorff a acordar que el título electoral se alternase entre las dos ramas Wittelsbach, o que, en caso de no ser posible, se crease un octavo título para compensar al Palatinado. El quinto y último paso era abandonar a España mediante una paz separada, algo a lo que solo se accedería si la paz no se podía obtener de otra manera. Las campañas de los tres años siguientes dictarían hasta donde debía llegar Trauttmansdorf.

NOTAS

1 El trabajo de F. Dickmann aún constituye la mejor referencia sobre el

. congreso. Hay un valioso resumen de los distintos asuntos en Repgen, K.: «Die Hauptprobleme derWestfälischen Friedensverhandlungen von 1648 und ihre Lösungen», 399-438. Ver también Langer, H.: «Friedensvorstellungen der Städtegesandten auf dem Westfälischen Friedenskongre*ß* , 1060-1072, que incluye una lista de representantes de las ciudades imperiales.

2. *Vid.* Duchhardt, H.: «Zur "Verortung" des Westfälischen Friedens in der Geschichte der internationalen Beziehungen in der Vormoderne», 11-18. Para el protocolo en el congreso ver Stiglic, A.: «Hierarchy of ceremony and status on the European diplomatic stage», I, 391-396.

3. *Vid.* Lorenz, G.: «Schweden und die französischen Hilfsgelder von 1638 bis 1649», 145-148.

4. *Vid.* Bosbach, F. Ver también Buchstab, G.: «Die Kosten des Städterats Osnabrücks auf dem Westfälischen Friedenskongress», 221-225.

5. . *Vid.* Conrad, H. und Teske, G., 76-87.

6. *Vid.* Repgen, K.: *Dreißigjähriger Krieg und Westfälischer Friede* , 723-765. Ver también Kettering, A. M.

7. *Vid.* Repgen, K.: «Friedensvermittlung und Friedensvermittler beim Westfälischen Frieden», 37-61 y Teske, G.: «Verhandlungen zum Westfälischen Frieden außerhalb der Kongreßstädte Münster und Osnabrück», 63-92.

8. *Vid.* Fleitmann, W.: «Postverbindungen für den Westfälischen Friedenskongreß 1643 bis 1648», 3-48. Ver también Croxton, D.: *Peacemaking in Early Modern Europe. Cardinal Mazarin and the Congress of Westphalia, 1643-1648* , 43-48.

9. *Vid.* Schmidt, G.: *Geschichte des alten Reiches. Staat und Nation in der Frühen Neuzeit 1495-1806* , 179. Más detalles en Wagner, H.: «Die kaiserlichen Diplomaten auf dem Westfälischen Friedenskongreß», 59-73. Para las demás delegaciones, ver Rohrschneider, M.; Öhman, J., 168-174, 206; Tischer, A.; Sonnino, P.: «Prelude to the Fronde. The French delegation at the Peace of Westphalia», 217-233 y su «From d'Avaux to *dévot* : Politics and religion in the Thirty Years War», 192-203.

10. Las instrucciones y una cantidad considerable de documentación diversa se han publicado en una edición coordinada por Konrad Repgen como *Acta Pacis Wesphalicae* (*APW*).

11. Los efectivos en Salm, H., 34-38, 43. Ver también Heilmann, J.: *Kriegsgeschichte von Bayern, Franken und Schwaben von 1506-1651* , II, 897, 925, 955. Para la campaña y la batalla, ver Schaufler, H. H.; Schott, R.: «Die Kämpfe vor Freiburg im Breisgau, die Eroberung von Philippsburg und die Belagerung mehrerer Städte am Rhein im Jahre 1644», 9-22.

12. Esta escarpadura aparece en muchas relaciones como el Loreto, debido a la capilla que se construyó más tarde sobre la misma para conmemorar a los caídos.

13. *Vid.* Schiller, F., 351-352.

14. *Vid.* Lahrkamp, H.: *Jan von Werth* , 147.

15. *Vid.* Foerster, J. F., 196-271. Ver también Salm, H., 37, 83-89, 94-96.

16. *Vid.* Lorenz, G.: «Die Dänische Friedensvermittlung beim Westfälischen Friedenskongress», 31-61. Ver también Tode, S.: «Das Hamburger Umland im Dreisigjëhrigen Krieg», 145-180, en especial 169-176; Findeisen, J. P.: *Axel Oxenstierna. Architekt der schwedischen Großmacht-Ära und Sieger des Dreißigjährigen Krieges* , 387-394; Öhman, J., 185-190.

17. *Vid.* Hill, C.E., 114-134.

18. Suecia reembolsó solo un tercio de los 1,4 millones de florines de gastos de De Geer: Edmundson, G.: «Louis de Geer», 685-712. Para las operaciones, ver Anderson, R. C.: *Naval Wars in the Baltic 1522-1850* , 47-58; Böhme, K. R.: «Lennart Torstensson und Helmut Wrangel in Schleswig-Holstein und Jütland 1643-1645», 41-82; Englund, P., 358-402.

19. *Vid.* Knüppel, G., 115-137.

20. *Vid.* Ruppert, K., 48-50.

21. *Vid.* Parker, G.: *The Thirty Years War* , 175, ofrece el total habitual de solo 1000 supervivientes de los 18 000 originales. En realidad, la caballería perdió 4133 hombres, o un 35 %, mientras que la infantería se vio reducida en 5000 hombres, o la mitad del total inicial: Salm, H., 43. La responsabilidad personal de Gallas es confirmada por su biógrafo: Rebitsch, R.: *Matthias Gallas (1588-1647). Generalleutnant des Kaisers zur Zeit des Dreißigjährigen Krieges* , 251-298.

22. *Vid.* Bregnsbo, M.: «Denmark and the Westphalian Peace», 361-367. Ver también Lockhart, P. D.: *Denmark in the Thirty Years War, 1618-1648* , 265-269.

23. Como se afirma en sus instrucciones a Trauttmansdorff, el 16 de octubre de 1645, *APW* , serie I, *Instruktionen* , vol. I (ed. H. Wagner, Münster, 1962), 440-452.

24. Sus memorandos están publicados en Ruppert, K., 372-400. Para profundizar más, ver Winkelbauer, T.: «Finanznot und Friedenssehnsucht. Der Kaiserhof im Jahre 1645», 1-15.

25. *Vid. Slaget vid Jankow, 1645-1945* . Más material valioso en Guthrie, W. P.: *The Later Thirty Years War* , 132-141.

26. Como afirma Englund, P., 428-429.

27. Se enviaron cartas a otros príncipes importantes: *HHStA* , KA 121 (neu). Para las contramedidas militares, ver Broucek, P.: *Der schwedische Feldzug nach Niederösterreich 1645/46* , «Erzherzog Leopold Wilhelm und der Oberbefehl über das kaiserliche Heer im Jahre 1645», 7-38 y «Louis Raduit de Souches, kaiserlicher Feldmarschall», 123-136.

28. El emperador recuperó seis a la muerte de Rákóczi en Wagner, G.: «Österreich und die Osmanen im Dreißigjährigen Krieg», 325-392.

29. Planificación francesa en Croxton, D.: *Peacemaking in Early Modern Europe. Cardinal Mazarin and the Congress of Westphalia, 1643-1648* , 136, 142, 152. Detalles de la campaña en Niklaus, S. «Der Frühjahrsfeldzug 1645 in Süddeutschland (Schlacht bei Herbsthausen)», 121-180.

30. En un informe de Mercy a Maximiliano, del 6 de mayo de 1645, se adjunta una lista de prisioneros capturados en el campo de batalla, incluido Rosen, *HHStA* , KA 121 (neu).

31. *Vid.* Weber, H. H. *Der Hessenkrieg* , 46-50. Eberstein había muerto en una escaramuza en Frisia oriental en 1644.

32. Se adjuntan con la carta de Juan Jorge al emperador, fechada el 7 de agosto de 1645 (calendario juliano), *HHStA* , KA 121 (neu).

33. *Vid.* Scheible, K.: «Die Schlacht von Allerheim 3. August 1645», 229-272. Ver también Greindl, G.: «Franz von Mercy in der Schlacht bei Allerheim», 241-257; Hebert, G.: «Franz von Mercy, kurbayerischer

Feldmarschall im Dreißigjährigen Krieg», 555-594, en especial 587-592; Lahrkamp, H.: *Jan von Werth* , 156-160.

34. Correspondencia en *HHStA* , KA 121 (neu), sobre todo la de Juan Jorge a Fernando el 26 de agosto, cuando le expone sus razones para aceptar la tregua. Para las negociaciones con Suecia, ver *Der Waffenstillstand zu Kötzschenbroda zwischen Sachsen und Schweden* ; Helbig, K. G.: «Die sächsisch-schwedischen Verhandlungen zu Kötzschenbroda und Eilenburg 1645 und 1646», 264-288.

35. *Vid.* Sánchez-Marcos, F.: «The future of Catalonia. A *subjet brûlent* at the Münster negotiations», 273-291 y Cardim, P.: «"Portuguese rebels" at Münster», 293-333.

36. *Vid.* Kietzell, R. von: «Der Frankfurter Deputationstag von 1642-1645», 99-119. Ver también Malettke, K.: «Scheffers Gesandschaft in Osnabrück», 501-522.

37. Por ejemplo, las respuestas de Sajonia (12 de mayo) y Maguncia (29 de mayo) en *HHStA* , KA 121 (neu). Detalles sobre el cambio en el estado de ánimo entre los católicos en Schraut, S., 121-125; Albrecht, D.: *Maxmilian I. von Bayern 1573-1651* , 1004-1007.

38. Algunos ejemplos de la alarma de los militantes incluyen las peticiones presentadas por un abogado contratado por los prelados de Suabia, que temían que el emperador retornase sus monasterios a Wurtemberg: *HHStA* , KA 121 (neu) 10, 26 y 29 de mayo de 1645.

39. *Vid.* Immler, G.: *Kurfürst Maximilian I. und der Westfälische Friedenskongreß. Die bayerische auswärtige Politik von 1644 bis zum Ulmer Waffenstillstand* , 62-213.

CAPÍTULO 7

Guerra o paz, 1646-1648

UNA CRISIS DE CONFIANZA, 1646

Acuerdo preliminar

El verdadero comienzo de las conversaciones en Westfalia centró la atención sobre todo en la elección entre la guerra o la paz. El equilibrio militar se decantaba hacia sus oponentes, así que Fernando trató de retener la lealtad de los alemanes mientras sus generales recuperaban las fuerzas necesarias para llegar a un compromiso aceptable. Comenzó en 1646 con un gran éxito, que no se consiguió en el campo de batalla sino en el campo de las negociaciones llevadas a cabo por Trauttmansdorff.

Los estados imperiales habían aceptado agradecidos la invitación del emperador a participar. Aunque protestantes y católicos se reunían por separado en las dos sedes, debatían en sus tres colegios de electores, príncipes y ciudades mediante el intercambio por escrito de proposiciones. A Francia y Suecia no les terminaba de gustar esta fórmula, ya que suponía un retraso en los asuntos a tratar, pero no podían oponerse a ello sin contradecir el apoyo profesado a la constitución. El emperador recuperó la iniciativa cuando los tres colegios discutieron la segunda propuesta franco-sueca en octubre de 1645. Era obvio que las dos coronas trataban de romper el control

que poseían los Habsburgo sobre el título imperial.

La mayoría de los estados eran de la opinión de que no había una alternativa realista a los Austrias, de modo que apoyaron la interpretación que hizo el emperador de la constitución en diciembre.

Las dos coronas ignoraron este extremo en su tercera propuesta, entregada el 7 de enero. Querían dejar abiertas las cuestiones constitucionales hasta que obtuvieran sus demandas territoriales y plantearon asuntos menores como distracción. Por ejemplo, todavía se cernían algunas dudas sobre los derechos de las ciudades imperiales, pero la decisión del emperador de invitarlas a las negociaciones consolidó su estatus de estados imperiales. La mayoría de los asuntos restantes se dilucidaron en mayo cuando Fernando admitió que necesitaba el consentimiento del Reichstag para que una declaración formal de guerra o paz fuese vinculante en todo el Imperio. Suecia trató de retrasar más las cosas al promover las aspiraciones de Érfurt y Eger a ser reconocidas como ciudades imperiales. El oportunismo era evidente, pues los negociadores suecos no habían apoyado las similares peticiones de Rostock, Stralsund, Osnabrück, Münster, Magdeburgo, Minden y Herford, debido a que estas interferían en otros objetivos suecos. Ya enzarzadas en su propia disputa con los caballeros imperiales sobre su estatus, las ciudades existentes se negaron a admitir nuevos miembros y todas las ofertas acabaron en fracaso. Los caballeros también presionaron para conseguir una voz en las instituciones imperiales. En esos momentos gozaban de influencia, puesto que unos ochenta de ellos eran coroneles o generales en el ejército imperial. Sin embargo, el apoyo bastante entusiasta de algunos caballeros a Gustavo Adolfo los había condenado a un fatal compromiso y se conformaban con obtener una confirmación imperial de su estatus vigente. [1]

El destino de las tierras y títulos del Palatinado suponía un problema más serio. El elector Maximiliano era consciente de que su propio estatus nunca estaría asegurado hasta que obtuviese un reconocimiento internacional que contrarrestase la influencia de los extensos contactos dinásticos de su rival palatino. El asunto permitió que las dos coronas pudieran presionar con sus propias demandas territoriales en enero de 1646, aunque estas solo se presentaron de forma verbal para minimizar el daño a sus respectivas reputaciones en Alemania. Maximiliano se mostró a favor de las demandas de Mazarino respecto de Alsacia y las presentó como una defensa de los intereses católicos sobre la base de que la paz con Francia permitiría a Fernando salvar las tierras eclesiásticas si derrotaba a Suecia.

Trauttmansdorff captó la jugada de inmediato e informó a Fernando de que «el elector de Baviera quiere comprar el favor francés con la cesión de Alsacia». [2] Maximiliano persistió y entregó a los negociadores franceses información detallada sobre la compleja red de jurisdicciones y derechos de propiedad existentes en Alsacia. Su interés en ulteriores operaciones militares se basaba en exclusiva en presionar a Francia para que presentase sus demandas de una forma que el emperador pudiese aceptarlas, y el 7 de abril amenazó con seguir los ejemplos de Brandeburgo y Sajonia con la firma de una tregua a menos que Fernando cediese Alsacia. Entre tanto, Mazarino aceptó las garantías de Maximiliano de que Baviera no haría nada siempre que Turena permaneciese al oeste del Rin.

Como es natural, el emperador se mostraba reacio a ceder el territorio, ya que la entrega de Alsacia supondría un distanciamiento respecto a España y los parientes tiroleses. En cualquier caso, a Trauttmansdorff le quedaban todavía algunas cartas que jugar. A pesar de la ayuda de Baviera, los franceses continuaron confundidos en lo concerniente a Alsacia y no se hicieron con un mapa de la provincia hasta marzo de 1646. Por el contrario, Trauttmansdorff contaba con los veintiséis años de experiencia del doctor Volmar en la administración alsaciana. Aconsejado por este, ofreció a Francia la soberanía del rimbombante «landgraviato de Alta y Baja Alsacia», y de la región de Sundgau. Como el elector Sötern ya había concedido a Francia el derecho de tener guarnición en Philippsburg el 19 de julio, Trauttmansdorff lo incluyó también. Otros términos, redactados asimismo con sumo cuidado, sugerían que el emperador confirmaba la soberanía sobre Metz, Toul y Verdún. El estatus exacto del resto de los territorios alsacianos, incluidas Estrasburgo y las diez ciudades imperiales conocidas como la Decápolis, no se concretó de forma deliberada. Tras pensar que había conseguido lo que su señor quería, la delegación francesa de Servien y el conde d’Avaux aceptaron de buena gana las otras condiciones de Trauttmansdorff en un borrador del tratado el 13 de septiembre. Francia pagaría una compensación de tres millones de libras (1,2 millones de táleros) a los Habsburgo tiroleses y asumiría dos tercios de las deudas aparejadas a sus posesiones alsacianas. Las pretensiones francesas sobre Brisgovia y los Pueblos de la Selva Negra se desestimaron. Fernando se reservó la ratificación con la esperanza de salvar Alsacia en el campo de batalla o de que Trauttmansdorff dividiese a Francia y Suecia mediante un acuerdo por separado sobre Pomerania. [3]

La campaña de 1646

En cualquier caso, la situación militar parecía desoladora. La incapacidad de Fernando para enviar ayuda a Sajonia convenció a Juan Jorge de no volver a entrar en guerra y prorrogar en cambio el Armisticio de Kötzschenbroda. El 31 de marzo de 1646 firmó el Tratado de Eulenberg, en el que se comprometía a permanecer neutral hasta el final de la guerra. A cambio, los suecos aceptaron una reducción en su contribución mensual y la fijaron en 7000 táleros. La neutralidad sajona consolidó la región que hacía de pantalla para la cabeza de puente báltica. Los suecos podían bloquear con facilidad un ataque por el Óder, que, en cualquier caso, alejaría al ejército imperial demasiado al este para ayudar a los bávaros. En efecto, a dos pequeños ejércitos imperiales les llevó la mayor parte de 1646 recuperar las poblaciones de Baja Austria y Silesia tomadas por Torstensson el año anterior. La ausencia de apoyo sajón y bávaro agravó el pesimismo del archiduque Leopoldo Guillermo, y el ejército principal imperial permaneció en sus cuarteles alrededor de Bayreuth, en Franconia, hasta mayo.

Los suecos todavía mantenían Olmütz como base adelantada, desde donde podían reanudar su ataque sobre Austria o internarse en Bohemia. Después de noquear a Sajonia, Königsmarck volvió a unirse al ejército de Wrangel, que había pasado el invierno en Turingia. Juntos reunían 15 000 caballos y 8000 infantes, a los que había que añadir otros 17 000 conscriptos que venían de camino procedentes de Suecia. Sin embargo, los suecos se mostraban reacios a arriesgar su ventajosa posición en el congreso al exponerse a una batalla. Tras prolongadas deliberaciones, los generales decidieron atacar Westfalia, pues la consideraban un objetivo más sencillo que las tierras hereditarias de los Habsburgo.

En esta decisión influyó también el retraso en la reanudación de las operaciones francesas. Francia no solo tuvo que reconstruir su Ejército de Alemania tras la costosa campaña de 1645, sino que, además, no deseaba romper su tácito entendimiento con Maximiliano. Para mantener la buena voluntad de sus aliados, la delegación francesa en Münster contrató al general Bönninghausen con la misión de reclutar refuerzos para los suecos. Este había abandonado las filas imperiales en 1640, convencido de que su talento no recibía el suficiente reconocimiento, y utilizó sus antiguas credenciales imperiales para embaucar a 2300 hombres a los que hizo creer que se alistaban en el ejército del emperador, cuando en realidad acabaron

integrados en las filas hessianas. [4]

Wrangel avanzó hacia el oeste en abril, recogió a los hessianos y atravesó el débil cordón imperial dispuesto a lo largo del Weser para proteger Westfalia. Repitió las mismas tácticas que había empleado Königsmarck para intimidar a Sajonia: la demolición de casas, la voladura de iglesias, la destrucción de los cultivos de cereales, la tala de árboles frutales y el asesinato y la violación de aquellos que se cruzaban en su camino. [5] Fernando de Colonia no se dejó intimidar, en especial porque sus principales territorios se hallaban todavía defendidos por el ejército westfaliano recién expandido. Leopoldo Guillermo llegó al fin desde Franconia en junio para reunirse con las tropas bávaras y westfalianas en la región de Wetterau. Esta concentración de 40 000 hombres obligó a Mazarino a enviar a los 8000 hombres del cuerpo de maniobra de Turena al otro lado del Rin, por Wesel, el 15 de julio, con el objeto de elevar los efectivos de los aliados a 34 000 hombres. El avance de Turena al noroeste de Alemania fue un riesgo calculado que pretendía reforzar a los aliados de Francia sin que ello supusiera una ruptura de las relaciones con Baviera. La llegada francesa aceleró el debate de Trauttmansdorff sobre la cesión de Alsacia.

La guerra de Hesse

La presencia de ambos ejércitos turbó la frágil paz entre las dos dinastías hessianas. Amalia Isabel había pospuesto en dos ocasiones una invasión de Darmstadt, una después de Tuttlingen y otra en el verano de 1645, cuando tuvo que enviar al comandante hessiano Geyso a la campaña de Alerheim. El coronel Daniel Saint-André atacó desde Westfalia en septiembre de 1645, pero era demasiado débil para tomar Gießen u otras plazas. Como Torstensson en Holstein, los hessianos mantuvieron la ficción de que se limitaban a buscar cuarteles de invierno. La estratagema quedó al descubierto cuando bombardearon Marburgo a finales de octubre. Los hijos del landgrave de Darmstadt estaban estudiando en su universidad junto con los de otros muchos príncipes, que iniciaron una oleada de protestas. Darmstadt apeló indignada a su tratado de neutralidad de 1631 con Gustavo Adolfo, y Wurtemberg y Sajonia se ofrecieron como mediadores.

Amalia Isabel se arriesgaba a enemistarse con toda la Alemania protestante, pero siguió adelante, con el certero convencimiento de que las dos coronas sacrificarían sus objetivos en el congreso de paz de ser necesario.

Sus dietas se negaron a darle apoyo, pues aducían que la regente estaba arruinando el país. El regreso del contingente de Geyso de Alerheim le permitió tomar Marburgo el 15 de enero, pero los funcionarios locales se negaron a cooperar y la universidad quedó desierta después de que huyeran sus estudiantes y profesores. Darmstadt volvió a reunir a su ejército a las órdenes del conde Ernesto Alberto de Eberstein, un pariente de Franconia del antiguo comandante en jefe de Hesse-Kassel. [6] Esta fuerza contaba con 5000 hombres, mientras que el landgrave Jorge se alineó formalmente con el emperador el 26 de julio de 1646.

Los aliados recibieron provisiones de Kassel al tiempo que se desmoronaba la logística imperial, lo que obligó a Leopoldo Guillermo a cambiar su posición. Wrangel y Turena lo burlaron a finales de agosto, cruzaron el Meno, y marcharon hacia el sur en dos columnas a través de Wurtemberg y Franconia sin encontrar una oposición seria. Fernando de Colonia se negó a que los 8000 hombres de Geleen acompañasen al archiduque cuando este inició la persecución. Geleen se retiró hacia el norte para hacer frente a las constantes incursiones hessianas en el Bajo Rin y dejó que Darmstadt y Kassel librasen su propia guerra sin apoyos. En octubre, Eberstein ya había recuperado todo el terreno perdido salvo la propia Marburgo y, entonces, invadió a su vez a Hesse-Kassel. Su derrota a manos de Geyso en Frankenberg, el 20 de noviembre, forzó a Darmstadt a aceptar una nueva tregua.

Entre tanto, Leopoldo Guillermo había marchado hacia el este a través de Bamberg para más tarde dirigirse al sur, al interior de Baviera, y cruzar el Danubio en Ratisbona a finales de septiembre. Esta ruta era segura, pero permitió que Wrangel y Turena efectuasen incursiones más allá del Lech y devastasen Baviera occidental. Solo Augsburgo se mostró desafiante. A diferencia de 1632, la ciudad no abrió sus puertas debido a que su consejo, ahora biconfesional, avivó el ánimo de los habitantes protestantes al otorgarles concesiones religiosas. La ciudad resistió un bombardeo de tres semanas hasta que apareció Leopoldo Guillermo al otro lado del Lech y obligó a los sitiadores a levantar el asedio el 12 de octubre. [7]

El ejército imperial estaba agotado y fue incapaz de evitar que Wrangel y Turena consolidasen su control de Suabia. Los suecos marcharon a sus cuarteles de invierno en Isny, cerca del lago Constanza. Las patrullas habían alertado a Wrangel de la vulnerabilidad de Bregenz, en el extremo oriental del lago, donde la población de los alrededores había depositado sus objetos

de valor. El sueco apareció al otro lado del paso el 4 de enero de 1647 con 8000 hombres y 24 cañones. El desfiladero de Klause, junto a la orilla del lago, era la única ruta viable a través del montañoso bosque de Bregenz, en la frontera tirolesa. Lo bloqueaban tres puertas fortificadas sucesivas, además de una línea de empalizadas que se extendía por la ladera, hacia el este, y que guarnecían 2200 soldados y milicianos tiroleses, que habían pasado los días previos tiritando en sus puestos durante una tormenta de nieve. Estos resistieron con obstinación hasta que el destacamento sueco descubrió un sendero en la montaña y ganó la empalizada después de flanquear sus posiciones. Los defensores se unieron a la población civil, que había comenzado a huir esa misma mañana. Los suecos irrumpieron en el interior de Bregenz y se apoderaron de un botín de cuatro millones de florines, «la mayor incautación hasta entonces del ejército sueco». [8]

Wrangel pasó dos semanas de pillaje en el Tirol occidental. A diferencia de las operaciones de Horn en 1633, su propósito no era hacerse con La Valtelina, que ya había perdido su valor estratégico. En su lugar, trató de consolidar su control sobre los alrededores del lago Constanza, donde organizó una flotilla de botes artillados que tomó la isla de Mainau, otra mina de valiosos tesoros ocultos. A continuación, bloqueó la ciudad imperial de Lindau, situada en otra isla al norte de Bregenz, mientras Turena ponía sitio a Überlingen.

La Tregua de Ulm, marzo de 1647

Los repetidos fracasos convencieron a Maximiliano de que el emperador ya no podía protegerlo. Se desesperó ante las lamentables condiciones en que se hallaba el ejército imperial y el derrotismo de Leopoldo Guillermo. El archiduque dimitió a finales de diciembre para que lo reemplazara Gallas, el cual ya era incapaz de ejercer el mando y murió el 25 de abril de 1647. Maximiliano tenía entonces setenta y tres años y su hijo solo nueve. Nervioso por el futuro de su patrimonio, el elector depositó sus esperanzas en una tregua general que acelerase una paz definitiva. Wrangel pensó que una tregua apenas daría tiempo a Baviera a recuperarse. El Gobierno sueco también temía que Francia cesase su enfrentamiento con el Imperio si Baviera abandonaba la guerra, ya que la creación de una alianza neutral católica era un objetivo perseguido por Francia desde tiempos inmemoriales. Sometido a la presión francesa, Wrangel consintió a regañadientes en entrar

en negociaciones con los representantes de Maximiliano el 14 de marzo.

Los términos eran más favorables que los que se habían impuesto a Brandeburgo y Sajonia. Baviera no fue obligada a pagar contribuciones, pero tuvo que ceder sus puestos suabos de Memmingen y Überlingen a guarniciones suecas y entregar Heilbronn a los franceses. A cambio, los aliados evacuaron sus posiciones en Baviera occidental. Maximiliano prometió permanecer neutral hasta que se materializase la paz. Augsburgo y el Bajo Palatinado se incluyeron en el acuerdo con la condición de que Maximiliano firmase en nombre de su hermano Fernando de Colonia, con la condición de que este último tendría la obligación de expulsar a las guarniciones imperiales de Westfalia. El Alto Palatinado fue excluido específicamente porque Wrangel quería un acceso para poder atacar Bohemia.

Sötern había confirmado ya la neutralidad de Tréveris en un nuevo tratado con Francia el 29 de noviembre de 1645. Anselmo Casimiro no vio otra opción que hacer otro tanto con Maguncia el 9 de mayo de 1647. Todos los electores salvo Fernando habían abandonado la guerra; muchos otros príncipes eran neutrales de forma efectiva y España parecía al borde del colapso después de que se desencadenase una revuelta en su reino de Nápoles (*Vid.* págs. 317-320).

HACIA EL CONSENSO

El acuerdo territorial

Las noticias de las negociaciones de Baviera impulsaron a Fernando a reanudar los esfuerzos para llegar a un acuerdo con Suecia. Los asuntos a tratar se habían estancado con la cuestión pomerana. Suecia no estaba lista para arriesgar su posición en el Imperio, al obligar a Brandeburgo a ceder Pomerania. El elector Federico Guillermo pensó que la vacilación sueca le ofrecía poca seguridad. También le preocupaba su nuevo rival, el Palatinado-Neoburgo, en Westfalia. Dado que había rechazado una alianza dinástica que resolviese su disputa sobre Jülich-Cleves, el elector no tuvo a quien culpar cuando Felipe Guillermo, hijo de Wolfgang Wilhelm, contrajo matrimonio con la hija del rey de Polonia en junio de 1642. Además, con intereses de demora que ascendían a un millón de táleros, no había perspectivas de poder hacer frente al préstamo de Hoefyser de 1616, que legitimaba la presencia

neerlandesa en Cleves y Mark. Como las guarniciones de la República ofrecían una protección más segura que las débiles fuerzas del elector, la ya tenue lealtad de sus súbditos de Westfalia se vio aún más erosionada.

Ante el temor de perder todas sus provincias, Federico Guillermo se decidió a revestirse de una «reputación más grandiosa» mediante un programa de militarización. [9] Aunque esta iniciativa fue muy celebrada por los historiadores prusianos posteriores pues consideraban que había sido la respuesta apropiada, esta política estaba seriamente equivocada. La alentó por Johann von Norprath, un antiguo oficial de Neoburgo que había desertado para convertirse en el gobernador de Brandeburgo en Cleves y Mark, y que estaba resuelto a vengarse de su antiguo señor. Las fuerzas de Brandeburgo en la región se incrementaron hasta los 4100 hombres, con otros 2900 en el electorado y 1200 más en Prusia, acompañados de 6000 milicianos. El elector trasladó su corte de Berlín a Cleves en 1646 para estar más cerca del congreso de paz. El incremento de la presencia militar tuvo algunos resultados positivos, ya que los hessianos evacuaron algunas poblaciones en Mark. Federico Guillermo entabló negociaciones para ganarse el favor francés, mientras que su matrimonio con la hija mayor del estatúder Federico Enrique ayudaba a minimizar potenciales objeciones neerlandesas. Con un exceso de confianza, el elector trató entonces de resolver su disputa con el Palatinado-Neoburgo mediante la invasión de Berg en noviembre de 1646.

Los resultados no fueron los que él esperaba. Wolfgang Wilhelm había padecido a extranjeros en sus tierras durante todo su mandato, así que no se dejó intimidar por los recién llegados, que pronto se quedaron sin pan y se marcharon a casa. Todo lo que consiguió Federico Guillermo fueron revisiones menores del último tratado de partición (1629), que le asignaban una parte del Palatinado-Neoburgo en Ravensberg.

Los actores principales no tenían intención de permitir que los ambiciosos príncipes llegasen a acuerdos por su cuenta. El rechazo de Brandeburgo a la ya muy rancia zanahoria de un matrimonio dinástico sueco llevó a Oxenstierna a aceptar la oferta de Trauttmansdorff de hacer una partición de Pomerania. Suecia obtuvo la parte occidental, más rica, incluidas Stralsund, Stettin, Garz y las islas que aseguraban el delta del Óder, con la condición de que estas continuasen siendo parte del Imperio. Tras quedar en evidencia por su fracasada invasión de Berg, Federico Guillermo se apresuró a asegurarse de que no se quedaba fuera. El emperador estaba dispuesto a ser generoso, pues apreciaba la utilidad del apoyo de Brandeburgo en otros asuntos.

Fernando rechazó una sugerencia franco-bávara de salvar las tierras eclesiásticas mediante la compensación a Brandeburgo con la entrega de Silesia en su lugar. Además de Pomerania oriental, Fernando acordó que Brandeburgo tendría los obispados de Kammin, Halberstadt y Minden, además del arzobispado de Magdeburgo cuando falleciese su entonces administrador sajón. Esta última medida provocó el alejamiento de Sajonia, pero como dicho electorado había abandonado la guerra, había poco que Juan Jorge pudiese hacer. Brandeburgo aceptó el 19 de febrero de 1647: conseguía una cantidad de territorio superior a la de Suecia y ampliaba sus dominios en más de una tercera parte. (*Vid.* Tabla 1). [10]

Tabla 1: El acuerdo territorial

GANANCIAS SUECAS	EXTENSIÓN (KM ^{2})	GANANCIAS DE BRANDEBURGO	EXTENSIÓN (KM ^{2})
Pomerania occidental	9600	Pomerania oriental	19 635
Arzobispado de Bremen	5170	Arzobispado de Magdeburgo	5005
Obispado de Verden	1320	Obispado de Kammin	2365
Puerto de Wismar	181,5	Obispado de Halberstadt	1705
	16 271	Obispado de Minden	1198
			29 908

Una razón que se escondía tras la generosidad de Fernando era el deseo de alentar a Brandeburgo a que actuase como línea de contención de la cabeza de puente sueca. Otra era que las concesiones formaban parte de un acuerdo muy favorable auspiciado por Trauttmansdorff. Federico Guillermo renunció a su antiguo apoyo al programa constitucional radical hessiano y se alineó con los otros electores para reafirmar su preeminencia colectiva sobre el resto de estados imperiales. Al ser conscientes de que su propio estatus dependía de la preservación del carácter jerárquico del Imperio, los electores defendieron con uñas y dientes el resto de prerrogativas del emperador. [11] Suecia retiró su apoyo a la reforma constitucional a cambio del acuerdo pomerano. Mazarino llegó a un acuerdo en abril de 1647 a cambio de que Trauttmansdorff confirmase el tratado de septiembre de 1646 sobre la cesión

de Alsacia. De cara a salvar su prestigio, ambas coronas aceptaron entonces posponer el resto de asuntos relativos a la constitución, *negotia remissa* , para que fuesen abordados en el primer Reichstag que se celebrase después de la paz.

Acuerdo sobre la fijación del año de referencia

El acuerdo de Pomerania supuso un duro golpe para los militantes de ambas partes confesionales. El nuevo reparto de las tierras eclesiásticas obedecía a un renovado consenso sobre el espinoso problema de las propiedades de la Iglesia. Se habían implantado tres soluciones desde mediados del siglo XVI. [12] La Paz de Augsburgo se había valido del disimulo en un documento deliberadamente ambiguo que ambas partes aceptaron sin perder prestigio. Reflejaba el ideal de los inicios de la Edad Moderna donde los acuerdos de paz no tenían claros vencedores ni vencidos. Este ideal guiaba los debates en Westfalia, donde se aceptaba cada vez más que una paz duradera dependía de preservar el honor de todos los signatarios. No obstante, estaba asimismo claro que el acuerdo debía eliminar las ambigüedades más problemáticas de la Paz de 1555.

Había, además, un segundo método presente en la Paz de 1555, por el que ambas partes contemplaban una serie de pautas para la coexistencia temporal en tanto que una de ellas pudiese persuadir a la otra de que aceptase la validez exclusiva de su interpretación de la cristiandad. El Edicto de Restitución pretendía asentar un veredicto definitivo a favor de la interpretación católica. Sin embargo, la cultura política imperial siempre dejaba margen para las excepciones a fin de apaciguar tensiones mediante la posposición de decisiones difíciles. El emperador ya había extendido *de facto* la tolerancia a los calvinistas desde la década de 1560, pese a que era obvio que sus creencias diferían de las protegidas por la Paz de 1555. La Paz de Praga no hizo más que añadir otros acuerdos provisionales mediante la suspensión del Edicto durante cuarenta años. Trauttmansdorff abrió las negociaciones en Westfalia con la oferta de extender la suspensión por espacio de un siglo.

El tercer enfoque implicaba el mutuo acuerdo sobre la base de la posesión efectiva (*uti possidetis*), que también se había empleado en 1555 mediante la fijación de 1552 como el «año de referencia», que permitía a los luteranos conservar las tierras eclesiásticas que poseyeran en esa fecha. Los problemas

posteriores se derivaron, en gran medida, de las interpretaciones divergentes de estos acuerdos. Los católicos lo consideraban un límite fijo, mientras que los protestantes se negaban a verlo como una barrera para la expansión de su fe a través de la persuasión pacífica. Los católicos respondieron con el principio de la restitución, e insistieron en que la paz solo se podía restablecer si los protestantes enmendaban el mal que habían causado mediante la devolución de la propiedad «robada». Este argumento era el puntal del Edicto de Restitución de 1629, que los católicos todavía consideraban válido.

La solución implicaba combinar la restitución y la ley de la posesión en un acuerdo permanente. Esta cuarta opción la habían sugerido ya los luteranos moderados en la década anterior a 1618. Se ofrecieron a renunciar a su interpretación flexible del año de referencia a cambio de que los católicos diesen el visto bueno a las nuevas tierras que habían adquirido en el ínterin. La oferta fracasó por la desconfianza católica y la magnitud de la renuncia que se les pedía. Sin embargo, la idea ganó terreno con los intentos de Darmstadt y Sajonia de atenuar el Edicto de 1629 al ejercer de intermediarios en un compromiso entre confesiones. En esencia, esto apartó el debate del choque sobre cuál era la interpretación «correcta» y puso el foco en las consecuencias prácticas de años de referencia alternativos. La restitución y la posesión dejaron de representar posiciones opuestas, ya que ambos principios se podrían aplicar a ambas partes: los protestantes y los católicos mantendrían muchos de sus territorios presentes e intercambiarían algunas áreas para restaurar la situación a la nueva fecha elegida.

El desafío consistía en encontrar una fecha en la que hubiese un acuerdo mutuo. La cuestión se complicó por el asunto de la amnistía, ya que la interpretación de la guerra que hacía el emperador, al considerarla una rebelión, le proporcionaba motivos para expropiar las tierras de sus oponentes. Desde la perspectiva de Fernando, se habían producido dos guerras. La primera comenzó en 1618 con la Revuelta de Bohemia y se dio por finalizada en 1629-1630 con el Edicto de Restitución, la Paz de Lübeck y el Tratado de Ratisbona con Francia no ratificado. La segunda guerra comenzó en 1630 con la invasión sueca, resuelta en parte con la Paz de Praga cinco años más tarde. Trauttmansdorff recibió instrucciones de iniciar las negociaciones en mayo de 1646 con la premisa de que la amnistía solo podría retrotraerse a 1630, y que el año de referencia debía ser fijado en 1627, tal como se había acordado en Praga. Solo como último recurso podría ceder y ofrecer el año 1618 para ambos casos, aunque Fernando se mostraba en

extremo reacio a extender la amnistía a los exiliados bohemios, ya que esto implicaría que los Habsburgo no habían logrado sofocar su revuelta.

Los suecos apoyaron la insistencia de los radicales protestantes en el año 1618 tanto para la amnistía como para la restitución, pero Francia solo respaldó la primera, ya que la segunda supondría una reducción significativa de las propiedades de la Iglesia. El punto muerto lo desbloqueó por el representante sajón, que, por razones que todavía no están muy claras, sugirió el 1 de enero de 1624 como nuevo año de referencia para el Imperio, salvo en la monarquía de los Habsburgo allí donde la situación pudiese acomodarse a lo acordado en Praga. La propuesta alentó a ambas partes a confeccionar listas de las tierras que tendrían que restituirse según qué año de referencia se adoptase. La solidaridad confesional quedó debilitada cuando cada grupo se dividió internamente entre aquellos que saldrían perdedores y los que podían aceptar e incluso beneficiarse de la propuesta sajona. Ya en noviembre de 1646 se hacía evidente el surgimiento de tres grupos. El más grande, compuesto tanto por protestantes como católicos, aceptó la propuesta sajona. Baviera se unió a este grupo después de que Maximiliano hubiese negociado una excepción adicional para preservar la restauración del catolicismo en el Alto Palatinado, que había tenido lugar después de 1624. Como es natural, a Maximiliano le complacía la exención general para la monarquía de los Habsburgo, aunque las garantías extendidas por Juan Jorge a los silesios en 1621 debían continuar vigentes para salvaguardar el prestigio sajón. La amnistía se acordó sobre la misma base, porque las disposiciones especiales para la monarquía de los Habsburgo y Baviera implicaban que Fernando y Maximiliano podían aceptar un perdón pleno en cualquier otro lugar del Imperio. Esto significaría la restauración del elector palatino, pero permitiría a Maximiliano mantener el título y el Alto Palatinado (*Vid.* págs. 314-315). Se obtuvo el apoyo de muchos luteranos con esta fecha más favorable, que dio por concluidos los intentos del emperador de poner a un príncipe Habsburgo en Magdeburgo y Halberstadt, además de eliminar las pretensiones católicas sobre otros obispados del norte de Alemania y sobre los monasterios de Wurtemberg.

El surgimiento de este amplio consenso interconfesional marginó a los activistas y los dejó como dos pequeños grupos de extremistas intransigentes en ambos lados. A los católicos los lideraba Francisco Guillermo de Wartenberg, obispo de Osnabrück, Verden y Minden, al que se le confiaron los votos de un tercio del resto de los príncipes eclesiásticos. Lo apoyaba

Adam Adami, el abad benedictino de Murrhardt, que representaba a los prelados suabos. Otros apoyos procedían del doctor Johann Leuchselsing, un magistrado fanático de la ciudad de Augsburgo que también contaba con los votos de varios condes suabos. Su posición colectiva la resumió Vincenzo Carafa, el nuevo superior general jesuita, que declaró que «una paz que esclavice almas es peor que cualquier guerra, y debe evitarse más la ruina de las almas que la de los cuerpos». [13] El papado había decidido ya en 1641 rechazar cualquier tipo de concesión, no con la intención de impedir la paz, sino para preservar la legitimidad de la línea dura católica en caso de que la situación mejorase.

La muerte del obispo Knöringen de Augsburgo en 1646 privó al grupo de un importante y antiguo miembro. El resto se veía comprometido por la Tregua de Ulm, que permitió a Trauttmansdorff afirmar que las católicas Baviera y Colonia habían arrebatado las armas a Austria y obligado al emperador católico a hacer concesiones. El apoyo bávaro a los fanáticos era solo táctico y Maximiliano presionó a su hermano Fernando para que cesase al obispo Wartenberg de la delegación oficial de Colonia. El elector Fernando tuvo cuidado de no asociar abiertamente su persona a las concesiones, pero ignoró a Wartenberg y permitió que el pragmático canciller de Paderborn, Peter Buschmann, aceptase el acuerdo sobre el año de referencia. [14]

Wartenberg continuó en las negociaciones por cuenta propia con Adami, pero ambos quedaron aislados. Muchos de sus principales partidarios se desilusionaron. Un buen ejemplo es Georg Gaisser, abad benedictino de San Jorge, recuperado de Wurtemberg en 1630. Aunque era beneficiario del Edicto de Restitución, había pasado la mayor parte del tiempo en infructuosas negociaciones con los oficiales católicos para que frenasen la indisciplina de los soldados y la destrucción. La experiencia le llevó a rechazar el punto de vista de Adami sobre la guerra como castigo divino al Imperio por su pecaminosa tolerancia de la herejía, para verla en cambio como un producto de los errores humanos. [15] Un caso más influyente fue el de Juan Felipe de Schönborn, que ya era obispo de Wurzburgo y que sucedió a Anselmo Casimiro en Maguncia el 19 de noviembre de 1647. Este reconoció la necesidad de salvar al grueso de la iglesia imperial mediante el visto bueno a concesiones más amplias que las del mero territorio, como la de libertad de conciencia (*Freitellung*) para minorías reconocidas. Su representante empleó más tiempo en conversar con los protestantes en Osnabrück que con sus colegas católicos en Münster. Con el apoyo de Austria, Baviera, Maguncia y

Colonia a la posición moderada, otros, como Salzburgo, tuvieron que seguir la misma línea para evitar quedar aislados.

De igual modo, la aceptación de Brandeburgo del compromiso en febrero de 1647 marginó a los activistas protestantes, que ya estaban divididos por la obstinada oposición de Sajonia a la inclusión de los calvinistas. Juan Jorge había perdido crédito al aceptar los derechos de las minorías para los católicos cuando recibió la posesión plena de Lusacia en la Paz de Praga. Dirigidos por el duque Federico Guillermo de Altenburgo, sus parientes ernestinos vieron una oportunidad de reafirmar el liderazgo que habían perdido sobre los alemanes protestantes con la transferencia del título electoral sajón en 1547. Su postura combinaba los objetivos confesionales con el antiguo resentimiento de los territorios menores por su encaje secundario en la constitución. El doctor Jacob Lampadius, que representaba a Brunswick-Grubenhagen, abogó por la imposición de una *capitulatio perpetua* a fin de fijar las prerrogativas imperiales e impedir que los electores obtuviesen más privilegios de cada nuevo emperador. Junto con Wolfgang Thumshirn, su colega de Altenburgo, Lampadius propuso extender las libertades alemanas a la gente ordinaria mediante la garantía de una libertad plena de conciencia. Esto iba más lejos de lo que la mayoría de los protestantes estaban dispuestos a tolerar, en especial cuando vieron que sería difícil denegar a las minorías católicas derechos similares. [16] El milenarismo calvinista había animado a muchos a ir a la guerra. Aunque los acérrimos todavía predecían el final inminente de la monarquía de los Habsburgo diez años después del conflicto, la mayoría hacía tiempo que había dejado de creer en semejante sinsentido. La guerra se había convertido en parte de la vida cotidiana y había perdido su impacto como repentino azote de Dios. [17]

La sucesión española

Trauttmansdorff trató de aprovechar el creciente consenso para concluir, en abril de 1647, el resto de asuntos mediante la negociación de las demandas de compensación que presentaron Hesse-Kassel, Baden-Durlach, los güelfos y los exiliados bohemios. Suecia y los estados imperiales protestantes habían llegado a un principio de acuerdo en julio. Sin embargo, Suecia todavía necesitaba dinero para «contentar» a sus soldados, de modo que exigió veinte millones de táleros, si bien los estados imperiales solo ofrecieron 1,6 millones. La delegación sueca también tuvo que prestar cierta atención a los

exiliados, muchos de los cuales servían como oficiales en su ejército. Tras haber ignorado antes las propuestas de Lampadius, Suecia las defendió ahora como otro medio para obligar al emperador a elevar la suma de dinero que ofrecía a su ejército.

El verdadero punto de fricción era la insistencia de Francia en que Fernando firmase la paz sin España. La posición de esta había mejorado gracias a un borrador de tratado con los neerlandeses, de enero de 1647, que suspendió las operaciones en la frontera de los Países Bajos (*Vid.* pág. 323-324). Ahora España veía menos necesidad de garantizar los términos de Mazarino, lo que obligaba a Francia a redoblar sus esfuerzos para dividir a los Habsburgo. A pesar de la falta de ayuda española desde 1642, Fernando temía más que nunca la posibilidad de enemistarse con España. La esposa de Felipe IV había fallecido en octubre de 1644, y este no volvió a contraer matrimonio hasta 1649. Como su hermano menor Fernando había muerto en 1641, y su propio hijo, en octubre de 1646, sus parientes austriacos eran, en aquel momento, los siguientes en la línea de sucesión al trono. La situación permaneció abierta hasta el nacimiento del futuro Carlos II en 1661, que resultó el último de los Habsburgo españoles. Madrid estimó que la cuestión en ciernes sobre la sucesión le daría una mayor influencia sobre Austria de lo que lo habían hecho con anterioridad los subsidios.

Felipe IV aceptó al archiduque Leopoldo Guillermo como nuevo gobernador de los Países Bajos. Tras su llegada en abril de 1647, permaneció allí hasta julio de 1656 y malogró la buena relación anterior entre Bruselas y la delegación española en Münster. El rey ofreció también a su hija María Teresa como posible esposa para Fernando, el hijo del emperador, pero ocultó que había estado en negociaciones, desde 1644, con el propósito de poner fin a la guerra con Francia mediante su matrimonio con Luis XIV. Entre tanto, España mantenía conversaciones para que la hija del emperador, María Ana, se convirtiese en la nueva esposa de Felipe. Con la sucesión de todo el Imperio español en juego, Fernando no quería ofender a su primo al abandonarlo con la firma de una paz separada. Las continuas objeciones del obispo de Wartenberg a las concesiones religiosas ofrecían un buen pretexto para retrasar la paz y dar a los generales más tiempo para obligar a Francia a renunciar a su pretensión. [18]

Operaciones durante la tregua

Los temores de Wrangel sobre la Tregua de Ulm resultaron bien fundados. Francia fue la que más se benefició, ya que la cesión de Heilbronn consolidaba por fin sus posiciones al este de la Selva Negra. Turena empleó lo que restaba de marzo de 1647 en eliminar los pequeños puestos avanzados imperiales no incluidos en los términos del acuerdo, mientras que Wrangel suspendió su infructuoso sitio de Lindau y evacuó sus posiciones en el Tirol. Después de que Baviera hubiera dejado de ser un objetivo, Wrangel se dirigió al noreste por Ravensburg y Nördlingen hacia el interior de Franconia, y destacó a Königsmarck para que acudiese en ayuda de los hessianos en el Meno. La importancia de la exclusión del Alto Palatinado de la tregua se hizo evidente cuando Wrangel llegó allí para atacar la parte noroccidental de Bohemia. El sueco pensaba que todas las invasiones previas de Bohemia habían fracasado debido a la falta de efectivos y preparativos. Por ello llamó al cuerpo de 7000 soldados de Wittenberg basado en Silesia y le ordenó que atravesase Sajonia y se uniese a él en Eger; así engordó sus propias tropas a expensas de Franconia mientras se mantenía a la espera.

Las prioridades estratégicas francesas habían cambiado. Mazarino temía que la tregua hispano-neerlandesa de enero permitiese a Leopoldo Guillermo trasladar tropas a la frontera sur. Turena recibió instrucciones secretas para lanzar un ataque de diversión contra Luxemburgo. Al principio, sus hombres pensaron que se dirigían a ayudar a los hessianos, hasta que Turena giró a la izquierda y pasó al otro lado del Rin en Philippsburg. Para cuando llegaron a Saverne, el 15 de junio, era obvio que abandonaban el territorio del Imperio. Once regimientos al mando de antiguos oficiales bernardinos se negaron a continuar la marcha. Los oficiales expresaron los temores habituales sobre los retrasos en las pagas y no querían distanciarse de Breisach ni de las otras poblaciones todavía en poder de sus camaradas como garantía de pago. Sin embargo, esta vez, el motín tuvo un elemento genuinamente popular, ya que la mayoría de los 3000 hombres involucrados eran de Baja Sajonia, reclutados durante las operaciones que tuvieron lugar allí entre 1640 y 1642. Al igual que los franceses que habían cruzado el Rin en sentido opuesto desde 1637, temían no volver nunca a casa. La ansiedad creció a causa de rumores infundados sobre que su verdadero destino era Cataluña. En lugar de confiar en sus oficiales eligieron como líder a Wilhelm Hempel, un camarada antiguo estudiante de la Universidad de Jena y volvieron a cruzar de vuelta el Rin y el Neckar a finales de julio.

El general Bönninghausen volvió a pasarse a las filas del emperador a

cambio del perdón y se le envió a negociar con los amotinados. Se ganó el favor de trescientos para la causa imperial, pero Turena cruzó el Rin de nuevo y sorprendió al resto. Alrededor de 1660 escaparon hacia el norte en agosto para unirse a Königsmarck, que en el ínterin se había trasladado a Hildesheim. Era un refuerzo bienvenido, pero el gobierno sueco no estaba del todo satisfecho, pues temía que Königsmarck pudiese convertirse en otro duque Bernardo con su propio ejército. [19]

Además de privar a Suecia del apoyo francés, la Tregua de Ulm permitió que los imperiales se recuperasen. Con Baviera como tapón neutral, podían concentrarse en la defensa de las tierras austriacas. El mando se le entregó a Melander, que había dirigido las tropas de Westfalia desde 1645. Tomó posesión el 17 de abril, una semana antes de la muerte de Gallas. No solo disfrutaba del apoyo del emperador, sino que además contaba con el respaldo del vicecanciller imperial Ferdinand Kurz y con la confianza del ejército. Se hizo un esfuerzo generalizado para mejorar la disciplina y superar las dificultades logísticas. Los oficiales incompetentes o corruptos fueron castigados, y cada compañía recibió un carro cargado de bizcocho * guardado en barriles para alimentar a los hombres si se interrumpía el suministro regular de pan. [20]

La fuerza principal, de tan solo 20 000 efectivos, se concentró en Bohemia con el propósito de hacer frente al esperado ataque de Wrangel. La defensa de Silesia se dejó en manos del contingente sajón integrado en el ejército imperial, de acuerdo con los términos de la tregua de su elector, al que apoyaban algunos croatas y caballería imperial, mientras que las tropas polacas se encargaron de asegurar Oppeln y Ratibor para el emperador. Melander aguardó en los alrededores de Pilsen, ya que Fernando esperaba que los 18 700 bávaros acabasen desertando. El 8 de mayo se los llamó a que regresasen bajo la autoridad del emperador. Aunque este aseguró a Maximiliano que la llamada solo iba dirigida a cuatro regimientos recién disueltos, estaba claro que su intención era sobornar a todo el ejército. Se planteaba un dilema entre la apelación del emperador al «patriotismo alemán» y la lealtad de los soldados a Maximiliano en calidad de comandante y señor territorial.

Werth se había opuesto de forma sistemática a la tregua y cuando lo pasaron por alto para nombrar comandante del ejército bávaro a Gronsfeld, en sustitución de Mercy, se sintió desairado. Con el pretexto de que buscaba reclutas, condujo doce regimientos a Passau. Al descubrir lo que sucedía,

Maximiliano anunció una recompensa de 10 000 táleros por su cabeza, vivo o muerto. Los funcionarios bávaros se negaron a facilitarle transporte o provisiones y los regimientos leales prefirieron evitar a sus camaradas amotinados antes que enfrentarse a ellos. No obstante, la mayoría de los amotinados se mostraban reticentes a pasar a Bohemia, donde el alimento era escaso. El general Christoph Heinrich Gayling alentó un contramotín y redujo los seguidores de Werth al general Johann von Sporck, 800 dragones y dos guarniciones aisladas en Suabia que se habían declarado por el emperador. El general Sparr, sustituto de Melander en Westfalia, aseguró varias guarniciones más con la cooperación de los canónigos de Colonia, que también se oponían a la tregua. Sin embargo, la fidelidad local acabó imponiéndose y la gran mayoría de los hombres permanecieron leales a Baviera. Maximiliano nunca perdonó a Werth y, en consecuencia, le dio su cargo de comandante de la caballería a Gayling. [21]

La espera a que apareciese Werth retrasó la salida de Menlander, que no logró llegar a Eger antes de que esta se rindiese a Wrangel y Wittenberg el 18 de julio. Sin dejarse intimidar, Melander se desplegó en el valle del Eger y bloqueó la ruta a Bohemia. La llegada de Fernando supuso un gran revulsivo moral y Melander llevó a cabo otro de sus celebrados golpes de mano el 22 de agosto, al atacar por sorpresa el campamento de Wrangel, en Triebl, e infligirle 1000 bajas y capturar 300 prisioneros sin sufrir apenas pérdidas.

El fin de la tregua

Esta victoria menor mejoró, en esencia, la posición del emperador en las negociaciones con Baviera y Colonia. El elector Fernando había aceptado la tregua de su hermano con reticencias, ya que no incluía a los hessianos. No tenía intención alguna de forzar la marcha de las pequeñas guarniciones imperiales de Westfalia, y era previsible que estas no se marcharan por propia iniciativa. Esto proporcionó un pretexto a Königsmarck para atacar una vez llegó a Westfalia desde Hesse-Kassel, de modo que tomó Vechta en mayo y Wiedenbrück en junio. Colonia denunció formalmente a la tregua el 15 de agosto y reanudó las operaciones con su ejército a las órdenes de Lamboy. Este mostró sus deficiencias como general en un ataque fallido contra la posición hessiana de Frisia oriental, que se frustró cuando los defensores inundaron la campiña. Para noviembre, había sido obligado a retroceder hasta Sauerland.

El apoyo de Baviera era más importante si el emperador pretendía dar un vuelco suficiente a la guerra como para no firmar la paz sin España. Fernando había pospuesto de forma sistemática la cuestión del Palatinado en Westfalia para conservar su influencia sobre Baviera. Nada más iniciarse las negociaciones con Maximiliano en abril, Fernando cedió enseguida y concluyó un acuerdo en agosto que supuso la primera modificación de la carta fundamental del Imperio desde 1356. Se crearía un octavo título electoral para Carlos Luis, que recuperaría el Bajo Palatinado. Maximiliano retendría el antiguo título palatino, de mayor antigüedad, y el Alto Palatinado, y obtendría 660 000 florines como compensación del emperador por la cesión del Bajo Palatinado. [22]

Cuando fue evidente que Francia no ofrecería un trato mejor, Maximiliano denunció la Tregua de Ulm mediante el Decreto de Passau del 7 de septiembre. Esto realzó su autonomía militar, y le permitía contar con los Círculos de Baviera, Franconia y Suabia para mantener sus tropas, además de conservar el mando de las unidades imperiales presentes en estas regiones. A cambio, Maximiliano volvió a entrar en la guerra, aunque solo contra Suecia, al creer que las tensiones entre las dos coronas tras la marcha de Turena a Luxemburgo evitarían tener que luchar contra Francia. El regreso de Colonia y Baviera impulsó también la causa imperial, lo que alentó de modo efímero la esperanza de que se produjese una «gran conjunción», o la llegada de tropas de Sajonia y Brandeburgo.

Alrededor de un tercio del ejército bávaro se unió al general Adrian Enkevort, que había estado hostigando posiciones suecas en los alrededores del lago Constanza desde la marcha de Wrangel en marzo. Natural de Brabante, Enkevort es otro de esos competentes oficiales imperiales a los que ha pasado por alto la historia militar. Por deferencia a Maximiliano, evitó las poblaciones de guarnición francesa, como Heilbronn, pero el 23 de noviembre arrebató Memmingen a los suecos tras un asedio de dos meses, además de otras localidades de menor importancia en Suabia y Franconia. Continuó sus enérgicas operaciones contra los suecos durante todo 1648 y construyó una flotilla de botes artillados para disputar el control del lago Constanza. [23]

La partida de los otros 12 000 bávaros, a las órdenes de Gronsfeld, que debían unirse a los imperiales, se retrasó a causa del enfado de Maximiliano por la presencia de los antiguos amotinados Werth y Sporck en el ejército imperial. A la postre, Fernando consintió en apartarlos del mando, y se

retiraron a Praga tras verse recompensados con mucha generosidad. Gronsfeld se unió por fin a Melander en Bohemia el 15 de octubre. La coordinación siguió siendo deficiente, porque Gronsfeld nunca le había perdonado a Melander que lo derrotase en Hessisch-Oldendorf en 1633 y Maximiliano no quería que los bávaros se adentrasen demasiado rápido en el interior de Alemania occidental por temor a provocar a Francia. Tampoco podían recuperar Eger y detener a Wrangel, que se retiraba por la frontera sajona a través de Turingia y Baja Sajonia en dirección al Weser.

Melander lo siguió muy despacio e irrumpió al fin en Hesse-Kassel en noviembre. Amalia Isabel había sacado un gran provecho de la tregua. Königsmarck y Turena la habían ayudado cuando pasaron por su territorio, procedentes de Suabia, en abril. Con la balanza local a su favor, la landgravina trató de llegar a un acuerdo con su rival de Darmstadt antes de que el congreso impusiera unos términos menos aceptables. La misma urgencia había llevado a la malograda invasión de Berg por parte de Brandeburgo seis meses antes. Amalia Isabel no aprendió del error. Sus tropas obtuvieron un éxito inicial con la toma de Rheinfels el 18 de julio, que forzó a Darmstadt a acordar otra tregua. La llegada de Melander animó entonces a Darmstadt a tomar represalias. Aunque los imperiales no lograron tomar Marburgo en diciembre, su presencia frustró el objetivo de Amalia Isabel.

Los otros príncipes estaban hartos de la disputa y la consideraban un asunto privado que estaba retrasando el acuerdo general de paz. Suecia y los luteranos alemanes se distanciaron ante las declaraciones de Amalia Isabel, la cual se erigía en defensora de los derechos de los calvinistas, e incluso sus más estrechos partidarios quedaron impactados cuando, el 25 de abril de 1646, reveló la extensión de sus demandas territoriales. Francia se opuso a las mismas, ya que habían de ser a expensas de la Iglesia imperial. El 2 de abril de 1648 el congreso dio un ultimátum a ambas partes para que aceptasen un arbitraje, lo que llevó a la conclusión de un acuerdo doce días más tarde. Darmstadt mantuvo algunos distritos, pero aceptó la pérdida de Marburgo y Rheinfels a favor de Kassel. Por su parte, Kassel aceptó tolerar el luteranismo en Marburgo y que ambos compartieran la administración de su universidad. Entre tanto, Francia persuadió a Amalia Isabel para que renunciase a sus pretensiones territoriales a cambio de 800 000 táleros, una cuarta parte de los cuales debía ser destinada al pago de sus tropas.

El modesto éxito de Melander había revigorizado al ejército imperial, que

de nuevo parecía una fuerza respetable, y ayudó a persuadir a Maximiliano de que volviese a entrar en la guerra. No obstante, los vientos soplaban todavía en contra del emperador. La presión sueca forzó a Francia a enviar a un corneta a Múnich a finales de 1647 para anunciar que ya no se sentía atada a ninguna tregua. La neutralidad temporal de Baviera había manifestado aún más, si cabe, la importancia que tenía Maximiliano para Fernando, en especial porque ya no cabía esperar nada más de España.

LA PAZ DE ESPAÑA CON LOS NEERLANDESES

La Revuelta de Nápoles, 1647

Las convulsiones de las revueltas catalana y portuguesa pusieron a España a la defensiva en 1643. En adelante, sus energías se consumieron en sofocar múltiples incendios. Los mantuvo bajo control, pero no pudo extinguir ninguno de ellos. Tan pronto como lograba progresar en un teatro debían trasladarse los recursos a cualquier otro sitio, a fin de afrontar una nueva amenaza. La situación en Italia se calmó por un tiempo gracias a la implicación de los príncipes italianos en la Guerra de Castro, lo que hizo que sus ejércitos no pudiesen estar disponibles ni para España ni para Francia. El Ejército de Lombardía español se había reducido de unos 25 000 hombres en 1635 a 15 000 a mediados de la década de 1640. El resurgir de las incursiones de los piratas de Berbería en las costas sicilianas y napolitanas era otro signo de la debilidad de España.

En 1646, Mazarino lanzó una gran expedición contra las posesiones españolas de Elba y la costa de la Toscana, que pretendía cortar las comunicaciones entre Nápoles y Génova, y alentar así a los príncipes a que entrasen en la guerra. Los napolitanos tenían fama de levantiscos y Mazarino pensó que un golpe audaz provocaría un levantamiento contra el Gobierno español. El príncipe Tomás de Saboya se presentó a sí mismo como un candidato potencial para el trono napolitano. La flota francesa del Mediterráneo lo llevó, junto con ocho mil hombres, a los puertos de la Toscana conocidos como los Presidios, que estaban separados de tierra firme por la lengua de tierra palúdica de Maremma. Tras desembarcar en abril, Tomás se empantanó ante la fortaleza de Orbetello y sus soldados comenzaron a morir de tifus y malaria. La llegada de la flota española lo obligó a evacuar a los supervivientes en junio.

Pese a este revés, los napolitanos se levantaron, en cualquier caso, en julio de 1647. Como en los acontecimientos de Cataluña y Portugal, la revuelta se debía tanto a causas que venían de antiguo como a desencadenantes inmediatos. La economía se había visto dañada por las inversiones en bonos del Gobierno español, que ofrecían un alto interés cuando los mercados de exportación napolitanos se estaban contrayendo. La inversión se generalizó en todas las capas de la sociedad, en la que unos cuantos poseían bonos por valor de varios miles de ducados y otros muchos apenas por valor de uno solo. Las consecuencias comenzaron a dejarse sentir en 1622, cuando el Gobierno español comenzó a retrasarse en el pago de los intereses, situación que acabaría en 1642 con la declaración de quiebra. Los bonos perdieron de inmediato su valor. Una sola de las devaluaciones oficiales evaporó veinte millones de ducados en 1637. La economía local se descapitalizó. Los pequeños granjeros se vieron abocados a la servidumbre debido al endeudamiento y a otras formas de dependencia. Los barones dueños de las tierras rurales aprovecharon la situación mediante la manipulación de la deuda como medio de control social y el empleo de los pobres y los campesinos sin tierra como bandidos en disputas con sus vecinos. Entre tanto, el abastecimiento de alimentos comenzó a ser un asunto preocupante, a medida que los emigrantes del campo elevaron el crecimiento de Nápoles hasta los 225 000 habitantes, lo que la convertía en la ciudad más grande del Imperio español.

Al virrey de España le preocupaban las demandas de Madrid de soldados e impuestos. Solo en el periodo 1631-1636, el reino de Nápoles proporcionó 48 000 hombres y 5500 caballos. Aunque la recaudación se elevó de 4,3 millones de ducados (en 1616) a 5,8 millones (en 1638), buena parte del esfuerzo se basaba en el préstamo. La deuda se cuadruplicó hasta los cuarenta millones de ducados y sus intereses comenzaron a devengar cuatro quintas partes de los ingresos. [24] Asuntos como la venta de cargos extendieron la corrupción, en gran parte debido a que el Gobierno había vendido la jurisdicción de las poblaciones más pequeñas a los barones. La gente común comenzó a padecer escasez de comida, deudas, corrupción y violencia, pero la situación política se mantenía confusa. Las élites locales se dividieron entre aquellos que representaban a España, los que se beneficiaban de las políticas españolas y aquellos que salían perdiendo. Algunos barones conspiraron con los franceses, pero la mayoría se mantuvo distante, concentrada, por lo general, en sus propias ventajas inmediatas.

La situación empeoró cuando las inundaciones del invierno, la peste y una sucesión de malas cosechas causaron hambrunas en buena parte del Mediterráneo en 1647. La inquietud en Sicilia obligó a sus autoridades a suspender la recaudación de algunos impuestos en mayo. Las noticias de disturbios en Palermo llegaron a Nápoles el domingo 7 de julio, cuando la ciudad estaba atestada con motivo de una festividad religiosa. La situación recordaba a la de Barcelona siete años antes, cuando se produjo una escalada de la violencia después de que las autoridades perdiesen el control de las calles. El liderazgo de la revuelta pasó a Tommaso Aniello, un pescador, más conocido en el folclore italiano como Masaniello, que dirigió la violencia popular contra los símbolos de la represión general. Además de saquear el palacio del virrey, la muchedumbre atacó también a los bribones que empleaban los barones para sus disputas. Masaniello fue proclamado «rey» por sus partidarios, pero fue incapaz de controlar la escalada de asesinatos rituales y decapitaciones.

A diferencia de Cataluña, el virrey escapó a la muerte y permaneció a cargo del Gobierno. Se ganó a los moderados, que estaban consternados por la violencia y que decapitaron a Masaniello con el pretexto de que buscaba imponer una dictadura. Merced a la ansiedad continua que provocaba la subida del precio de los alimentos, Masaniello adquirió una dimensión sobrehumana. El Gobierno se vio obligado a darle un funeral de estado, en el que se afirmó que su cabeza se había unido milagrosamente al cuerpo. Más adelante, sería comparado con Cromwell, en la década de 1650, e inspiraría el derrocamiento de la monarquía napolitana en 1799. Aunque el virrey perdió el control de la ciudad, escapó a la fortaleza del Castel dell’Oro, situado en una restinga de la bahía. La flota española al mando de don Juan José, hijo ilegítimo de Felipe IV, desembarcó refuerzos y bombardeó la ciudad el 1 de octubre, lo que llevó a los rebeldes a declarar la independencia tres semanas más tarde.

La revuelta sorprendió a Francia. El retraso en el ofrecimiento de apoyo se agravó por su aversión a prestar ayuda a una rebelión. Al final, los rebeldes persuadieron a Enrique de Guisa de que se convirtiese en su líder. El duque, que estaba en Roma gestionando su divorcio, mantenía una lejana pretensión al trono napolitano y era un socio mucho más respetable para los franceses. La flota francesa del Mediterráneo llegó el 18 de diciembre, lo que obligó a Juan José a reembarcar sus tropas. La rebelión entró, entonces, en un punto muerto. Mazarino no se fiaba de Guisa por ser miembro del clan de Lorena,

cuya implicación había frustrado los planes anteriores de apoyar al príncipe Tomás de Saboya. El duque fue también incapaz de imponer su autoridad. Los napolitanos eran conscientes del destino de Cataluña y se hallaban divididos sobre la cuestión de la intervención francesa. Perdieron mucho tiempo en meritorios debates sobre la justicia social y reformas utópicas. Los que estaban en tierra firme no lograron coordinar la acción con los sicilianos, cuyos líderes, a su vez divididos, no fueron capaces de impedir que España reocupase la isla en julio de 1648. Cuando la flota española regresó y desembarcó un ejército, el 6 de abril de 1648, Nápoles abrió sus puertas y le entregó a Guisa a cambio de una amnistía general. La flota francesa apareció el 4 de junio con el príncipe Tomás, pero ya era demasiado tarde.

La revuelta supuso otro duro mazazo para España. No había posibilidad de equilibrar el presupuesto y la corona se vio obligada a declarar otra bancarrota, que supuso la suspensión del pago de intereses y la atención de sus obligaciones mediante otra emisión de bonos. En cualquier caso, la laxitud de la intervención francesa y el colapso en última instancia de la revuelta demostraron la pertinaz resistencia de España. A pesar de su importancia a nivel regional, la revuelta no supuso gran cosa en la posición general de la monarquía. Como ya venía siendo habitual, los Países Bajos demostraron ser el teatro decisivo.

La guerra contra los neerlandeses

La alianza franco-neerlandesa se había renovado el 1 de marzo de 1644; cada parte se comprometía a continuar la lucha hasta que ambas obtuviesen satisfacción. Llevaron a cabo un esfuerzo coordinado para eliminar a los corsarios de Dunkerque mediante una invasión de la costa flamenca. Los neerlandeses proporcionaron apoyo naval con el bloqueo de cada uno de los enclaves, a la vez que estos eran asediados por el ejército francés que avanzaba desde Artois. La caída de Gravelinas desmoronó las defensas exteriores de Dunkerque en julio de 1644. Los franceses tomaron Mardyck un año más tarde y Cortrique (hoy Kortrijk) en junio de 1646. Los españoles ofrecieron una feroz resistencia y recuperaron Mardyck en diciembre de 1645, solo para perderla de nuevo el mes de agosto siguiente. A las órdenes del duque de Enghien, ahora príncipe de Condé, los franceses siguieron avanzando con la toma de Furnes en septiembre de 1646 y, por fin, de Dunkerque, en octubre. Los efectos fueron inmediatos. Mientras que los

corsarios de Dunkerque habían hundido o capturado 2029 barcos neerlandeses entre 1627 y 1635, el número cayó a 547 en el periodo 1642-1646. [25]

Las operaciones terrestres neerlandesas fueron bastante menos exitosas. Federico Enrique se enfrentaba a una difícil tarea, pues tenía que comenzar cada campaña desde el norte del Rin, mientras que los franceses no tenían ningún obstáculo natural entre ellos y la costa de Flandes. Al igual que los galos, también tuvo que reducir sus fuerzas con el envío de destacamentos de tropas a lo largo de la frontera a fin de repeler posibles incursiones españolas. Quería expandir la franja de seguridad de la República hacia el sur y el este. En la campaña de 1626-1627 había conquistado territorios al este del Ijssel, y la toma de s’Hertogenbosch en 1629 ampliaba el saliente sudoriental, lo que proporcionaba seguridad a Güeldres. La conquista de Maastricht en 1632 aseguró un puesto avanzado aguas arriba del Mosa y contribuyó a interrumpir las comunicaciones entre las posiciones españolas que quedaban en el Bajo Rin y las situadas en el resto de los Países Bajos. La campaña de Breda de 1637 mejoró la situación hacia al oeste, lo que ofrecía protección a Utrecht. Las operaciones posteriores de Federico Enrique expandieron estas ganancias con la conquista de Sas van Gent en 1644 y de Hulst en 1645, lo que daba a la República el control de la parte oriental del estuario del Escalda.

La campaña de 1646 estaba dirigida a completar el objetivo anterior con la toma de Amberes. Ante la sensación de que su aliado flaqueaba, Francia incrementó su contribución y prometió el envío de 6000 hombres a las órdenes de Gramont para acudir en su ayuda. El general logró llevar a cabo una marcha forzada a través de Flandes para reunirse con Federico Enrique cuando este se aproximaba a Amberes. No obstante, la operación fracasó y los neerlandeses se retiraron. Los franceses estaban furiosos porque la flota neerlandesa había llegado tarde frente a la costa de Dunkerque y Gramont pensó que Federico Enrique se había vuelto loco. [26] Los neerlandeses replicaron con quejas sobre la indisciplina francesa y, al final, embarcaron al contingente de Gramont y lo enviaron a casa.

Las noticias que llegaban desde las colonias resultaron igualmente decepcionantes, pues los neerlandeses perdieron la posición de predominio que habían ejercido hasta 1644. A pesar de la tolerancia de régimen en Pernambuco, muchos brasileños permanecieron leales a Portugal y se trasladaron al sur para levantar una industria azucarera rival en Bahía. Se fundó otra nueva colonia en Maranhão, al noroeste de Pernambuco, hacia la

cuenca del Amazonas, y juntas pronto superaron la producción neerlandesa de azúcar. El coste de la defensa de sus nuevas conquistas puso a la Compañía Neerlandesa de las Indias Occidentales en un gran apuro, por lo que fue preciso el subsidio del Gobierno para continuar las operaciones. El valor de su acción había caído ya a partir de 1629, a pesar de las continuas conquistas. Ya en 1640, las deudas de la WIC habían llegado a los dieciocho millones de florines y los precios de las acciones se derrumbaron de 117 puntos a 14 en 1650. Bajo la presión de los inversores, los directores recortaron el presupuesto de defensa en 1644. Esta medida coincidió con el cese de Juan Mauricio como gobernador y dejó el camino despejado para que estallara una revuelta brasileña en 1645. Ningún bando podía poner más de mil hombres en campaña. Los refuerzos neerlandeses llegaron en 1646, pero los rebeldes recibían asistencia desde la Bahía portuguesa y la WIC quedó pronto reducida a Recife y tres fuertes costeros.

Las actividades de la WIC comprometieron seriamente la diplomacia neerlandesa al impedir una cooperación efectiva con los rebeldes portugueses, que eran aliados naturales en Europa, pero enemigos en las colonias. En 1644, la República acordó una tregua con Portugal para las Indias orientales que duró hasta 1652. El rey Juan de Portugal interrumpió su ayuda a Brasil con la esperanza de que los neerlandeses apoyasen la independencia de Portugal en las negociaciones de Westfalia. Sin embargo, los brasileños se limitaron a organizar su propia expedición, que cruzó el Atlántico en 1648 y recuperó Angola y Santo Tomé. Aunque Portugal había perdido ya para 1663 la mayor parte de los puestos que le quedaban en las Indias Orientales a manos de la Compañía Neerlandesa de las Indias Orientales (VOC), aprovechó la Primera Guerra Anglo-Neerlandesa (1652-1654) para expulsar a la WIC de Brasil en 1654. La compañía se hallaba en un declive terminal y se disolvió en 1674.

En 1645, a la mayoría de los neerlandeses la guerra ya no le parecía beneficiosa. Los directores de la WIC abandonaron su anterior oposición a la paz y comenzaron a buscar alternativas, en especial cuando el comercio de su rival, la VOC, con Asia, España, el Levante y Arcángel ascendía entonces a una cifra de cincuenta millones de florines anuales. También sufrieron otros sectores. El textil y la agricultura se habían beneficiado de la depresión que se había producido en los Países Bajos españoles una vez que entró Francia en la guerra. Si a esto se añade el auge de la industria azucarera y el comercio de esclavos, todos estos factores sobrecalentaron la economía neerlandesa, un

fenómeno que se refleja en la tulipomanía de 1636-1637, cuando los especuladores hacían caja con la apasionada moda por las flores exóticas. La recesión posterior hizo que los neerlandeses se mostrasen menos dispuestos a pagar por la guerra. Había indicios de que su célebre sistema financiero había alcanzado su límite. Todavía se recaudaban grandes sumas en impuestos, pero las fuerzas armadas dependían de financieros privados (*soliciteurs militair*) que adelantaban dinero a los capitanes a fin de que estos pudiesen mantener sus compañías o tripulaciones a cambio de un descuento cuando llegasen las pagas oficiales. El crédito dependía de la puntualidad de la devolución, pero, para enero de 1643, las siete provincias debían cinco millones en pagos atrasados. Dos meses más tarde, los Estados Generales redujeron el tamaño regular del ejército en 20 000 efectivos, hasta los 60 000. [27]

La reducción también evidenciaba que la mayoría ya no compartía la fe en la victoria del partido de la guerra. Resulta paradójico, pero los éxitos militares de Federico Enrique provocaron su ruina política. La conquista de territorios más allá del Rin hacía que las provincias sureñas de la República se sintiesen más seguras. El calvinismo también había cambiado, se había fortalecido, tenía raíces más profundas y una estructura eclesiástica más estamental. La mayoría de los calvinistas habían dejado de sentirse una minoría asediada en su propio país. Algunos se mostraban dispuestos a ser más tolerantes y el fervor religioso encontró otros cauces en una serie de pequeños grupos de inconformistas espirituales. [28]

Las negociaciones de España con neerlandeses y franceses

Estas consideraciones crearon un clima favorable en la República de cara a la renovada oferta de España de una tregua el 28 de enero de 1646. Aunque obligados a consultar a Francia, la nueva alianza de 1644 permitía a los neerlandeses negociar por separado y la República envió entonces representantes a Münster. Las conversaciones se iniciaron en mayo y llevaron con rapidez a un borrador de tratado que contemplaba de modo patente la independencia formal de la República. Con el enérgico apoyo de Holanda, las otras provincias acordaron convertir la tregua en una paz permanente con España el 8 de enero de 1647. Las hostilidades se suspendieron en espera de la ratificación formal y una comisión conjunta hispano-neerlandesa inició el

trazado de la nueva frontera sobre la base del territorio que dominaba cada parte.

Algunos temían que la República pudiese verse expuesta si al ratificar el tratado se enajenaba la buena voluntad de Francia, mientras que la mayoría del mermado partido de la guerra se opuso al mismo por razones más egoístas. El impaciente hijo de Federico Enrique, Guillermo II, se convirtió por fin en estatúder a la muerte de su padre en marzo de 1647 y anhelaba una oportunidad de cimentar su nuevo estatus mediante la conquista de gloria militar. Los tres hermanos Van Reede, que dominaban los Estados de Utrecht, eran hijos de un refugiado de los Países Bajos del sur. Godard van Reede, que representaba a Utrecht en Münster, había invertido grandes sumas en la WIC y en el comercio de armas con Suecia. Vivía por encima de sus posibilidades y aceptó un soborno de 100 000 florines de Francia para que se opusiese a la ratificación. Este persuadió a su colega Johan de Knuyt, que representaba a Zelanda, para que hiciese otro tanto. [29] La constitución de la República hacía que las convicciones personales fuesen relevantes, ya que la carta fundacional de la Unión de Utrecht (1579) requería la unanimidad de las siete provincias para que los tratados surtiesen efecto.

El enviado francés Servien abandonó Münster el 29 de diciembre de 1646 a fin de preparar los planes de campaña del año siguiente. Llegó a La Haya el 8 de enero, el día que los neerlandeses concluyeron su borrador de paz. El momento era desafortunado para Francia porque sus conversaciones con España se habían estancado, sin otro avance que el intercambio de algunas propuestas iniciales dos años antes. Era evidente que el emperador estaba dispuesto a aceptar las demandas francesas en Renania y que el único obstáculo que quedaba para alcanzar la paz era la insistencia de Mazarino en que Fernando adoptase una posición de neutralidad en la Guerra Franco-Española. Temeroso de que Trauttmansdorff pudiese dar el beneplácito a este acuerdo, Peñaranda ofreció al fin concesiones españolas en marzo de 1646, pero los franceses las consideraron irrisorias. España elevó su oferta con la inclusión de la entrega del Rosellón a Francia y una amnistía a los rebeldes catalanes. Mazarino tenía un exceso de confianza; estaba convencido de que otra campaña conseguiría también la cesión de Artois y Cataluña.

Este grado de confianza galo disminuyó durante el verano de 1647. La tregua en la frontera norte posibilitó que España trasladase sus fuerzas al sur, lo que le permitió recuperar Armentières en junio y Landrecies en julio. El comandante francés Gassion consolidó con brillantez su control de Artois con

la toma de La Bassée en julio, pero murió en Lens en octubre. Entre tanto, el motín en el Ejército de Alemania retrasó el ataque de distracción contra Luxemburgo, que apenas había comenzado cuando Turena fue enviado de vuelta al Imperio a raíz del fin de la Tregua de Ulm.

La situación francesa se deterioró también en los Pirineos. El cese de Olivares motivó un enfoque más flexible hacia los catalanes, en especial después de que la toma de Lérida en agosto de 1644 permitiese a Felipe IV ofrecer concesiones como gesto de magnanimidad. En la entrada triunfal a la ciudad juró solemnemente defender los fueros y las constituciones catalanas. Esto supuso un marcado contraste con las intenciones de Francia después de la toma de Perpiñán en septiembre de 1642, que tuvo como consecuencia la implantación de las leyes francesas en el Rosellón, considerado una posesión de Luis XIII. La mayor parte de la élite catalana se apresuró a apoyar a Felipe, cuyas tropas habían repelido un asalto sobre Lérida en noviembre de 1646. Condé fue enviado a efectuar un segundo intento, pero también fue repelido en junio de 1647. Aunque los franceses tomaron Tortosa (en julio de 1648), los españoles continuaron atrincherados en Lérida y Tarragona. El restablecimiento de la autoridad española en Nápoles se vio acompañado de una exitosa defensa de Cremona contra dos asaltos realizados por los franceses y el duque de Módena, el único príncipe italiano en adherirse a la alianza anti-Habsburgo.

Chigi y Contarini, los mediadores papal y veneciano, respectivamente, lograron que se reanudasen las conversaciones franco-españolas en abril de 1647. Era un indicio de la confianza de España en los neerlandeses el que esta viese con buenos ojos su contribución a promover la paz. El 16 de noviembre se consensuaron cuarenta y tres artículos, lo que dejaba pendientes solo seis asuntos de primer nivel, de los que las concesiones territoriales a Francia eran el obstáculo principal. Ambas partes siguieron recelosas, en especial España, que veía una oportunidad de contener a Francia al ratificar su borrador de tratado con los neerlandeses. Esto ayudó a convencerlos de la sinceridad española, de modo que ratificaron su borrador de tratado en la Paz de Münster del 30 de enero de 1648. España reconocía la independencia de las Provincias Unidas y consentía en mantener el Escalda cerrado al comercio. Los neerlandeses conservaban sus conquistas al sur del Rin, incluida Maastricht, pero sin la obligación de respetar el catolicismo, cuestión antes exigida por España. También conservaban sus conquistas de ultramar y el derecho a comerciar allí. [30] Eran unas condiciones muy buenas y las

ratificaron el 9 de marzo seis de las siete provincias. La presión sobre Van Reede aumentó y, este, con la salud deteriorada, consintió finalmente el 30 de abril, de modo que la paz se juró formalmente el 15 de mayo de 1648 en la ceremonia conmemorada por la gran pintura de Ter Borch. El último enfrentamiento hispano-neerlandés tuvo lugar en los bosques de la isla de Ternate en julio de 1649, antes de que las noticias de la paz llegasen por fin a las Indias orientales.

Francia perdió a su aliado en un momento crítico. Luis XIV, de diez años de edad, se recuperaba de unas viruelas que podían causarle la muerte y su hermano menor también estaba enfermo. El Gobierno español estaba convencido de que Mazarino sería pronto derrocado por los aristócratas franceses, que ofrecerían unas condiciones de paz más favorables. El conde d'Avaux fue llamado a consultas en marzo de 1648 a fin de satisfacer las críticas de los príncipes de sangre real. Longueville, que se oponía a Mazarino, se había marchado un mes antes, lo que reducía la representación francesa a Servien. La ratificación de la paz hispano-neerlandesa coincidió con el final de la revuelta napolitana. No sorprende que Felipe IV rechazase un borrador de paz con Francia el 6 de mayo de 1648 y ordenase a Peñaranda que partiese de cero en la confección de uno nuevo. A la postre, Peñaranda persuadió a su señor para que le dejase abandonar Münster el 29 de junio con el argumento de que su permanencia allí era una afrenta para el honor español ahora que los principales representantes franceses se habían marchado. Las negociaciones quedaron delegadas en dignatarios de segundo nivel, reflejo de la baja prioridad que ahora recibían de ambos gobiernos.

De Lens a los Pirineos

Francia necesitaba un éxito y Mazarino ordenó a Condé que lo obtuviese, para lo cual lo destinó al frente de Flandes con instrucciones de tomar Ypres. Las operaciones se retrasaron por el mal tiempo y la escasez de forraje, pero Condé acabó tomando la plaza el 28 de mayo de 1648 tras solo dos semanas de asedio. Esta ganancia fue compensada por la recuperación de Cortrique a manos de Leopoldo Guillermo que, como gobernador, había sustituido a Piccolomini en el mando del Ejército de Flandes. Un ataque francés a Ostende fue repelido al tiempo que los españoles recuperaban Furnes (actual Veurne) el 2 de agosto. Incluso estos éxitos menores españoles fueron doblemente dañinos, al afectar tanto a la opinión pública de París como a la

posición francesa en Westfalia.

La situación del ejército francés era precaria, pues estaba mal alimentado y bajo de moral. Mazarino persuadió al general Johann Ludwig von Erlach para que tomase 3500 hombres del Ejército de Alemania y marchase desde Alsacia con el objeto de reforzar a Condé. Esta vez las tropas no se amotinaron y su llegada elevó los efectivos de Condé a 16 000 hombres y 18 cañones. Leopoldo Guillermo había recuperado Lens el 17 de agosto y formó a sus 18 000 hombres y 38 cañones en una cresta situada en el lado occidental y protegida por una ciénaga. Condé se desplegó en la llanura que había enfrente el 19 de agosto, cansado y sediento. Era obvio que la posición española era demasiado fuerte y comenzó a retirarse. Parte del ejército de Leopoldo Guillermo abandonó la cresta en persecución, y rompió la retaguardia francesa. Este éxito persuadió al archiduque, con fatales consecuencias, de que avanzara con el resto del ejército, lo que desencadenó un enfrentamiento general. Condé se recuperó con rapidez y derrotó a la caballería española, que huyó, se llevó consigo a Leopoldo Guillermo y dejó expuesta a la infantería, como en Rocroi. Los franceses hicieron 5000 prisioneros y causaron la muerte a otros 3000 hombres a cambio de la pérdida de 1500. [31]

Lens supuso un arma de doble filo. La victoria realzó el prestigio de Mazarino y lo alentó a rechazar las nuevas propuestas españolas. Se valió del servicio de acción de gracias del 26 de agosto para intentar arrestar a sus dos oponentes más vociferantes en el Parlamento de París. La intentona fracasó, lo que degeneró en los disturbios conocidos como los Días de las Barricadas. Estos dieron lugar a la *Fronda* , o la lucha en Francia por el control del Gobierno de la regencia. [32] Las hostilidades se desencadenaron cuando el Parlamento declaró proscrito a Mazarino el 8 de enero de 1649. Aunque, en marzo, las cosas se calmaron por un tiempo, la violencia estalló de nuevo y con mayor seriedad en el país cuando Condé, que se consideraba a sí mismo el salvador de la monarquía, se rebeló en 1650. Mazarino, entonces, frustró todos los intentos dirigidos a apartarlo del poder, lo que obligó a Condé a huir y entrar al servicio de España.

Las negociaciones debían continuar en Münster como formalidad hasta que partieran los últimos enviados en marzo de 1649. La Guerra Franco-Española se prolongó durante otra década más. El duque de Módena ya había firmado la paz con España en febrero de 1649. Aunque volvió al lado de Francia entre 1654 y 1658, los españoles conservaron sus dominios en Italia. La *Fronda*

impidió que los refuerzos llegasen a Cataluña, donde los franceses perdieron sus apoyos. La peste mató a uno de cada diez catalanes entre 1650 y 1654, lo que socavó aún más el entusiasmo por la guerra. Don Juan José puso sitio a Barcelona a partir de 1651. Sin perspectivas de que llegase un socorro francés, la ciudad se rindió el 13 de octubre de 1652 y aceptó a Juan como virrey. España recuperó el resto de Cataluña y (por poco tiempo) Dunkerque y Gravelinas, en 1652, pero la dura lucha evitó que pudiese aprovecharse con plenitud de la *Fronda* . En cualquier caso, en la Paz de los Pirineos de 1659, Mazarino se vio obligado a aceptar condiciones mucho menos satisfactorias que las que hubiese obtenido en 1647. España solo cedió parte de Artois, el Rosellón (sin la fortaleza de Rosas) y parte de la Cerdaña bajo la apariencia, como Felipe deseaba, de ser la dote de la infanta como esposa de Luis XIV. Francia se vio obligada a devolver sus posesiones al duque de Lorena, mientras que ya había cedido Dunkerque al régimen de Cromwell, que intervino en contra de España a partir de 1655, y no recuperó la ciudad hasta que se la vendió Carlos II en 1662. [33]

EL ÚLTIMO ASALTO, 1648

La última campaña

La recuperación parcial de España en 1647-1648 limitó la capacidad de influencia de Francia en el Imperio, donde el resultado exacto de la guerra todavía permanecía incierto. Era obvio que el emperador estaba perdiendo, aunque incluso una victoria local podía suponer todavía un revés en Westfalia para las dos coronas. Pese a haber ganado terreno, carecían todavía de una preponderancia decisiva, y los informes que afirman que superaban en número a las fuerzas imperiales y bávaras en una proporción de dos a uno son exagerados. [34]

La proporción de nativos suecos en su ejército era ahora mucho mayor, unos 18 000 hombres de un total de 63 000, debido a la desconfianza que existía hacia los alemanes. Se hizo un gran esfuerzo por mejorar la caballería, que estaba integrada por 22 000 de los 37 500 soldados del ejército de maniobra. Los once regimientos de caballería alemanes que abandonaron las filas de Turena fueron reorganizados en cuatro unidades de mayor tamaño y se reunieron 14 000 caballos en Baja Sajonia como monturas de reemplazo. La proporción entre caballería e infantería se había invertido respecto a la de

1618. Las razones logísticas continuaron impulsando esta tendencia; además, los suecos también necesitaban movilidad para ayudar a sus negociadores en Westfalia.

Casi una tercera parte de las tropas de guarnición se destinaron a la protección de la cabeza de puente báltica y otros mil hombres defendían Benfeld, en Alsacia, por razones políticas, ya que era el único puesto avanzado sueco en la provincia codiciada por Francia. Otros contingentes se dispersaban por las bases restantes y una fuerza de maniobra de 7500 soldados se hallaba desplegada en Franconia y Turingia. Wittenberg se encontraba con otros 5700 hombres en Silesia y Moravia. Estos y otros destacamentos redujeron la fuerza principal de campaña, a las órdenes de Wrangel, a 12 500 caballos y 6000 infantes, con un contingente de caballería adicional al mando de Königsmarck como vanguardia. [35] Los hessianos, que todavía conservaban unos 10 000 efectivos, se hallaban ocupados en la defensa de las posiciones que tenían en ese momento. Esto incrementó, en gran medida, la importancia del regreso de Turena al Alto Rin a finales de 1647 con 4000 caballos y 5000 infantes. Otros 8000 franceses defendían Breisach y otros puestos de Renania.

El objetivo más difícil que debía procurar Melander al emperador era impedir la unión de Turena y Wrangel, ya que solo disponía de 10 000 imperiales y 14 000 bávaros. Alrededor de la mitad de su ejército era caballería y había otros destacamentos imperiales y bávaros en el sudoeste de Alemania y en Bohemia. Melander puso fin a la campaña de 1647 entre el curso alto del Weser y el Meno, entre Wrangel, en el bajo Weser, y Turena, en el Alto Rin. Su posición no solo estaba expuesta, sino que se trataba además de una región agotada por la lucha de 1645-1647. No podía enfrentarse a ninguno de los enemigos sin poner en peligro sus comunicaciones con Bohemia y Baviera. Desde el punto de vista político, era más importante enfrentarse a los suecos, así que Melander planeó atraerlos hacia Bohemia mientras Lamboy subía con el ejército de Westfalia por el curso del Rin con el objeto de amenazar las comunicaciones de Turena con Francia. La autonomía de Colonia contribuyó a frustrar el plan, ya que el elector Fernando se negó a que Lamboy abandonase Westfalia. En su lugar, Lamboy continuó lo que restaba de año con su poco fructífera guerra contra los puestos avanzados hessianos de Geyso.

La posesión francesa del curso medio del Rin proporcionó a Turena puentes más cercanos a las posiciones suecas. El francés cruzó en Maguncia

con 6000 hombres el 15 de febrero y marchó hacia el este por la orilla norte del Meno al tiempo que Wrangel iniciaba la marcha hacia el sur por el Weser para reunirse con él. Melander escapó de sus garras con una retirada hacia el sudeste hasta Núremberg. El avance aliado quedó bloqueado por un tiempo debido a la nieve y el desacuerdo entre los comandantes. Al fin, reiniciaron el avance hacia el sur en dirección al Meno y se internaron en Franconia, apoderándose de algunas guarniciones menores. Melander se retiraba muy despacio y, mientras, Gronsfeld apostaba a los bávaros en Ingolstadt. Los aliados tomaron Donauwörth de forma conjunta, pero, a continuación, se separaron; las discusiones por la incorporación al ejército sueco de la caballería de Turena amotinada el año anterior ocultaban desacuerdos políticos sobre la dirección de la guerra. Mazarino se mostraba todavía reacio a luchar en Baviera y Turena se retiró al noroeste, al valle del Tauber, con el objeto de aprovechar los pastos de primavera y recuperarse mientras se resolvía la disputa.

Entre tanto, Wrangel marchó al nordeste a tomar puestos imperiales en el Alto Palatinado y a liberar Eger, que había permanecido bloqueada desde el otoño. Su cambio de perspectiva estaba en consonancia con la estrategia general sueca de asestar un mazazo a las tierras hereditarias de los Habsburgo para forzar a Fernando a firmar la paz. Además, los generales suecos también vieron en un nuevo ataque a Bohemia su última oportunidad de saquear aquel país antes de la inevitable llegada de la paz. [36] Como Wrangel no logró pasar de Eger, convenció a Turena de que reanudase las operaciones combinadas con el fin de noquear a Baviera e invadir Austria por el Danubio.

La batalla de Zusmarshausen

Melander era demasiado débil para explotar el distanciamiento temporal de sus enemigos y había recibido instrucciones secretas de no arriesgar el ejército. Fernando era consciente de que una victoria en ese momento solo acarrearía unos beneficios modestos en el congreso, mientras que una derrota podría ser catastrófica. Melander marchó hacia el oeste entre Ulm y Augsburgo a fin de aliviar la situación del abastecimiento; Gronsfeld, por su parte, se le unió a regañadientes con sus bávaros. Su fuerza efectiva combinada se había reducido a 15 370 hombres y alrededor de 2000 jinetes de los 7220 efectivos de la caballería carecían de montura. [37]

Los aliados avanzaron hacia el sudoeste en dirección a Wurtemberg antes

de desviarse al este hasta Lauingen, un puesto francés en el Danubio aguas abajo de Ulm. Cruzaron el 16 de mayo y se dirigieron al sur a cortar las comunicaciones de Melander con Baviera. Alertado ya de su llegada, Melander se había retirado hacia el este a través de Burgau en dirección a Zusmarshausen. No obstante, la noticia de que el enemigo estaba ya al otro lado del Danubio causó alarma nada más ser recibida. Melander rechazó el consejo de Gronsfeld de marchar hacia el norte a enfrentarse a ellos, pues no tenía claro qué cantidad de efectivos había cruzado el río. En su lugar, continuó hacia el este en dirección a Augsburgo con la intención de escapar a través del Lech al interior de Baviera. Esta decisión lo puso en la misma situación que a Mansfeld en Mingolsheim, o que al duque Cristian en Höchst y Stadtlohn, de tener que retirarse con el estorbo que suponía el bagaje ante la proximidad del enemigo. Tenía que cubrir un tramo de veinte kilómetros de colinas boscosas entre los arroyos de Zusam y Schmutter para llegar al valle del Lech. Raimondo Montecuccoli se quedó atrás como retaguardia con 800 mosqueteros, 2000 caballos y algunos croatas, mientras Melander partía con el resto del ejército a las cuatro de la madrugada del 17 de mayo.

Wrangel y Turena disfrutaban de una considerable superioridad numérica, con 14 500 caballos y 7500 infantes, pero el terreno dificultó que pudiesen aprovecharla en un despliegue efectivo pleno. La acción se desarrolló como una batalla en movimiento contra la retaguardia de Montecuccoli mientras este se retiraba por el estrecho camino en el interior del bosque. La vanguardia aliada, de tres regimientos de caballería franceses y seis suecos, atacó alrededor de las siete de la mañana. Montecuccoli resistió durante más de una hora antes de retirarse al otro lado del arroyo de Zusam una vez que tuvo indicios de la pronta llegada de todo el ejército enemigo. Se replegó a un estrechamiento del bosque en la villa de Herpfenried con la intención de resistir hasta que Melander pudiese establecer otra posición más adelante, en Horgau. La caballería francesa se abrió camino a través de la más asequible vertiente sur del camino y flanqueó a Montecuccoli. Melander se apresuró a la retaguardia con su grupo de escolta para rescatarlo. Las prisas por comenzar la marcha esa mañana habían hecho que Melander no se pusiese su armadura y fue alcanzado en el pecho por un disparo de pistola, del que murió poco antes del mediodía. Los destacamentos imperiales continuaron resistiendo, pero la lucha degeneró en confusión a medida que los franceses y los suecos avanzaban por el camino y capturaban parte del bagaje.

No obstante, la resistencia de Montecuccoli ganó tiempo para que

Gronsfeld lograse poner al grueso del ejército al otro lado del Schmutter, inmediatamente al este de Biburg, y se atrincherase en la colina Arenosa, situada al otro lado. Las trincheras bávaras llegaban ya a las rodillas de los soldados cuando a las dos de la tarde llegó Montecuccoli con los supervivientes de la retaguardia. A continuación, los zapadores bávaros destruyeron el puente antes de que llegase el grueso de las tropas aliadas. Los franceses emplearon seis cañones capturados para apoyar un intento de cruce, pero este fue rechazado. Aunque su infantería apresuraba la marcha por el camino, su ausencia los privó de la ventaja de la superioridad numérica. Gronsfeld logró escabullirse por la noche a Augsburgo después de sufrir 1582 bajas y la pérdida de solo 315 prisioneros y 353 carromatos. El objetivo de Melander se había cumplido, aunque se podría haber hecho a un menor coste si se hubiera sacrificado el bagaje.

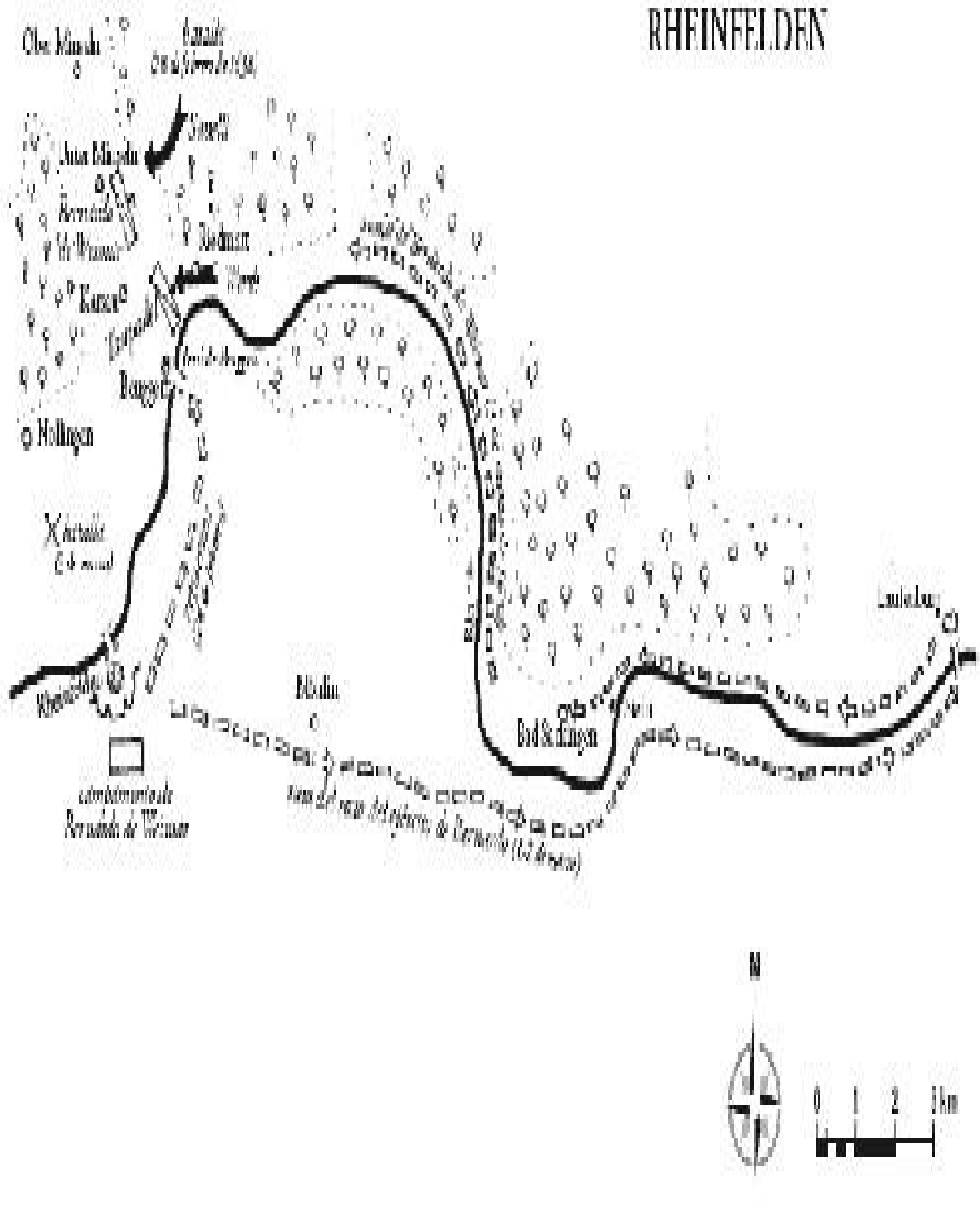
Los aliados habían fracasado a la hora de destruir el último ejército del emperador, que continuaba repeliendo operaciones de tanteo a lo largo del Lech. Gronsfeld había aprendido de la experiencia de Tilly en 1632 y se mantuvo retrasado, a buena distancia de la orilla del río, listo para bombardear al enemigo en su operación de cruce. Wrangel quería ganar fama con la repetición de la hazaña de Gustavo Adolfo y comenzó a enviar caballería por los vados. Gronsfeld se retiró a Ingolstadt, lo que dejó expuesto el sur de Baviera al enemigo, como ya sucediera en 1632-1633 y en 1646. El ejército de maniobra imperial se deshizo en la retirada y quedó reducido a solo 5000 efectivos; los bávaros no contaban con muchos más. Gronsfeld había quedado afectado por Zusmarshausen y las constantes alarmas de las dos semanas previas. La retirada final le costó la confianza de Maximiliano; el 3 de junio fue arrestado junto con dos subordinados y sustituido por el general Hunoldstein, que fue reemplazado a su vez por Enkevort en agosto.

El elector desahogó su frustración con el ejército, y se advirtió a los comandantes de posiciones menores como Windsheim de que serían ejecutados si se rendían. Siendo realista, la crisis impulsó al elector a olvidar sus objeciones sobre Werth, el cual recibió órdenes de que reuniera un contingente de caballería de 6000 jinetes procedentes de Bohemia para reforzar a los bávaros. Entre tanto, Fernando confió el mando imperial a Piccolomini, que no desempeñaba cargo alguno desde su dimisión en los Países Bajos en 1647. Todos eran oficiales competentes, pero llevaría tiempo reorganizar al desmoralizado ejército que se hallaba más allá del río Isar. En el ínterin, Maximiliano reunió a 12 000 súbditos y huyó a Salzburgo, donde

ya había puesto a buen recaudo su archivo y tesoro dos años antes.

Una recuperación modesta

Wrangel y Turena invadieron el sur de Baviera con 24 000 hombres. Aunque Múnich fue respetada, el resto de la región comprendida entre el Lech y el Isar fue devastada de manera sistemática para presionar a Maximiliano y que firmase otra tregua. Las operaciones se ralentizaron mientras los generales esperaban noticias de la conferencia de paz. A continuación, Wrangel cruzó el Isar por Frisinga. Llegó al


RHEINFELDEN
Nollingen
Bad Säckingen

Inn a finales de junio, pero se lo encontró crecido por las intensas lluvias y fortificado a conciencia por Hunoldstein. Piccolomini llegó con 3100 imperiales, seguido de Werth y la caballería el 3 de agosto. Su llegada elevó la moral, a lo que ayudó el gesto de Piccolomini de distribuir su propio salario entre las tropas impagadas. Los imperiales reunían ahora 14 000 hombres, y los bávaros habían vuelto a los 10 000, además de la milicia y de las guarniciones apostadas a lo largo del Inn y en otros enclaves del electorado. Se pusieron en marcha el 17 de julio.

Wrangel y Turena se retiraron con lentitud a fin de evitar un revés que pudiese dar al traste con las últimas negociaciones para alcanzar la paz. Además, Wrangel pretendía evitar que la reina Cristina tuviese un pretexto para sustituirlo al frente del ejército. De hecho, ya había nombrado a su primo Carlos Gustavo del Palatinado-Zweibrücken como comandante de todas las fuerzas suecas en el Imperio el 2 de junio. La decisión formaba parte de sus complejas maniobras para resolver el problema de la sucesión sin necesidad de contraer matrimonio. Ella era consciente de las dificultades a las que se enfrentaba a la hora de persuadir a sus súbditos para que aceptasen a Carlos Gustavo como su sucesor y quería elevar su prestigio al asociarlo con la victoria definitiva en el Imperio. Ya se había distinguido como buen subordinado a las órdenes de Torstensson. Ahora, la reina desautorizó las objeciones del Consejo de Estado y lo envió a Pomerania con 7150 soldados de tropas nativas a finales de julio. [38]

A pesar de haber enviado dos mil hombres para solucionar la situación en Bohemia, Piccolomini continuó con su estrategia de hostigar al enemigo, que puso a Werth en su elemento. Este supo que Wrangel, Turena y un gran séquito habían salido de caza en los bosques de Dachau, al norte de Múnich, el 6 de octubre. A pesar de que los aliados apostaron 1400 caballos en la linde por motivos de seguridad, nadie reparó en que hubiese más disparos de la cuenta cuando atacaron los jinetes de Werth hasta que cayó un capitán sueco, seguido de un teniente que tenía a su lado. Werth había atravesado el cordón y se hallaba en el interior del bosque. Los cazadores se habían convertido en las presas. Veinte oficiales desaparecieron en las traicioneras ciénagas. Wrangel estaba hundiéndose cuando, según afirmó, un ciervo saltó sobre la ciénaga y le mostró el camino. Consiguió escapar, pero Werth capturó noventa y cuatro prisioneros y mil caballos. Los aliados quemaron las villas bávaras de los alrededores en represalia por este comportamiento tan poco deportivo. [39]

El enfrentamiento final en Praga

La verdadera acción se había trasladado entre tanto a Bohemia. Königsmarck había partido del Lech el 18 de marzo a través del Alto Palatinado y el valle del Eger, y había recogido por el camino tropas de guarnición hasta llegar a Pilsen con 3000 hombres el 22 de julio. Su misión era provocar una grieta en las relaciones austro-bávaras y obligar al emperador a llamar a su ejército de vuelta para que protegiera Bohemia. Piccolomini había recogido tropas de todos los rincones del reino a fin de reconstruir el ejército principal, lo que había dejado Praga con una endeble defensa. Königsmarck decidió llevar a cabo un golpe de mano por sorpresa contra una ciudad que ofrecía la última oportunidad de conseguir una gran presa antes de que la paz impidiese ulteriores pillajes. Había contactado con él Ernst Ottovalsky, un teniente coronel protestante que había perdido su brazo derecho al servicio imperial y que estaba disgustado por la escasa compensación recibida.

Después de haber entregado a Königsmarck una lista de direcciones de las personas más ricas y conocidas, Ottovalsky guio a una partida de cien suecos a través del campo de batalla de la Montaña Blanca en la noche del 25 de julio hasta la «Ciudad Pequeña», la parte occidental de la ciudad en la margen izquierda del Moldava. Los llevó a un lugar donde la muralla se estaba reforzando y los albañiles habían dejado un montón de arena. Los suecos la emplearon a modo de rampa para sortear las defensas, reducir a los guardias y abrir una de las puertas a Königsmarck y al grueso de las tropas. Las fuerzas suecas tomaron enseguida toda la Ciudad Pequeña, incluido el Hradschin, pero Rodolfo de Colloredo, el comandante imperial, escapó en barca a la otra orilla del Moldava, y el alcalde hizo tañer las campanas dando la alarma. Praga se había rendido sin luchar en 1620, 1631 y 1632, pero esto había enseñado a sus habitantes lo que debían esperar de una ocupación enemiga, de modo que en esta ocasión resolvieron a resistir. Estudiantes y ciudadanos bloquearon el puente de Carlos y evitaron que los suecos pudiesen entrar en la Ciudad Nueva, de mayor tamaño, al este del río.

Königsmarck dio manga ancha a sus tropas por espacio de tres días. Asesinaron a doscientos habitantes y saquearon enormes tesoros de la aristocracia y el clero, incluido el patrimonio de Schlick, que por sí mismo valía medio millón de táleros. Las valiosísimas bibliotecas de los monasterios se enviaron a Estocolmo para complacer a Cristina, junto con lo que restaba de la colección de arte de Rodolfo II. Aquellos aristócratas que tuvieron la

mala suerte de ser capturados quedaron confinados y se pidió rescate por ellos. Los suecos amenazaron también con exigir un rescate por los huesos de San Norberto, hasta que descubrieron que habían sido puestos a salvo. Con una cantidad aproximada de siete millones de táleros, el fruto del saqueo excedió incluso al botín de Bregenz.

Otros destacamentos suecos acudieron como moscas a la miel. Wittenberg llegó a la orilla opuesta desde Silesia con 6000 hombres el 30 de julio, seguido de Carlos Gustavo y 8000 hombres desde Sajonia el 4 de octubre. Sin embargo, Puchheim y 3500 imperiales les ganaron la partida, apresurándose por el Moldava, para llegar a Praga tres días antes que Wittenberg. Los suecos habían esperado un éxito fácil y estaban desmoralizados por la tenaz resistencia de la Ciudad Nueva. Wittenberg se retiró por un tiempo a saquear la campiña, lo que dio a los defensores la oportunidad de reforzar las fortificaciones y de entrenar a su milicia. Los suecos no tuvieron las fuerzas suficientes para establecer un sitio formal hasta la llegada de Carlos Gustavo, momento en el que se emplazaron baterías en las partes norte y sudeste de la Ciudad Nueva. Otros cañones dispararon a través del Moldava desde la «Ciudad Pequeña», mientras que la infantería trataba de cruzar el puente de Carlos protegida por una barricada móvil. La lucha se intensificó el 11 de octubre, cuando los sitiadores trataron de entrar en el interior antes de que se firmase la paz. Colloredo persuadió a los ciudadanos para que resistiesen. Las noticias de la firma de la paz llegaron el 5 de noviembre, pero los suecos continuaron sus asaltos durante otros cinco días hasta que la vanguardia del ejército de Piccolomini llegó por fin desde Baviera. [40] Los imperiales habían seguido a Wrangel, que también se había dirigido a Praga en octubre, pero se habían detenido en Núremberg una vez les llegaron noticias de la paz. Piccolomini reanudó la marcha y el 20 de noviembre todo el ejército imperial se había retirado al interior de Bohemia. Las conversaciones con Carlos Gustavo ya se habían puesto en marcha para determinar las áreas de ocupación de cada bando hasta que se hubiese completado la desmovilización.

La conclusión de la paz

La lucha apremió la última ronda de negociaciones en Westfalia. Presionado por Baviera y Maguncia para que llegase a un acuerdo con Suecia, Trauttmansdorff mantuvo conversaciones separadas con los representantes de

los protestantes y de los católicos moderados en la residencia de Johan Oxenstierna en Osnabrück desde primeros de marzo. Los obstáculos aún pendientes quedaron despejados cuando Trauttmansdorff extendió la paridad confesional a la Reichskammergericht y al Reichshofrat en aquellos casos en que se juzgasen procesos religiosos, y después de acordar la inclusión de los calvinistas en la paz. Sajonia introdujo una protesta formal en esta última concesión, pero siguió cooperando con Brandeburgo para persuadir al resto de los protestantes para que aceptasen las demás cláusulas del acuerdo, mientras Baviera y Maguncia trataban de conseguir otro tanto con los católicos. Suecia, al final, renunció a su apoyo táctico a los exiliados y aceptó la propuesta de Trauttmansdorff el 12 de junio, posponiendo el resto de cuestiones constitucionales para el siguiente Reichstag. A cambio, la Dieta Imperial prometía el pago de cinco millones de táleros como «gratificación» para el ejército sueco, que podía permanecer a sus expensas en el Imperio hasta que se reuniese el dinero. El grado de compensación había retrasado el acuerdo, pero solo los botines de Bregenz y Praga ascendieron a once millones de táleros, lo que sugería que la aristocracia y el clero del Imperio podrían haber pagado a los suecos mucho antes para que abandonasen el país. Estos pactos se incluyeron en un acuerdo el 6 de agosto que constituyó, en esencia, la Paz de Osnabrück. Suecia solo permaneció en campaña porque Francia no había firmado todavía la paz y porque Carlos Gustavo quería saquear Praga.

Dado que a la guerra hispano-neerlandesa se le había puesto fin en Münster en enero, solo las disputas de Francia con los Habsburgo permanecían sin resolver. Mazarino dio al Imperio un ultimátum en junio: o la Dieta Imperial excluía al círculo borgoñón (es decir, territorio de España en el interior de Imperio) de la paz, o Francia continuaría las operaciones al este del Rin. Tras alguna vacilación, la Dieta aceptó estos términos el 9 de septiembre, lo que permitió a los representantes franceses y de Maguncia perfeccionar la Paz Franco-Imperial de Münster seis días más tarde. A Fernando no le quedaban más alternativas que enemistarse con España al firmar este acuerdo o continuar la lucha sin apoyo alemán. Al menos, el anterior acuerdo de la Dieta había permitido a Fernando culparla de no dejarle otra opción que abandonar a España. Felipe IV quedó decepcionado y presentó una protesta formal el 14 de octubre en la que incluía también sus pretensiones sobre Alsacia (algo a lo que no renunció hasta 1659). No obstante, en privado, aceptó las razones de Fernando. [41]

Los dos tratados concluyeron la Guerra de los Treinta Años. El emperador y el Imperio resolvieron sus propios problemas y los que tenían con Suecia en la Paz de Osnabrück (*Instrumentum Pacis Osnabrugense* o IPO), que, a su vez, era una declaración de que la constitución imperial volvía a aplicarse en la totalidad del Imperio. Su acuerdo paralelo, la Paz de Münster (*Instrumentum Pacis Monasteriense* o IPM) con Francia, era un instrumento menos completo, porque excluía al Círculo de Borgoña y al ducado de Lorena, que permanecía ocupado por tropas francesas. Contemplaba las concesiones territoriales de Austria a Francia, y varios artículos confirmaban las disposiciones constitucionales acordadas con Suecia y con los estados imperiales en el IPO. Ambos tratados se juraron formalmente el 24 de octubre, acompañados por una salva de honor de setenta cañonazos. Se prepararon dos copias de cada uno para las ceremonias, a las que siguieron otras copias en los días siguientes que fueron revisadas por los enviados para garantizar que no se habían introducido cambios. Estas se despacharon a las cortes más importantes mientras se procedía a la impresión de, al menos, otras cuarenta y dos mil copias en el transcurso del año siguiente para satisfacer la impaciencia de la opinión pública. [42]

NOTAS

1. *Vid.* Scheel, G.: «Die Stellung der Reichsstände zur Römischen Königswahl seit den Westfälischen Friedensverhandlungen», 113-132. Ver también Spies, H. B.: «Lübeck, die Hanse und der Westfälische Frieden», 110-124; Postel, R.: «Zur "erhaltung dern commercien und darüber hanbende privilegia". Hansische Politik auf dem Westfälischen Friedenskongres», 523-540; Weiß, U.: «Die Erfurt-Frage auf dem Westfälischen Friedenskongreß», 541-564; y Endres, R.: «Die Friedensziele der Reichsritterschaft», 565-578.D.: *Maximilian I. von Bayern 1573-1651* , 979-1020; Croxton, D.: *Peacemaking in Early Modern Europe. Cardinal Mazarin and the Congress of Westphalia* , 161-174.

2 . *Vid.* Mecenseffy, G., 1-91, sobre todo 83. Ver también Albrecht,

3. *Vid.* Ruppert, K.: *Die kaiserliche Politik auf dem Westfälischen Friedenskongress (1643-1648)* , 186-199. Ver también Repgen, K.: *Dreißigjähriger Krieg und Westfälischer Friede* , 643-676, y «Die

kaiserlich-französischen Satisfaktionsartikeln vom 13. September 1646», 175-203.

4. *Vid.* Lahrkamp, H.: «Lothar Dietrich Frhr. von Bönninghausen», 239-366, en especial 337-347.

5. *Vid.* Conrad, H. und Teske, G., 21-22, 49-50, 226-234.

6. *Vid.* Weber, H.H.: *Der Hessenkrieg* , 42-150. Ver también Beck, K. La oposición de los estados la aborda Friedeburg, R. von: «Why did seventeenth-century Estates address the jurisdictions of their princes as fatherlands?», 69-94.

7. *Vid.* Roeck, B.: *Als wollt die Welt schier brechen. Eine Stadt im Zeitalter des Dreißigjährigen Krieges* , 309-312.

8. Según un participante, Pleiss, D.: «Das Kriegsfahrtenbuch des schwedischen Offiziers William Forbes», 133-153, en 146. Una descripción detallada de la batalla en Broucek, P.: *Die Eroberung von Bregenz am 4 Jänner 1647* .

9. Se relata con más detalle en Hüttl, L., 99-135. Ver también Kiehm, P.: «Anfänge des stehenden Heeres in Brandenburg 1640-1655 unter Kurfürst Friedrich Wilhelm», 515-520.

10. *Vid.* Lundkvist, S.: «Die schwedischen Friedenskonzptionen und ihre Umsetzung in Osnabrück», 349-360; Baumgart, P.: «Kurbrandenburgs Kongresdiplomatie und ihre Ergebnisse», 469-484 y Langer, H.: «Die pommerschen Landstande und der Westfälische Friedenskongres», 489-499. Ver también Bauer, E.: «Johann Graf zu Sayn-Wittgenstein, Kriegsteilnehmer auf hessischer und schwedischer Seite und Hauptgesandter des Kurfürsten von Brandenburg», 45-54.

11. *Vid.* Gotthard, A.: «Der “Grosse Kurfürst” und das Kurkolleg», 1-54, sobre todo 3-12.

12. *Vid.* Fuchs, R. P.: *Ein «Medium » zum Frieden. Normaljahre und die Beendigung des Dreißigjährigen Krieges* .

13. Citado en Bireley, R.: *The Jesuits and the Thirty Years War* , 238. Más detalles sobre los militantes en Schmid, G.: «Konfessionspolitik und Staatsräson bei den Verhandlungen des Westfälischen Friedenskongresses über die Gravamina Ecclesiastica», 203-223.

14. *Vid.* Albrecht, D.: *Maximilian I. von Bayern 1573-1651* , 1031-1048. Ver

. también Foerster, J. F., 306-363.

15. *Vid.* Schultz, C.: «Strafgericht Gottes oder menschlichen Versagen? Die Tagebücher des Benediktinerabtes Georg Gaisser als Quelle für die Kriegserfahrung von Ordensleuten im Dreißigjährigen Krieg», 219-290. Para profundizar más, ver Mentz, G., II, 60-65, 90-91; Jürgensmeier, F.: «Johann Philipp von Schönborn», 161-184; Heinisch, R. R., 281-295.

16. *Vid.* Vötsch, J., 23-24, 49-52. Ver también Kleinheyer, G., 78- 86; Asch, R. G.: «“Denn es sind ja die Deutschen […] ein frey Volk”. Die Glaubensfreiheit als Problem der WestfälischenFriedensverhandlungen», 113-137, en especial 123-129; Klinger, A., 59-61.

17. *Vid.* Meumann, M.: «The experience of violence and the expectation of the end of the world in seventeenth-century Europe», 141-159.

18. *Vid.* Mecenseffy, G., 78-90. Ver también Rohrschneider, M., 133-136, 451-452; Stradling, R. A.: *Philip IV and the Government of Spain 1621-1665* , 239-243.

19. *Vid.* Lorentzen, T.: *Die schwedische Armee im Dreißigjährigen Kriege und ihre Abdankung* , 119. Ver también Lahrkamp, H.: «Lothar Dietrich Frhr. von Bönninghausen», 351-352.

20. *Vid.* Höfer, E., 59-64. Ver también Lahrkamp, H.: *Jan von Werth* , 186-187.D.: *Maximilian I. von Bayern 1573-1651* , 1068-1077; Göse, F., 50-53.

21. *Vid.* Lahrkamp, H.: *Jan von Werth* , 167-184. Ver también Albrecht,

22. *Vid.* Steiner, J.: *Die pfälzische Kurwürde während des Dreißigjährigen Krieges* , 152-188. Ver también Arndt, J.: «Die Ergebnisse der Friedensverhandlungen in Münster und Osnabrück für die rheinischen Territorien», 299-327.

23. *Vid.* Höfer, E., 108-121. Ver también Lahrkamp, H.: «Lothar Dietrich Frhr. von Bönninghausen», 354-357.

24. *Vid.* Calabria, A.: *The Cost of Empire. The finances of the kingdom of Naples in the time of Spanish rule* . Ver también Villari, R.

25. *Vid.* Bruijn, J. R., 26-27. Ver también Stradling, R. A.: *The Armada of Flanders. Spanish maritime policy and European war, 1568-1668* , 118-140.

26. *Vid.* Lewis, W. H., 83-84. Ver también Godley, E., 154-174.

27. *Vid.* Israel, J. I.: *Dutch Primacy in World Trade 1585-1740* , 168-170. Ver también Golgar, A.; Nimwegen, O. van: «The Dutch army and the military revolutions (1588-1688)», 55-73, en especial 61-62.

28. *Vid.* Frijhoff, W. & Spies, M., 349-427.

29. *Vid.* Rowen, H. H., 77-94. Ver también Groenveld, S.: «Princes and regents. The relations between the princes of Orange and the Dutch aristocrats and the making of Dutch foreign policy in theory and practice during the seventeenth century», 181-192; Faber, D. E. A. & Bruin, R. E.: «Utrecht's opposition to the Münster peace process», I, 413-422.

30. Texto del tratado en Dethlefs, G. Para las negociaciones con Francia, ver Rohrschneider, M., 373-406.

31. Un testimonio valioso en Godley, E., 216-226. Ver también Lewis, W. H., 91-93.

32. *Vid.* Treasure, G., 125-127. Ver también Shennan, J. H., 255-277; Moote, A. L.: *The Revolt of the Judges. The Parlement of Paris and the Fronde* .

33. *Vid.* Bely, L.: «The peace treaties of Westphalia and the French domestic crisis», 235-252.

34. *Vid.* Parker, G.: *The Thirty Years War* , 191. Los totales más probables son los que se ofrecen en la tabla del Capítulo 8 de este volumen, pág. 364.

35. Las disposiciones suecas vienen detalladas en Guthrie, W. P.: *The Later Thirty Years War* , 257-260.

36. *Vid.* Höfer, E., 172-173.

37. Para la batalla ver *ibid.* , 179-195. Ver también Reichenau, W., 83-91.

38. *Vid.* Buckley, V., 98-104. Ver también Englund, P., 482-484.

39. *Vid.* Reichenau, W., 92-93.

40. *Vid.* Hojda, Z.: «The battle of Prague in 1648 and the end of the Thirty Years War», I, 403-411. Ver también Englund, P., 515-520.

41. *Vid.* Rohrschneider, M., 436-451.

42. *Vid.* Jakobi, F. J.: «Zur Entsehungs- und Überlieferungsgeschichte der Vertragsexemplare des Westfälischen Friedens», 207-221. Para los textos originales y diversas traducciones ver http://www.pax-westphalica.de .

* N. del T.: Antigua denominación de las galletas duras de dos cocciones que aguantaban el paso del tiempo.

PARTE 4

Consecuencias

C APÍTULO 8

El acuerdo de Westfalia

LA DIMENSIÓN INTERNACIONAL

Westfalia y la historia universal

Las interpretaciones del acuerdo de paz han asumido, en líneas generales, una de dos posiciones. Los estudiosos de Ciencias Políticas se suelen mostrar por lo general positivos al considerar los tratados como el nacimiento de un orden internacional moderno basado en estados soberanos. Por el contrario, los historiadores han mostrado una actitud negativa, hasta fechas recientes, al afirmar que «la guerra no solucionó ningún problema. Sus efectos, tanto inmediatos como indirectos, fueron negativos o desastrosos. Subversivos moralmente, destructivos en lo económico y degradantes en lo social, confundidos en sus causas, tortuosos en su curso, fútiles en su resultado, son el ejemplo más sobresaliente en la historia de Europa de un conflicto sin sentido». [1]

La conclusión general de los historiadores alemanes fue que «el Imperio, en su antiguo sentido, había dejado de existir». [2] «Ale-mania», en apariencia, había dejado de ser una nación para convertirse en una vaga colección de principados independientes. Austria buscó una existencia al margen y se convirtió en una gran potencia mediante la expansión por los Balcanes, a

costa de los otomanos, a partir de 1683, así como la adquisición de las antiguas posesiones españolas en los Países Bajos e Italia en 1700. En teoría, descuidó los asuntos «alemanes» hasta que Federico el Grande la desafió en 1740. Como sucede con gran parte de las interpretaciones recibidas de la historia alemana, se trata de una distorsión articulada por aquellos que favorecían una unificación nacional bajo el liderazgo prusiano en la década de 1860. Aun hoy se atisban huellas de ello y la más reciente edición de la historia tradicional del acuerdo de Westfalia describe 1648 como «uno de los años más catastróficos» en la historia de Alemania. [3]

Estos problemas de interpretación derivan de conceptos erróneos que abarcan tanto a la guerra como a la paz. La Guerra de los Treinta Años no fue un conflicto europeo generalizado y, mucho menos, global. Las fechas 1618-1648 tienen poco sentido como marco de la historia de países ajenos a Europa central y tampoco se puede circunscribir la guerra del Imperio a una crisis general global. [4] Otros países también experimentaron grandes convulsiones. El emperador mogol Shah Jahan se retiró afligido tras la muerte de su esposa y precipitó una guerra civil entre sus hijos, en toda la India, en 1657-1658. El último emperador chino Han se colgó cuando los manchúes invadieron China en 1644. A pesar de la presencia de algunos mercaderes europeos, estos acontecimientos han permanecido desconectados de los acaecidos en los imperios español y austriaco. De la misma manera, la agitación en otros lugares no fue indefinida o sin resultados. El Imperio mogol no colapsó y la nueva dinastía manchú Ping afirmó la autoridad de China sobre Mongolia, el Tíbet y Turquestán. A las convulsiones en Japón, a partir de 1600, le siguió una relativa estabilidad bajo el sogunato de Tokugawa y un prolongado periodo de aislamiento internacional entre 1639 y 1858.

Los conflictos de España con los neerlandeses, franceses, portugueses e ingleses comportaron una lucha en Brasil, en algunas zonas de África, Sri Lanka e Indonesia. El periodo fue también testigo del desarrollo de las compañías comerciales europeas y de la presencia cada vez mayor de potencias menores en las empresas de ultramar. Los más importantes fueron los ingleses, que se establecieron en Virginia y en otras partes de la costa atlántica de América del Norte en la década de 1620 y que, a continuación, penetraron en el Caribe y establecieron su presencia en Madrás en 1639. A diferencia de los tratados que pusieron fin a la Guerra de Sucesión española (1701-1714) o a la Guerra de los Siete Años (1756-1763), los de Westfalia no abordaron estos conflictos coloniales, aunque el Tratado de Münster de

España sí puso fin a la guerra en las Indias orientales neerlandesas. Ni la Guerra de los Treinta Años ni las guerras asociadas hispano-neerlandesas o franco-españolas se pueden comparar con la supuesta pretensión y el dudoso honor de que la Guerra de los Siete Años se contemple como la verdadera primera guerra mundial. [5] En un análisis más detallado, incluso esta última supuesta guerra mundial refleja la experiencia del siglo XVII de un conflicto exportado por europeos, más que de uno que involucrase, como auténticos beligerantes, a estados no europeos.

La percepción negativa de Westfalia tiene algún sentido cuando se comparan los términos acordados con las aspiraciones de los redactores de la paz europea. Es obvio que no puso fin a todas las guerras europeas, ni evitó los nuevos conflictos que tuvieron lugar poco después. La Guerra Franco-Española duró hasta 1659 y, aunque los catalanes perdieron su lucha por la independencia en 1652, los portugueses acabaron ganando la suya en 1668. La continuación de estos conflictos supone la existencia de verdaderos fracasos, ya que los tres conflictos se hallaban en la agenda del congreso. Sin embargo, no se hizo ningún intento de poner fin a la Guerra Civil británica o al conflicto turco-veneto que comenzó en 1645. Las tensiones bálticas se habían rebajado con la Paz de Brömsebro en 1645, pero volvieron a manifestarse con guerras entre Suecia, Polonia y Rusia a partir de 1655, además de otras tres disputas sueco-neerlandesas que se prolongaron hasta el siglo XVIII. Aquellos que estiran la Guerra de los Treinta Años para abarcar todos los conflictos europeos argumentan que la Paz de los Pirineos franco-española (1659) y el acuerdo general báltico en Oliva (1660) marcan la conclusión real de Westfalia. [6] Esto suscita el mismo problema encontrado a la hora de explicar los orígenes de la Guerra de los Treinta Años, ya que las causas, el curso y la conclusión de estos conflictos fueron todos distintos y el hecho de que algunos países participasen en más de uno, no los convierte en una sola guerra generalizada.

La importancia de Westfalia no radica en el número de conflictos que trató de resolver, sino en los métodos e ideales que aplicó. El primer artículo tanto del IPO como del IPM afirma que eran instrumentos para una «paz cristiana general y permanente» que pretendían establecer una amistad duradera en todo el continente. Esto iba más allá de una mera declaración de buenas intenciones. El congreso alumbró un nuevo marco para las relaciones europeas. Las secciones sobre la constitución imperial se referían a los acuerdos anteriores del Imperio de 1552 y 1555 pero, salvo esta parte, los

documentos no mencionan otros tratados europeos y, en cambio, ofrecen un nuevo marco para la paz. Los tratados que ponían fin a otras guerras se consideraron extensiones de Westfalia, que pacificaron otras partes del continente. Los tratados de Westfalia continuaron siendo invocados en los grandes acuerdos europeos hasta el Congreso de Viena de 1814-1815 que puso fin a las Guerras Napoleónicas. Estos últimos acuerdos descansaban en el mismo principio según el cual la ley internacional se consideraba un contrato voluntario superior a todas las leyes seculares o religiosas existentes. [7]

Como en muchas innovaciones importantes, las intenciones que había detrás de este desarrollo eran más modestas que sus efectos, ya que los artículos relevantes sobre la ley internacional se plasmaron allí con la única intención de dejar sin efecto la protesta papal. El pontífice no fue el único que objetó. España y Lorena protestaron por su exclusión del IPM, Sajonia rebatió la inclusión de los calvinistas en el IPO, el obispo de Wartenberg condenó las concesiones religiosas, en general, mientras Maguncia, Magdeburgo y otras regiones adujeron puntos específicos. [8] Dieciocho territorios no firmaron por no estar representados en el congreso. Sin embargo, todos, incluida Wartenberg, aceptaron la validez general de los tratados. Solo el papa rechazó la totalidad del acuerdo en su bula Zelo Domus Dei, que promulgó en agosto de 1650 con efectos retroactivos a noviembre de 1648, en la que reafirmaba las anteriores protestas verbales de su enviado Chigi. [9]

La corriente de interpretación positiva de Westfalia la considera el nacimiento del orden internacional moderno, basado en estados soberanos que interactúan (formalmente) como iguales en el seno de un marco legal secular común, con independencia de su tamaño, poder o configuración interna. El «estado westfaliano» clásico descansa en su soberanía indivisible que excluye a los organismos externos y que no comparte el ejercicio interno de la acción de gobierno con otros cuerpos domésticos. Además, posee fronteras bien delimitadas y una identidad y cultura comunes entre sus habitantes. Este último elemento adquirió mucha importancia en el siglo XIX, cuando se propagó el ideal de cada nación con su propio estado; un factor que contribuyó a expulsar a las minorías o a extender fronteras que incluyesen a aquellos que compartían lengua y cultura y que estaban sometidos a un «gobierno extranjero».

Los manuales de relaciones internacionales e historia de la diplomacia

todavía suelen considerar el año 1648 como marco de sus debates, pero los historiadores y la mayoría de los estudiosos de Ciencias Políticas no están ya tan convencidos de que sea apropiado valorar la fecha como un punto de inflexión. [10] Una razón radica en que es evidente que el desarrollo de este nuevo orden fue un proceso prolongado que comenzó mucho antes de 1648 y que continuó mucho después. Otra razón es que el estado nación ya no aparece como el destino final del desarrollo político. Un estudio reciente de la Unión Europea no la presenta como un solo superestado centralizado westfaliano, sino como un «imperio neomedieval», en el que el proceso de integración remodela el continente en líneas no muy distintas a las del Sacro Imperio Romano Germánico. [11]

Estas son cuestiones importantes que, no obstante, no disminuyen la importancia de Westfalia como un hito general del desarrollo internacional. Europa continuó siendo un sistema internacional jerárquico y fragmentado tras 1648, pero es obvio que se dirigía hacia un orden secular basado en estados soberanos más igualitarios. Con la pacificación de Europa central, los tratados de paz de 1648 proporcionaron suficiente estabilidad como para construir un nuevo orden internacional sobre estos principios. [12] Este modelo asumió una importancia global a través de su articulación en teorías sobre las relaciones internacionales y por el empleo que del mismo hicieron las potencias coloniales occidentales en sus acuerdos con otras partes del mundo.

El Imperio y Europa

La evaluación histórica negativa de Westfalia es correcta en el sentido general de que el acuerdo confirmó un declive en el tamaño del Imperio y en su posición internacional. Esto no fue ni tan repentino ni tan decisivo como los historiadores alemanes llegaron a pensar. La cuestión de la «independencia» suiza y neerlandesa lo ilustra. España renunció a su soberanía sobre los neerlandeses en el primer artículo de su Tratado de Münster, pero la palabra «soberanía» solo aparece en la traducción inglesa del texto original. [13] España aceptó también la neutralidad neerlandesa respecto al Imperio. El emperador reconoció que los neerlandeses no contribuirían a la defensa imperial en 1653, pero ni él ni el Reichstag aceptaron que la República hubiese dejado de formar parte del Imperio hasta 1728. Los suizos fueron incluidos tanto en el IPO como en el IPM gracias a la presión del alcalde de Basilea, Johann Wettstein. Este acudió al congreso

porque Basilea se había unido a la Confederación Suiza en 1501, dos años después de que el emperador Maximiliano I se hubiese visto forzado a liberar a los suizos de su obligación de contribuir a la defensa imperial y a la resolución de sus conflictos. Basilea quería una exención similar para no tener que mantener nunca más las instituciones imperiales; solo el mantenimiento del Reichskammergericht costó a la ciudad 14 239 táleros en 1647. El emperador Fernando III concedió la petición de Basilea pero ni los tratados de Westfalia ni la paz de 1499 pusieron fin a la incorporación de Suiza como parte del Imperio.

El resto de vínculos parecen tener poca importancia. Ni los neerlandeses ni los suizos participaron como estados imperiales en la política imperial y no sintieron obligación alguna de asistir al emperador, aunque los neerlandeses fueron, por lo general, aliados de Austria hasta 1673. Sin embargo, la ausencia de declaraciones claras indica el persistente sentido del Imperio como encarnación del ideal de una única comunidad política europea. Zúrich quitó al fin el escudo de armas imperial de su ayuntamiento, en 1698, mientras que la ciudad de Schaffhausen se consideró parte del Imperio hasta 1714. Saboya no logró recuperar el Pinerolo de manos de Francia ni obtuvo estatus electoral y aun así continuó siendo parte del Imperio, al considerar que su vaga asociación con la organización existente al norte de los Alpes supondría una útil seguridad adicional en una situación internacional de incertidumbre. [14]

Tanto el IPO como el IPM combinaron las revisiones a la constitución imperial con el acuerdo internacional y situaron a Suecia y Francia como garantes del nuevo orden en el seno del Imperio. La antigua afirmación de que esto dejaba al Imperio a merced de las dos coronas ya no se sostenía, pues ambas potencias tenían derecho a intervenir solo si los estados imperiales eran incapaces de resolver una disputa de manera amistosa en el plazo de tres años. E incluso así, la intervención dependía de una invitación de la parte damnificada. Estos derechos formales no afectaron mucho a la capacidad de cada potencia para influir en los asuntos del Imperio, el cual todavía dependía del propio potencial militar y de la posición diplomática de cada una en el seno del Imperio.

El ejemplo de Tréveris ilustra la meteórica decadencia del predominio francés después de 1648. La restauración de Sötern como elector había sido la principal justificación de la intervención francesa a partir de 1635. Este fue instaurado, pero apenas tenía autoridad sobre sus súbditos. Dependiente del

apoyo francés, aceptó apoyar al candidato de Mazarino como coadjutor en abril de 1649. Sin embargo, la mayoría de los canónigos de la catedral se rebelaron y levantaron unos cientos de soldados con apoyo austriaco y español. Mazarino estaba ocupado con la *Fronda* y era consciente de que su interferencia en Tréveris estaba dañando la reputación de Francia en Alemania. Abandonado por Francia y postrado en su lecho, Sötern se vio incapaz de evitar la llegada de un coadjutor proimperial, que le sucedió tras su muerte en 1652. [15]

Francia empleó su posición de garante durante una disputa entre Maguncia y el Palatinado a principios de la década de 1660, pero la posterior agresión de Luis XIV aseguró que, más adelante, nadie estuviese dispuesto a apelar a la ayuda francesa. [16] Philippsburg fue recuperada en 1676 y, aunque perdida de nuevo a favor de Francia en 1688, volvió a recuperarse de modo permanente nueve años más tarde. Austria reconquistó también Breisach, para lo que hizo retroceder a los franceses al otro lado del Rin. Francia empleó entonces su poder militar para imponer su propia interpretación de Westfalia en un proceso conocido como las Reuniones (1679-1684), que fueron testigo de la anexión de Estrasburgo y de otros territorios salvados para el Imperio debido a los ambiguos términos de Volmer y Trauttmansdorff. Francia conquistó, entonces, también el Franco Condado en la década de 1670 y, al final, se hizo con Lorena en 1766.

Francia siempre ha negado que estas ganancias constituyesen parte del Imperio, ya que esto implicaría que su rey era inferior al emperador. Prefirió sacrificar la influencia formal de los derechos constitucionales a fin de retener la libertad de aliarse con grupos de príncipes cuando las circunstancias lo requiriesen. De forma gradual, Francia renovó sus socios y se fue moviendo de alianza en alianza con pequeños principados entre 1658 y 1668, para acabar recabando el apoyo de Baviera a finales del siglo XVII, después el de Prusia y, al final, el de Austria a partir de 1756. Estos cambios reflejaban un giro de la política hacia el emperador, en la medida en que pasó de emplear la constitución para contener una aparente amenaza Habsburgo a apoyar el orden existente con el fin de preservar a su principal aliado europeo. [17]

Suecia siguió un curso similar, aunque de modo más inmediato y por razones diferentes. A diferencia de Francia, Suecia aceptó sus ganancias con el estatus de estados imperiales plenos, lo que le daba representación en el Reichstag y en las asambleas de Alta y Baja Sajonia. La monarca sueca actuó

de la misma manera que el rey danés, el cual estaba representado en las instituciones imperiales como duque de Holstein. La autoridad sueca continuó limitada por la ley imperial. Se le garantizó una exención a las cortes de justicia imperial equivalente a la que disfrutaban los electores, pero quedó obligada a establecer su propio tribunal en Wismar a fin de hacer cumplir la ley imperial. En la práctica, esto suponía continuar con el sistema legal vigente y el respeto a los privilegios de las dietas en sus nuevos territorios. Los impuestos aumentaron, pero se gastaban localmente en la manutención de las guarniciones de alemanes profesionales. Sin embargo, no se intentó implantar el sistema de conscripción nacional practicado en Suecia y Finlandia. Las cuestiones religiosas también permanecieron en manos de los gobernantes locales y tanto la gestión de las iglesias como los asuntos teológicos quedaron a cargo de un consistorio alemán. [18]

Fernando III no pudo impedir que se incorporara el resto de la propiedad eclesiástica sometida a arbitraje (como se verá más adelante), pero frustró los esfuerzos suecos de extender las posesiones del arzobispado de Bremen para que incluyesen también la ciudad. Tras la conquista del arzobispado en 1645, el emperador confirmó de inmediato el estatus de la ciudad a cambio de una muy necesitada suma de cien mil florines. Suecia se opuso, más tarde, en 1654, pero se cuidó mucho de tensar la cuestión hasta provocar una ruptura. [19] Aunque sus representantes se habían mostrado como confiados ejecutores del glorioso legado de Gustavo Adolfo durante el Congreso de Westfalia, no buscaron una colaboración más estrecha con el emperador para preservar las posesiones actuales de Suecia. Su vulnerabilidad quedó expuesta cuando Brandeburgo y Dinamarca atacaron Suecia una vez esta se enredó en la Guerra del Norte con Polonia (1655-1660). El relativo declive de Suecia se hizo más patente después de 1675, cuando la engatusó Francia en un intento de invadir Brandeburgo durante la Guerra Franco-Neerlandesa de Luis XIV (1672-1679). Como resultado, una alianza de Brandeburgo, Dinamarca, Münster y los güelfos conquistó con rapidez todas las posesiones alemanas de Suecia y fue solo gracias a la intervención de Francia en la paz de 1679 que esta pudo ver sus posesiones devueltas.

El marco protector del Imperio ya había demostrado su utilidad con la neutralización de Alemania noroccidental, que salvaguardó Bremen y Verden en el periodo comprendido entre 1655 y 1660. Suecia respondió con el envío de un contingente que prestase ayuda al emperador a fin de repeler un ataque otomano en 1664. Le siguieron más tropas y dinero durante la Gran Guerra

del Turco de 1683-1699, que finalizó con la conquista Habsburgo de Hungría y Transilvania. La prensa comparó la intervención del rey Carlos XII en el Imperio en 1705-1707 con el regreso de Gustavo Adolfo, entre otras cosas porque los suecos se adueñaron de Sajonia en sus operaciones para conquistar Polonia. Sin embargo, la posterior derrota de Carlos en Rusia (en 1709) dejó de nuevo expuestas las posesiones alemanas y llevó a la pérdida definitiva de Bremen y Verden a favor de Hannover en 1714. Suecia mantuvo Wismar y Pomerania occidental, pero vio en la preservación de la constitución imperial una salvaguardia de primer orden y, por esta razón, se unió a Francia y apoyó a Austria contra Prusia durante la Guerra de los Siete Años. Para entonces, Suecia era uno de los principales partidarios del orden establecido. En contraste con Baviera y otros estados alemanes del sur que se habían unido a Napoleón, el rey sueco Gustavo IV se opuso frontalmente a la disolución del Imperio en 1806 y les hizo saber a sus súbditos alemanes que esperaba que fuese restaurado. [20]

UNA PAZ CRISTIANA

El acuerdo religioso

Resulta una equivocación muy común ver Westfalia como la consecución de una paz gracias a la separación de la religión de las cuestiones políticas. [21] Aunque promovió la secularización a largo plazo, no fue una paz del todo secular. El Imperio continuó siendo Sacro en el sentido de cristiano. La tolerancia se amplió solo para incluir a los calvinistas. Otros disidentes, junto con los cristianos ortodoxos, judíos y musulmanes continuaron careciendo de derechos constitucionales similares.

Westfalia ratificó formalmente la Paz de Augsburgo, pero abordó sus limitaciones y la modificó en el seno de un acuerdo permanente. El artículo V, apartado 50 del IPO prohibía cualquier intento de cuestionar la paz religiosa o de extraer de ella interpretaciones que la contravinieran. Cualesquiera dificultades futuras debían ser resueltas a través del proceso de «mediación amistosa» que ya habían favorecido los moderados antes de 1618. Esta es la razón subyacente detrás del cambio constitucional que permite el debate como dos cuerpos confesionales en lugar de los tres colegios jerárquicos tradicionales. Conocida como *itio in partes* , esta práctica quedó reservada para asuntos religiosos y no para todas las materias,

como había pretendido el anterior programa radical protestante.

La importancia de este cambio quedó mermada debido a la adopción del 1 de enero de 1624 como nueva fecha de referencia. Las nuevas disposiciones limitaban, de un modo significativo, las prerrogativas de los príncipes. Los gobernantes mantenían el «derecho de Reforma» garantizado en 1555, pero solo para supervisar sus iglesias territoriales. Ya no podían imponer sus propias creencias religiosas a sus súbditos. Cualquier conversión posterior debía quedarse en el ámbito privado. Los gobernantes obtuvieron libertad personal de conciencia, pero perdieron un aspecto clave de su autoridad política. Esto eliminó buena parte de la controversia que rodeaba a la reserva eclesiástica, que fue formalmente confirmada pero que pasó a ser irrelevante, en gran medida, debido a que se había descartado cualquier intento de secularización posterior.

Solo los Habsburgo conservaron el derecho pleno de Reforma en su forma anterior, ya que el IPO solo los obligaba a respetar la fe protestante de la nobleza de Baja Sajonia, de la ciudad de Breslavia, y de los príncipes silesios y sus arrendatarios de tierras. En el resto de lugares, eran libres de suprimir a las minorías protestantes aun en el caso de que su existencia fuese anterior a 1624. Además, el artículo IV, apartado 53, confirmaba de forma expresa la confiscación de la propiedad rebelde en Bohemia y Austria y eximía a las posesiones de los Habsburgo de las inspecciones impuestas a los gobernantes de otros territorios. Fernando III y sus sucesores fueron libres de continuar extendiendo su autoridad a sus súbditos mediante la promoción del catolicismo y el fomento de una aristocracia leal. Aunque la mitad de Europa había estado bajo el influjo protestante en 1590, esa proporción se redujo a una quinta parte un siglo más tarde, en el que las adquisiciones católicas más significativas se produjeron en la monarquía de los Habsburgo. [22]

Los cambios constitucionales salvaguardaron la igualdad política entre las tres confesiones reconocidas en el resto de lugares y extendieron un amplio abanico de libertades personales a sus partidarios. Se prohibió la discriminación religiosa en las compañías comerciales, en los gremios, asociaciones, hospitales, cementerios, escuelas y universidades, y en la ley de sucesiones. Sin embargo, esta tendencia no llegó a una tolerancia total en el sentido moderno del término. En realidad, había tres niveles de libertad religiosa que gozaban de garantías constitucionales. El nuevo año de referencia asociaba cada territorio con una de las tres confesiones. Los seguidores recibían derechos plenos de culto público, con procesiones,

campanas, pináculos en las torres de las iglesias, días festivos y otros adornos necesarios en las doctrinas respectivas. Por otro lado, las minorías con reconocimiento oficial en el territorio el 1 de enero de 1624 recibieron derechos menores de culto en privado y se les denegó, entre otras cosas, el derecho de congregar a sus fieles con el tañer de las campanas, así como procesionar en público. Por último, a las minorías sin derechos reconocidos en 1624, se les garantizaron derechos limitados de culto doméstico, lo que les permitía profesar su fe en sus hogares y visitar iglesias de territorios vecinos.

Por tanto, la tolerancia no se basaba en derechos individuales iguales sino en la membresía de una comunidad con derechos corporativos. Todo el mundo gozaba de protección legal, pero esto se extendía, en menor medida, a aquellos que pertenecían a la tercera categoría de minorías no oficiales. Se alentó a las autoridades a mostrar una «tolerancia paciente» hacia tales grupos, pero los poderes que les otorgaba la Paz de 1555 para expulsarlos fueron confirmados, por lo que estaban sujetos a un plazo de tres años para vender sus propiedades y marcharse. [23] A pesar de la desigual distribución de los derechos, estos eran más extensos y estaban mejor garantizados que los de otros países, al hallarse incrustados en un sistema judicial que no dependía del poder arbitrario de un estado centralizado. Ni siquiera la República Neerlandesa, famosa por su tolerancia, ofrecía protección legal para aquellos que disentían del calvinismo.

Las disposiciones funcionaron porque emanaban de un compromiso genuino en el que ganaban católicos y protestantes por igual. Los protestantes habían derrotado al odiado Edicto de Restitución al conseguir fijar 1624 como un año de referencia más favorable, y habían mejorado su posición política mediante una mayor paridad confesional en las instituciones del Imperio. Por último, los calvinistas se aseguraron una protección plena de la ley imperial y los católicos mantuvieron su inflexible interpretación de la Paz Religiosa al obligar a los protestantes a renunciar a ulteriores reclamaciones de tierras eclesiásticas. Se confirmó la reserva eclesiástica, aunque esta se convirtió en un arma de doble filo cuando los católicos aceptaron que las antiguas tierras eclesiásticas continuarían secularizadas incluso en el caso de que su gobernante se convirtiese desde el protestantismo. A pesar de que las pérdidas que entrañaba la fijación del año 1624 eran dolorosas, dicha fecha de referencia era bastante mejor que las propuestas en un principio por los protestantes, los cuales se vieron obligados a devolver la propiedad incautada a partir de la intervención sueca. Esto reconcilió a los católicos con las

normas que permitían la libertad de conciencia, en especial cuando sus derechos de expulsar a los disidentes se confirmaron.

En vez de secularizar la política, la Guerra de los Treinta Años desacreditó el empleo de la fuerza para obtener objetivos confesionales o políticos en el seno del Imperio. La militancia confesional persistió después de 1648, personificada en Christoph Bernhard von Galen, al que se le conoció con el mote de «obispo cañón» de Münster por sus intentos de imponer su autoridad en su ciudad, protestante, en su mayoría. [24] Von Galen tuvo algún éxito, pero se fue distanciando cada vez más de los católicos moderados, representados por Schönborn de Maguncia, la figura predominante de la Iglesia imperial hasta su muerte en 1673. Schönborn promovió duraderos esfuerzos que perseguían la reconciliación de los cristianos alemanes en una Iglesia nacional que desterrase de una vez por todas la amenaza de secularizar los territorios eclesiásticos. Este programa fue adoptado por otros, sobre todo a partir de la segunda mitad del siglo XVIII, cuando las tierras de la Iglesia católica llevaron a cabo reformas sociales de forma más progresiva que sus «ilustrados» vecinos protestantes. Fracasó porque los gobernantes seculares católicos, incluidos los de Austria y Baviera, consideraron a la Iglesia imperial como un escenario cada vez más conveniente para sus ambiciones territoriales y retiraron el apoyo a su existencia autónoma en la última reorganización del Imperio en 1802-1803. [25]

Otros impulsos prácticos alentaron la moderación. La necesidad de repoblar territorios, a partir de 1648, impulsó a los gobernantes a atenuar su insistencia en la conformidad confesional. Ya en 1662, los condes de Neuwied extendieron la tolerancia a los sectarios cristianos al promulgar su propia legislación, que iba más allá de los derechos básicos garantizados por la ley imperial. Sobre la misma base, otros territorios menores ampliaron la tolerancia a los judíos. Además, muchos derechos estaban abiertos a la gente con independencia de la religión. Por ejemplo, los judíos podían llevar a juicio a los cristianos en las cortes imperiales en casos relacionados con las leyes de propiedad. Este complejo entramado de derechos legales se vinculaba, en algunos casos, al menos, a un espíritu más genuino de tolerancia dirigido a ofrecer una serie de libertades, en gran medida, ausentes en otros lugares de Europa: por ejemplo, a los internos judíos del hospicio de Hamburgo se les permitió observar el *Sabbat* . [26]

El acuerdo religioso en el seno del Imperio ofrecía así una ruta alternativa a la vía más común hacia una sociedad secular moderna que proporciona un

estado centralizado. Ambas rutas presentaron inconvenientes. Los estados centralizados imponían una uniformidad oficial, a través de una Iglesia establecida y luego abría oportunidades a otros con una tolerancia limitada. En la mayoría de los casos, el pluralismo gradual llevó, a la postre, a una separación de la Iglesia oficial, como en la moderna República francesa, donde el estado está secularizado por completo. La desventaja de esta aproximación ha sido el largo purgatorio y la persecución sufrida por las minorías disidentes cuyas libertades limitadas llegaron como un don desde un estado que podía revocarlas, como hizo la monarquía francesa al abolir las libertades religiosas de los hugonotes en 1685. El Imperio tomó una senda diferente, al aceptar tres iglesias privilegiadas con un estatus idéntico. Esto redujo la persecución y la intolerancia oficiales, a la vez que facilitaba que hubiera más oportunidades de que existiera un entendimiento mutuo, en especial, cuando la identidad nacional no estaba asociada a ningún credo en particular. Sus inconvenientes residían en el acomodo de la libertad religiosa en un entramado de derechos corporativos y, por tanto, en un orden social conservador que veía el imperio de la ley, y no la democracia, como la garantía de la estabilidad.

El Congreso de Ejecución de Núremberg

Lo anterior queda más claro cuando examinamos cómo se implantaron los tratados de paz. Su éxito no radica en la solución de cada disputa, sino en la proporción de directrices maestras para resolver el conflicto de modo pacífico. El IPO había pospuesto de forma deliberada una serie de asuntos polémicos para poder concluir la guerra. No obstante, estos problemas no fueron ignorados. Un importante ejemplo de ello fue el año de referencia, donde el IPO establecía una regla básica pero dejaba al emperador y a los estados imperiales la facultad de desarrollar en conjunto su detallada implantación. Del mismo modo, el tratado especificaba el importe de la compensación que debía satisfacerse a Suecia y a Hesse-Kassel, pero no proporcionaba una agenda detallada para la retirada de tropas. Se impusieron periodos concisos: la implantación del año de referencia debía estar completa en dos meses y el Reichstag tenía que reunirse en un plazo de seis meses a fin de debatir los asuntos constitucionales pospuestos, fecha en la que también se suponía que se habría llevado ya a cabo la desmovilización.

No se cumplió ninguno de los tres plazos. La paz se ratificó el 18 de

febrero de 1649, pero la última guarnición extranjera no se marchó hasta 1654. El Reichstag se reunió tres años más tarde, en junio de 1653, y concluyó con la entrada en vigor de un Decreto imperial, en mayo de 1654, que todavía dejaba abiertas numerosas cuestiones. [27] Otro decreto imperial confió la implantación del año de referencia a los convocantes de los círculos el 7 de noviembre de 1648, pero algunos casos aún se hallaban pendientes de resolución cuando se disolvió el Imperio en 1806. Es fácil ver por qué muchos han considerado la paz como un fracaso y el Imperio como una concha hueca a partir de 1648. Sin embargo, el poco realista calendario reflejaba la impaciencia generalizada de cara a restaurar las relaciones pacíficas y evitar la reanudación de las hostilidades. Estos objetivos básicos se alcanzaron, aun cuando llevara más tiempo ultimar los detalles.

El Reichstag se retrasó debido a la renuencia de Suecia a ceder Pomerania oriental a Brandeburgo. Consciente de las ventajas que ofrecía la buena voluntad de esta última, Fernando III se reservó mantener en situación de vasallaje a la reina Cristina y evitó que ejerciese los derechos constitucionales asociados a sus posesiones germanas. Esta cedió en mayo de 1653, así que entregó Pomerania oriental a cambio de la mitad de los ingresos de los peajes, lo que despejó el camino para su investidura. Su representante viajó por fin a Ratisbona, donde el emperador y otros delegados habían estado esperando con creciente impaciencia.

Las cuestiones más acuciantes de la retirada de tropas y del año de referencia se habían pasado entre tanto a un Congreso de Ejecución especial (*Exekutionstag*) en Núremberg con la misión de «ejecutar», o implantar, la paz. Los retrasos en la desmovilización y la restauración de la propiedad estaban erosionando la confianza en el acuerdo. La implantación del año de referencia enseguida se tropezó con las dificultades encontradas por aquellos encargados de hacer cumplir la restitución en 1629. Desenredar las distintas pretensiones que competían entre sí a raíz de los cambios de propiedad acumulados durante décadas resultó una ardua tarea. [28] Fernando estaba interesado en reafirmar su autoridad mediante la asignación de la cuestión al Reichshofrat, el cual nombró como comisionados a un príncipe protestante y a otro católico en casos en los que los convocantes de los Círculos encontraban resistencia local. Varios príncipes apelaron directamente a la corte para defender su interpretación del año de referencia. Aunque algunos demandantes eran protestantes, muchos desconfiaban del Reichshofrat, ya que solo había dos protestantes entre sus catorce jueces. Además, la remisión

a través de la corte de justicia era un proceso muy lento, pues los comisionados debían revisar las pruebas antes de hacer una recomendación a dichos jueces.

Los suecos estaban muy preocupados por el retraso. Consideraban la restauración de la propiedad protestante como una parte esencial del legado de Gustavo Adolfo y creían que debía estar completada antes de que retirasen sus tropas. Sin embargo, Cristina y sus consejeros querían una retirada rápida porque sentían que estaban perdiendo el control de un ejército que amenazaba con actuar de forma independiente. Había continuas sospechas de que los oficiales superiores se iban a apoderar de territorios como compensación por las pagas atrasadas. Una acción unilateral de semejante calado dañaría la posición de Suecia aunque, por otra parte, el ejército no podía ser licenciado. Sometido a una creciente presión para actuar, su comandante, Carlos Gustavo, invitó a sus contrapartes francesas, hessianas y bávaras a reunirse con él en Núremberg con la intención de acordar una retirada por fases (*Vid.* pág. 363). A medida que fue evidente que Francia y España no llegarían a un acuerdo de paz, la mayoría de los representantes que todavía quedaban en Westfalia se trasladaron a Núremberg a principios de mayo de 1649. Mientras los generales discutían la desmovilización, los estados imperiales tomaron la iniciativa en lo referente al año de referencia al establecer su propia diputación biconfesional para que revisase los casos más importantes.

La reacción de Fernando a este desafío a su autoridad judicial indica su voluntad de trabajar en el seno del nuevo marco constitucional. Además, aceptó la diputación como un elemento auxiliar del Reichshofrat, que sancionaba con efecto retroactivo sus decisiones. Mientras tanto, se ahorraba la difícil tarea de juzgar las apelaciones. La diputación concluyó en mayo de 1651 tras resolver únicamente treinta y uno de los ciento diecisiete casos que recibió, y devolvió el resto al Reichshofrat. Esto reanudó el nombramiento de comisionados, que parecían cada vez más sospechosos a ojos de algunos protestantes. Algo a destacar es que no se volviera a los «casos religiosos» que habían socavado la justicia imperial a finales del siglo XVI. Brandeburgo manejó el asunto en el Reichstag en 1653 en un intento de reavivar el programa político radical protestante. Fernando desvió con habilidad este desafío al enviar su propia ordenanza revisada al Reichshofrat antes de que los radicales impusiesen la suya. [29] El número de jueces protestantes se elevó a seis de dieciocho, suficientes para asegurar la paridad en los paneles de biconfesionalidad que trataban los casos individuales, pero la corte judicial

seguía estando bajo la estrecha jurisdicción del emperador.

Éxito relativo

El resto de los casos relativos al año de referencia se derivaron a otra diputación imperial que se reunió en Fráncfort en 1655, a la que pronto se le encargaron otros asuntos y que fue incapaz de solventar las cuestiones retrasadas pendientes. Los casos se devolvieron enseguida al Reichshofrat, o a la resucitada Reichskammergericht, a partir de 1663. La persistencia de estas disputas no disminuyó el éxito general. De las trescientas trece peticiones recibidas hasta junio de 1651, alrededor de la mitad se habían solventado en 1654, con la resolución de la mayor parte de las pendientes en el transcurso de la década siguiente. Solo el cinco por ciento de los casos tenían una sólida implicación en derechos de propiedad. La mayoría trataban del ejercicio de privilegios fiscales como los diezmos, o materias como pinturas religiosas, documentos o compensaciones por supuestos daños. [30]

Algunos de los casos más serios se resolvieron antes de que abriera sus puertas el congreso de Núremberg. El duque de Wurtemberg recuperó sus monasterios y los derechos de los protestantes se restauraron en la biconfesional Augsburgo. El año de referencia fue implantado, a continuación, con éxito en la mayoría de los casos suabos. En el resto de lugares, se ignoró la norma o se moldeó para ajustarla a los gobernantes locales. Había poco que Fernando pudiese hacer para evitar que los suecos redistribuyesen el resto de las tierras eclesiásticas en sus posesiones alemanas en concepto de compensación adicional a sus oficiales superiores. Otros gobernantes suprimieron a las minorías disidentes y se apropiaron de las iglesias para su propia fe, lo cual contravenía la protección oficial. Osnabrück fue un importante ejemplo, al ser regulada por un artículo especial del IPO que pretendía reconciliar al obispo católico Wartenberg y a los güelfos. Wartenberg continuó siendo obispo con la condición de que Osnabrück pasase al duque de los güelfos a su muerte. A partir de entonces, se alternaría entre un obispo católico electo y un duque güelfo protestante. El año de referencia debía aplicarse allí y en la parte de Hildesheim retenida por los güelfos, donde tuvieron que aceptar cincuenta parroquias católicas junto a las ochenta luteranas. Wartenberg falsificó documentos para «probar» que los decretos tridentinos habían sido implantados en Osnabrück en 1571, en lugar de en 1625, un engaño que no se descubrió hasta 1988. [31] Sin embargo, los

protestantes continuaron siendo la mayoría, mientras que la alta incidencia de matrimonios interconfesionales sugiere la existencia de cierta armonía social.

El impacto general varió. En algunas áreas, la coexistencia de dos fes en la misma comunidad agravó las divisiones al crear una «frontera invisible». El ejemplo más notorio fue la ciudad de Augsburgo, donde los gremios, tabernas e incluso las pocilgas se habían segregado de acuerdo con las líneas confesionales. No obstante, muchos territorios integraron de manera exitosa a las minorías disidentes e incluso hubo comunidades que albergaron las dos fes. Tras un conflicto inicial en la villa de Goldenstädt, entre Bremen y Minden, a partir de 1650, los católicos y los luteranos acordaron compartir la iglesia local. Los luteranos acudían a la misa mayor, mientras el organista católico tocaba himnos luteranos. Los luteranos permanecían en silencio durante los cantos católicos y las autoridades locales católicas daban instrucciones al sacerdote para que evitase la controversia. [32] Es importante no ver esto como una secularización progresiva o una tolerancia en sentido moderno. Más bien representaba un regreso al anterior pragmatismo que había quedado socavado por el activismo confesional durante la guerra. Por ejemplo, los matrimonios mixtos eran ya comunes en áreas de fragmentación territorial y confesional antes de 1618, y estos volvieron a reanudarse, a partir de 1648, cuando cesaron el miedo y la hostilidad. [33]

La Guerra de la Vaca de Düsseldorf

El aspecto clave no era la imperfecta implantación del año de referencia sino que la violencia había quedado desacreditada como herramienta de represión. Esto se hizo obvio cuando Brandeburgo trató de emplear la fuerza para resolver la prolongada disputa de Jülich-Cleves en 1651. La herencia continuaba dividida de acuerdo con el tratado que impuso el elector Federico Guillermo al duque Wolfgang Wilhelm en 1647 (*Vid.* Capítulo 7 de este volumen, págs. 305-306). Brandeburgo tenía el control de Cleves, Mark, y Ravensberg, lo que dejaba Jülich y Berg al Palatinado-Neoburgo. El pacto confirmó los anteriores acuerdos de 1609 y 1614 en lo tocante a la propiedad de la Iglesia en los cinco territorios. Estos acuerdos eran anteriores al año de referencia. Wolfgang Wilhelm argumentó que el año de referencia tenía precedencia como legislación imperial y ordenó su implantación en sus dos ducados, en marzo de 1651. Esperaba estabilizar su autoridad con esta maniobra, ya que había habido más parroquias en manos católicas en 1624

que una década antes. Federico Guillermo protestó ante esta acción unilateral, mientras la relevante comisión del Reichshofrat revisaba aún las pruebas. Se presentó a sí mismo como el protector de los 62 000 protestantes que vivían en los ducados y despachó 3800 efectivos al interior de Berg en junio.

Los de Brandeburgo mataron en el trayecto a dos civiles antes de bombardear uno de los palacios de Wolfgang Wilhelm y hacerse con un rebaño de vacas que pertenecía a su esposa. El enviado del Palatinado-Neoburgo en Viena acuñó el término «Guerra de las Vacas» para denigrar los objetivos de Brandeburgo y situar a su elector al nivel de un cuatrero de ganado. Sin embargo, la invasión no fue un asunto menor. Las potencias extranjeras no habían completado todavía su retirada y se temió que se pusiesen del lado de sus respectivos correligionarios. Brandeburgo incrementó sus fuerzas en la región hasta alcanzar los 7500 hombres en julio y, en apariencia, movilizó un total de 16 000 efectivos en todos sus enclaves. Superado en número, con solo 3000 hombres, Wolfgang Wilhelm llamó al duque Carlos de Lorena, que subsistía como auxiliar de los españoles desde 1644. Carlos procuró mostrarse como un buen católico y lanzó una contrainvasión del ducado de Mark con la que, en realidad, pretendía encontrar sustento para su pequeño ejército.

El enfrentamiento representó un desafío muy serio para el consenso de Westfalia, ya que era un claro ejemplo de las tensiones que había provocado la guerra en 1618. Esto hizo que la reacción a la crisis fuese de lo más significativa. A lo largo de la década de 1640, las guarniciones neerlandesas en Orsoy y Rheinberg secuestraron, con frecuencia, sacerdotes en Jülich y Berg con la intención de presionar a Wolfgang Wilhelm para que tolerase el culto protestante en sus ducados. Sin embargo, ahora, los neerlandeses condenaban de forma categórica la invasión de Brandeburgo y apoyaron a las dietas de los cinco territorios que negaron ayuda económica a ambos bandos. Suecia aconsejó a Federico Guillermo que se echase atrás y Von Hatzfeldt se puso en camino desde Viena con el propósito de forzar a Wolfgang Wilhelm a que acordase una tregua. Acto seguido, la mediación imperial persuadió a Brandeburgo de que aceptase una nueva comisión en el Reichshofrat, en octubre, y ambas partes retiraron sus tropas a finales de año.

La distribución de la propiedad de la Iglesia se fijó de acuerdo con lo que poseía en 1651, mientras la comisión buscaba un consenso definitivo. El hecho de que no impusiera el año de referencia no debería considerarse un error. Todo el propósito de ese acuerdo estaba dirigido a acabar con las

disputas violentas. La crisis demostró la reticencia al uso de la fuerza. El Palatinado-Neoburgo no había logrado salirse del todo con la suya y la invasión de Brandeburgo la dejó aislada desde el punto de vista diplomático. Incluso los protestantes más apasionados se dieron cuenta de que el verdadero motivo del elector era repetir su intento de 1646 de conquistar todos los territorios de la herencia. Su sumisión a Fernando encumbró, en gran medida, la posición del emperador en las vísperas de un nuevo Reichstag. Incluso el posterior colapso de la nueva comisión importó poco. Brandeburgo y el Palatinado-Neoburgo fueron obligados a resolver sus diferencias mediante acuerdos amistosos en 1666 y 1672, los cuales confirmaron la distribución del territorio y la propiedad de la Iglesia según los acuerdos de 1647 y 1651. [34]

La controversia del Palatinado

El éxito general del acuerdo religioso se puede medir a partir de las disputas en el Bajo Palatinado, que arrojaron la controversia más polémica y prolongada en lo relativo al año de referencia. La Guerra de los Treinta Años dejó con tan pocos súbditos al elector calvinista Carlos Luis, que este se vio obligado a construir iglesias para la comunidad luterana e incluso a garantizar una tolerancia limitada a los católicos. El electorado pasó, en 1685, a su pariente católico del Palatinado-Neoburgo, Felipe Guillermo, hijo de Wolfgang Wilhelm. El nuevo elector comenzó una campaña para promover el catolicismo pese al año de referencia. El asunto alcanzó relevancia porque concernía a un electorado y tuvo lugar ante un trasfondo de declive protestante generalizado. Luis XIV revocó el Edicto de Nantes en el año de ascensión al electorado de Felipe Guillermo y el protestantismo en el Imperio perdió a sus patronos cuando treinta y un príncipes alemanes se convirtieron al catolicismo entre 1648 y 1769. La conversión más significativa fue la del elector Augusto de Sajonia, que abrazó el catolicismo en 1697 para asegurarse la elección al trono polaco. Esto coincidió con la reimposición del catolicismo en algunas zonas del Bajo Palatinado con la connivencia francesa, lo que llevó a una reconfesionalización parcial de la política imperial que duró hasta la década de 1730. [35]

Este periodo fue testigo de un tercio de las setecientas cincuenta quejas oficiales recibidas por las instituciones imperiales entre 1648 y 1803 sobre infracciones de los derechos religiosos. [36] Sin duda, la religión mantenía

todavía su importancia, de otro modo las apelaciones de las distintas confesiones no hubiesen tenido resonancia. La causa principal de la controversia era, no obstante, política, y radicaba en la evolución de las ambiciones de Brandeburgo, a partir de 1648, dirigidas a unirse a la primera fila de las potencias europeas. El entonces elector Federico III (rey Federico I de Prusia desde 1700) vio una oportunidad de arrebatar el liderazgo político de manos de los protestantes alemanes de Sajonia mediante la explotación de la conversión de Augusto y la amenaza que suponía el nuevo proceso de restauración del catolicismo en el Palatinado. Este episodio atrae nuestra atención a los cambios constitucionales introducidos en Westfalia para apaciguar la tensión confesional.

El nuevo consenso de *itio in partes* permitía a los estados imperiales protestantes reunirse como un *corpus evangelicorum* para discutir asuntos relacionados con sus derechos religiosos. Esto quedaba muy lejos de la anterior propuesta radical protestante de dividir el Reichstag de modo permanente en facciones confesionales. El formato más reducido permitió a Sajonia asumir el liderazgo del grupo, que fue inaugurado el 21 de julio de 1653. La decisión sajona fue bienvenida, en términos generales, por los luteranos y garantizó que la organización continuase siendo un foro de debate de preocupaciones comunes más que una alternativa al Reichstag. Sajonia era consciente del peligro de quedar en punto muerto que subyacía en los derechos de *itio in partes* . Mientras los protestantes debatían entre ellos, Sajonia se abstuvo de invocar los nuevos derechos en el propio Reichstag, donde los estados continuaban reuniéndose en sus tres colegios jerárquicos y tomaban decisiones por voto de la mayoría. El corpus se hizo aún más problemático una vez que el liderazgo sajón desfalleció a raíz de la conversión de su elector al catolicismo en 1697. En su determinación por sustituir el liderazgo sajón, Brandeburgo-Prusia demostró ser un bravucón más duro de roer que el Palatinado un siglo antes, aunque encontró asimismo en la confesión un pobre vehículo sobre el que fraguar una alianza viable. Sajonia rechazó todos los esfuerzos para desplazarla y, en general, actuó como la excepción en las políticas confesionales. El derecho de *itio in partes* solo se usó en cinco ocasiones después de 1648, siendo la primera en 1727 y, en cada ocasión, fue el resultado de la manipulación prusiana que intentaba hacer descarrilar la gestión de los Habsburgo austriacos del Imperio. La última, en 1780, interrumpió el Reichstag durante cinco años, aunque no evitó que dicha institución resurgiera y funcionase bien hasta 1806. [37]

Entre tanto, el elector palatino desactivó el problema confesional en 1705 y garantizó los mismos derechos en sus tierras a las tres iglesias cristianas, aunque las disputas por infracciones menores continuaron durante aproximadamente otra década. [38] La controversia refleja como la Guerra de los Treinta Años cambió la cultura política imperial. Las disputas, a partir de 1648, ya no se referían a la verdad fundamental sino al peso relativo de los territorios protestantes y católicos en las instituciones imperiales. Este aspecto político había estado presente antes de 1618, pero se había revestido de un activismo teológico que no existió a partir de 1648. Los teólogos dejaron de influir en la política. Los reyes prusianos Federico I y su hijo, Federico Guillermo I, abrazaron el resurgimiento fundamentalista luterano conocido como Pietismo a partir de la década de 1690, pero, en gran medida, como medio de promoción de valores útiles como la obediencia, el ahorro y el sentido del deber. Federico el Grande, rey de Prusia entre 1740 y 1786, se mostró, a título personal, indiferente a la religión y la utilizó de modo oportunista en su rivalidad con Austria, aunque permaneció subordinada a su uso generalizado de la constitución existente. A diferencia del elector palatino, Federico V, el prusiano Federico buscó preservar la constitución, y no el cambio, considerando el marco postwestfaliano el mejor medio para limitar la influencia de Austria. [39]

LA DESMOVILIZACIÓN

Junto a su papel en la implantación del acuerdo religioso, el Congreso de Ejecución de Núremberg supervisó con éxito la desmovilización. La retirada de las guarniciones extranjeras hizo que la paz fuese tangible, lo que restauró la confianza y permitió que se iniciasen otros aspectos de la reconstrucción. Fue una tarea formidable. Había alrededor de 160 000 soldados y es probable que un número similar de personas dependientes que debían ser evacuados y licenciados (*Vid.* Tabla 2). Se encontraban dispersos a lo largo del Imperio, a menudo lejos de sus hogares o de los países a los que servían. Los suecos tenían el control de 84 poblaciones y castillos y 31 guarniciones en las provincias que acababan de recibir en los acuerdos de paz. Los franceses ocupaban 56 lugares y los hessianos 27, además de las 10 guarniciones de su propio territorio. Los imperiales, bávaros y westfalianos se concentraban ya cada uno en su territorio, pero todavía mantenían un total de 33 puestos en otros lugares. Mayor problema suponía la presencia de los españoles en

Frankenthal y de los loreneses en siete castillos situados entre el Sarre y el Rin, ya que ninguno de estos beligerantes estaba incluido en la paz.

Tabla 2: Efectivos militares en el Imperio, octubre de 1648

EJÉRCITO	CABALLERÍA Y DRAGONES	INFANTERÍA	TOTAL
Sueco	23 480	40 218	63 698
Francés	4500	4500	9000
Hessiano	2280	8760	11 040
	30 260	53 478	83 738
Imperial	20 300	22 000	42 300
Westfaliano	3200	9300	12 500
Bávaro	9435	11 128	20 563
Español	¿?	1000	1000+
	32 935+	43 428	76 363+

Nota: Las cifras no incluyen las fuerzas españolas presentes en el Círculo de Borgoña y en la Italia imperial, así como las tropas de los Habsburgo desplegadas fuera del Imperio en Hungría. También excluyen a los 6000-7000 loreneses (basados sobre todo en Luxemburgo), además de las fuerzas neutrales de Brandeburgo, de los güelfos y de Sajonia, que es probable que ascendieran a unos 15 000 efectivos. Las cifras del ejército de Westfalia se refieren a febrero de 1649, momento en el que algunos hombres ya habían sido licenciados. El total en octubre es probable que fuera de unos 15 000.
Fuentes: Lorentzen, T., 1894, 184-192; Hoyos, P.: «Die kaiserliche Armee 1648-1650», 1976, 169-232; Salm, H., 1990, 154-161; Kroener, B. R.: «"Der Krieg hat ein Loch…" Überlegungen zum Schicksal demobilisierter Söldner nach dem Dreisigjährigen Krieg», 1998, 599-630; Kapser, C., 1997, 220.

En tanto que continuasen los soldados en sus puestos, existía el temor entre la gente de que la guerra pudiera reanudarse. Todos anhelaban el «dividendo de la paz» tras décadas de onerosas cargas militares, aunque el IPO establecía que la manutención de los soldados debía continuar a expensas de la población local hasta que se hubiese completado la retirada. Los suecos afirmaron en un inicio que su ejército era de 125 000 efectivos con el propósito de detraer la máxima cantidad de dinero posible de Alemania, pero pronto fueron obligados a proporcionar listas detalladas que revelaron que su verdadero número de efectivos era la mitad de lo afirmado. La reina Cristina sospechó que el retraso de su primo Carlos Gustavo en la desmovilización era deliberado para prolongar su influencia. Lo cierto es que reafirmó su autoridad sobre otros generales como Wrangel y trabajó duro para acelerar las tareas pendientes. Se deshizo del incómodo bagaje y fusionó regimientos,

con lo que redujo el número total de compañías de 952 a 403 a comienzos de 1649. El licenciamiento de 2200 oficiales innecesarios redujo, en gran medida, los costes mensuales de mantenimiento, los cuales se redujeron a la mitad a partir de enero de 1649 hasta alcanzar los 500 000 táleros en octubre. No obstante, el mantenimiento de los suecos costó al Imperio quince millones de táleros a los que había que añadir los cinco millones de «satisfacción». [40]

También muchos soldados estaban descontentos por el retraso y sospecharon que los iban a engañar en lo tocante a las pagas atrasadas y a las recompensas prometidas. Varias unidades suecas se amotinaron en el sur de Alemania, lo que llevó a Carlos Gustavo a abandonar aquellas guarniciones y a concentrar a las tropas en el norte de Alemania, donde pudiese supervisar a los soldados de manera más directa. Suecia perdió, de este modo, su dominio de los territorios alemanes del sur y temió que estas áreas no entregasen su parte del importe acordado en concepto de satisfacción. Carlos Gustavo presionó más aún a los protestantes alemanes del norte y entorpeció a propósito la implantación del año de referencia a fin de incentivar el pago. El proceso de reducción de los ejércitos se ralentizó también cuando algunos gobernantes emplearon a las unidades restantes para reimponer su autoridad en áreas reticentes. En el verano de 1649, Fernando de Colonia envió a 3500 efectivos westfalianos a meter en cintura a sus súbditos de Lieja. [41]

Estos problemas acapararon la atención en Núremberg. El 21 de septiembre de 1659 se acordó una retirada por fases, en la que se establecía qué poblaciones debía evacuar cada ejército una vez llegase el dinero en concepto de satisfacción. Un acuerdo adicional del 4 de marzo de 1650 añadió 200 000 táleros a la partida de satisfacción sueca a cambio de que acelerasen su retirada. El congreso concluyó el convenio con Suecia ese mes de junio, seguido del de Francia en julio. Los franceses se habían replegado casi por completo a su territorio, a finales de 1648, y solo habían dejado algunos puestos en Alemania sudoccidental que fueron abandonados en el verano de 1650.

Los pagos se organizaron mediante el sistema imperial de asignación de cuotas tributarias a cada territorio. El emperador recibió cien meses romanos para que redujese sus fuerzas, que ya habían sido retiradas a las tierras hereditarias de los Habsburgo, a principios de 1649, para no provocar retrasos en la implantación de la paz. Los efectivos totales se habían reducido a 26 230 hombres en septiembre de 1650, aunque esta cantidad se conservó a partir de entonces, lo que le daba a Fernando un ejército permanente de

tiempos de paz bastante mayor que el que habían disfrutado sus predecesores con anterioridad a 1618. Entre tanto, los generales Von Hatzfeldt y Sparr supervisaron la disolución de los westfalianos, que se completó en septiembre de 1650. [42] Otros trece meses romanos (250 000 táleros) se pagaron a España en 1652 a cambio de evacuar Frankenthal, un acuerdo negociado por el emperador.

Suecia recibió 133,5 meses romanos (5,2 millones de táleros) de siete de los diez Círculos. Borgoña quedaba exenta al haber sido excluida de la paz. Las tierras austriacas, por su parte, se asignaron en exclusiva al ejército imperial, mientras que el Círculo de Baviera ayudó a sufragar los costes de licenciamiento del ejército de Maximiliano. Aunque Salzburgo protestó, los otros miembros del círculo bávaro pagaron un elevado impuesto de 125 meses romanos para recaudar 753 303 florines que satisficieron todas las pagas atrasadas del ejército. [43] Los electorados de Maguncia y Colonia, y las diversas tierras de Westfalia ocupadas por los hessianos, quedaron también exentas, al ser sus pagos empleados en el licenciamiento de las tropas de Amalia Isabel. Hesse recibió los 800 000 táleros prometidos y evacuaron su última plaza (Lippstadt) en 1652. Hay que destacar que los suecos habían recibido nueve décimas partes de su dinero al término del plazo prometido de junio de 1650, a pesar de que buena parte del dinero debía venir de los territorios católicos y no solo de los protestantes, como en origen se previó en las negociaciones de 1635. No quedaba más que un tres por ciento pendiente cuando evacuaron Vechta en 1654, que habían seguido manteniendo como garantía de pago de los atrasos.

Los 18 000 suecos y finlandeses nativos fueron enviados a casa. Solo 6000 alemanes fueron retenidos por los suecos a efectos de guarnicionar sus nuevas posesiones; el resto fue licenciado. La desmovilización bávara fue la más completa, al ser licenciado todo el ejército salvo la guardia del elector. Sajonia y Brandeburgo retuvieron solo a unos 1500 hombres cada una; los otros príncipes se limitaron a mantener sus guardias y unas pocas compañías de guarnición. Aparte del emperador, ningún príncipe, en realidad, tenía un ejército. Baviera no reclutó nuevas tropas hasta 1657 y la mayoría de los territorios continuaron dependiendo, en exclusiva, de milicias reorganizadas hasta la década de 1660. Por tanto, no se puede decir que los ejércitos alemanes «hubiesen permanecido en pie» después de 1648. [44] No fue hasta el comienzo de la agresión francesa, a partir de 1666, cuando la mayoría de los príncipes más relevantes se rearmaron con nuevas fuerzas permanentes.

Al menos, licenciaron a 130 000 hombres y pasaron a la vida civil al mismo tiempo que los neerlandeses reducían sus fuerzas en 20 000 efectivos. Los suecos emplearon parte del dinero de satisfacción en enviar a los soldados nativos a casa y distribuyeron el resto entre los hombres que habían sido desmovilizados. Los otros ejércitos pagaron a sus hombres de modo similar y, en ocasiones, les proporcionaron armas y municiones de excedentes a cuenta de las deudas pendientes. Los soldados de infantería al servicio de Suecia recibieron seis táleros por cabeza, diez táleros menos que sus camaradas de caballería. Eran cantidades dignas aunque resultaba complicado que fueran suficientes para jubilarse. Tanto el IPO como el IPM prohibían la transferencia de soldados a ejércitos de países que todavía estuviesen en guerra, salvo Venecia, que recibió una dispensa especial debido a su lucha contra los infieles otomanos. Una gran proporción de soldados bávaros, neerlandeses y, es muy posible que de otras procedencias, entraron al servicio de Venecia. Para contravenir la prohibición, Francia reclutó alrededor de 8000 neerlandeses y alemanes, a finales de 1648, pero redujo el número de extranjeros a su servicio, a partir de 1655. Los oficiales bernardinos que restaban perdieron su estatus especial con la incorporación del Ejército de Alemania a la estructura de las fuerzas francesas. Los comandantes galos desconfiaban de los alemanes por ser protestantes y por su tendencia a amotinarse. Algunos hombres se alistaron para la breve Guerra de las Vacas de 1651, pero tanto el Palatinado-Neoburgo como Brandeburgo redujeron de modo drástico sus ejércitos una vez finalizada esta. Algunos de los licenciados se unieron entonces al ejército de Lorena. Una estimación moderna reciente sitúa el total de aquellos que retomaron el servicio fuera del Imperio en no más de 30 000. [45]

Una vez deducidos los efectivos que aún se hallaban al servicio del Imperio o de Suecia, cabe sugerir que unos 80 000 antiguos soldados seguían todavía pendientes de que la sociedad civil los absorbiera en 1650. Había un miedo generalizado a que estos no lograsen integrarse. Los años inmediatos de posguerra sufrieron la turbación de numerosas bandas de merodeadores compuestas por antiguos soldados, aunque también por otras personas desplazadas. Muchos soldados encontraron nuevos empleos como guardas contratados por los pueblos y aldeas para ocuparse de la seguridad. Buena parte del miedo resultó ser infundado y la reducción en el número de guardas, a principios de la década de 1650, sugiere un regreso más bien rápido a una relativa tranquilidad. [46] Los soldados, en especial aquellos con oficio o

familia, fueron, en general, bienvenidos por la mayoría de los gobiernos territoriales, que se mostraban deseosos de repoblar la campiña y cultivar de nuevo las tierras abandonadas.

LA RECUPERACIÓN IMPERIAL

El poder de los Habsburgo

La relativa rapidez de la desmovilización constituyó un factor que impulsó una impresionante recuperación de la influencia del emperador. Como en otros aspectos del acuerdo, este no representó una vuelta al pasado. La guerra había cambiado las percepciones del Gobierno imperial a posiciones que solo se aclararon de modo paulatino. El programa de Fernando III, dirigido a incrementar su autoridad, había quedado frustrado fuera de las tierras de los Habsburgo. Muchos de los pensadores más notables creían que el poder real del Imperio empezaba a derivarse a los electores y príncipes más importantes, lo que erosionaba la autoridad del emperador y la autonomía de los estados imperiales más débiles. Los historiadores posteriores han aceptado este veredicto con demasiada facilidad y han presentado al Imperio, a partir de 1648, como una vaga federación de estados independientes. Esta tendencia federalista persistió como una corriente en la política imperial, pero no llegó a consolidarse hasta que el emperador Francisco II disolvió el Imperio en agosto de 1806, presionado por la Francia napoleónica. [47]

Lejos de volverle la espalda al Imperio para concentrarse en sus intereses austriacos, Fernando III hizo un esfuerzo coordinado dirigido a reconstruir la influencia de los Habsburgo. Él y sus dos sucesores inmediatos llevaron a cabo una política imperial mucho más intensa que la que tenía Rodolfo II antes de la guerra. Rodolfo trató de gobernar mediante el cultivo de un aura de elevada majestad que no hizo otra cosa que aislarlo del Imperio. Fernando II, sin embargo, trató de imponer su voluntad de modo unilateral y se limitó a consultar a los electores y a denegar a los estados imperiales menores una oportunidad de compartir las responsabilidades. Su hijo aceptó las nuevas condiciones políticas y las volvió en su favor al gobernar por consenso y no por coerción. Se dio cuenta de que una implicación activa en las instituciones imperiales le permitía moldear su desarrollo. El aplazamiento de las cuestiones constitucionales pendientes como *negotia remissa* por el IPO dejaba sin definir extensos aspectos de la autoridad ejecutiva. El emperador

mantuvo la iniciativa en numerosas áreas. Para que fuesen efectivas, tenía que ganarse la confianza de los estados imperiales mediante una cuidadosa promoción de las personalidades influyentes, además de presentar los intereses de los Habsburgo como cuestiones comunes y evitar acciones imprudentes o controvertidas.

Este enfoque se manifestó en el Reichstag de 1653-1654, la última reunión antes de la celebrada en 1663, que continuó en sesión permanente como la «dieta eterna». A pesar de concluir un Decreto con 200 artículos en 1654, el Reichstag dejó abiertas áreas clave sobre política de seguridad y reformas judiciales. Estas omisiones no entorpecieron el funcionamiento de los acuerdos existentes. Mucho más importante era la confirmación del marco de toma de decisiones en el Imperio. El Decreto de 1654 incorporaba la totalidad del IPO y del IPM, junto con las conclusiones de los dos decretos de Núremberg de 1650. Su artículo 6 las declaraba leyes fundamentales permanentes, que daban estabilidad al Imperio como una monarquía mixta donde el poder lo ejercían, en cuotas desiguales, el emperador y los estados imperiales. La falta de precisión en ciertas áreas daba margen para realizar modificaciones, más adelante, en función de las circunstancias, además de preservar el resto de prerrogativas imperiales, que quedaban sin definir y, por tanto, sin acotar.

Fernando pudo así aceptar restricciones en otros aspectos de su autoridad. La más importante fue que consintiera en que todas las elevaciones futuras de estatus entre estados imperiales dependieran del acuerdo entre los electores y los príncipes. A cambio, el Reichstag aceptó su iniciativa de crear nueve nuevos títulos de príncipe con los que se pretendía recompensar a los partidarios leales durante la guerra, entre los que se incluían Nassau-Hadamar y Piccolomini. Solo se aprobaron otros diez ascensos en el transcurso del siglo siguiente. Entre tanto, el resto de condes se integraron en el Reichstag y se les garantizó un voto colectivo en el colegio de príncipes. Estos cambios confirmaron al Imperio como una jerarquía de estados imperiales bajo la autoridad del emperador, aunque no bajo su control directo. Tendría que gobernar a través de la persuasión y no mediante el poder formal.

El emperador ya había impresionado a los estados al acudir al Reichstag con un séquito de 3000 personas y con el gasto de 46 000 florines en la ópera y en otras celebraciones que pretendían demostrar su riqueza, a pesar de la guerra. También tomó medidas más prácticas a fin de aliviar el acuciante problema del duque Carlos de Lorena, que había invadido el obispado de

Lieja. Persuadió al Reichstag de la necesidad de recaudar 300 000 táleros para pagar a los loreneses, a cambio de que estos evacuasen sus siete castillos en Renania. A continuación, se dispuso a cooperar con España, para quien el duque se había convertido en un estorbo, por lo que se procedió a su arresto en febrero de 1654. Francia y España acordaron que Lieja, como parte del Círculo de Westfalia, debía ser tratada en adelante como neutral en la guerra que libraban. Las tropas de Lorena se incorporaron al ejército español. [48] Este acuerdo completó el proceso de desmovilización y preservó la paz a lo largo de la frontera occidental del Imperio.

La cooperación española era un indicio del cambiante equilibrio que se venía produciendo entre las dos ramas de la dinastía Habsburgo desde principios de la década de 1640. En contraste con el reinado de Fernando II, era ahora Austria la que ayudaba a España. Fernando III eludió las restricciones impuestas por el IPM para licenciar 4000 soldados que fueron enviados al ejército español en 1651. (Los planes previstos cuatro años más tarde de enviar a otros 12 700 a través de los Alpes a Milán se fueron al traste cuando los hombres se negaron a marchar). Austria continuó ayudando a España en lo que restó de siglo. A cambio, España transfirió al emperador su jurisdicción feudal de algunas partes de Italia, lo que fortaleció los vínculos de esa región del Imperio y proporcionó la base para la incorporación final de las posesiones italianas de España a la monarquía austriaca a partir de 1700. [49]

Que Fernando cultivase buenas relaciones en el Imperio, recibió la recompensa de la elección de su hijo, Fernando IV, como Rey de los Romanos en el Reichstag en 1654. Este triunfo confirmó la derrota de los que, apoyados por Francia, planeaban evitar la elección de emperadores consecutivos de la misma dinastía. Fernando también frustró los intentos de imponer otro conjunto de restricciones permanentes en las prerrogativas imperiales (*capitulatio perpetua*). Este elemento del programa radical protestante de la década de 1640 permaneció en la agenda hasta el siglo XVIII, pero nunca se convirtió en ley, ya que los electores apoyaban al emperador en su veto. [50]

La temprana muerte de Fernando IV, el 9 de julio de 1654, solo dos meses después de que se clausurase el Reichstag, supuso una amenaza temporal para la recuperación imperial. A la muerte de Fernando III, el 2 de abril de 1657, aún no se había aprobado un nuevo sucesor, lo que creó un interregno que duró quince meses. Al final, el segundo hijo de Fernando III fue elegido

emperador, con el nombre de Leopoldo I, gracias al fuerte apoyo de Baviera. [51] Leopoldo continuó con un éxito considerable la política de su padre. La duración de su reinado (hasta 1705) contribuyó a la consolidación de la autoridad imperial. Es indicativo de sus logros que se granjease el apoyo del Imperio, aunque con algún recelo, en la pretensión de Austria a la sucesión española, vacante tras la muerte de su último rey Habsburgo en 1700. A diferencia de la primera década de 1600, cuando la monarquía Habsburgo se dirigía al desastre debido a las lamentables disputas entre hermanos, fue la muerte sin heredero del emperador Carlos VI, en 1740, la que los expuso, de nuevo, a otra crisis de sucesión. La conquista de Silesia por parte de Prusia, en diciembre de 1740, dio inicio a una disputa abierta en busca de influencia que alteró por completo el equilibrio político en el seno de Europa central. Austria quedó cada vez más a expensas de sus propios recursos cuando otros territorios trataron de evitar quedar aplastados entre ella y Prusia. Sin embargo, el título imperial continuó siendo importante para el prestigio internacional de los Habsburgo y solo renunciaron a él, con gran reticencia, tras su derrota ante Napoleón. [52]

Soberanía territorial

El IPO codificaba las jurisdicciones territoriales existentes en lugar de otorgarles nuevos derechos sustanciales. Aunque denominadas en conjunto «soberanía territorial» (*Landeshoheit*), estas jurisdicciones no hacían de los territorios estados independientes, ya que tales derechos permanecían firmemente asociados a la condición de estado imperial. Aquellos que los ejercitaban, aún eran parte del Imperio, el cual legitimaba su autoridad así como protegía su estatus y posesiones. [53] El principal impacto de la guerra no fue el de relajar los vínculos entre el Imperio y sus territorios integrantes, sino el de fortalecer la autoridad de estos últimos sobre sus súbditos. El IPO establecía una clara asociación de la soberanía territorial con los electores, príncipes y magistrados de las ciudades imperiales, lo que eliminaba la posibilidad de existir en el seno de dichos territorios a cualquier cuerpo intermedio que reclamase tales derechos para sí. Antes de 1618, las dietas provinciales como las de Austria y Bohemia mantenían milicias y mandaban enviados a potencias extranjeras. Tales acciones eran ahora, en puridad, ilegales a la luz de la constitución imperial.

Las implicaciones de este cambio se fueron manifestando con lentitud. La

política imperial continuó siendo una materia sujeta a la interpretación definida por la práctica más que por la abstracción. Los gobernantes territoriales siguieron ligados a la ley imperial, que era en lo jerárquico superior a su propia legislación. Un buen ejemplo de ello es su derecho a forjar alianzas con potencias extranjeras, citado a menudo como prueba de su supuesta «independencia». Todas las alianzas se mantuvieron sujetas a la restricción de que no fuesen dirigidas contra el emperador o el Imperio. [54] El derecho de alianza no era nuevo y algunos príncipes como el elector palatino ya habían firmado tratados con potencias extranjeras antes de 1618. En realidad, el IPO endureció las restricciones, al desplazar a las confesiones y a las «libertades alemanas» como causas legítimas para tales alianzas. Todos los tratados futuros debían estar dirigidos a sostener la constitución, no a promover intereses particulares. Esta estipulación se respetó, en gran medida, a partir de 1648, una vez la guerra probó la inutilidad de hacer valer la confesión como base viable para las alianzas, así como el peligro generalizado que suponían las intervenciones extranjeras. La manipulación que hizo Suecia del elástico concepto de «libertades alemanas» hizo que este eslogan fuese menos atractivo que la seguridad ofrecida por la actual constitución.

Había príncipes ambiciosos que aún se valían de alianzas en beneficio de sus propios intereses dinásticos. Grandes potencias como Francia, la República Neerlandesa y, más tarde, Gran Bretaña, pagaron subsidios a cambio de las tropas proporcionadas por los príncipes. Tales acuerdos fueron condenados con rotundidad, en el siglo XIX, al considerarlos «dinero manchado de sangre» y un despilfarro de recursos «alemanes» que se podían haber empleado con más provecho en propósitos «nacionales». Fueron medios empleados por los príncipes para obtener apoyo político de cara a mejorar su posición en un orden internacional que cambiaba con mucha rapidez. En muy pocas ocasiones, se utilizarían esos soldados contra el Imperio y la mayoría de los príncipes se cuidaron de incluir cláusulas que les permitieran enviar sus contingentes al ejército imperial, aun en el caso de que este fuese enviado contra sus nuevos aliados. [55]

Lejos de dejar al Imperio como una concha vacía, el acuerdo de Westfalia dio nueva vida a su constitución y fortaleció su cultura política. La estabilización del Imperio contribuyó a la paz en Europa, al eliminar focos de tensiones en el mismo corazón del continente. El espectro de la hegemonía católica de los Habsburgo se había desvanecido, sobre todo porque España se

había desangrado con sus prolongados conflictos. El Imperio continuó siendo un orden político jerárquico, pero su equilibrio interno había sufrido un cambio significativo. La frontera entre los estados imperiales y otras autoridades se había definido con más claridad, al reducir el número de aquellas que pretendían actuar más allá de los asuntos locales. Sin embargo, aquellos reconocidos ahora como estados imperiales participaban de un modo más igualitario en las decisiones colectivas, a través de las instituciones representativas del Imperio. El emperador ya no decidía los asuntos políticos consultando únicamente a un grupo exclusivo de electores, ahora tenía que contar con todos los estados, en especial una vez que las sesiones del Reichstag se hicieron permanentes, a partir de 1663. Aunque engorroso, este mecanismo era todavía capaz de alcanzar decisiones colectivas, lo que permitió al Imperio defenderse con éxito de los ataques franceses y otomanos que tuvieron lugar entre 1664 y 1714. El papel de las confesiones en la política imperial se redujo de manera significativa y los problemas posteriores del Imperio se restringieron al surgimiento de Austria y Prusia como grandes potencias independientes que excedían los límites de su marco común.

NOTAS

1 . *Vid.* Wedgwood, C. V., 460.

2 . *Vid.* Droysen, J. G., parte 3, I, 339. Para un análisis crítico de esta interpretación ver Southard, R. Ver también Hahn, P. M.

3 . *Vid.* Dickmann, F., 494.

4 . Como ha sugerido Fischer, D. H. Ver también Parker, N. G. Para las contraargumentaciones, ver Osterhammel, J.: «Krieg und Frieden an den Grenzen Europas und darüber hinaus», 443-465 y Schmidt-Glintzer, H.: «Europa aus chinesischer Sicht in der Frühen Neuzeit», 527-542.

5 . Por ejemplo, Pocock, T. Se han hecho afirmaciones similares para el periodo 1792-1815.

6 . Ejemplos de este enfoque incluyen a Kennedy, P. Ver también Steinberg, S. H. Nicola Sutherland lo lleva al extremo lógico al subsumir la Guerra de los Treinta Años en los tres siglos de rivalidad franco-Habsburgo: «The

origins of the Thirty Years War and the structure of European politics», 587-625.

7. Artículo XVII, parágrafo 3 del IPO; Artículo CXIII del IPM. Ver Steiger, H.: «Concrete peace and general order: the legal meaning of the treaties of 24 October 1648», I, 437-445.

8. Ver *NTSR* , I, 401-403.

9. *Vid.* Repgen, K.: *Dreißigjähriger Krieg und Westfälischer Friede* , 539-561, 597-642.

10. Ejemplos contenidos en McKay, D. & Scott, H. M. Ver también Black, J.: *European International Relations 1648-1815* ; Luard, E. Una excepción a destacar es M. S. Anderson, que ni siquiera incluye la Paz de Westfalia en su índice.

11. *Vid.* Zielonka, J.

12. *Vid.* Lesaffer, R.

13. *Vid.* Jenkinson, C., I, 10-44, en especial 12. Más detalles en Croxton, D.: «The Peace of Westphalia of 1648 and the origins of sovereignty», 569-591; Mout, N.: «Die Niederlande und das Reich im 16. Jahrhundert», 143-168, en especial 145-146; Stadler, P.: «Der Westfälische Friede und die Eidgenossenschaft», 369-391.

14. *Vid.* Oresko, R. & Parrott, D.: «Reichsitalien and the Thirty Years War», I, 141-160.

15. *Vid.* Abmeier, K., 203-257.

16. *Vid.* Dotzauer, W.: «Der pfälzische Wildfangstreit», 235-247. Para conocer la creciente hostilidad hacia Francia, ver Wrede, M., 324-545.

17. *Vid.* Schmidt, H.: «Frankreich und das Reich 1648-1715», 119-153. Ver también Externbrink, S.: *Friedrich der Große, Maria Theresia und das Alte Reich* ; Buddruss, E.

18. *Vid.* Buchholz, W.: «Schwedisch-Pommern als Territorium des deutschen Reiches 1648-1806», 14-33. Ver también Fiedler, B. C.: «Schwedisch oder Deutsch? Die Herzogtümer Bremen und Verden in der Schwedenzeit (1645-1712)», 43-57; Böhme, K. R.: «Die Krone Schweden als Reichsstand 1648 bis 1720», 33-39.

19. *Vid.* Langer, H.: «Schwedische Friedenskonzeptionen und praktische Friede im Jahrzehnt nach dem Dreißigjährigen Krieg», 131-151.

20. Proclamación fechada el 22 de agosto de 1806, *HHStA* , Titel und Wappen Karton 3, folio marcado «Korrespondenz mit den Gesandschaften».

21. Un ejemplo puntero de esta interpretación es el de Schilling, H.: «War and peace at the emergence of modernity», I, 13-22, en especial 20. Argumentos similares se pueden encontrar en su «Der Westfälische Friede und das neuzeitliche Profil Europas», 1-32.

22. *Vid.* MacCulloch, D., 669-670.

23. Hay un buen resumen en Whaley, J.: «A tolerant society? Religious toleration in the Holy Roman Empire, 1648-1806», 175-195. Una evaluación positiva de los derechos aparece en Schmidt, G.: «Die “deutsche Freiheit” und der Westfälische Friede», 323-347. Más detalles sobre las provisiones en May, G.: «Die Entstehung der hauptsächlichen Bestimmungen über das *ius emigrandi* », 436-494; Asch, R. G.: «Das Problem des religiösen Pluralismus im Zeitalter der “Konfessionalisierung”», 1-32.

24. *Vid.* Kohl, W.

25. Una visión de conjunto de estos acontecimientos en Wilson, P. H.: *Reich to Revolution: German History 1558-1806* , 198-207.

26. *Vid.* Gotzmann, A. und Wendehorst, S.

27. *Vid.* Müller, A.

28. Se pueden encontrar ejemplos en Fuchs, R. P.: «Zeit und Ereignis im Krieg. Überlegungen zu den Aussagen Steinfurter Zeugen in einer Befragung zum Normaljahr 1624», 65-76. Un análisis más detallado en Fuchs, R. P.: *Ein «Medium » zum Frieden. Normaljahre und die Beendigung des Dreißigjährigen Krieges* .

29. *Vid.* Sellert, W.

30. *Vid.* Schnettger, M. Hay análisis de los casos en Luh, J., 17-21.

31. *Vid.* Molitor, H.: «Der Kampf um die konfessionellen Besitzstände im Fürstbistum Osnabrück nach 1648», 69-75.

32. *Vid.* François, E. Para Goldenstadt y otros numerosos ejemplos, ver Whaley, J.: «A tolerant society? Religious toleration in the Holy Roman Empire, 1648-1806», 180-181. Ver también Jürgensmeier, F.: «Bikonfessionalität in geistlichen Territorien», 261-285.

33. *Vid.* Freist, D.: «One body, two confessions: mixed marriages in Germany», 275-304. Ver también Kohlmann, C.: «Kriegs- und Krisenerfahrungen von lutherischen Pfarrern und Glaübigen in Amt Hornberg», 123–211, en especial 177-182.

34. *Vid.* Hüttl, L., 177-184. Ver también Opgenoorth, E., I, 216-222.

35. *Vid.* Schaab, M.: «Die Wiederherstellung des Katholizismus in der Kurpfalz im 17. und 18. Jahrhundert», 147-205. Ver también Haug-Moritz, G.: «Kaisertum und Parität. Reichspolitik und Konfession nach dem Westfälischen Frieden», 445-482; Stievermann, D.: «Politik und Konfession im 18. Jahrhundert», 177-199.

36. *Vid.* Luh, J., 27-54.

37. *Vid.* Haug-Moritz, G.: «Corpus Evangelicorum und deutscher Dualismus», 189-207. Ver también Härter, K.

38. Como resultado, la población del Palatinado se convirtió en una de las más mezcladas del imperio, pues en 1795 ya comprendía un 40 % de calvinistas, un 30 % de católicos, un 20 % de luteranos y un 10 % de otras minorías, entre las que se incluían los judíos.

39. *Vid.* Gawthrop, R. L. Ver también Wilson, P. H.: «Prussia's relations with the Holy Roman Empire, 1740-1786», 337-371.

40. *Vid.* Lorentzen, T., 184-192. Se puede encontrar una amplia cobertura sobre el tema en Oschmann, A.

41. *Vid.* Göse, F., 57-59.

42. *Vid.* Hoyos, P.: «Die kaiserliche Armee 1648-1650», 169-232. Ver también Salm, H., 154-161.

43. *Vid.* Albrecht, D.: *Maximilian I. von Bayern 1573-1651* , 1087-1090. Ver también Heinisch, R. R.: *Paris Graf Lodron. Reichsfürst und Erzbischof von Salzburg* , 289-302. Mientras que la cuota de cada territorio en un mes Romano estaba fijada, el total de ingresos dependía de cuantos territorios estuviesen contribuyendo; de ahí la discrepancia entre las diferentes cantidades recibidas.

44. Como argumenta Burkhardt, J.: *Der Dreißigjährige Krieg* , 213-224. Para la remilitarización de los territorios alemanes en las décadas de 1660 y 1670, ver Wilson, P. H.: *German Armies: War and German Politics 1648-1806* , 26-67.

45. *Vid.* Kroener, B. R.: «"Der Krieg hat ein Loch…" Überlegungen zum Schicksal demobilisierter Söldner nach dem Dreißigjährigen Krieg», 599-630.

46. *Vid.* Klinger, A., 121.

47. Hay un buen resumen del debate contemporáneo en Schröder, P.: «The constitution of the Holy Roman Empire after 1648: Samuel Pufendorf's assessment in his *Monzambano* », 961-983. Las interpretaciones posteriores se analizan en Wilson, P. H.: «Still a monstrosity? Some reflections on early modern German statehood», 565-576.

48. Más detalles en Erdmannsdorffer, B., I, 176-178.

49. *Vid.* Valentinitsch, H.: *Die Meuterei der kaiserlichen Söldner in Kärnten und Steiermark 1656* . Ver también Aretin, K. O. Frhr. von, 76-166, 241-254; Storrs, C.: «Imperial authority and the levy of contributions in "Reichsitalien" in the Nine Years War», 241-273.

50. *Vid.* Kleinheyer, G., 86-100. Ver también Empel, H. M.: «De eligendo regis vivente imperatore. Die Regelung in der Beständigen Wahlkapitulation und ihre Interpretation in der Staatsrechtsliteratur des 18. Jahrhunderts», 11-24.

51. *Vid.* Bangert, A. C.: «Elector Ferdinand Maria of Bavaria and the imperial interregnum of 1657-1658».

52. *Vid.* Wilson, P. H.: «Bolstering the prestige of the Habsburgs: the end of the Holy Roman Empire in 1806», 709-736. Se lleva a cabo una buena cobertura de las relaciones de Austria con el Imperio en Brauneder, W. und Höbelt, L. Ver también Press, V.: «Österreichische Großmachtbildung und Reichsverfassung. Zur kaiserlichen Stellung nach 1648», 131-154.

53. Sobre la naturaleza fundamental del IPO para la constitución imperial, ver Schmidt, G.: «Der Westfälische Friede – eine neue Ordnung für das alte Reich?», 45-72. Ver también Burkhardt, J.: «Das größte Friedenswerk der Neuzeit», 592-612.

54. *Vid.* Böckenförde, E. W.: «Der Westfälische Friede und das Bündnisrecht der Reichsstände», 449-478.

55. *Vid.* Wilson, P. H.: «The German "soldier trade" of the seventeenth and eighteenth centuries. A reassessment», 757-792.

CAPÍTULO 9

El coste humano y material

¿UNA FURIA CATASTRÓFICA?

El mito de la destrucción total

La sensación destructora de la Guerra de los Treinta Años permanece profundamente incrustada en el imaginario popular. Hasta qué punto refleja cómo lo percibieron los coetáneos constituirá la materia del último capítulo. Lo que sigue, a continuación, se centrará en un intento de cuantificar la pérdida de vidas, la perturbación económica, el trastorno político y el impacto en la cultura alemana. La percepción y la realidad permanecen, sin embargo, entrelazadas, aun en el caso de que deban separarse por conveniencia analítica. Los textos y las imágenes contemporáneos transmiten una sensación de violencia omnipresente y de aniquilación continua. La guerra en el Imperio se había convertido, ya antes de 1648, en un punto de referencia para la atrocidad en otros lugares de Europa. Los lectores británicos fueron informados por publicaciones como la obra ilustrada del doctor Philipp Vincent, *The Lamentations of Germany* (publicada en 1638), que mostraba asesinatos, mutilaciones y violencia gráficamente detalladas. Todas las partes implicadas en la posterior Guerra Civil inglesa trataron de evitar que su conflicto degenerase en la depravación que ellos creían que había afligido a

Alemania. [1]

El énfasis en la violencia remitió en las relaciones publicadas durante la segunda mitad del siglo XVII y primera mitad del siglo XVIII, que se centraron en las personalidades y en los asuntos constitucionales y confesionales. [2] Esto cambió con la publicación de la historia de la guerra de Schiller (1791-1793) y su trilogía del drama de Wallenstein (1797-1799), además del redescubrimiento y popularización de la novela casi coetánea de Grimmelshausen *Simplicissimus* . Schiller y los demás autores involucrados en este resurgimiento literario representaban el movimiento romántico alemán, fascinados con la muerte, la destrucción y la pérdida de la identidad. Escribieron en un tiempo de nuevas convulsiones, tras la Revolución francesa y durante las Guerras Napoleónicas. Fueron testigos de la devastación final del Imperio y de la controversia suscitada sobre qué tipo de estado alemán debería reemplazarlo. La era siguiente a 1815 fue, por lo general, represiva, pues restringía el debate público sobre la política y el carácter de la nación. La literatura y la historia ofrecían espacios alternativos donde expresar la opinión sobre asuntos candentes. Los románticos estaban interesados, sobre todo, en las emociones humanas y en la búsqueda de experiencias que se suponían auténticas a través de los testimonios personales y el folclore. Las expresiones más influyentes de lo anterior fueron los relatos populares compilados por Gustav Freytag en su obra de varios volúmenes *Pictures from the German Past* . [3] Al contrario que sus colegas académicos, Freytag prestó poca atención a la alta política a favor de las historias y experiencias de la vida cotidiana.

De este interés romántico, emergieron tres elementos que conformaron los escritos tanto académicos como populares sobre la guerra. El primero es la sensación de violencia sin sentido, ilimitada e indiscriminada que, en apariencia, traspasó todos los límites. Ya hemos encontrado trazas de ello en el análisis del carácter de las últimas etapas de la guerra en los Capítulos 4 y 5 de este volumen. Además de las historias de canibalismo asociadas con el asedio de Breisach, los temas más prominentes eran la violación, la mutilación y la tortura, así como la imagen de una hermosa tierra que había quedado desolada y devastada. El segundo elemento fue la creencia de que estos horrores fueron infligidos, en su mayoría, a alemanes inocentes por un enemigo despiadado. Esto podía adoptar una dimensión confesional, como en las historias protestantes sobre el «saco» católico de Magdeburgo. Con más frecuencia, se identificaron diversos perpetradores «extranjeros»: croatas,

cosacos, suecos, finlandeses, escoceses, irlandeses, húngaros, transilvanos y, en menor medida, franceses y españoles. El tercer elemento enmarcaba la guerra en una tipología de redención nacional: una nación alemana (más tarde, también, «raza») nueva y más fuerte surgiría de las cenizas. De este modo, los cuentos de horrores no solo ofrecían emoción, también esperanza de que ese sufrimiento y humillación tuviesen, al final, una recompensa. El poder de este aspecto tiene su arraigo en la tradición cristiana, que ya influía en las percepciones de la guerra en el siglo XVII.

Algunos historiadores comenzaron a cuestionarse esta atrocidad partición gótica en torno a 1900. El historiador militar Robert Hoeniger suscitó controversias al argumentar que la población alemana solo se redujo en una octava parte, no en las tres cuartas partes afirmadas por Freytag. [4] Interpretado con el telón de fondo de la nueva destrucción acaecida en la Primera Guerra Mundial, el debate dividió la opinión en lo que se ha conocido como las escuelas de la «Guerra Desastrosa» y del «Declive Temprano». Mientras que la primera propagaba la creencia popular de Alemania como víctima inocente, la última contraargumentaba que la Guerra de los Treinta Años no hizo más que acelerar los problemas existentes causados por la superpoblación y por una reorientación de la economía de Europa hacia la fachada atlántica, a finales del siglo XVI. Este argumento se llevó al límite, hasta su extremo lógico, en los escritos de Henry Steinberg en Estados Unidos tras la consiguiente devastación de la Segunda Guerra Mundial. Steinberg afirmó que el Imperio experimentó cierta disminución del crecimiento y una redistribución de la población y de la actividad económica, pero que, en general, tanto la economía como la población crecieron. Aunque citaba muy pocas evidencias, su interpretación ganó aceptación con rapidez, ya que parecía más razonable que los excesos de la furia catastrófica gótica. [5]

Tendencias generales

Una razón principal para este debate es que el impacto de la guerra varió a través del tiempo y del espacio, lo que produjo pruebas, en apariencia, contradictorias. Westfalia occidental y algunas partes del Bajo Rin ya habían sufrido las incursiones españolas y neerlandesas desde 1580, además de las operaciones asociadas a la Guerra de Colonia (1584-1587) y las dos crisis de Jülich. El resto del Imperio no había sufrido un gran conflicto desde el periodo 1546-1552, cuando tuvieron lugar la Guerra de Esmalcalda y la

Revuelta de los Príncipes. La «Disputa de los Hermanos» Habsburgo supuso relativamente pocos enfrentamientos y, aunque la Larga Guerra Turca (1593-1606) representó una carga financiera considerable, las operaciones del momento se limitaron a Hungría y Transilvania. La ausencia de un problema serio de violencia durante varias generaciones magnificó, sin duda, la sensación de horror cuando se desencadenó la guerra, a partir de 1618.

Incluso, entonces, la lucha varió en intensidad y en alcance. A partir de 1618, se concentró en el Danubio, Alta Hungría y los pasos al sur de Bohemia y Moravia. Con la invasión imperial y de la Liga, en julio de 1620 se trasladó a Bohemia central, entre Pilsen y Praga, al tiempo que la lucha continuaba en Alta Hungría y algunas partes de Moravia y Silesia hasta 1622. Todos los horrores asociados de forma tradicional a la última fase de la guerra ya estaban presentes: la brutalidad, el saqueo, el asesinato de civiles y la peste. Con posterioridad, estas regiones escaparon, en gran medida, a un conflicto serio por espacio de una década, aunque las secuelas todavía se dejaron sentir, en particular, en la Rebelión de Alta Austria de 1626. También continuaron otro tipo de presiones, como los impuestos de guerra y los desplazamientos de población originados por los procesos de restauración del catolicismo.

Entre tanto, el foco principal de la lucha se trasladó a Alsacia y a los valles del curso medio del Rin y del bajo Meno, que fueron testigos de las operaciones principales de 1621-1623. Algunas zonas de Baja Sajonia y Westfalia quedaron también afectadas, a principios de 1622, cuando el duque Cristian de Halberstadt atacó Paderborn y se dirigió al sur para reunirse con el conde de Mansfeld, antes de que ambos fuesen rechazados hasta Frisia oriental. Esta fase fue de movimientos bastantes rápidos que minimizaron el daño, ya que los ejércitos no estuvieron en un solo lugar durante mucho tiempo. Sin duda, las rutas de tránsito sufrieron el pillaje y la destrucción física, pero las áreas situadas en las inmediaciones a ambos lados del camino escaparon, por lo general, indemnes. El principal impacto de la guerra era todavía indirecto, al decretar los territorios impuestos para poder sufragar el rápido establecimiento de ejércitos de cierta entidad. Los efectivos combinados de todas las fuerzas que operaron en el Imperio, entre 1618 y 1626, es probable que se situaran en una media de entre 80 000 y 100 000 hombres. No se habían visto unos efectivos tan elevados en setenta años. Carlos I de España y V de Ale-mania había reunido 56 000 hombres contra 50 000 protestantes en el verano de 1546 en el punto culminante de la Guerra

de Esmalcalda. [6] A diferencia de este conflicto, que hubo acabado en el transcurso de un año, la militarización que se dio a partir de 1618 tuvo que ser sostenida en condiciones económicas y ecológicas cada vez peores. Las malas cosechas de 1621-1622 provocaron que el precio de los alimentos se duplicase al año siguiente, agravados por la hiperinflación, y transformaron una crisis de subsistencia en una crisis económica que perduró hasta 1626.

Federico V del Palatinado había sido derrotado del todo ya en 1623, lo que liberó el sur de ulteriores conflictos durante ocho años. La intervención danesa, a partir de 1625, se concentró en Baja Sajonia. Las áreas situadas hacia el oeste, sur y este fueron ocupadas por las tropas imperiales y de la Liga para contener a los daneses. Hesse-Kassel y buena parte de Westfalia quedaron sujetas a una prolongada presencia de la Liga que resultó más costosa desde el punto de vista financiero que en términos de vidas humanas. Por el contrario, la llegada del ejército imperial de Wallenstein al curso medio del Elba, en el otoño de 1625, fue desastrosa. Los imperiales trajeron consigo la peste, que mató hasta al 40 % de la población urbana del arzobispado de Magdeburgo y del obispado de Halberstadt, lo que ocasionó que regresara a las tasas de población de 1562. [7] En 1626, las operaciones se expandieron al interior de algunas zonas de Turingia y Alta Sajonia por el valle del Elba, mientras que la carrera de Mansfeld hacia el sudeste llevó la guerra de nuevo a Silesia y Alta Hungría ese otoño. El paulatino incremento del ejército imperial de Wallenstein ayudó a elevar el número total de combatientes hasta unos 160 000 en 1629, es decir, el doble que solo cinco años antes. El mayor tamaño del ejército requería la ampliación del sistema de alojamientos en buena parte del Imperio, así como sustituir la manutención indirecta mediante impuestos por la ocupación directa. Esto trajo de nuevo la guerra al sur de Alemania antes de la invasión sueca, a medida que las unidades imperiales se dirigían al interior de Wurtemberg y a otros territorios para extender las contribuciones de Wallenstein e imponer la implantación del Edicto de Restitución.

El desembarco sueco, en junio de 1630, no supuso una alteración inmediata de este patrón. Las operaciones se reanudaron tras el paréntesis anual, aunque continuaron contenidas en Pomerania y Mecklemburgo. Las unidades imperiales y de la Liga se retiraron de otras partes de Alemania, bien para hacer frente a los suecos o para unirse al sitio de Mantua. El impacto de las grandes levas en el levantamiento de tropas fue amortiguado en numerosas áreas por mejores cosechas en 1630 y 1631. Los efectos totales

del impacto se demoraron hasta que la explotación sueca de su victoria en Breitenfeld expandió con celeridad la guerra a todas los territorios de Alemania en 1632. El número total de efectivos llegó a una cifra sin precedentes de 250 000 hombres gracias a los nuevos ejércitos regionales formados en Westfalia, Baja Sajonia, Alto Rin y Suabia, a los que había que sumar las fuerzas principales que se hallaban en campaña en Baviera, Franconia y el electorado de Sajonia.

La determinación de Suecia de que la guerra sufragase a la guerra extendió la política de alojamientos y confiscaciones a nuevas áreas, y precipitó a muchos territorios a la crisis. Las existencias restantes de grano, vino y otros productos de primera necesidad se vendieron en un intento desesperado de satisfacer las crecientes demandas militares. La producción se redujo a medida que se consumían las semillas de maíz y activos vitales como las herramientas o los molinos se destruyeron. Las extensas operaciones y los continuos reveses de la fortuna alentaron un clima de incertidumbre. En la década de 1620, los refugiados habían tendido a regresar con relativa rapidez después de que las tropas hubiesen abandonado las áreas, pero ahora se mantuvieron alejados, lo que dejaba grandes áreas desiertas. En particular, quedaron seriamente afectadas las principales rutas de tránsito, como los valles del Elba, el Meno y el Rin. El séquito del conde de Arundel, que viajaba por la ribera del Meno en mayo de 1636, llegó

> a una miserable aldea llamada Neukirchen, que encontramos casi deshabitada y con una casa incendiada. Como era demasiado tarde, nos vimos obligados a pasar aquí la noche, ya que la población más cercana estaba a cuatro millas de distancia; pero pasamos la noche arriba y abajo carabina en mano y escuchando con temor el sonido de los disparos en los bosques que había a nuestro alrededor […] A primera hora de la mañana siguiente, Su Excelencia fue a inspeccionar la iglesia y se encontró con que había sido saqueada y que las pinturas y el altar habían sido profanados. En el cementerio anexo vimos un cadáver exhumado de su tumba, y fuera del camposanto encontramos otro cadáver… [8]

La despoblación se vio acelerada por la peste, que regresó al sur de Alemania a partir de 1631 y se propagó por el norte en 1636. El séquito de Arundel «se apresuró de este desdichado lugar y supo más tarde que los habitantes habían huido por la peste y habían incendiado esa casa con el objeto de evitar que los viajeros contrajesen la enfermedad». Dado que la peste afectaba tanto a los jóvenes como a los viejos, y hacía enfermar incluso a los más fuertes, neutralizó la recuperación demográfica que había tenido lugar en áreas como Magdeburgo desde el brote anterior de 1625-1626. Sin

embargo, también pudo traer alguna medida de alivio. Las villas de la frontera bávaro-suaba sufrieron un merodeo constante por parte de ambos bandos entre 1632 y 1634, pero los soldados se mantuvieron al margen una vez que apareció la peste y los habitantes pusieron a la vista cruces de paja, una reconocible señal de advertencia. [9]

El creciente malestar era indicio de la descomposición del Gobierno en muchas áreas. Las guerrillas de campesinos aparecieron, a partir de 1631, en ciertas zonas de las regiones de Westfalia, Alsacia, Suabia y el lago Constanza. Como ya hemos tenido ocasión de ver, a menudo se opusieron a ambos bandos con igual vehemencia (Capítulo 2 de este volumen, págs. 88-91). La gente perdió la confianza en la capacidad de protección de las autoridades establecidas. El malestar oscilaba desde conspiraciones y demandas rurales en Hohenlohe en 1631-1632, y una renovada agitación en Alta Austria, hasta la gran revuelta de Baviera de 1633-1634. [10] Los dos años posteriores a la batalla de Nördlingen produjeron el impacto más severo. La rapidez con que se produjo el colapso sueco en todo el sur de Alemania resultó catastrófica para los territorios protestantes de aquella región. El valor total de los daños y las demandas militares producidos en Wurtemberg durante la guerra se han estimado en unos 58,7 millones de florines, de los que tres cuartas partes se emplearon en los cuatro años siguientes a Nördlingen. Durante ese mismo periodo, la población del ducado se desplomó entre un 23 y un 69 %, según el distrito. Los años centrales de la década de 1630 también resultaron ser los peores para la región del bajo Mosa como consecuencia de la lucha que tuvo lugar alrededor de Maastricht. La intervención francesa en Renania, seguida de los intentos imperiales para despejar Alsacia y recuperar Lorena, intensificó la destrucción y propagó la peste también a estas áreas. [11]

La rápida escalada de la guerra y su expansión entre 1631 y 1636 afectó a algo más que la vida humana y la actividad. El desplazamiento de población, los cambios en los usos de la tierra y la propagación de microbios con los que no estaban familiarizados desestabilizaron el ecosistema. En 1636, se produjo una explosión en la población de roedores que duró varios años y que agravó la escasez de alimento. Los lobos deambulaban por el sudoeste de Baviera en 1638 y regresaron a principios de 1640, mientras que las piaras de cerdos salvajes destruían los cultivos de cereal en 1639. Otros animales desaparecieron al convertirse en una fuente alternativa de comida. Un soldado bávaro que marchaba por el Bajo Rin en febrero de 1636 recordaba

que allí «no había ni perros ni gatos», y hay numerosos testimonios de poblaciones urbanas que consumieron ambos tipos de animales durante los años de hambruna de la década de 1630. [12]

En realidad, la intervención francesa, más que intensificar, palió el impacto general, porque las fuerzas imperiales y bávaras se dirigieron en un inicio al oeste del Rin, bien para ayudar a los españoles en Picardía, bien para llevar a cabo una campaña en Lorena y el Franco Condado. Mientras estas áreas sufrían, buena parte del sur de Alemania experimentaba algún respiro, que se vio favorecido por una mejor cosecha en 1638. Entre tanto, los suecos estuvieron a la defensiva y confinados al curso medio del Elba, Sajonia y Brandeburgo hasta 1639. El número de efectivos total se redujo tras el colapso de la Liga de Heilbronn y la dispersión de muchos de los auxiliares alemanes que tenían los suecos. El ejército bávaro continuó más o menos sin variaciones, pero el ejército imperial se contrajo de modo considerable a partir de 1636, al igual que les sucediese a los sajones dos años más tarde. Estas reducciones fueron involuntarias y obligadas para todos los beligerantes por las dificultades de reclutamiento y manutención de tropas a raíz de las muertes causadas por la peste, el declive económico y la devastación generalizada. Esta última se concentraba ahora a lo largo del Alto Rin y el curso medio del Elba, que fueron testigos de los peores enfrentamientos acaecidos entre los años 1637 y 1639.

Estos cambios de escenario permitieron recuperar algunas regiones, a partir de 1636. Buena parte de la monarquía de los Habsburgo se mantuvo ajena a la lucha durante la segunda mitad de la década de 1630, y las prolongadas negociaciones con los hessianos y los güelfos restringieron las operaciones en Westfalia, el valle del bajo Meno y Baja Sajonia. La carga de la guerra en estas tres regiones era ahora en su mayoría estática, al mantener las comunidades guarniciones en sus inmediaciones. Lo mismo sucedía con Mecklemburgo y Pomerania tras el fracaso de las campañas de Gallas en aquellos parajes en 1639. Sin embargo, las guarniciones de Suecia continuaron siendo una pesada carga e impidieron la recuperación demográfica en la costa báltica hasta que las fuerzas allí desplegadas se redujeron después de 1648. El noroeste de Alemania experimentó la reanudación de la lucha tras el colapso de las negociaciones de paz de 1640. El antiguo ejército bernardino llegó para apoyar a los suecos y los güelfos y el emperador y Baviera enviaron refuerzos a Westfalia. Sin embargo, la disminución generalizada en el número de efectivos de las tropas significaba

que estos movimientos detraían soldados de otras áreas, en especial del sudoeste de Alemania, donde la lucha se limitó a meras incursiones hasta 1644. Alsacia y el Franco Condado también se mantuvieron al margen de las operaciones a partir de este momento. Los bolsillos tuvieron un descanso cuando los ducados de Brandeburgo, Hildesheim y los de los güelfos abandonaron la guerra a partir de 1642, mientras que otras áreas comenzaron a pagar contribuciones a cambio de evacuar a las guarniciones o de suspender las incursiones. Tal neutralidad no eliminó todos los problemas asociados al conflicto, pero al menos evitó el regreso de las espantosas condiciones que predominaban a mediados de la década de 1630.

Así, las áreas todavía expuestas a las operaciones sufrieron de modo desproporcionado durante los años finales de la guerra. El valle del Elba fue testigo de nuevas destrucciones durante la invasión sueca de Dinamarca de 1644-1645. Aunque los suecos forzaron a Sajonia a declararse neutral en agosto de 1645, carecían de fuerzas para hacer otro tanto en Westfalia. La lucha allí, a partir de 1646, volvió a una guerra bastante estática de incursiones entre los puestos avanzados imperiales y hessianos. Por contra, el principal esfuerzo se trasladó de nuevo hacia el sur durante este periodo, con intensos enfrentamientos en el Alto Rin y en el interior de Franconia, además de en Moravia y en Baja Austria, que se habían librado de la guerra durante veinte años. La fase final se libró sobre todo en el Danubio, en un regreso del conflicto a su área de origen.

EL IMPACTO DEMOGRÁFICO

Pérdidas totales

El anterior análisis ya ha manifestado algunos de los problemas que dificultaban cualquier evaluación del coste humano y material de la guerra. No había un método uniforme de reunir estadísticas de población, ni siquiera en las regiones donde se confeccionaban. La comparación de datos en el periodo comprendido entre 1618 y 1648 proporciona una guía muy imperfecta de las pérdidas reales, en especial porque la guerra solo llegó a muchas áreas a partir de 1631, momento en el que es probable que la población hubiera crecido desde la Defenestración de Praga. Los demógrafos se ven obligados a explorar en otras fuentes, como las listas de contribuyentes o el número de casas. No hay acuerdo en el tamaño «medio» de los hogares

para emplearlo como multiplicador en estos cálculos. Las listas de casas incendiadas o abandonadas no constituyen una verdadera referencia para conocer el verdadero declive de la población, porque los supervivientes o bien se aglutinaban en las casas restantes, o se marchaban a cualquier otro sitio. Muchas estimaciones modernas están distorsionadas al no incluir en los cálculos más que a la población comprendida en el interior de las fronteras alemanas más tardías (en sí mismas difíciles de concretar en términos históricos) y al excluir, por tanto, áreas que eran con anterioridad parte del Imperio como Lorena o Bohemia.

Steinberg afirmó que la población se incrementó en, al menos, un millón de personas, hasta los 16 o 18 millones hacia 1650, en gran medida, gracias al empleo selectivo de datos recogidos en áreas que habían experimentado un incremento neto. El único estudio exhaustivo continúa siendo el de Günther Franz, que concluyó que las áreas urbanas se redujeron en una tercera parte, mientras que la población del campo cayó en un 40 %. El resto de los análisis concuerdan, en líneas generales, en sus conclusiones de que la pérdida total general rondaba una tercera parte. El trabajo de Franz continúa siendo problemático, más aún por su pertenencia al partido nazi, que manipuló las interpretaciones de la Guerra de los Treinta Años en beneficio de su propaganda. Aunque nadie apoya ya las tesis de Steinberg, algunas estimaciones modernas reducen el declive total a una cifra entre el 15 y el 20 %. [13]

Sin embargo, incluso un decremento de un 15 % haría de la Guerra de los Treinta Años el conflicto más destructivo de la historia europea. En comparación, la Unión Soviética, que sufrió el mayor número de bajas de la Segunda Guerra Mundial, perdió menos del 12 % de su población. Ambas guerras mundiales del siglo XX fueron, qué duda cabe, más breves, por lo que las pérdidas anuales son, en proporción, mayores. En cualquier caso, alrededor de veinte millones de las muertes sufridas durante la Primera Guerra Mundial se debieron al brote de gripe que se originó en sus últimos estadios. Por otro lado, una relación significativa de bajas de la Segunda Guerra Mundial fueron personas asesinadas en un genocidio deliberado, una característica, por fortuna, ausente en la Guerra de los Treinta Años, que también fue librada con armamento mucho menos potente (*Vid.* Tabla 3). El número total de muertes en el Imperio debió de alcanzar los ocho millones, dado el número relativamente elevado de bajas militares y el hecho de que la verdadera extensión de las pérdidas civiles queda, a menudo, enmascarada,

por la presencia de los nacimientos de tiempo de guerra registrados en los totales generales poblacionales. [14]

Tabla 3. Comparativa del total de muertes en grandes conflictos

CONFLICTO	MUERTES (EN MILLONES, ENFERMEDADES INCLUIDAS)	% DE POBLACIÓN DE PREGUERRA
1618-1648	5	20,0 (solo en el Imperio)
1914-1918	27	5,5 (solo en Europa)
1939-1945	33,8	6,0 (solo en Europa)

Ni que decir tiene que los totales generales ocultan grandes oscilaciones regionales. Las cifras más exhaustivas cubren la monarquía de los Habsburgo (*Vid.* Tabla 4). El declive total fue bastante modesto, pero esto se debió a algún crecimiento en áreas que escaparon, en gran medida, a la violencia, mientras que regiones como Baja Austria o Bohemia, que sufrieron repetidas invasiones, fueron testigo de una disminución significativa. Los datos a nivel más local apuntan a mayor cantidad de variaciones dentro del patrón más amplio. Por ejemplo, las pérdidas en los alrededores de Praga y en la región del valle del Elba, que experimentaron los peores enfrentamientos en Bohemia, llegaron, al menos, al 50 %. [15]

Tabla 4. Variación de población en la monarquía Habsburgo, 1600-1650

REGIÓN	1600	1650	VARIACIÓN (%)
Tierras austriacas			
Baja Austria	600 000	450 000	-25
Alta Austria	300 000	250 000	-17
Estiria	460 000	540 000	+17
Carintia	180 000	200 000	+11
Krain	290 000	340 000	+17
Gorizia y Gradisca	130 000	150 000	+15

	1 960 000	1 930 000	-2
Austria Exterior			
Tirol	390 000	440 000	+13
Voralberg	40 000	45 000	+13
	430 000	485 000	+13
Tierras bohemias			
Bohemia	1 400 000	1 000 000	-29
Moravia	650 000	450 000	-31
Silesia	900 000	700 000	-22
	2 950 000	2 150 000	-27
Tierras húngaras			
Hungría real	1 800 000	1 900 000	+6
Total	7 140 000	6 465 000	-10

Fuente: adaptado de Winkelbauer, T.: *Ständefreiheit und Fürstenmacht. Länder und Untertanen des Hauses Habsburg im konfessionellen Zeitalter (Österreichische Geschichte 1522-1699)* , I, 14.

Las variaciones en otras partes del Imperio podrían haber sido incluso más extremas. Al igual que en la monarquía Habsburgo, el decremento total se compensó con las ganancias netas de las áreas afortunadas, como Hamburgo, a las que hay que añadir las áreas con una tasa de pérdidas por debajo de la media en algunas partes de Westfalia, Alsacia y los ducados güelfos. Algunos territorios sufrieron mucho durante las primeras etapas, pero más tarde escaparon, en su mayoría, a las devastaciones; Holstein es un buen ejemplo de ello, donde las severas pérdidas de mediados de la década de 1620 se habían subsanado ya en 1648. Por el contrario, las áreas situadas a lo largo de las rutas de tránsito o sometidas a una ocupación prolongada sufrieron muy por encima de la media. Algunas poblaciones del obispado de Halberstadt perdieron entre siete y nueve décimas partes de sus habitantes. La población en la propia Halberstadt cayó de alrededor de 13 000 habitantes al llegar Wallenstein, en 1625, a menos de 2500, en 1648. Brandeburgo sufrió un destino similar en la década posterior a 1627, que redujo su población urbana de 113 500 habitantes a 34 000, mientras que el número de pobladores rurales cayó de 300 000 a 75 000, lo que dejó la mitad de las villas deshabitadas. El área próxima al Elba conocida como Altmark fue la más devastada, mientras que la región del Óder escapó a enfrentamientos de importancia desde mediados de la década de 1640 y ya se había recuperado para cuando se

realizaron los censos del Gobierno en 1652. Unos datos bastante fiables de Wurtemberg indican que la población se redujo en un 57 % entre 1634 y 1655, en gran medida, como resultado de la prolongada ocupación imperial, seguida de las intensas incursiones y de la realización de operaciones a gran escala desde mediados de la década de 1640. De nuevo, estas cifras por sí solas no ofrecen una visión general. La población cayó en tres cuartas partes en el periodo inmediato posterior a Nördlingen, que también trajo la peste a su paso. Luego se recuperó hasta alrededor de un 30 % del nivel anterior para 1645 y había crecido aún más en el momento en el que se hizo el censo de 1655. Con el 60 %, las pérdidas de Lorena eran similares, pero en esta región se aprecia, de nuevo, una caída en la década de 1630. El Franco Condado fue arrasado entre 1636 y 1639, pero se recuperó gracias a su neutralidad a partir de 1644, lo que redujo el decremento general hasta un 48 % en 1648. [16]

Aunque no de modo tan severo, otras regiones sufrieron pérdidas considerables. La población bávara se redujo entre un treinta y un cincuenta por ciento, según la estimación, siendo la peor década la de 1630. Buena parte de Franconia perdió entre un treinta y un cuarenta por ciento de su población. Las últimas estimaciones para Pomerania sugieren una reducción de su población desde los 160 000 habitantes en 1630 a 96 000 en 1648, una caída del 40 % comparada con la horquilla de entre el 50 y el 66 % estimada por Franz. No obstante, según las tendencias de la preguerra y la posguerra, la población de Pomerania hubiese ascendido en 25 000 habitantes sin la guerra. De extrapolar estos nacimientos, sería necesario añadir al menos otros tres millones más al impacto general sobre la población del Imperio. [17]

Causas de la mortalidad

Las causas de la mortalidad son tan controvertidas como su magnitud. Las relaciones de batallas y de masacres infames transmiten una falsa impresión del predominio de la muerte violenta. Los diarios coetáneos están, en efecto, llenos de historias de violaciones y asesinatos, la mayoría de los cuales son por herejía. La mitad de los setenta y dos testimonios de testigos analizados por Geoffrey Mortimer mencionan la muerte de individuos por su nombre, y uno de cada cinco informan de agresiones personales perpetradas por soldados, pero muy pocos de estos dicen que resultaran en lesiones graves. [18] Los documentos oficiales rara vez registran la violación debido a la dificultad de enjuiciar estos casos: solo cinco violadores fueron condenados en Múnich

durante la primera mitad del siglo XVII y tres en Fráncfort entre 1562 y 1695. En realidad, la frecuencia fue mucho mayor y es probable que fuese una de las formas más comunes de violencia interpersonal durante la guerra.

Los registros de muertes son más exhaustivos. La localidad sajona de Naumburgo tenía 8900 habitantes en 1618, que se redujeron a 4320 en 1645 y, sin embargo, solo 18 ciudadanos aparecen registrados como muertos a manos de los soldados, a pesar de que el lugar fue saqueado por los suecos durante una semana en 1635. Solo 5 de las 699 muertes registradas en la parroquia westfaliana de Elspe estuvieron directamente relacionadas con la violencia militar y, aunque 241 personas murieron en Ingelfingen, localidad de Hohenlohe, durante 1634, solo 7 de ellas cayeron en el transcurso de su captura tras la batalla de Nördlingen, comparadas con las 163 que murieron de peste ese mismo año. [19]

Los soldados abundan entre las víctimas por violencia. Las estimaciones modernas sitúan el total de bajas militares en combate en 450 000, calculadas mediante la agregación de las pérdidas conocidas de batallas y sitios. De estos, 80 000 cayeron al servicio de los ejércitos francés, bernardino y hessiano, mientras que los imperiales perdieron 120 000; el resto pertenecen a los suecos, daneses y otros ejércitos alemanes, incluido el bávaro. Otros 200 000 o 300 000 franceses encontraron la muerte o resultaron heridos en el enfrentamiento con España entre 1635 y 1659, lo que hace que las pérdidas por combate de ese país estuviesen muy por encima de las 280 000 bajas sufridas en dos guerras posteriores entre 1672 y 1697. [20]

Las tasas de supervivencia de los heridos son difíciles de calcular porque los pocos datos existentes sobre altas hospitalarias, rara vez incorporan las causas del ingreso. La mayoría de los hombres eran hospitalizados por enfermedad más que por heridas. Las condiciones estaban muy por debajo de los estándares modernos de higiene y cuidados, pero se llevaron a cabo algunos esfuerzos a fin de proporcionar buena comida y atención. De los 71 soldados imperiales heridos admitidos en un hospital, en agosto de 1645, no volvieron a reincorporarse a su regimiento solo 10 y de otros 143 hospitalizados, en noviembre de 1646, murieron 42. [21]

La enfermedad se demostró más potente que los mosquetes, las espadas y los cañones. De media, uno de cada diez soldados estaba enfermo, aunque la mayoría acababan recuperándose. Las deficiencias logísticas y las epidemias incrementaron esta proporción de modo significativo. Una forma de tifus conocida como «fiebre húngara» (*morbus hungaricus*) mató a 14 000

soldados de la Liga durante la campaña de 1620, en comparación con los 200 muertos por disparos o apuñalamiento en la Montaña Blanca. [22] En cualquier caso, las pérdidas de la Liga en la batalla de la Montaña Blanca fueron excepcionalmente escasas y los ejércitos que se fugaban, como el de sus oponentes bohemios, tenían que lamentar un número de bajas mucho más alto, en particular, si los perseguían. Es probable que por cada hombre muerto en acción, sucumbiesen tres hombres debido a las enfermedades, lo que sugiere la muerte de hasta 1,8 millones de soldados durante la guerra. Esta cifra es plausible cuando se compara con la evidencia que se desprende de los registros parroquiales suecos y finlandeses, y de los archivos militares. Alrededor de 150 000 reclutas suecos y finlandeses murieron entre 1621 y 1648, entre los que se incluía a 40 000 de las campañas de Prusia y Livonia de 1621-1629, y el resto en Alemania. Dado que los reclutas formaban, por lo general, menos de una quinta parte del ejército en Alemania, es probable que al menos otros 400 000 alemanes, británicos y de otras nacionalidades muriesen al servicio de Suecia, por cualquier causa. [23]

Aunque en términos relativos la violencia causó pocas muertes entre civiles, el miedo a la misma ayudó a expulsar a la gente de sus hogares. La huída y la emigración fueron factores de primer nivel en las pérdidas registradas en las áreas de mayor declive poblacional, llegando al 60 % en Waldeck y al 80 % en el área perteneciente a la abadía de Ottobeuren, cerca de Memmingen. [24] La inmigración compensó, o al menos detuvo, el declive poblacional en muchas áreas. Por ejemplo, la población de Múnich cayó de 22 000 habitantes (en 1618) a 14 000 (en 1651), en gran medida debido a las epidemias de peste de 1633-1634 y 1649-1650, pero al menos 7000 personas se instalaron en la ciudad durante el mismo periodo. Se trataba de artesanos rurales que huían de las miserias y el peligro, en su mayor parte procedentes de otras áreas de Baviera, y una quinta parte de las vecinas Franconia y Suabia. Augsburgo experimentó un patrón muy similar cuando su población cayó de los 45 000 habitantes en 1618 a 16 400 en 1635 tras la ocupación sueca y el asedio de los imperiales. Más tarde, se recuperó hasta los 20 000, al final de la guerra, gracias en parte a la inmigración. La emigración ayudó a duplicar la población de Nancy, la única localidad de Lorena que experimentó crecimiento, así como contribuyó a la ganancia neta de Hamburgo durante la guerra. [25]

La emigración implica más cambios que los meramente numéricos. La población judía del Imperio quedó más fracturada, a medida que se

dispersaba a nuevas áreas, y sus miembros iban adquiriendo nuevas formas de actividad económica. [26] No todas las llegadas fueron bienvenidas. Los emigrantes carecían, a menudo, de una relación previa con su nueva comunidad. Eran, en general, más pobres que los que habían muerto o permanecido salvo por casos excepcionales como los de la élite católica que se refugió en Colonia a partir de 1631. Muchos emigrantes no querían quedarse, se limitaban a esperar hasta que fuese seguro regresar a casa. Otros llegaban con las fuerzas de ocupación, lo que aumentaba la sensación de que los percibían como población extranjera y su número podía llegar a ser considerable en localidades de importancia estratégica: en enero de 1647, Überlingen solo contaba con 650 ciudadanos contribuyentes, comparados con los 652 campesinos refugiados, las 592 mujeres «extranjeras» con 909 niños y una guarnición de 239 soldados con 61 esposas y 72 niños. [27]

La huida podía incrementar la mortalidad debido a las condiciones de hacinamiento y escasa higiene, que provocaban enfermedades en lugares que parecían estar a salvo. Los emigrantes solían llegar desnutridos y agotados después de su viaje. Al menos, 104 refugiados murieron en las calles de la apestada Landsberg durante la invasión sueca de Baviera en la década de 1630 y los refugiados supusieron una tercera parte de las muertes de Kirchberg, localidad de Hohenlohe, tras la batalla de Nördlingen. [28] La mayoría de las ciudades eran pequeñas y sus fortificaciones deficientes. El exceso de población creó pronto serios problemas de escasez de alimentos, mientras que las preocupaciones estratégicas hicieron que las localidades se convirtiesen, a menudo, en objetivos militares. La década posterior a 1625 fue testigo de la huida de población desde las áreas urbanas al campo, ya que podía ofrecer más seguridad y alimento. La migración de la población urbana parece haberse reducido después, cuando la guerra móvil hizo que el campo fuese cada vez menos seguro. Las comunidades rurales se vieron, en particular, afectadas porque eran más pequeñas y perdían con rapidez su viabilidad si se marchaba demasiada gente. Esto ayuda a explicar la despoblación rural, que se hizo más pronunciada en la década de 1640, cuando la población abandonó granjas y aldeas para congregarse en villas y poblaciones más grandes. En cualquier caso, la ubicación resultó ser, a menudo, decisiva, ya que muchas comunidades pequeñas y aisladas tenían la posibilidad de escapar de la peste y de la depredación militar.

El patrón de la mortandad de civiles confirma en términos generales el de las bajas militares e indica que fue la enfermedad la principal causante de las

muertes. La primera gran epidemia de peste tuvo lugar en 1622-1623, seguida de brotes más serios en 1625 y 1634, con una duración que oscilaba entre uno y dos años según la región. Una cuarta epidemia, menos mortífera, en términos generales, apareció entre 1646 y 1650. La peste bubónica fue responsable de la mayoría de las muertes acaecidas en la década de 1630. Otro gran causante de mortandad fue el tifus (*Flecken-fieber*), una infección transmitida por los piojos de la ropa. Durante el siglo XVI, la peste asoló, como norma general, a las comunidades cada diez o veinte años. La frecuencia y la magnitud de los brotes posteriores a 1618 sugieren una pandemia, en la que la infección remitía pero nunca desaparecía del todo debido a la movilidad creciente y a la malnutrición. [29]

Las áreas afectadas en el primer brote sufrieron menos muertes en el segundo, aunque el impacto continuó siendo alto en proporción, dado el declive de la población. Por ejemplo, Naumburgo registró 1642 muertes por peste en 1625, ocho veces la media de mortandad anual de preguerra. Otras 779 personas murieron al año siguiente, pero los picos en el segundo brote llegaron solo a las 702 muertes (1633) y 741 (1636). La pequeña población de Kroppenstadt, al este de Halberstadt, registra de igual modo picos de 695 (1626) y 226 (1636), en contraste con la media de preguerra de cincuenta muertes anuales. Resulta evidente que la peste fue el mayor factor único en la mortandad general: el 44 % de las muertes en la parroquia de Elspe entre 1622 y 1649 se produjeron en el año en que fue asolada por la peste (1636-1637). [30] Era tan significativo, porque a menudo la infección resultaba fatal. Alrededor de un 80 % de los hombres y un 70 % de las mujeres ingresados en el hospital de apestados de Viena nunca se recuperaron. Los niños sufrieron de modo desproporcionado y constituyeron una tercera parte de las víctimas en Magdeburgo y Halberstadt en 1625. [31] La peste dejó también a las comunidades vulnerables a otras enfermedades, en especial, si las operaciones militares interferían también en el abastecimiento de comida. La mortalidad continuó siendo alta en Naumburgo tras el brote de 1633-1636, debido a las operaciones de Banér en sus inmediaciones. La localidad registró 411 muertes en 1639, sobre todo a causa de la malnutrición, a las que le siguieron otras 1109 entre 1641 y 1643 debidas, en gran medida, a la disentería.

Aunque sin duda altas, estas cifras deben ponerse en el contexto de su tiempo, donde las altas tasas de mortalidad eran la norma. Augsburgo registró 38 000 víctimas de la peste en ocho años en la primera mitad del siglo XVI,

seguidas de 20 000 en siete años entre 1550 y 1600, comparadas con las 34 000 fallecidas durante los nueve años de epidemias del periodo comprendido entre 1600 y 1650. Londres perdió una quinta parte de su población en cada uno de sus brotes en 1595, 1603 y 1625, y solo tuvo once años sin altas tasas de mortalidad entre 1625 y 1646. Es, por tanto, muy probable que mucha de la gente que murió en el Imperio entre 1618 y 1648 hubiese fallecido igual incluso en ausencia de conflicto bélico. Por ejemplo, la epidemia que asoló a Augsburgo en 1622 no la propagaron los soldados sino el comercio con Ámsterdam. El impacto inicial se vio magnificado por condiciones económicas y climáticas adversas. El año 1619 fue el primero de una serie de veranos fríos y húmedos que contribuyeron a una sucesión de malas cosechas hasta 1628. La epidemia de 1622-1623 coincidió con la hiperinflación, que erosionó el poder adquisitivo y dejó a muchos desnutridos.

Sin embargo, es obvio que los movimientos de tropas empeoraron las circunstancias. La campaña bohemia de 1620 fue ya testigo de una alta mortalidad a causa del tifus, que después transportó el ejército de Mansfeld en su huída hacia el oeste hasta el Bajo Palatinado. La llegada del ejército en el otoño de 1621 provocó el pánico y 20 000 civiles huyeron a Alsacia, lo que contribuyó a las 4000 muertes que se produjeron en la superpoblada Estrasburgo. Los hombres de Mansfeld continuaron propagando el tifus en su marcha hacia el norte a las Provincias Unidas y más adelante a Frisia occidental, con lo que, al fin, él mismo sucumbió a la enfermedad en 1626. La peste mató también a otros líderes políticos y militares prominentes, como el elector Federico V, Bernardo de Weimar, el gobernador Feria y el general Holk.

La primera epidemia estalló de nuevo en Alsacia durante 1624-1625 y se propagó a Francia vía Metz, probablemente a través de los refugiados, donde su impacto fue también magnificado por la malnutrición. La mala cosecha de 1627 llevó a la primera escasez seria de alimentos en Francia desde la década de 1590 y el impacto se agravó con otra mala cosecha en 1629. La guerra marcaba claramente la diferencia. París y el norte escaparon en gran medida a la epidemia que se propagó hacia el sur con los movimientos de tropas durante la última revuelta hugonote. En total, la epidemia de peste produjo la muerte de entre uno y medio y dos millones de personas en una población francesa de entre diecisiete y veinte millones. [32]

La segunda epidemia más letal siguió la estela de Wallenstein en su marcha hacia el norte y en la dispersión de operaciones en todo el norte de

Alemania durante 1625 y 1626. La reducción relativa de muertes por peste en 1630-1631, a pesar de la reanudación de los movimientos de tropas, se debe casi seguro a la mejora de las condiciones climatológicas y a las cosechas de esos años. Por el contrario, el norte de Italia sufrió su peor brote que, de nuevo, se agravó debido a por las operaciones que se llevaron a cabo en Mantua y Casale. La población del ducado de Milán se redujo en una tercera parte hasta las 800 000 personas, mientras que la de Mantua cayó a la mitad. Como en Alemania, el impacto de estas pérdidas se magnificó debido a la relativa ausencia de enfrentamientos serios en Italia durante un siglo.

El sur de Alemania fue infectado, de nuevo, por las tropas imperiales y españolas que marcharon hacia el norte a través de los Alpes en 1631. La epidemia se propagó hacia el este con la invasión sueca de Baviera de 1632-1633 y llegó, al final, a Salzburgo en diciembre de 1635, transmitida probablemente por los refugiados. También se extendió hacia el oeste hasta el Rin a raíz del colapso sueco posterior a Nördlingen. La mortalidad en esa población fue ya dos veces y media o tres superior a su media de preguerra en 1629-1633 y se disparó a más de siete veces en el año del asedio y la batalla, al llegar la peste con los refuerzos españoles. Su reaparición en Augsburgo coincidió también con el bloqueo de dicha ciudad durante el invierno de 1634-1635. El cuarto brote en Augsburgo siguió al sitio franco-sueco de septiembre de 1646. Detrás de estas estadísticas, subyacen innumerables tragedias personales. Solo uno de los diez hijos del zapatero Hans Heberle le sobrevivió. Dos de ellos murieron, junto con los padres del propio Hans y cuatro hermanos, durante la epidemia de 1634-1635. [33]

La recuperación demográfica de la posguerra se debió a una creciente tasa de natalidad y a la caída de la mortalidad. La población de Wurtemberg crecía alrededor del 0,5 % anual antes de la guerra, pero la tasa se disparó hasta el 1,8 % en las dos décadas posteriores a 1648. Los viajeros informaban de que Alemania era una tierra de niños: casi la mitad de los habitantes de Wurtemberg tenían menos de quince años en la década de 1660. [34] Por desgracia, muchos de ellos acabaron reclutados en las prolongadas guerras que tuvieron lugar a partir de 1672, que en algunas áreas ralentizaron y en otras revirtieron esta recuperación. La mayor parte de las fuentes concuerdan en que los niveles de población de 1618 no se alcanzaron, en términos totales, hasta 1710-1720. De nuevo, hubo variaciones. El ducado de Berg experimentó un declive de un 20 % en su población total entre 1618 y 1648, pero se había recuperado para la década de 1680, mientras que la vecina

Jülich no recuperó su pérdida del 28 % hasta 1720. El declive económico retrasó la recuperación en algunas áreas. Stralsund no recuperó su población de 1627 hasta 1816, mientras que la tasa de natalidad de preguerra de Núremberg no volvió a alcanzarse hasta 1850. [35]

EL IMPACTO ECONÓMICO

La hiperinflación «Kipper-und Wipperzeit» *

El estudio más reciente de la historia económica alemana sugiere que el Imperio no estaba floreciendo ni tampoco en decadencia en la víspera de la guerra. Algunos sectores despegaban y otros se contraían. El anterior crecimiento de la población se había estabilizado y el uso de la tierra se había intensificado, pero una parte importante de la población estaba mal remunerada. Los negocios fallidos, el incremento de precios y el creciente número de mendigos contribuyeron a la percepción generalizada de un empeoramiento de los tiempos. La mayoría de la gente sentía que la vida había sido mejor en los días de sus padres. En 1618, menos del 7 % de los hogares en Augsburgo fueron registrados como relativamente ricos en los libros de impuestos de la ciudad, comparado con el 48 % de los listados como muy pobres. [36]

La sensación de penuria creciente se magnificó, en gran medida, a partir de 1621 a causa de lo que a nivel popular se ha considerado en el mundo occidental como la primera crisis financiera. [37] Este periodo de hiperinflación se denominó la era *Kipper-und Wipper* , cuyo nombre derivaba, con mucha seguridad, de las palabras que se utilizaban para el rascado de monedas y la oscilación de las escalas del cambista de dinero. El episodio demuestra las fortalezas y las debilidades del Imperio durante su extensa crisis política, además de indicar las dificultades que se encontraban los gobiernos a la hora de financiar la guerra. Trajo una miseria generalizada e hizo más difícil que la gente pudiese hacer frente a la reanudación e intensificación del conflicto, a partir de 1625.

La imprudente manipulación del sistema monetario imperial, que descansaba en una combinación de unidades de cuenta nominales y monedas reales empleadas en las transacciones diarias, produjo la inflación. La primera era el tálero de plata, empleado sobre todo en el norte, y el florín de oro o de plata, empleado en el sur. Estas se acuñaban, de hecho, como monedas

corrientes, pero la mayoría de la gente empleaba el cambio menor (*Schneidemünzen*) que incluía una cantidad creciente de monedas de cobre. Los derechos de acuñación de moneda eran una prerrogativa imperial que hacía tiempo que se había entregado a los príncipes y a las ciudades imperiales, que acuñaban su propia moneda. La regulación se contemplaba en la Ordenanza Imperial de la Moneda de 1559, que relacionaba las monedas entre sí de acuerdo con su contenido en metal precioso mediante el empleo de la medida de plata de Colonia (unos 233 kilos). Los ajustes en los tipos de cambio se negociaban en las convenciones regionales de moneda, encargadas de hacer cumplir las normas de 1559, que debían respetarse bajo pena de muerte.

El cumplimiento se vio dificultado a medida que más territorios establecieron sus cecas. Solo el número que operaba en Baja Sajonia se elevó de seis en 1566 a treinta en 1617. La fragmentación territorial añadió, sin duda, complejidad, pero la culpa de lo que siguió no se puede atribuir del todo a la constitución imperial. La ordenanza de 1559 reflejaba el más temprano ideal contemporáneo de un orden estático. Dejaba poco margen para las fluctuaciones en el suministro de cobre y metales preciosos, o para los cambios en la demanda debido al crecimiento económico y demográfico. Las interrupciones en el suministro del bullón del Nuevo Mundo se compensaron con el creciente uso del cobre en España y en la República Neerlandesa, alimentada por las importaciones japonesas y, sobre todo, el enorme incremento de la producción sueca. La dificultad a la hora de distinguir entre el metal como un producto y como un medio de intercambio empeoró el problema. El coste de la plata se elevó sobre el valor nominal de las monedas acuñadas con dicho metal, lo que alentó a los operadores de las cecas a devaluar su producción añadiendo más cobre a la mezcla.

Esta devaluación había sido bastante rara hasta que los gobiernos encontraron problemas para sufragar la guerra a partir de 1618. El pobre desarrollo de las facilidades de crédito endureció la concesión de préstamos y la devaluación aparecía como una solución engañosamente simple, en especial en una época en la que los riesgos inflacionarios eran poco conocidos. Los rebeldes bohemios recurrieron a ella ya en 1619, al igual que otra serie de territorios, algunos por la mera búsqueda de beneficios fáciles. Los Habsburgo continuaron con la práctica después de recuperar el control de la ceca bohemia y de las minas de plata en 1620. Sin embargo, la devaluación no se dejó sentir con efectos plenos hasta enero de 1622, cuando el

emperador Fernando II confió la ceca a un consorcio privado compuesto, en buena parte, por sus propios funcionarios, incluido el gobernador de Bohemia, Carlos de Liechtenstein. Mientras que un marco de plata había producido diecinueve florines de dinero de bolsillo en 1618, el consorcio lo diluyó con la acuñación de monedas que tenían un valor nominal total de 79 florines y, más tarde, de incluso 110 florines, enviando a la calle un valor nominal de 29,6 millones de florines en moneda mala a cambio del pago de seis millones al tesoro Habsburgo. El beneficio de los operadores se ha llegado a estimar incluso en nueve millones, aunque es más probable que no pasase de 1,3 millones. El rendimiento real llegó al emplear la moneda devaluada para comprar las propiedades rebeldes confiscadas que el emperador puso a la venta en septiembre de 1622. Al emplear la moneda mala en buenos negocios, esta pronto se expandió. El reembolso de la deuda municipal de la ciudad imperial de Überlingen se disparó de una medida anual de preguerra de 1900 florines a 8000 después de que el astuto tesorero pagara a sus acreedores en moneda devaluada. [38]

La magnitud de las actividades del consorcio de la ceca ha atraído una atención considerable, pero lo cierto es que jugó un papel bastante pequeño en la crisis general. El peor periodo de inflación comenzó en marzo de 1621 y ya se estaba disipando cuando se puso en marcha la operación de Praga. La presencia en el consorcio de Jacob Bassevi, líder de la comunidad judía de Praga, alimentó la virulencia de la crítica antisemita protestante sobre la devaluación, pese a que algunos de los peores infractores se hallaban en la Alemania septentrional luterana, y en algunas partes de Franconia, Alsacia y la calvinista Hesse-Kassel. Surgieron «cecas clandestinas» ilegales (*Heckenmünzen*) en poblaciones menores de provincias, en algunas ocasiones con el apoyo encubierto de los gobernantes vecinos que tenían la esperanza de obtener algún beneficio a expensas de otros.

Las consecuencias no tardaron en hacerse notar. El ayuntamiento de Leipzig llevó a la ruina las finanzas municipales al especular en el mercado del cobre. Las monedas buenas desaparecieron de la circulación y los impuestos se pagaron con monedas devaluadas. El valor real de los ingresos municipales cayó casi un 30 % en Naumburgo. [39] Los precios se dispararon y los comerciantes pidieron sacos de monedas malas a cambio de productos básicos: el coste de una hogaza de pan se disparó un 700 % en Franconia entre 1619 y 1622. Aquellos que dependían de ingresos fijos se vieron afectados, como el estudiante de teología Martin Bötzinger, cuya beca anual

de treinta florines quedó reducida al valor de solo tres pares de botas. [40] A partir de 1621, se produjeron graves disturbios, como el de Magdeburgo, que dejó 16 muertos y 200 heridos.

La respuesta sajona es típica de las medidas tomadas por los territorios de mayor tamaño. El elector estuvo de acuerdo en establecer una comisión conjunta con sus dietas, en marzo de 1622, para cerrar las cecas ilegales y recoger las monedas para que pudiesen devolverse al mercado con todo su contenido de plata. [41] Tales medidas se implantaron a nivel regional a través de la estructura de los Círculos en Baja Sajonia, Baviera y Franconia, mientras que el resto de los territorios vecinos también colaboró. Fernando II se negó a renovar el contrato del consorcio cuando este expiró, en enero de 1623, y ordenó que su moneda se devaluara en un 87 % ese mismo mes de diciembre.

En apariencia, el Imperio llevó a cabo una recuperación notable cuando se volvió a restaurar la confianza, a finales de 1623. Las cecas ilegales se cerraron y el Círculo reanudó sus reuniones concernientes a la regulación de la moneda. Los ingresos también se recuperaron en áreas no afectadas por las operaciones militares. Este éxito relativo demuestra la resistencia de la constitución imperial, además de la continuada capacidad de los protestantes y los católicos para utilizar las instituciones formales y resolver sus problemas comunes. La regulación oficial de la moneda solo encontró serias dificultades con la interferencia causada por la invasión sueca, pero el marco constitucional continuó siendo el medio preferido para abordar el resurgimiento de la devaluación, en la década de 1630, alimentada por la espiral de gasto militar. [42]

Problemas aún más graves acechaban a la vuelta del regreso formal a la confianza. La inflación *Kipper und Wipper* combinada con las malas cosechas de 1621y 1622 liquidaron la mayoría de las ganancias de las dos décadas anteriores, que habían sido bastante estables en el campo. Las clases antes adineradas de la sociedad rural vendieron activos y exportaron el resto de excedentes agrarios para cubrir sus pérdidas. Aunque solo de modo temporal, la inflación frustró la respuesta acostumbrada a las crisis de subsistencia: los prestamistas se negaron a conceder nuevos préstamos a menos que se devolviesen en moneda buena, que se hizo escasa y difícil de conseguir. Los gobiernos territoriales se vieron forzados a extender crédito a sus propios súbditos, por ejemplo al permitir que los impuestos entrasen en mora. La continuación de la guerra no dejó margen para respirar y dejó a

muchos vulnerables precisamente cuando comenzaron a incrementarse las exacciones militares, a partir de 1625. [43]

Comercio e industria

Parece que hay poca evidencia para apoyar el lamento del siglo XIX sobre que el fracaso del Plan Báltico de Wallenstein y la pérdida de Pomerania a favor de Suecia privaron a Alemania de la oportunidad de convertirse en una potencia colonial hasta la década de 1880. [44] Bremen y Hamburgo, los dos puertos más grandes, se vieron libres de ocupación extranjera y mantuvieron su acceso al mar del Norte. También había otros puertos disponibles, a pesar de la presencia de extranjeros, como Emden, que se convirtió en la base de la pretensión de Brandeburgo de entrar en el comercio de esclavos a partir de 1680. Lübeck y Rostock eran todavía puertos libres al comercio en el Báltico. Los alemanes formaban la mayoría del personal que servía en la Compañía Neerlandesa de las Indias Orientales y formaban una parte significativa de la presencia de Portugal en la India. [45] La razón real de la participación tardía de los alemanes en las aventuras coloniales, en particular a nivel estatal, fue la falta de incentivos. Los centroeuropeos se habían beneficiado desde hacía tiempo de un patrón de comercio que solo se reorientó, de un modo gradual, hacia el oeste y el Atlántico. Al no haber tenido acceso a este patrón anterior por su localización en la periferia de Europa occidental, los portugueses y los españoles se lanzaron al océano a buscar lo que en aquel tiempo parecía una alternativa muy arriesgada y poco beneficiosa.

La guerra provocó un impacto más directo en otras áreas del comercio, pero al igual que sucediese con los efectos en la población, hubo considerables variaciones en las distintas experiencias. A los núcleos urbanos les fue mejor, en general, que al campo, aunque, como ilustra el ejemplo de Praga, su concentración de riqueza las hizo, a menudo, objetivos militares tentadores. Unas pocas fueron destruidas por completo, como los dos arrabales de Magdeburgo, que fueron arrasados durante el sitio de 1630-1631. Otras fueron objeto de graves daños a causa de los continuos ataques. Estas incluían a la propia Magdeburgo, así como a Bamberg, Chemnitz, Pirna y Marburgo. La mayor parte de las restantes sufrieron, al menos, algún tipo de daño pero esto no siempre inhibió su crecimiento, como indican los ascensos de población de Viena, Nancy y Fráncfort del Meno. En gran parte dependía de las circunstancias de cada una, sobre todo de la ubicación y de si

la población poseía pedanías. El territorio de los alrededores de Hamburgo sufrió mucho en contraste con la ciudad en sí misma, donde el número de habitantes creció en un cincuenta por ciento. Los daños en los alrededores de Magdeburgo fueron incluso mayores porque la ciudad se vio sometida a repetidos sitios y bloqueos. Alrededor de la mitad de las casas de sus inmediaciones fueron destruidas, en comparación con entre el 15 y el 35 % que se dio en el resto del arzobispado. De igual forma, al llegar la década de 1640, una cuarta parte de las cien pedanías de Rothenburg se habían abandonado. Las poblaciones que cerraron sus puertas a los soldados desplazaron los gravámenes al medio rural. Los incursores devastaron, a menudo, el área de los alrededores para intimidar a las poblaciones, o para presionar a los gobernantes de los territorios. [46]

Menos visibles, en un primer momento, pero igual de fundamentales fueron los intercambios entre los habitantes en los centros de comercio. Los ayuntamientos favorecieron a ciudadanos (con facultad de elegirlos) sobre los súbditos rurales e inmigrantes, que estaban privados de derechos. A los comercios que servían bienes esenciales les fue mejor, en términos generales. El número de panaderos y cerveceros, por ejemplo, experimentó unas disminución menor que el de músicos, constructores, trabajadores textiles y aquellos que trabajaban en la industria de servicios. También les fue mejor a los obreros metalúrgicos gracias a que contaban con la industria de armamentos. A título individual se ganaba dinero, pero hubo bastantes pocos beneficiados por la guerra. La mayor parte de los productores trató de tener buenas relaciones con todos los contendientes, no solo por el beneficio sino con el propósito de evitar represalias. Los manufactureros de Aquisgrán, un centro de producción de armas, tuvieron grandes beneficios hasta la década de 1630, cuando los ejércitos rivales comenzaron a llevarse armas sin efectuar los pagos. Los suecos no abonaron grandes lotes de armas procedentes de Suhl en Turingia. [47] Este comportamiento afectó también a otros sectores. La fábrica de cerveza municipal de Naumburgo cerró en 1639, porque los soldados habían dejado de pagar: un serio golpe en una localidad célebre por su cerveza. Sin embargo, la pequeña escala y el carácter descentralizado de la industria del siglo XVII permitieron una recuperación bastante veloz, debido a que continuó habiendo mercado para los productos. Los imperiales destruyeron la mayor parte de la planta de la fábrica de armamento de Suhl en octubre de 1634, sin embargo la producción se reanudó enseguida, una vez los trabajadores regresaron.

El miedo y la incertidumbre contribuyeron a la merma del comercio, en especial a medida que los desplazamientos se fueron haciendo cada vez más inseguros. A menudo, esto no hizo más que acentuar las tendencias ya existentes. Con frecuencia, los centros especializados se beneficiaban del declive de sus inferiores competidores regionales. Por ejemplo, Leipzig se beneficiaba a costa de Naumburgo. Los principales centros financieros como Hamburgo y Fráncfort también continuaron siendo prósperos. La ocupación no fue siempre desastrosa. Wesel sufrió cuando la tomaron los españoles en 1614, pero se recuperó muy rápido, a partir de 1629, una vez que fue guarnicionada por los neerlandeses, con los que había mantenido relaciones comerciales previamente.

La lucha interrumpió la cooperación económica entre los territorios en el seno del Imperio. Los planes dirigidos a mejorar la navegación fluvial se abandonaron y la falta de mantenimiento de los diques provocó inundaciones en el Bajo Rin. Planes ambiciosos como el canal de Wallenstein para comunicar el Báltico y el mar del Norte no llegaron a nada. El temor a que los soldados se limitasen a robar las cosas llevó a una indiferencia por los recursos vitales. Se violaron las leyes forestales en Wurtemberg, a partir de 1634, cuando las comunas vendieron robles protegidos para obtener dinero en metálico y devastaron los bosques, en especial, durante los duros inviernos. Sin embargo, el impacto humano de estas acciones continuó siendo limitado comparado con el del siglo XX y los sistemas ecológicos se recuperaron con mucha rapidez en la posguerra. [48]

Aunque el impacto negativo de la contienda fue sobrecogedor, esto no impidió el desarrollo económico por completo. El arzobispo de Salzburgo inició un gran proyecto de drenaje en 1625 y lo amplió en 1632 durante el punto culminante de la crisis en el sur de Alemania, poniendo la primera piedra de un arrabal que había de ser construido en la tierra ganada. El proyecto se completó en 1644 y empleó a ingenieros neerlandeses y, por tanto, protestantes casi con total seguridad. Del mismo modo, la abadía de Ottobeuren desarrolló el telar textil, a partir de 1625, y formó a nuevos aprendices, pese a que sus títulos no se pudieron convalidar hasta finalizada la guerra. [49]

Agricultura

El carácter físico y la ubicación de la actividad influyeron en el

comportamiento del mundo rural durante la guerra. El ganado era, en especial, vulnerable porque los soldados podían reunirlo y llevárselo. Un inventario en la abadía de Ottobeuren listó solo 133 caballos y 181 cabezas de ganado en 1636, comparado con los 2094 y 6607 existentes respectivamente dieciséis años antes. La pérdida de los animales de tiro fue, en particular, seria, porque afectó a la producción de alimentos. Los campesinos de los alrededores de Bamberg no tuvieron más remedio que tirar de sus propios arados después de que los suecos les robasen sus caballos y bueyes en 1633. [50]

El impacto general fue un reflejo del de las áreas urbanas y de los patrones habituales de asentamiento. En términos generales, les fue mejor a las granjas más grandes, porque ya disponían de mayores recursos y de tierra más fértil. Tras las depredaciones suecas en Baviera, en la década de 1630, un distrito registró un 58 % de cabañas incendiadas o abandonadas, un 69 % de granjas medianas, y solo un 37 % de granjas grandes. [51] Sin embargo, las investigaciones recientes han refutado la antigua creencia de que la guerra promocionó la consolidación de granjas en grandes fincas señoriales al este del río Elba. La economía de los señoríos se había desarrollado ya en esta área en el siglo XVI, aunque en ningún modo fue omnipresente. Algunos terratenientes expandieron sus dominios al incorporar tierras abandonadas. Sin embargo, no hubo negocios a gran escala a expensas del campesinado. La despoblación incrementó el valor del trabajo para los supervivientes. Los campesinos tuvieron, a menudo, capacidad para negociar mejores condiciones con los propietarios, tales como arrendamientos hereditarios, que más que aliados naturales de los príncipes se hallaban atrapados entre un estado territorial cada vez más autoritario y unas condiciones económicas adversas. Algunos propietarios impusieron mayores obligaciones a sus campesinos para desempeñar su labor, de forma notable en Bohemia, pero esto distó de ser algo generalizado y no justifica la antigua etiqueta de «segunda servidumbre». [52]

Los precios de las tierras cayeron debido a la destrucción de activos, como graneros y viñedos, y a la despoblación del medio rural. Alrededor de una tercera parte de la tierra cultivada en el Imperio había sido abandonada en 1648 y en algunas áreas la proporción era de casi la mitad. Incluso las zonas que aún eran trabajadas tuvieron que ser, con frecuencia, vendidas por sus agobiados propietarios. Überlingen vendió su principal terreno agrario en 1649 para conseguir su cuota del dinero de satisfacción de Suecia. El

mercado se masificó muy rápido. Una granja en Franconia que costaba 500 florines en 1614 podía ser comprada por 37 florines en 1648. La escasez de capital dificultaba las compraventas incluso a aquellos que deseaban comprar. En este caso, el comprador carecía hasta de los 37 florines y consiguió el dinero llegando a un acuerdo con un socio al que le compró su parte cinco años más tarde. [53]

La contracción del crédito

El creciente endeudamiento era ya común antes de la guerra y es un área en la que la interpretación del «Declive Temprano» del impacto económico de la guerra descansa en fundamentos más sólidos. La deuda del obispado de Bamberg ascendió a un total aproximado de 800 000 florines, entre 1554 y finales del siglo XVII, a pesar de pagar 470 000 florines, debido a que el obispo contrajo nuevas cargas durante ese periodo. La lucha durante la Revuelta de los Príncipes de 1552 quintuplicó la deuda de Núremberg hasta los 4,3 millones de florines, de los que solo se habían reembolsado 300 000 en 1618. La inflación *Kipper und Wipperzeit* causó serios problemas y elevó los pasivos de Bamberg hasta los 1,2 millones de florines, y los de Núremberg a 5,7 millones. Frente a estos incrementos, los causados por el resto de la guerra se antojan bastante modestos. La deuda de Núremberg se elevó a 6 millones, pero Bamberg había reducido sus pasivos a 831 802 florines en 1653. Como sucede con todas las estadísticas de la guerra, estas cifras necesitan una interpretación más detallada.

Las deudas eran, en potencia, más altas porque la mayoría de los territorios y comunidades suspendieron el pago de los intereses. La deuda de Überlingen se incrementó más del doble, hasta los 280 000 florines, pero era casi tres veces y medio el nivel de preguerra si se incluían también los 163 533 florines de intereses de demora. [54]

El crecimiento del endeudamiento no solo se debió al coste de la guerra. El conde Eitel Federico de Hohenzollern-Hechingen acumuló alrededor de 610 000 florines de deuda en veinte años de mala gestión y ausencia de sus territorios como general imperial. Otros gobernantes continuaron gastando a espuertas, a pesar de las penurias generalizadas entre sus súbditos. El, en apariencia, ahorrador Federico Guillermo de Brandeburgo compró tapices, joyas y cubiertos de plata por valor de 29 200 táleros en el momento más crítico de la ocupación sueca de su electorado entre 1641 y 1645. Si a esto se

le añade el deficiente historial de gestión financiera de preguerra, todo sugiere que muchos territorios habrían entrado en dificultadas incluso si no hubiera habido una guerra. Sin duda, el conflicto hizo que las cosas empeorasen, con las cargas militares y la disminución de las bases imponibles. Los ingresos del pequeño territorio suabo del conde Eitel Federico decrecieron de unos respetables 30 000 o 40 000 florines anuales en 1623, a solo 4000 florines dos décadas más tarde. El valor de los activos sometidos a tributación en el Bajo Palatinado se desmoronó de los 18,8 millones a los 3,8 millones de florines, mientras que el ingreso anual cayó de los 441 508 florines a 76 977 entre 1618 y 1648. Aunque se trataba de un caso extremo, el número de contribuyentes cayó más rápido que el total de la población casi en todos los sitios, reflejo de un empobrecimiento generalizado. [55]

Las instituciones imperiales desempeñaron un importante papel en la mitigación de estos problemas, a partir de 1648. Gobernantes, dietas y comunidades pidieron préstamos a individuos, fundaciones religiosas y (con menor frecuencia) a ricos banqueros. También se obtenía dinero con la venta de bonos. La deuda alemana, como la de Nápoles, se extendió por una sección transversal bastante amplia de la sociedad, incluidos muchos cuyos ingresos dependían del pago regular de los intereses. Por ejemplo, los refugiados protestantes que huían de las tierras de los Habsburgo, en la década de 1620, tuvieron que vender sus propiedades antes de irse, e invirtieron los ingresos obtenidos en bonos emitidos por las ciudades de Ratisbona, Ulm y Núremberg. En 1633, solo Ratisbona continuaba pagando los intereses. Debido al riesgo que suponían los morosos de deuda, la ley imperial había favorecido tradicionalmente a los acreedores frente a los deudores. Sin embargo, la guerra dificultó la devolución de las cuotas y los deudores se enfrentaban a la ruina si los acreedores embargaban sus activos. Las dietas de Pomerania ya habían tomado medidas para proteger a los deudores en 1628, seguidas por otros muchos territorios. La deuda aún se consideraba como algo que había que evitar. Los Gobiernos se negaban a permitir que los deudores condonasen sus deudas. Hicieron algunas concesiones con moratorias a corto plazo, pero rechazaron los argumentos de que la excepcionalidad de las circunstancias de la guerra se anteponía a las obligaciones de devolución de los préstamos.

Los niveles de deuda se dispararon, a medida que la mora de intereses agravó los pasivos de deuda originales. Los gobiernos territoriales más

pequeños temieron que las cortes de justicia pudiesen confiscar sus posesiones como único medio de saldar lo que debían. La ciudad imperial de Esslingen trasladó el asunto al Reichstag de 1640-1641, que fue incapaz de resolverlo debido a la existencia de otros problemas acuciantes. No obstante, el emperador Fernando III dio instrucciones al Reichshofrat para que prestase más atención a los intereses de los deudores en los casos presentados por los acreedores. Sin embargo, el Reichskammergericht continuó dictando mandatos contra los deudores, con el argumento de que los intereses de los prestamistas debían protegerse para evitar un colapso en la confianza financiera. El asunto lo retomó de nuevo la Diputación Imperial en Fráncfurt, a partir de 1643 y, a continuación, el Congreso de Westfalia, donde se pospuso junto con el resto de reformas judiciales hasta el siguiente Reichstag. El artículo IV del IPO anulaba, de manera somera, las deudas resultantes de la extorsión militar y obligaba a los acreedores a probar la legalidad de sus pretensiones en el plazo de dos años por la vía judicial.

El asunto suscitó un intenso debate en todo el Imperio. Ambas cortes supremas imperiales emitieron opiniones detalladas al Reichstag cuando este fue convocado en 1653, mientras que los exiliados bohemios y austriacos presentaron peticiones, pues temían que además de perder sus propiedades, pudiesen perder sus bonos. El Reichstag emitió un fallo histórico en su Decreto final de 1654. Fue de una considerable importancia general ya que señalaba la superioridad colectiva del Imperio sobre la autonomía territorial: los pasajes relevantes del Decreto se aprobaron a pesar de las objeciones de Brandeburgo y Baviera de que una norma general infringiese sus jurisdicciones como estados garantizadas por el IPO. La norma confirmaba la ilegalidad de las exacciones militares, dictó una moratoria de tres años en las devoluciones de capital en las deudas vivas y permitió a los deudores fijar su propio nivel de pagos durante los siete años siguientes. Además, condonó una cuarta parte de los intereses devengados y no satisfechos hasta 1654, y retrasó el pago del resto hasta después de 1664. El Palatinado recibió una exención especial de todos los pagos de intereses durante una década y se le permitió pagar solo el 2,5 % (la mitad de la tasa oficial) durante los diez años siguientes.

Al igual que con la norma del año de referencia, la puesta en práctica real varió de un modo considerable. Muchos territorios expandieron la moratoria de devolución del capital en su propio beneficio. Sajonia condonó casi 600 000 táleros, fundamentada en que habían sido contratados en moneda

devaluada, además de rechazar de forma unilateral diez millones de táleros de intereses de demora en 1656, condonando el resto cinco años más tarde. Brandeburgo, Bamberg, el Palatinado y otros dejaron de reconocer alrededor de una quinta parte de sus deudas, mientras que Wurtemberg acordó una quita de los intereses retrasados de sus comunas y de los de los individuos a título personal. A las dietas del ducado les habían condonado ya la mitad de su propia deuda de cuatro millones de florines. Los acreedores privados se pudieron sentir, por lo general, afortunados de recibir una tercera parte de su capital original.

Sin embargo, el Reichstag mantuvo la integridad plena del mercado de capitales al cuidarse mucho de utilizar la guerra para justificar una condonación completa. Fue un acuerdo conservador que confirmó la actitud predominante hacia las deudas. Las antiguas obligaciones continuaron vigentes y podían transmitirse entre generaciones a través de la herencia. Dificultades posteriores como las guerras de mediados del siglo XVIII retrasaron aún más los pagos. Las deudas persistieron mucho más allá del Imperio, puesto que los estados sucesores quedaron obligados a asumir las cargas de sus antecesores. La población westfaliana de Werl terminó de pagar su deuda de la Guerra de los Treinta Años en 1897. El tipo de interés máximo, fijado en el 5 % en 1654, continuó siendo la norma en buena parte de Alemania hasta 1867. El éxito de la resolución se vio favorecido por el pragmatismo local. Los gobernantes y los terratenientes trataron, por lo general, de evitar ejecuciones hipotecarias, debido a que los desahucios afectaban a la producción y a la renta. Las deudas de guerra de los arrendatarios se renegociaron en la década de 1670 para aliviar la presión sobre ellos y facilitar el resurgimiento de la producción agraria. [56]

Nivel de recuperación

Los ingresos territoriales se elevaron con relativa rapidez justo después de la guerra. Mientras que el obispado de Hildesheim ingresó solo 7670 táleros entre 1643 y 1645, el ingreso anual alcanzó el triple de esa cifra en el año fiscal 1651-1652. [57] Buena parte de ello se debió a los beneficios que trajo la paz tras la desmovilización. El dinero desviado antes, en concepto de contribuciones para las guarniciones de ocupación se quedó de nuevo en las arcas territoriales. Tales cifras constituyen, por tanto, un pobre indicador de la verdadera recuperación económica.

Más allá de la regulación de la deuda y de la moneda, las instituciones imperiales apenas se esforzaron por coordinar la recuperación. El IPO y el IPM abolieron todos los peajes de tiempos de guerra salvo los de Suecia, el emperador y los electores. Como en los acuerdos de deuda, se reafirmó el bien colectivo sobre la autonomía territorial. Se prohibió a los gobernantes interferir en el comercio, imponer nuevas tasas o recuperar las de preguerra sin el permiso expreso del emperador. El Congreso de Ejecución de Núremberg confió la ejecución a los Círculos. Algunos territorios menores se ganaron la exención mediante el seguimiento de las normas y la apelación al emperador. A Bremen se le permitió conservar su peaje del Weser, impuesto por primera vez en 1623. El Círculo de Franconia tuvo cierto éxito en la abolición de las tasas ilegales y, junto con Suabia y otras regiones, en la coordinación de actividades económicas entre sus miembros hasta bien entrado el siglo XVIII. Sin embargo, muchos gobernantes prefirieron la ganancia a corto plazo en forma de ingreso que las ventajas del libre comercio a largo plazo, y pronto cargaron nuevos impuestos al consumo en la mayoría de los territorios. [58] La constitución no obstaculizó el crecimiento necesariamente. Una restricción mucho más importante fue la reticencia a abandonar costumbres tradicionales y prácticas inflexibles de negocio. Por ejemplo, la reticencia de la mayoría de las poblaciones a modificar los criterios de ciudadanía disuadió a los inmigrantes necesarios para su repoblación.

El comercio se recuperó bastante rápido a lo largo de las rutas principales, aunque buena parte de la evidencia procede de los recibos de los peajes, que solo son un indicativo aproximado del verdadero volumen de actividad. El peaje de Lobith en el Rin y el de Lenzen en el Elba, controlados y administrados ambos por Brandeburgo, se desplomaron durante la guerra, pero recuperaron sus antiguos niveles en el transcurso de una década de paz. Los peajes terrestres que gravaban los productos que atravesaban el electorado, también tuvieron un resurgimiento similar. [59] No obstante, la recuperación fue desigual. Algunos sectores resurgieron más rápido que otros. La industria de la construcción que había sido una de las más perjudicadas durante el conflicto prosperó con la reconstrucción y el resurgimiento de las finanzas municipales, las cuales permitieron a las comunidades abordar cuestiones pendientes de reparación en sus edificios públicos.

Resultó bastante fácil hacerse con granjas abandonadas, pero reanudar las

actividades agrarias fue una tarea más ardua. La cría de animales se recuperó más rápido, ya que había dinero para repoblar las granjas. Sin embargo, llevó entre quince y veinte años devolver los cultivos a las tierras baldías, porque en numerosas ocasiones el suelo se había deteriorado por la falta de fertilizantes o había quedado cubierto de maleza. La escasez de trabajo y capital ralentizaron aún más la recuperación, pero los peores efectos ya se habían superado para la década de 1660. La producción de cereal regresó a los niveles de preguerra alrededor del 1670, muy por delante de la recuperación demográfica, lo que contribuyó al desarrollo de otras actividades económicas gracias a los bajos precios de los alimentos.

Las actividades de capital y que requerían procesos intensivos, en cuanto al tiempo de elaboración, fueron las más difíciles de recuperar. Una gran perdedora de la guerra en el Imperio fue la industria del vino. El desarrollo de los viñedos era caro y consumía mucho tiempo, y además estos eran muy vulnerables a los soldados, que los desarraigaban o quemaban durante los asedios o las incursiones. El área de viñedos propiedad de los burgueses de Überlingen se contrajo en casi dos terceras partes durante la guerra; los productores de vino se vieron obligados a hipotecar sus casas a bancos suizos para reconstruir la industria a partir de 1648, pero el área empleada para la viticultura, en 1802, seguía siendo todavía la mitad de la que había sido en 1618 cuando la ciudad perdió su autonomía. El destino de Überlingen distaba de ser único y el daño a lo que había sido el pilar de la economía local ayuda a explicar el estancamiento de muchas poblaciones alemanas del sudoeste. No obstante, el panorama no era del todo negro. La contracción de la industria del vino, por ejemplo, resultó una bendición para los productores de cerveza, cuya recuperación se aceleró debido al resurgimiento relativamente rápido de la producción de cereales.

LA CRISIS DEL ESTADO TERRITORIAL

La guerra y la construcción del estado

Aunque, en general, se considera que la guerra retarda la actividad económica, buena parte de los historiadores y estudiosos de Ciencias Políticas la ven como un medio de promoción del desarrollo político a través de la necesidad de coordinar la acción humana. [60] Un estudio reciente de la Guerra de los Treinta Años la presentaba como «la guerra de construcción de

estados» de Europa, a través de la forja de nuevos estados como la República Neerlandesa, o mediante la posibilidad de que los antiguos pudiesen recuperar su independencia, como Portugal. La guerra se interpretó como una consecuencia del imperfecto nivel de desarrollo del estado alrededor de 1600. La autoridad ejecutiva, en el sentido de capacidad de tomar decisiones vinculantes, no estaba plenamente monopolizada por un gobierno central legítimo y reconocido. Otros «déficits» eran los desafíos que representaban las pretensiones alternativas en la lealtad de los habitantes, como las de las confesiones cristianas rivales, que pretendían ser todas «universales». [61]

El Imperio se solía interpretar, de acuerdo con la anterior y negativa apreciación de su constitución. En el mejor de los casos, emerge como «parcialmente modernizada», atrapada en la fase temprana moderna del desarrollo europeo, sin lograr hacer la transición a un estado centralizado y soberano. [62] Existe la creencia habitual de que el dinamismo político se trasladó a las grandes principalidades como Brandeburgo y Baviera, que consolidaron su autonomía externa e impusieron una mayor autoridad en el seno de sus propias fronteras. Estos desarrollos se han etiquetado, por lo general, como «absolutismo», término que se ha empleado para definir todo el periodo comprendido entre 1648 y el siglo XIX. [63] Las dietas territoriales perdieron su capacidad de limitar el poder del príncipe. Se han propuesto muchas razones para ello, pero no cabe duda de que el endeudamiento es una de las más importantes. Incapaces de mantener su estatus a través de las tradicionales fuentes de ingresos, los nobles tuvieron que aceptar empleos alternativos como funcionarios del estado o ceder poder político a cambio de la confirmación de sus privilegios sociales o económicos. [64] Esta tendencia ya estaba presente, con anterioridad a 1618, pero se aceleró con la guerra. Se han citado varios ejemplos a lo largo de este libro, en especial, el éxito de los Habsburgo a la hora de moldear de nuevo la base social de su monarquía a través de la clientela y la expulsión de sus oponentes.

La guerra también ayudó a cambiar el comportamiento político. Graves amenazas como la invasión extranjera fomentaron la aceptación de la «necesidad» como un argumento de legitimación del cambio. Si los patrones y los métodos establecidos ya no resultaban adecuados, los gobernantes podían imponer otros nuevos en aras del «interés común», el equivalente de la era moderna a argumentos actuales como el de «seguridad nacional». La necesidad era la madre del absolutismo. Los monarcas y príncipes reclamaron poder sin restricciones basados en que un solo gobernante, cuya autoridad

emanaba directamente de Dios, podía permanecer por encima de las pequeñas disputas de sus súbditos y ver sus verdaderos intereses. Un gobernante así, nacido y criado en un ambiente apropiado, solo entendía de los «misterios del estado», mientras que los súbditos perseguían intereses individuales o transversales. [65]

La aparición del absolutismo se enmarca, en general, en un proceso más a largo plazo de contención de la violencia, en el que la Guerra de los Treinta Años volvió a desempeñar un papel prominente. Buena parte de la literatura existente sobre la construcción del estado se basa en la influyente definición de Estado del sociólogo alemán Max Weber como el monopolio de la violencia legítima. La «violencia» en esta acepción es una traducción del término alemán *Gewalt* , y se puede relacionar con otros aspectos del poder. El estado centralizado encarnaba el poder (*Gewalt*), la autoridad (*Potestas*) y la fuerza (*Vis*), lo que le permitía triunfar sobre la violencia (*Violentia*). Nosotros hemos encontrado ya aspectos de este planteamiento en el análisis de la supuesta anarquía de la última fase de la guerra, alegaciones que tenían su origen en los esfuerzos de posguerra de los gobiernos territoriales de monopolizar la fuerza armada y presentar sus ejércitos de tiempos de paz como entidades superiores a la soldadesca indisciplinada utilizada con anterioridad. [66]

Estos acontecimientos propiciaron cambios en la sociedad. La autoridad estaba más centralizada, pero aún continuaba jerarquizada. Los cabezas de familia poseían la autoridad para disciplinar a los miembros de la familia y a los sirvientes, pero solo dentro de los límites fijados por el poder supremo del estado, que descansaba en normas morales y seculares. La violencia real fue deslegitimada y expulsada de la vida pública. Los cabezas de familia aún podían cometer abusos, pero solo porque pasara desapercibido para sus vecinos o las autoridades locales. La violencia pública quedó reservada para el estado, aunque también contenida en buena parte. Las ejecuciones se ritualizaron y retiraron, poco a poco, de la vista pública, a los patios de las prisiones, o se abolieron del todo en muchos lugares, desde finales del siglo XVIII. Entre tanto, el empleo y la tolerancia de la violencia (en el sentido de lo considerado aceptable) varió entre los grupos sociales, pero quedó también sujeto a una supervisión más estrecha por parte del estado.

Esta interpretación sirve de gran ayuda, ya que el desarrollo del estado se considera, en gran medida, involuntario. Los gobernantes europeos rara vez fueron conscientes de su función como hacedores de estado, al menos con

anterioridad a las postrimerías del siglo XVIII. Más que haber sido planeado según algún ideal abstracto de lo que debería ser el estado, el cambio político fue impulsado por el deseo de los gobernantes de conseguir otros objetivos, sobre todo dinásticos. Una segunda e importante advertencia implica que el desarrollo del estado no siguió una senda lineal de modernización progresiva.

La guerra y la destrucción del estado

Una tercera cuestión que es necesario destacar es la destrucción de las instituciones políticas, las vidas humanas y los bienes materiales a causa de la guerra. Hay buenos motivos para ver la Guerra de los Treinta Años como la crisis de los estados territoriales del Imperio. Esto no debería malinterpretarse como un regreso a la una vez célebre teoría de la «crisis general» que presentó las guerras y las revueltas del siglo XVII como «crisis de autoridad». [67] Sin duda, hubo desafíos desde abajo contra los intentos de imponer una autoridad superior desde arriba. La Revuelta de Bohemia, en líneas generales, encaja en este patrón. Pero no hubo un peligro generalizado de levantamientos provocados por los estados, y aún menos de revueltas populares, antes de 1618. El verdadero desafío al orden establecido surgió una vez hubo comenzado la guerra.

La contienda interfirió en la continuidad dinástica y en las tradiciones y socavó pilares fundamentales de la autoridad establecida. Extensiones significativas de tierra se redistribuyeron como consecuencia del resultado de batallas decisivas en 1620, 1629, 1631 y 1634. Territorios completos cambiaron de manos, como el Palatinado, Mecklemburgo, Bamberg, Wurzburgo y Maguncia. Los distritos se asignaron de unos territorios a otros. Numerosos señoríos, abadías y casas solariegas se confiscaron y reasignaron. Algunas de las familias más antiguas y distinguidas del Imperio se declararon proscritas. Otras perdieron a sus herederos en combate. Los nuevos propietarios incluían a hombres como Wallenstein, cuyo rápido ascenso a la prominencia convulsionó las convenciones sociales. Estos cambios fueron profundamente perturbadores. Cortaron la relación existente entre la tierra, los habitantes y los gobernantes dignificados por el linaje y la tradición, reemplazándolos por un orden, en apariencia, basado en la fuerza bruta. La especulación, por infundada que pueda ser, de que Wallenstein pudo coronarse a sí mismo rey de Bohemia o incluso emperador, indica una intranquilidad generalizada ante la pérdida de la estabilidad. Parecía que nada

fuese ya sagrado, mientras la autoridad pasaba a aquellos que, a menudo, carecían de raíces o de estatus para legitimarla a los ojos de sus súbditos.

Estos últimos se sintieron traicionados y abandonados por aquellos que se suponía que debían protegerlos. La hermana Junius recordaba cómo, tras la huída del obispo de Bamberg ante la llegada de los suecos, «la gente malvada gritaba mientras se marchaba: “Otra vez se va y nos deja en la estacada; que esto o aquello [por ejemplo, el verdugo del diablo y otros términos insultantes] te lleven; ojalá te caigas y te rompas todos los huesos del cuerpo”». De igual forma, los pastores luteranos consideraron la huida de la regente Ana María de Hohenlohe-Lagenburgo después de Nördlingen como un pecado. [68]

La huida de los gobernantes y sus funcionarios también restringió el gobierno efectivo. Los funcionarios locales y los líderes de las comunidades se hallaban entre los objetivos favoritos de los soldados a la hora de hacer rehenes y de asegurarse de que se pagaban las contribuciones. Incluso cuando los dejaban en paz, los alojamientos interfirieron en sus actividades y aparecieron oficiales cuya autoridad militar y demandas competían con las del gobierno civil. Esto suponía un serio desafío si los soldados ocupaban el lugar durante un periodo de tiempo prolongado. El comandante sueco de Olmütz dijo a sus burgomaestres que «él era el señor de la ciudad y podía hacer lo que quisiera». [69] El tránsito temporal también podía traer el caos y hacer que resultase peligroso abandonar las áreas seguras para atender problemas acuciantes. El desmoronamiento de la justicia se dejó sentir en especial ya que la población la consideraba como uno de los cometidos principales de sus gobernantes. Las requisas y saqueos efectuados por los militares se percibían como robos y, sin embargo, las cortes se veían impotentes para evitarlo. La gente recelaba de acudir a testificar en las citaciones judiciales que contribuyesen a capturar criminales, ya que temía que fuesen apresados y a la postre reclutados por el ejército, lo que hacía que pudiesen volver como soldados a buscar venganza. La estructura organizada de la Iglesia también sufrió. Hacia el final de la guerra solo 64 de las 110 parroquias de Bamberg conservaban aún a su párroco, mientras que la proporción entre clérigos y feligreses en Sundgau, territorio alsaciano de los Habsburgo, cayó de 1:345 a 1:1177. [70]

La guerra interfirió también en el funcionamiento de las dietas. El bailío, el alcalde y el consejo de Lauffen (actual Lauffen am Neckar) excusaron su asistencia a la dieta de Wurtemberg aduciendo que sus hogares estaban

atestados de soldados y que dos regimientos de caballería franceses merodeaban por los campos de los alrededores. [71] El incremento de los impuestos militares erosionó el papel de las dietas, ya que las cargas eran, a menudo, impuestas sin elevar consultas. Muchos gobernantes territoriales continuaron con estos impuestos después de 1648 con el argumento de que era necesario e inevitable, dada la incertidumbre internacional imperante y la necesidad de ayudar al emperador contra los turcos. A medida que los impuestos se fueron haciendo permanentes, las dietas dejaron de reunirse, lo que privó a sus estamentos de la oportunidad de hacer valer sus privilegios o de airear agravios. Sin embargo, su decadencia distaba de ser generalizada y algunas se habían fortalecido para 1648. Las dietas adquirieron nuevas funciones debido a la guerra, en especial en áreas en las que el príncipe y sus funcionarios habían huido o eran incapaces de ejercer una autoridad efectiva.

El nuevo orden

Aunque en crisis, la autoridad territorial no colapsó. Sobrevivió porque no tenía alternativa. El ejército era incapaz de asumir sus funciones y los comandantes preferían valerse de la administración civil existente para recaudar dinero y reunir provisiones. Durante nueve años, los imperiales recibieron dinero en metálico y servicios por valor de 284 000 florines de los fondos públicos de la localidad francona de Kitzingen, una vez fue recuperada en septiembre de 1634, comparados con los 144 000 florines recaudados de personas privadas. [72] Allí donde los gobernantes fueron depuestos, rara vez alteraron los conquistadores las instituciones existentes y, por lo general, confirmaron a los funcionarios en sus puestos. La práctica bávara en el Palatinado y en Alta Austria, además de la conquista sueca de Maguncia y de los obispados de Franconia, indica que ni siquiera las diferencias confesionales implicaban una expulsión automática del personal titular (*Vid.* Capítulo 10 del volumen I y Capítulo 1 de este volumen).

La administración se adaptó. Se introdujeron formas nuevas y más simples de tributación durante la década de 1630, ya que no había plantilla suficiente o información para fiscalizar las circunstancias personales. Los nuevos gravámenes fueron, por lo general, impuestos per cápita de tasa única o gravámenes sobre productos básicos que, como es natural, afectaron, en mayor medida, a los más pobres. Por ejemplo, los funcionarios de Gotha asumieron el control de la administración tributaria de la dieta, a partir de

1640, como parte de un nuevo esfuerzo de coordinación de la seguridad. Mediaban entre civiles y soldados y conseguían reducciones en las exacciones militares, a cambio de la satisfacción de contribuciones regulares. Las contingencias de evacuación se instituyeron por si estas salvaguardas no lograban evitar que los soldados regresasen. La gente y la propiedad debían trasladarse a poblaciones fortificadas en cada distrito. Se reinstauró la milicia en 1641 para ayudar a poner en práctica estas medidas. Las cargas de los impuestos se reasignaban para compensar a aquellas comunidades cercanas a las rutas de tránsito que experimentaban la mayor parte de los padecimientos. [73]

Este papel más activo e innovador tendría continuidad durante la reconstrucción de posguerra y ayudaría a cambiar el ideal del estado de su papel de guardián del orden establecido al de promotor del bien común. Un ejemplo de ello sería como la alta incidencia de la peste llevó a funcionarios seculares a inmiscuirse en más aspectos de la vida cotidiana, a menudo ante una oposición popular y clerical. El papa Urbano VIII excomulgó a los funcionarios de salud pública de Florencia, después de que prohibiesen asambleas y procesiones religiosas para combatir la infección. Los funcionarios alemanes también se encontraron con protestas cuando pretendían impedir que los apenados familiares celebrasen funerales y disponían que los cuerpos fuesen sepultados en rápidos enterramientos nocturnos. [74] La gente insistía en regresar a lo que consideraban costumbres y comportamientos «decentes» tan pronto como pasase la crisis, pero resultó imposible revertir el proceso de racionalización secular inherente al desarrollo estatal. Con la pretensión de un control más efectivo sobre los recursos, el estado parecía ser capaz de coordinar la actividad. Incluso el apurado duque del Palatinado-Neoburgo logró distribuir 1200 bueyes, vino y maíz por valor de 17 000 táleros para ayudar a sus súbditos a recuperarse de la peste y de la ocupación sueca, en 1635.

La guerra también socavó la capacidad de las élites locales para gestionar los asuntos sin la asistencia de los funcionarios. Los aparceros, los molineros, el clero y los posaderos, todos ellos, vieron su riqueza disminuida o destruida. Su prestigio sufrió por su incapacidad de proteger a aquellos de su comunidad que habían dependido de ellos. Acudieron al distrito y a las autoridades centrales para pedir ayuda y protección. Por ejemplo, colaboraron con funcionarios para mantener pautas de herencia que dejasen la mejor tierra en sus manos. A cambio, ayudaban a preservar la legislación territorial, el

orden público y la recaudación de impuestos. Los gobiernos principescos de la posguerra se construyeron sobre estas bases.

EL IMPACTO CULTURAL

La destrucción cultural

Las interpretaciones del impacto cultural de la guerra han sucedido a las de sus otras consecuencias. [75] Tanto los nacionalistas checos como los alemanes creyeron que el conflicto había destruido culturas de preguerra vibrantes y había llevado a una dominación extranjera. En el primer caso, llegó en la forma del dominio «alemán» de los Habsburgo. En la última, siguió la copia servil de estilos extranjeros y un rechazo de todo lo que más tarde se consideraría auténticamente alemán. Federico el Grande, un héroe nacionalista a pesar de su desdén por la literatura alemana, escribió que tras la guerra «la tierra quedó devastada, los campos yermos, las ciudades casi desiertas… ¿cómo podría alguien en Viena o Mannheim componer sonetos o epigramas?». [76]

Junto a este equivalente cultural de la escuela de la «Guerra Desastrosa» hay también una interpretación que sugiere un declive anterior. Se supone que la guerra exacerbó una tendencia existente inherente a la polarización confesional que fragmentó aún más el anterior humanismo cosmopolita y destruyó sus valores de moderación, tolerancia e intercambio intelectual. Ya antes de la guerra, los gobernantes fundaron sus propias universidades con el fin de promocionar la fe de su elección y formar administradores y clérigos para su territorio. «Una serie de pensadores sobresalientes, aislados, vueltos sobre sí, que trataban de preservar en ellos mismos una comprensión unitaria del mundo, para recrear en un intelecto individual la totalidad de la sabiduría humana». [77] Este proyecto introspectivo fracasó y dejó solo lo que los gobernantes absolutistas consideraron útil para infundir austeridad en sus súbditos y para promocionar la grandeza dinástica con nuevos palacios barrocos.

Ninguno de los enfoques anteriores se ve beneficiado por la tendencia de muchos historiadores del arte y la literatura de juzgar la vitalidad de una cultura con criterios de originalidad e innovación. El Imperio comienza a decaer a partir de 1600, cuando se compara con las «cumbres» conseguidas por pintores como Alberto Durero o Lucas Cranach, la innovación de la

imprenta de Johann Gutenberg y una serie de humanistas escolásticos sobresalientes de finales del siglo XV y principios del XVI. Se supone que aquellos que trabajaron en la primera mitad del siglo XVII solo produjeron obras inspiradas en las anteriores. No había centros «culturales» nacionales equivalentes a Roma, Londres o París que atrajesen talento y desarrollasen nuevos estilos. [78]

Sin duda, la guerra interfirió en la actividad artística y destruyó o sustrajo obras culturales. De hecho, ya se ha comentado el saqueo de la reina Cristina de las bibliotecas católicas. Dichas bibliotecas representaban costosos activos culturales y repositorios de un conocimiento con un valor incalculable. Todos los Gobiernos se tuvieron que enfrentar a una escasez de personal profesional y cualificado. Suecia tenía una única universidad (Upsala) y solo podía enviar a graduados en Teología a servir como secretarios del ejército, ya que no había más que reuniesen las capacidades necesarias. Las universidades y las bibliotecas eran, por tanto, objetivos estratégicos. La Universidad de Marburgo se hallaba en el centro de la disputa entre las dinastías hessianas rivales. Maximiliano de Baviera codiciaba la célebre *Bibliotheca Palatina* de Heidelberg, que (para su tiempo) reunía la asombrosa cantidad de 8800 volúmenes y manuscritos, incluidos los textos antiguos griegos y una gran colección de teología protestante. El papa la quería para hacerse una idea de la mentalidad del enemigo. Temeroso de perder la buena voluntad que le mostraba el papa, Maximiliano le envió a regañadientes la biblioteca a Roma, en febrero de 1623, donde permaneció hasta 1815. Los fondos de las bibliotecas monásticas en Maguncia fueron enviados a Suecia solo algunas semanas después de la conquista del electorado. Otras fueron codiciadas más tarde por generales suecos ansiosos de ganar favor mediante su envío a Cristina. Las bibliotecas fueron también diezmadas a través de la venta de sus fondos, ya que las universidades, escuelas y monasterios compensaron sus menguantes ingresos con la venta de valiosos volúmenes. Una vez perdidos eran difíciles de reemplazar, en especial, cuando la guerra causó también el declive de la feria del libro de Fráncfort. La Universidad de Wurzburgo no reabrió sus puertas hasta 1636, dos años después de su liberación de los suecos, porque tuvo que esperar hasta que el obispo pudiese reemplazar los cinco mil libros robados de su biblioteca. [79]

Las escuelas y las universidades protestantes entraron en declive cuando el Edicto de Restitución les sustrajo las propiedades de la Iglesia antes empleadas en mantenerlas. Las instituciones calvinistas fueron las que más

padecieron. La Universidad de Heidelberg fue incautada en los primeros estadios de la guerra. Hacia 1622, más de la mitad del personal se había marchado, en su mayoría huyendo, con los estudiantes a Suiza o a la República Neerlandesa. El resto fueron despedidos en 1626, salvo uno que se convirtió al catolicismo. La conversión de intelectuales era muy preciada por las autoridades, ansiosas por demostrar la supuesta superioridad de su propio credo. La conversión de Christoph Besold, un profesor de la universidad luterana de Tubinga en Wurtemberg, fue pregonada como un triunfo del catolicismo.

El destino de las universidades alemanas apoya, en parte, la evaluación, por lo general, negativa, del impacto cultural. Aunque muchos habían sido centros de importancia europea, se fueron haciendo cada vez más locales, a medida que los estudiantes extranjeros dejaron de matricularse, para no regresar una vez terminada la guerra. El número de estudiantes aristocráticos también se redujo de modo desproporcionado debido al atractivo de las carreras militares como una alternativa al estudio. El mal funcionamiento, y en algunos casos el colapso, de las universidades agravó la escasez de talento y afectó de modo adverso a la administración territorial.

Creatividad e innovación

Otras actividades también padecieron. Numerosos artistas huyeron al extranjero. Quedó menos dinero para el mecenazgo y medidas como el Edicto de Restitución y las donaciones suecas eliminaron activos que antaño se usaban para mantener el teatro y, en especial, la música. Heinrich Schütz, uno de los mayores compositores del siglo, se desesperó en 1637, pues creía que ya no había futuro para la música sacra luterana. En cualquier caso, los exiguos recursos lo obligaron a innovar y atravesó las fronteras de la creatividad al componer obras para grupos más pequeños de músicos y cantantes. [80]

La poesía fue otra área de creatividad que se subestimó, ya que era una forma artística que perdió el favor en Europa central poco después de la guerra. Predominaban los luteranos, que incluían a hombres como Martin Opitz, nombrado poeta laureado imperial. Otros poetas principales fueron el pastor Johann von Rist, Daniel Czepko, Johann Michael Moscherosch y los silesios Andreas Gryphius y el barón Friedrich von Logau. Su trabajo fue una respuesta directa a la guerra y trataron de comprender, comentar y sugerir

vías para superar la violencia. Se requiere alguna cautela a la hora de extraer conclusiones más generales de su gran volumen de escritos. Buena parte era introspectiva y la mayoría abierta a interpretaciones divergentes. No obstante, produjeron una cultura poética claramente nacional. Moscherosch y Von Logau ridiculizaron la imitación de estilos y de modas extranjeros. Opitz, que huyó a Holanda en 1620, publicó su *Prosodia Germanica* cuatro años más tarde, en un intento consciente de liberar a la poesía alemana de la contienda confesional y convertirla en un igual del verso clásico latino y griego.

Sus esfuerzos impregnaron las políticas culturales de las sociedades literarias, en su mayoría protestantes, que se habían originado en la década anterior a la guerra y que continuaron después de que se firmase la paz. Opitz y Von Rist pertenecieron ambos a la Sociedad Fructífera asociada a los esfuerzos de Cristian de Anhalt de reunir a los calvinistas y luteranos en el seno de la Unión Protestante. Rist perteneció también a la *Pegnesischer Blumenorden* (Orden de la Flor del Río Pegnitz), con sede en Núremberg, y fundó la *Sprachgesellschaft des Elbschwanenordens* (Sociedad Lingüística de la Orden del Cisne del Elba). Von Rist y sus coetáneos no rechazaron la influencia extranjera en un sentido nacionalista moderno. Su presencia era un síntoma, no una causa, del mayor pecado alemán. Lejos de ser víctimas inocentes de una agresión extranjera, los alemanes habían traído sobre sí mismos la desgracia al no lograr vivir en armonía como verdaderos cristianos.

Von Rist desarrolló este tema en varios trabajos a partir de 1630, en particular su enormemente aplaudida poesía barroca de 572 versos «Trompeta de paz» (*Frieden-Posaune* , 1646), su «Alemania anhela la paz» (*Das Friedewünschende Teutschland* , 1647) y el drama musical de posguerra «La paz jubilosa de Alemania» (*Das Friedejauchzende Teutschland* , 1653). En su siguiente trabajo, «Marte» como dios de la guerra hace de «Ratio Status» (razón de estado) su consejero privado supremo para que lo ayude a socavar la tranquilidad de «Alemania». La «Paz» encadena a «Marte», pero advierte a «Alemania» de que será liberado si esta no se comporta. [81] De este modo, la historia estaba en estrecha sintonía con el mensaje oficial propagado por la Iglesia y el estado territorial de que los habitantes debían evitar el pecado y llevar vidas disciplinadas a fin de evitar que Dios les enviase otra guerra que azotase su patria.

¿Voces críticas?

Este ejemplo suscita la espinosa cuestión de si los artistas criticaron la guerra en términos más generales. La mayoría de los historiadores han llegado a la conclusión de que la poesía, la literatura y la pintura no suscitaron más que objeciones morales y teológicas a la guerra en línea con el teatro de Von Rist. Un ejemplo es la interpretación de una serie de grabados producidos por Hans Ulrich Franck titulado *Memento mori* . La última imagen muestra la putrefacción del cadáver de un soldado de caballería con la horca a un lado y una iglesia todavía intacta al otro. Parece una advertencia para que se arrepienta antes de que sea demasiado tarde. [82] Se ha rechazado que pudiese constituir una interpretación neoconservadora que niega que los europeos de la edad moderna temprana fuesen capaces de empatizar con el sufrimiento de otros y que utiliza el arte como espejo y herramienta de la conciencia política. Las pinturas, afirman estos críticos modernos, eran denuncias explícitas de la guerra como un crimen contra los inocentes. Lejos de manifestar su fe en el castigo divino, los artistas sugirieron que la gente no podía ponerse en manos de la gracia salvadora de Dios y que, en su lugar, debían enfrentarse a los problemas de este mundo con soluciones prácticas. [83]

Esta famosa interpretación cita el célebre ciclo de grabados titulado *Las miserias de la guerra* (1633) producido por Jacques Callot, de Lorena. Muchos de ellos muestran a soldados que atacan villas, saquean, asesinan y violan. Sin embargo, uno muestra a merodeadores colgados de un árbol. Se ha sugerido que el ciclo ilustra, de este modo, tanto el problema como la solución potencial con una disciplina más rígida que la oración y la penitencia. [84]

El problema radica en que Callot también produjo grabados panorámicos y otras imágenes más propagandísticas, tales como una gran pintura que ilustra cómo Spínola tomó Breda en 1625. Solo los artistas neerlandeses produjeron varios millones de pinturas en los siglos XVI y XVII, de las que quizá sobrevivan un diez por ciento. Comparadas con los grabados y otras imágenes, el número de las pertenecientes a los años de la guerra es de veras enorme. Resulta imposible clasificarlas en categorías simples, en especial, porque la mayoría pertenecen a artistas que solo ahora comienzan a estudiarse. Aún se conoce menos del mercado para tales imágenes. No cabe duda de que muchos artistas produjeron trabajos críticos en un intento personal de reconciliarse con lo que habían presenciado u oído, más que como un acto de comentario político. Valentin Wagner, por ejemplo, dibujó siempre figuras durmientes que se han interpretado como un personal intento

de escapar de los horrores de la guerra. Los grabados de Rudolf Meyer en los que los soldados masacraban civiles, se dibujaron a principios de la década de 1630, aunque no se publicaron hasta veinte años más tarde. [85]

Tales escenas de violencia eran comunes, pero era necesario contextualizarlas. Meyer, Callot y Franck eran parte de los numerosos artistas que producían series de grabados que mostraban todos los aspectos de la vida militar. Titulados indistintamente como *Kriegstheater* (Teatro de Guerra) o *Soldatenleben* (Vida del Soldado), estos grabados mostraban escaramuzas de caballería, incursiones, campamentos, hombres ejercitándose, jugando o en peleas de borrachos. Numerosas pinturas de menor tamaño también presentan estos temas. Las descripciones de la guerra y la violencia pertenecen así al mundo contemporáneo general de la pintura del género. Las escenas de soldados bulliciosos y violentos no son muy diferentes de otras series que muestran la vida rústica, con campesinos ebrios que pelean o comen en exceso. Franck y otros describieron también la venganza de los campesinos, en la que se muestran soldados abordados y asesinados por lugareños.

Aunque no estén libres de controversia, los encargos de los príncipes y otras pinturas propagandísticas son más fáciles de interpretar. El cliente, por lo general, se representa a caballo en primer plano, sobre una elevación pintada en un paisaje seudorrealista. En la distancia media, se muestra una vista panorámica de su batalla o asedio victorioso bajo un apropiado cielo dramático. Los cuerpos suelen yacer cerca de las pezuñas del caballo del general, no se muestran tanto en calidad de víctimas de la guerra como para evocar la clásica imagen del vencedor pisoteando a su enemigo. El pintor neerlandés Pieter Snayers también produjo imágenes de soldados en saqueos, pero se hizo célebre por una serie de veintiuna pinturas de batallas de gran formato que le encargó Piccolomini para conmemorar su carrera.

La prodigiosa producción de Snayers incluyó también una pintura de la batalla de la Montaña Blanca que más tarde estuvo colgada en el dormitorio de los sucesivos electores bávaros. Maximiliano ya había donado su estandarte personal llevado en la batalla, junto con veinte banderas tomadas al enemigo, a una iglesia de Roma como agradecimiento por la victoria. El edificio fue decorado con una serie de pinturas encargadas especialmente con escenas de la acción y más tarde se erigió en Múnich una columna monumental dedicada a la Virgen. La conexión con la acción de gracias se extendió a encargos más humildes, en particular de los católicos. Un adjunto y seis trompetas del Regimiento de Caballería bávaro de Johann von Salis,

encargaron una pintura votiva alrededor de 1651 que los mostraba arrodillados ante la Virgen en agradecimiento por haber sobrevivido a la batalla de Alerheim seis años antes. [86]

Las conmemoraciones de guerra también se pueden encontrar en otras formas de arte, aunque son ahora menos conocidas que los trabajos críticos, en apariencia, más renombrados. Wolfgang Helmhard Hohberg escribió el poema épico *Der Habspurgische Ottobert* (1664), ambientado en el siglo XVI pero claramente referido a los Habsburgo del siglo XVII. Ofrecía una alabanza convencional del heroísmo de la dinastía que libraba una guerra justa. El conflicto se presenta como parte de la condición humana, mientras que la paz se muestra temporal. Hohberg había servido en el ejército imperial entre 1632 y 1641, llegó al empleo de capitán y fue, al final, nombrado barón. Su experiencia fue, por tanto, diferente de la de los poetas barrocos fugitivos, para los que, a menudo, la guerra no trajo más que desplazamiento y carreras interrumpidas. [87]

Hohbeg ilustra como los soldados, lejos de acarrear únicamente la destrucción, podían ser creadores y facilitadores. Piccolomini y el archiduque Leopoldo Guillermo fueron famosos mecenas, en especial, de pintores. El Palacio del Buen Retiro de Felipe IV es un ejemplo de esto, con su Salón de Reinos que está decorado con enormes pinturas de batallas. Los oficiales formaban una gran proporción de la membresía de la Sociedad Fructífera, incluido el general Wilhelm von Lohausen, que pasó su cautiverio después de la batalla de Lutter traduciendo literatura extranjera al alemán. El general Horn también estudió en su etapa de prisionero y participó en el teatro jesuita. El coronel Dietrich von der Werder, un alemán al servicio de Suecia, tradujo libros y el general Gronsfeld era un autor con una gran formación y muy publicado.

Grimmelshausen

Un soldado también produjo la obra más célebre de la guerra. Johann Jacob Christoffel von Grimmelshausen nació alrededor de 1621 en Gelnhausen, al nordeste de Fráncfort. Su padre, luterano, murió cuando él era todavía joven. Su madre se volvió a casar y lo envió a que lo criase su abuelo, que era panadero y posadero. Johann asistía todavía a la escuela de latín cuando los suecos saquearon Gelnhausen, cuyos habitantes huyeron a los bosques de los alrededores. Johann fue llevado más tarde a la cercana Hanau para ponerlo a

salvo de las consecuencias de Nördlingen. Cuando jugaba en el hielo a las afueras de la fortaleza lo secuestraron unos croatas y lo llevaron a Hersfeld. Poco después, lo capturaron los hessianos y más tarde sería testigo del sitio sajón de Magdeburgo y de la batalla de Wittstock como mozo de cuadras en el ejército imperial. En 1637, se hizo soldado y participó en los intentos poco fructíferos de Götz de socorrer Breisach. En 1639, su coronel descubrió que sabía leer y escribir y lo hizo escribiente del regimiento. Johann pasó el resto de la guerra en ese puesto en la guarnición imperial de Offenburg, en el Alto Rin. Se convirtió al catolicismo cuando estaba al servicio imperial y contrajo matrimonio con Catharina Henninger, la hija de un suboficial del mismo regimiento. Tras la guerra se convirtió en administrador de las propiedades de su antiguo coronel. La familia de Grimmelshausen reclamó tener ascendencia aristocrática, así que él añadió el «von» a su nombre cuando su fortuna prosperó en la década de 1650, época en la que disfrutó de una vida acomodada, adquirió algunas tierras y gestionó dos tabernas, llegando a ser, además, alcalde de Renchen, una pequeña localidad que pertenecía al obispo de Estrasburgo. Acabó sus días como los empezó, en mitad de una invasión extranjera, en este caso, el ataque francés sobre Alsacia dirigido al inicio por Turena, en agosto de 1676.

La vida de Grimmelshausen merece la pena ser recordada como ejemplo de cómo todavía era posible prosperar a pesar de la guerra. Sin embargo, lo que en realidad lo hizo adquirir importancia fue una asombrosa producción literaria que no comenzó hasta la última década de su vida. Su primera obra fue su mayor éxito. *El aventurero Simplicissimus* que fue publicada en cinco partes en 1668, seguida de una sexta un año más tarde. Aparecieron otras cuatro obras con personajes y temas comunes, entre las que destaca *The Life of the Arch-Cheat and Renegade Courage* ** (1670), que inspiró la famosa obra de teatro *Madre Coraje* de Berthold Brecht, escrita en 1938 y estrenada en Zúrich en 1941. [88]

Buena parte de *Simplicissimus* es claramente autobiográfico. La niñez aldeana del personaje protagonista se termina de modo abrupto cuando la granja de su familia es saqueada. Obligado a vivir en los bosques, es adoptado como bufón por Ramsay, el comandante sueco de Hanau. Lo capturan los croatas y presencia la batalla de Wittstock. Aquí las historias divergen, ya que Simplicissimus asciende por el escalafón como un atrevido partisano en la guerra de puestos de Westfalia, a lo que le siguen varias aventuras en Francia, Suiza y Renania.

La novela puede leerse como un desengaño, e incluso como una crítica, a la religión y al orden establecido. La escena clave (Libro I, Capítulo 4) se presta ciertamente a esto. Describe con todo detalle como los soldados saquean por sistema la granja del héroe y torturan a sus moradores. Todo resulta aún más efectivo al ser contado desde la perspectiva de la niñez de Simplicissimus. No es de extrañar que sea el fragmento más citado del libro y, en ocasiones, aparece en historias generales que lo emplean sin ningún atisbo crítico como el testimonio de un «testigo ocular». La interpretación más común la sitúa como una expresión de duda en la justicia divina: ¿Cómo puede Dios permitir semejante crueldad? Parece que Grimmelshausen perdió la esperanza de que la religión pudiese proporcionar paz y prosperidad. La novela finaliza con Simplicissimus dejando de lado la sociedad y viviendo como un ermitaño en una isla desierta. [89]

Semejante desesperación casa mal con lo que sabemos de la confortable vida que tuvo el autor más adelante. Y lo que es más importante, hay muy pocas descripciones de violencia, más allá de la famosa escena de la granja. Por el contrario, los soldados y la vida castrense aparecen, a menudo, desde una perspectiva positiva. Los personajes se basan en personas reales o las describen abiertamente, como le sucede al combatiente hessiano Pequeño Jacobo. [90] Grimmelshausen también defiende al general Götz contra las críticas por su campaña de Breisach. Buena parte de la crítica social que se lee está relacionada con el descontento del abandonado soldado de infantería contra sus superiores. Un pasaje muy citado sobre la opresión militar (Libro I, Capítulo 15) se sigue de un lamento acerca de las dificultades de ascender en el escalafón. Hay mucho de convencional y de conservador. Resulta que Simplicissimus, como Grimmelshausen, es de noble cuna, una muestra del cumplimiento de un deseo muy común. Al igual que su creación, el autor tampoco perdía de vista la posibilidad de conseguir dicha oportunidad. Quería que su libro se vendiese y conformó su historia con una buena cantidad de información ecléctica, diario de viaje, referencias conocidas de la Biblia y citas clásicas junto con cuentos populares y supersticiones. La presencia de estos últimos desmiente la complejidad de la novela y la erudición del autor. Su relato de Wittstock se lee como una experiencia de primera mano, pese a estar basada en la novela *Arcadia* (1590) de sir Philip Sidney. Bastantes fragmentos están también plagiados de otras novelas picarescas y de romances cortesanos, mientras que la conclusión del ermitaño se hace eco del interés contemporáneo por los náufragos y las exploraciones.

Conclusiones

Los problemas de interpretación manifiestan la gran dificultad que supone generalizar sobre el impacto de la guerra. En primer lugar, hubo amplias variaciones de su impacto en la cultura a lo largo del tiempo y el espacio, al igual que en otros aspectos de la vida. La guerra no detuvo, de repente, la producción cultural en todo el Imperio. La Universidad de Salzburgo abrió en 1622. El elector de Maguncia construyó un palacio ribereño en su capital después de 1626. Tales empresas representaban la continuación de planes existentes asociados con el resurgir católico. Estos se redoblaron después de la guerra con una floreciente arquitectura barroca en todo el sur y oeste de Alemania.

Algunas actividades siguieron su curso, en cualquier caso. La primera representación de ópera europea fuera de Italia aconteció en Salzburgo en 1614. El posterior declive de la música allí se produjo, en gran medida, por el gusto personal, ya que a partir de 1619 el nuevo arzobispo, Paris, conde de Lodron, favoreció el teatro en su lugar: el teatro de la universidad representó al menos un centenar de producciones durante la guerra. Lodron promocionó también la construcción de la nueva catedral, comenzada en 1613, para reemplazar a la anterior, que se había incendiado en 1598. El edificio estaba casi terminado en 1622 y se decoró entre los años 1623 y 1635, todo a pesar de la guerra. A un nivel más modesto, la escuela continuó en Naumburgo a pesar de los recortes del gasto municipal en otras áreas. Todavía se nombraban maestros y se concedían becas. Las obras de teatro y la música se introdujeron en las escuelas, lo que es reflejo de un segundo punto general respecto de la innovación y creatividad continuadas. El rector de la principal escuela de Naumburgo escribió dieciséis obras de teatro entre 1642 y 1646, una producción prodigiosa incluso para los buenos tiempos, pero aún más notable si se tiene en consideración que estos fueron los peores años para sus habitantes. [91]

Otras tendencias que se pueden clasificar como culturales se vieron aceleradas por la guerra, incluido el consumo de tabaco, que llegó al Imperio en la década de 1580 y que se propagó con los movimientos de tropas, a partir de 1618. También floreció la cultura de la imprenta (como se verá en el capítulo siguiente). El hábito de fumar se hubiese extendido de cualquier modo y es importante evitar que la guerra empañe la influencia de otros factores. La cultura europea cambiaba ya con rapidez bajo el impacto de las

exploraciones mundiales, el comercio y los descubrimientos científicos, todos los cuales ayudaron a abrir las mentes de la entumecida tenaza teológica. El conflicto aceleró esta tendencia al demostrar la futilidad del fundamentalismo religioso, aunque a un alto precio. Pese a que la creatividad y el ingenio todavía florecían, buena parte de una y otro sufrieron la destrucción sin necesidad. El coste humano se hará más patente cuando examinemos el impacto psicológico de la guerra en el último capítulo.

NOTAS

1. *Vid.* Donagan, B.: «Atrocity, war crime and treason in the English Civil War», 1137-1166. Ver también Roy, I.: «“England turned Germany?”. The aftermath of the Civil War in its European context», 127-144.

2. *Vid.* Repgen, K.: *Dreißigjähriger Krieg und Westfälischer Friede* , 112-152.

3. *Vid.* Freytag, G., vol. IV. Hay un análisis más detallado en Ping, L. L., en especial en las páginas 235-264. Ver también Cramer, K., 141-216; Maierhofer, W.

4. *Vid.* Hoeniger, R.: «Der Drei*ß* igjährige Krieg und die deutsche Kultur», 403-450 y su «Die Armeen des Drei*ß* igjährigen Krieges», 300-323. Un ejemplo de las críticas de R. Hoeniger se recoge en Mehring, G.: «Wirtschaftliche Schäden durch den Drei*ß* igjährigen Krieg im Herzogtum Württemberg», 58-89.

5. Desarrollados por primera vez en un artículo en 1947, los puntos de vista de Steinberg tuvieron un gran impacto en su breve libro *The Thirty Years War and the Conflict for European Hegemony 1600-1660* . Su interpretación la ratifica H. U. Wehler, en su influyente historia general de Alemania: *Deutsche Gesellschaftsgeschichte* , vol. I, 54. Otras contribuciones importantes para el debate incluyen a Lütge, F.: «Die wirtschaftliche Lage in Deutschland vor Ausbruch des Drei*ß* igjährigen Krieges», 43-99. Ver también Rabb, T. K.: «The effects of the Thirty Years War on the German economy», 40-51; Ergang, R.

6. La información sobre los efectivos hacia 1546 proceden de Schüz, A., 89-94.

7. *Vid.* Miehe, L.: «Der groß e Krieg und die kleinen Leute. Die sozialen Folgen des Dreiß igjährigen Krieges», 43-54.

8. *Vid.* Springell, F. C., 60.

9. *Vid.* Friesenegger, M., 55.

10. *Vid.* Robisheaux, T., 217-221.

11. *Vid.* Hippel, W. von: «Bevölkerung und Wirtschaft im Zeitalter des Dreißigjährigen Krieges», 413-448. Ver también Gutmann, M. P.: *War and Rural Life in the Early Modern Low Countries* , 88, 152.

12. Ejemplos en Friesenegger, M., 60, 66, 69, 74-75, 79. Ver también Conrad, H. und Teske, G., 31. Cita extraída de Peters, J., 70.

13. *Vid.* Franz, G.: *Der Dreißigjährige Krieg und das deutsche Volk* . Ver también Dipper, C., 43-44; Press, V.: *Kriege und Krisen. Deutschland 1600-1715* , 269-271. Para las estimaciones más bajas y una crítica a la metodología de Franz, ver Thiebault, J.: «The demography of the Thirty Years War revisited», 1-21.

14. El total de 8 millones es dado por Clodfelter, M., 5.

15. *Vid.* Cerman, M.: «Bohemia after the Thirty Years War: some theses on population structure, marriage and family», 149-175.

16. *Vid.* Miehe, L.: «Zerstörungen durch den Dreiß igjährigen Krieg in westelbischen Städten des Erzbistums Magdeburg und des Hochstiftes Halberstadt», 31-47. Ver también Hüttl, L., 70-71; Martin, P., 225-231.

17. *Vid.* Roeck, B.: «Bayern und der Dreißigjährige Krieg. Demographische, wirtschaftliche und Soziale Auswirkungen am Beispiel Münchens», 434-458. Ver también Kleinehagenbrock, F., 90-91; Lindegren, J.: «Men, money and means», 129-162, en especial 158.

18. *Vid.* Mortimer, G.: *Eyewitness Accounts of the Thirty Years War 1618-1648* , 171.

19. *Vid.* Ritter, A.: «Der Einfluß des Dreißigjährigen Krieges auf die Stadt Naumburg an der Saale», 1-96, en especial 41-47. Ver también Conrad, H. und Teske, G., 57-60; Kleinehagenbrock, F., 79.

20. *Vid.* Urlanis, B. Z., 43-44. Ver también Franz, G.: *Dreißigjähriger Krieg und das deutsche Volk* , 5, nota 2, que estimó el total de muertes por arma en el Imperio en 325 000-338 000. En este caso, parece haber subestimado más que sobreestimado.

21. *Vid.* Peters, J., 117, 122.

22. *Vid.* Riezler, S. (ed.), «Kriegstagebücher aus dem ligistischen Hauptquartier 1620», 77-210, en especial 84, 104. Ver *ibid.* , 86-89 para los estándares de la atención médica. Las tasas de enfermedad a partir de los datos de Pohl, J.: «Die Profiantirung der Keyserlichen Armaden ahnbelangendt». 39.

23. La proporción de 3 a 1 la propone Clodfelter, M., 6. Los datos sobre Escandinavia aparecen resumidos en Lindegren, J.: «Men, money and means».

24. *Vid.* Cramer, C.: «Territoriale Entwicklung», 171-262, sobre todo 223-224. Ver también Sreenivasan, G. P., 287-289.

25. *Vid.* Roeck, B.: *Eine Stadt in Krieg und Frieden. Studien zur Geschichte der Reichsstadt Augsburg zwischen Kalenderstreit und Parität* , 880.

26. *Vid.* Liberles, R.: «On the threshold of modernity: 1618-1780», 9-92, en especial 54-56.

27. *Vid.* Möllenberg, J.: «Überlingen im Dreißigjährigen Krieg», 25-67, en especial la 46.

28. *Vid.* Buchner, A. und Buchner, V., 212. Ver también Kleinehagenbrock, F., 78.

29. *Vid.* Eckert, E. A., en especial las páginas 132-154. Ver también Concanon, R. J. C.: «The third enemy: the role of epidemics in the Thirty Years War», 500-511.

30. La mortalidad de Kroppenstadt se extrae de las notas de R. Volkholz en *Jürgen Ackermann, Kapitän beim Regiment Alt-Pappenheim 1631* , 37. Otros ejemplos que subrayan la importancia de las epidemias se pueden encontrar en Roeck, B.: *Eine Stadt in Krieg und Frieden. Studien zur Geschichte der Reichsstadt Augsburg zwischen Kalenderstreit und Parität* , 630-653. Ver también Rieck, A., 200-201.

31. *Vid.* Weigl, A.: «Residenz, Bastion und Konsumptionsstadt», 31-105, en especial 67. Ver también Miehe, L.: «Die Bevölkerungsentwicklung in Städten des Erzstiftes Magdeburg und des Hochstiftes Halberstadt während des Drei*ß* igjährigen Krieges», 95-117, sobre todo 100.

32. *Vid.* Bercé, Y. M., 112-116. Se recoge el testimonio de un testigo presencial de la propagación del brote alsaciano en Levy, A., 23-24.

33. *Vid.* Friedrichs, C. R., 35-53. Para saber más sobre Hans Heberle, ver Zillhardt, G.

34. *Vid.* Hippel, W. von: «Bevölkerung und Wirtschaft im Zeitalter des Dreißigjährigen Krieges», 417, 446.

35. *Vid.* Musall, H. und Scheuerbrandt, A.: «Die Kriege im Zeitalter Ludwigs XIV und ihre Auswirkungen auf die Siedlungs-, Bevölkerungs- und Wirtschaftstruktur der Oberrheinlande», 357-378. Ver también Dahm, H.: «Verluste der jülich-bergischen Landmiliz im Dreißigjährigen Krieg», 280-288; Vasold, M.: «Die deutschen Bevölkerungsverluste während des Dreißigjährigen Krieges», 147-160.

36. *Vid.* Roeck, B.: *Als wollt die Welt schier brechen. Eine Stadt im Zeitalter des Dreißigjährigen Krieges* , 62-63, 95.

37. *Guardian* , miércoles 19 de septiembre de 2007, comentario sobre la crisis bancaria actual. Un análisis más detallado en Kindelberger, C. P.: «The economic crisis of 1619 to 1623», 149-175. Ver también Gerhard, H. J.: «Ein schöner Garten ohne Zaum. Die währungspolitische Situation des Deutschen Reiches um 1600», 156-177; Opel, J. O.: «Deutsche Finanznoth beim Beginn des Dreißigjährigen Krieges», 213-268.

38. *Vid.* Winkelbauer, T.: *Ständefreiheit und Fürstenmacht. Länder und Untertanen des Hauses Habsburg im konfessionellen Zeitalter (Österreichische Geschichte 1522-1699)* , I, 483-484. Ver también Möllenberg, J.: «Überlingen im Dreißigjährigen Krieg», 55-56.

39. *Vid.* Kroker, E. Ver también Ritter, A.: «Der Einfluß des Dreißigjährigen Krieges auf die Stadt Naumburgan der Saale», 22-25.

40. *Vid.* Hock, B. J., 48-49. Ver también Bötzinger, M., 51. Más ejemplos en Levy, A., 22-23. I. mit den Landständen während des Dreißigjährigen Krieges», 268-348, en especial 278-287. Ver también Ilisch, P.: «Money and coinage during the Thirty Years War», I, 345-351.

41. *Vid.* Falke, J.: «Die Steuerverhandlungen des Kurfürsten Johann Georgs

42. Por ejemplo, se puede ver la cooperación a través del círculo de Franconia: Weber, R., 246-251, 258, 262-263.

43. *Vid.* Robisheaux, T., 205-208.

44. Esta interpretación todavía sigue vigente, por ejemplo Schilling, H.: *Höfe und Allianzen. Deutschland 1648-1763* , 61-70.

45 . *Vid.* Gelder, R. van. Ver también Malekandathil, P.

46 . *Vid.* Tode, S.: «Das Hamburger Umland im Dreißigjährigen Krieg», 145-180. Ver también Miehe, L.: «Zerstörungen durch den Dreißigjährigen Krieg in westelbischen Städten des Erzbistums Magdeburg und des Hochstiftes Halberstadt», 37.

47 . *Vid.* Wohlhage, M.: «Aachen im Dreißigjährigen Kriege», 1-64, en especial 11. Ver también Langer, H.: «Army finances, production and commerce», I, 293-299.

48 . *Vid.* Warde, P., 246-247.

49 . *Vid.* Heinisch, R. R.: *Paris Graf Lodron. Reichsfürst und Erzbischof von Salzburg* , 209-213. Ver también Sreenivasan, G. P., 333-334.

50 . *Ibid.* , 287. Ver también Junius, M. A.: «Bamberg im Schweden-Kriege», 1-168, en 135-139, 153.

51 . *Vid.* Buchner, A. und Buchner, V., 79.

52 . En la actualidad, existe abundante literatura sobre este tema. Las contribuciones recientes más importantes incluyen Cerman, M. und Zeitlhofer, H. Ver también Hagen, W. W.

53 . *Vid.* Möllenberg, J.: «Überlingen im Dreißigjährigen Krieg», 35, 63. Ver también Rechter, G.: «Der Obere Zenngrund im Zeitalter des Dreißigjährigen Krieges», 83-122.

54 . *Vid.* Möllenberg, J.: «Überlingen im Dreißigjährigen Krieg», 58, 61. Para profundizar más sobre este asunto, ver Hattenhauer, C.

55 . *Vid.* Ortlieb, E., 212-218. Ver también McKay, D., 71; Sellin, V., 77-78.

56 . *Vid.* Blaich, F.: «Die Bedeutung der Reichstage auf dem Gebiet der öffentlichen Finanzen im Spannungsfeld zwischen Kaiser, Territorialstaaten und Reichsstädten (1493-1670)», 79-111. Ver también Conrad, H. und Teske, G., 38, 199-204; Sreenivasan, G. P., 297-305.

57 . *Vid.* Klingebiel, T., 246.

58 . *Vid.* Repgen, K.: *Dreißigjähriger Krieg und Westfälischer Friede* , 677-694. Ver también Vann, J. A., 207-248.

59 . *Vid.* Breysig, K.: «Der brandenburgischen Staatshaushalt in der zweiten Hälfte des siebzehnten Jahrhunderts», 1-42, 117-194, en especial 28-34.

60 . Algunos ejemplos importantes se incluyen en Tilly, C.: *Capital, Coercion*

. *and European States AD990-1992* . Ver también Ertman, T.; Porter, R. D.

61. Estos argumentos los ha expuesto Johannes Burkhardt, cuyas ideas son más accesibles en lengua inglesa en su «The Thirty Years War», 272-290.

62. *Vid.* Schilling, H.: *Konfessionalisierung und Staatsinteressen 1559-1660* , 352-353.

63. *Vid.* Kunisch, J.: *Absolutismus* . Ver también Vierhaus, R. Para un análisis sobre estos acontecimientos, ver Wilson, P. H.: *Absolutism in Central Europe* .

64. *Vid.* Asch, R. G.: «Estates and princes after 1648: the consequences of the Thirty Years War», 113-132. Ver también Press, V.: «Soziale Folgen des Dreißigjährigen Krieges», 239-268; Schlögl, R.: «Absolutismus im 17. Jahrhundert–Bayerischer Adel zwischen Disziplinierung und Intergration», 151-186.

65. *Vid.* Behnen, M.: «Der gerechte und der notwendige Krieg. “Necessitas” und “utilitas reipublicae” in der Kriegstheorie des 16. und 17. Jahrhunderts», 42-106.

66. Ver Capítulo 5 de este volumen, pág. 195. Para profundizar en el análisis de este punto, ver Pröve, R.: «Gewalt und Herrschaft in der Frühen Neuzeit», 792-806.

67. Un análisis más profundo de este enfoque en Ogilvie, S.: «Germany and the seventeenth-century crisis», 417-441.

68. *Vid.* Junius, M. A.: «Bamberg im Schweden-Kriege», 27. Ver también Kleinehagenbrock, F., 275.

69. *Vid.* Dudik, B.: «Tagebuch des feindlichen Einfalls der Schweden in das Markgrafthum Mähren während ihres Aufenthaltes in der Stadt Olmütz 1642–1650», 309-485, en especial 360.

70. Un buen análisis del colapso de la justicia en Ludwig, U.: «Strafverfolgung und Gnadenpraxis in Kursachsens unter dem Eindruck des Dreißigjährigen Krieges», 200-219. Los datos sobre el clero son de Kist, J.: *Fürst- und Erzbistum Bamberg* , 106. Ver también Heydendorff, W. E.: «Vorderösterreich im Dreißigjährigen Krieg», 74-142, en especial la 139.

71. 6 de octubre de 1638, *HHStA* , KA 94 (neu), fol. 152-153.

72. *Vid.* Hock, B. J., 172-173.

73 . *Vid.* Klinger, A., 116-125.

74 . *Vid.* Pils, S. C.: «Stadt, Pest und Obrigkeit», 353-378. Ver también Kleinehagenbrock, F., 92-101.

75 . Todavía no hay una historia cultural satisfactoria de la guerra. Algunos aspectos de las bellas artes se abordan en los vols. II y III de Bussmann, K. & Schilling, H. Aunque ofrece un espectro más amplio, la única y autoproclamada historia cultural de la guerra carece de su origen marxista controlado por el estado germano oriental: Langer, H.: *The Thirty Years War* .

76 . El tratado breve de Federico sobre la literatura alemana, escrito en 1780, en Volz, G. B., VIII, 74-99, en especial 77-78.

77 . *Vid.* Evans, R. J. W.: «Learned societies in Germany in the seventeenth century», 129-151, en especial 142. Ver también su «Culture and anarchy in the Empire 1540-1680», 14-30.

78 . *Vid.* Kaufmann, T. D.: *Court, Cloister and City. The art and culture of Central Europe, 1450-1800* .

79 . *Vid.* Keunecke, H. O.: «Maximilian von Bayern und die Entführung der Biblotheca Palatina nach Rom», 1401-1446. Ver también Häcker, S.: «Universität und Krieg. Die Auswirkungen des Dreißigjährigen Krieges auf die Universitäten Heidelberg, Tübingen und Freiburg», 163-173; Weber, R., 476-479.

80 . *Vid.* Moser, D. R.: «Friedensfeiern–Friedensfeste», 1133-1153. Ejemplos de artistas que huyen en Tacke, A.: «Der Künstler über sich im Dreißigjährigen Krieg», 999-1041.

81 . *Vid.* Brecht, M.: «Protestant peace initiative: Johann Rist's call to penance», I, 251-257. Ver también Bassler, M.: «Zur Sprache der Gewalt in der Lyrik des deutschen Barock», 125-144.

82 . *Vid.* Knauer, M.

83 . *Vid.* Kunzle, D. Ver también Roeck, B.: «The atrocities of war in early modern art», 129-140.

84 . Un análisis más profundo de la serie de Callot en Paret, P., 31-45.

85 . *Vid.* Meise, H. *et al.*

86 . Reproducido en Glaser, H., II, part II, 466-467. Varias de las imponentes pinturas de Snayers cuelgan hoy día del Museo Heeresgeschichtliches de

Viena. La representación de la batalla de la Montaña Blanca aparece reproducida en Chaline, O.: *La Bataille de la Montagne Blanche* .

87. *Vid.* Rohmer, E.: «Den Krieg als ein “anderer Vergil” sehen», 1043-1061.

88. En 1912, apareció una traducción en lengua inglesa de *Simplicissimus* . La mejor versión es *The Adventures of Simplicius Simplicissimus by Hans Jacob Christoffel von Grimmelshausen* , editada por G. Schulz-Behrend, en1993 y que incluye algunas de las muchas críticas literarias que se produjeron con su publicación.

89. Estas lecturas las propone Merzhäuser, A.: «Über die Schwelle geführt. Anmerkungen zur Gewaltdarstellung in Grimmelshausens Simplicissimus», 65-82. Ver también Kühlmann, W.: «Grimmelshausens Simplicius Simplicissimus und der Dreißigjährige Krieg», 163-175.

90. *Vid.* Kaiser, M.: «Der Jäger von Soest. Historische Anmerkungen zur Darstellung des Militärs bei Grimmelshausen», 93-118.

91. *Vid.* Heinisch, R. R.: *Paris Graf Lodron. Reichsfürst und Erzbischof von Salzburg* , 106-119, 152-170. Ver también Ritter, A.: «Der Einfluß des Dreißigjährigen Krieges auf die Stadt Naumburg an der Saale», 81-83, 93.

---

* N. del T.: La traducción literal sería «los que raspan metal de las monedas y hacen que suban y bajen de precio debido a su distinto peso».

** N. del T.: el título de la edición española es *La pícara coraje coraje* (ed. en esp.: Capitán Swing, 2010).

CAPÍTULO 10

La experiencia de la guerra

LA NATURALEZA DE LA EXPERIENCIA

Testimonio personal

Qué fue la guerra para aquellos que la vivieron constituye una de las más interesantes, aunque difíciles preguntas. Cualquiera que sea la respuesta, se enfrenta a problemas considerables a la hora de identificar e interpretar las pruebas. Para los posestructuralistas y otros teóricos, estas dificultades invalidan todo el concepto de experiencia como categoría analítica. Esto no ha evitado que se haya modificado la manera en que se han estudiado la guerra y otros conflictos modernos desde la década de 1990. [1]

Las investigaciones recientes abordan algunos de estos problemas al distinguir entre dos tipos de experiencia. La primera, *Erlebnis* , es la fugaz experiencia que siente un individuo a través de la constante sucesión de acontecimientos vividos. Esta dimensión subjetiva no se puede estudiar con ninguna precisión real del pasado. La segunda, *Erfahrung* , es el conocimiento acumulado que adquiere un individuo de su experiencia transitoria, lo que implica un proceso de selección y reflexión sobre la vida. La experiencia, en este sentido, se puede estudiar porque tales reflexiones se han llevado al papel y se han preservado.

El enfoque no carece todavía de problemas. El más importante es la relación que existe entre la experiencia individual y la colectiva. No se trata solo de una cuestión de cómo de «típica» o de «individual» podría haber sido la experiencia. Es, también, una cuestión de cómo los individuos perciben y registran los acontecimientos, ya que estos están filtrados a través de lo que ellos ya conocen y piensan sobre cómo es la vida. Estos problemas quedan más claros cuando examinamos los testimonios personales de primera mano que han llegado hasta nosotros en distintas formas. Las cartas son las más inmediatas, ya que por lo general se escribieron en un momento más cercano a la producción de los acontecimientos. La correspondencia entre príncipes, generales y otros miembros de la élite ha sido muy útil para los historiadores desde hace mucho tiempo, pero las cartas de la gente más humilde solo están comenzando a estudiarse ahora, en parte porque las que se conservan son muchísimas menos. [2] Lo siguiente en términos de inmediatez son los cuadernos familiares, que contienen una mezcla ecléctica de declaraciones personales, oraciones y datos de la familia. Los diarios y crónicas también han sobrevivido, en general compilados por un individuo, aunque a veces aumentadas por un pariente y continuadas como cuaderno familiar. Llevar un diario se convirtió en una tarea muy habitual gracias a la difusión de los calendarios impresos alrededor de 1600, ya que estos permitían tener un sentido más cronológico del tiempo. Hans Heberle, un zapatero que formaba parte de la de servidumbre de una villa cercana a Ulm, comenzó el suyo en 1618 cuando tenía veinte años y lo mantuvo hasta 1672, solo cinco años antes de su muerte. Por otro lado, la forma de testimonio más retrospectiva es la autobiografía. Estas divergen mucho a principios del siglo XVII. Van desde unos escasos detalles personales preparados como base para una oración funeraria a recopilaciones más extensas. Un catálogo publicado hace una década lista 240 diarios, crónicas y autobiografías de 226 hombres y 9 mujeres de los años de la guerra que ya han sido publicados. El número total es probable que sea mucho mayor, ya que de forma constante se encuentra nuevo material. [3]

Al igual que los diarios, las autobiografías estuvieron muy influidos por la tradición europea de registrar los acontecimientos en forma de crónica. Los autores del siglo XVII se solían afanar en mostrar un estilo desinteresado e impersonal, en el que ellos mismos se situaban, en lo que consideraban su contexto más general. A menudo, estos relatos carecen de reflexión sobre los eventos o sobre la descripción de emociones o percepciones psicológicas que

sí se pueden encontrar en algunos trabajos del siglo XVI y que se hicieron más comunes en aquellos escritos realizados a partir de la década de 1770. Había muchos motivos para escribir. Algunos eran puramente personales, quizá como una forma de hacer frente a los malos tiempos. Otros se compilaron para educar a la familia, a los amigos o a una comunidad. Este último fue el caso de los diarios que mantenían las monjas, que constituyen el grueso de las escasas escritoras femeninas cuyos trabajos han perdurado. [4]

El carácter, a menudo mundano, de muchos de estos textos llevó a que, por lo general, fueran rechazados hasta los primeros años de la década de 1990, a favor de relatos más dramáticos y de ficción como la novela de Grimmelshausen, o registros oficiales, en apariencia, más «fiables». Aunque hay un riesgo de caer en la miopía en la moda actual por la «microhistoria», la investigación reciente ha trabajado mucho para disipar la anterior reticencia sobre la fiabilidad del testimonio personal. Tales fuentes son útiles no tanto por la precisión de la descripción de los eventos como por la manera en que se percibió y recordó la guerra. Identificar lo que los autores eligieron registrar u omitir nos dice mucho sobre lo que ellos consideraban importante o traumático. La recurrencia de temas y pasajes copiados de otros textos o adheridos de periódicos nos permiten trazar el fluir de las ideas y la información. [5]

La guerra como acontecimiento mediático

El desencadenamiento de la guerra coincidió con nuevos desarrollos en la cultura de la imprenta europea, que se aceleraron, en gran medida, debido a la posterior sed de noticias en el Imperio. La información todavía circulaba de boca en boca propagada por viajeros y refugiados y, por escrito, a través de redes de corresponsales mantenidos por gobiernos, compañías, mercaderes y, con frecuencia, militares de alta graduación y personajes de la Iglesia. Estas redes recibieron una enorme ayuda con el desarrollo de los sistemas postales regulares, de los que el más importante fue el servicio postal imperial, operado como monopolio por la familia Thurn und Taxis a partir de 1490. El servicio mantenía rutas regulares con mensajeros y, más tarde, con carrozas postales, que coincidían en los centros de mayor importancia como Fráncfort del Meno. El empleo de caballos permitió enviar una carta a cien kilómetros de distancia en el término de veinticuatro horas. Los Thurn und Taxis fueron recompensados con riquezas y adquirieron el estatus de nobleza hereditaria

en 1515, lo que los convirtió en barones (en 1608), luego en condes (1624) y, por último, en príncipes imperiales (1695).

Su servicio facilitó la difusión de los periódicos regulares al proporcionar la distribución necesaria para que las noticias impresas fueran un negocio viable desde el punto de vista comercial. Los periódicos se iniciaron en Estrasburgo y Amberes en 1605 y hacia 1618 habían surgido en, al menos, otras cinco ciudades. La Defenestración de Praga el 23 de mayo de 1618 ya apareció en junio en el periódico de Fráncfort. La difusión de la guerra provocó que se expandieran con rapidez, pues, solo en 1619, aparecieron seis nuevas cabeceras, seguidas de otras diecisiete en la década de 1620 y doce más tras la intervención de Suecia. Algunos tuvieron que cerrar, otros aparecían solo de modo irregular, pero en 1648 existían alrededor de treinta periódicos semanales con una distribución total de 15 000 copias, comparadas con las 100 copias impresas la semana anterior a 1618. El número total de lectores era unas veinte veces mayor al de la cifra de distribución, ya que los periódicos circulaban entre amigos o se leían en voz alta a los vecinos analfabetos. El Imperio lideró el camino. No hubo un equivalente francés hasta 1631 y la mayoría del resto de países tuvieron que esperar hasta finales del siglo XVII. [6]

Hay diferencias sustanciales entre estas publicaciones y sus equivalentes modernos. Los periódicos de principios del siglo XVII evitaban el comentario explícito y no contemplaban como misión moldear la opinión. El primer editorial apareció en un periódico alemán en 1687. La mayor parte del texto de los diarios, si no todo, se componía de pronunciamientos oficiales, tratados, documentos y cartas. El resto se concentraba en acontecimientos diplomáticos, militares o políticos, casi ignorando las noticias locales o las historias de «interés humano», salvo en los periódicos como el vienés *Ordentliche Postzeitung* , con sede en ciudades residencia de la corte, que ofrecía información sobre la dinastía reinante. Hubo un considerable solapamiento con un género emparentado con el boletín, el famoso *Theatrum Europaeum* , comenzado por el editor de Estrasburgo Johann Philipp Abelin en 1633 y continuado por espacio de un siglo. Se trataba de un registro detallado de los acontecimientos que incluía palabra por palabra numerosos documentos y grabados excepcionales producidos por la familia Merian de Fráncfort. El primer volumen cubrió la guerra desde la Defenestración y los siguientes aparecieron con menos intervalo de tiempo. [7]

El tono sobrio no reflejaba una creencia en el periodismo neutral y

objetivo. La verdad no se consideraba como algo superior o que gozase de diferentes puntos de vista, sino que se relacionaba directamente con conceptos confesionales y jurídicos singulares y definitivos. Esto suscita la cuestión de si los medios impresos u otras formas de comunicación de noticias reflejaban o moldeaban la opinión. El formato más polémico fue el panfleto, que surgió alrededor de 1490 en la primera «revolución mediática» de Europa tras la invención de la imprenta. Los panfletos se centraban en un único asunto y buscaban claramente el comentario y la influencia. Junto con los periódicos que combinaban imágenes con (a menudo) textos rimados, los panfletos fueron una de las principales características de la Reforma, explotados con ingenio por Lutero y que le permitieron convertirse en el primer autor más vendido del mundo. [8]

La primera ley imperial de censura se promulgó en 1521, el año de la proscripción de los escritos de Lutero. La legislación se revisó seis veces hasta 1570 y estableció un comité de censura con sede en el centro postal de Fráncfort que emitía veredictos que debían hacer cumplir las autoridades territoriales relevantes. La fragmentación territorial diluyó el acatamiento efectivo pero la impresión requería un equipo grande y pesado. Era bastante sencillo castigar a los impresores por producir material ofensivo, lo que alentó cierta autocensura cuando los editores se negaban a aceptar trabajos peligrosos. El resultado fue un variado paisaje de medios. Las publicaciones en ciudades como Hamburgo o Wolfenbüttel se abstenían, a menudo, de mostrar puntos de vista extremistas, porque estas localidades deseaban llevarse bien con todo el mundo. Aquellos con sede en ciudades que tenían una asociación más firme con uno de los beligerantes eran más activistas. Un buen ejemplo es el vienés *Ordentliche Postzeitung* , donde las noticias de la guerra ocupaban un 55 % de los artículos, seguidas de material sobre la corte, que suponía otro tercio. Casi dos terceras partes de los artículos se mostraban claramente a favor de la causa del emperador y, de ellos, una cuarta parte hostiles al enemigo. [9]

Las autoridades se dieron pronto cuenta del poder de la prensa. El editor de Amberes, Abraham Verhoeven, persuadió al archiduque Alberto en 1620 de que le concediese una licencia para un periódico impreso tras decirle que el gobierno mejoraría su reputación mediante la publicación de los detalles de sus victorias. [10] Sin embargo, la actitud oficial continuó siendo desigual. No había intención de transparencia o de libertad de información. Los asuntos públicos se consideraban más allá del entendimiento de los mortales

ordinarios y estaban reservados como «misterios de estado» a aquellos cuya alta cuna se suponía que les dotaba de un mayor entendimiento. Las instituciones representativas podían desafiar el secreto monárquico o principesco, pero rara vez desearon compartir el conocimiento que obtenían con el resto de la población. Aunque también había una pretensión de dirigirse a un público que abarcaba a los vivos y a los que estaban todavía por nacer. Los gobernantes ansiaban el capital social asociado a la reputación. Querían proyectar sus actos de conformidad con virtudes idealizadas, tales como la justicia, la prudencia y la clemencia, no solo para conseguir sus objetivos presentes sino para dejar un legado glorioso a la posteridad. Esas consideraciones moldeaban la manera en que se presentaba la política, como hemos visto con la *Apología* de los Confederados bohemios, el manifiesto de Gustavo Adolfo y la declaración de guerra de Richelieu.

Algunos acontecimientos importantes como el saco de Magdeburgo obligaron a los periódicos a proporcionar explicaciones que suponían una inevitable toma de partido. Algunos, como los que operaban desde la seguridad de Zúrich, pudieron ser abiertamente activistas. Sin embargo, los periódicos eran empresas comerciales, al igual que la mayoría de los panfletos, salvo aquellos subsidiados por el Gobierno. También se enfrentaban a dificultades prácticas y técnicas y dependían de «filtraciones» deliberadas, documentos oficiales, viajeros o confidentes no pagados para obtener la información, ya que nadie mantenía a sus propios periodistas. Al no existir las leyes de la propiedad intelectual, buena parte del material era simplemente tomado de otras publicaciones. Los textos tipografiados de los impresores como noticias salían poco trabajados y sin apenas diseño y, en algunas ocasiones, contenían de modo inadvertido informes contradictorios o descaradamente falsos. Pocos gobernantes querían empañar sus reputaciones y mostrarse tiránicos, por lo que continuó siendo posible imprimir puntos de vista diferentes. Alrededor del 5 % de los contenidos sobre la guerra del *Ordentliche Postzeitung* eran hostiles al emperador, mientras que otro 7 % llegaba a favorecer al enemigo.

Lo mismo sucedía con los panfletos, que emplearon más a fondo elementos estilísticos dirigidos a fomentar la simpatía con los puntos de vista del autor y en los que era más probable incluir noticias sensacionalistas y descripciones gráficas de la violencia. Los comentarios protestantes sobre la masacre de La Valtelina de 1620 la tildaron, en general, de «baño de sangre», mientras que los católicos se referían a la «extirpación de la herejía». Y, sin

embargo, ningún lado vio que la violencia careciera de sentido. La verdadera cuestión era como juzgar a los participantes de acuerdo con las versiones rivales de la legalidad. Esto abrió la puerta a la autocrítica. Por ejemplo, a los católicos les preocupaba si los perpetradores habían pecado al valerse de la religión como una excusa para adueñarse de propiedad protestante. [11] La propaganda motivada por la confesionalidad buscaba aglutinar opinión sobre la base de la fe, así como socavar y aislar a los oponentes. Sin duda, convenció a muchos de que el conflicto era una guerra religiosa. Aunque la tendencia general fue secular. Los distintos ejércitos no aparecían como protestantes o católicos sino como suecos, bohemios, bávaros o imperiales. Las noticias sobre el sultán musulmán aparecían junto a reportajes sobre las actividades de los gobernantes cristianos. La prominencia dada a los generales y a otras personalidades sugería aún más el carácter en esencia humano, no divino, de los acontecimientos.

RELACIONES CÍVICO-MILITARES

La comunidad militar

Los soldados existían como un grupo aparte, unidos, una vez alistados, por su juramento de obedecer «las leyes de la guerra» o el código militar, que preveían la pena de muerte y otros castigos terribles por cometer delitos. El juramento se incrusta en el corazón de la sociedad temprana moderna como base de todas las formas de asociación. Los súbditos rendían homenaje a sus señores y príncipes en el momento de su ascensión. Los ciudadanos y artesanos juraban mantener la carta cívica y los estatutos del gremio. La ceremonia simbolizaba la reciprocidad de derechos y deberes. El elemento cohesionador de la vida militar se estaba erosionando debido al énfasis en la jerarquía, la obediencia y la disciplina. Sin embargo, la regulación oficial era solo un factor, junto con la costumbre y la honra personal, para determinar el comportamiento.

La interpretación sobre la soldadesca en la Guerra de los Treinta Años se ha visto empañada por las connotaciones peyorativas del término «mercenario». La mayor parte de la historia militar escrita en los siglos XIX y XX descansa en la asunción de que los voluntarios o conscriptos que servían a su país en un ejército permanente y profesional eran, de forma inherente, mejores soldados. El énfasis reciente en la guerra religiosa sugiere

que la fe podría haber proporcionado motivación y cohesión durante la Guerra de los Treinta Años, aunque los historiadores militares tradicionales han concluido que los soldados carecían de ideales y que sencillamente servían al que les pagase más. [12] La interpretación estándar manifiesta déficits institucionales, como la escasez de regimientos permanentes y la aparente ausencia de lealtades nacionales o políticas. Las instituciones militares de principios de siglo XVII se comparan con sus sucesoras y se las encuentra deficientes. Los problemas intrínsecos a tales comparaciones se exponen cuando estas se revierten. Por ejemplo, las guerras revolucionarias y napoleónicas son aclamadas, a menudo, porque suponen el nacimiento de los ejércitos modernos basados en «ciudadanos en armas» motivados, aunque, también, eran destructivos y permanentes, y mostraron muchas de las características encontradas durante la Guerra de los Treinta Años, incluidas las altas tasas de deserción.

Un estudio anterior concluyó que, en general, no había suficientes evidencias para analizar a los soldados que lucharon en la Guerra de los Treinta Años. [13] Casi veinticinco años más tarde, esta cuestión continúa siendo uno de los aspectos menos investigados del conflicto, aunque han aparecido trabajos suficientes como para hacerse alguna idea global. No hay evidencias convincentes que sugieran que hubiese una representación más que proporcional de criminales en las filas. Baviera cesó de condenar a hombres a las galeras venecianas cuando estalló la guerra y en su lugar los sentenciaba a servir como «*matrosses* » (*Handlanger*), esto es, asistentes de artillería, que ayudaban a emplazar las piezas. No más de 200 hombres ingresaron de esta forma en el ejército bávaro entre 1635 y 1648. [14] La mayoría de los soldados o se presentaban voluntariamente, o eran conscriptos procedentes de la milicia territorial del Imperio, o mediante las reclutas en Dinamarca, Suecia y Finlandia. Ambos sistemas obligatorios tenían como objetivo reclutar hombres con características similares: jóvenes, solteros, cuya ausencia no afectase a la economía civil. Las normas vigentes se ignoraban si no había suficientes hombres disponibles. No obstante, la mayoría de los nuevos reclutas eran hombres solteros de veintipocos años. Por el contrario, cuatro de cada cinco trasladados de un ejército a otro venían con esposa y, a menudo, con familia a sus espaldas. En cualquier caso, eran bienvenidos, ya que su experiencia previa era muy valorada por los oficiales, a pesar de los problemas logísticos que causaban sus dependientes, que multiplicaban el número de los acompañantes de los ejércitos.

Los antiguos trabajadores de la industria textil y de la construcción formaban el grupo más grande detraído directamente de la vida civil. Estos oficios se encontraban entre los más afectados por la guerra. También eran urbanos y hay evidencia suficiente de que un desproporcionado número de reclutas procedían de pequeñas ciudades, aunque muchos de ellos podrían haber sido muy bien refugiados procedentes del campo. [15] Se trataba, en buena parte, de granjeros más que de campesinos propietarios. Los estudiantes, antiguos funcionarios públicos y otros hombres con educación formaron una diminuta minoría, aunque predominan entre aquellos que dejaron testimonios personales. Los ejércitos suecos y, en menor medida, los daneses, fueron diferentes en que ellos reclutaron sobre todo en Alemania y en sus filas había bastantes pocos nativos. Alrededor de una quinta parte del ejército francés estaba formada por extranjeros, sobre todo, suizos (una cuarta parte de los extranjeros) y, a continuación, irlandeses, alemanes, alsacianos e italianos por ese orden. Los suizos y los irlandeses eran reclutados en regimientos independientes por contratistas militares, pero los otros se solían alistar porque las unidades francesas servían en sus regiones. Lo mismo sucede con el ejército bávaro. Las unidades levantadas en Colonia tenían una proporción mayor de no alemanes gracias a la proximidad a las Provincias Unidas y otros territorios buenos para la recluta. Aunque los propios súbditos del elector eran una minoría en el Ejército bávaro, solo uno o dos de cada diez soldados «bávaros» procedían de fuera de las fronteras del Imperio. El elemento extranjero incluía, a menudo, a prisioneros obligados a prestar servicio después de una victoria o de la conquista de una plaza. Esta práctica se hizo común a partir de 1620. En 1634, los bávaros obligaron a 1494 hombres hechos prisioneros en Nördlingen a nutrir sus filas para compensar las bajas sufridas por su infantería, mientras que 2487 prisioneros fueron incorporados después de Herbsthausen en 1645. [16] Los oficiales capturados fueron puestos en libertad bajo palabra o se pidió un rescate por ellos. Los carteles de intercambio de prisioneros se utilizaron ya en la década de 1620 y fueron más comunes en la década de 1640, aunque, en términos generales, solo afectaban a oficiales. [17]

La incorporación forzosa de prisioneros a filas diluyó la uniformidad confesional. Los códigos militares habían seguido la tendencia general de la legislación imperial durante el siglo XVI, al usar términos deliberadamente ambiguos que permitiesen a los hombres de todas las confesiones realizar un juramento genérico cristiano de lealtad. La confesión adquirió mayor

importancia a partir de 1618. Los militantes pensaban que solo los verdaderos creyentes podrían ganar con la bendición de Dios. Los disidentes eran sospechosos. Wartenberg culpó de la derrota, de 1631, en Breitenfeld, a la presencia de oficiales protestantes en el ejército imperial. Maximiliano prefería católicos al mando de sus bávaros y, en 1629, el obispo Philipp Adolf von Ehrenberg de Wurzburgo insistió en que la unidad militar que protegía su capital estuviese compuesta solo de católicos. [18]

Tal insistencia reflejaba un deseo que no casaba con la realidad. La caballería cosaca Lisowczycy estaba dirigida por polacos católicos que declaraban luchar por su religión y, sin embargo, la mayoría de los jinetes eran cosacos y ucranianos ortodoxos. La Iglesia ortodoxa de Kiev también se oponía al protestantismo y los hombres no hicieron más que trasladar a Alemania su antiprotestantismo local y tendieron a tratar como enemigos a todos aquellos que no sabían rezar el Ave María. El hecho de que los cosacos estuviesen al servicio de Francia, pero no se encontrasen en ningún ejército protestante sugiere la existencia de un elemento de afección religiosa. [19]

Sin embargo, la confesión era solo uno de los factores que influían en la elección de a quién servir. Los escoceses protestantes sirvieron en los ejércitos polaco e imperial. Aunque fue más habitual su servicio en las fuerzas danesas y suecas, también es cierto que era más fácil llegar a esas tierras desde Escocia. Líderes escoceses católicos reclutaron para las potencias protestantes, mientras que algunos escoceses calvinistas entraron al servicio de Francia. Esta última elección podría haberse debido a un elemento dinástico, dado el matrimonio francés del rey Carlos I. La lealtad a los Estuardo también fue un factor que influyó en aquellos que entraron al servicio de Dinamarca, Suecia y el Palatinado, pues todos ellos podían conciliar con los objetivos políticos de la monarquía británica. [20] El profesionalismo era otro factor que atraía a los hombres a ejércitos con reputaciones establecidas, como los neerlandeses y, más tarde, los suecos. La seguridad de la carrera y la esperanza de obtener mejores perspectivas alentaron las transferencias entre ejércitos. Ocho regimientos polacos dirigidos por oficiales escoceses e irlandeses entraron al servicio del emperador tras la firma de la tregua sueco-polaca de 1635. Muchos hombres se convirtieron a la fe de sus empleadores, aunque no siempre de modo inmediato. Hay ejemplos también de lo contrario, como el caso de un inglés llamado Sydenham Poyntz, que se convirtió al catolicismo tras unirse al ejército protestante sajón. La adhesión a la religión «equivocada» no suponía

una barrera para los ascensos, aunque tampoco ayudaba. Melander ascendió en el ejército imperial a pesar de ser calvinista. Hasta cierto punto, el ejército imperial se mantuvo por encima de las confesiones al ser conveniente desde el punto de vista político incluir tanto a luteranos como a católicos. Wallenstein antepuso la capacidad a la confesión y ascendió a varios protestantes a posiciones de alto rango. Mucha menos atención se le prestó, en cualquier caso, a la religión de los soldados ordinarios, que constituían el grueso de los efectivos.

El caso de Melander y otros ejemplos, como el campesino y más tarde general bávaro Jan van Werth, indican que era posible ascender desde orígenes humildes a lo más alto del escalafón. Muchos oficiales de baja graduación eran plebeyos, aunque los nobles predominaban a partir del grado de capitán. [21] Pese a que algunos oficiales eran hombres con educación, muy pocos contaban con un adiestramiento militar formal. La mayoría aprendían de la experiencia, al servir como suboficiales voluntarios antes de unirse o levantar una compañía. Esto suponía un valor extra para obtener una reputación, así como contactos, en especial, para conocer a hombres respetados que podían escribir una carta de recomendación o conseguir un nombramiento. Augusto von Bismarck pidió ser transferido del Regimiento de Caballería del Alt-Rheingraf al Regimiento de Infantería de Schmidtberg, ambos del Ejército bernardino, al no conseguir ascender en el primero. Eligió Schmidtberg porque ya conocía a algunos de sus oficiales, que se convirtieron en padrinos de sus hijos después de la guerra. [22] La falta de educación reglada no debería equipararse con la falta de capacidades o conocimientos. Incluso el mando de una unidad pequeña requería de una serie de habilidades prácticas como la gestión de personal, logística, contabilidad, negociación y entendimiento de la topografía y la economía rural.

El mayor estatus y responsabilidad de los oficiales los separaban, sin duda, de la masa de soldados ordinarios, pero todos eran parte de una comunidad militar superior que también incluía a los acompañantes del ejército y a dependientes civiles. Todos viajaban juntos y compartían un destino común en el éxito o el fracaso de las operaciones, que no solo determinaba si comerían o dormirían en un lugar confortable, sino que también podían suponer la vida o la muerte.

El alto consumo de alcohol era otra característica obvia. El alcohol era una parte importante de la dieta diaria de los soldados, aunque la cerveza era

mucho más floja de lo que lo es hoy en día. Aplacaba el hambre provocada por la ingesta insuficiente de alimentos. Aunque beber demasiado era tachado de inmoral, las autoridades obtenían unos ingresos considerables de los impuestos sobre el alcohol y los monjes alemanes eran ya célebres por su producción de cerveza y vino. Los intentos de restringir la producción de cerveza se debieron, a menudo, al deseo de conservar el escaso grano y las existencias de madera más que a cuestiones morales. La asignación diaria oficial de un soldado era una medida (1,4 litros) de vino o dos de cerveza. Los soldados alojados en Augsburgo bebían una o dos medidas de vino o cerveza con la comida y continuaban bebiendo por la tarde, lo que resultaba, en particular, peligroso cuando se combinaba con la moda de fumar. Los oficiales comían y bebían más, consumían mejor vino y, junto con sus esposas, tomaban algunos tragos de coñac o vermut por la mañana. Los oficiales celebraban también prolongados y costosos banquetes que llegaban a durar una semana. Gallas y Francisco Alberto de Lauenburgo vaciaron dieciséis barriles de vino durante las negociaciones de julio de 1633, mientras que Banér se solía pasar todo el día bebiendo e hizo que su artillería efectuase 400 disparos para que lo acompañasen durante una borrachera. Como los personajes de *Los tres mosqueteros* de Dumas, los oficiales se sentían compelidos al pago puntual, aunque dejaron pendientes, con frecuencia, cuentas de hasta 1500 florines, lo que equivalía a la mitad del valor de una taberna. [23]

El saqueo

La literatura y el arte coetáneos sugieren que las relaciones civiles-militares eran, por lo general, antagónicas. La imagen más común es la de soldados saqueando villas y torturando a campesinos, seguida de la descripción de estos últimos vengándose de los merodeadores. La frecuencia de estos motivos sugiere que la guerra se percibía como una intrusión violenta en la vida cotidiana. También encaja con la presentación oficial del conflicto desde los púlpitos protestantes y católicos como el azote de Dios en castigo de gente pecadora. Los que perpetran la violencia en los cuentos son extranjeros con un exotismo abrumador como croatas, cosacos, finlandeses o suecos.

Un análisis detallado del saqueo sugiere una relación más compleja. Un buen ejemplo es la incursión hessiana en Hilden, una villa de 700 habitantes del ducado de Berg. En su avance desde Hamm, los hessianos llegaron a las

afueras de Hilden el 2 de agosto de 1648, y se apoderaron en los prados de 17 caballos y 54 vacas que pertenecían a 16 campesinos. El ganado era el blanco favorito porque se lo podían llevar con rapidez y venderlo o sacrificarlo para su consumo inmediato. Un soldado anónimo registra como su «mozo» (sirviente) se hacía con un caballo y una «buena vaca» en Durlach en 1634 y vendía esta última por once florines en la cercana Wimpfen. Hay también muchos casos de soldados que cosechaban cereales para su propio uso, lo que requería más tiempo y esfuerzo que el robo de ganado. [24] Los hessianos irrumpieron también en diecisiete hogares, todos de la parte occidental de Hilden, y se apoderaron de pan, mantequilla, carne, centeno y otros alimentos, además de utensilios portátiles como platos de estaño, calderos, arneses, prendas de vestir y ropa de cama, que podían ser de utilidad o vendidos por un modesto beneficio. Rajaban las camas y sacaban las plumas, bien para quedarse con el lino o para encontrar objetos de valor. La búsqueda de objetos valiosos podía resultar en ulteriores daños, en especial a las camas, cuyo valor oscilaba entre una tercera y una cuarta parte del ajuar del hogar. También se abrían o rompían alacenas y cofres. Sin embargo, los muebles corrían mayor peligro en el caso de una ocupación prolongada, al ser susceptibles de ser empleados como leña. Los incursores rara vez se quedaban el tiempo suficiente para hacer más daño, a menos que incendiasen el lugar. Su apresuramiento elevaba el riesgo de violencia. La tortura como medio para conseguir que les revelaran los escondites es otra de las imágenes de la guerra. Aparece con frecuencia a través del rumor. El pastor Martin Bötzinger es uno de los pocos que registra como fue obligado a ingerir el infame «trago sueco, hecho con estiércol, que me hizo perder casi todos mis dientes». [25] Pero a diferencia de las veintiséis familias que padecieron en Hilden, Bötzinger era el líder de una comunidad y tenía 300 táleros en metálico escondidos. La experiencia de Hilden fue más común, donde lo peor que podía ocurrir era que le pegasen una paliza a aquellos que se interpusiesen en el camino o que fuesen detenidos por soldados frustrados por no encontrar nada de valor. El mayor quebranto fueron los 112 táleros perdidos por un granjero, en gran parte debido al robo de nueve vacas. La pérdida total de la villa ascendió a 1178 táleros.

Hay poco que sugiera que el saqueo empeorase o se hiciese más sistemático avanzado el conflicto. Los reclutas y las unidades recién levantadas debían aprender cómo trabajar en equipo para sellar una comunidad y apoderarse de sus activos, pero no hizo falta una generación

para perfeccionar unas técnicas que ya se habían generalizado en las Provincias Unidas y en Hungría antes de 1618. El saqueo solo funcionaba gracias a la existencia de un mercado civil para bienes robados. Los civiles también podían participar directamente. Los sirvientes ayudaban a robar a sus señores, en ocasiones, de buena gana. La gente ajustaba cuentas y delataba los tesoros de sus vecinos, o evitaban el robo en su propia puerta diciendo a los soldados que se suponía que había un mejor botín en otro lado. Los civiles se unían a partidas de incursores y se comportaban igual de mal que los soldados. Pillaban los cadáveres después de las batallas y encontraban, a menudo, en los cuerpos objetos de valor procedentes de otros saqueos que volvían a vender. La guerra deterioró la buena vecindad y aquellos que todavía tenían dinero pudieron beneficiarse a expensas de los menos afortunados. Las monjas agustinas de Mariastein, cerca de Eichstätt, renovaron su convento después de Nördlingen con utensilios y otros elementos que «la gente que pedía daba o vendía por casi nada o a cambio de un trozo de pan». [26]

La negociación

El interés civil en lo militar podía extenderse más allá de lo puramente material. Al viajar con su padre desde Leipzig, su ciudad natal, a Magdeburgo, donde debía tomar posesión de un cargo, Friedrich Friese recordaba cuando pasaron por el puesto de control de la ciudad en una fría noche de 1628. Mientras sus hermanas tiritaban, «vimos mosqueteros con las mechas encendidas, que de otro modo nunca hubiéramos visto […] el olor a mecha nos pareció de lo más maravilloso». [27] De igual modo, el diario de la hermana Junius ofrece considerables detalles militares, incluida su opinión sobre tácticas y comandantes. Esto sugiere una familiaridad, e incluso cierto grado de percepción positiva, de algunos aspectos de lo militar. Sin duda, la definición abstracta de enemigo en la propaganda oficial se desmoronó pronto cuando tuvieron lugar los primeros encuentros, al constatar que las tropas oponentes podían comportarse bien al tiempo que las fuerzas llamadas amigas asesinaban y torturaban.

Las relaciones cívico-militares no fueron necesariamente asimétricas. [28] Las ventajas de los soldados combinaban el «palo» coercitivo de un cuerpo armado con la «zanahoria» de la promesa de sus oficiales de reducir las cargas a cambio de la cooperación. Sin embargo, los civiles contaban, por lo

general, con superioridad numérica, de activos y de recursos, además del conocimiento local y la amenaza de huída. Los ejércitos podían cosechar cereales, pero no podían cultivar su propio alimento y una marcha a través de un área yerma y despoblada significaba el desastre, como demostraron las operaciones de Gallas en 1644.

La violencia no se puede explicar por entero referida a factores materiales, como algunos han pretendido. [29] Se produjeron robos sin violencia, pero también violencia sin ganancia material. Los soldados ocupaban un lugar ambiguo en la sociedad como sirvientes de las autoridades que participaban en actividades que violaban la mayoría de los mandamientos cristianos básicos. La inflación de la segunda mitad del siglo XVI ya había erosionado la capacidad de pago puntual antes de 1618 y, en general, eran despreciados. Varios historiadores han argumentado que la violencia era un medio de demostrar la superioridad individual o colectiva ante tal hostilidad. [30] Incluso las actividades que incorporaban elementos de ganancia material podían entrañar motivos psicológicos adicionales. Irrumpir en una población o casa para saquear turbaba el mundo apacible del burgués honesto. La destrucción sin sentido afectó a lo que otros querían. El robo de ropa humillaba a las víctimas. Los soldados hacían que los personajes públicos vistiesen capirotes o anduviesen descalzos. [31] Las mujeres cautivas incluían a aquellas procedentes de un estatus social más elevado, que podían ser forzadas a cocinar, limpiar o efectuar otros quehaceres domésticos. Algunos han explicado la violación en este contexto, en especial cuando el acto se perpetraba en público para deshonrar al marido, al cual obligaban a presenciarlo. [32] No obstante, los soldados no estaban del todo aislados de la sociedad, sino que procedían en buena parte de los mismos ambientes que aquellos civiles a los que atacaban. Su comportamiento se vio influido por unas normas sociales superiores a las que, a menudo, se plegaron aun cuando no estaban supervisados por sus oficiales. La violencia tendió a ser una consecuencia de la ruptura de una negociación. Esto podría explicar la frecuente referencia a los perpetradores extranjeros, ya que estos no podían hacer entender sus demandas a la población local. Las negociaciones se apoyaban en la información. Las comunidades intercambiaban noticias sobre los movimientos de tropas a fin de estar preparadas. La aparición de tropas rara vez se contestaba con un desafío abierto. En su lugar, los líderes de la comunidad negociaban con los oficiales hasta el límite de sus posibilidades. Como vimos en el análisis de los sistemas de contribuciones en el Capítulo

12 del volumen I, los oficiales necesitaban de la cooperación civil y estaban dispuestos a reducir sus demandas para conseguirlo. Las relaciones se hacían más fáciles a medida que la gente hablaba, pero podían romperse si los soldados tenían prisa, como en el caso de una retirada. La única vez que el convento de la hermana Junius estuvo amenazado de verdad fue durante la retirada sueca posterior a Nördlingen, en la que los soldados ignoraban las órdenes de respetar a aquellos que habían pagado al ejército a cambio de protección. Las monjas se salvaron gracias a un capitán que las había visitado antes y que expulsó a los saqueadores. [33]

La huida

Huir era otra opción para los civiles, aunque peligrosa y arriesgada. Los soldados que se aproximaban obligaban a la gente a afrontar lo que en realidad importaba. La mayoría se aferraban hasta el último minuto por miedo a dejar su hogar o negocio desatendidos, por una ausencia de sustento o de contactos en otros lugares, o por sentido del deber y responsabilidad familiar. Martin Bötzinger no se marchó a Heldburg, en Franconia, donde era maestro, hasta que su suegro fue asesinado en 1632. Se convirtió en pastor en Poppenhausen, pero fue obligado a marcharse dos años más tarde, cuando la guerra y la peste solo dejaron nueve habitantes.

La geografía era otro factor que influía en las decisiones. Mecklemburgo tenía pocas plazas fuertes, así que su población huía a bosques, ciénagas o lagos. Las ciudades grandes y activas eran más atractivas pero acabaron superpobladas. Estrasburgo dio cobijo a 30 000 personas en marzo de 1636, lo que la llevó a doblar su población. La confesión y la lengua también influían en el destino, pues los refugiados se dirigían a lugares donde pudieran sentirse bienvenidos y como en casa. El estatus social y los contactos les facilitaron la entrada a algunos. Los mercaderes iban a donde ya tenían contactos de negocios, mientras que los clérigos se dirigían a establecimientos de la misma orden religiosa. Las poblaciones estaban más dispuestas a aceptar a gente rica que a los pobres. Leipzig respondió a la marea de refugiados que se produjo tras el saco de Magdeburgo con el endurecimiento de los requisitos de alojamiento en 1631. La ciudad quedó casi inundada con aquellos que huían de la peste en 1639, cuando 16 000 habitantes mantenían a 2268 a través de la caridad. Quinientos carros de refugiados les llegaron a los 6000 habitantes de Hannover cuando los

imperiales entraron en el área en septiembre de 1635. Mucha de esa gente no podía mantenerse por sí misma: los niños suponían el 40 % de los receptores de la caridad en Hamburgo en 1633 y la mitad de ellos eran refugiados que habían huido de Magdeburgo dos años antes. Sin embargo, Leipzig relajó su requisito de dos años de residencia cuando los refugiados más ricos solicitaron la ciudadanía. [34]

Los más acomodados, a menudo, tenían buenas razones para quedarse quietos. Sus contactos con las élites locales les proporcionaban alguna protección. La gente como los pastores, el personal de la universidad o los funcionarios también tenían salarios que perder. Para los nobles era muy difícil dejar sus propiedades desatendidas. Christoph von Bismarck, el terrateniente de la villa de Briest, de Brandeburgo (de 140 habitantes), fue una víctima de esta circunstancia a causa de su proximidad al importante punto de cruce del Elba en Werben. A partir de 1626, cada vez que aparecían tropas enviaba a su esposa y a su familia a Stendal, aunque esto no les proporcionaba protección contra la peste, que mató a tres de sus hijos en solo unos días en septiembre de 1636. El cuarto murió pocas semanas más tarde, además de un sobrino y una sobrina. Los movimientos de tropas le impidieron enterrarlos en el panteón familiar hasta dos meses más tarde y la ceremonia del funeral no se celebró hasta marzo de 1637. Las frecuentes ausencias de la familia dejaron expuesta su propiedad a los ladrones. Las monjas del convento cisterciense de Oberschönenfeld, cerca de Augsburgo, hicieron un descubrimiento asimismo desagradable cuando regresaron en 1635 tras haberse alojado durante tres años en el Tirol. Los suecos habían dado su casa al coronel Schlammersdorf, que la había despojado de su contenido, además de descubrir objetos de valor que habían ocultado en el interior de la pared. [35] De este modo, los pobres disfrutaron a menudo de más movilidad que los ricos. Muchos estaban ya acostumbrados a los viajes, como los oficiales artesanos, o tenían experiencia en acomodarse en una nueva localidad. La mayoría de las herramientas de los artesanos eran bastante portátiles. En el transcurso de la guerra, el zapatero Hans Heberle huyó en veintiocho ocasiones de su villa a la cercana Ulm, además de las escapadas a otras localidades o a los bosques.

Allí donde la gente no podía huir trataba de proteger a la siguiente generación. Los niños eran enviados a parientes o a escuelas en áreas seguras. La Iglesia católica no se benefició de esta tendencia. El resurgir en el número de novicias a finales del siglo XVI se estancó o cayó cuando las familias se

mostraron claramente reticentes a enviar a sus hijos a instituciones con un futuro incierto. [36]

La resistencia

El pobre desempeño de los milicianos en las batallas campales empaña el poderío de la resistencia popular contra los soldados. No obstante, se trató de una característica desde el comienzo de la guerra. Las actitudes oficiales fueron desiguales. Había una desconfianza generalizada en la acción popular y, sin embargo, las autoridades esperaban también que la gente participase en las medidas oficiales de defensa. Estas representaban una continuación de las estructuras de defensa territorial de preguerra basadas en una noción universal de obligación a servir, en la que solo una parte selecta de la población llevaba a cabo un verdadero entrenamiento. La familiaridad con las armas era generalizada. Por ejemplo, todo campesino de Hohenlohe sabía como manejar un arma y muchos poseían una. Conscientes del potencial de la resistencia popular, los imperiales que ocuparon este principado después de Nördlingen ordenaron que se entregaran todas las armas. [37] Las milicias y los voluntarios armados oponían, a menudo, una enconada resistencia cuando defendían sus hogares, como en Magdeburgo (1631), y en el paso de Bregenz (1647). Ambos casos acabaron en fracaso, pero los ciudadanos armados y la milicia formaron el grueso de aquellos que defendieron con éxito Viena, Villingen, Kronach, Forchheim, Constanza y Praga.

Las autoridades también esperaban que la gente ordinaria se resistiese a los incursores. El duque Wolfgang Wilhelm del Palatinado-Neoburgo ofreció una recompensa de 10 táleros por cada merodeador muerto presentado a sus funcionarios. A menudo, tales acciones ni siquiera eran respuestas a una acción; aunque los confederados bohemios disolvieron su milicia en 1619, ambos bandos encontraron guerrillas de campesinos. Otros ejemplos incluyen la resistencia de las poblaciones de Westfalia (1622-1623), la Rebelión de Alta Austria (1626), y la insurgencia generalizada, a partir de 1631, a medida que la guerra se extendió. Las estructuras oficiales podían proporcionar una base para ello, como el empleo del sistema de milicia en Alta Austria contra los ocupantes bávaros. La resistencia también podía ser espontánea. Los vecinos respondieron cuando dos soldados de caballería abordaron a un matrimonio en la villa westfaliana de Leitmar en julio de 1622, doblegando pronto a los soldados y golpeándolos hasta la muerte de forma tan brutal que

sus rostros quedaron irreconocibles. [38]

Sin duda, los soldados temían las represalias, ya que los campesinos asesinaban a rezagados y a las patrullas. Monro informa de la respuesta bávara a la invasión sueca en 1632,

> donde los Boores [campesinos] cortaron a nuestros soldados sobre la marcha narices y orejas, manos y pies, sacándoles los ojos, y otra serie de crueldades a las que acostumbraban, siendo pagados justamente por los soldados con el incendio de muchas Dorpes [villas], dejando también Boores muertos allí donde los encontraban.

Un imperial anónimo escribió durante la campaña de 1642 en Westfalia:

> Tomé unos tragos por la tarde y quedé retrasado de mi regimiento por la mañana debido a la resaca. Tres campesinos escondidos en el seto me dieron una paliza y se llevaron mi capa, el morral y todo lo demás. Por intervención divina salieron corriendo repentinamente como si alguien los persiguiese, aunque no había nadie detrás de ellos. Así, maltratado, sin capa ni bolsa, me reuní con mi regimiento, donde se rieron de mí. [39]

Los coetáneos registraron, a menudo, la implicación de mujeres en la resistencia. La hermana Junius se hace eco con beneplácito de cuentos sobre las mujeres de Höchstadt (en marzo de 1633) y Kronach (1634) que arrojaron agua hirviendo y piedras a los suecos desde los muros. Mientras que Höchstadt acabó con una masacre de sus habitantes, Kronach aguantó y «los suecos nos dijeron ellos mismos que esto dolía más que cualquier tiroteo o cruce de espadas». Más adelante anotó con orgullo cómo las monjas habían detenido a los merodeadores que entraban en su convento y pone fin a su diario con el orgullo de haber resistido al horror y preservado su virginidad, «y los propios enemigos expresaron sorprendidos que nosotras, como mujeres, continuásemos viviendo en este lugar expuesto en unos tiempos tan peligrosos». Los escritores masculinos también manifestaron la resistencia de tales «heroínas», que refleja la fascinación de la época por el concepto de amazonas, alimentado por las historias procedentes del Nuevo Mundo. [40]

Se ha sugerido que la resistencia fue un último acto desesperado de aquellos que no tenían nada que perder salvo sus vidas. [41] Sin embargo, su comienzo parece haberse dado, a menudo, mucho antes de que se hubiese llegado a esa fase, por lo general una vez que las comunidades habían experimentado la naturaleza de las demandas militares, pero todavía no lo habían perdido todo. Lucharon para preservar su estilo de vida y su comunidad. Hans Haberle narra como la villa de Weidenstetten, cercana a Ulm, repelió a partidas de tropas bernardinas durante dos días en el verano de

1634, mientras que guardaban sus alimentos en el cementerio de la iglesia y sus pertenencias en la propia iglesia. Los soldados tomaron represalias e incendiaron las casas. «Una vez esto sucedió cada uno de nosotros se marchó a cuidar de sus propias cosas y la defensa común se desmoronó». [42] Como hemos visto, al analizar los daños materiales en el capítulo anterior, los soldados elegían de forma deliberada como blanco bienes expuestos, como viñedos, para obligar a las comunidades a cooperar.

Estos ejemplos ilustran que la resistencia tenía muy poco que ver con la exhortación oficial a una lealtad confesional o dinástica. Era también una forma de negociación, un medio para persuadir a los soldados de que se marchasen o moderasen sus demandas. No acababa necesariamente en muerte, aunque era más probable que la huida o la colaboración. Del mismo modo que los civiles se unían a partidas de incursores, los soldados podían contribuir a la resistencia local. Jürgen Ackermann, un antiguo capitán, ayudó a defender Kroppenstadt, donde se había retirado como granjero. Los habitantes repelieron con éxito a dos débiles regimientos imperiales que exigían alojamiento. En otra ocasión, ayudó a los vecinos a recuperar una vaca robada por tropas suecas. [43]

PERCEPCIONES

La guerra como acontecimiento definitorio

Al tiempo que los coetáneos trataban de entender lo que estaba sucediendo, se enfrentaron a una cuestión fundamental en la vida de la primera Edad Moderna: los papeles relativos de Dios y de la gente a la hora de moldear los acontecimientos. Sus respuestas se revelan a través de los testimonios personales, que indican su percepción de cómo la guerra moldeaba sus vidas. Las entradas en los diarios y las crónicas tienden a ser más completas cuando la guerra afecta directamente al escritor, mientras que el texto cambia a entradas más rutinarias y familiares a medida que el conflicto se aleja. Algunos registran meses de ansiedad en el seguimiento de acontecimientos de algún otro lugar que reflejan un temor creciente, a medida que se acerca el enemigo. Otros parecen haber omitido a propósito la guerra, o haberla reducido a una pequeña parte de otra historia quizá porque fuese muy traumático enfrentarse a ello a la hora de escribirlo.

Por lo general, la guerra asumió un lugar prominente en relatos de

experiencias de terceros. Está muy presente en los sermones de los funerales como explicación para los acontecimientos de la vida, y aparece como causa directa de la muerte, del adelanto o posposición de matrimonios, de mudarse de casa y de la pérdida de parientes. También se empleó como una metáfora general de los tiempos difíciles y como medio para demostrar que el fallecido era un buen cristiano, que había sido caritativo con los refugiados, o que había afrontado con entereza las privaciones. De este modo, la guerra proporcionaba a la gente una explicación fácil de los acontecimientos, como medio de relacionar sus propias vidas con los sucesos en un contexto más amplio. Lo mismo sucede con las memorias de judíos. La guerra y la peste aparecen de continuo en las de Rabbi Reutlingen, e influyen en sus decisiones de mudarse y aceptar distintos empleos. Ascher Levy planificó sus memorias en dos secciones: en la primera trata su vida y la de su familia y en la segunda aborda sus experiencias en la guerra. Aun así, fue incapaz de mantener el conflicto al margen de su primera narrativa. [44]

La guerra, y sus compañeras de viaje, la peste y la hambruna, promovieron un modo de vida que un coetáneo describió como un «siglo de hierro» de una penuria excepcional. El poeta silesio Gryphius escribió sobre el sinsentido de la existencia humana. El cuerpo humano no era más que un «edificio de dolor lúgubre» y un «ámbito de miedo amargo inundado de una profunda pena». [45] Había una sensación general de residuo, declive y abandono, simbolizado por la hierba que crecía en las calles de las comunidades desiertas, granjas en ruinas y campos sin labrar. Muchos pensaron que la sociedad se estaba desmoronando y que se encaminaba a un aumento de la prostitución, la moral distraída, el abuso de la bebida y a niños que maldecían en las calles. Sin embargo, tales observaciones proceden por lo general de clérigos y funcionarios encargados de la reconstrucción de posguerra y deben ser tratadas con precaución. [46]

Muchos han notado entre los soldados una aparente falta de emoción hacia la muerte, incluso a la de sus propios familiares. También se ha sugerido que la lucha cuerpo a cuerpo privaba a los participantes de la capacidad de distanciarse del conflicto, del mismo modo que hace hoy la gente al contemplar la guerra en las noticias de televisión. [47] Sin duda, el combate en el siglo XVII debió marcar un profundo impacto en aquellos que participaron en él, donde se apuñalaba, se tajaba, se atizaba con la culata del mosquete y se golpeaba al enemigo sin ambages. Incluso las armas que se empleaban a distancia como los mosquetes tenían un alcance bastante corto, de modo que

era posible presenciar su terrible efecto, al menos hasta que el humo y el polvo oscurecían la vista. Muchas memorias están, en efecto, llenas de pormenorizadas referencias al «castigo divino», o de lacónicas listas de caídos. Pero otras expresan un lamento hacia el compañero caído. Buena parte de los escritos de Monro muestran resentimiento hacia la ingratitud de los civiles ante los sacrificios de los soldados. Augusto von Bismarck era claramente un aventurero que se mostraba encantado de que el hecho de servir le hubiese dado la oportunidad de ver Italia, pero también era consciente de los peligros de la guerra y de los pocos camaradas suyos que habían sobrevivido. [48]

Miedo

Unos pocos expresaron lo que muchos debieron de haber sentido al plasmar por escrito su miedo al combate. «La primera vez que llegué ante la población –escribe Thomas Raymond, un inglés que servía en el ejército neerlandés en 1633–, de algún modo comenzó a faltarme el valor, y al ser joven y no haber desempeñado nunca este empleo, todo se me vino encima. Recuerdo que tenía una pluma de color naranja oscuro en mi gorro y, al principio, pensé que todo cañón pesado que era disparado contra nuestras posiciones era apuntado contra ella, al no soportar los españoles ese color. Pero en cuestión de pocos días me convertí en un tipo muy gallardo y no sentí más miedo ante los peligros que si hubiese estado en una feria. [49]

El miedo y la aprehensión eran omnipresentes y los alimentaban las noticias sensacionalistas y los rumores. La hermana Junius habla de quedarse casi paralizada por el miedo tras la caída de Wurzburgo en 1631, sin embargo sintió un gran alivio cuando fue consciente de que los suecos no les harían daño y permitirían a las monjas quedarse en su convento. Aun así no podía dormir debido al «gran miedo y ansiedad» mientras los soldados se dedicaban a recoger las verduras del huerto del convento. El roce redujo el miedo y Junius se mostró mucho menos ansiosa cuando los suecos regresaron en 1632, ya que era consciente de lo que cabía esperar. [50]

La fragmentación territorial aumentó la incertidumbre al situar a gente de distintas confesiones en estrecha proximidad. Los habitantes protestantes de Weikersheim, Franconia, pensaban que los aldeanos católicos de las inmediaciones preparaban escalas para asaltar su localidad en 1619. Sin embargo, la situación no era clara, y también hay ejemplos donde se dio una

convivencia sensata a pesar de la violencia.

No obstante, el miedo resultó debilitante, al reducir la calidad de vida. El mundo de la edad moderna temprana era ya un lugar peligroso. La mitad de la población no lograba vivir más allá de los quince años debido sobre todo a la malnutrición y a la enfermedad, pero también a causa de accidentes. La vida adulta tampoco estaba exenta de riesgos. Incluso en tiempos de paz, la mayoría de la gente portaba un cuchillo o un palo si salían después de anochecido o se distanciaban algo de casa. La guerra aumentó esos temores cotidianos. La gente tenía miedo de viajar, o de enviar mensajes o bienes por si eran robados. La mayor incertidumbre turbó el ámbito familiar. Actividades rutinarias como ir a la iglesia o a la sinagoga podían ser peligrosas o incluso imposibles. La hermana Junius habla de cómo las campanas dejaron de tañer a la hora de la misa católica para hacerlo a horas diferentes a fin de congregar a los protestantes durante la ocupación sueca de Bamberg.

Brujería

Los problemas sociales y ambientales más generalizados de la segunda mitad del siglo XVI alentaron creencias milenaristas y apocalípticas. El deterioro de las condiciones decantó la balanza entre aquellos que veían las dificultades como una prueba de fe y aquellos otros que buscaban chivos expiatorios más inmediatos. El resultado fue el resurgimiento e intensificación de las acusaciones de brujería que tuvieron su punto culminante durante la guerra. El concepto de brujería moderno se originó en la década de 1480, cuando las nociones existentes de la maléfica magia negra se transformaron en una forma invertida de cristianismo. Aunque se consideraba que los primeros practicantes de magia actuaban en solitario a través del uso de poderes adquiridos mediante el conocimiento ancestral o la experimentación, la brujería se consideró una actividad que se suponía colectiva y que implicaba un pacto con el diablo. [51]

Esta creencia menguó a partir de la década de 1520, pero resurgió a partir de 1600. La primera ordenanza sobre brujería se promulgó en el electorado de Colonia en 1607, seguida de otra revisada y más extensa en 1629. Esta apareció tras el pico de acusaciones que siguió a la hiperinflación de *Kipper und Wipperzeit* . Las tres confesiones tomaron parte en ello, pero los territorios eclesiásticos católicos sufrieron con gran severidad. Unas

trescientas personas fueron ejecutadas en Ellwangen alrededor de 1611 y cincuenta más murieron en Wurzburgo entre 1616 y 1617. Bamberg fue asolada por tres oleadas de procesos, cada uno mayor que el anterior (1612-1613, 1616-1619, 1626-1630), que es probable que originaran un millar de víctimas. Un número similar pereció en el ducado de Westfalia entre 1628 y 1631.

Algunos fueron el resultado del miedo popular, como los casos traídos por los habitantes del señorío de Wildenberg, que resultaron en la ejecución de doscientas personas entre 1590 y 1653. [52] La mayoría las promovieron funcionarios locales, en especial, en Bamberg, donde el obispo sufragáneo Friedrich Förner, cuyo ascenso desencadenó la oleada inicial en 1612, instigó los procesos. En todos los casos, la crisis constitucional generalizada del Imperio facilitó los procesos e inhibió la supervisión de la justicia territorial por parte de la Reichskammergericht. Se establecieron cortes especiales de brujería al margen de la jurisdicción existente, lo que permitió esquivar los controles habituales en el empleo de la tortura. Como la brujería se suponía que era una actividad comunal, aquellos que resultaban acusados eran torturados para que descubriesen al resto de miembros de su aquelarre, lo que hacía que se multiplicase con rapidez el número de sospechosos. Las víctimas no solo eran ejecutadas, sino que se procedía a confiscar sus posesiones, lo que añadía un incentivo material para que los cazadores de brujas continuasen con su actividad. Förner y sus cómplices se hicieron con propiedades por valor de medio millón de florines en Bamberg.

Las actividades de Förner se encontraron con una fuerte oposición local. Alrededor de tres cuartas partes de las víctimas eran mujeres, varias de las cuales estaban bien relacionadas. El padre de la hermana Junius, Johannes, el alcalde de Bamberg, fue ejecutado y ella es muy probable que fuera enviada al convento para ponerla a salvo, y el canciller del tesoro de Bamberg, Georg Haan, fue ejecutado con toda su familia después de oponerse a los procesos de brujería. Estas ejecuciones se llevaban a cabo para desafiar los mandatos de la Reichskammergericht y que finalizasen estos procesos. Förner siguió adelante tras afirmar que las víctimas ya habían confesado. Se construyó una Sala de Malhechores (*Malefizhaus*), dotada de capilla y cámaras de tortura. Al fin, intervino el Reichshofrat, que emitió otros seis mandatos y numerosas cartas para proteger a los acusados. El representante de Bamberg también recibió presiones sobre el asunto en el congreso electoral de Ratisbona de 1630; además se envió una advertencia contundente al obispo para que

desistiera y se ordenó suspender la confiscación de propiedades aun en el caso de que los acusados hubiesen sido declarados culpables. La supervisión le fue confiada a otro opositor local a los procesos, vivo todavía, por fortuna, que detuvo cualquier enjuiciamiento ulterior. Entre tanto, Förner había trasladado sus operaciones a la más pequeña y discreta localidad de Zeil. A los últimos diez presos los encontraron las tropas suecas en noviembre de 1631 y los liberaron con la condición de que jurasen que nunca hablarían de sus experiencias. [53] La disipación de la «brujeríamanía» alrededor de 1631 no es, en modo alguno, una coincidencia. La violenta intrusión de la guerra hizo estallar la burbuja y dio a los funcionarios locales otras preocupaciones más acuciantes. Fue uno de los pocos efectos positivos de la guerra. A pesar de la destrucción de otros activos por parte de los soldados, los habitantes locales demolieron por sí mismos la odiada Sala de los Malhechores en 1634.

Normalidad

El miedo llena páginas de testimonios personales, pero resulta evidente que hubo largos periodos para la mayoría de la gente en los que el conflicto fue o bien distante o, al menos, tolerable. La extensa duración de la guerra la hizo convertirse en un elemento cotidiano en las vidas de millones de personas. Estas estaban llenas de acontecimientos que tenían poca o ninguna relación con la lucha. Algunos diarios apenas mencionan la guerra o experiencia traumática alguna que pudiera explicar esta omisión. Zacharias von Quetz, tutor del príncipe heredero de Bayreuth entre 1622 y 1632, rememora la vida de una corte, en apariencia, poco afectada por la lucha. Hasta pudo tomarse unas vacaciones en Italia, incluido un paseo en góndola en Venecia y una visita a Mantua para maravillarse de los tesoros artísticos y científicos del duque, todo ello en 1629, el año de la crisis de Mantua. [54]

Otros hablan de intentos de seguir adelante con sus vidas a pesar del conflicto. La ocupación sueca de Bamberg no impidió a Junius ni a sus hermanas organizar un portal de Belén viviente con cuna y cuatro niños campesinos con sus mejores atuendos como María, José (con barba postiza) y dos ángeles. Los jesuitas trajeron niños de la localidad al convento a cantar villancicos, «aunque el día de hoy tampoco pasó sin que hubiese horror» ya que una incursión efectuada por la guarnición de Forchheim (esto es, católicos) provocó el pánico. [55]

La desgracia personal podía deberse a otras causas mundanas. Stephan

Behaim, de una rica familia de Núremberg, disfrutó de una cara educación en la escuela de latín y en la Universidad de Altdorf, seguida de un periodo en prácticas en la Reichskammergericht. Desperdició esta oportunidad al despilfarrar el dinero de su tutor en una vida desenfrenada hasta que este cortó su asignación. Se unió al ejército sueco en 1632 pero no logró ascender y, al final, murió en Brasil tras haber entrado al servicio de la Compañía Neerlandesa de las Indias Occidentales con la esperanza de mejorar sus perspectivas. Su pariente Hans Jacob también desperdició su educación en Altdorf, que fue suprimida por su padre, el cual no podía permitirse complacerlo. Decidió «aventurar» su vida como soldado, pero no tuvo paciencia para su dura realidad. Más tarde se convirtió en teniente del ejército francés, aunque aún esperaba que su padre le sufragase una vida de vino, mujeres y música que quedó truncada por una bala española en el asedio de Mardyck. [56]

Las vidas de los soldados tenían largos periodos de inactividad seguidos de brotes de acción frenética y, a menudo, agotadora. Un imperial recordaba haber marchado sin descanso durante siete semanas en el verano de 1629 para luego descansar dos días antes de continuar para detenerse durante veinte semanas en Lauterbach, en Hesse, a pasar el invierno. Pasó la estación invernal hasta mayo de 1631 alojado en los cuarteles de invierno. En el transcurso de los años siguientes, su estancia en cuarteles de invierno llegó a ser de hasta cinco meses, pero en solo tres meses de la campaña de 1641 participó en ocho asedios. En total, caminó unos 25 000 kilómetros entre 1625 y 1649. Su experiencia fue de extremos. «El Viernes Santo [1628] nos dieron pan y carne suficiente, pero el Domingo de Pascua no pudimos llevarnos a la boca ni un trozo de pan», mientras que en Baden en 1627, «nos hallábamos acuartelados engullendo y bebiendo. Era maravilloso». En ocasiones, los soldados podían permitirse incluso alguna exquisitez. Cuando su regimiento llegó al norte intacto de Alemania en 1629, «ya no queríamos comer más carne de ternera; tomamos ganso, pato o pollo». [57]

Fortuna

Los cambios repentinos de fortuna se convirtieron en una característica definitoria del conflicto. Engendraron una sensación de fugacidad y de volatilidad de los acontecimientos. A pesar del énfasis oficial en la paciencia y la presencia de ánimo, mucha gente vivió claramente el momento,

aprovechando todas las oportunidades a su alcance. Las reservas de comida y los objetos de valor guardados corrían el peligro de los saqueadores. Al ser una comunidad en movimiento sin un hogar permanente, era difícil para los soldados depositar cualquier riqueza que pudiesen tener. El general Götz ordenó que su ejército dejase atrás sus objetos de valor en Offenburg cuando marchó a liberar Breisach. El mayor Von Hagengach discutió con su amigo el capitán Augustus Fritsch lo que debían hacer. Este advirtió «donde se queda la cabeza se queda el resto», así que ambos se llevaron su botín acumulado para perderlo durante la huida en Wittenweier. La pérdida de Fritsch totalizó cinco mil táleros en metálico, una bolsa con cubertería de plata, algunos tapices, seis caballos, dos sirvientes y un carro, cantidad más que suficiente para el retiro de un hombre. [58]

La precariedad y lo caprichoso de la vida se encarnaron en la literatura y el arte como Fortuna, una mujer desnuda que se balancea sobre una esfera y que sostiene una vela. Se trataba de una figura ambivalente, asociada tanto a la buena suerte como al pecado. Atributos similares se derivaban de la astrología. Júpiter y Venus simbolizaban la buena suerte, mientras que Saturno y Marte eran considerados planetas «malos», responsables del cometa que en 1618 había sido considerado de mal agüero (confirmado por lo que le siguió). Los soldados solían referirse a sí mismos como «hijos de Marte». El término «soldado de fortuna» tenía connotaciones de audacia e iniciativa, pero se asociaba sobre todo con la codicia y, por tanto, con estar condenado por considerar más valioso el éxito mundano que una verdadera espiritualidad cristiana.

CONMEMORACIÓN

Celebraciones de paz

La crítica literaria y artística de la fortuna resonó con la más amplia interpretación de la guerra como castigo divino. Esto se expresó en sermones y proclamas durante todo el conflicto y se volvió a reincidir en ello en las celebraciones oficiales de la paz. El Congreso de Westfalia suscitó expectativas de paz. Daniel von Campen, un funcionario de distrito de Brunswick, construyó la nueva villa de Friedenswunsch (Deseo de Paz) en 1646 junto al antiguo asentamiento de Ildehausen, que había sido reducido a cenizas por los imperiales veinte años antes. [59] Muchos no creían que la paz

fuese a durar después de 1648. Los suecos programaron celebraciones públicas el día de Año Nuevo en las áreas que ocupaban, pero la mayoría de las comunidades esperaron hasta 1650, cuando la desmovilización y el regreso de los refugiados reforzaron la confianza.

Las celebraciones se llevaron a cabo en unas doscientas localidades de toda Europa, de las que ciento ochenta pertenecían al Imperio, lo que mostraba el carácter centroeuropeo de la guerra, más aún cuando la Paz hispano-neerlandesa de Münster solo se celebró en Bruselas, Amberes y otras seis localidades neerlandesas. Estas conmemoraciones proporcionan una valiosa idea de la consideración que los supervivientes le daban a la guerra y de cómo trataban de asimilar su experiencia. Al examinar cómo estos acontecimientos se transformaron en ceremonias conmemorativas anuales, podemos trazar la transición del conflicto al imaginario colectivo.

Las celebraciones de la paz se asemejan a las de la victoria en la medida en que eran promovidas y organizadas por las autoridades. Estos eventos seguían un formato común que comenzaba con el doblar de las campanas de las iglesias para congregar a los habitantes. Las de la ciudad de Colonia tañeron durante una hora para celebrar las grandes victorias imperiales. La población se reunía entonces para asistir a una misa de acción de gracias después de haber procesionado por toda la ciudad. Tras haber resistido a los suecos durante todo 1633, la guarnición de Forchheim celebró la evacuación enemiga de los alrededores con el disparo de todos sus cañones y el toque de trompetas y timbales. [60] El estruendo marcial también era una parte integral de las celebraciones de paz.

Estas eran algo más silenciosas en las áreas católicas, lo que sugería que muchos consideraban que la guerra había sido una derrota. En particular, los activistas pensaban que les habían robado la victoria tras haber derrotado a los protestantes en 1629 y más tarde en 1634, solo para ser obligados a transigir a sus demandas a causa de la invasión extranjera. El obispo Wartenberg se mantuvo al margen de las bastante discretas celebraciones que acompañaron a la ceremonia de la firma en Münster en octubre de 1648. No obstante, la paz fue bienvenida entre los católicos en términos generales, y sus principales gobernantes tenían mucho que celebrar. Baviera lo hizo con un tedeum en la iglesia principal, una misa especial y una procesión por Múnich que iban encabezadas por los jesuitas, acompañados estos del saludo de las obligadas salvas de cañón. Se registran eventos similares en Colonia, Salzburgo, Viena, Praga y otras localidades de los Habsburgo. Las de Praga

fueron especialmente importantes, ya que tuvieron lugar en la ciudad en la que había comenzado la guerra. La heroica resistencia de sus habitantes contra el asedio sueco de 1648 se convirtió enseguida en un mito de lealtad católica y dinástica para atemperar el anterior estigma de la rebelión. La creencia popular contaba que Santa Bárbara, la patrona católica de la artillería, había salvado la iglesia de San Enrique al coger una granada sueca durante el bombardeo. El agradecido emperador recompensó con riquezas a los miembros del consejo de la ciudad, que fueron ennoblecidos junto con los estudiantes que habían ayudado a bloquear el Puente de Carlos y salvar la Ciudad Nueva. Se le hizo entrega a la ciudad de una nueva carta en 1649 que le otorgaba un lugar privilegiado en la dieta bohemia. [61]

Las celebraciones católicas se centraron en la misa con la que se celebraban tradicionalmente las acciones de gracias. El rechazo protestante a la misa los obligó a escenificar sus eventos de manera algo diferente. Se basaron en los jubileos de la Reforma de 1617 y 1630, y en los días de oración y de penitencia que habían sido observados desde 1532 durante las campañas imperiales contra los turcos y que fueron resucitadas a partir de 1618. No obstante, a diferencia de los jubileos de la Reforma, el electorado de Sajonia no proporcionó coordinación en la Alemania protestante, dejando a discreción de otros territorios la organización de sus propios eventos. Sin embargo, estos resultaron ser muy similares y los sajones emplearon ambos jubileos como modelo para sus propias ceremonias, reciclando incluso algunos de los sermones más antiguos.

Las celebraciones centraban la atención en el papel relativo de Dios y los hombres en la guerra. Lo dinástico asumió un lugar más prominente que en los jubileos de la Reforma. Las celebraciones sajonas de 1650 se llevaron a cabo en el día del santo de la electora en lugar de la fecha del aniversario de los tratados de paz. Esta se presentaba como un regalo de Dios y de las autoridades. Se pedía a las congregaciones que orasen por el bienestar de la dinastía y de los estados protestantes imperiales como garantes de la tranquilidad. Los miembros de la Sociedad Fructífera contribuyeron a los eventos celebrados en Coburgo y Weimar, que contrastaban los horrores de la guerra con *Concordia* , el ideal barroco de entendimiento mutuo, que al menos contenía el potencial de atravesar las fronteras confesionales. Aparecieron numerosos carteles por todo el Imperio que la presentaban como una paz imperial común: la figura femenina de Alemania se mostraba casándose con la «Paz». [62]

El contenido teológico siguió el patrón establecido en los días de oración y penitencia que se empleaban también en tiempos de desastres naturales. Las celebraciones tenían lugar en el transcurso de uno o dos días y comenzaban con oraciones y sermones que establecieran el tono adecuado y que inculcasen la interpretación oficial de la guerra como un castigo divino. De este modo, la guerra, como la inundación y el fuego, no era «natural» sino un producto de la voluntad divina. Los sermones católicos contenían un mensaje similar y también se utilizaron días ordinarios de oración durante el conflicto para alejar al diablo. [63] Los luteranos añadieron un segundo elemento, el conflicto como una prueba de fe, mediante la comparación de la ocupación enemiga con el Cautiverio Babilónico de los Israelitas. Los pastores también se basaron en el Libro de las Revelaciones, y argumentaban que Dios había confiado su espada a los malvados para infligir castigo, pero que podía envainarla de nuevo si la población mostraba una fe verdadera. La duración de la guerra se utilizó como argumento de lo fácil que era salirse del camino apropiado. Se alentó a la población a redoblar sus esfuerzos para llevar una vida moralmente íntegra, austera y productiva a fin de retener el favor divino. El énfasis en el buen comportamiento futuro se reflejó en el lugar prominente que se reservaba a los niños de la escuela en las procesiones protestantes. La paz se debía celebrar como una oportunidad dada por Dios para que los luteranos demostrasen que eran dignos de su gracia y mostrasen a los equivocados católicos el verdadero camino a la salvación a través de su buen ejemplo.

Aunque marcadamente luterano, el énfasis en el pecado también atemperó la polémica confesional. La guerra había sido producto de los propios errores de la población, no de la agresión de sus vecinos católicos. Semejante mensaje no solo se ajustaba a la necesidad de armonía en el seno del Imperio, sino que encajaba con la agenda de disciplina social de la reconstrucción de la posguerra. El antagonismo confesional estaba siendo sublimado por la obediencia a las autoridades. Los gobernantes lograron esquivar la responsabilidad por la guerra, a la vez que aparecían como piezas fundamentales para mitigar sus peores efectos y contribuían a la aceleración de la paz.

La insistencia en la penitencia y la sobriedad casaba mal con los elementos más seculares de las celebraciones, como los banquetes, la bebida y las ostentaciones públicas del lujo, incluido el primer uso registrado de fuegos artificiales en la celebración de Hamburgo de 1650. El estruendo provocado

por el saludo de los 370 cañones de Núremberg durante su ceremonia provocó daños en las murallas de la ciudad por valor de 3000 florines. La incongruencia no pasó desapercibida para los poetas, novelistas y cartelistas, que parodiaron las excesivas alabanzas a la paz y las expectativas poco realistas de un paraíso en la posguerra.

La presencia de tales sátiras arroja dudas sobre las pretensiones de que la religión ayudaba a la gente a afrontar el conflicto y contribuía a evitar la protesta generalizada o el colapso del orden social. [64] No cabe duda de que mucha gente puso su fe en Dios. Johanna Petersen, de cuatro años de edad, amonestó a su hermana mayor por no dar gracias a Dios de que no hubiesen sido descubiertas al escapar de su casa solariega durante una incursión. [65] Semejante prueba requiere cautela: Petersen fue, más tarde, una figura prominente del Pietismo luterano y mostró claramente una gran devoción.

Un ejemplo más representativo es el desconcierto vivido por los habitantes de Rottweil durante el asedio francés de noviembre de 1643. [66] Se llevó a cabo una noche de vigilia de oración para pedir la ayuda divina en la salvación de la ciudad. Mucha gente creyó ver como la imagen de la Virgen cambiaba de color y movía sus ojos hacia el cielo. Incluso aquellos que más tarde confesaron no haber visto nada seguían pensando que el milagro había ocurrido, atribuyendo el no poder haberlo presenciado a una visión deficiente, o a haber estado en la parte trasera de la iglesia. Y, sin embargo, dicho acontecimiento no aumentó la resolución de los defensores y la ciudad se rindió una semana más tarde. Con posterioridad, en especial en las celebraciones por el centenario organizadas por los jesuitas, la Iglesia trató de relacionar el milagro con la victoria imperial de Tuttlingen y la posterior recuperación de Rottweil. Los que estaban en la iglesia no lo tuvieron tan claro. Para algunos supuso un refuerzo de sus convicciones de que el catolicismo era la única fe verdadera. Otros quedaron horrorizados, al interpretar la supuesta pérdida de color de la talla como un presagio de muerte. Algunos luteranos de la ciudad también creyeron ver que la Virgen se había movido, a pesar de la condena que hacía su propia Iglesia de tales creencias.

En su punto culminante en la década de 1630, la guerra hizo peligrar, sin duda, el orden establecido. Una década más tarde la situación no era tan mala en muchas áreas, lo que enfrió cualquier protesta. No obstante, la guerra dejó a la gente traumatizada. Aunque de forma desigual, hay evidencias de lo que hoy se llamaría síndrome de estrés postraumático. Los supervivientes

experimentaron *flashbacks* , pesadillas, cambios de humor y otros problemas psicológicos. [67] El anhelo generalizado de estabilidad alentó, sin duda, la aceptación de la agenda disciplinaria oficial a partir de 1648.

Conmemoración

La prolongada implantación de los términos de la paz ayudó a transformar una celebración puntual en una conmemoración anual. Muchas áreas ya señalaron la firma de la paz con servicios religiosos de acción de gracias a finales de 1648. Otros eventos les siguieron en 1649 con la ratificación del tratado y el comienzo de la retirada de tropas, mientras que la conclusión del congreso de Núremberg en 1650 alentó ulteriores celebraciones, por lo general más elaboradas. Sajonia optó por no repetirlas y en su lugar se centró en reanudar los aniversarios de la Reforma: el centenario de la Paz de Augsburgo en 1656 y el 150.º aniversario de las Noventa y Cinco Tesis de Lutero en 1667. Otros territorios luteranos decidieron incorporar también la conmemoración de Westfalia. En el resto de lugares también se dio continuidad a la conmemoración mediante la combinación con otros acontecimientos; en Hohenlohe se trasladó el aniversario de Westfalia para que coincidiese con las celebraciones de la cosecha.

Esta transición a una conmemoración anual se debió a múltiples causas. Una de ellas era la agenda permanente del estado de disciplina y obediencia, para la que una conmemoración era muy adecuada. Otra era el deseo de reforzar la solidaridad comunal. Esta última tuvo especial importancia en la biconfesional Augsburgo, donde los ciudadanos protestantes lo celebraban cada 8 de agosto, una fecha sin conexión con la paz pero que había sido el día en el que los pastores luteranos habían sido expulsados en 1629 como consecuencia del Edicto de Restitución. Sus celebraciones tuvieron mucho cuidado de evitar cualquier referencia a los católicos, como si la ciudad fuese luterana por completo.

Las conmemoraciones mantuvieron la guerra en el imaginario colectivo. Tuvo su apogeo en el año del centenario de 1748, testigo también de la Paz de Aquisgrán, que concluyó la contienda de ocho años de duración que supuso la Guerra de Sucesión de Austria. Leutkirch, por ejemplo, dictó dos semanas de celebraciones que incluían los sermones, procesiones y fuegos artificiales habituales, pero también un examen de los escolares para poner a prueba sus conocimientos sobre el acuerdo de paz de Westfalia. Los

participantes recibieron una moneda conmemorativa. Las festividades de Hamburgo fueron agraciadas por una cantata compuesta para la ocasión por Georg Philipp Telemann. Con posterioridad, el interés disminuyó, pero Coburgo continuó celebrando el aniversario hasta 1843, y el 8 de agosto continua siendo hoy en día una fiesta oficial en Augsburgo.

Lo que se conmemoraba también cambió con el paso del tiempo. La Paz de Westfalia quedó incrustada en la narrativa protestante de la historia alemana. El IPO y el IPM eran todavía cartas fundamentales del Imperio en su centenario. Un siglo más tarde, el Imperio había desaparecido y la paz continuó celebrándose como una culminación de la Reforma, al garantizar los derechos políticos de los protestantes. Las festividades fueron asumiendo de forma gradual un carácter folclórico. Los niños de Augsburgo dejaron de procesionar vestidos de emperador, electores y águilas imperiales y comenzaron a hacerlo disfrazados de soldados «suecos». Fue el paso del tiempo, mucho más que la religión, el que propició la superación del trauma del conflicto y facilitó que este pasase a la historia.

La mayor parte de Europa ha tenido la buena fortuna de disfrutar de casi toda una vida de paz desde 1945 y ha evitado los horrores de una invasión extranjera, la violencia y la destrucción. La sucesión de los conflictos europeos a lo largo del siglo XVII y hasta el siglo XX mantuvieron una tradición popular oral de la Guerra de los Treinta Años que ya se ha desvanecido. En contraste con la historización de la guerra a través de la pompa conmemorativa, los cuentos populares «recordaban» incidentes de la guerra como advertencia futura. [68] Los relatos de atrocidades y el daño a civiles constituían sugerencias sobre las posibles reacciones que se deberían tener en caso de que estas circunstancias volviesen a producirse. Por su simplicidad, los cuentos podían transportarse a otras comunidades y tiempos. Las historias relativas a suecos o croatas de la Guerra de los Treinta Años quedaron mezcladas con cosacos rusos del periodo napoleónico o incluso con soldados del propio país natal. Estos cuentos persistieron en muchas partes de Europa hasta finales del siglo XX. Aunque hoy en día han quedado en gran parte olvidados, las voces del siglo XVII todavía nos hablan a través de los innumerables textos e imágenes que tenemos la fortuna de poseer. Nos ofrecen una advertencia de los peligros que surgen de confiar el poder a aquellos que se sienten llamados por Dios para ir a la guerra, o que piensan que su sentido de la justicia y el orden es el único válido.

NOTAS

1. Crítica postestructuralista presentada en Scott, J. W.: «The evidence of experience», 773-797. Un valioso resumen del debate metodológico en Nowosadtko, J.: «Erfahrung als Methode und als Gegenstand wissenschaftlicher Erkenntnis», 27-50. Ver también Munch, P.

2. Una importante colección sobre la que se ha trabajado es la de la familia Behaim de Núremberg: Ozment, S. Ver también Ernstberger, A.: *Abenteurer des Dreißigjährigen Krieges* . Para un análisis más detallado sobre el testimonio personal y los problemas de interpretación ver Krusenstjern, B. von: «Was sind Selbstzeugnisse?», 462-471; Schulze, W.: *Ego-Dokumente. Annährung an den Menschen in der Geschichte* .

3. *Vid.* Krusenstjern, B. von: *Selbstzeugnisse der Zeit des Dreißigjährigen Krieges* .

4. Hay un excelente debate sobre estos en Woodford, C.

5. *Vid.* Thiebault, J.: «The rhetoric of death and destruction in the Thirty Years War», 271-290. Para profundizar más Mortimer, G.: *Eyewitness Accounts of the Thirty Years War 1618-1648* .

6. *Vid.* Behringer, W.: *Im Zeichen des Merkur. Reichspost und Kommunikationsrevolution in der Frühen Neuzeit* . Ver también Weber, J.: «Strasbourg, 1605: the origins of the newspaper in Europe», 387-412; Peeters, N.: «News, international politics and diplomatic strategies», 97-113.

7. El *Theatrum Europaeum* está disponible en internet en <http://www.bibliothek.uni-augsburg.de/dda/urn/urn_uba000200-uba000399/uba000236-uba000256/> .

8. *Vid.* Scribner, R. W.

9. *Vid.* Oggolder, C.: «Druck des Krieges», 409-445 y Reisner, S.: «Die Kämpfe vor Wien in Oktober 1619 im Spiegel zeitgenössischer Quellen», 446-481.

10. *Vid.* Arblaster, P.: «Private profit, public utility and secrets of state in the seventeenth-century Habsburg Netherlands», 79-95.

11. *Vid.* Wendland, A.: «Gewalt in Glaubensdingen. Der Veltliner Mord (1620)», 223-239.

12. El punto de vista tradicional se encuentra resumido en Frauenholz, E. von: *Das Heerwesen in der Zeit des Dreißigjährigen Krieges* , I, 3-28.

13. *Vid.* Parker, G.: *The Thirty Years War* , 191. Entre los trabajos más importantes publicados desde entonces se incluyen Kapser, C. Ver también Burschel, P.; Kroener, B. R.: «Conditions de vie et l'origine sociale du personnel militaire au cours de la Guerre de Trente Ans», 321-350.

14. *Vid.* Kapser, C., 73.

15. El 52 % de los soldados franceses provenían de pueblos, una cifra mucho mayor en proporción a la población total: Chaboche, R.: «Les soldats français de la Guerre de Trente Ans», 10-24.

16. *Vid.* Jacob, K., apéndice página 108. Ver también Kapser, C., 64, nota 34.

17. *Vid.* Wilson, P. H.: «Prisoners in early modern European warfare».

18. *Vid.* Kaiser, M.: *Politik und Kriegführung. Maximilian von Bayern, Tilly und die Katholische Liga im Dreißigjährigen Krieg* , 89-90 y su «Cuius exercitus, eius religio? Konfession und Heerwesen im Zeitalter des Dreiß igjährigen Krieges», 316-353. Ver también Kopp, W., 41; Horsbroch, D.: «Wish you were here? Scottish reactions to "postcards" to home from the "Germane warres"», 245-269.

19. *Vid.* Gajecky, G. & Baran, A., vol. I, 89-91.

20. *Vid.* Frost, R. I.: «Scottish soldiers, Poland-Lithuania and the Thirty Years War», 191-213.

21. *Vid.* Kaiser, M.: «"Ist er vom Adel? Ja. Id satis videtur". Adlige Standesqualität und militärische Leistung als Karrierefaktoren in der Epoche des Dreißigjährigen Krieges», 73-90 y «Die Karriere des Kriegsunternehmers Jan von Werth», 131-170.

22. *Vid.* Bismarck, A. von: «Die Memoiren des Junkers Augustus von Bismarck», 90-105.

23. *Vid.* Tlusty, B. A., 172-173, 208-210. Ver también Zöllner, E.: «Der Lebensbericht des Bayreuther Prinzenerziehers Zacharias von Quetz», 201-221, en especial 212, 214.U.: «Der Dreisigjährige Krieg in Hilden», 275-297. Ver también Redlich, F.: *De praeda militari. Looting and booty 1500-1800* .

25 . *Vid.* Bötzinger, M., 354.

26 . Cita extraída de Mortimer, G.: *Eyewitness Accounts of the Thirty Years War 1618-1648* , 109-110. Más ejemplos en Conrad, H. und Teske, G., 48-54.

24 . *Vid.* Peters, J., 62-94, 100. Detalles de la incursión de Hilden en Unger,

27 . *Vid.* Lohmann, K., 186-187.

28 . *Vid.* Hartmann, A. V.: «Identities and mentalities in the Thirty Years War», 174-184. Ver también Burkhardt, J.: «Ist noch ein Ort, dahin der Krieg nicht kommen sey? Katastrophenerfahrung und Kriegsstrategien auf dem deutschen Kriegsschauplatz», 3-19; Kaiser, M.: «Inmitten des Kriegstheaters: Die Bevölkerung als militärischer Faktor und Kriegsteilnehmer im Dreißigjährigen Krieg», 281-305 y «Die Söldner und die Bevölkerung. Überlegungen zu Konstituierung und Überwindung eines lebensweltlichen Antagonismus», 79-120.

29 . *Vid.* Gutmann, M. P.: *War and Rural Life in the Early Modern Low Countries* , 163.

30 . *Vid.* Asch, R. G.: «“Wo der soldat hinkömbt, da ist alles sein”: Military violence and atrocities in the Thirty Years War», 291-309. Ver también Kaiser, M.: «Die “Magdeburgische Hochzeit” 1631», 196-213, en especial 205-208; Burschel, P., 27-33.

31 . *Vid.* Bötzinger, M., 363.

32 . *Vid.* Thiebault, J.: «Landfrauen, Soldaten und Vergewältigungen während des Dreißigjährigen Krieges», 25-39, en especial 35-36. Ver también Kaiser, M.: «Die “Magdeburgische Hochzeit” 1631», 206-208. Ejemplos en Conrad, H. und Teske, G., 308-310; Kleinehagenbrock, F., 124-126.

33 . *Vid.* Junius, M. A.: «Bamberg im Schweden-Kriege»,, 53 (1891), 169-230, en especial 213-222.

34 . *Vid.* Hoffmann, B.: «Krieges noth und grosse theuerung. Strategien von Frauen in Leipzig 1631-1650», 369-392. Ver también Hatje, F.: «Auf die Suche nach den Flüchtlingen und Exulanten des Dreißigjährigen Krieges», 181-211.

35 . *Vid.* Bismarck, C. von: «Das Tagebuch des Christoph von Bismarck aus den Jahren 1625-1640», 67-98, en especial 74-76. Ver también Woodford, C., 145, 165-170.

36. *Vid.* Schindler, N.: «Krieg und Frieden und die "Ordnung der Geschlechter". Das Tagebuch der Maria Magdalena Haidenbucherin (1609-1650)», 393-452, en especial 444-445.

37. *Vid.* Kleinehagenbrock, F., 128-129.

38. *Vid.* Conrad, H. und Teske, G., 51-53.

39. Citas extraídas de Monro, R., 252. Ver también Peters, J., 103.

40. Citas extraídas de, Junius, M. A.: «Bamberg im Schweden-Kriege», 178, 213, 221-222. Ver también Watts, W.: *The Swedish Intelligencer* , II, 95a. La última fuente también hace referencia a mujeres que repelen a los suecos con agua hirviendo, en este caso de Biberach, en 1632.

41. *Vid.* Ulbricht, O.: «The experience of violence during the Thirty Years War: a look at the civilian victims», 97-127, en la página 108.

42. *Vid.* Zillhardt, G., 148-153.

43. *Vid.* Volkholz, R., 41-43.

44. *Vid.* Bloch, P.: «Ein vielbegehrter Rabbiner des Rheingaues, Juda Mehler Reutlingen», 14-34. Ver también Levy, A.

45. *Vid.* Parival, J. N. de. Análisis sobre Gryphius en Meumann, M.: «The experience of violence and the expectation of the end of the world in seventeenth-century Europe», 141-153.

46. Ejemplos en Dössler, E.: «Kleve-Mark am Ende des Dreißigjährigen Krieges», 254-296.

47. *Vid.* Pröve, R.: «Violentia und Potestas. Perzeptionsprobleme von Gewalt in Söldnertagebüchern des 17. Jahrhunderts», 24-42 y Externbrink, S.: «Die Rezeption des "Sacco di Montova" im 17. Jahrhundert», 205-222.

48. *Vid.* Bismarck, A. von: «Die Memoiren des Junkers Augustus von Bismarck», 97-100.

49. *Vid.* Davies, G., 38.

50. *Vid.* Junius, M. A.: «Bamberg im Schweden-Kriege», 15-37.

51. La literatura sobre este tema es abundante. Entre los estudios más importantes sobre el Imperio se incluyen: Midelfort, H.C.E.: *Witchhunting in Southwestern Germany 1562-1684* . Ver también Behringer, W.: *Witchcraft Persecutions in Bavaria* . Para el clima generalizado de miedo, ver Cunningham, A. & Grell, O. P.

52. *Vid.* Ehrenpreis, S.: «Der Dreißigjährige Krieg als Krise der Landesherrschaft», 66-101, en especial 91-92.

53. *Vid.* Junius, M. A.: «Bamberg im Schweden-Kriege», 13-14. Ver también Gehm, B. Un caso similar e igual de desagradable lo instigó también el clero católico del obispado de Eichstätt contra los oponentes de la élite social y política local: Durrant, J. B.: *Witchcraft, Gender and Society in Early Modern Germany* .

54. *Vid.* Zöllner, E.: «Der Lebensbericht des Bayreuther Prinzenerziehers Zacharias von Quetz», 205-210.

55. *Vid.* Junius, M. A.: «Bamberg im Schweden-Kriege», 169-170.

56. *Vid.* Ozment, S.

57. Citas extraídas de Peters, J., 42-43.

58. *Vid.* Lohmann, K., 271.

59. *Vid.* Merian, M., en el volumen sobre Braunschweig-Lüneburgo, 84.

60. *Vid.* Bartz, C., 225-226, 272. Ver también Junius, M. A.: «Bamberg im Schweden-Kriege», 161-162. Para las celebraciones de paz ver Gantet, C.

61. *Vid.* Moser, D. R.: «Friedensfeiern-Friedensfeste», 1133-1153. Ver también Heinisch, R. R.: *Paris Graf Lodron. Reichsfürst und Erzbischof von Salzburg* , 301; Hojda, Z.: «The battle of Prague in 1648 and the end of the Thirty Years War», 403-411, en especial 409-411.

62. *Vid.* Burkhardt, J.: «Reichskriege in der frühneuzeitlichen Bildpublizistik», 51-95, en especial 72-80. Para las celebraciones sajonas, ver Roeck, B.: «Die Feier des Friedens», 633-660 y Keller, K.: «Das "eigentliche wahre und grose Friedensfest im ganzen Sachsenlande". Kursachsen von 1648 bis 1650», 661-677. Para otros territorios ver Schröder, D.: «Friedensfeste in Hamburg 1629-1650», 335-346; Klinger, A., 326-330; Kleinehagenbrock, F., 276-309.

63. *Vid.* Friesenegger, M., 11, 14-16. La semejanza en la respuesta a la guerra y a los desastres naturales se hace evidente a partir del análisis de Jakubowski-Tiessen, M. und Lehmann, H.

64. *Vid.* Roeck, B.: «Der Dreißigjährige Krieg und die Menschen im Reich. Überlegungen zu den Formen psychischer Krisenbewältigung in der ersten Hälfte des 17. Jahrhunderts», 265-279.

65. *Vid.* Petersen, J. E., 64.

66. *Vid.* Holzem, A.: «Maria im Krieg-Das Beispiel Rottweil 1618-1648», 191-216.

67. *Vid.* Sreenivasan, G. P., 286. Ver también Ulbricht, O.: «The experience of violence during the Thirty Years War: a look at the civilian victims», 121-124.

68. *Vid.* Hopkin, D., en particular 240-242.

Bibliografía

ABREVIATURAS

AHVN: Annalen des Historischen Verein für den Niederrhein
APW: Acta Pacis Westphalicae (gen. ed. K. Repgen, 36 vols., Münster, 1961)
ARG: Archiv für Reformationsgeschichte
BA: Briefe und Akten zur Geschichte des Dreißigjährigen Krieges , New Series, issued by the Historische Kommission der Bayerischen Akademie der Wissenschaften, 8 vols., München, 1906-1997)
BDLG: Blätter für deutsche Landesgeschichte
CEH: Central European History
Doc. Bo.: Documenta Bohemica Bellum Tricennale Illustrantia (M. Kouril *et al* . [eds.], 7 vols., Prague, 1971-1981)
EHQ: European History Quarterly
EHR: English Historical Review
FBPG: Forschungen zur Brandenburg-Preußischen Geschichte
GH: German History
HHStA: Haus-, Hof- und Staatsarchiv Vienna
HJ: Historical Journal
HJb: Historisches Jahrbuch
HZ: Historische Zeitschrift
IHR: International History Review
IPM: Instrumentum Pacis Monasteriense (Paz de Münster)

IPO: Instrumentum Pacis Osnabrugense (Paz de Osnabrück)
JMH: Journal of Modern History
KA: Kriegsakten
MEA: Mainzer Erzkanzler Archiv Vienna
MIÖG: Mitteilungen des Instituts für Österreichische Geschichtsforschung
MÖSA: Mitteilungen des Österreichischen Staatsarchivs
NASG: Neues Archiv für Sächsische Geschichte
NTSR: Neues Teutsches Staatsrecht (J. J. Moser, 20 vols. en 36 parts, Frankfurt und Leipzig, 1767-1782)
P&P: Past and Present
TE: Theatrum Europaeum oder Außführliche vnd Wahrhafftige Beschreibung aller und jeder denkwürdiger Geschichten (M. Merian ed., vols. I–IV, Frankfurt am Main, 1633-1652), disponible en [www.digbib.bibliothek.uni-augsburg.de/1/index.html].
VOC: Verenigde Oostindische Compagnie (Compañía de las Indias Orientales)
WSVG: Vierteljahreshefte für Sozial und Wirtschaftsgeschichte
WIC: Westindische Compagnie (Compañía Neerlandesa de las Indias Occidentales)
WVJHLG: Württembergische Vierteljahreshefte für Landesgeschichte
WZ: Westfälische Zeitschrift
ZBLG: Zeitschrift für Bayerische Landesgeschichte
ZGO: Zeitschrift für die Geschichte des Oberrheins
ZHF: Zeitschrift für Historische Forschung
ZNRG: Zeitschrift für Neuere Rechtsgeschichte
ZPGLK: Zeitschrift für Preußische Geschichte und Landeskunde
ZSRG GA: Zeitschrift der Savigny Stiftung für Rechtsgeschichte Germanistische Abteilung
ZSRG KA: Zeitschrift der Savigny Stiftung für Rechtsgeschichte Kanonistische Abteilung

FUENTES PRIMARIAS

Akkerman, N. (ed.), 2011: *The Correspondence of Elizabeth Stuart, Queen of Bohemia* , 3 vols., Oxford.
Ahnlund, N., 1932: *Gustavus Adolphus the Great* (trad. inglés, 1999).
Anonymous, 1622: *A true relation of all such battles as have been fought in*

the Palatinate, since the king's arrival there, until this present the 24 of May , London.
Baker, L. M., (ed.), 1963: *The Letters of Elizabeth Queen of Bohemia* , London.
Bayerische Akademie der Wissenschaften, 1875-1912: *Allgemeinen Deutsche Biographie* , 56 vol., Duncker & Humblot, Leipzig.
Braun, H., (ed.), 1961: *Marktredwitz im 30jährigen Krieg 1628-1648. Georg Leopolds Haus-Chronik* , Marktredwitz.
Carney, F. S. (ed.), 1995: *Politica Johannes Althusius* , Liberty Fund, Indianapolis.
Chemnitz, B. von, 1648-1653: *Königlich Schwedischer in Teutschland geführter Krieg* , 2 vols., Stettin, Stockholm.
Davies, G., (ed.), 1917: *Autobiography of Thomas Raymond* , London.
Droysen, G., (ed.), 1885: *Gedruckte Relationen über die Schlacht bei Lützen 1632* , Halle.
Fitz-Simon, H. (father), 1881: *Diary of the Bohemian War of 1620* , Dublin.
Freytag, G., 1859-1867: *Bilder aus der deutschen Vergangenheit* , 5 vols., Leipzig.
Gardiner, S. R. (ed.), 1865 (1968, reed.): *Letters and Other Documents Illustrating the Relations between England and Germany at the Commencement of the Thirty Years War* , The Candem Society, Westminster.
Grimmelshausen, H. J. von, 2016: *El aventurero Simplicissimus* , Penguin Clásicos, Barcelona.
Großner, R. und B. Frhr. V. Haller (eds.), 1992: «"Zu kurzem Bericht umd der Nachkommen willen". Zeitgenössische Aufzeichnungen aus dem Dreißigjährigen Krieg in Kirchenbüchern des Erlanger Raumes», *Erlanger Bausteine zur fränkischen Heimatforschung* , 40, 9-107.
Hallwich, H. (ed.), 1912: *Brief und Akten zur Geschichte Wallensteins 1630-1634* , 4 vols., Vienna.
Helfferich, T. (ed.), 2009: *The Thirty Years War. A documentary reader* , Indianapolis.
Irmer, G. (ed.), 1888-1891: *Die Verhandlungen Schwedens und seiner Verbündeten mit Wallenstein und dem Kaiser von 1631 bis 1634* , 3 vols., Stuttgart.
Jessen, H. (ed.), 1963: *Der Dreißigjährige Krieg in Augenzeugenberichten* , Düsseldorf.

Kouril, J. *et al.* (eds.), 1971-1981: *Documenta Bohemica Bellum Tricennale Illustrantia* , 7 vols., Prague.
Kunz, R. und Lizalek, W. (eds.), 1983: *Südhessische Chroniken aus der Zeit des Dreißigjährigen Krieges* , Heppenheim.
Lipsio, J. y Mendoza, B. de, 2000: *Los seys libros de las políticas o doctrina civil de Justo Lipsio* , Universidad de Valencia-Servicio de Publicaciones, Valencia.
Lohmann, K. (ed.), 1913: *Die Zerstörung Magdeburgs von Otto von Guericke und andere Denkwürdigkeiten aus dem Dreißigjährigen Kriege* , Berlin.
Maul, J. G., 1928: *Johann Georg Mauls Diarium aus dem Dreißigjährigen Krieg* , Naumburg.
Medick, H. & Marschke, B. (eds.), 2013: *Experiencing the Thirty Years War* , New York.
Merian, M. (ed.), 1633-1652: *Theatrum Europaeum oder Außführliche vnd Wahrhafftige Beschreibung aller und jeder denkwürdiger Geschichten* , 4 vols., Frankfurt am Main.
Merian, M. (ed.), 1643-1675 (2005, reed.): *Topographia Germaniae* , 14 vols., Frankfurt am Main.
Monro, R., 1637 (1999, reed.): *Monro, his expedition with the worthy Scots regiment called Mac-Keys* , London.
Moser, J. J., 1767-1782: *Neues Teutsches Staatsrecht* , 20 vols. en 36 partes, Frankfurt und Leipzig.
Petersen, J. E., 2005: *The life of Lady Johanna Eleonora Petersen, written by herself* , Chicago.
Poyntz, S., 1908: *The Relation of Sydnam Poyntz 1624 –1636* , London.
Repgen, K., 1998: *Dreißigjähriger Krieg und Westfälischer Friede* , Verlag Ferdinand Schöningh, Paderborn, 112-152.
Schmauss, J. J. und Senckenberg, H. C. von (eds.), 1747: *Neue und vollständige Sammlung der Reichs-Abschiede* , 4 vols., Frankfurt am Main.
Schulz-Behrend, G., 1993: *The Adventures of Simplicius Simplicissimus* , Rochester, Camden House.
Wallhausen, J. J. von, 1615 (1971, reed.): *Kriegskunst zu Fuß* , Oppenheim.
Wallhausen, J. J. von, 1616 (1971, reed.): *Kriegskunst zu Pferdt* , Frankfurt am Main.
Wallhausen, J. J. von, 1616 (1969, reed.): *Ritterkunst* , Frankfurt am Main.

Watts, W., 1632: *The Swedish Discipline* , London.
Watts, W., 1633-1634: *The Swedish Intelligencer* , 3 vols., London.
Wilson, P. H., 2010: *The Thirty Years War. A sourcebook* , Basingstoke.
Zeeh, E. und Belfrage, N. (eds.), 1940: *Dagbok ford I det svenska fältkansliet, 26 maj-6 november 1632* , Stockholm.
Zillhardt, G. (ed.), 1975: *Hans Heberles «Zeytreister» (1618-1672)* , Ulm.

FUENTES SECUNDARIAS

Abmeier, K., 1986: *Der Trierer Kurfürst Philipp Christoph von Sötern und der Westfälische Friede* , Münster.
Adams, S. L., 1983: «Spain or the Netherlands. The dilemmas of early Stuart foreign policy», en H. Tomlinson (ed.), *Before the English Civil War* , London, 79-101.
Adams, S. L., 1990: «Tactics or politics? "The military revolution" and the Hapsburg hegemony, 1525-1648», en J. A. Lynn (ed.), *Tools of War* , Urbana, 28-52.
Adamski, H. J.: 1939: *Der welfische Schutz über die Stadt Hildesheim* , Hildesheim.
Adamson J., (ed.), 1999: *The Princely Courts of Europe 1500-1750* , London.
Aders, G., 1973: *Bonn als Festung* , Bonn.
Agoston, G., 1998: «Habsburgs and Ottomans: Defense, military change and shifts in power», *Turkish Studies Association Bulletin* , 22, 126-141.
Agoston, G., 1999: «Ottoman warfare in Europe 1453-1826», en J. Black (ed.), *European Warfare 1453-1815* , London, 118-144.
Ailes, M. E., 2002: *Military Migration and State-formation. The British military community in seventeenth-century Sweden* , Lincoln, Nebraska.
Aksan, V., 1999: «Ottoman war and warfare 1453-1812», en J. Black (ed.), *War in the Early Modern World 1450-1815* , London, 147-176.
Albi de la Cuesta, J., 1999: *De Pavía a Rocroi. Los tercios de Infantería Española en los siglos XVI y XVII* , Balkan Editores, Madrid [reed. Desperta Ferro Ediciones, 2017].
Albrecht, D., 1956: «Zur Finanzierung des Dreißigjährigen Krieges: Die Subsidien der Kurie für Kaiser und Liga 1618-1635», *ZBLG* , 19, 534-567.
Albrecht, D., 1962: *Die Auswärtige Politik Maximilians von Bayern 1618-*

1635 , Göttingen.
Albrecht, D., 1998: *Maximilian I. von Bayern 1573-1651* , München.
Alcalá-Zamora, J., 1975: *España, Flandes y el mar de Norte (1618-1639)* , Barcelona.
Allen, P. C., 2000: *Philip III and the Pax Hispanica, 1598-1621* , New Haven [ed. en esp.: *Felipe III y la Pax Hispanica, 1598-1621. El fracaso de la gran estrategia* , Alianza Editorial, Madrid, 2001].
Anderson, A. D., 1999: *On the Verge of War. International relations and the Jülich-Kleve succession crises (1609-1614)* , Boston.
Anderson, M. S., 1993: *The Rise of Modern Diplomacy 1450-1919* , London.
Anderson, R. C., 1969: *Naval Wars in the Baltic 1522-1850* , London.
Anderson, R. C., 1969: «Naval wars in the Mediterranean», *The Mariner's Mirror* , 55, 435-451.
Andrada Castel Blanco, M. de, 1990: *To Defend Your Empire and the Faith. Advice on a global strategy offered* c. *1590 to Philip II* (trad. inglés de P. E. H. Hair, Liverpool).
Andrews, K. R., 1991: *Ships, Money and Politics. Seafaring and naval enterprise in the reign of Charles I* , Blackwell Publ. Ltd., Cambridge.
Angermeier, H., 1993: «Politik, Religion und Reich bei Kardinal Melchior Khlesl», *ZSRG GA* , 110, 249-330.
Arblaster, P., 2005: «Private profit, public utility and secrets of state in the seventeenth-century Habsburg Netherlands», en J. W. Koopmans (ed.), *News and Politics in Early Modern Europe* , Leuven, 79-95.
Arendt, H.-J., 2006: *Wallensteins Faktotum. Der kaiserlichen Feldmarschall Heinrich Holck 1599-1633* , Ludwigsfelde.
Arens, M., 2001: *Habsburg und Siebenbürgen 1600-1605* , Cologne.
Aretin, K. O. Frhr. von, 1986: *Das Reich. Friedensordnung und europäisches Gleichgewicht 1648-1806* , Stuttgart.
Arndt, J., 1998: «Die kaiserlichen Friedensvermittlungen im spanisch-niederländischen Krieg 1568-1609», *Rheinische Vierteljahrsblätter* , 62, 161-183.
Arndt, J., 2002: «Die Ergebnisse der Friedensverhandlungen in Münster und Osnabrück für die rheinischen Territorien», en S. Ehrenpreis (ed.), *Der Dreißigjährige Krieg im Herzogtum Berg und in seinen Nachbarregionen* , Neustadt an der Aisch, 299-327.
Arnold, T. F., 1995: «Fortifications and the military revolution: the Gonzaga experience, 1530-1630», en C. J. Rogers (ed.), *The Military*

Revolution Debate , Boulder, 201-226.
Asbach, O. und Schröder, P. (eds.), 2014: *Ashgate Research Companion to the Thirty Years War* , Farnham.
Asch, R. G., 1988: «Estates and princes after 1648: the consequences of the Thirty Years War», *GH* , 6, 113-132.
Asch, R. G., 1997: *The Thirty Years War. The Holy Roman Empire and Europe, 1618-1648* , Basingstoke.
Asch, R. G., 1998: «Das Problem des religiösen Pluralismus im Zeitalter der "Konfessionalisierung"», *BDLG* , 134, 1-32.
Asch, R. G., 1998: «"Denn es sind ja die Deutschen […] ein frey Volk". Die Glaubensfreiheit als Problem der Westfälischen Friedensverhandlungen», *WZ* , 113-137.
Asch, R. G., 2000: «"Wo der soldat hinkömbt, da ist alles sein": Military violence and atrocities in the Thirty Years War», *GH* , 13, 291-309.
Asch, R. G., 2004: «The *ius foederis* re-examined: the Peace of Westphalia and the constitution of the Holy Roman Empire», en R. Lesaffer (ed.), *Peace Treaties and International Law in European History* , Cambridge, 319-337.
Asche, M., 2000: *Von der reichen hansischen Bürgeruniversität zur armen mecklenburgischen Landeshochschule. Das regionale und soziale Besucherprofil der Universitäten Rostock und Bützow in der frühen Neuzeit (1500-1800)* , Stuttgart.
Aschoff, H. G., 1998: «Das Hoschstift Hildesheim und der Westfälische Frieden», *Die Diözese Hildesheim in Vergangenheit und Gegenwart* , 66, 229-269.
Aston, T. (ed.), 1965: *Crisis in Europe, 1560-1660* , Routledge and Kegan Paul, London [ed. en esp.: *Crisis en Europa, 1560-1660* , Alianza Editorial, Madrid, 1983].
Attman, A., 1985: *Swedish Aspirations and the Russian Market during the Seventeenth Century* , Göteborg.
Auerbach, I., 1991: «The Bohemian opposition, Poland-Lithuania and the outbreak of the Thirty Years War», en R. J. W. Evans and T. V. Thomas (eds.), *Crown, Church and Estates* , Basingstoke, 196-225.
Babel, R., 1989: *Zwischen Habsburg und Bourbon. Außenpolitik und europäische Stellung Herzog Karls IV. von Lothringen und Bar vom Regierungsantritt bis zum Exil (1624 –1634)* , Sigmaringen.
Bachenschwanz, L., 1802: *Geschichte und gegenwärtiger Zustand der*

Kursächsischen Armee , Dresden.
Baetens, R., 1976: «The organization and effects of Flemish privateering in the seventeenth century», *Acta historiae neerlandicae* , 9, 48-75.
Bahlcke, J., 1994: «Die Böhmische Krone zwischen staatsrechtlicher Integrität, monarchischer Union und Ständischen Föderalismus», en T. Fröschl (ed.), *Föderationsmodelle und Unionsstrukturen* , München, 83-103.
Bahlcke, J., 1995: «Das Herzogtum Schlesien im politischen System der böhmischen Krone», *Zeitschrift für Ostmitteleuropa-Forschung* , 44, 27-55.
Bahlcke, J., 2002: «Theatrum Bohemicum. Reformpläne, Verfassungsideen und Bedrohungsperzeptionen am Vorabend des Dreißigjährigen Krieges», en W. Schulze (ed.), *Friedliche Intentionen-Kriegerische Effekte* , St Katharinen, 1-20.
Bahlcke, J. und Kampmann, C. (eds.), 2011: *Wallensteinbilder im Widerstreit* , Vienna.
Bakewell, P. J., 1971: *Silver Mining and Society in Colonial Mexico, Zacatecas 1546-1700* , Cambridge [ed. en esp.: Minería y sociedad en México colonial, Fondo de Cultura Económica de España, Madrid, 1976].
Bakewell, P. J., 1997: *A History of Latin America. Empires and sequels 1450-1930* , Blackwell Publishers, Oxford.
Bangert, A. C., 2006: «Elector Ferdinand Maria of Bavaria and the imperial interregnum of 1657-1658», University of the West of England PhD.
Barker, T. M., 1967: *Double Eagle and Crescent: Vienna's second Turkish siege and its historical setting* , Albany, New York.
Barker, T. M., 1975: *The Military Intellectual and Battle. Raimondo Montecuccoli and the Thirty Years War* , Albany, New York.
Barker, T. M., 1980: «Generalleutnant Ottavio Fürst Piccolomini», *Österreichische Osthefte* , 22, 322-369.
Barnekamp, J., 2002: «"Sie hausen uebell, schlagen die Leuth und schatzen über die Maßen" Velen und Ramsdorf 1580-1650», en T. Sodermann (ed.), *1568-1648* , Vreden, 29-63.
Bartz, C., 2005: *Köln im Dreißigjährigen Krieg. Die Politik des Rates der Stadt (1618 –1635)* , Frankfurt am Main.
Barudio G., 1982: *Gustav Adolf der Große. Eine politische Biographie* , Frankfurt am Main.

Barudio, G., 1998: *Der Teutsche Krieg 1618-1648* , Frankfurt am Main.
Bassler, M., 1997: «Zur Sprache der Gewalt in der Lyrik des deutschen Barock», en M. Meumann und D. Niefanger (eds.), *Ein Schauplatz herber Angst* , Göttingen, 125-144.
Bauer, E., 2000: «Johann Graf zu Sayn-Wittgenstein, Kriegsteilnehmer auf hessischer und schwedischer Seite und Hauptgesandter des Kurfürsten von Brandenburg», en G. Teske (ed.), *Dreißigjähriger Krieg und Westfälischer Friede* , Münster, 45-54.
Baumgart, P., 1988: «Kurbrandenburgs Kongreßdiplomatie und ihre Ergebnisse», en H. Duchhardt (ed.), *Der Westfälische Friede* , München, 469-484.
Baumgartner, F. J., 2003: *A History of Papal Elections* , Basingstoke.
Baxter, D.C., *Servants of the Sword. French* intendants *of the army, 1630 –1670* (Urbana, 1976).
Beaufort-Spontin, C., 1982: *Harnish und Waffe Europeas. Die militärische Ausrüstung im 17. Jahrhundert* , München.
Beck, F., 1910: *Geschichte der alten Hessen-Darmstädtischen Reiterregimenter. (1609-1790)* , Darmstadt.
Beck, K., 1978: *Der hessische Bruderzwist zwischen Hessen-Kassel und Hessen-Darmstadt in den Verhandlungen zum Westfälischen Frieden von 1644 bis 1648* , Frankfurt am Main.
Behnen, M., 1986: «Der gerechte und der notwendige Krieg. “Necessitas” und “utilitas reipublicae” in der Kriegstheorie des 16. und 17. Jahrhunderts», en J. Kunisch (ed.), *Staatsverfassung und Heeresverfassung* , Berlin, 42-106.
Behringer, W., 1997: *Witchcraft Persecutions in Bavaria* , Cambridge.
Behringer, W., 2003: *Im Zeichen des Merkur. Reichspost und Kommunikationsrevolution in der Frühen Neuzeit* , Göttingen.
Beiderbeck, F., 1996: «Heinrich IV. von Frankreich und die Protestantischen Reichsstände», *Francia* , 23, 1-32.
Beller, E. A., 1926: «The mission of Sir Thomas Roe to the conference at Hamburg 1638-1640», *EHR* , 41, 61–77.
Beller, E. A., 1928: «The military expedition of Sir Charles Morgan to Germany 1627-1629», *EHR* , 43, 528-539.
Bely, L., 1988: «The peace treaties of Westphalia and the French domestic crisis», en H. Duchhardt (ed.), *Der Westfälische Friede* , München, 235-252.

Benda, K., 1978: «Hungary in turmoil, 1580-1620», *European Studies Review* , 8, 281-304.
Benert, R. R., 1973: «Lutheran resistance theory and the imperial constitution», *Il pensiero politico* , 6, 17-36.
Bercé, Y. M., 1996: *The Birth of Absolutism. A history of France 1598-1661* , Macmillan, Basingstoke.
Bérenger, J., 1994: *A History of the Habsburg Empire 1273-1700* , London.
Berg, H., 2010: *Military Occupation under the Eyes of the Lord. Studies in Erfurt during the Thirty Years War* , Göttingen.
Berger, E., 1997: «"Zwischen Pestilenz und Krieg" – Kriegsalltag und Friedenssehnsucht in der Region des heutigen Kreises Steinfurt», *Westfalen* , 75, 63-67.
Bergerhausen, H. W., 2001: «Die "Verneuerte Landesordnung" in Böhmen 1627», *HZ* , 272, 327-351.
Bergerhausen, H. W., 2002: «Die Stadt Köln im Dreißigjährigen Krieg», en S. Ehrenpreis (ed.), *Der Dreißigjährigen Krieg im Herzogtum Berg* , Neustadt/Aisch, 101-312.
Bergin, J., 1985: *Cardinal Richelieu. Power and the pursuit of wealth* , Yale University Press, New Haven.
Bergin, J., 1991: *The Rise of Richelieu* , Yale University Press, New Haven.
Berkis, A. V., 1960: *The Reign of Duke James in Courland 1638-1682* , Lincoln, Nebraska.
Besala, J., 1988: *Stanislaw Żółkiewski* , Warsaw.
Beyerle, K., 1900: *Konstanz im Dreißigjährigen Krieg* , Heidelberg.
Bezzel, O., 1925-1928: *Geschichte des kurpfälzischen Heeres von seinem Anfängen bis zur Vereinigung von Kurpfalz und Kurbayern 1777* , 2 vols., München.
Bierther, K., 1971: *Der Regensburger Reichstag von 1640/41* , Kallmunz.
Bierther, K., 1981: «Zur Edition von Quellen zum Prager Frieden», en K. Repgen (ed.), *Forschungen und Quellen zur Geschichte des Dreißigjährigen Krieges* , Münster, 1-30.
Bilhöfer, P., 2000: *Nicht gegen Ehre und Gewissen: Friedrich V, Kurfürst von der Pfalz-der Winterkönig von Böhmen (1596-1632)* , Mannheim.
Bireley, R., 1973: «The origins of the "Pacis compositio" (1629)», *Archivum historicum societatis Jesu* , 152, 106-127.
Bireley, R., 1975: *Maximilian I. von Bayern, Adam Contzen SJ und die Gegenreformation in Deutschland 1624-1635* , Göttingen.

Bireley, R., 1976: «The Peace of Prague (1635) and the Counter Reformation in Germany», *JMH* , 48, 31-70.
Bireley, R., 1981: *Religion and Politics in the Age of the Counterreformation. Emperor Ferdinand II, William Lamormaini, S. J., and the formation of imperial policy* , Chapel Hill.
Bireley, R., 1994: «Confessional absolutism in the Habsburg lands in the seventeenth century», en C. Ingrao (ed.), *State and Society in Early Modern Austria* , W. Lafayette, Ind., 36-53.
Bireley, R., 1999: *The Refashioning of Catholicism 1450-1700* , Basingstoke.
Bireley, R., 2003: *The Jesuits and the Thirty Years War* , Cambridge.
Bireley, R., 2014: *Ferdinand II, Counter-Reformation Emperor, 1578-1637* , Cambridge.
Birmingham, D., 2000: *Trade and Empire in the Atlantic 1400-1600* , London.
Bismarck, A. von, 1890: «Die Memoiren des Junkers Augustus von Bismarck», *Jahresberichte des Altmarkischen Vereins für Vaterländische Geschichte* , 23, 90-105.
Bismarck, C. von, 1915: «Das Tagebuch des Christoph von Bismarck aus den Jahren 1625-1640», *Thüringisch-Sächsische Zeitschrift für Geschichte und Kunst* , 5, 67-98.
Black, J., 1991: *A Military Revolution? Military change and European society 1550-1800* , Basingstoke [ed. en esp.: *La revolución militar. Innovación militar y apogeo en Occidente, 1500-1800* , Alianza Editorial, Madrid, 2002].
Black, J., 2002: *European International Relations 1648-1815* , Basingstoke, 2002.
Blaich, F., 1992: «Die Bedeutung der Reichstage auf dem Gebeit der öffentlichen Finanzen im Spannungsfeld zwischen Kaiser, Territorialstaaten und Reichsstädten (1493-1670)», en A. de Maddalena und H. Kellenbenz (eds.), *Finanzen und Staatsräson in Italien und Deutschland* , Berlin, 79-111.
Blanning, T. C. W.: «Culture of Power», Peterhouse College, Cambridge, conferencia pronunicada en septiembre de 2005.
Blickle, P., 1985: *The Revolution of 1525* , Baltimore.
Bloch, P., 1916: «Ein vielbegehrter Rabbiner des Rheingaues, Juda Mehler Reutlingen», en *Festschrift zum siebzigsten Geburtstage Martin Philippsons* , Leipzig, 14-34.

Böckenförde, E. W., 1969: «Der Westfälische Friede und das Bündnisrecht der Reichsstände», *Der Staat* , 8, 449-478.
Böhme, E., 1989: *Das Fränkische Reichsgrafenkollegium im 16. und 17. Jahrhundert* , Stuttgart, 1989.
Böhme, K. R., 1963: *Die schwedische Besetzung des Weichselsdeltas 1626-1636* , Würzburg.
Böhme, K. R., 1965: «Lennart Torstensson und Helmut Wrangel in Schleswig-Holstein und Jutland 1643-1645», *Zeitschrift der Gesellschaft für Schleswig-Holsteinische Geschichte* , 90, 41-82.
Böhme, K. R., 1983: «Schwedische Finanzbürokratie und Kriegführung 1611 bis 1721», en G. Rystad (ed.), *Europe and Scandinavia* , Lund, 51-58.
Böhme, K. R., 1988: «Die Krone Schweden als Reichsstand 1648 bis 1720», en H. Duchhardt (ed.), *In Europas Mitte. Deutschland und seine Nachbarn* , Bonn, 33-39.
Böhme, K. R., 1994: «Building a Baltic empire. Aspects of Swedish expansion 1560-1660», en G. Rystad (ed.), *The Baltic in Power Politics* , I, 177-220.
Bonney, R., 1978: *Political Change in France under Richelieu and Mazarin 1624 –1661* , Oxford.
Bonney, R., 1981: *The King's Debts. Finance and politics in France 1589-1661* , Clarendon Press, Oxford.
Bonney, R., 1992: «Louis XIII, Richelieu and the royal finances», en J. Bergin & L. Brockliss (eds.), *Richelieu and his Age* , Oxford, 99-133.
Börckel, A., 1913: *Geschichte von Mainz als Festung und Garnison* , Mainz.
Bosbach, F., 1984: *Die Kosten des Westfälischen Friedenskongresses* , Münster.
Bosher, J. F., 1993: «The political and religious origins of La Rochelle's primacy in trade with New France, 1627-1685», *French History* , 7, 286-312.
Böttcher, D., 1977: «Propaganda und öffentliche Meinung im protestantischen Deutschland 1628-1636», en H. U. Rudolf (ed.), *Der Dreißigjährigen Krieg* , Darmstadt, 325-367.
Bötzinger, M., 2001: *Leben und Leiden während des Dreißigjährigen Krieges* , Bad Langensalza.
Boxer C. R., (ed.), 1930: *The Journal of Maarten Harpetzoon Tromp* , Cambridge.
Boxer, C. R., 1959: «The action between Pater and Oquendo, 12 Sept. 1631»,

The Mariner's Mirror , 45, 179-199.
Boxer, C. R., 1965: *The Dutch Seaborne Empire 1600-1800* , London.
Boxer, C. R., 1969: *The Portuguese Seaborne Empire 1415-1825* , London.
Boyajian, J. C., 1983: *Portuguese Bankers at the Court of Spain, 1626-1650* , New Brunswick.
Boys, J., 2011: *London's news press and the Thirty Years War* , Woodbridge.
Bracewell, C. W., 1992: *The Uskoks of Senj. Piracy, banditry and holy war in the sixteenth-century Adriatic* , Ithaca.
Brady, T. A., 1983: «Phases and strategies of the Schmalkaldic League», *ARG* , 74, 162-181.
Brady, T. A., 1995: *Protestant Politics. Jacob Sturm (1489-1553) and the German Reformation* , Atlantic Highlands.
Brandi, K. (ed.), 1927: *Der Augsburger Religionsfriede vom 25. September 1555. Kritische Ausgabe des Textes mit den Entwürfen und der königlichen Deklaration* , Göttingen.
Branig, H., 1978: «Die Besetzung Pommerns durch Wallenstein während des Dreißigjährigen Krieges», *Baltische Studien* , 64, 31-40.
Brauneder, W., und Höbelt, L., (eds.), 1996: *Sacrum Imperium. Das Reich und Österreich 996-1806* , Vienna.
Brecht, M., 1998: «Protestant peace initiative: Johann Rist's call to penance», en K. Bussmann & H. Schilling (eds.), *1648: War and Peace in Europe* , 3 vols., Münster, I, 251-257.
Bregnsbo, M., 1988: «Denmark and the Westphalian Peace», en H. Duchhardt (ed.), *Der Westfälische Friede* , München, 361-392.
Breitling, R., 1929: «Der Streit um Donauwörth 1605/1611», ZBLG, 2, 275-298.
Breuer, D., 1998: «Raumbildung in der deutschen Literaturgeschichte der frühen Neuzeit als Folge der Konfessionalisierung», *Zeitschrift für deutsche Philologie* , 117 supplement, 180-191.
Breuer, K., 1904: *Der Kurfürstentag zu Mühlhausen* , Bonn.
Breysig, K., 1892: «Der brandenburgischen Staatshaushalt in der zweiten Hälfte des siebzehnten Jahrhunderts», *Jahrbuch für Gesetzgebung, Verwaltung und Volkswirtschaft im Deutschen Reich* , 16, 1-42, 117-94.
Brightwell, P., 1979: «The Spanish origins of the Thirty Years War», *European Studies Review* , 9, 409-431.
Brightwell, P., 1982: «Spain, Bohemia and Europe, 1619-1621», *European*

Studies Review , 12, 371-399.
Brightwell, P., 1982: «Spain and Bohemia: the decision to intervene, 1619», *European Studies Review* , 12, 117-141.
Brockliss, L. W. B. & Elliott, J. H., (eds.), 1999: *The World of the Favourite* , New Haven [ed. en esp.: *El mundo de los validos* , Taurus, Madrid, 1999].
Brockmann, T., 2011: *Dynastie, Kaiseramt und Konfession. Politik und Ordnungsvorstellungen Ferdinands II. im Dreißigjährigen Krieg* , Paderborn.
Broucek, P., 1967: *Der schwedische Feldzug nach Niederösterreich 1645/1646* , Vienna.
Brouceck, P., 1967: «Erzherzog Leopold Wilhelm und der Oberbefehl über das kaiserliche Heer im Jahre 1645», *Schriften des Heeresgeschichtlichen Museum Wien* , 4, 7-38.
Broucek, P., 1971-1973: «Louis Raduit de Souches, kaiserlicher Feldmarschall», *Jahrbuch der Heraldisch Genealogischen Gesellschaft Der Adler* , 8, 123-136.
Broucek, P., 1976: «Feldmarschall Bucquoy als Armeekommandant 1618-1620», en *Der Dreißigjährige Krieg* , issued by the Heeresgeschichtliches Museum, Vienna, 25-57.
Broucek, P., 1981: *Die Eroberung von Bregenz am 4 Jänner 1647* , Vienna.
Broucek, P., 1986: «Logistische Fragen der Türkenkriege des 16. und 17. Jahrhunderts», *Vorträge zur Militärgeschichte* , 7, 35-60.
Broucek, P., 1992: *Kampf um Landeshoheit und Herrschaft im Osten Österreichs 1618 bis 1621* , Vienna.
Broucek, P., 2001: «Der Krieg und die Habsburgermonarchie», en A. Weigl (ed.), *Wien im Dreißigjährigen Krieg* , Vienna, 106-154.
Brown, J., 2001: «The Hall of Realms and the Thirty Years War», en R. G. Asch *et al.* (eds.), *Frieden und Krieg in der Frühen Neuzeit* , München, 207-214.
Brown, J. & Elliott, J. H., 1980: *A Palace for a King. The Buen Retiro and the court of Philip IV* , New Haven [ed. en esp.: *Un palacio para el rey. El Buen Retiro y la corte de Felipe IV* , Taurus, Madrid, 2016].
Bruijn, J. R., 1990: *The Dutch Navy of the Seventeenth and Eighteenth Centuries* , Columbia.
Brunink, W., 1957: *Der Graf von Mansfeld in Ostfriesland (1622-1624)* , Aurich.

Brzesinski, R. and McBride, A., 1987-1988: *Polish Armies 1596-1696* , 2 vols., London.
Brzezinski, R., 2001: *Lützen 1632* , Oxford.
Buchholz, W., 1990: «Schwedish-Pommern als Territorium des deutschen Reiches 1648–1806», *ZNRG* , 12, 14-33.
Büchler, H., 1994: *Von Pappenheim zu Piccolomini* , Sigmaringen.
Buchner, A. und Buchner, V., 2002: *Bayern im Dreißigjährigen Krieg* , Dachau, Bayerland.
Buchstab, G., 1981: «Die Kosten des Städterats Osnabrücks auf dem Westfälischen Friedenskongress», en K. Repgen (ed.), *Forschungen und Quellen zur Geschichte des Dreißigjährigen Krieges* , Münster, 221-225.
Buckley, V., 2004: *Christina Queen of Sweden* , London.
Buddruss, E., 1995: *Die Französische Deutschlandpolitik 1756-1789* , Mainz.
Bulloch, J. M., 1916-1917: «A Scoto-Austrian. John Gordon, the assassinator of Wallenstein», *Transactions of the Banffshire Field Club* , 17, 20-29.
Burckhardt, C. T., 1970-1971: *Richelieu and his Age* , 3 vols., London.
Burkhardt, J., 1992: *Der Dreißigjährige Krieg* , Suhrkamp Verlag, Frankfurt am Main.
Burkhardt, J., 1997: «Reichskriege in der frühneuzeitlichen Bildpublizistik», en R. A. Müller (ed.), *Bilder des Reiches* , Sigmaringen, 51-95.
Burkhardt, J., 1998: «Das größte Friedenswerk der Neuzeit», *Geschichte in Wissenschaft und Unterricht* , 49, 592-612.
Burkhardt, J., 1998: «Ist noch ein Ort, dahin der Krieg nicht kommen sey? Katastrophenerfahrung und Kriegsstrategien auf dem deutschen Kriegsschauplatz», en H. Ladermacher and S. Groenveld (eds.), *Krieg und Kultur* , Münster, 3-19.
Burkhardt, J., 2000: «Die kriegstreibende Rolle historischer Jubiläen im Dreißigjährigen Krieg und im Ersten Weltkrieg», en J. Burkhardt (ed.), *Krieg und Frieden in der historischen Gedächtniskultur* , München, 91-102.
Burkhardt, J., 2004: «The Thirty Years War», en R. Po-Chia Hsia (ed.), *A Companion to the Reformation World* , Oxford, 272-290.
Burschel, P., 1994: *Söldner im Nordwestdeutschland des 16. und 17. Jahrhunderts* , Göttingen.
Busch, M., 2000: *Absolutismus und Heeresreform. Schwedens Militär am*

Ende des 17. Jahrhunderts , Bochum.
Bussmann, K. & Schilling, H. (eds.), 1999: 1648: *War and Peace in Europe* , 3 vols., Münster.
Butterworth, R., (ed.), 2001: *The Polish-Lithuanian Monarchy in European Context* c. *1500-1795* , Basingstoke.
Calabria, A., 1991: *The Cost of Empire. The finances of the Kingdom of Naples in the time of Spanish rule* , Cambridge.
Canning, J., Lehman, H., and Winter, J. (eds.), 2004: *Power, Violence and Mass Death in Pre-modern and Modern Times* , Ashgate Joins Routledge, Aldershot, 199-200.
Cardim, P., 1988: «"Portuguese rebels" at Münster», en H. Duchhardt (ed.), *Der Westfälische Friede* , München, 293-333.
Carsten, F. L., 1959: *Princes and Parliaments* , Oxford.
Carter, C. H., 1964: «Belgian "autonomy" under the Archdukes, 1598-1621», *JMH* , 36, 245-259.
Carter, C. H., 1964: *The Secret Diplomacy of the Habsburgs, 1598-1625* , New York.
Cerman, M., 1994: «Bohemia after the Thirty Years War: some theses on population structure, marriage and family», *Journal of Family History* , 19, 149-175.
Cerman, M. & Zeitlhofer, H., (eds.), 2002: *Soziale Strukturen in Böhmen. Ein regionale Vergleich von Wirtscahft und gesellschaften in Grundherrschaften, 16. –19. Jahrhundert* , Vienna.
Chaboche, R., 1973: «Les soldats français de la Guerre de Trente Ans», *Revue d'histoire moderne et contemporaine* , 20, 10-24.
Chaline, O., 1999: *La Bataille de la Montagne Blanche* , Paris.
Chaline, O., 2006: «Religion und Kriegserfahrung. Die Schlacht am Weissen Berge 1620», en F. Brendle and A. Schindling (eds.), *Religionskriege im Alten Reich und in Alteuropa* , Münster, 511-518.
Christianson, J. R., 1979: «Tyge Brahe's German treatise on the comet of 1577», *Isis* , 70, 110-140.
Church, W. F., 1972: *Richelieu and Reason of State* , Princeton University Press, New Jersey.
Cirakman, A., 2002: *From «terror of the world» to the «sick man of Europe». European images of Ottoman Empire and society from the sixteenth century to the nineteenth* , New York and Frankfurt.
Clarke, J. A., 1966: *Huguenot Warrior: The Life and Times of Henri de*

Rohan, 1579-1638 , Springer, The Hague.
Clodfelter, M., 2001: *Warfare and Armed Conflicts. A statistical reference to casualty and other figures 1500-2000* , Jefferson, North Carolina.
Cogswell, T., 1989: *The Blessed Revolution. English politics and the coming of war 1621-1624* , Cambridge.
Concanon, R. J. C., 1967: «The third enemy: the role of epidemics in the Thirty Years War», *Journal of World History* , 10, 500-511.
Conrad, H. und Teske, G. (eds.), 2000: *Sterbezeiten. Der Dreißigjährige Krieg im Herzogtum* Westfalen, Münster.
Constant, J. M., 2001: «Die französischen *Dévots* und der Frieden mit Spanien. Die Opposition gegen Richelieu 1628-1643», en R. G. Asch *et al* . (eds.), *Frieden und Krieg in der Frühen Neuzeit* , Wilhelm Fink, München, 193-206.
Coreth, A., 1982: *Pietas Austriaca. Österreichische Frömmigkeit im Barock* , Vienna.
Corteguerra, L. R., 2002: *For the Common Good. Popular politics in Barcelona, 1580-1640* , Ithaca, New York.
Cramer, C., 1971: «Territoriale Entwicklung», en B. Martin and R. Wetekam (eds.), *Waldeckische Landeskunde* (Korbach), 171-262.
Cramer, K., 2007: *The Thirty Years War and German Memory in the Nineteenth Century* , University of Nebraska Press, Lincoln, 9, 146-147.
Creveld, M. van, 1977: *Supplying War* , Cambridge [ed. en esp.: *Los abastecimientos en la guerra* , Ejército de Tierra. Estado Mayor. Servicio de Publicaciones, Madrid, 1985].
Croxton, D., 1998: «A territorial imperative? The military revolution, strategy and peacemaking in the Thirty Years War», *War in History* , 5, 253-279.
Croxton, D., 1999: *Peacemaking in Early Modern Europe. Cardinal Mazarin and the Congress of Westphalia, 1643-1648* , Selinsgrove.
Croxton, D., 1999: «The Peace of Westphalia of 1648 and the origins of sovereignty», *IHR* , 21, 569-591.
Croxton, D., 2000: «“The prosperity of arms is never continued”: Military intelligence, surprise and diplomacy in 1640s Germany», *Journal of Military History* , 64, 981-1003.
Croxton, D., 2013: *Westphalia. The last Christian peace* , Basingstoke.
Cunningham A. & Grell, O. P. (eds.), 2000: *The Four Horsemen of the*

Apocalypse. Religion, war, famine and death in Reformation Europe , Cambridge.
Dahm, H., (1951): «Verluste der jülich-bergischen Landmiliz im Dreißigjährigen Krieg», *Düsseldorfer Jahrbuch* , 45, 280-288.
Dandelet, T. J., 2001: *Spanish Rome 1500-1700* , New Haven [ed. en esp.: *La Roma española* , Editorial Crítica, Barcelona, 2002].
Daniel, D. P., 1980: «Ecumenicity or orthodoxy: the dilemma of the Protestants in the lands of the Austrian Habsburgs», *Church History* , 49, 387-400.
Daniel, D. P., 1996: «Calvinism in Hungary: the theological and ecclesiastical transition to the Reformed faith», en A. Pettegree (ed.), *Calvinism in Europe 1540-1620* , Cambridge, 205-230.
Darby, G., (ed.), 2001: *Origins and Development of the Dutch Revolt* , London.
Dávid, G., and Fodor, P., (eds.), 2000: *Ottomans, Hungarians and Habsburgs in Central Europe* , Leiden.
David, Z. V., 2003: *Finding the Middle Way. The Utraquists' liberal challenge to Rome and Luther* , Washington DC and Baltimore.
Davies, N., 1981: *God's Playground. A history of Poland* , 2 vols., Oxford.
Davies, R. T., 1937: *The Golden Century of Spain 1501-1621* , New York [ed. en esp.: *El gran siglo de España 1501-1621* , Ediciones Akal, 1973].
Deinert, C., 1966: *Die schwedische Epoche in Franken 1631-1635* , Würzburg.
Demandt, K. E., 1980: *Geschichte des Landes Hessen* , Kassel.
Dent, J., 1973: *Crisis in Finance. Crown, financiers and society in seventeenth-century France* , Newton Abbot.
Desquesnes R. *et al.* , 1993: *Les fortifications du litterol-La Charente Maritime* , Patrimoines Médias, Chauray.
Dethan, G., 1959: *Gaston d'Orleans. Conspirateur et prince charmant* , Fayard, Paris.
Dethlefs, G. (ed.), 1998: *Der Frieden von Münster* , Münster.
Dewald, J., 2015: *Status, Power and Identity in Early Modern France. The Rohan Family, 1550-1715* , Pennsylvania.
Dickmann, F., 1998: *Der Westfälische Friede* , 7th ed, Münster.
Dipper, C., 1991: *Deutsche Geschichte 1648-1789* , Frankfurt am Main.
Diwald, H., 1969: *Wallenstein* . *Eine Biographie* , Bechtle Verlag & Druck,

Esslingen.
Dixon, C. S., 2002: *The Reformation in Germany* , Oxford.
Dixon, C. S., 2007: «Urban order and religious coexistence in the German imperial city: Augsburg and Donauwörth, 1548-1608», *CEH* , 40, 1-33.
Dlugaiczyk, M., 2001: «“Pax Armata”: Amazonen als Sinnbilder für Tugend und Laster-Krieg und Frieden. Ein Blick in die Niederlande», en K. Garber *et al* . (eds.), *Erfahrung und Deutung von Krieg und Frieden* , München, 539-567.
Dobras, W., 1998: «Die kurfürstliche Stadt bis zum Ende des Dreißigjährigen Krieges (1462-1648)», en F. Dumont und F. Schütz (eds.), *Mainz. Die Geschichte eine Stadt* , Mainz, 227-263.
Donagan, B., 1994: «Atrocity, war crime and treason in the English Civil War», *American Historical Review* , 99, 1137-1166.
Dössler, E., 1955: «Kleve-Mark am Ende des Dreißigjährigen Krieges», *Düsseldorfer Jahrbuch* , 47, 254-296.
Dotzauer, W., 1974-1975: «Der pfälzische Wildfangstreit», *Jahrbuch zur Geschichte von Stadt und Landkreis Kaiserslautern* , 12/13, 235-247.
Drelichman, M., 2005: «American silver and the decline of Spain», *Journal of Economic History* , 65, 532-535.
Droysen, G., 1855-1886: *Geschichte der preussischen Politik* , 5 parts in 14 vols., Leipzig.
Droysen, G., 1871: «Das Aufreten Pappenheims in Norddeutschland nach der Schlacht bei Breitenfeld», *ZPGLK* , 8, 401-428, 601-622.
Droysen, G., 1871: «Die niedersächsischen Kreisstände während des schwedisch-deutschen Krieges 1631 und 1632», *ZPGLK* , 8, 362-383.
Droysen, G., 1872: «Der Krieg in Norddeutschland von 1632», *ZPGLK* , 9, 245-255, 289-312, 376-400.
Droysen, G., 1885: *Bernhard von Weimar* , 2 vols., Leipzig.
Duchhardt, H., 1977: *Protestantisches Kaisertum und Altes Reich* , Wiesbaden.
Duchhardt, H., 1978: «Der Kampf um die Parität im Kammerrichteramt zwischen Augsburger Religionsfrieden und Dreißigjährigem Krieg», *ARG* , 69, 201-218.
Duchhardt, H., 1999: «Zur “Verortung” des Westfälischen Friedens in der Geschichte der internationalen Beziehungen in der Vormoderne», en K. Malettke (ed.), *Frankreich und Hessen-Kassel* , Marburg, 11-18.

Dudik, B. (ed.), 1884: «Tagebuch des feindlichen Einfalls der Schweden in das Markgrafthum Mähren während ihres Aufenthaltes in der Stadt Olmütz 1642-1650», *Archiv für österreichische Geschichte* , 65, 309-485.

Duindam, J., 2003: *Vienna and Versailles. The courts of Europe's dynastic rivals, 1550-1780* , Cambridge [ed. en esp.: *Viena y Versalles. Las cortes de los rivales dinásticos europeos entre 1550 y 1780* , Machado Libros, Madrid, 2009].

Duke, A., 2003: *Reformation and Revolt in the Low Countries* , London.

Duffy, C., 1979: *Siege Warfare. The fortress in the early modern world 1494-1660* , London.

Dupuy, T. N., 1969: *The Military Life of Gustavus Adolphus* , New York.

Durrant, J. B., 2007: *Witchcraft, Gender and Society in Early Modern Germany* , Leiden.

Eberhard, W., 1991: «The political system and the intellectual traditions of the Bohemian Ständestaat from the thirteenth to the sixteenth century», en R. J. W. Evans y T. V. Thomas (eds.), *Crown, Church and Estates* , Basingstoke, 23-47.

Eberstaller, H., 1964: «Zur Finanzpolitik der oberösterreichischen Stände im Jahre 1608», *Mitteilungen des oberösterreichischen Landesarchivs* , 8, 443-451.

Eckert, E. A., 1996: *The Structure of Plagues and Pestilences in Early Modern Europe: Central Europe 1560-1640* , Basel.

Edel, A., 2002: «Auf dem Weg in den Krieg. Zur Vorgeschichte der Intervention Herzog Maximilians I. von Bayern in Österreich und Böhmen 1620», *ZBLG* , 65, 157-253.

Edel, A., 2002: «Politik und Macht bei Herzog Maximilian von Bayern. Die Jahre vor dem Ausbruch des Dreißigjährigen Krieges», en W. Schulze (ed.), *Friedliche Intentionen-Kriegerische Effekte* , St Katharinen, 107-139.

Edelmayer, F., 2002: *Söldner und Pensionäre. Das Netzwerk Philipps II. im Heiligen Römischen Reich* , München.

Edmundson, G., 1891: «Louis de Geer», *EHR* , 6, 685-712.

Ehlert, H., 1985: «Ursprünge des modernen Militärwesens. Die nassau-oranischen Heeresreformen», *Militärgeschichtliche Mitteilungen* , 38, 27-56.

Ehrenpreis, S., 1999: «Die Tätigkeit des Reichshofrats um 1600 in der

protestantischen Kritik», en W. Sellert (ed.), *Reichshofrat und Reichskammergericht* , Cologne, 27-46.

Ehrenpreis, S., 2002: «Der Dreißigjährigen Krieg als Krise der Landesherrschaft», en S. Ehrenpreis (ed.), *Der Dreißigjährige Krieg im Herzogtum Berg und in seinen Nachbarregionen* , Neustadt an der Aisch, 66-101.

Ehrenpreis, S., 2002: «Die Rolle des Kaiserhofes in der Reichsverfassungskrise und im europäischen Mächtesystem vor dem Dreißigjährigen Krieg», en W. Schulze (ed.), *Friedliche Intentionen-Kriegerische Effekte* , St Katharinen, 71-106.

Ehrenpreis, S., 2006: *Kaiserliche Gerichtsbarkeit und Konfessionskonflikt. Der Reichshofrat unter Rudolf II. (1576-1612)* , Göttingen.

Eichberg, H., 1977: «Geometrie als barocke Verhaltensnorm», *ZHF* , 4, 17-50.

Eichberg, H., 1989: *Festung, Zentralmacht und Sozialgeometrie. Kriegsingenieurwesen des 17. Jahrhunderts in den Herzogtümern Bremen und Verden* , Cologne.

Eickhoff, E., 1973: *Venedig, Wien und die Osmanen. Umbruch in Südosteuropa 1645-1700* , München.

Eickhoff, S. und Schopper, F. (eds.), 2012: *1636. Ihre Letzte Schlacht. Leben im Dreißigjährigen Krieg* , Zossen.

Ellersieck, H., 1975: «The Swedish Russian frontier in the seventeenth century», *Journal of Baltic Studies* , 5, 188-197.

Elliott, J. H., 1963: *Imperial Spain 1469-1716* , London [ed. en esp.: *La España imperial (1469-1716)* , RBA, Madrid, 2006].

Elliott, J. H., 1963: *The Revolt of the Catalans* , Cambridge [ed. en esp.: *La rebelión de los catalanes* , Siglo XXI de España Editores, Madrid, 2013].

Elliott, J. H., 1972: *The Old World and the New 1492-1650* , London [ed. en esp.: *El viejo mundo y el nuevo (1492-1650)* , Alianza Editorial, Madrid, 2015].

Elliott, J. H., 1977: «Self-perception and decline in early seventeenth-century Spain», *P&P* , 76, 41-61.

Elliot, J. H., 1984: *Richelieu and Olivares* , Cambridge [ed. en esp.: *Richelieu y Olivares* , Editorial Crítica, Barcelona, 2017].

Elliott, J. H., 1986: *The Count-Duke of Olivares* , Yale University Press, New Haven [ed. en esp.: *El conde-duque de Olivares* , Austral, Barcelona,

2014].
Elliott, J. H., 1999: «Staying in power: the Count-Duke of Olivares», en J. H. Elliott y L. W. B. Brockliss (eds.), *The World of the Favorite* , New Haven, 112-122 [ed. en esp.: *El mundo de los validos* , Taurus, Barcelona/Madrid, 1999].
Elster, O., 1899-1901: *Geschichte der stehenden Truppen im Herzothum Braunschweig-Wolfenbüttel* , 2 vols., Leipzig.
Empel, H. M., 1994: «De eligendo regis vivente imperatore. Die Regelung in der Beständigen Wahlkapitulation und ihre Interpretation in der Staatsrechtsliteratur des 18. Jahrhunderts», *ZNRG* , 16, 11-24.
Endres, R., 1998: «Die Friedensziele der Reichsritterschaft», en H. Duchhardt (ed.), *Der Westfälische Friede* , München, 565-578.
Engelbert, G., 1959: «Der Hessenkrieg am Niederrhein», *AHVN* , 161, 65-113.
Engerisser, P., 2004: *Von Kronach nach Nördlingen. Der Dreißigjährige Krieg in Franken, Schwaben und der Oberpfalz 1631-1635* , Weißenstadt.
Englund, P., 1998: *Die Verwüstung Deutschlands* , Stuttgart.
Enthoven, V., 2001: «From sea-beggars to admiralty. The Dutch navy after Lepanto», *Armi del Sovrano* . Disponible en [http://www.assostoria.it].
Eppenstein, L., 1920: «Beiträge zur Geschichte des auswärtigen Kriegsdienstes der Deutschen in der zweiten Hälfte des 16. Jahrhunderts», *FBPG* , 32, 283-367.
Erdmannsdorffer, B., 1932: *Deutsche Geschichte vom Westfälischen Frieden bis zum Regierungsantritt Friedrichs des Großen 1648-1740* , 2 vols., Leipzig.
Ergang, R., 1956: *The Myth of the All-destructive Fury of the Thirty Years War* , Pocono Pines, Pensilvania.
Erickson, L., 1998: «The Swedish army and navy during the Thirty Years War», en K. Bussmann & H. Schilling (eds.), *1648: War and Peace in Europe* , 3 vols., Münster, I, 301-307.
Eriksson, B., 2006: *Lützen 1632. Ett ödesdigert beslut* , Stockholm.
Ernst, A. und Schindling, A. (eds.), 2010: *Union und Liga 1608/09. Konfessionelle Bündnisse im Reich – Weichenstellung zum Religionskrieg?* , Stuttgart.
Ernst, H., 1991: *Madrid und Wien 1632-1637. Politik und Finanzen in den*

Beziehungen zwischen Philipp IV. und Ferdinand II , Münster.
Ernst, J., 1878: «Ein gleichzeitiger Bericht über das württembergische Kriegsvolk vor der österreichischen Stadt Villingen vom Jahre 1631 bis 1633», *WVJHLG* , 1, 129-137.
Ernstberger, A., 1930: «Wallensteins Heeressabotage und die Breitenfelder Schlacht», *HZ* , 142, 41-72.
Ernstberger, A., 1954: *Hans de Witte, Finanzmann Wallensteins* , Wiesbaden.
Ernstberger, A., 1955: «Für und wider Wallenstein», *HJb* , 74, 265-281.
Ernstberger, A., 1963: *Abenteurer des Dreißigjährigen Krieges* , Erlangen.
Ertman, T., 1997: *Birth of the Leviathan* , Cambridge.
Evans, R. J. W., 1977: «Learned societies in Germany in the seventeenth century», *European Studies Review* , 7, 129-151.
Evans, R. J. W., 1979: *The Making of the Habsburg Monarchy 1550-1700* , Oxford.
Evans, R. J. W., 1985: «Culture and anarchy in the Empire 1540-1680», *CEH* , 18, 14-30.
Evans, R. J. W., 1990: and Thomas, T. V.: *Crown, Church and Estates* , New York.
Evans, R. J. W., 1997: *Rudolf II and His World* , 2nd ed, London.
Externbrink, S., 1997: «Die Rezeption des "Sacco di Montova" im 17. Jahrhundert», en M. Meumann und D. Niefanger (eds.), *Ein Schauplatz herber Angst* , Göttingen, 205-222.
Externbrink, S., 1999: «Kleinstaaten im Bündnissystem Richelieus: Hessen-Kassel und Mantua 1635-1642», en K. Malettke (ed.), *Frankreich und Hessen-Kassel zur Zeit des Dreissigjährigen Krieges und des Westfälischen Friedens* , N. G. Elwert, Marburg, 135-157.
Externbrink, S., 2006: *Friedrich der Große, Maria Theresia und das Alte Reich* , Berlin.
Faber, D. E. A., & Bruin, R. E., 1998: «Utrecht's opposition to the Münster peace process», en K. Bussmann & H. Schilling (eds.), *1648: War and Peace in Europe* , 3 vols., Münster, I, 413-422.
Fahrmbacher, H., 1909: «Vorgeschichte und Anfänge der Kurpfalzischen Armee in Jülich-Berg 1609-1685», *Zeitschrift des Bergischen Geschichtsvereins* , 42, 35-94.
Falke, J., 1875: «Die Steuerverhandlungen des Kurfürsten Johann Georgs I. mit den Landständen während des Dreißigjährigen Krieges», *Archiv für sächsische Geschichte* , new series 1, 268-348.

Faroqhi, S., 2004: *The Ottoman Empire and the World Around It* , London.
Fedorowicz, J. K., 1980: *England's Baltic Trade in the Early Seventeenth Century* , Cambridge.
Feros, A., 2000: *Kingship and Favouritism in the Spain of Philip III 1598-1621* , Cambridge.
Fiedler, B. C., 1995: «Schwedish oder Deutsch? Die Herzogtümer Bremen und Verden in der Schwedenzeit (1645-1712)», *Niedersächsisches Jahrbuch für Landesgeschichte* , 67, 43-57.
Findeisen, J. P., 2005: *Gustav II. Adolf von Schweden* , Gernsbach.
Findeisen, J. P., 2007: *Axel Oxenstierna. Architekt der schwedischen Großmacht-Ära und Sieger des Dreißigjährigen Krieges* , Gernsbach.
Findley, C. V., 2005: *The Turks in World History* , Oxford.
Finkel, C. F., 1992: «French mercenaries in the Habsburg-Ottoman war of 1593-1606: the desertion of the Papa garrison to the Ottomans in 1600», *Bulletin of the School of Oriental and African Studies* , 55, 451-471.
Finucane, J., 2008: «"To remain unaltered in the courage you have inherited from your ancestors": Magdeburg under siege 1547-1631», Trinity College Dublin, PhD.
Fischer, D. H., 1996: *The Great Wave. Price revolutions and the rhythm of history* , Oxford.
Fissel, M. C., 2001: *English Warfare 1511-1642* , London.
Fitzsimon, R. D., 1969-1970: «Irish swordsmen in the imperial service in the 30 Years War», *Irish Sword* , 9, 22-31.
Fleitmann, W., 1972: «Postverbindungen für den Westfälischen Friedenskongreß 1643 bis 1648», *Archiv für Deutsche Postgeschichte* , 1, 3-48.
Flieger, H. E., 1998: *Die Schlacht bei Stadtlohn am 6. August 1623* , Aachen.
Foerster, J. F., 1979: *Kurfürst Ferdinand von Köln. Die Politik seiner Stifter in den Jahren 1634-1650* , Münster.
Foken, J., 2006: *Im Schatten der Niederlande. Die politisch-konfessionellen Beziehungen zwischen Ostfriesland und dem niederländischen Raum vom späten Mittelalter bis zum 18. Jahrhundert* , Münster.
Forster, M., 1992: *The Counter Reformation in the Villages: Religion and Reform in the Bishopric of Speyer 1560-1720* , Ithaca and London.
Forster, M., 2001: *Catholic Renewal in the Age of the Baroque. Religious Identity in South West Germany* , New York.

Forster, M., 2007: *Catholic Germany from the Reformation to the Enlightenment* , Basingstoke.
François, E., 1991: *Die unsichtbare Grenze. Protestanten und Katholiken in Augsburg 1648-1806* , Sigmaringen.
Franz, G., 1940 (1979, 4th ed.): *Der Dreißigjährige Krieg und das deutsche Volk* , 1st ed., Jena (4th ed., Darmstadt).
Franz, G., 1958: «Glaube und Recht im politischen Denken Kaiser Ferdinands II.», *ARG* , 49, 258-269.
Franzen, A., 1960: *The Warship* Vasa, Stockholm.
Franzl, J., 1978: *Ferdinand II: Kaiser im Zwiespalt der Zeit* , Graz.
Frauenholz, E. von, 1938-1939: *Das Heerwesen in der Zeit des Dreißigjährigen Krieges* , 2 vols., München.
Frauenholz, E. von (ed.), 1941-1942: «Zur Geschichte des Dreißigjährigen Krieges», *ZBLG* , 253-271.
Freist, D., 2002: «One body, two confessions: mixed marriages in Germany», en U. Rublack (ed.), *Gender in Early Modern German History* , Cambridge, 275-304.
Friedeburg, R. von, 2002: *Self-defence and Religious Strife in Early Modern Europe. England and Germany, 1530-1680* , Aldershot.
Friedeburg, R. von, 2007: «Why did seventeenth-century Estates address the jurisdictions of their princes as fatherlands?», en R. C. Head and D. Christiansen (eds.), *Orthodoxies and Heterodoxies in Early Modern German Culture* , Leiden, 69-94.
Friedrich, K., 2000: *The Other Prussia. Royal Prussia, Poland and liberty 1569-1772* , Cambridge.
Friedrichs, C. R., 1979: *Urban Society in an Age of War: Nördlingen, 1580-1720* , Princeton.
Fries-Kurze, B., 1961: «Pfalzgraf Wolfgang Wilhelm von Neuburg», *Lebensbilder aus dem bayerischen Schwaben* , 8, 198-227.
Friesenegger, M., 2007: *Tagebuch aus dem 30jährigen Krieg* , München.
Frijhoff, W. & Spies, M., 2003: *1650. Hard-won Unity* , Basingstoke.
Frisch, M., 1993: *Das Restitutionsedikt Kaiser Ferdinands II. von 6. März 1629* , Tübingen.
Frohnweiler, K. H., 1964: «Die Friedenspolitik Landgraf Georg II von Hessen-Darmstadt in den Jahren 1630-1635», *Archiv für Hessische Geschichte und Altertumskunde* , new series 29, 1-185.
Frost, R. I., 1993: *After the Deluge. Poland-Lithuania and the Second*

Northern War 1655-1660 , Cambridge.
Frost, R. I., 1998: «Poland-Lithuania in the Thirty Years War», en K. Bussmann and H. Schilling (eds.), *1648: War and Peace in Europe* , 3 vols., Münster, vol. I, 197-205.
Frost, R. I., 2000: *The Northern Wars 1558-1721* , Harlow.
Frost, R. I., 2001: «Scottish soldiers, Poland-Lithuania and the Thirty Years War», en S. Murdoch (ed.), *Scotland and the Thirty Years War 1618-1648* , Leiden, 191-213.
Fulda, D., 1997: «Gewalt gegen Gott und die Natur», en M. Meumann and D. Niefanger (eds.), *Ein Schauplatz herber Angst* , Göttingen, 240-269.
Fuchs, R. P., 2002: «Zeit und Ereignis im Krieg. Überlegungen zu den Aussagen Steinfurter Zeugen in einer Befragung zum Normaljahr 1624», en T. Sodmann (ed.), *1568-1648* , Vreden, 65-76.
Fuchs, R. P., 2010: *Ein «Medium » zum Frieden. Normaljahre und die Beendigung des Dreißigjährigen Krieges* , München.
Gaedeke, A., 1889: «Zur Politik Wallensteins und Kursachsens in den Jahren 1630-1634», *NASG* , 10, 32-42.
Gabel, H., 1998: «Glaube-Individuum-Reichsrecht. Toleranzdenken im Reich von Augsburg bis Münster», en H. Lademacher and S. Groenveld (eds.), *Krieg und Kultur. Die Rezeption von Krieg und Frieden in der Niederländischen Republik und im Deutschen Reich 1568-1648* , Münster, 157-177.
Gabel, H., 2002: «Sicherheit und Konfession. Aspekte niederländischer Politik gegenüber Jülich-Berg vor und während des Dreißigjährige Krieges», en S. Ehrenpreis (ed.), *Der Dreißigjährigen Krieg in Herzogtum Berg und seinen Nachbarregionen* , Neustadt and Aisch, 132-179.
Gäfvert, B., 1998: «Maps and war: the Swedish experience during the Thirty Years War», en K. Bussmann & H. Schilling (eds.), *1648: War and Peace in Europe* , 3 vols., Münster, I, 309-317.
Gajecky G., & Baran, A., 1969: *The Cossacks in the Thirty Years War* , vol. I, Rome.
Gallati, F., 1919: «Eidgenssische Politik zur Zeit des Dreißigjährigen Krieges», *Jahrbuch für schweizerische Geschichte* , 44, 1-257.
Gallati, F., 1922: «Zur Belagerung von Konstanz im Jahre 1633», *Zeitschrift für schweizerische Geschiche* , 2, 234-243.
Gantet, C., 2001: *La paix de Westphalie (1648). Une histoire sociale, XVIIe*

–XVIIIe siècles , Paris.
Gardiner, S. R., 1889: *The Thirty Years War 1618-1648* , Longmans, Green & Co., London.
Gawthrop, R. L., 1993: *Pietism and the Making of Eighteenth-century Prussia* , Cambridge.
Gehm, B., 2000: *Die Hexenverfolgung im Hochstift Bamberg und das Eingreifen des Reichshofrates zu ihre Beendigung* , Hildesheim.
Geiger, A., 1983: *Wallensteins Astrologie* , Graz.
Geisthardt, F., 1950: «Peter Melander Graf zu Holzapfel 1589–1648», *Nassauische Lebensbilder* , 4, 36-53.
Gelder, R. van, 2004: *Das ostindinische Abenteuer. Deutsche in Diensten der Vereinigten Ostindischen Kompanie der Niederlande 1600-1800* , Hamburg.
Gelderen, M. van, 1992: *The Political Thought of the Dutch Revolt 1555-1590* , Cambridge.
Gerhard, H. J., 1994: «Ein schöner Garten ohne Zaum. Die währungspolitische Situation des Deutschen Reiches um 1600», *VSWG* , 81, 156-177.
Gescher, Major A. D., 1891: «Die Schlacht bei Stadtlohn am 5. und 6. August 1623», *Vestische Zeitschrift* , 1, 102-111.
Gheyn, J. de, 2003: *The Renaissance Drill Book* , D. J. Blackmore (ed.), London.
Gindely, A. (ed.), 1877: *Die Berichte über die Schlacht auf dem Weissen Berge bei Prag* , Vienna.
Gindely, A., 1892: *History of the Thirty Years War* , 2 vols., New York.
Glaser H. (ed.), 1980: *Um Glauben und Reich* , 2 vols., München.
Glamman, K., 1974: «European trade 1500-1750», en C. M. Cipolla (ed.), *The Fontana Economic History of Europe. The sixteenth and seventeenth centuries* , London, 427-526 [ed. en esp.: *Historia económica de la Europa preindustrial* , Booket, Barcelona, 2013].
Glete, J., 1993: *Navies and Nations. Warships, navies and state building in Europe and America 1500-1860* , 2 vols., Coronet Books Inc, Stockholm.
Glete, J., 1994: «Bridge and bulwark. The Swedish navy and the Baltic, 1500-1809», en G. Rystad (ed.), *The Baltic in Power Politics* , vol. I, Stockholm, 9-59.
Glete, J., 2000: «Empire building with limited resources», en E. Martínez y

M. de P. Pi Corrales (eds.), *Spain and Sweden in the Baroque Era* , Madrid, 307-336.
Glete, J., 2002: *War and the State in Early Modern Europe. Spain, the Dutch Republic and Sweden as fiscal-military states, 1500-1660* ¸Routledge, London.
Glete, J., 2006: «Amphibious warfare: the Baltic 1550-1700», en D. J. B. Trim y M. C. Fissel (eds.), *Amphibious Warfare 1000-1700* , Leiden, 123-147.
Glete, J., 2010: *Swedish Naval Administration 1521-1721* , Leiden.
Glettler, M., 1978: «Überlegungen zur historiographischen Neubewertung Bethlen Gabors», *Ungarn Jahrbuch* , 9, 237-255.
Glozier, M., 2004: *Scottish Soldiers in France in the Reign of the Sun King* , Leiden.
Godley, E., 1915: *The Great Condé. A life of Louis II de Bourbon Prince de Condé* , London.
Goetze, S. S., 1971: *Die Politik des schwedischen Reichskanzlers Axel Oxenstierna gegenüber Kaiser und Reich* , Kiel.
Goffman, D., 2002: *The Ottoman Empire and Early Modern Europe* , Cambridge.
Golgar, A., 2007: *Tulipmania: Money, Honor and Knowledge in the Dutch Golden Age* , Chicago.
Golobeva, M., 2000: *The Glorification of Emperor Leopold I in Image, Spectacle and Text* , Mainz.
Goodman, D., 1997: *Spanish Naval Power 1589-1665. Reconstruction and defeat* , Cambridge [ed. en esp.: *El poderío naval español. Historia de la Armada española del siglo XVII* , Ediciones Península, Barcelona, 2001].
Gorst-Williams, J., 1977: *Elizabeth the Winter Queen* , London.
Göse, F., 2006: *Der erste brandenburg-preußische Generalfeldmarschall Otto Christoph Freiherr von Sparr 1605-1668* , Berlin.
Götschmann, D., 1993: «Das Jus Armorum. Ausformung und politische Bedeutung der reichsständischen Militärhoheit bis zur ihrer definitiven Anerkennung im Westfälischen Frieden», *BDLG* , 129, 257-276.
Gotthard, A., 1992: *Konfession und Staatsräson. Die Außenpolitik Württembergs unter Herzog Johann Friedrich (1608-1628)* , Stuttgart, 271-301.

Gotthard, A., 1993: «“Politice seint wir bäpstisch”. Kursachsen und der deutsche Protestantismus im frühen 17. Jahrhundert», *ZHF* , 20, 275-319.
Gotthard, A., 1995: «Protestantische “Union” und katholische “Liga”-subsidiäre Strukturelemente oder Alternativentwürfe?», en V. Press (ed.), *Alternativen zur Reichsverfassung in der frühen Neuzeit?* , München, 81-112.
Gotthard, A., 1996: «Der “Grosse Kurfürst” und das Kurkolleg», *FBPG* , new series 6, 1-54.
Gotthard, A., 1996: «“Macht hab ehr, einen bischof abzusezen”. Neue Überlegungen zum Kölner Krieg», *ZSRG KA* , 113, 270-325.
Gotthard, A., 2000: «1591-Zäsur der sächsischen und der deutschen Geschichte», *NASG* , 71, 275-284.
Gotthard, A., 2002: «Der deutsche Konfessionskrieg seit 1619», *HJb* , 122, 141-172.
Gotthard, A., 2004a: *Der Augsburger Religionsfrieden* , Münster.
Gotthard, A., 2004b: «Johann Georg I. 1611-1656», en F. L. Kroll (ed.), *Die Herrscher Sachsens* , München, 137-147.
Gotthard, A., 2006: «Eine feste Burg ist vnser vnnd der Böhmen Gott. Der Böhmische Aufstand 1618/19 in der Wahrnehmung des evangelischen Deutschland», en F. Brendle y A. Schindling (eds.), *Religionskriege im Alten Reich und in Alteuropa* , Münster, 135-162.
Göttmann, F., 1992: «Zur Entstehung des Landsberger Bundes im Kontext der Reichs-, Verfassungs- und regionalen Territorialpolitik des 16. Jahrhunderts», *ZHF* , 19, 415-444.
Gotzmann, A. und Wendehorst S., (eds.), 2007: *Juden im Recht. Neue Zugänge zur Rechtsgeschichte der Juden im Alten Reich* , Berlin.
Gräf, H. T., 1993: *Konfession und internationales System. Die Außenpolitik Hessen-Kassels im konfessionellen Zeitalter* , Marburg.
Gräf, H. T. (ed.), 2000: *Söldnerleben am Vorabend des Dreißigjährigen Krieges* , Marburg.
Gräf, H. T., 2003: «Der Generalaudienzierer Wolfgang Günther und Landgraf Moritz von Hessen-Kassel», en M. Kaiser und A. Pecar (eds.), *Der zweite Mann im Staat* , Berlin, 59-76.
Grant, J., 1999: «Rethinking the Ottoman “decline”. Military technology diffusion in the Ottoman empire, fifteenth to eighteenth centuries», *Journal of World History* , 10, 179-201.

Greengrass, M., 1984: *France in the Age of Henri IV* , Routledge, London.
Greindl, G., 2003: «Franz von Mercy in der Schlacht bei Allerheim», en A. Schmid und K. Ackermann (eds.), *Staat und Verwaltung in Bayern* , München, 241-257.
Grochowina, N., 2003: *Indifferenz und Dissens in der Grafschaft Ostfriesland im 16. und 17. Jahrhundert* , Frankfurt am Main.
Groenveld, S., 2001: «Princes and regents. The relations between the princes of Orange and the Dutch aristocrats and the making of Dutch foreign policy in theory and practice during the seventeenth century», en R. G. Asch *et al.* (eds.), *Frieden und Krieg in der frühen Neuzeit* , München, 181-192.
Grosjean, A. & Murdoch, S., 2014: *Alexander Leslie and the Scottish generals of the Thirty Years War 1618-1648* , London.
Groten, M. *et al.* (eds.), 2011: *Der Jülich-Klevische Erbstreit 1609* , Düsseldorf.
Grothaus, M., 1985: «Zum Türkenbild in der Kultur der Habsburgermonarchie zwischen dem 16. und 18. Jahrhundert», en A. Tietze (ed.), *Habsburgisch-osmanische Beziehungen* , Vienna, 67-89.
Gürsching, H., 1932: *Die Unionspolitik der Reichsstadt Nürnberg vor dem Dreißigjährigen Kriege (1608-1618)* , München.
Guthrie, W. P., 2002: *Battles of the Thirty Years War* , Greenwood, Westport, CT [ed. en esp.: *Batallas de la Guerra de los Treinta Años* , Ediciones Salamina, Barcelona, 2016].
Guthrie, W. P., 2003: *The Later Thirty Years War* , Greenwood, Westport, Connecticut [ed. en esp.: *Batallas de la Guerra de los Treinta Años. Segundo Periodo. De Wittstock a la Paz de Westfalia, 1638-1648* , Ediciones Salamina, Málaga, 2017].
Guthrie, W. P., 2013: *Actions of the Thirty Years War. Eastern Europe, the Baltic, Italy and France* , Newthorpe.
Gutmann, M. P., 1980: *War and Rural Life in the Early Modern Low Countries* , Princeton.
Gutmann, M. P., 1988: «The origins of the Thirty Years War», *Journal of Interdisciplinary History* , 18, 749-770.
Haan, H., 1964: *Der Regensburger Kurfürstentag von 1636/1637* , Münster.
Haan, H., 1968: «Kaiser Ferdinand II. und das Problem des Reichsabsolutismus», *HZ* , 207, 297-345.
Haberer, S., 2004: *Ott Heinrich Fugger (1592-1644). Biographische Analyse*

typologischer Handlungsfelder in der Epoche des Dreißigjährigen Krieges , Augsburg.

Häcker, S., 2007: «Universität und Krieg. Die Auswirkungen des Dreißigjährigen Krieges auf die Universitäten Heidelberg, Tübingen und Freiburg», *Militär und Gesellschaft in der Frühen Neuzeit* , 11, 163-173.

Hagen, E., 1910: «Die fürstlich würzburgische Hausinfanterie von ihren Anfängen bis zum Beginne des Siebenjährigen Krieges 1636-1756», *Darstellungen der Bayerischen Kriegs- und Heeresgeschichte* , 19, 69-203.

Hagen, W. W., 2002: *Ordinary Prussians. Brandenburg Junkers and Villagers 1500-1840* Cambridge.

Hahlweg, W., 1973: *Die Heeresreform der Oranier. Das Kriegsbuch des Grafen Johann (VII.) von Nassau-Siegen* , Wiesbaden.

Hahn, P. M., 2007: *Friedrich der Große und die deutsche Nation. Geschichte als politisches Argument* , Stuttgart.

Hall, B. S., 1997: *Gunpowder, Technology and Tactics. Weapons and warfare in Renaissance Europe* , Baltimore.

Hallendorff, C., (ed.), 1902: *Sverges traktater med främmande Magter* , vol. V, part 1, Stockholm.

Hallwich, H., 1884: «Wallensteins erste Berufung zum Generalat», *Zeitschrift für allgemeine Geschichte, Kultur, Literatur und Kunstgeschichte* , 1, 108-134.

Hanlon, G., 1998: *The Twilight of a Military Tradition. Italian aristocrats and European conflicts 1560-1800* , London.

Hanlon, G., 2014: *The Hero of Italy. Odoardo Farnese, Duke of Parma, his soldiers and his subjects in the Thirty Years War* , Oxford.

Hanlon, G., 2016: *Italy 1636. Cemetery of Armies* , Oxford.

Harding, R., 1995: *The Evolution of the Sailing Navy, 1509-1815* , MacMillan, Basingstoke.

Harsgor, M., 1987: «Die Spieße unter der Lilienblume. Deutsche Söldner in Dienste Frankreichs (14.-16. Jh.)», *Tel Aviver Jahrbuch für deutsche Geschichte* , 16, 48-81.

Härter, K., 1992: *Reichstag und Revolution 1789-1806* , Göttingen.

Hartmann, A. V., 2001: «Identities and mentalities in the Thirty Years War», en A. V. Hartmann & B. Heuser (eds.), *War, Peace and World Orders in European History* , London, 174-184.

Hartmann, P. C., 2001: *Kulturgeschichte des Heiligen Römischen Reiches 1648 bis 1806* , Vienna.
Hartung, F., 1911: «Die Wahlkapitulationen der deutschen Kaiser und Könige», *HZ* , 107, 306-344.
Hatje, F., 2000: «Auf die Suche nach den Flüchtlingen und Exulanten des Dreißigjährigen Krieges», en M. Knauer and S. Tode (eds.), *Der Krieg vor den Toren* , Hamburg, 181-211.
Hattenhauer, C., 1998: *Schuldenregulierung nach dem Westfälischen Frieden*, Frankfurt am Main.
Hauer, K., 1999: «Frankreich und die reichsständischen Neutralität», en K. Malettke (ed.), *Frankreich und Hessen-Kassel* , Elwert, Marburg, 91-110.
Haug-Moritz, G., 1992: «Kaisertum und Parität. Reichspolitik und Konfession nach dem Westfälischen Frieden», *ZHF* , 19, 445-482.
Haug-Moritz, G., 1995: «Corpus Evangelicorum und deutscher Dualismus», en V. Press (ed.), *Alternativen zur Reichsverfassung in der frühen Neuzeit?* , München, 189-207.
Head, R. C., 1995: *Early Modern Democracy in the Grisons. Social order and political language in a Swiss mountain canton, 1470-1620* , Cambridge.
Hebert, G., 2006: «Franz von Mercy, kurbayerischer Feldmarschall im Dreißigjährigen Krieg», *ZBLG* , 69, 555-594.
Heckel, M., 1956: «Staat und Kirche nach den Lehren der evangelischen Juristen Deutschlands in der ersten Hälfte des 17. Jahrhunderts», *ZSRG KA* , 42, 117-247.
Heckel, M., 1957: «Staat und Kirche nach den Lehren der evangelischen Juristen Deutschlands in der ersten Hälfte des 17. Jahrhunderts», *ZSRG KA* 43, 202-308.
Heckel, M., 1959: «Autonomia und Pacis Compositio», *ZSRG KA* , 45, 141-248.
Heckel, M., 1991: «Die Religionsprozesse des Reichskammergerichts im konfessionell gespaltenen Reichskirchenrecht», *ZSRG KA* , 77, 283-350.
Heckel, M., 2006: «Politischer Friede und geistliche Freiheit im Ringen um die Wahrheit zur Historiographie der Augsburger Religionsfrieden von 1555», *HZ* , 282, 394-425.
Heiligsetzer, G., 1985: *Der oberösterreichische Bauernkrieg 1626* , Vienna.

Heilmann, J., 1850: *Das Kriegswesen der Kaiserlichen und Schweden zur Zeit des Dreißigjährigen Krieges* , Leipzig.

Heilmann, J., 1868: *Kriegsgeschichte von Bayern, Franken und Schwaben von 1506-1651* , 2 vols., München.

Hein, J. H., 1998: «The "Danish War" and Denmark's further role in the conflict», en K. Bussmann and H. Schilling (eds.), *1648: War and Peace in Europe* , 3 vols., Münster, vol. I, 103-110.

Heinisch, R. R., 1970: «Die Neutralitätspolitik Erzbischof Paris Lodrons und ihre Vorläufer», *Mitteilungen der Gesellschaft für Salzburger Landeskunde* , 110/111, 255-276.

Heinisch, R. R., 1974: «Habsburg, die Pforte und der Böhmische Aufstand (1618-1620)», *Südost Forschungen* , 33, 125-165.

Heinisch, R. R., 1991: *Paris Graf Lodron. Reichsfürst und Erzbischof von Salzburg* , Vienna.

Heischmann, E., 1925: *Die Anfänge des stehenden Heeres in Österreich* , Vienna.

Heiss, G., 1991: «Princes, Jesuits and the origins of the Counter Reformation in the Habsburg lands», en R. J. W. Evans and T. V. Thomas (eds.), *Crown, Church and Estates* , Basingstoke, 92-109.

Helbig, K. G., 1867: «Die sächsisch-schwedischen Verhandlungen zu Kötzschenbroda und Eilenburg 1645 und 1646», *Archiv für sächsische Geschichte* , 5, 264-288.

Helfferich, T., 2007: «A levy in Liège for Marazin's army: Practical and strategic difficulties in raising and supporting troops in the Thirty Years War», *Journal of Early Modern History* , 11, 475-500.

Helfferich, T., 2013: *The iron princess: Amalia Elisabeth and the Thirty Years War* , Cambridge, MA.

Hengerer, M., 2012: *Kaiser Ferdinand II, (1608-1657)* , Vienna.

Henggeler, R., 1950: «Die Flüchtlingshilfe der schweizerischen Benediktinerklöster zur Zeit des Dreißigjährigen Krieges», *Studien und Mitteilungen für die Geschichte des Benediktinerordens und seiner Zweige* , 62, 196-221.

Hertrampf, H. D., 1970: «Hoë von Hoënegg–sächsischer Oberhofprediger 1613-1645», *Beiträge zur Kirchengeschichte Deutschlands* , 7, 129-148.

Hexham, H., 1637: *The Principles of the* art militarie *Practised in the Warres of the United Netherlands* , London.

Heydendorff, W. E., 1959: «Vorderösterreich im Dreißigjährigen Krieg» [part 1], *MÖSA* , 12, 74-142.
Heydendorff, W. E., 1960: «Vorderösterreich im Dreißigjährigen Krieg» [part 2], *MÖSA* , 13, 107-194.
Heyne, O., 1866: *Der Kurfürstentag zu Regensburg* , Berlin.
Hill, C. E., 1926: *The Danish Sound Dues and the Command of the Baltic* , Durham, North Carolina.
Hill, H. B., (ed.), 1961: *The Political Testament of Cardinal Richelieu* , University of Wisconsin Press, Madison, Wisconsin.
Hiller, I., 1998: «Feind im Frieden. Die Rolle des Osmanischen Reiches in der europäiscehn Politik zur Zeit des Westfälischen Friedens», en H. Duchhardt (ed.), *Der Westfälische Frieden* , München, 395-404.
Hiller, I., 2001: «Ungarn als Grenzland des christlichen Europa im 16. und 17. Jahrhundert», en R. G. Asch *et al* . (eds.), *Frieden und Krieg in der Frühen Neuzeit* , München, 561-576.
Hippel, W. von, 1978: «Bevölkerung und Wirtschaft im Zeitalter des Dreißigjährigen Krieges», *ZHF* , 5, 413-448.
Höbelt, L., 2008: *Ferdinand III, (1608-1657)* , Graz.
Hock, B. J., 1981: *Kitzingen im Dreißigjährigen Krieg* , Tübingen.
Hoeniger, R., 1909: «Der Dreißigjährige Krieg und die deutsche Kultur», *Preußische Jahrbücher* , 138, 403-450.
Hoeniger, R., 1914: «Die Armeen des Dreißigjährigen Krieges», *Beiheft zum Militärwochenblatt* , 10, 300-323.
Höfer, E., 1998: *Das Ende des Dreißigjährigen Krieges* , Cologne.
Höfert, A., 2003: *Den Feind beschreiben: «Türkengefahr» und europäisches Wissen über das Osmanische Reich 1450-1600* , Frankfurt.
Hoffmann, B., 2001: «Krieges noth und grosse theuerung. Strategien von Frauen in Leipzig 1631-1650», en K. Garber *et al.* (eds.), *Erfahrung und Deutung* , München, 369-392.
Hohrath, D., 2002: Weig, G., und Wettengel, G., (eds.): *Das Ende reichsstädtischer Freiheit 1802* , Ulm.
Hojda, Z., 1998: «The battle of Prague in 1648 and the end of the Thirty Years War», en K. Bussmann & H. Schilling (eds.), *1648: War and Peace in Europe* , 3 vols., Münster, I, 403-411.
Hollaender, A. E. J., 1957-1958: «Some English documents on the end of Wallenstein», *Bulletin of the John Rylands Library Manchester* , 40, 359-390.

Hollenbeck, M., 1999: «Die hessisch-kaiserlichen Verhandlungen öber die Annahme des Prager Friedens», en K. Malettke (ed.), *Frankreich und Hessen-Kassel* , Marburg, 111-122.
Holm, J., 2005: «King Gustav Adolf's death: the birth of early modern nationalism in Sweden», en L. Eriksonas & L. Müller (eds.), *Statehood Before and Beyond Ethnicity* , Brussels, 109-130.
Holstein, H., 1876: «Zur Geschichte der Belagerung Magdeburgs durch Wallenstein im Jahre 1629», *Zeitschrift für Preußische Geschichte* , 13, 593-620.
Holt, M. P., 1995: *The French Wars of Religion 1562-1629* , Cambridge.
Hölz, T., 2001: *Krummstab und Schwert. Die Liga und die geistlichen Reichsstände Schwabens 1609-1635* , Leinfelden-Echterdingen.
Holzem, A., 2006: «Maria im Krieg-Das Beispiel Rottweil 1618–1648», en F. Brendl und A. Schindling (eds.), *Religionskriege im Alten Reich und in Alteuropa* , Münster, 191-216.
Hopkin, D. M., 2003: *Soldier and Peasant in French Popular Culture 1766-1870* , Boydell & Brewer, Woodbridge, 240-250.
Horsbroch, D., 2001: «Wish you were here? Scottish reactions to "postcards" to home from the "Germane warres"», en S. Murdoch (ed.), *Scotland and the Thirty Years War* , Leiden, 245-269.
Horstkemper, G., 2002: «Die protestantische Union und der Ausbruch des Dreißigjährigen Krieges», en W. Schulze (ed.), *Friedliche Intentionen –Kriegerische Effekte* , St Katharinen, 21-51.
Hotson, H., 2000: *Johann Heinrich Alsted, 1588-1638* , Oxford.
Howard, M., 1976: *War in European History* , Oxford [ed. en esp.: *La guerra en la historia europea* , Fondo de Cultura Económica, Madrid, 2012].
Howarth, D., 2001: *The Voyage of the Armada. The Spanish story* (1981, 1st ed., Guildford, Conn.).
Hoyos, P., 1976: «Die kaiserliche Armee 1648-1650», en *Der Dreißigjährige Krieg* , Heeresgeschichtliches Museum, Vienna, 169-232.
Hrnčiřík, P., 2007: *Spanier auf dem Albuch. Ein Beitrag zur Geschichte der Schlacht bei Nördlingen im Jahre 1634* , Aachen.
Hroch, M., and Bartecek, I., 1998: «Die böhmische Frage im Dreißigjährigen Krieg», en H. Duchhardt (ed.), *Der Westfälische Friede* , München, 447-460.
Hubková, J., 2010: *Fridrich Falcky v zrcadle letákové publcistiky* , Prague.
Hume, M. A. S., 1907: *The Court of Philip IV. Spain in decadence* , Eveleigh

Nash, London [ed. en esp.: *La corte de Felipe IV* , Ediciones Espuela de Plata, Sevilla, 2009].
Hurter, F. von, 1860: *Friedensbestrebungen Kaiser Ferdinands II.* , Vienna.
Hüther, M., 1987: «Der Dreißigjährige Krieg als fiskalisches Problem», *Scripta Mercaturae* , 21, 52-81.
Hüttl, L., 1981: *Friedrich Wilhelm von Brandenburg, der Große Kurfürst, 1620-1688* , München.
Ilisch, P., «Money and coinage during the Thirty Years War», en K. Bussmann and H. Schilling (eds.), *1648: War and Peace in Europe* (3 vols., Münster, 1998), I, 345–51.
Imhoff, A. E., 1966: *Der Friede von Vervins 1598* , Aarau.
Immler, G., 1992: *Kurfürst Maximilian I. und der Westfälische Friedenskongreß. Die bayerische auswärtige Politik von 1644 bis zum Ulmer Waffenstillstand* , Münster.
Immler, G., 1994: «Finanzielle Beziehungen zwischen Kirche und Staat in Bayern zur Zeit des Dreißigjährigen Krieges», en H. Kellenbenz and P. Prodi (eds.), *Fiskus, Kirche und Staat im konfessionellen Zeitalter* , Berlin, 141-163.
Ingrao, C., 2000: *The Habsburg Monarchy 1618-1815* , Cambridge.
Irmer, G., 1894: *Hans Georg von Arnim* , Leipzig.
Irmer, G. (ed.), 1888-1891: *Die Verhandlungen Schwedens und seiner Verbündeten mit Wallenstein und dem Kaiser* , 3 vols., Stuttgart.
Israel, J. I., 1982: *The Dutch Republic and the Hispanic World 1606-1661* , Oxford University Press, Oxford [ed. en esp.: La República holandesa y el mundo hispánico, Editorial Nerea, Guipúzcoa, 1997].
Israel, J. I., 1986: «The politics of international trade rivalry during the Thirty Years War», *IHR* , 517-549.
Israel, J. I., 1989: *Dutch Primacy in World Trade 1585-1740* , Oxford.
Israel, J. I., 1995: *The Dutch Republic. Its rise, greatness and fall 1477-1806* , Oxford.
Israel, J. I., 1997: *Conflicts of Empires. Spain, the Low Countries and the struggle for world supremacy 1583-1715* , Hambledon Press, London.
Israel, J. I., 1998: «The Dutch-Spanish War and the Holy Roman Empire (1568-1648)», en K. Bussmann and H. Schilling (eds.), *1648: War and Peace in Europe* , 3 vols., Münster, vol. I, 111-121.
Jacob, K., 1904: *Von Lützen nach Nördlingen* , Strasbourg.
Jaitner, K., 1998: «The popes and the struggle for power during the sixteenth

and seventeenth centuries», en K. Bussmann and H. Schilling (eds.), *1648: War and Peace in Europe* , 3 vols., Münster, vol. I, 61-67.

Jakobi, F. J., 1997: «Zur Entsehungs- und Überlieferungsgeschichte der Vertragsexemplare des Westfälischen Friedens», en J. Kunisch (ed.), *Neue Studien zur frühneutzeitlichen Reichsgeschichte* , Berlin, 207-221.

Jakubowski-Tiessen, M. und Lehmann, H. (eds.), 2003: *Um Himmels Willen: Religion in Katastrophenzeiten* , Göttingen.

James, A., 2004: *Navy and Government in Early Modern France 1572-1661* , Woodbridge.

Jany, C., 1928-1929: *Geschichte der preußischen Armee vom 15. Jahrhundert bis 1914* , 4 vols., Berlin.

Jasienica, P., 1986: *Rzeczpospolita obojga Narodowa* , vol. II, Warsaw.

Jelavich, B., 1983: *History of the Balkans* , Cambridge.

Jenkins, E. H., 1979: *A History of the French Navy* , London.

Jenkinson C. (ed.), 1785: *A Collection of all the Treaties of Peace and Commerce Between Great Britain and Other Powers* , 3 vols., London.

Jespersen, K. J. V., 1973: «Slaget ved Lutter am Barenberg 1626», *Krigshistorisk Tidsskrift* , 9, 80-89.

Jespersen, K. J. V., 2004: *A History of Denmark* , Basingstoke.

Jespersen, L., 1985: «The *Machtstaat* in seventeenth-century Denmark», in *Scandinavian Journal of History* , 10, 271-304.

Jessen, H. (ed.), 1963: *Der Dreißigjährige Krieg in Augenzeugenberichten* , Düsseldorf.

Johnson, T., 2006: «“Victoria a deo missa?”. Living saints on the battlefields of the central European Counter Reformation», en J. Beyer *et al.* (eds.), *Confessional Sanctity (* c. *1500* -c. *1800)* , Mainz, 319-335.

Johnson, T., 2009: *Magistrates, Madonnas and Miracles: The Counter Reformation in the Upper Palatinate* , Aldershot, Ashgate Joins Routledge.

Jong, M. de, 1997: «Dutch public finance during the Eighty Years War: the case of the province of Zeeland, 1585-1621», en M. van der Hoeven (ed.), *The Exercise of Arms. Warfare in the Netherlands, 1568-1648* , Leiden, 133-152.

Judges, A. V., 1926: «Philip Burlamachi: a financier of the Thirty Years War», *Economica* , VI.

Julien, F., 1927: «Angebliche Menschenfresserei im Dreißigjährigen Kriege», *Mitteilungen des Historischen Vereins der Pfalz* , 45, 37-92.

Junius, M. A.: «Bamberg im Schweden-Kriege», *Bericht des Historischen Vereins zu Bamberg* , 52(1890), 1-168; 53(1891), 169-230.

Junkelmann, M., 2003: «Das alles entschiedende Debakel: Die Schlacht am Weißen Berg», en P. Wolf *et al* . (eds.), *Der Winterkönig* , Augsburg, 12-26.

Jutz, K. H. und Fieser, J. M., 1966: *Geschichte der Stadt und ehemaligen Reichsfestung Philippsburg* , Philippsburg.

Jürgensmeier, F., 1975: «Johann Philipp von Schönborn», *Fränkische Lebensbilder* , 6, 161-184.

Jürgensmeier, F., 2001: «Bikonfessionalität in geistlichen Territorien», en K. Garber *et al.* (eds.), *Erfahrung und Deutung von Krieg und Frieden* , München, 261-285.

Kahlenberg, F. P., 1963: *Kurmainzische Verteidigungseinrichtungen und Baugeschichte der Festung Mainz* , Mainz.

Kaiser, M., 1995: «Bayerns Griff nach Brandenburg», *FBPG* , new series 5, 1-29.

Kaiser, M., 1996: «Inmitten des Kriegstheaters: Die Bevölkerung als militärischer Faktor und Kriegsteilnehmer im Dreißigjährigen Krieg», en B. R. Kroener und R. Pröve (eds.), *Krieg und Frieden. Militär und Gesellschaft in der Frühen Neuzeit* , Paderborn, 281-305.

Kaiser, M., 1997: «“Excidium Magdeburgense” Beobachtungen zur Wahrnehmung von Gewalt im Dreißigjährigen Krieg», en M. Meumann und D. Niefanger (eds.), *Ein Schauplatz herbe Angst* , Göttingen, 43-64.

Kaiser, M., 1998: «…aber ich muß erst Beute machen’. Die Zerstörung Magdeburg sim Spiegel von Selbstzeugnissen», en H. Pühle (ed.), *Ganz verheeret! Magdeburg und der Dreißigjährige Krieg* , Magdeburg.

Kaiser, M., 1998: «Ausreißer und Meuterer im Dreißigjährigen Krieg», en U. Bröckling und M. Sikora (eds.), *Armeen und ihre Deserteure* , Göttingen, 49-71.

Kaiser, M., 1998: «Die Lebenswelt der Söldner und das Phänomen der Desertion im Dreißigjährigen Krieg», *Osnabrücker Mitteilungen* , 103, 105-124.

Kaiser, M., 1999: *Politik und Kriegführung. Maximilian von Bayern, Tilly*

und die Katholische Liga im Dreißigjährigen Krieg , Münster.
Kaiser, M., 2000: «Cuius exercitus, eius religion? Konfession und Heerwesen im Zeitalter des Dreißigjährigen Krieges», *ARG* , 91, 316-353.
Kaiser, M., 2000: «Die Söldner und die Bevölkerung. Überlegungen zu Konstituierung und Überwindung eines lebensweltlichen Antagonismus», en K. Krüger und S. Kroll (eds.), *Militär und ländliche Gesellschaft in der Frühen Neuzeit* , Münster, 79-120.
Kaiser, M., 2001: «Der Prager Frieden von 1635», *ZHF* , 28, 277-297.
Kaiser, M., 2001: «Ständebund und Verfahrensordnung. Das Beispiel der Katholischen Liga (1619-1631)», en B. Stollberg-Rilinger (ed.), *Vormoderne politische Verfahren* , Berlin, 331-415.
Kaiser, M., 2002: «Die Karriere des Kriegsunternehmers Jan von Werth», *Geschichte in Köln* , 49, 131-170.
Kaiser, M., 2002: «Maximilian I. von Bayern und der Krieg», *ZBLG* , 65, 69-99.
Kaiser, M., 2002: «Pappenheim als empirischer Theoretiker des Krieges», en H. Neuhaus und B. Stollberg-Rillinger (eds.), *Menschen und Strukturen in der Geschichte Alteuropas* , Berlin, 201-227.
Kaiser, M., 2002: «Überleben im Krieg-Leben mit dem Krieg», en S. Ehrenpreis (ed.), *Der Dreißigjährige Krieg im Herzogtum Berg und seinen Nachbarregionen* , Neustadt and Aisch, 181-233.
Kaiser, M., 2003: «"Ist er vom Adel? Ja. Id satis videtur" Adlige Standesqualität und militärische Leistung als Karrierfaktoren in der Epoche des Dreißigjährigen Krieges», en F. Bosbach *et al.* (eds.), *Geburt oder Leistung?* , München, 73-90.
Kaiser, M., 2004: «Die "Magdeburgische Hochzeit" 1631», en E. Labouvie (ed.), *Leben in der Stadt. Eine Kultur- und Geschlechtergeschichte Magdeburgs* , Cologne, 196-213.
Kaiser, M., 2006: «Die vereinbarte Okkupation. Generalstaatische Besatzungen in brandenburgischen Festungen am Niederrhein», en M. Meumann und J. Rogge (eds.), *Die besetzte* res publica, Berlin, 271-314.
Kaiser, M., 2006: «Der Jäger von Soest. Historische Anmerkungen zur Darstellung des Militärs bei Grimmelshausen», en P. Heßelmann (ed.), *Grimmelshausen und Simplicissimus in Westfalen* , Peter Lang, Bern, 93-118.
Kamen, H., 2003: *Spain's Road to Empire. The making of a world power*

1492-1763 , London.
Kamen, H., 2004: *The Duke of Alba* , New Haven [ed. en esp.: *El gran duque de Alba , soldado de la España imperial* , La Esfera de los Libros, Madrid, 2007].
Kamen, H., 2005: *Golden Age Spain* , 2nd ed, Palgrave MacMillan, Basingstoke.
Kampmann, C., 1992: *Reichsrebellion und kaiserliche Acht* , Münster.
Kampmann, C., 2001: *Arbiter und Friedensstiftung: Die Auseinandersetzung um den politischen Schiedsrichter im Europa der Frühen Neuzeit* , Schoningh, Paderborn.
Kampmann, C., 2003: «Zweiter Mann im Staat oder Staat im Staat? Zur Stellung Wallensteins in der Administration Kaiser Ferdinands II.», en M. Kaiser und A. Pecar (eds.), *Der zweite Mann im Staat* , Berlin, 295-315.
Kampmann, C., 2008: *Europa und das Reich im Dreißigjährigen Krieg . Geschichte eines europäisches Konflikts* , Kohlhammer, Stuttgart.
Kaphahn, F., 1912: «Die Zusammenbruch der deutschen Kreditwirtschaft im XVII. Jahrhundert und der Dreißigjährige Krieg», *Deutsche Geschichtesblätter* , 13, 139-162.
Kappelhoff, B., 1982: *Absolutistisches Regiment oder Ständeherrschaft?* , Hildesheim.
Kapser, C., 1997: *Die bayerische Kriegsorganisation in der zweiten Hälfte des Dreißigjährigen Krieges 1635-1648/1649* , Münster.
Kaufmann, T. D., 1995: *Court, Cloister and City. The art and culture of central Europe, 1450-1800* , Chicago.
Kaufmann, T., 1998: «The Lutheran sermon during the war and at the time of the peace agreement», en K. Bussmann & H. Schilling (eds.), *1648: War and Peace in Europe* , 3 vols., Münster, I, 245-250.
Keim, W., 1962: «Landgraf Wilhelm V. von Hessen-Kassel vom Regierungsantritt 1627 bis zum Abschluss des Bündnisses mit Gustav Adolf 1631», *Hessisches Jahrbuch für Landesgeschichte* , 12, 130-210.
Kellenbenz, H., 1964: «Hamburg und die französisch-schwedische Zusammenarbeit im 30jährigen Krieg», *Zeitschrift der Vereins für Hamburgische Geschichte* , 49/50, 83-107.
Keller, K., 1998: «Das "eigentliche wahre und große Friedensfest im ganzen Sachsenlande". Kursachsen von 1648 bis 1650», en H. Duchhardt

(ed.), *Der Westfälische Friede* , München, 661-677.
Kennedy, P., 1988: *The Rise and Fall of Great Powers* , Unwin, Hyman Limited, London [ed. en esp.: *Auge y caída de las grandes potencias* , Plaza & Janés, Barcelona, 2006].
Kettering, A. M., 1998: *Gerard ter Borch and the Treaty of Münster* , The Hague.
Keunecke, H. O., 1978: «Maximilian von Bayern und die Entführung der Bibliotheca Palatina nach Rom», *Archiv für Geschichte des Buchwesens* , 19, 1401-1406.
Kiehm, P., 1985: «Anfänge des stehenden Heeres in Brandenburg 1640-1655 unter Kurfürst Friedrich Wilhelm», *Militärgeschichte* , 24, 515-520.
Kietzell, R. von, 1972: «Der Frankfurter Deputationstag von 1642-1645», *Nassauische Annalen* , 83, 99-119.
Kindelberger, C. P., 1991: «The economic crisis of 1619 to 1623», *Journal of Economic History* , 51, 149-175.
Kingdon, R. M., 1998: «International Calvinism and the Thirty Years War», en K. Bussmann and H. Schilling (eds.), *1648: War and Peace in Europe* , 3 vols., Münster, I, 229-235.
Kingra, M. S., 1993: «The *trace italienne* and the military revolution during the Eighty Years War 1567–1648», *Journal of Military History* , 57, 431-446.
Kirby, D., 1990: *Northern Europe in the Early Modern Period. The Baltic world 1492-1772* , Harlow.
Kist, J., 1962: *Fürst-und Erzbistum Bamberg* , 3rd ed, Bamberg.
Klein, P. W., 1966: «The Trip family in the 17th century. A study of the behaviour of the entrepreneur on the Dutch staple market», *Acta Historiae Neerdlandicae* , 1, 187-211.
Klein, T., 1986: «Die Erhebungen in den weltlichen Reichsfürstentums 1550-1806», *BDLG* , 122, 137-192.
Kleinehagenbrock, F., 2003: *Die Grafschaft Hohenlohe im Dreißigjährigen Krieg* , Stuttgart.
Kleinheyer, G., 1968: *Die kaiserlichen Wahlkapitulationen* , Karlsruhe.
Kleinman, R., 1975: «Charles Emanuel I of Savoy and the Bohemian election of 1619», *European Studies Review* , 5, 3-29.
Kleinschmidt, H., 1995: «The military and dancing», *Ethnologia europaea* , 25, 157-176.
Kleinschmidt, H., 1999: «Mechanismus und Biologismus im Militärwesen

des 17. und 18. Jahrhunderts», en D. Hohrath und K. Gerteis (eds.), *Die Kriegskunst im Lichte der Vernunft* , vol. I, Hamburg, 51-73.

Klingebiel, T., 2002: *Ein Stand für sich? Lokale Amsträger in der Frühen Neuzeit* , Hannover.

Klinger, A., 2002: *Der Gothauer Fürstenstaat* , Husum.

Knauer, M., 1997: *«Bedenke das Ende ». Zur Funktion der Todesmahnung in druckgraphischen Bildfolgen des Dreißigjährigen Krieges* , Tübingen.

Knecht, R.J., 2000: *The French Civil Wars 1562 –1598* , Harlow.

Knoz, T., 2006: «Die Konfiskationen nach 1620 in (erb)länder-übergreifender Perspektive», en P. Mat'a und T. Winkelbauer (eds.), *Die Habsburgermonarchie 1620 bis 1740* , Stuttgart, 99-130.

Knüppel, G., 1972: *Das Heerwesen des Fürstentums Schleswig-Holstein-Gottorf, 1600-1715* , Neumünster.

Kober, U., 2003: «Der Favorit als "Factotum". Graf Adam von Schwarzenberg», en M. Kaiser und A. Pecar (eds.), *Der zweite Mann im Staat* , Berlin, 231-252.

Koenigsberger, H. G., 2001: *Monarchies, States Generals and Parliaments in the Netherlands in the Fifteenth and Sixteenth Centuries* , Cambridge.

Kohl, W., 1964: *Politische Geschichte des Fürstbistums Münster 1650 bis 1678* , Münster.

Kohler, A., 2003: *Ferdinand I. 1503-1564* , München.

Kohlmann, C., 2002a: «Kriegs- und Krisenerfahrungen von Lutherischen Pfarrern und Gläubigen in Amt Hornberg», en M. Asche und A. Schindling (eds.), *Das Strafgericht Gottes* , Münster, 123-211.

Kohlmann, C., 2002b: «"Von unsern Widersachern den Baptisten vil erlitten und ussgestanden". Kriegs- und Krisenerfhrungen von Lutherischen Pfarreren und Gläubigern im Amt Hornberg des Herzogtums Württemberg während des Dreißigjährigen Krieges und nach dem Westfälischen Frieden», en M. Asche und A. Schindling (eds.), *Das Strafgericht Gottes* , Münster, 123-211.

Kolb, R., 1977: «Dynamics of party conflict in the Saxon late Reformation: Gnesio-Luthers vs Philippists», *JMH* , 49, 1289-1305.

Kölling, F., 1959: *Die Schlacht bei Hess. Oldendorf am 28.6.1633* , Rinteln.

Kontler, L., 2002: *A History of Hungary* , Basingstoke.

Konze, F., 1906: *Die Stärke, Zusammensetzung und Verteilung der Wallensteinischen Armee während des Jahres 1633* , Bonn.

Kopp, W., 1979: *Würzburger Wehr* , Würzburg.

Kraus, A., 1990: *Maximilian I. Bayerns Großer Kurfürst* , Graz.
Kraus, A., 1988: «Zur Vorgeschichte des Friedens von Prag 1635», en H. Dickerhof (ed.), *Festgabe Heinz Hurten* , Frankfurt am Main, 265-299.
Krebs, J., 1879: *Die Schlacht am Weißen Berge bei Prag* , Breslau.
Krebs, J., 1879: «Graf Georg Friedrich von Hohenlohe und die Schlacht am Weißen Berge bei Prag», *Forschungen zur Deutschen Geschichte* , 19, 475-479.
Krebs, J., 1900: «Zur Beurteilung Holks und Aldringen», *Historische Vierteljahresschrift* , 3, 321-378.
Krebs, J., 1926: *Aus dem Leben des kaiserlichen Feldmarschalls Grafen Melchior von Hatzfeldt 1632-1636* , Breslau.
Kretschmer, H., 1978: *Sturmpetition und Blockade Wiens im Jahre 1619* , Vienna.
Kreztschmar, J., 1904: «Die Allianz-Verhandlungen Gustav Adolfs mit Kurbrandenburg in Mai und Juni 1631», *FBPG* , 17, 341-382.
Kretzschmar, J., 1922: *Der Heilbronner Bund 1632-1635* , 3 vols., Lübeck.
Kriedte, P., 1983: *Peasants, Landlords and Merchant Capitalists. Europe and the world economy 1500-1800* , Leamington Spa.
Kroener, B. R., 1980: *Les Routes et les étappes. Die Versorgung der französischen Armeen in Nordostfrankreich (1635-1661)* , Münster.
Kroener, B. R., 1981: «Die Entwicklung der Truppenstärken in den Französischen Armeen zwischen 1635 und 1661», en K. Repgen (ed.), *Forschungen und Quellen zur Geschichte des Dreißigjährigen Krieges* , Münster, 163-220.
Kroener, B. R., 1982: «Soldat oder Soldateska? Programmatischer Aufriß einer Sozialgeschichte militärischer Unterschichten in der ersten Hälfte des 17. Jahrhunderts», en M. Messerschmidt *et al.* (eds.), *Militärgeschichte. Problemen, Thesen, Wege* , Stuttgart, 100-123.
Kroener, B. R., 1987: «Conditions de vie et l'origine sociale du personnel militaire au cours de la Guerre de Trente Ans», *Francia* , 15, 321-350.
Kroener, B. R., 1988: «"Der Krieg hat ein Loch…" Überlegungen zum Schicksal demobilisierter Söldner nach dem Dreißigjährigen Krieg», en H. Duchhardt (ed.), *Der Westfälische Friede* , München, 599-630.
Kroker, E., *Die finanzielle Zusammenbruch der Stadt Leipzig im Dreißigjährigen Krieg* (Leipzig, 1923).
Krüger, K., 1988: «Dänische und schwedische Kriegsfinanzierung im

Dreißigjährigen Krieg bis 1635», en K. Repgen (ed.), *Krieg und Politik 1618-1648* , München, 275-298.
Krüger, K., 1994: «Die Staatsfinanzen Dänemarks und Schwedens im 16. Jahrhundert», en H. Kellenbenz & P. Prodi (eds.), *Fiskus, Kirche und Staat im konfessionellen Zeitalter* , Berlin, 187-207.
Kugler, G. J., 1968: *Die Reichskrone* , Vienna.
Kühlmann, W., 2006: «Grimmelshausens Simplicius Simplicissimus und der Dreißigjährige Krieg», en Brendle, F. und Schindling, A. (eds.): *Religionskriege im alten Reich und in Alteuropa* , Aschendorff Verlag, Münster, 163-175.
Kunisch, J., 1986: *Absolutismus* , Güttingen.
Kunisch, J., 1986: «Wallenstein als Kriegsunternehmer. Auf dem Weg zum absolutistischen Steuerstaat», en U. Schultz (ed.), *Mit dem Zehnten fing es an. Eine Kulturgeschichte der Steuer* , München, 151-163.
Kunzle, D., 2002: *From Criminal to Courtier. The soldier in Netherlandish art 1550-1672* , Leiden.
Kurrus, T., 1989: «Die Jesuiten in Freiburg und den Vorlanden», en H. Maier and V. Press (eds.), *Vorderösterreich in der frühen Neuzeit* , Sigmaringen, 189-198.
Krusenstjern, B. von, 1994: «Was sind Selbstzeugnisse?», *Historische Anthropologie* , 2, 462-471.
Krusenstjern, B. von (ed.), 1997: *Selbstzeugnisse der Zeit des Dreißigjährigen Krieges* , Berlin.
Krüssmann, W., 2010: *Ernst von Mansfeld (1580-1626). Grafensohn, Söldernführer, Kriegsunternehmer gegen Habsburg im Dreißigjährigen Krieg* , Berlin.
Labouvie, E., 2006: «Konfessionalisierung in der Praxis oder: War der Dreißigjährige Krieg ein Konfessionskrieg?», en Noack, A.: *Konfession, Krieg und Katastrophe. Magdeburgs Geschick im Dreißigjährigen Krieg* , Magdeburg, Verein für Kirchengeschichte der Kirchenprovinz Sachsen, 69-92.
Lahrkamp, H., 1958: «Lothar Dietrich Frhr. von Bönningenhausen», *WZ* , 108, 239-366.
Lahrkamp, H., 1959: «Die Kriegserinnerung des Grafen Gronsfeld (1598-1662)», *Zeitschrift des Aachener Geschichtsvereins* , 71, 77-104.
Lahrkamp, H., 1959: «Kölnisches Kriegsvolk in der ersten Hälfte des Dreißigjährigen Krieges», *AHVN* , 161, 114-145.

Lahrkamp, H., 1988: *Jan von Werth* , 2nd ed., Cologne.
Langer, H., 1970: *Stralsund 1600-1630* , Weimar.
Langer, H., 1987: «Friedensvorstellungen der Städtegesandten auf dem Westfälischen Freidenskongreß (1644-1648)», *Zeitschrift für Geschichtswissenschaft* , 35, 1060-1072.
Langer, H., 1988: «Die pommerschen Landstände und der Westfälische Friedenskongreß», en H. Duchhardt (ed.), *Der Westfälische Friede* , München, 485-500.
Langer, H., 1991: «Swedische Friedenskonzeptionen und praktische Friede im Jahrzehnt nach dem Dreißigjährigen Krieg», en H. Duchhardt (ed.), *Zwischenstaatliche Friedenswahrung in Mittelalter und Frühen Neuzeit* , Cologne, 131-151.
Langer, H., 1995: «Der Heilbronner Bund (1633-1635)», en V. Press (ed.), *Alternativen zur Reichsverfassung* , München, 113-122.
Langer, H., 1998: «Army finances, production and commerce», en K. Bussmann & H. Schilling (eds.), *1648: War and Peace in Europe* , 3 vols., Münster, I, 293-299.
Langer, H., 1978 (1980, Leipzig): *The Thirty Years War* , 1st ed, Poole.
Lanzinner, M., 1985: «Friedenssicherung und Zentralisierung der Reichsgewalt. Ein Reformversuch auf dem Reichstag zu Speyer 1570», *ZHF* , 12, 287-310.
Lanzinner, M., 1993: *Friedenssicherung und politische Einheit des reiches unter Maximilian II. (1564-1576)* , Göttingen.
Lavery, J., 2002: *Germany's Northern Challenge. The Holy Roman Empire and the Scandinavian struggle for the Baltic, 1563-1576* , Boston and Leiden.
Le Roy Ladurie, E., 1996: *The Ancien Régime. A history of France, 1610-1774* , Oxford.
Lederer, D., 2011: «The myth of the all-destructive war: Afterthoughts on German suffering, 1618-1648», *GH* , 29, 380-403.
Lenders, P., 2000: «Nieuwport 2nd July 1600», *The Arquebusier* , 24.
Leo, E., 1899: *Die Schlacht bei Nördlingen im Jahre 1634* , Halle.
León, F. G. de, 1996: «Aristocratic draft-dodgers in 17th century Spain», *History Today* , 46 (July), 14-21.
León, F. G. de, 1996: «"Doctors of the military discipline": Technical expertise and the paradigm of the Spanish soldier in the early modern period», *Sixteenth Century Journal* , 27, 61-85.

Lesaffer, R. (ed.), 2004: *Peace Treaties and International Law in European History* , Cambridge.
Lesger, C., 2006: *The Rise of the Amsterdam Market and Information Exchange* , Aldershot.
Leupold, E. (ed.), 1912: «Journal der Armee des Herzogs Bernhard von Sachsen-Weimar aus den Jahren 1637 und 1638», *Basler Zeitschrift für Geschichte und Altertumskunde* , 11, 253-361.
Levy, A., 1913: *Die Memoiren des Ascher Levy aus Reichshofen im Elsaß (1598 –1635)* , Berlin.
Lewis, W. H., 1958: *Assault on Olympus. The rise of the House of Gramont between 1604 and 1678* , London.
Liberles, R., 2005: «On the threshold of modernity: 1618–1780», en M. A. Kaplan (ed.), *Jewish Daily Life in Germany 1618-1945* , Oxford, 9-92.
Liddell Hart, B. H., 1927: *Great Captains Unveiled* , Edinburgh.
Lietzmann, H., 1993: *Herzog Heinrich Julius zu Braunschweig und Lüneburg (1564-1613)* , Brunswick.
Lind, G., 2006: «Interpreting a lost war: Danish experiences 1625 to 1629», en F. Brendle and A. Schilling (eds.), *Religionskriege im alten Reich* , Münster, 487-510.
Lindegren, J., 1985: «The Swedish "military state", 1560-1720», *Scandinavian Journal of History* , 10, 305-336.
Lindegren, J., 2000: «Men, money and means», en P. Contamine (ed.), *War and Competition Between States* , Oxford, 129-162.
Lindegren, J., 2000: «The politics of expansion in seventeenth-century Sweden», en E. Martínez y M. de P. Pi Corrales (eds.), 2000: *Spain and Sweden* , Madrid, 169-194.
Lisk, J., 1967: *The Struggle for Supremacy in the Baltic 1600-1725* , London.
Lockhart, J., and Schwartz, S.B., 1983: *Early Latin America. A history of colonial Spanish America and Brazil* , Cambridge.
Lockhart, P. D., 1996: *Denmark in the Thirty Years War 1618-1648: King Christian IV and the decline of the Oldenburg state* , Susquehanna University Press, Selinsgrove.
Lockhart, P. D., 2002: *Frederick II and the Protestant Cause: Denmark's role in the Wars of Religion* , Leiden.
Lockhart, P. D., 2004: *Sweden in the Seventeenth Century* , Basingstoke.
Lockyer, R., 1981: *Buckingham: the life and political career of George*

Villiers, first duke of Buckingham , London.
Loewe, V., 1894: *Die Organisation und Verwaltung der Wallensteinischen Heeren* , Leipzig.
Loomie, A. J., 1973: «Gondomar's selection of English officers in 1622», *EHR* , 88, 574-581.
Lorentzen, T., 1894: *Die schwedische Armee im Dreißigjährigen Kriege und ihre Abdankung* , Leipzig.
Lorenz, G., 1981: «Die Dänische Friedensvermittlung beim Westfälischen Friedenskongress», en K. Repgen (ed.), *Forschungen und Quellen zur Geschichte des Dreißigjährigen Krieges* , Münster, 31-61.
Lorenz, G., 1981: «Schweden und die französischen Hilfsgelder von 1638 bis 1649», en K. Repgen (ed.), *Forschungen und Quellen zur Geschichte des Dreißigjährigen Krieges* , Münster, 145-148.
Lorenz, G. (ed.), 1987: *Quellen zur Geschichte Wallensteins* , Darmstadt.
Lorenz, G. (ed.), 1991: *Quellen zur Vorgeschichte und zu den Anfängen des Dreißigjährigen Krieges* , Darmstadt.
Lotz-Heumann, U. & Pohlig, M., 2007: «Confessionalization and literature in the Empire, 1555-1700», *CEH* , 40, 35-61.
Louthan, H., 1997: *The Quest for Compromise. Peacemaking in Counter-Reformation Vienna* , Cambridge.
Louthan, H., 2009: *Converting Bohemia. Force and persuasion in the Catholic Reformation* , Cambridge.
Loveman, B., 2001: *Chile. The legacy of Hispanic capitalism* , 3rd ed., Oxford.
Luard, E., 1992: *The Balance of Power. The system of international relations 1648-1815* , Basingstoke.
Ludwig, U., 2006: «Strafverfolgung und Gnadenpraxis in Kursachsens unter dem Eindruck des Dreißigjährigen Krieges», *Militär und Gesellschaft in der Frühen Neuzeit* , 10, 200-219.
Luebke, D. L. (ed.), 1999: *The Counter Reformation* , Oxford.
Luh, J., 1995: *Unheiliges Römisches Reich. Der konfessionelle Gegensatz 1648 bis 1806* , Potsdam.
Lundkvist, S., 1977: «Schwedische Kriegsfinanzierung 1630–1635», en H. U. Rudolf (ed.), *Der Dreißigjährigen Krieg* , Darmstadt, 298-323.
Lundkvist, S., 1988: «Die schwedischen Friedenskonzptionen und ihre Umsetzung in Osnabrück», en H. Duchhardt (ed.), *Der Westfälische Friede* , München, 349-360.

Lundkvist, S., 1988: «Die schwedischen Kriegs- und Friedensziele 1632-1648», en K. Repgen (ed.), *Krieg und Frieden* , München, 219-240.
Lünig, J. C., 1723: *Corpus juris militaris des Heiligen Römischen Reiches* , Leipzig.
Lunsford, V. W., 2005: *Piracy and Privateering in the Golden Age Netherlands* , Basingstoke.
Lütge, F., 1958: «Die wirtschaftliche Lage in Deutschland vor Ausbruch des Dreißigjährigen Krieges», *Jahrbuch für Nationalökonomie und Statistik* , 170, 43-99.
Luttenberger, A. P., 1994: *Kurfürsten, Kaiser und Reich. Politische Führung und Friedenssicherung unter Ferdinand I. und Maximilian II.* , Mainz.
Lynch, J., 1981: *Spain under the Habsburgs* , 2 vols., Oxford.
Lynch, J., 1992: *The Hispanic World in Crisis and Change 1598-1700* , Wiley, Oxford.
Lynn, J., 1993: «How war fed war: the tax of violence and contributions during the *Grand Siècle* », *JMH* , 65, 286-310.
Lynn, J., 1997: *Giant of the Grand Siècle. The French army 1610-1715* , Cambridge.
Maag, K. (ed.), 1997: *The Reformation in Eastern and Central Europe* , Aldershot.
Macartney, C. A. (ed.), 1970: *The Habsburg and Hohenzollern Dynasties in the Seventeenth and Eighteenth Centuries* , London.
MacCulloch, D., 2003: *Reformation. Europe's House Divided 1490-1700* , London.
MacHardy, K., 2003: *War, Religion and Court Patronage in Habsburg Austria. The social and cultural dimensions of political interaction, 1521-1622* , Basingstoke.
Mack, H., 1892: «Die Hanse und die Belagerung Stralsunds im Jahre 1628», *Hansische Geschichtsblätter* , 20, 123-158.
Mackay, R., 1999: *The Limits of Royal Authority. Resistance and obedience in seventeenth-century Castile* , Cambridge.
Mader, E. O., 2007: «Füstenkonversionen zum Katholizismus im Mitteleuropa im 17. Jahrhundert», *ZHF* , 33, 373-410.
Magen, F., 1982: «Die Reichskreise in der Epoche des Dreißigjährigen Krieges», *ZHF* , 9, 408-460.
Mahr, H., 2000: «Strategie und Logistik bei Wallensteins Blockade der

Reichsstadt Nürnberg im Sommer 1632», *Further Heimatblätter* , new series 50, 29-53.

Maier, F., 1990: *Die bayerische Unterpfalz im Dreißigjährigen Krieg* , New York.

Maier, H., und Press, V. (eds.), 1989: *Vorderösterreich in der frühen Neuzeit* , Sigmaringen.

Maierhofer, W., 2005: *Hexen - Huren - Heldenweiber. Bilder des Weiblichen in Erzähltexten über den Dreißigjährigen Krieg* , Cologne.

Mákkai, L., 1985: «Economic landscapes: historical Hungary from the fourteenth to the seventeenth century», en A. Maczak *et al* . (eds.), *East-central Europe in Transition* , Cambridge, 24-35.

Maland, D., 1980: *Europe at War 1600-1650* , London, Macmillan.

Malekandathil, P., 1999: *The Germans, the Portuguese and India* , Hamburg.

Malettke, K., 1988: «Scheffers Gesandschaft in Osnabrück», en H. Duchhardt (ed.), *Der Westfälische Friede* , München, 501-522.

Malettke, K., 1998: «France's imperial policy during the Thirty Years War», en K. Bussmann and H. Schilling (eds.), *1648: War and Peace in Europe* , 3 vols., Bruckmann, Münster, vol. I, 177-185.

Mallett, M. E. and Hale, J. R., 1984: *The Military Organisation of a Renaissance State. Venice 1400-1617* , Cambridge.

Mallett, M. E. and Hale, J. R., 1984: *The Military Organisation of a Renaissance State. Venice 1400-1617* , Cambridge.

Malvezzi, V., 1968: *Historia de los primeros años del reinado de Felipe IV* , Tamesis Books, London.

Mamatey, V. S., 1981: «The battle of White Mountain as myth in Czech history», *East European Quarterly* , 15, 335-345.

Manger, K. (ed.), 2001: *Die Fruchtbringer –eine teutschherzige Gesellschaft* , Heidelberg.

Mann, G., 1971: *Wallenstein. Sein Leben erzählt* , S. Fischer Verlage, Frankfurt am Main [ed. en esp.: *Wallenstein* , Grijalbo, Barcelona, 1978].

Manning, R. B., 2006: *An Apprenticeship in Arms. The origins of the British army 1585-1702* , Oxford.

Markham, C. R., 1888: *The Fighting Veres* , London.

Marshall, P., 2006: *The Theatre of the World. Alchemy, astrology and magic in Renaissance Prague* , London.

Martens, K. von, 1857: *Geschichte von Hohentwiel* , Stuttgart.

Martin, P., 2002: *Une guerre de Trente Ans en Lorraine 1631-1661* , Metz.

Mat'a, P., 2003: «Der Adel aus den böhmischen Ländern am Kaiserhof 1620-1740», en V. Bůžek and P. Král (eds.), *Šlechta v habsburské monarchii a císařský dvůr (1526-1740)* , Budweis, 191-233.

Mat'a, P., 2005: «The making of state power and reflections on the state in Bohemia and Moravia between the Estates' rebellion and Enlightenment reforms», en H. Manikowska and J. Pánek (eds.), *Political Culture in Central Europe* , Prague, 349-367.

Mat'a, P. und Winkelbauer, T. (eds.), 2006: *Die Habsburgermonarchie 1620 bis 1740* , Stuttgart.

May, G., 1986: «Zum "ius emigrandi" am Beginn des konfessionellen Zeitalters», *Archiv für Katholische Kirchenrecht* , 155, 92-125.

May, G., 1988: «Die Entstehung der hauptsächlichen Bestimmungen über das *ius emigrandi* », *ZSRG KA* , 74, 436-494.

Mayes, D., 2004: *Communal Christianity. The life and death of a peasant vision in early modern Germany* , Boston.

McCabe, E., 1950: «England's foreign policy in 1619. Lord Doncaster's embassy to the princes of Germany», *MIÖG* , 58, 457-477.

McKay, D., 2001: *The Great Elector* , Harlow.

McKay, D. and Scott, H. M., 1983: *The Rise of the Great Powers 1648-1815* , Harlow.

Mecenseffy, G., 1955: «Habsburger im 17. Jahrhundert. Die Beziehungen der Höfe von Wien und Madrid während des Dreißigjährigen Krieges», *Archiv für österreichische Geschichte* , 121, 1-91.

Medik, H., 2001: «Historical event and contemporary experience: the capture and destruction of Magdeburg», *History Workshop Journal* , 52, 23-48.

Mehring, G., 1921: «Wirtschaftliche Schäden durch den Dreißigjährigen Krieg im Herzogtum Württemberg», *WVJHLG* , 30, 58-89.

Meise, H. *et al.* (eds.), 1997: *Valentin Wagner (um 1610-1655). Ein Zeichner im Dreißigährigen Krieges* , Tübingen.

Menk, G., 1979: «Restitution vor dem Restitutionsedikt», *Jahrbuch für Westdeutsche Landesgeschichte* , 5, 103-130.

Mentz, G., 1896-1899: *Johann Philipp von Schönborn, Kurfürst von Mainz, Bischof von Würzburg und Worms 1605-1673* , 2 vols., Jena.

Merian, M., 1643-1675 (2005, reed. Brunswick): *Topographia Germaniae* , 14 vols., Frankfurt am Main.

Merzhäuser, A., 1997: «Über die Schwelle geführt. Anmerkungen zur Gewaltdarstellung in Grimmelshausens Simplicissimus», en M. Meumann und D. Niefanger (eds.), *Ein Schauplatz herber Angst. Wahrnehmung und Darstellung von Gewalt* , Wallstein Verlag, Göttingen, 65-82.

Mesa Gallego, E. de, 2014: *The Irish in the Spanish armies in the seventeenth century* , Woodbridge.

Meumann, M., 2004: «The experience of violence and the expectation of the end of the world in seventeenth-century Europe», en J. Canning *et al.* (eds.), *Power, Violence and Mass Death in Pre-modern and Modern Times* , Aldershot, 141-159.

Meumann, M., 2005: «Die schwedische Herrschaft in den Stiftern Magdeburg und Halberstadt», en M. Kaiser und J. Rogge (eds.), *Die besetzte* res publica, Berlin, 241-269.

Midelfort, H. C. E., 1972: *Witchhunting in Southwestern Germany 1562-1684* , Stanford.

Midelfort, H. C. E., 1994: *Mad Princes of Renaissance Germany* , Charlottesville.

Miehe, L., 1987: «Die Bevölkerungsentwicklung in Städten des Erzstiftes Magdeburg und des Hochstiftes Halberstadt während des Dreißigjährigen Krieges», *Jahrbuch für Wirtschaftsgeschichte* , 4, 95-117.

Miehe, L., 1990: «Zerstörungen durch den Dreißigjährigen Krieg in westelbischen Städten des Erzbistums Magdeburg und des Hochstiftes Halberstadt», *Jahrbuch für Wirtschaftsgeschichte* , 4, 31-47.

Miehe, L., 2006: «Der große Krieg und die kleinen Leute. Die sozialen Folgen des Dreißigjährigen Krieges», en *Konfession, Krieg und Katastrophe* , Verein für Kirchengeschichte der Kirchenprovinz Sachsen, Madgeburg, 43-54.

Moldenhauer, D., 2000: «Die Darstellung des Dreißigjährigen Krieges zwischen "Aufklärungshistorie" und "Historismus"», en M. Knauer, y S. Tode (eds.): *Der Krieg vor den Toren. Hamburg im Dreißigjährigen Krieg 1618-1648 (Beiträge zur Geschichte Hamburgs)* , Verein für Hamburgische Geschichte, Hamburg, 389-418.

Molitor, H., 1988: «Der Kampf um die konfessionellen Besitzstände im Fürstbistum Osnabrück nach 1648», *Osnabrücker Mitteilungen* , 93,

69-75.
Möllenberg, J., 1956: «Überlingen im Dreißigjährigen Krieg», *Schriften des Vereins für die Geschichte des Bodensees und seiner Umgebung* , 74, 25-67.
Monod, P. K., 1999: *The Power of Kings. Monarchy and religion in Europe 1589-1715* , New Haven, 81-93 [ed. en esp.: *El poder de los reyes. Monarquía y religión en Europa, 1589-1715* , Alianza Editorial, Madrid, 2001].
Moote, A. L., 1971: *The Revolt of the Judges. The Parlement of Paris and the Fronde* , Princeton.
Moote, A. L., 1989: *Louis XIII the Just* , University of California Press, Berkeley/Los Angeles/London.
Mortimer, G., 2001: «Did contemporaries recognise a "Thirty Years War"?», *EHR* , 116, 124-136.
Mortimer, G., 2002: *Eyewitness Accounts of the Thirty Years War 1618-1648* , Basingstoke.
Mortimer, G., 2010: *Wallenstein. The enigma of the Thirty Years War* , Basingstoke.
Mortimer, G., 2015: *The Origins of the Thirty Years War and the Revolt in Bohemia, 1618* , Basingstoke.
Moser, D. R., 2001: «Friedensfeiern-Friedensfeste», en K. Garber *et al.* (eds.), *Erfahrung und Deutung von Krieg und Frieden* , München, 1133-1153.
Mostert, R. A., 2002: «Der jülich-klevische Regiments- und Erbfolgestreit – ein "Vorspiel zum Dreißigjährigen Krieg"?», en S. Ehrenpreis (ed.), *Der Dreißigjährige Krieg im Herzogtum Berg und seinen Nachbarregionen* , Neustadt amAisch, 26-64.
Mout, N., 1988: «Der Winter König im Exil. Friedrich V. von der Pfalz und die niederländischen Generalstaaten 1621-1632», *ZHF* , 15, 257-272.
Mout, N., 1995: «Die Niederlande und das Reich im 16. Jahrhundert», en V. Press (ed.), *Alternativen zur Reichsverfassung in der Frühen Neuzeit?* , München, 143-168.
Müller, A., 1992: *Der Regensburger Reichstag von 1653/1654* , Frankfurt am Main.
Müller, F., 1997: *Kursachsen und der Böhmische Aufstand 1618-1622* , Münster.
Müller, H. D., 1979: *Der schwedische Staat in Mainz 1631-1636* , Mainz.

Müller, J., 1896/1903: «Die Vermittlungspolitik Klesls von 1613 bis 1616 im Lichte des gleichzeitig zwischen Klesl und Zacharias Geizkofler geführten Briefwechsels», *MIÖG* , supplement 5, 609-690.
Müller, J., 1901: «Der Anteil der Schwäbischen Kreistruppen an dem Türkenkrieg Kaiser Rudolfs II. von 1595 bis 1597», *Zeitschrift des Historischen Vereins für Schwaben und Neuburg* , 28, 155-262.
Müller, M. G., 1997: «Later Reformation and Protestant confessionalization in the major towns of Royal Prussia», en K. Maag (ed.), *The Reformation in Eastern and Central Europe* , Aldershot, 192-210.
Müller, R. A., (ed.), 1997: *Bilder des Reiches* , Sigmaringen.
Munch, P. (ed.), 2001: «*Erfahrung* » *als Kategorie der Frühneuzeitsgeschichte* , München.
Murdoch, S., 2003: *Britain, Denmark-Norway and the House of Stuart, 1603-1660* , East Linton.
Murdoch, S., 2003: «Scotsmen on the Danish-Norwegian frontier *c* . 1580-1680», en A. Mackillop and S. Murdoch (eds.), *Military Governors and Imperial Frontiers* c. *1600-1800* , Leiden, 1-28.
Murdoch, S., Zickermann, K. & Marks, A., 2012: «The battle of Wittstock 1636», *Northern Studies* , 43, 71-109.
Murdock, G., 2000: *Calvinism on the Frontier 1600-1660. International Calvinism and the Reformed Church in Hungary and Transylvania* , Oxford.
Murdock, G., 2004: *Beyond Calvin. The Intellectual, Political and Cultural World of Europe's Reformed Churches* , Basingstoke.
Murphey, R., 1999: *Ottoman Warfare 1500 –1700* , London.
Musall, H. und Scheuerbrandt, A., 1974: «Die Kriege im Zeitalter Ludwigs XIV und ihre Auswirkungen auf die Siedlungs-, Bevölkerungs- und Wirtschaftstruktur der Oberrheinlande», in *Hans Graul Festschrift* , Heidelberg, 357-378.
Naumann, R., 1916: *Das Kursächsische Defensionswerk (1613 bis 1709)* , Leipzig.
Neubauer, E., 1892: «Johann Schneidewind, magdeburgischer Stadtkommandant und schwedischer Oberst», *Geschichtsblätter für Stadt und Land Magdeburg* , 27, 257-323.
Neubauer, E. (ed.), 1931: *Magdeburgs Zerstörung 1631* , Magdeburg.
Neuer-Landfried, F., 1968: *Die katholische Liga. Gründung, Neugründung und Organisation eines Sonderbundes 1608 bis 1620* , Kallmünz.

Neugebauer, W., 2001: *Zentralprovinz im Absolutismus. Brandenburg im 17. und 18. Jahrhundert* , Berlin.

Neuhaus, H., 1997: *Das Reich in der frühen Neuzeit* , München.

Newitt, M., 2005: *A History of Portuguese Overseas Expansion, 1400-1668* , London.

Nicklas, T., 2002: *Macht oder Recht. Frünezeitliche Politik im obersächsischen Reichskreis* , Stuttgart.

Nicklas, T., 2004: «Christian I. und Christian II.1591–1611», en F. L. Kroll (ed.), *Die Herrscher Sachsens* , München, 126-136.

Nickle, B. H., 1975: «The military reforms of Prince Maurice of Orange», University of Delaware PhD.

Niederkorn, J., 1993: *Die europäischen Mächte und der «Lange Türkenkrieg» Kaiser Rudolfs II. (1593-1606)* , Vienna.

Nierop, H. F. K. van, 1993: *The Nobility of Holland from Knights to Regents 1500-1650* , Cambridge.

Nijmwegen, O. van, 2006: «The Dutch army and the military revolutions (1588-1688)», *Militär und Gesellschaft in der Frühen Neuzeit* , 10, 55-73.

Niklaus, S., 1976: «Der Frühjahrsfeldzug 1645 in Süddeutschland (Schlacht bei Herbsthausen)», *Württembergisch Franken* , 60, 121-180.

Nischan, B., 1976: «Reformed irenicism and the Leipzig colloquy of 1631», *CEH* , 9, 3-26.

Nischan, B., 1979: «Brandenburg's Reformed Räte and the Leipzig Manifesto of 1631», *Journal of Religious History* , 10, 365-380.

Nischan, B., 1994: *Prince, People and Confession: the Second Reformation in Brandenburg* , Philadelphia.

Noailles, A. M. R. A., vicomte de, 1906: *Episodes de la Guerre de Trente Ans. Le Cardinal de la Valette* , Paris.

Noailles, A.M.R.A., vicomte de, 1913: *Episodes de la Guerre de Trente Ans. La vie de Guébriant 1602-1643* , Paris.

Noflatscher, H., 1989: «Deutschmeister und Regent der Vorlande. Maximilian von Österreich (1558–1618)», en H. Maier and V. Press (eds.), *Vorderösterreich in der frühen Neuzeit* , Sigmaringen, 93-130.

Nopp, H., 1881: *Geschichte der Stadt und ehemaligen Reichsfestung Philippsburg* , Speyer.

Nowosadtko, J., 2001: «Erfahrung als Methode und als Gegenstand wissenschaftlicher Erkenntnis», en N. Buschmann und H. Carl (eds.),

Erfahrungsgeschichtliche Perspektiven von der Französischen Revolution bis zum Zweiten Weltkrieg , Paderborn, 27-50.

O'Connell, D. P., 1967: «A cause célèbre in the history of treaty making. The refusal to ratify the peace treaty of Regensburg in 1630», *British Yearbook of International Law* , 42, 71-90.

O'Connell, D. P., 1968: *Richelieu, Weidenfeld and Nicolson* , London.

O'Kelly, H. W., 1990: «War and politics in early seventeenth-century Germany: the tournaments of the Protestant Union», en Centro Studi Storici Narni (eds.), *La civiltà del torneo (sec. XII-XVII)* , Rome, 231-245.

O'Malley, J., 2004: «The Society of Jesus», en R. Po-Chia Hsia (ed.), *A Companion to the Reformation World* , Oxford, 223-236.

Oakley, S. P., 1992: *War and Peace in the Baltic, 1560-1790* , London.

Oberleitner, K., 1858: «Beiträge zur Geschichte des Dreissigjährigen Krieges mit besonderer Berücksichtigung des österreichischen Finanz-und Kriegswesens. Nach den Quellen des K. K. Finanz-Ministerial-Archivs, vom Jahre 1618-1634», *Archiv für österreichische Geschichte* , 19, 1-48.

Obser, K., 1890: «Markgraf Georg Friedrich von Baden und das Projekt einer Diversion am Oberrhein 1623-1627», *ZGO* , 5, 212-242.

Obser, K., 1892: «Der Feldzug des Jahres 1622 am Oberrhein nach den Denkwürdigkeiten des Freiherrn Ulysses v. Salis-Marschlins», *ZGO* , 7, 38-68.

Oestreich, G., 1982: *Neostoicism and the Early Modern State* , Cambridge.

Oggolder, C., 2001: «Druck des Krieges», en A. Weigl (ed.), *Wien im Dreißigjährigen Krieg* , Vienna, 409-445.

Ogilvie, S., 1992: «Germany and the seventeenth-century crisis», *HJ* , 35, 417-441.

Öhman, J., 2005: *Der Kampf um den Frieden. Schweden und der Kaiser im Dreißigjährigen Krieg* , Vienna.

Olesen, J. E. (ed.), 2010: *Terra felix Mecklenburg. Wallenstein in Nordeuropa* , Greifswald.

Ollmann-Kösling, H., 1996: *Der Erbfolgestreit um Jülich-Kleve (1609-1614). Ein Vorspiel zum Dreißigjährigen Krieg* , Regensburg.

Oman, C., 1964: *Elizabeth of Bohemia* , London.

Opel, J. O., 1872-1894: *Der niedersächsisch-dänische Krieg* , 3 vols., Halle and Magdeburg.

Opel, J. O., 1886: «Deutsche Finanznoth beim Beginn des Dreißigjährigen Krieges», *HZ* , 16, 213-268.
Opgenoorth, E., 1971-1978: *Friedrich Wilhelm, der Große Kurfürst von Brandenburg* , 2 vols., Göttingen.
Oresko, R., 1997: «The House of Savoy in search for a royal crown in the seventeenth century», en R. Oresko *et al* . (eds.), *Royal and Republican Sovereignty in Early Modern Europe* , Cambridge, 272-350.
Oresko, R., & Parrott, D., 1998: «Reichsitalien and the Thirty Years War», en K. Bussmann & H. Schilling (eds.), *1648: War and Peace in Europe* , 3 vols., Münster, I, 141-160.
Ortenburg, G., 1984: *Waffe und Waffengebrauch im Zeitalter der Landsknechte* , München.
Ortlieb, E., 2001: *Im Auftrag des Kaisers. Die kaiserlichen Kommissionen des Reichshofrats und die Regelung von Konflikten im alten Reich (1637-1657)* , Cologne.
Ortlieb, E. & Polster, G., 2004: «Die Prozeßfrequenz am Reichshofrat (1519-1806)», *ZNRG* , 26, 189-216.
Osborne, T., 2002: *Dynasty and Diplomacy in the Court of Savoy. Political culture and the Thirty Years War* , Cambridge University Press, Cambridge.
Oschmann, A., 1991: *Der Nürnberger Exekutionstag 1649-1650* , Münster.
Osterhammel, J., 2001: «Krieg und Frieden an den Grenzen Europas und darüber hinaus», en R. G. Asch *et al.* (eds.), *Frieden und Krieg in der Frühen Neuzeit* , München, 443-465.
Ozment, S. (ed.), 1990: *Three Behaim Boys. Growing up in early modern Germany* , New Haven.
Paas, J. R. (ed.), 1985-1998: *The German Political Broadsheet 1600-1700* , 7 vols., Wiesbaden.
Paas, J. R., 1996: «The changing image of Gustavus Adolphus on German broadsheets, 1630-1633», *Journal of the Warburg and Courtauld Institutes* , 59, 205-244.
Paas, M. & Paas, R., 2012: *The Kipper and Wipper inflation, 1619-23. An economic history with contemporary broadsheets* , New Haven.
Pagden, A., 1995: *Lords of all the World. Ideologies of empire in Spain, Britain and France* c. *1500* -c. *1800* , New Haven [ed. en esp.: *Señores de todo el mundo: ideologías del Imperio en España,*

Inglaterra y Francaia, ca. 1500-ca. 1800 , Ediciones Península, Barcelona, 1997].
Pálffy, G., 2003: «Türkenabwehr, Grenzsoldatentum und die Militarisierung der Gesellschaft in Ungarn in der Frühen Neuzeit», *HJb* , 123, 111-148.
Pálffy, G., 2013: «Crisis in the Habsburg monarchy and Hungary, 1619-1622», *Hungarian Historical Review* , 2, 733-760.
Pamlényi, E. (ed.), 1975: *A History of Hungary* , London.
Pánek, J., 1985: «Das Ständewesen und die Gesellschaft in den Böhmischen Ländern in der Zeit vor der Schlacht auf dem Weissen Berg (1526-1620)», *Historica. Les sciences historiques en Tchécoslovaquie* , 20, 73-120.
Pánek, J., 1989: «Das politische System des böhmischen Staates im ersten Jahrhundert der habsburgischen Herrschaft (1526-1620)», *MIÖG* , 97, 53-82.
Pánek, J., 1995: «Der böhmische Staat und das Reich in der frühen Neuzeit», en V. Press (ed.), *Alternativen zur Reichsverfassung in der frühen Neuzeit?* , München, 169-178.
Pánek, J., 2003: «Friedrich V. von der Pfalz als König von Böhmen», en P. Wolf et al. (eds.), *Der Winterkönig* , Augsburg, 101-106.
Paoletti, C., 2001: «L'Italia e il cammino di Fiandra», *Armi del Sovrano* , disponible en [http://www.assostoria.it].
Papke, G., 1983: *Von der Miliz zum stehenden Heer,* München.
Paret, P., 1997: *Imagined Battles. Reflections of war in European art* , Chapel Hill.
Parival, J. N. de, 1653: *Abrégé de l'Histoire de ce siècle de fer* , Leiden.
Parker, G., 1972: *The Army of Flanders and the Spanish Road 1567-1659* , Cambridge [ed. en esp.: *El Ejército de Flandes y el Camino Español 1567-1659* , Alianza Editorial, Madrid, 2006].
Parker, G., 1973: «Mutiny and discontent in the Spanish Army of Flanders 1572-1607», *P&P* , 58, 38-52.
Parker, G., 1979: *Spain and the Netherlands 1559-1659* , London [ed. en esp.: *España y los Países Bajos 1559-1659* , Ediciones Rialp, Madrid, 1986].
Parker, D., 1980: *La Rochelle and the French* Monarchy, Royal Historical Society, London.
Parker, G. (ed.), 1984: *The Thirty Years War* , Routledge & Kegan Paul,

London [ed. en esp.: *La Guerra de los Treinta Años* , Editorial Antonio Machado, Madrid, 2014].
Parker, G., 1987: *The Thirty Years War* , London [ed. en esp.: *La Guerra de los Treinta Años* , Editorial Antonio Machado, Madrid, 2014].
Parker, G., 1988: *The Military Revolution: Military Innovation and the Rise of the West 1500-1800* , Cambridge University Press, Cambridge [ed. en esp.: *La Revolución militar. Innovación militar y apogeo de Occidente 1500-1800* , Alianza Editorial, Madrid, 2002].
Parker, G., 1999: *The Grand Strategy of Philip II* , New Haven [ed. en esp.: *La gran estrategia de Felipe II* , Alianza Editorial, Madrid, 1998].
Parker, G., 2003: *Empire, War and Faith in Early Modern Europe* , London [ed. en esp.: *El éxito nunca es definitivo. Imperialismo, guerra y fe en la Europa moderna* , Taurus, Barcelona/Madrid, 2001].
Parker, G., 2013: Global Crisis: *War, Climate Change and Catastrophe in the Seventeenth Century,* London [ed. en esp.: *El siglo maldito. Clima, guerras y catástrofes en el siglo XVII* , Editorial Planeta, Madrid, 2013].
Parker, G. and Smith, L. M. (eds.), 1997: *The General Crisis of the Seventeenth Century* , Routledge & Kegan Paul, London.
Parker, N. G., 1979: *Europe in Crisis 1598-1648* , London [ed. en esp.: *Europa en crisis, 1598-1648* , Siglo XXI de España Editores, Madrid, 2017].
Parrott, D., 1987: «The causes of the Franco-Spanish War of 1635-1659», en J. Black (ed.), *The Origins of War in Early Modern Europe* , Edinburgh, 72-111.
Parrott, D., 1997: «A prince souverain and the French crown: Charles de Nevers 1580-1637», en R. Oresko *et al* . (eds.), Royal and Republican Sovereignty, Cambridge, 149-187.
Parrott, D., 1997: «The Mantuan succession, 1627-1631», *EHR* , 117, 20-65.
Parrott, D., 2001: *Richelieu's Army. War, government and society in France, 1624-1642* , Cambridge.
Parrott, D., 2012: *The business of war. Military enterprise and military revolution in early modern Europe* , Cambridge.
Parry, J. H., 1966: *The Spanish Seaborne Empire* , London [ed. en esp.: *El Imperio español de ultramar* , Aguilar, Madrid, 1970].
Patrouch, J. E., 2000: *A Negotiated Settlement. The Counter-Reformation in Upper Austria under the Habsburgs* , Boston.

Paul, J., 1931: «Gustaf Adolf in der deutschen Geschichtsschreibung», *Historische Vierteljahresschrift* , 25, 415-429.
Peeters, N., 2005: «News, international politics and diplomatic strategies», en J. W. Koopmans (ed.), *News and Politics in Early Modern Europe* , Leuven, 97-113.
Pekar, J., 1937: *Wallenstein 1630-1634* , Berlin.
Peter, H. und Großmann, K., 1938: «Der Kriegszug Karl Ludwigs und Ruperts von der Pfalz in Niedersachsen von Jahre 1638» und «Die Schlacht bei Vlotho», *Ravensburger Blätter für Geschichte, Volks- und Heimatkunde* , 38, 73-86.
Peters, J. (ed.), 1993: *Ein Söldnerleben im Dreißigjährigen Krieg* , Berlin.
Peterse, H., 1998: «Irenics and tolerance in the sixteenth and seventeenth centuries», en K. Bussmann and H. Schilling (eds.), *1648: War and Peace in Europe* , 3 vols., Münster, vol. I, 265-271.
Petersen, E. L., 1975: «From domain state to tax state», *Scandinavian Economic History Review* , 23, 116-148.
Petersen, E. L., 1982: «Defence, war and finance. Christian IV and the Council of the Realm 1596-1629», *Scandinavian Journal of History* , 7, 277-313.
Pettegree, A., 1992: *Emden and the Dutch Revolt. Exiles and the development of Reformed Protestantism* , Oxford.
Pettegree, A., 2002: *The Reformation World* , London.
Phelps, D.M., 2005: «Reich, religion and dynasty: the formation of Saxon policy 1555-1619», University of London PhD.
Phelps, D., 2011: «The triumph of unity over dualism: Saxony and the imperial elections 1559-1619», en R. J. W. Evans *et al.* (eds.), *The Holy Roman Empire 1495-1806* , Oxford, 183-202.
Pichler, J. F., 1957: «Captain John Smith in the light of Styrian sources», *Virginia Magazine* , 65, 332-354.
Pickl, O., 1994: «Fiskus, Kirche und Staat in Innerösterreich im Zeitalter der Reformation und Gegenreformation», en H. Kellenbenz and P. Prodi (eds.), *Fiskus, Kirche und Staat im konfessionellen Zeitalter* , Berlin, 91-110.
Picouet, P. A., 2008: «The battle of Rocroi», *Arquebusier* , 31, n.º 1, 2-20.
Pils, S. C., 2001: «Stadt, Pest und Obrigkeit», en A. Weigl (ed.), *Wien im Dreißigjährigen Krieg* , Vienna, 353-378.
Ping, L. L., 2006: *Gustav Freitag and the Prussian Gospel* , Bern, 262-276.

Piirmäe, P., 2002: «Just war in theory and practice. The legitimation of Swedish intervention in the Thirty Years War», *Historical Journal* , 45, 499-523.
Pirenne, H., 1900-1932: *Histoire de Belgique* , 7 vols., Brussels.
Piterberg, G., 2003: *An Ottoman Tragedy. History and historiography at play* , Berkeley.
Pleiss, D., 1990: «Finnen und Lappen in Stift und Stadt Osnabrück 1633-1643», *Osnabrücker Mitteilungen* , 93, 41-94.
Pleiss, D., 1992: «Finnische Musketiere in fränkischen Garnisonen 1631-1634», *Mainfränkishes Jahrbuch* , 44, 1-52.
Pleiss, D., 1995: «Das Kriegsfahrtenbuch des schwedischen Offiziers William Forbes», *Stader Jahrbuch* , 85, 133-153.
Po-Chia Hsia, R., 1989: *Social Discipline in the Reformation. Central Europe 1550-1750* , London.
Po-Chia Hsia, R., 1998: *The World of Catholic Renewal 1540-1770* , Cambridge [ed. en esp.: *El mundo de la renovación católica 1540-1770* , Ediciones Akal, Madrid, 2010].
Pocock, T., 1998: *Battle for Empire. The very first world war 1756-1763* , London.
Pogrell, C. von, 1991: «The German heirs and successors of Colonel Walter Butler», *Butler Journal. The Journal of the Butler Society* , 3, 304-316.
Pohl, J., 1991: «Die Profiantirung der Keyserlichen Armaden ahnbelangendt», *Studien zur Versorgung der kaiserlichen Armee 1634/1635* , Kiel.
Polisensky, J., 1971: *The Thirty Years War* , London.
Polisensky, J., 1978: *War and Society in Europe 1618-1648* , Cambridge.
Polisensky, J., 1991: *Tragic Triangle. The Netherlands, Spain and Bohemia, 1617-1621* , Prague.
Polisensky, J. und Kollmann, J., 1997: *Wallenstein. Feldherr des Dreißigjährigen Krieges* , Böhlau Verlag, Köln.
Polisensky, J., 2001: «A note on Scottish soldiers in the Bohemian War 1619-1622», en S. Murdoch (ed.), *Scotland and the Thirty Years War 1618-1648* , Leiden, 109-116.
Pollak, M. D., 1991: *Turin 1564-1680. Urban design, military culture and the creation of an absolutist capital* , Chicago.
Pollmann, J., 2011: Catholic identity and the Revolt of the Netherlands,

1520-1635, Oxford.
Porshnev, B., 1996: *Muscovy and Sweden in the Thirty Years War, 1630-1635* , Cambridge.
Porter, R. D., 1994: *War and the Rise of the State* , New York.
Pörtner, R., 2001: *The Counter-Reformation in Central Europe. Styria 1580-1630* , Oxford.
Posch, A., 1955: «Zur Tätigkeit und Beurteilung Lamormains», *MIÖG* , 63, 375-390.
Postel, R., 1988: «Zur “erhaltung dern commercien und darüber hanbende privilegia”. Hansische Politik auf dem Westfälischen Friedenskongreß», en H. Duchhardt (ed.), *Der Westfälische Friede* , München, 523-540.
Postel, R., 1994: «Kirchlicher und weltlicher Fiskus in norddeutschen Städten am Beginn der Neuzeit» en H. Kellenbenz and R. Prodi (eds.), *Fiskus, Kirche und Staat im Konfessionellen Zeitalter* , Berlin, 165-185.
Postel, R., 1998: «Hamburg at the time of the peace of Westphalia», en K. Bussmann and H. Schilling (eds.), *1648: War and Peace in Europe* , 3 vols., Münster, vol. I, 337-343.
Prak, M., 2005: *The Dutch Republic in the Seventeenth Century* , Cambridge.
Prawdin, M., 1971: *Marie de Rohan Duchesse de Chevreuse* , London.
Press, V., 1970: *Calvinismus und Territorialstaat. Regierung und Zentralbehörden der Kurpfalz 1559-1619* , Stuttgart.
Press, V., 1974: «Die Reichsritterschaft im Kraichgau zwischen Reich und Territorium, 1500-1623», *ZGO* , 122, 35-98.
Press, V., 1977: «Die Grundlagen der kurpfälzischen Herrschaft in der Oberpfalz 1499-1621», *Verhandlungen des historischen Vereins für Oberpfalz und Regensburg* , 117, 31-67.
Press, V., 1988: «Soziale Folgen des Dreißigjährigen Krieges», en W. Schulze (ed.), *Ständische Gesellschaft und soziale Mobilität* , München, 239-268.
Press, V., 1990: «Österreichische Großmachtbildung und Reichsverfassung. Zur kaiserlichen Stellung nach 1648», *MIÖG* , 98, 131-154.
Press, V., 1991: *Kriege und Krisen. Deutschland 1600-1715* , München.
Press, V., 1997: *Das Alte Reich* , Berlin.
Press, V., 2003: «Fürst Christian I. von Anhalt-Bernberg», en K. Ackermann (ed.), *Staat und Verwaltung in Bayern* , München, 193-216.
Price, J., 1998: *The Dutch Republic in the Seventeenth Century* , Basingstoke.

Pröve, R., 1997: «Violentia und Potestas. Perzeptionsprobleme von Gewalt in Söldnertagebüchnern des 17. Jahrhunderts», en M. Meumann und D. Niefanger (eds.), *Ein Schauplatz herber Angst* , Göttingen, 24-42.
Pröve, R., 1999: «Gewalt und Herrschaft in der Frühen Neuzeit», *Zeitschrift für Geschichtswissenschaft* , 47, 792-806.
Pühle, H. (ed.), 1998: *Ganz verheeret! Magdeburg und der Dreißigjährige Krieg* , Magdeburg.
Pursell, B. C., 2003: *The Winter King. Frederick V of the Palatinate and the coming of the Thirty Years War* , Aldershot.
Quatrefages, R., 1988: «The military system of the Spanish Habsburgs», en R. B. Martinez and T. M. Barker (eds.), *Armed Forces and Society in Spain Past and Present* , Boulder, 1-50.
Quazza, G.: «Guerra civili in Piemonte, 1637-1642», *Bollettino Storico. Bibliogarfico Subalpino* , 57(1959), 281-321 y 58(1960), 5-63.
Rabb, T. K., 1962: «The effects of the Thirty Years War on the German economy», *JMH* , 34, 40-51.
Rabb, T. K., 1975: *The Struggle for Stability in Early Modern Europe* , Oxford University Press, New York.
Rabe, H., 1971: *Reichsbund und Interim. Die Verfassungs- und Religionspolitik Karls V. und der Reichstag von Augsburg 1547/1548* , Cologne.
Radler, L., 1986: *Das Schweidnitzer Land im Dreißigjährigen Krieg* , Lübeck.
Rainer, J., 1961: «Der Prozeß gegen Kardinal Klesl», *Römische Historische Mitteilungen* , 5, 35-163.
Rainer, J., 1964: «Kardinal Melchior Klesl (1552-1630). Vom “Generalreformator” zum “Ausgleichspolitiker”», *Römische Quartalschrift* , 59, 14-35.
Rank, A., 2003: *Sulzbach im Zeichen der Gegenreformation (1627-1649). Verlauf und Fazit einer beschwerlichen Jesuitenmission* , Amberg.
Ranum, O. A., 1963: *Richelieu and the Councillors of Louis XIII* , Oxford.
Rauscher, P., 2004: *Zwischen Ständen und Gläubigern. Die kaiserlichen Finanzen unter Ferdinand I. und Maximilian II. (1556-1576)* , München.
Rawlings, H., 2002: *Church, Religion and Society in Early Modern Spain* , Basingstoke.
Raymaekers, D., 2013: *One foot in the palace. The Habsburg court of*

Brussels and the politics of access in the reign of Albert and Isabella 1598-1621 , Leuven.

Reade, H. G. R., 1924: *Sidelights on the Thirty Years War* , 3 vols., Kegan Paul, Trench, Trubner & Co, London.

Rebel, H., 1983: *Peasant Classes. The bureaucratization of property and family relations under early Habsburgs absolutism, 1511-1636* , Princeton.

Rebitsch, R., 2008: *Matthias Gallas (1588-1647). Generalleutnant des Kaisers zur Zeit des Dreißigjährigen Krieges* , Münster.

Rebitsch, R., 2010: *Wallenstein* , Vienna.

Rechter, G., 1978: «Der Obere Zenngrund im Zeitalter des Dreißigjährigen Krieges», *Jahrbuch für fränkische Landesforschung* , 38, 83-122.

Redlich, F., 1956: *De praeda militari. Looting and booty 1500-1800* , Wiesbaden.

Redlich, F., 1959: «Contributions in the Thirty Years War», *Economic History Review* , 2nd series, 12, 247-254.

Redlich, F., 1964-1965: *The German Military Enterpriser and his Workforce* , 2 vols., Wiesbaden.

Redworth, G., 2003: *The Prince and the Infanta* , New Haven [ed. en esp.: *El príncipe y la infanta. Una boda real frustrada* , Taurus, Barcelona/Madrid, 2004].

Regele, O., 1967: «Zur Militärgeschichte Vorderösterreichs», en F. Metz (ed.), *Vorderösterreich* , 2nd ed., Freiburg, 123-137.

Reichel, M. und Schuberth, I. (eds.), 2007: *Gustav Adolf* , Dößel.

Reichel, M. und Schuberth, I. (eds.), 2011: *Leben und Sterben auf dem Schlachtfeld von Lützen* , Lützen.

Reichenau, W., (ed.), *Schlachtfelder zwischen Alpen und Main* (Munich, 1938).

Reinhard, W., 1985: «Humanismus und Militarismus», en F. J. Worstbrock (ed.), *Krieg und Frieden im Horizont des Renaissancehumanismus* , Weinheim, 185-204.

Reisner, S., 2001: «Die Kämpfe vor Wien in Oktober 1619 im Spiegel zeitgenössischer Quellen», en A. Weigl (ed.), *Wien im Dreißigjährigen Krieg* , Vienna, 446-448.

Reitzenstein, K., Frhr. von, 1906: «Der Feldzug des Jahres 1622 am Oberrhein», *ZGO* , 21, 271-295.

Repgen, K., 1962: *Die römische Kurie und der Westfälische Friede* , 2 vols.,

Tübingen.
Repgen, K., 1985: «Kriegslegitimationen in Alteuropa», *HZ* , 241, 27-49.
Repgen, K., 1988: «Die kaiserlich-französischen Satisfaktionsartikeln vom 13. September 1646», en H. Duchhardt (ed.), *Der Westfälische Friede* , München, 175-203.
Repgen, K., 1990: «Ferdinand III. (1637-1657)», en A. Schindling und W. Ziegler (eds.), *Die Kaiser der Neuzeit 1519-1918* , München, 142-167.
Repgen, K. (ed.), 1991: *Das Herrscherbild im 17. Jahrhundert* , Münster.
Repgen, K., 1997: «Friedensvermittlung und Friedensvermittler beim Westfälischen Frieden», *WZ* , 147, 37-61.
Repgen, K., 1999: «Die Hauptprobleme der Westfälischen Friedensverhandlungen von 1648 und ihre Lösungen», *ZBLG* , 62, 399-438.
Rian, O., 1985: «State and society in seventeenth-century Norway», *Scandinavian Journal of History* , 10, 337-363.
Riccardi, L., 2000: «An outline of Vatican diplomacy in the early modern age», en D. Frigo (ed.), *Politics and Diplomacy in Early Modern Italy* , Cambridge, 95-108.
Rieck, A., 2005: *Frankfurt am Main unter schwedischer Besatzung 1631-1635* , Frankfurt am Main.
Riezler, S., 1899-1903: *Geschichte Baierns* , vols. 3-6, Gotha.
Riezler, S. (ed.), 1906: «Kriegstagebücher aus dem ligistischen Hauptquartier 1620», *Abhandlungen des Phil.-Hist. Klasse der Bayerischen Akademie der Wissenschaften* , 23, 77-210.
Rill, B., 1984: *Tilly. Feldherr für Kaiser und Reich* , München.
Rill, B., 1999: *Kaiser Matthias. Bruderzwist und Glaubenskampf* , Graz.
Ringmar, E., 1996: *Identity, Interest and Action. A cultural explanation of Sweden's intervention in the Thirty Years War* , Cambridge.
Ritter, A., 1926: «Der Einfluß des Dreißigjährigen Krieges auf die Stadt Naumburg an der Saale», *Thüringisch-Sächsische Zeitschrift für Geschichte und Kunst* , 15, 1-96.
Ritter, M., 1889-1908: *Deutsche Geschichte im Zeitalter der Gegenreformation und des Dreißigjährigen Krieges (1555-1648)* , 3 vols., Stuttgart.
Ritter, M., 1896: «Der Ursprung des Restitutionsediktes», *HZ* , 76, 62-102.
Ritter, M., 1903: «Das Kontributionssytem Wallensteins», *HZ* , 90, 193-249.

Ritter, M., 1977: «Der Ursprung des Restitutionsediktes», en H. U. Rudolf (ed.), *Der Dreissigjährigen Krieg* , Darmstadt, 137-174.
Ritter von Srbik, H., 1926: «Zur Schlacht von Lützen und zu Gustav Adolfs Tod», *MIÖG* , 41, 231-256.
Ritter von Srbik, H., 1952: *Wallensteins Ende* , 2nd ed, Salzburg.
Robert, F. des, 1894: «La Bataille de Tuttlingen», *Memoires de l'Academie de Stanislaus Leszinski* , 5th series, 12, 370-443.
Roberts, M., 1953-1958: *Gustavus Adolphus* , 2 vols., London.
Roberts, M., 1967: *Essays in Swedish History* , London.
Roberts, M., 1979: *The Swedish Imperial Experience 1560-1718* , Cambridge.
Roberts, M., 1982: «Oxenstierna in Germany 1633-1636», *Scandia* , 48, 61-105.
Roberts, P., 1999: *The French Wars of Religion* , London.
Robisheaux, T., 1989: *Rural Society and the Search for Order in Early Modern Germany* , Cambridge.
Rock, D., 1987: *Argentina 1516-1987* , Berkeley [ed. en esp.: *Argentina, 1516-1987. Desde la colonización española hsta Raúl Alfonsín* , Alianza Editorial, Madrid, 1989].
Rode, F. C., 1935: *Kriegsgeschichte Schleswig-Holsteins* , Neumünster.
Rodenas Vilar, R., 1967: *La política Europea de España durante la Guerra de Treinta Años (1624-1630)* , CSIC, Madrid.
Rodger, N. A. M., 1997: *The Safeguard of the Sea* , Penguin, London.
Roeck, B., 1989: *Eine Stadt in Krieg und Frieden. Studien zur Geschichte der Reichsstadt Augsburg zwischen Kalenderstreit und Parität* , 2 vols., Göttingen.
Roeck, B., 1991: *Als wollt die Welt schier brechen. Eine Stadt im Zeitalter des Dreißigjährigen Krieges* , München.
Roeck, B., 1991: «Bayern und der Dreißigjährige Krieg. Demographische, wirtschaftliche und Soziale Auswirkungen am Beispiel Münchens», *Geschichte und Gesellschaft* , 17, 434-458.
Roeck, B., 1996: «Der Dreißigjährige Krieg und die Menschen im Reich. Überlegungen zu den Formen psychischer Krisenbewältigung in der ersten Hälfte des 17. Jahrhunderts», en B. R. Kroener and R. Pröve (eds.), *Krieg und Frieden. Militär und Gesellschaft in der Frühen Neuzeit* , Paderborn, 265-279.
Roeck, B., 1998: «Die Feier des Friedens», en H. Duchhardt (ed.), *Der*

Westfälische Friede , München, 633-660.
Roeck, B., 2004: «The atrocities of war in early modern art», en J. Canning *et al.* (eds.), *Power, Violence and Mass Death* , Aldershot, 129-140.
Rogers, C. J. (ed.), 1995: *The Military Revolution Debate* , Boulder.
Rohmer, E., 2001: «Den Krieg als ein "anderer Vergil" sehen», en K. Garber *et al.* (eds.), *Erfahrung und Deutung von Krieg und Frieden* , München, 1043-1061.
Rohrschneider, M., 2007: *Der gescheiterte Frieden von Münster. Spaniens Ringen mit Frankreich auf dem Westfälischen Friedenskongress (1643-1649)* , Münster.
Rothenberg, G. E., 1961: «Venice and the Uskoks of Senj 1537-1618», *JMH* , 33, 148-156.
Rowen, H. H., 1988: *The Princes of Orange* , Cambridge.
Roy, I., 1978: «"England turned Germany?" The aftermath of the Civil War in its European context», *Transactions of the Royal Historical Society* , 5th series, 28, 127-144.
Rubenstein, H. L., 1975: *Captain Luckless. James, First Duke of Hamilton 1606-1649* , Edinburgh.
Rüde, M., 2007: *England und Kurpfalz im werdenden Mächteeuropa (1608-1632)* , Stuttgart.
Rudel, T., 1890: «Die Lage Pommerns vom Beginn des Dreißigjährigen Krieges bis zum Eintreffen Gustav Adolf (1620-1630)», *Baltische Studien* , 40, 68-133.
Rudert, O., 1914: «Der Verat von Leipzig», *NASG* , 35, 68-87.
Ruffer, H. & Zickermann, K., 2001: «German reactions to the Scots in the Holy Roman Empire during the Thirty Years War», en S. Murdoch (ed.), *Scotland and the Thirty Years War* , Leiden, 271-293.
Ruppert, K., 1979: *Die kaiserliche Politik auf dem Westfälischen Friedenskongress (1643-1648)* , Münster.
Ruthmann, B., 1996: *Die Religionsprozesse am Reichskammergericht 1555-1648* , Cologne.
Ruthmann, B., 1999: «Das richterliche Personal am Reichskammergericht und seine politischen Verbindungen um 1600», en W. Sellert (ed.), *Reichshofrat und Reichskammergericht*, Cologne, 1-26.
Rystad, G., 1960: *Kriegsnachrichten und Propaganda während des Dreißigjährigen Krieges* , Lund.
Salm, H., 1990: *Armeefinanzierung im Dreißigjährigen Krieg. Der*

Niederrheinisch-Westfälische Reichskreis 1635-1650 , Münster.
Samson, A. (ed.), 2006: *The Spanish Match. Prince Charles » journey to Madrid 1623,* Aldershot.
Sánchez, M. S., 1994: «A house divided: Spain, Austria and the Bohemian and Hungarian successions», *Sixteenth-Century Journal* , 25, 887-903.
Sánchez, M. S., 1998: *The Empress, The Queen, and the Nun. Women and power at the court of Philip III of Spain,* Baltimore.
Sánchez-Marcos, F., 1988: «The future of Catalonia. A *subjet brûlent* at the Münster negotiations», en H. Duchhardt (ed.), *Der Westfälische Friede* , München, 273-291.
Sauer, P., 2003: *Herzog Friedrich I von Württemberg 1557-1608,* München.
Schaab, M., 1966: «Die Widerherstellung des Katholizismus in der Kurpfalz im 17. und 18. Jahrhundert», *ZGO* , 114, 147-205.
Schaab, M., 1994: «Territorialstaat und Kirchengut in Südwestdeutschland bis zum Dreißigjährigen Krieg», en H. Kellenbenz and R. Prodi (eds.), *Fiskus, Kirche und Staat im Konfessionellen Zeitalter* , Berlin, 71-90.
Schäfer, D., 1900: «Die Schlacht bei Lutter am Barenberge», *Neue Heidelberger Jahrbücher* , 10, 1-37.
Schaufler, H. H., 1997: *Die Schlacht bei Freiburg im Breisgau* , Freiburg.
Scheel, G., «Die Stellung der Reichsstände zur Römischen Königswahl seit den Westfälischen Friedensverhandlungen», en R. Dietrich and G. Oestreich (eds.), *Forschungen zur Staat und Verfassung* (Berlin, 1958), 113–32.
Scheible, K., 1983: «Die Schlacht von Allerheim 3. August 1645», *Rieser Kulturtage* , 4, 229-272.
Schelven, A. van, 1939: «Der Generalstab des politischen Calvinismus in Zentraleuropa zu Beginn des Dreißigjährigen Krieges», *ARG* , 36, 117-141.
Schennach, M., 2000: «Das Verhältnis zwischen Tiroler Landbevölkerung und Militär von 1600 bis 1650», en S. Kroll und K. Krüger (eds.), *Militär und ländliche Gesellschaft* , Hamburg, 41-78.
Schieche, E., 1961: «Schweden und Norddeutschland 1634», *BDLG* , 97, 99-132.
Schiller, F., 1966: *Geschichte des Dreißigjährigen Krieges (1618-1648)* , DTV, München.

Schilling, H., 1988: «Der Westfälische Friede und das neuzeitliche Profil Europas», en H. Duchhardt (ed.), *Der Westfälische Friede* , München, 1-32.
Schilling, H., 1989: *Höfe und Allianzen. Deutschland 1648-1763* , Berlin.
Schilling, H., 1989: «Sündenzucht und frühneuzeitliche Sozialdisziplinierung. Die calvinistische, presbyteriale Kirchenzucht in Emden vom 16. bis 19. Jahrhundert», en G. Schmidt (ed.), *Stände und Gesellschaft im Alten Reich* , Stuttgart, 265-302.
Schilling, H., 1991: *Civic Calvinism in Northwestern Germany and the Netherlands* , Kirkville, Michigan.
Schilling, H., 1998: «War and peace at the emergence of modernity», en K. Bussmann & H. Schilling (eds.), *1648: War and Peace in Europe* , 3 vols., Münster, I, 13-22.
Schilling, H., 2007: *Konfessionalisierung und Staatsinteressen 1559-1660*, Verlag Ferdinand Schöningh, Paderborn.
Schilling, M., 2006: «Der Zerstörung Magdeburgs in der zeitgenössichen Literatur und Publizistik», en *Konfession, Krieg und Katastrophe* , Magdeburg, 93-111.
Schindler, N., 2001: «Krieg und Frieden und die "Ordnung der Geschlechter". Das Tagebuch der Maria Magdalena Haidenbucherin (1609-1650)», en K. Garber (ed.), *Erfahrung und Deutung von Krieg und Frieden* , München, 393-452.
Schindling, A., 1989: «Die katholische Bildungsreform zwischen Humanismus und Barock» en H. Maier and V. Press (eds.), *Vorderösterreich in der frühen Neuzeit* , Sigmaringen, 137-176.
Schindling, A. and Ziegler, W., (eds.), 1990: *Die Kaiser der Neuzeit 1519-1918* , München.
Schirmer, U., 2006: *Kursächsische Staatsfinanzen (1456-1656)* , Stuttgart.
Schlepper, H. de, and Parker, G., 1976: «The formation of government policy in the Catholic Netherlands under "the Archdukes", 1596-1621», *EHR* , 91, 241-254.
Schlögl, R., 1988: «Absolutismus im 17. Jahrhundert –Bayerischer Adel zwischen Disziplinierung und Intergration», *ZHF* , 15, 151-186.
Schmid, G., 1953: «Konfessionspolitik und Staatsräson bei den Verhandlungen des Westfälischen Friedenskongresses über die Gravamina Ecclesiastica», *ARG* , 44, 203-223.
Schmidt, A., 2007: *Vaterlandsliebe und Religionskonflikt. Politische*

Diskurse im alten Reich (1555 –1648) , Leiden.
Schmidt, G., 1989: *Der Wetterauer Grafenverein* , Marburg.
Schmidt, G., 1993: «Der Westfälische Friede – eine neue Ordnung für das alte Reich?», *Der Staat* , supplement 10, 45-72.
Schmidt, G., 1999: *Geschichte des alten Reiches. Staat und Nation in der Frühen Neuzeit 1495-1806* , München.
Schmidt, G., 2001: «Die "deutsche Freiheit" und der Westfälische Friede», en R. G. Asch *et al.* (eds.), *Frieden und Krieg in der Frühen Neuzeit* , München, 323-347.
Schmidt, G., 2006: «Hansa, Hanseaten und Reich in der Frühen Neuzeit», en I. Richefort and B. Schmidt (eds.), *Les relations entre la France et les villes Hanséatiques de Hambourg, Brême et Lübeck* , Brussels, 229-259.
Schmidt, H., 1926: «Die Stadt Hannover im Dreißigjährigen Kriege 1626-1648», *Niedersächsisches Jahrbuch* , 3, 94-135.
Schmidt, H., 1996: «Frankreich und das Reich 1648-1715», en W. D. Gruner und K. J. Müller (eds.), *Über Frankreich nach Europa* , Hamburg, 119-153.
Schmidt, P., 2001: *Spanisches Universalmonarchie oder «teutsche Libertet»* , Steiner Franz Verlag, Stuttgart.
Schmidt-Biggemann, W., 1998: «The Apocalypse and millenarianism in the Thirty Years War», en K. Bussmann and H. Schilling (eds.), *1648: War and Peace in Europe* , 3 vols., Münster, vol. I, 259-263.
Schmidt-Glintzer, H., 2001: «Europa aus chinesischer Sicht in der Frühen Neuzeit», en R. G. Asch *et al.* (eds.), *Frieden und Krieg in der Frühen Neuzeit* , München, 527-542.
Schmidt-Voges, I. *et al.* (eds.), 2010: *Pax perpetua. Neuere Forschungen zum Frieden in der Frühen Neuzeit* , München.
Schmitz, O., 1903: *Die maritime Politik der Habsburger in de Jahren 1626-1628* , Bonn.
Schneider, B., 1905: *Der Mantuanische Erbfolgestreit* , Bonn.
Schnettger, M., 1996: *Der Reichsdeputationstag 1655-1663* , Münster.
Schnitter, H., 1977: *Volk und Landesdefension* , Berlin.
Schott, R., 1978: «Die Kämpfe vor Freiburg im Breisgau, die Eroberung von Philippsburg und die Belagerung mehrerer Städte am Rhein im Jahre 1644», *Militärgeschichtliche Mitteilungen* , 24, 9-22.
Schott, T., 1895: «Württemberg und Gustav Adolf, 1631 und 1632»,

WVJHLG , new series 4, 343–402.
Schramm, G., 1991: «Armed conflicts in east central Europe», en R. J. W. Evans and T. V. Thomas (eds.), *Crown, Church and Estates* , London, 176-195.
Schraut, S., 2005: *Das Haus Schönborn* , Paderborn.
Schreiber, G., 2000: *Raimondo Montecuccoli* , Graz.
Schröder, D., 2000: «Friedensfeste in Hamburg 1629–1650», en M. Knauer und S. Tode (eds.), *Der Krieg vor den Toren* , Hamburg, 335-346.
Schröder, P., 1999: «The constitution of the Holy Roman Empire after 1648: Samuel Pufendorf's assessment in his *Monzambano* », *HJ* , 42, 961-983.
Schubert, E., 1994: «Staat, Fiskus und Konfession in den Mainbistümern zwischen Augsburger Religionsfrieden und Dreißigjährigem Krieg», en H. Kellenbenz and P. Prodi (eds.), *Fiskus, Kirche und Staat im konfessionellen Zeitalter* , Berlin, 111-140.
Schubert, F. H., 1954: «Die pfälzische Exilregierung im Dreißigjährigen Krieg», *ZGO* , 102, 575-680.
Schubert, F. H., 1965: «Wallenstein und der Staat des 17. Jahrhunderts», *Geschichte in Wissenschaft und Unterricht* , 16, 597-611.
Schubert, H., 1885: *Urkundliche Geschichte der Stadt Steinau an der Oder* , Breslau.
Schuberth, I., 2007: *Lützen – på spaning efter ett minne* , Stockholm.
Schuberth, I. und Reichel, M. (eds.), 2012: *Wallenstein. Die blut'ge Affair' bei Lützen* , Dößel.
Schulte, R., 1994: «Rüstung, Zins und Frömmigkeit. Niederländische Calvinisten als Finanziers des Dreißigjährigen Krieges», *Bohemia* , 35, 45-62.
Schultz, C., 2002: «Strafgericht Gottes oder menschlichen Versagen? Die Tagebücher des Benediktinerabtes Georg Gaisser als Quelle für die Kriegserfahrung von Ordensleuten im Dreißigjährigen Krieg», en M. Asche und A. Schindling (eds.), *Das Strafgericht Gottes* , Münster, 219-290.
Schultze, H., 2006: «Domprediger Bake und die Magdeburger Pfafferschaft im Dreißigjährigen Krieg», *Konfession, Krieg und Katastrophe* , Verein f. Kirchengesch. Der Kirchenprovinz Sachsen, Magdeburg, 25-42.
Schultze, J., 1961: *Die Mark Brandenburg* , 5 vols., Berlin.

Schulz-Behrend, G., 1993: *The Adventures of Simplicius Simplicissimus by Hans Jacob Christoffel von Grimmelshausen* , Rochester and Woodbridge.
Schulze, W., (ed.), 1996: *Ego-Dokumente. Annährung an den Menschen in der Geschichte* , Berlin.
Schulze, W., 1978: *Reich und Türkengefahr im späten 16. Jahrhundert* , München.
Schulze, W., 1986: «Die deutschen Landesdefensionen im 16. und 17. Jahrhundert», en J. Kunisch (ed.), *Staatsverfassung und Heeresverfassung* , Berlin, 129-149.
Schulze, W., 1991: «Estates and the problem of resistance in theory and practice in the sixteenth and seventeenth centuries», en R. J. W. Evans and T. V. Thomas (eds.), *Crown, Church and Estates* , Basingstoke, 158-175.
Schumm, K., 1956: «Die Hohenlohische Herrschaft über Ellwangen 1633/34», *Ellwanger Jahrbuch* , 17, 102-135.
Schürger, A., 2015: «The archaeology of the Battle of Lützen: An examination of 17th century military material culture», University of Glasgow PhD.
Schuster, O. and Francke, F. A., 1883: *Geschichte der sächsische Armee* , 3 vols., Leipzig.
Schüz, A., 1930: *Der Donaufeldzug Karls V. im Jahre 1546* , Tübingen.
Schwartz, S. B., 1991: «The voyage of the vassals», *AHR* , 96, 735-762.
Schwarz, H., 1977: *Gefechtsformen der Infanterie in Europa durch 800 Jahren* , München.
Schwarz, H. F., 1943: *The Imperial Privy Council in the Seventeenth Century*, Harvard University Press, Cambridge, 344-347.
Scott, J.W., 1991: «The evidence of experience», *Critical Inquiry* , 17, 773-797.
Scribner, R. W., 1994: *For the Sake of the Simple Folk. Popular propaganda for the German Reformation* , 2nd ed, Oxford.
Seibrich, W., 1991: *Gegenreformation als Restauration. Die restaurativen Bemühungen der alten Orden im deutschen Reich um 1580 bis 1648* , Münster.
Seidler, J., 1977: «Khevenhüllers Bericht über die Schlacht bei Lützen 1632», en H. U. Rudolf (ed.), *Der Dreißigjährigen Krieg* , Darmstadt, 33-50.

Sellert, W. (ed.), 1980-1990: *Die Ordnungen des Reichshofrates 1550-1766* , 2 vols., Cologne.

Sennewald, R., *Das Kursächsische Heer im Dreissigjährigen Krieg* (Berlin, 2013).

Sharpe, K., 1992: *The Personal Rule of Charles I* , London.

Sellin, V., 1978: *Die Finanzpolitik Karl Ludwigs von der Pfalz* , Stuttgart.

Shennan, J. H., 1998: *The Parlement of Paris* , 2nd ed, Stroud.

Sichart, L. von, 1866-1898: *Geschichte der Königlich-Hannoverschen Armee* , 5 vols., Hannover.

Sigmond, P. & Kloek, W., 2007: *Sea Battles and Naval Heroes in the 17 th -century Dutch Republic* , Amsterdam. *Slaget vid Jankow 1645-1945* , Stockholm, 1945.

Smart, S. & Wade, M. R. (eds.), 2013: *The Palatine wedding of 1613. Protestant alliance and court politics* , Wiesbaden.

Smolinsky, H., 2001: «Formen und Motive konfessionaller Koexistenz in den Niederlanden und am Niederrhein», en K. Garber *et al* . (eds.), *Erfahrung und Deutung von Krieg und Frieden* , München, 287-300.

Söbbing, U., 1998: *Die Schlacht im Lohner Bruch bei Stadtlohn* , Stadtlohn.

Sokol, A. E., 1976: *Das habsburgische Admiralitätswerk des 16. und 17. Jahrhundert* , Vienna.

Solano Camón, E., 2000: «The eastern kingdoms in the military organization of the Spanish monarchy», en E. Martínez y M. de P. Pi Corrales (eds.): *Spain and Sweden in the Baroque Era* , Fundación Berndt Wistesdt, Madrid, 383-403.

Sommer-Mathis, A., 2001: «Ein *pícaro* und spanisches Theater am Wiener Hof zur Zeit des Dreißigjährigen Krieges», en A. Weigl (ed.), *Wien im Dreißigjährigen Krieg* , Vienna, 655-694.

Sönnert, I., 2002: «Die Herrlichkeit Lembeck während des Spanisch-Niederländischen und des Dreißigjährigen Krieges», en T. Sodmann (ed.), *1568-1648: Zu den Auswirkungen des Achtzigjährigen Krieges auf die Östlichen Niederlande und das Westmünsterland*, 139-169.

Sonnino, P., 2002: «From d'Avaux to *dévot* : politics and religion in the Thirty Years War», *History* , 87, 192-203.

Sonnino, P., 2002: «Prelude to the Fronde. The French delegation at the Peace of Westphalia», en H. Duchhardt (ed.), *Der Westfälische Friede* , Münster, 217-233.

Southard, R., 1995: *Droysen and the Prussian School of History* , Lexington,

Kentucky.
Spahn, M., 1898: «Auswärtige Politik und innere Lage des Herzogtums Pommern von 1627-1630», *HJb* , 19, 57-88.
Spies, H. B., 1982: «Lübeck, die Hanse und der Westfälische Frieden», *Hansische Geschichtsblätter* , 100, 110-124.
Spindler, M. (ed.), 1988: *Handbuch der bayerischen Geschichte* , 2nd ed., 2 vols., München.
Springell, F. C. (ed.), 1965: *Connoisseur and Diplomat. The Earl of Arundel's embassy to Germany in 1636* , London.
Sreenivasan, G. P., 2004: *The Peasants of Ottobeuren 1487-1726* , Cambridge.
Staber, J., 1964: «Die Eroberung der Oberpfalz im Jahre 1621», *Verhandlungen des Historischen Veriens für Oberpfalz und Regensburg* , 104, 165-221.
Stadler, B., 1991: *Pappenheim und die Zeit des Dreißigjährigen Krieges* , Winterthur.
Stadler, P., 1998: «Der Westfälische Friede und die Eidgenossenschaft», en H. Duchhardt (ed.), *Der Westfälische Friede* , München, 369-391.
Stahl, E., 1987: *Wolf Dietrich von salzburg. Weltmann auf dem Bischofsthron* , München.
Stearns, S. J., 1972: «Conscription and English Society in the 1620s», *Journal of British Studies*, XI, 2 1-23.
Stearns, S. J., 1978: «A problem of logistics in the early 17th century: the siege of Ré», *Military Affairs* , 42, 121-126.
Steglich, W., 1972: «Die Reichstürkenhilfe in der Zeit Karls V.», *Militärgeschichtliche Mitteilungen* , 11, 7-55.
Steiger, H., 1998: «Concrete peace and general order: the legal meaning of the treaties of 24 October 1648», en K. Bussmann & H. Schilling (eds.), *1648: War and Peace in Europe* , 3 vols., Münster, I, 437-445.
Stein, S. J., and Stein, B. H., 2000: *Silver, Trade and War. Spain and America in the making of early modern Europe* , Baltimore [ed. en esp.: *Plata, comercio y guerra* , Editorial Crítica, Barcelona, 2002].
Stein, W. H., 1978: *Protection royale. Eine Untersuchung zu den Protektionsverhältnissen im Elsass zur Zeit Richelieus 1622-1643* , Aschendorff, Münster.
Steinberg, S. H., 1966: *The Thirty Years War and the Conflict for European Hegemony 1600-1660* , London, W. W. Norton.

Steiner, J., 1985: *Die pfälzische Kurwürde während des Dreißigjährigen Krieges* , Speyer.
Steuer, P., 1980: «Der vorderösterreichische Rappenkrieg (1612-1614)», *ZGO* , 128, 119-165.
Sticht, E., 1965: *Markgraf Christian von Brandenburg-Kulmbach und der Dreißigjährige Krieg in Ostfranken 1618-1635* , Kulmbach.
Stievermann, D., 1991: «Politik und Konfession im 18. Jahrhundert», *ZHF* , 18, 177-199.
Stiglic, A., 1998: «Hierarchy of ceremony and status on the European diplomatic stage», en K. Bussmann and H. Schilling (eds.), *1648: War and Peace in Europe* , 3 vols., Münster, I, 391-396.
Stögmann, A., 2001: «Staat, Kirche und Bürgerschaft», en A. Weigl (ed.), *Wien im Dreißigjährigen Krieg* , Vienna, 482-564.
Stolleis, M., 1988: *Geschichte des öffentlichen Rechts in Deutschland* , vol. I, München [ed. en esp.: *Introducción al Derecho público alemán* , Marcial Pons Ediciones Jurídicas y Sociales (ss. XVI-XXI), Madrid, 2018].
Stone, D., 2001: *The Polish-Lithuanian State, 1386-1795* , Seattle.
Storrs, C., 2006: «Imperial authority and the levy of contributions in "Reichsitalien" in the Nine Years War», en M. Schnettger and M. Verga (eds.), *L'impero e l'Italia nella prima età moderna* , Bologna, 241-273.
Stoye, J.W., 1964: *The Siege of Vienna* , London.
Stradling, R. A., 1979: «Seventeenth-century Spain: decline or survival?», *European Studies Review* , 9, 157-194.
Stradling, R. A., 1980: «The Spanish Dunkirkers 1621-1648», *Tijdschrift voor Geschiedenis* , 93, 541-558.
Stradling, R. A., 1981: *Europe and the Decline of Spain. A study of the Spanish system 1580-1720* , London [ed. en esp.: *Europa y el declive del sistema imperial español, 1580-1720* , Ediciones Cátedra, Madrid, 1983].
Stradling, R. A., 1988: *Philip IV and the Government of Spain 1621-1665* , Cambridge [ed. en esp.: *Felipe IV y el Gobierno español de 1621-1665* , Ediciones Cátedra, Madrid, 1989].
Stradling, R. A., 1992: *The Armada of Flanders. Spanish maritime policy and European war, 1568-1668* , Cambridge [ed. en esp.: *La Armada de Flandes* , Ediciones Cátedra, Madrid, 1992].

Stradling, R. A., 1994a: *Spain's Struggle for Europe 1598-1668* , London.
Stradling, R. A., 1994b: *The Spanish Monarchy and Irish Mercenaries: The Wild Geese in Spain 1618-1668* , Blackrock.
Straub, E., 1980: *Pax und Imperium. Spaniens Kampf um seine Friedensordnung in Europa zwischen 1617 und 1635* , Schöningh, Paderborn.
Strohmeyer, A., 2006: *Konfessionskonflikt und Herrschaftsordnung. Das Widerstandsrecht bei den österreichischen Ständen (1550-1650)* , Mainz.
Struck, W., 1899: *Johann Georg und Oxenstierna* , Stralsund.
Sturmberger, H., 1953: *Georg Erasmus Tschernembl. Religion, Libertät und Widerstand* , Linz.
Sturmberger, H., 1959: *Aufstand in Böhmen. Der Beginn des Dreißigjährigen Krieges* , R Oldenbourg Verlag, München, 7-14.
Sturmberger, H., 1979: *Land ob der Enns und Österreich* , Linz.
Sugar, P. F., 1977: *Southeastern Europe under Ottoman Rule 1354-1804* , Seattle and London.
Sutherland, N., 1992: «The origins of the Thirty Years War and the structure of European politics», *EHR* , 107, 587-625.
Sutter-Fichtner, P., 1989: *Protestantism and Primogeniture in Early Modern Germany* , New Haven.
Sutter-Fichtner, P., 2001: *Emperor Maximilian II* , New Haven.
Suvanto, P., 1963: *Wallenstein und seine Anhänger am Wiener Hof zur Zeit des zweiten Generalats 1631-1634* , Helsinki.
Suvanto, P., 1979: *Die deutsche Politik Oxenstiernas und Wallenstein* , Helsinki, 86-90. *Sveriges Krig, 1611-1632* , 8 vols., Stockholm, 1936-1939.
Swart, K. W., 2003: *William of Orange and the Revolt of the Netherlands 1572-1584* , Aldershot.
Symcox, G. (ed.), 1974: *War, Diplomacy, and Imperialism, 1618-1763* , New York.
Symcox, G., 1997: «From commune to capital. The transformation of Turin, sixteenth to eighteenth centuries», en R. Oresko *et al* . (eds.), *Royal and Republican Sovereignty in Early Modern Europe* , Cambridge, 242-269.
Szalontay, T., 2004: «The art of war during the Ottoman-Habsburg long war 1593-1606 according to narrative sources», University of Toronto

PhD.
’t Hart, M.C., 1993: *The Making of a Bourgeois State. War, politics and finance during the Dutch Revolt* , Manchester University Press, Manchester.
’t Hart, M.C., 1999: «The United Provinces, 1579-1806», en R. Bonney (ed.), *The Rise of the Fiscal State in Europe* , Oxford, 309-326.
Tacke, C., 1999: «Die Eindringen Hessen-Kassels in die Westfälische Stifter», en K. Malettke (ed.), *Frankreich und Hessen-Kassel* , Marburg, 175-187.
Tacke, A., 2001: «Der Künstler über sich im Dreißigjährigen Krieg», en K. Garber *et al.* (eds.), *Erfahrung und Deutung von Krieg und Frieden* , München, 999-1041.
Taeglichbeck, F., 1889: Das Treffen bei Steinau an der Oder am 11 Oktober 1633, Breslau.
Tanner, M., 1993: *The Last Descendant of Aeneas. The Hapsburgs and the mythic image of the emperor* , New Haven.
Ten Raa, F.G.J. *et al* ., 1911: *Het staatsche Leger 1568-1795* , 8 vols., The Hague, 59.
Tepperberg, C., 1995: «Das kaiserliche Heer nach dem Prager Frieden 1635-1650», *Der Schwed ist im Land!* , Exhibition catalogue, Horn, 113-139.
Terhalle, H., 2002: «Der Achtzigjährige Krieg zwischen dem König von Spanien und den Niederlanden in sienen Auswirkungen auf des Westmünsterland», en T. Sodmann (ed.), *1568-1648* , Vreden, 171-229.
Terry, C. S., 1899: *The Life and Campaigns of Alexander Leslie, First Earl of Leven* , London.
Teske, G., 1997: *Bürger, Bauern, Söldner und Gesandte. Der Dreißigjährige Krieg und der Westfälische Frieden in Westfalen* , Münster.
Teske, G., 1997: «Verhandlungen zum Westfälischen Frieden außerhalb der Kongreßstädte Münster und Osnabrück», en *WZ* , 147, 63-92.
Thiebault, J., 1993: «The rhetoric of death and destruction in the Thirty Years War», *Journal of Social History* , 27, 271-290.
Thiebault, J., 1997: «The demography of the Thirty Years War revisited», *GH* , 15, 1-21.
Thiebault, J., 1998: «Landfrauen, Soldaten und Vergewältigungen während des Dreißigjärigen Krieges’, *Werkstatt Geschichte* , 19, 25-39.

Thies, G., 1973: *Territorialstaat und Landesverteidigung. Das Landesdefensionswerk in Hessen-Kassel unter Landgraf Moritz (1592 –1627)* , Darmstadt.

Thomas, A. L., 2010: *A House Divided. Wittelsbach Confessional Court Cultures in the Holy Roman Empire, c. 1550-1650* , Leiden.

Thomas, H., 2003: *Rivers of Gold. The rise of the Spanish empire* , London.

Thomas, W., and Duerloo, L., (eds.), 1998: *Albert and Isabella* , Brussels.

Thompson, I. A. A., 1976: *War and Government in Habsburg Spain 1560-1620* , London.

Thompson, I. A. A., 2000: «Domestic resource mobilisation and the Downing thesis», en E. Martínez y M. de P. Pi Corrales (eds.), *Spain and Sweden* , Madrid, 281-306.

Thompson, I. A. A., 2001: «The impact of war and peace on government and society in seventeenth-century Spain», en R. G. Asch *et al.* (eds.), *Frieden und Krieg in der Frühen Neuzeit* , München, 161-179.

Thornton, J. K., 1999: *Warfare in Atlantic Africa 1500-1800* , London.

Thrush, A., 1981: «In pursuit of the frigate, 1603-1640», *Historical Research* , 64, 29-45.

Tiege, J. *et al* ., 1921: *Na Bile Hora* , Prague.

Tilly, C., 1992: *Capital, Coercion and European States, AD990-1992* , Oxford [ed. en esp.: *Coerción, capital y los estados europeos, 990-1990* , Alianza Editorial, Madrid, 1992].

Tischer, A., 1999: *Französische Diplomatie und Diplomaten auf dem Westfälischen Friedenskongress* , Münster.

Tlusty, B. A., 2001: *Bacchus and Civic Order. The culture of drink in early modern Germany* , Charlottesville.

Tode, S., 2000: «Das Hamburger Umland im Dreißigjährigen Krieg», en M. Knauer und S. Tode (eds.), *Der Krieg vor den Toren* , Hamburg, 145-180.

Toifl, L., and Leitgrab, H., 1990: *Ostösterreich im Bocskay-Aufstand 1605* , Vienna.

Tongerloo, L. van, 1964: «Beziehungen zwischen Hessen Kassel und den Vereinigten Niederlanden während des Dreißigjährigen Krieges», *Hessisches Jahrbuch für Landesgeschichte* , 14, 199-270.

Treasure, G., 1995: *Mazarin. The crisis of absolutism in France* , London.

Trevor-Roper, H., 1976: *Princes and Artists. Patronage at four Habsburg courts 1517-1633* , London, 79-115 [ed. en esp.: *Príncipes y artistas.*

Mecenazgo e ideología en cuatro cortes de los Habsburgo, 1517-1623 , Celeste Ediciones, Madrid, 1992].

Troebst, S., 1994: «Debating the mercantile background to early modern Swedish empire-building: Michael Roberts versus Artur Attman», *EHQ* , 24, 485-510.

Tschopp, S., 1991: *Heilsgeschichtliche Deutungsmuster in der Publizistik des Dreißigjährigen Krieges. Pro- und antischwedische Propaganda in Deutschland 1628 bis 1635* , Frankfurt.

Úbeda de los Cobos, A. (ed.), 2005: *Paintings for the Planet King. Philip IV and the Buen Retiro Palace* , London [ed. en esp.: *El palacio del Rey Planeta. Felipe IV y el Buen Retiro* , Museo Nacional del Prado, Madrid, 2005].

Ufflacker, H. G., 1933: «Das Land Anhalt und die kaiserliche Kriegsführung 1625-1631», *Sachsen und Anhalt* , 9, 95-108.

Uhlir, D., 1998: *Cerny den a Bilé Hore 8. Listopad 1620* , Brno.

Ulbert, J., 1999: «Französische Subsidienzahlungen an Hessen-Kassel während des Dreißigjährigen Krieges», en K. Malettke (ed.), *Frankreich und Hessen-Kassel* , Marburg, 159-174.

Ulbricht, O., 2004: «The experience of violence during the Thirty Years War: a look at the civilian victims», en J. Canning *et al.* (eds.), *Power, Violence and Mass Death* , Aldershot, 97-127.

Unger, W. S., 1959: «Trade through the Sound in the seventeenth and the eighteenth centuries», *Economic History Review* , 2nd series, 12, 206-221.

Unger, U., 2002: «Der Dreißigjährige Krieg in Hilden», en S. Ehrenpreis (ed.), *Der Dreißigjährige Krieg im Herzogtum Berg und seinen Nachbarregionen* , Neustadt an der Aisch, 275-297.

Urban, H., 1968: *Das Restitutionsedikt* , München.

Urbánek, V., 2005: «The idea of state and nation in the writings of Bohemian exiles after 1620», en L. Eriksonas and L. Müller (eds.), *Statehood before and beyond Ethnicity* , Brussels, 67-84.

Urlanis, B. Z., 1965: *Bilanz der Kriege* , Berlin.

Valentinitsch, H., 1974: «Die Steiermark, Ungarn und die Osmanen, 1606-1662», *Zeitschrift des Historischen Vereines für Steiermark* , 45, 93-128.

Valentinitsch, H., 1975: *Die Meuterei der kaiserlichen Söldner in Kärnten und Steiermark 1656* , Vienna.

Valentinitsch, H., 1975: «Ferdinand II., die innerösterreichischen Länder und die Gradiskanerkrieg 1615-1618», en P. Urban and B. Sutter (eds.), *Johannes Kepler 1571 –1971* , Graz, 497-539.
Vallière, P. de, 1912: *Treue und Ehre. Geschichte der Schweizer im fremden Diensten* , Neuenburg.
Vann, J. A., 1975: *The Swabian Kreis. Institutional growth in the Holy Roman Empire 1648-1715* , Brussels.
Vasold, M., 1993: «Die deutschen Bevölkerungsverluste während des Dreißigjährigen Krieges», *ZBLG* , 56, 147-160.
Veltzé, A., 1901: «Die Wiener Stadtguardia», *MIÖG* , supplement 6, 530-546.
Ventzke, M., 1998: «Zwischen Kaisertreue und Interessenpolitik. Sachsen-Altenburg zu Beginn des 17. Jahrhunderts», *NASG* , 69, 64-72.
Vidal, J. J., 2000: «The population of the Spanish monarchy during the baroque period», en E. Martínez Ruiz and M. de P. Pi Corrales (eds.), *Spain and Sweden in the Baroque Era (1600-1660)* , Fundación Berndt Wistedt, Madrid, 443-469.
Vierhaus, R., 1988: *Germany in the Age of Absolutism* , Cambridge.
Villari, R., 1993: *The Revolt of Naples* , Cambridge [ed. en esp.: *La revuelta antiespañola en Nápoles. Los orígenes (1585-1647)* , Alianza Editorial, Madrid, 1979].
Villermont, A. de, 1886: *Ernest de Mansfeldt* , Brussels, 1866, and the entry in *Allgemeine Deutsche Biographie (ADB)* , 20, 1884, 222-232.
Villstrand, N. E., 2000: «Adaptation or protestation: local communities facing the conscription of infantry for the Swedish armed forces, 1630-1679», en L. Jespersen (ed.), *A Revolution From Above? The power state of 16 th and 17 th century Scandinavia* , Odense, 249-314.
Vitzthum von Eckstädt, C., 1881: «Der Feldzug der sächsischen Armee durch die Mark Brandenburg im Jahre 1635 und 1636», *Märkische Forschungen* , 16, 303-386.
Vliet, A. P. van, 1997: «Foundation, organisation and effects of the Dutch navy (1568-1648)», en M. van der Hoeven (ed.), *The Exercise of Arms. Warfare in the Netherlands, 1568-1648* , Leiden, 153-172.
Vocelka, K., 1983: «Matthias contra Rudolf. Zur politischen Propaganda in der Zeit des Bruderzwistes», *ZHF* , 10, 341-351.
Vogel, H., 1997: «Arms production and exports in the Dutch Republic, 1600–1650», en M. van der Hoeven (ed.), *The Exercise of Arms. Warfare in*

the Netherlands, 1568-1648 , Leiden, 197-221.

Völker, K., 1936: «Die "Sturmpetition" der evangelischen Stände in der Wiener Hofburg am 5. Juni 1619», *Jahrbuch der Gesellschaft für die Geschichte des Protestantismus in Österreich* , 57, 3-50.

Volkholz, R., 1895: *Jürgen Ackermann, Kapitän beim Regiment Alt-Pappenheim 1631* , Halberstadt.

Volz, G. B. (ed.), 1912-1914 (2006, reed. Braunschweig): *Die Werke Friedrichs des Großen* , 10 vols., Berlin.

Von Moerner, T., (ed.), 1867: *Kurbrandenburgsiche Staatsverträge von 1601-1700* , Berlin.

Von Stadlinger, L. J., 1856: *Geschichte des württembergischen Kriegswesens* , Stuttgart.

Vötsch, J., 2003: *Kursachsen, das Reich und der mitteldeutsche Raum zu Beginn des 18. Jahrhunderts* , Frankfurt am Main.

Vries, J. de, and Woude, A. van der, 1997: *The First Modern Economy: success, failure and perseverance of the Dutch Economy, 1500-1815* , Cambridge University Press, Cambridge.

Waddington, A., 1895: *La République des Provinces-Unies, la France et les Pays-Bas Espagnoles de 1630 a 1650* , 2 vols., Paris.

Der Waffenstillstand zu Kötzschenbroda zwischen Sachsen und Schweden , Amt für Bildung und Kultur Stadt Radebeul, Deutschland, 1995.

Wagner, E., 1979: *European Weapons and Warfare 1618-1648* , London.

Wagner, G., 1958: *Wallenstein der böhmische Condottiere* , Vienna.

Wagner, G., 1982: «Pläne und Versuche der Erhebung Österreichs zum Königreich», en G. Wagner (ed.), *Österrecih von der Staatsidee zum Nationalbewußtsein* , Vienna, 394-432.

Wagner, G., 1984: «Österreich und die Osmanen im Dreißigjährigen Krieg», *Mitteilungen des Oberösterreichischen Landesarchivs* , 14, 325-395.

Wagner, H., 1977: «Die kaiserlichen Diplomaten auf dem Westfälischen Friedenskongreß», en E. Zöllner (ed.), *Diplomatie und Außenpolitk Österreichs* , Vienna, 59-73.

Wandruszska, A., 1955: *Reichspatriotismus und Reichspolitik zur Zeit des Prager Friedens von 1635* , Graz.

Wandruszska, A., 1984: «Zum "Absolutismus" Ferdinands II», *Mitteilungen des Oberösterreichischen Landesarchivs* , 14, 261-268.

Wäntig, W., 2004: «Kursächsische Exulantenaufnahme im 17. Jahrhundert», *NASG* , 74/75, 133-174.

Warde, P., 2006: *Ecology, Economy and State Formation in Early Modern Germany* , Cambridge.
Wasilkowska, A., 1998: *Husaria. The winged horsemen* , Warsaw.
Watson, F., 1938: *Wallenstein. Soldier under Saturn* , London.
Weber, F., 1980: «Gliederung und Einsatz des bayerischen Heeres im Dreißigjährigen Krieg», en H. Glaser (ed.), *Um Glauben und Reich* , vol. II/I, München, 400-407.
Weber, H., 1935: *Der Hessenkrieg* , Gießen.
Weber, H., 1968: *Frankreich und das Reich im 16. und 17. Jahrhundert* , Vandenhoeck & Ruprecht, Göttingen.
Weber, H., 1969: *Frankreich, Kurtrier, der Rhein und das Reich* , Bonn.
Weber, H., 1988: «Vom verdeckten zum offenen Krieg: Richelieus Kriegsgründe und Kriegsziele 1634–1635», en K. Repgen (ed.), *Krieg und Politik 1618-1648* , München, 203-218.
Weber, H., 1988: «Zur Legitimation der französischen Kriegserklärung 1635», *HJb* , 108, 90-113.
Weber, J., 1999: «Der große Krieg und die frühe Zeitung», *Jahrbuch für Kommunikationsgeschichte* , 1, 23-61.
Weber, J., 2006: «Strasbourg, 1605: the origins of the newspaper in Europe», *GH* , 24, 387-412.
Weber, R., 1979: *Würzburg und Bamberg im Dreißigjährigen Krieg* , Würzburg.
Wedgwood, C. V., 1957: *The Thirty Years War* , London.
Wehler, H. U., 1987: *Deutsche Gesellschaftsgescichte* , vol. I, München.
Weigel, H., 1932: «Franken im Dreißigjährigen Krieg», *ZBLG* , 5, 1-50.
Weigl, A., 2001: «Residenz, Bastion und Konsumptionsstadt», en A. Weigl (ed.), *Wien im Dreißigjährigen Krieg* , Vienna, 31-105.
Weigl, A., (ed.), 2001: *Wien im Dreißigjährigen Krieg* , Vienna.
Weigley, R.F., 1993: *The Age of Battles. The quest for decisive warfare from Breitenfeld to Waterloo* , London.
Weiss, E., 1996: *Die Unterstützung Friedrichs V. von der Pfalz durch Jakob I. und Karl I. von England im Dreißigjährigen Krieg (1618-1632)* , Stuttgart.
Weiß, J.G., 1940: «Die Vorgeschichte des böhmischen Abenteuers Friedrichs V. von der Pfalz», *ZGO* , 92, 383-492.
Weiß, U., 1998: «Die Erfurt-Frage auf dem Westfälischen Friedenskongreß», en H. Duchhardt (ed.), *Der Westfälische Friede* , München, 541-564.

Wendland, A., 1995: *Der Nutzen der Pässe und die Gefährdung der Seelen. Spanien, Mailand und der Kampf ums Veltlin 1620-1641* , Chronos, Zürich.
Wendland, A., 1997: «Gewalt in Glaubensdingen. Der Veltliner Mord (1620)», en M. Meumann und D. Niefanger (eds.), *Ein Schauplatz herber Angst* , Göttingen, 223-239.
Wertheim, H., 1929: *Der Tolle Halberstädter. Herzog Christian von Braunschweig im Pfälzischen Krieg, 1621-1622* , 2 vols., Berlin.
Wetzer, L.H. von, 1889: «Der Feldzug am Ober-Rhein 1638 und die Belagerung von Breisach», *Mitteilungen des K. K. Kriegsarchivs* , new series 3, 1-154.
Weygand, M., 1930: *Turenne, Marshal of France* , London.
Whaley, J., 2000: «A tolerant society? Religious toleration in the Holy Roman Empire, 1648-1806», en O. P. Grell & R. Porter (eds.), Toleration in Enlightenment Europe, Cambridge, 175-195.
Whaley, J., 2012: *Germany and the Holy Roman Empire* , 2 vols., Oxford.
White, L., 2002: «The experience of Spain's early modern soldiers: combat, welfare and violence», *War in History* , 9, 1-38.
Williams, P., 2006: *The Great Favourite. The duke of Lerma and the court and government of Philip III of Spain, 1598-1621* , Manchester [ed. en esp.: *El gran valido: el duque de Lerma, la Corte y el Gobierno de Felipe III de España, 1598-1621* , Junta de Castilla y León, Castilla y León, 2010].
Wilmanns, E., 1904: *Der Lübecker Friede* , Bonn.
Wilson, P. H., 1996: «German women and war 1500-1800», *War in History* , 3, 127-160.
Wilson, P. H., 1996: «The German "soldier trade" of the seventeenth and eighteenth centuries: A reassessment», *IHR* , 18, 757-792.
Wilson, P. H., 1998: *German Armies: War and German Politics 1648-1806* , London.
Wilson, P. H., 2000: *Absolutism in Central Europe* , London.
Wilson, P. H., 2000: «Social militarisation in eighteenth century Germany», *German History* , 18, 1-39.
Wilson, P. H., 2004: *Reich to Revolution: German History 1558-1806* , Basingstoke.
Wilson, P. H., 2006: «Bolstering the prestige of the Habsburgs: the end of the Holy Roman Empire in 1806», *IHR* , 28, 709-736.

Wilson, P. H., 2006: «Still a monstrosity? Some reflections on early modern German statehood», HJ, 49, 565-576.
Wilson, P. H., 2008: «Dynasty, constitution and confession: The role of religion in the Thirty Years War», *International History Review* , 30, 473-514.
Wilson, P. H., 2008: «On the role of religion in the Thirty Years War», *IHR* , 30, 473-514.
Wilson, P. H., 2008 : «Prussia's relations with the Holy Roman Empire, 1740-1786», *HJ* , 51, 337-371.
Wilson, P. H., 2008: «The causes of the Thirty Years War», *HER* , 123, 554-586.
Wilson, P. H., 2010: «Prisoners in early modern European warfare», en S. Scheipers (ed.), *Prisoners in War* , Oxford, 39-56.
Wilson, P. H., 2011: *The Holy Roman Empire 1495-1806* , 2nd ed., Basingstoke.
Wilson, P. H., 2011: «The Thirty Years War as the Empire's constitutional crisis», en R. J. W. Evans *et al.* (eds.), *The Holy Roman Empire 1495-1806* , Oxford, 95-114.
Wilson, P. H., 2012: «Meaningless conflict? The character of the Thirty Years War», en F. C. Schneid (ed.), *The Projection and Limitation of Imperial Powers 1618-1850* , Leiden, 12-33.
Wilson, P. H., 2012: «Perceptions of violence in the early modern communications revolution: the case of the Thirty Years War», en Athina Karatzogianni (ed.), *Violence and War in Culture and the Media: Five Disciplinary Lenses* , London, Routledge, 13-29.
Wilson, P. H., 2013: «Atrocities in the Thirty Years War», en M. O'Siochrú & J. Ohlmeyer (eds.), *Ireland 1641. Context and Reactions* , Manchester, 153-175.
Wilson, P. H., 2014 : «Strategy and the conduct of war», in Olaf Asbach & Peter Schröder (eds.), *Ashgate Research Companion to the Thirty Years War* , Farnham, 269-281.
Wilson, P. H., 2015: «Kingdom divided: British and Continental European conflict compared», en M. J. Braddick (ed.), *The Oxford Handbook of the English Revolution* , OUP, 577-595.
Wilson, P. H., 2016: *The Holy Roman Empire. A Thousand Years of Europe's History* , London.
Wilson, P. H., 2017: *Lützen 1632* , Oxford.

Wilson, P. H., 2017: «The Stuarts, the Palatinate, and the Thirty Years War», en S. Wolfson & V. Caldari (eds.), *Marriage Diplomacy: Early Stuart Dynastic Politics in their European Context, c. 1604-1630* , Woodbridge.
Winkelbauer, T., 1992: «Sozialdiszplinierung und Konfessionalisierung durch Grundherren in den österreichischen und böhmischen Ländern im 16. und 17. Jahrhundert», *ZHF* , 19, 317-339.
Winkelbauer, T., 1997: «Finanznot und Friedenssehnsucht. Der Kaiserhof im Jahre 1645», MÖSA, supplement 3, 1-15.
Winkelbauer, T., 1997: «Nervus belli Bohemici. Die finanziellen Hintergründe des Scheiterns des Ständeaufstands der Jahre 1618 bis 1620», *Folia Historica Bohemica* , 18, 173-223.
Winkelbauer, T., 2003: *Ständefreiheit und Fürstenmacht. Länder und Untertanen des Hauses Habsburg im konfessionellen Zeitalter (Österreichische Geschichte 1522-1699)* , 2 vols., Vienna.
Wisner, H., 1991: *Zygmunt III Waza* , Warsaw.
Wisner, H., 1995a: *Lisowczycy* , Warsaw.
Wisner, H., 1995b: *Władyslaw IV* , Warsaw.
Wisner, H., 1998: «Die Adelsrepublik und der Dreißigjährige Krieg», en H. Duchhardt (ed.), *Der Westfälische Friede* , München.
Witte, J. Jr., 2002: *Law and Protestantism. The legal teachings of the Lutheran Reformation* , Cambridge.
Wolf, P., 2003: «Eisen aus der Oberpfalz, Zinn aus Böhmen und die goldene böhmische Krone», en P. Wolf *et al* . (eds.), *Der Winterkönig* , Augsburg, 65-74.
Wohlhage, M., 1911: «Aachen im Dreißigjährigen Kriege», *Zeitschrift des Aachener Geschichtsvereins* , 33, 1-64.
Woodford, C., 2002: *Nuns as Historians in Early Modern Germany* , Oxford.
Worthington, D., 2003: *Scots in the Habsburg Service 1618-1648* , Leiden.
Wrede, M., 2004: *Das Reich und seine Feinde* , Mainz.
Wright, A. D., 2000: *The Early Modern Papacy From the Council of Trent to the French Revolution 1564-1789* , Harlow.
Wright, D., 2005: «The development of the army of Hesse-Cassel during the Thirty Years War», *Arquebusier* , 29, n.º 1, 2-15.
Wunder, H., 2001: «Frauen in der Friedenspolitik», en K. Garber *et al.* (eds.), *Erfahrung und Deutung von Krieg und Frieden* , München, 495-506.
Zaller, R., 1974: «“Interests of state”. James I and the Palatinate», *Albion* , 6,

144-175.
Zernack, K., 1981: «Schweden als europäische Großmacht der frühen Neuzeit», *HZ* , 232, 327-357.
Ziegler, W., 1992: «Die Hochsstifte des Reiches im konfessionllen Zeitalter 1520-1618», *Römische Quartalsschrift* , 87, 252-281.
Zielonka, J., 2006: *Europe as Empire. The nature of the enlarged European Union* , Oxford.
Zizelmann, S., 2002: *Um Land und Konfession. Die Außen- und Reichspolitik Württembergs (1628-1638)* , Frankfurt am Main.
Zöllner, E., 1955: «Der Lebensbericht des Bayreuther Prinzenerziehers Zacharias von Quetz», *Jahrbuch für fränkische Landesforschung* , 15, 201-221.
Zwitser, H.L., 1991: «*De militie van den staat* », *Het Leger van de Republiek der Verenigde Nederlanden* , Amsterdam.
Zunckel, J., 1997: *Rüstungsgeschäfte im Dreißigjährigen Krieg* , Berlin.

«Peter Wilson es un hombre valiente por emprender un nuevo relato general de una de las guerras más duraderas, multidimensionales y controvertidas de todos los tiempos. Es un placer afirmar que, al menos en la opinión de este crítico, *La Guerra de los Treinta Años. Una tragedia europea* logra su objetivo de modo brillante. […] Su erudición me parece excepcional; su prosa, ligera y amena; sus valoraciones, justas».
Paul Kennedy, *The Sunday Times*

«Una historia de prodigiosa erudición que consigue explicar la complejidad bizantina de la Guerra de los Treinta Años en un relato coherente, ofreciendo además una vigorosa y nueva interpretación […] Era necesario un análisis definitivo de la Guerra de los Treinta Años, y ahora Peter Wilson lo ha proporcionado».
Jeffrey Collins, *The Wall Street Journal*

«Peor que la Peste Negra, peor que la Primera Guerra Mundial, peor que la Segunda, peor que el Holocausto... así es como la Guerra de los Treinta Años pervive en la conciencia colectiva alemana [...] Este es uno de los muchos e impresionantes datos que proporciona esta historia colosal de uno de los conflictos más largos y duraderos de la historia de Europa».
Tim Blanning, *The Telegraph*

«Hacía mucho que se esperaba una narración tan ambiciosa, bien lograda y actualizada con la investigación moderna, y *La Guerra de los*

Treinta Años. Una tragedia europea lo consigue de manera admirable».
Blair Worden, *Literary Review*

«En su estudio monumental sobre las causas y consecuencias de la Guerra de los Treinta Años, Wilson cuestiona las interpretaciones tradicionales del conflicto como fundamentalmente religioso. En vez de eso, explora las dinámicas políticas, sociales, económicas, además de las religiosas, que laten detrás de la guerra […] Wilson proporciona después una narración meticulosa de la misma, introduciendo también a sus grandes personajes […] Los conocimientos de Wilson y su atención tanto al detalle como al cuadro global convierten a este libro en la historia definitiva de la Guerra de los Treinta Años».
Publishers Weekly

«Solo de manera retrospectiva este conflicto adquirió sustancia como la Guerra de los Treinta Años, y Wilson transita incisivamente a través de sus distintas fases para contar los objetivos y opciones de cada bando […] Firmemente argumentado, con prosa cristalina, el relato de Wilson es una excelente descripción de este periodo axial de la historia europea».
Gilbert Taylor, *Booklist*

«Nos encontramos, por tanto, ante una excelente obra en la que queda claramente demostrado que el autor ha trabajado tanto las

obras históricas como los archivos. […] Por otro lado, causa admiración la cantidad de lecturas referenciadas o sugeridas en diversas lenguas de las que se hace eco. Un historiador anglosajón que no solo trabaja con obras en su propio idioma. Todo un inusual y excelente estudio».

Eduardo de Mesa, *Espacio, Tiempo y Forma*


UNA TRAGEDIA EUROPEA
1618-1630
Peter H. Wilson
LA GUERRA DE LOS TREINTA AÑOS
Volumen I
DESPERTA FERRO EDICIONES

La Guerra de los Treinta Años I

Wilson, Peter H.
9788412168792
608 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

La Guerra de los Treinta Años desgarró el corazón de Europa entre 1618 y 1648: una cuarta parte de la población alemana murió entre violencias, hambrunas y pestes, regiones enteras de Europa central fueron devastadas en un incesante recorrer de ejércitos, y muchas tardaron décadas en recuperarse. Todas las grandes potencias europeas del momento estuvieron involucradas en un conflicto que desbordó las líneas marcadas por la fe, con la **pugna entre los Habsburgo y los Borbones** dirimiendo el comienzo del ocaso de una gran potencia, **la España imperial** , contestada por la pujante Francia. El libro de Peter Wilson es la primera historia completa de la Guerra de los Treinta Años que se alumbra desde hace más de una generación, en un relato brillante y fascinante, de unos años de acero que definieron después de la Paz de Westfalia el escenario europeo hasta la Revolución francesa. La gran fortaleza de ***La Guerra de los Treinta Años. Una tragedia europea*** es que permite aprehender los motivos que empujaron a los diferentes gobernantes a apostar el futuro de sus países con tan catastróficos resultados. **Wallenstein, Fernando II, Gustavo Adolfo, Richelieu u Olivares** , personajes fascinantes, están aquí presentes, como también lo está la terrible experiencia de los soldados y civiles anónimos, que trataron desesperadamente de mantener vida y dignidad en circunstancias imposibles.

La Guerra de los Treinta Años. Una tragedia europea se divide, dada su enjundia y su amplitud, en dos partes, la primera dedicada a las conocidas como fases bohemia y danesa del conflicto, hasta 1630; y la segunda, de próxima aparición, que arranca con la irrupción sueca y culmina con la postrera intervención francesa. En esta primera parte conocemos los antecedentes y los orígenes del conflicto, que comienza con la revuelta bohemia y el efímero Rey de Invierno, el elector palatino Federico V, vencido en la Montaña Blanca, frente a Praga, y cuyas tierras en Alemania

serán conquistadas por los ejércitos de España y de la Liga Católica alemana. Vencido y exiliado el palatino, la obra de Wilson se adentra en los orígenes de la rivalidad entre Richelieu y Olivares, germen de la ulterior intervención gala, y plasma la fracasada intervención danesa en el norte del Sacro Imperio, sellada con una paz de Lübeck que deja a Fernando II como gran triunfador, para abordar por último la amenaza inminente de una guerra general en el continente, que no tardaría en hacerse realidad.
Ganador del Society for Military History Distinguished Book Award 2011

EL VAMPIRO

UNA NUEVA HISTORIA

NICK GROOM

El vampiro

Groom, Nick
9788412168730
336 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

Tres siglos después de que un brote vampírico aterrorizara a la Europa central y dos siglos después de que el *The Vampyre* de Polidori irrumpiera en la escena literaria, llega esta **nueva historia acerca del vampiro** , que **rastrea sus orígenes** hasta un momento y un lugar: 1725, en las fronteras orientales del Imperio de los Habsburgo. Una serie de terroríficos acontecimientos sobrenaturales captó la atención de doctores, científicos y teólogos de todo el continente, que cristalizó en el choque entre la naciente racionalidad de la Ilustración y el folclore tradicional de los Balcanes. La investigación que derivó de esos hechos fue un tema de fascinación popular, mucho antes incluso de que poetas y escritores fueran también presas de una "vampiromanía" que alcanzó su punto álgido en 1897 con el *Drácula* de Bram Stoker. En esta nueva historia en torno al vampiro, **Nick Groom** , **profesor de literatura inglesa en las universidades de Exeter y Macau y experto en literatura gótica** , desentierra la compleja historia de una criatura de ficción devenida en icono, desde los tempranos intentos médicos por sustanciar la leyenda, a las supersticiones de la sangre y el cuerpo, las fuentes sobre **Drácula** o **su relevancia en la cultura popular contemporánea** . En este fascinante trayecto, Groom demuestra que **el vampiro ha servido siempre para desafiar los convencionalismos, y es por ello por lo que en el presente se erige en un antihéroe** esgrimido por los marginados y excluidos. ¿Criatura de ficción, hemos dicho?

Cómpralo y empieza a leer

David Porrinas González

EL CID

HISTORIA Y MITO DE UN SEÑOR DE LA GUERRA

Prólogo de Francisco García Fitz



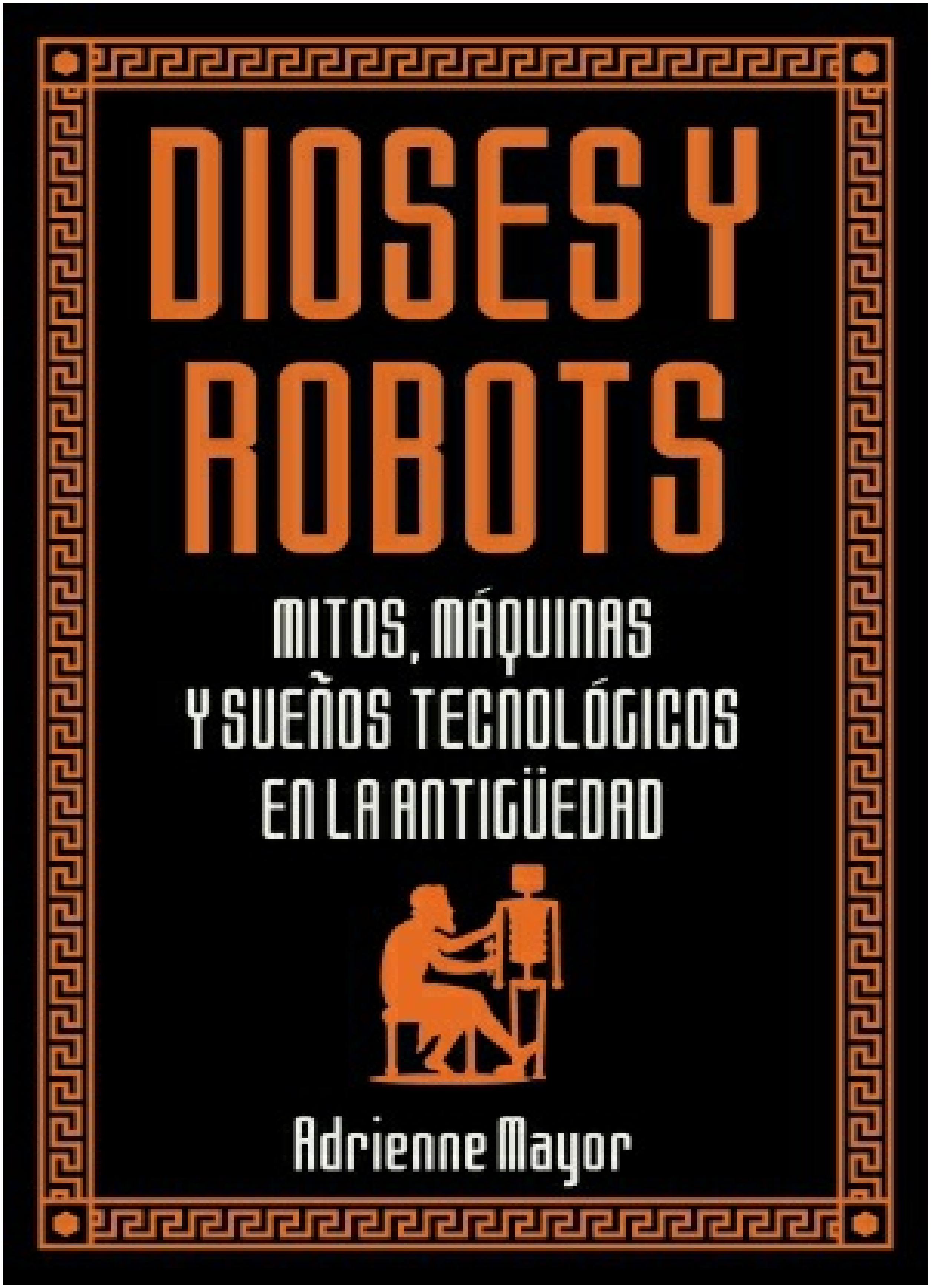
El Cid. Historia y mito de un señor de la guerra

Porrinas González, David
9788412105377
440 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

Rodrigo Díaz de Vivar, el Cid , es una de las figuras históricas más enraizadas en el imaginario colectivo de los españoles, desde el Cantar de Mío Cid hasta la película de Anthony Mann protagonizada por Charlton Heston y Sofía Loren. Pero, ¿fue el Cid un héroe, un símbolo de la cristiandad cruzada, tal y como a menudo se le ha querido pintar? Lo que precisamente distingue al **Cid histórico** es su cualidad de antihéroe, de señor de la guerra capaz de forjar su destino a hierro y labrarse su propio reino. **David Porrinas** , uno de los mayores expertos en el tema, tal y como acreditan sus numerosísimas publicaciones, plasma en este libro todo lo que la investigación histórica ha alumbrado sobre el Cid, enfocando en particular hacia perspectivas poco tratadas como son las de la guerra y la caballería. La obra plantea pues al personaje en su tiempo, su mentalidad y sus circunstancias: el escenario para **la epopeya del Campeador** es una península ibérica donde los reinos cristianos comienzan a expandirse a costa de las débiles taifas andalusíes, con fronteras mutables y permeables, y donde irrumpen por un lado los fanáticos almorávides y por otro la idea de cruzada. ***El Cid. Historia y mito de un señor de la guerra*** es un digno continuador de La España del Cid de Ramón Menéndez Pidal. Una obra que, como su protagonista, hará historia.

Cómpralo y empieza a leer


DIOSES Y ROBOTS
MITOS, MÁQUINAS
Y SUEÑOS TECNOLÓGICOS
EN LA ANTIGÜEDAD
Adrienne Mayor

Dioses y robots

Mayor, Adrienne
9788412168761
304 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

Adrienne Mayor , autora de obras como ***Mitrídates el Grande*** , ***Amazona*** s o ***Fuego griego, flechas envenenadas y escorpiones*** se atreve ahora con la fascinante y jamás contada historia de **cómo el mundo antiguo imaginó robots y otras formas de vida artificial** , e incluso de cómo inventó autómatas. Autómatas míticos aparecen en las leyendas de Jasón y los argonautas, Medea, Dédalo, Prometo y Pandora, y, al menos ya desde Homero, los griegos imaginaron sirvientes robóticos y estatuas animadas, y también versiones de nuestra inteligencia artificial. Según las leyendas indias, las reliquias de Buda eran custodiadas por guerreros androides, que sabemos copiaban diseños grecorromanos de autómatas reales. De hecho, muchas máquinas animadas, ciertamente sofisticadas, fueron construidas en la Antigüedad, alcanzándose el clímax de su invención con toda una serie de autómatas diseñados en Alejandría, el primer Silicon Valley. *Dioses y robots* es un relato pionero sobre las más tempranas expresiones del impulso humano para crear vida artificial y jugar a ser dioses, que demuestra, además, que detrás de la ciencia siempre ha estado la imaginación.

Cómpralo y empieza a leer

José Soto Chica

Imperios y Bárbaros

La guerra en la Edad Oscura



Imperios y bárbaros

Soto Chica, José
9788412105384
648 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

" **Edad oscura** " es el nombre que tradicionalmente se ha venido dando al periodo comprendido entre las grandes invasiones germánicas y la eclosión del Imperio carolingio, un tiempo que supuso **la transformación definitiva del mundo antiguo y el alumbramiento del Medievo** . Y aunque las nuevas corrientes historiográficas han cuestionado ese adjetivo, no parece baladí cuando comprobamos una característica esencial del periodo: la ubicuidad de la guerra. Los conflictos bélicos, ya fueran de carácter casi mundial porque enfrentaban a los grandes imperios, o de carácter local, fueron continuos y feroces, desde **Atila y sus hunos y la caída del Imperio romano de Occidente** , al avance incontenible de l **a marea islámica** , solo frenado *in extremis* por **Bizancio y los francos** . En ***Imperios y bárbaros. La guerra en la Edad Oscura*** , **José Soto Chica** , profesor de la Universidad de Granada, aúna un exhaustivo conocimiento con la veta de gran narrador ya mostrada en incursiones en la novela histórica, para trenzar un análisis de enorme calado histórico pero que se lee con la agilidad que merece un tiempo y unos hechos excitantes. En este libro asistiremos a la caída de potencias como los sasánidas o Roma, al **final del reino visigodo** , a batallas cruciales en el destino del mundo como Poitiers, al nacimiento y disolución de efímeros imperios de las estepas o al alumbramiento de leyendas como el rey Arturo. Sin duda, *Imperios y bárbaros. La guerra en la Edad Oscura* , **arroja luz sobre una época poco luminosa y poco iluminada por la investigació** n.

Cómpralo y empieza a leer

Table of Contents